LA LARGA MARCHA

ensayo sobre China

SIMONE DE BEAUVOIR

EDITORIAL
LA PLEYADE

SIMONE DE BEAUVOIR

LA LARGA MARCHA

Ensayo sobre China

EDITORIAL LA PLEYADE
BUENOS AIRES

Título del original francés
LA LONGUE MARCHE
essai sur la Chine
Gallimard - Paris
1957
Traducción de
ANÍBAL LEAL

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by EDITORIAL LA PLÉYADE — Sarandí 748 — Buenos Aires
Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

En lo que concierne a los nombres chinos, la ortografía que he adoptado no es homogénea. Por fuerza debí recurrir a especialistas, quienes me indicaron las transcripciones ortodoxas que utilicé generalmente; de todos modos, para los nombres demasiado conocidos —Chu-En-lai, Mao Tse-tung, Lou Sin— he aceptado las transcripciones populares. He leído la mayoría de los libros, ensayos, reportajes y artículos sobre China a cuyas transcripciones inglesas me refiero; cuando la versión de la transcripción inglesa a la francesa era incierta, conservo la primera de esas formas.

PRELIMINARES

Setiembre de 1955

En el avión que sobrevolaba el desierto de Gobi viajaban dos checos, tres soviéticos, una húngara acompañada de su hijita, un sudafricano y dos franceses. Los primeros eran técnicos —y la mujer de un técnico— que volvían a sus respectivos destinos; los tres últimos habían sido invitados por el gobierno chino. Durante la conferencia de Bandung, Chu En-lai había lanzado un llamado al mundo entero: "Venid a ver". Aprovechamos la oportunidad, aunque con cierto asombro. El sudafricano era rubio y ostentaba un aire indiferente, vestía una camisa cuadriculada y sostenía en la mano un hacha de mango de madera esculpida, adornada con diseños folklóricos; acababa de pasearse varios meses de Ciudad del Cabo a París, a Londres, a Helsinki, a Varsovia; pero cuando en el aeropuerto de Moscú alcanzó a distinguir en el ronroneo del autoparlante la palabra "Pekín", el hombre pestañeó: "Que me lleven", había dicho. Por mi parte, una noche sin sueño, treinta y seis horas de vuelo interrumpidas por siestas absurdas y desayuno de caviar rojo suscitaban en mí la impresión, no tanto de que estaba realizando un viaje, como de que cumplía un rito de iniciación. En Irkutsk, frontera entre la Unión Soviética y Mongolia, los soviéticos habían celebrado el cruce cercano del límite ofreciendo una ronda de vodka: algunos españoles y portugueses, que habían descendido de otro avión, bebieron con nosotros. Habíamos aterrizado en Ulan-Bator, en medio de una pradera que olía a anís y a hierbas cálidas; yo había reconocido las tiendas de piel, blancas y redondas, los caballos, las estepas que había visto otrora en *Tempestad sobre Asia*. Ahora, con la nariz pegada a la ventanilla, contemplando bajo el cielo brumoso la incolora desnudez del

desierto, comenzaba a convencerme de que pronto llegaría a Pekín, y me preguntaba, perpleja: "¿Qué será, exactamente, lo que veré?"

La antigua China me dejaba indiferente. Para mí, China era esa paciente epopeya que comienza en los tiempos sombríos de la *Condición humana*, y culmina en apoteosis el 1º de octubre de 1949, sobre la explanada T'ien An Men. Esta revolución apasionada y razonable que no sólo había liberado de la explotación a obreros y campesinos, sino liberado a toda China del extranjero.

Los tiempos heroicos eran tiempos de conmoción. Ahora, el problema era industrializar un país en que, de seiscientos millones de habitantes, más de quinientos cultivan la tierra y setenta y cinco viven del artesanado.

Me parecía que ver en la realidad misma los comienzos de tamaña transformación representaba una gran oportunidad. Sabía que se realizaba en un contexto económico y social muy particular. China depende en gran parte de la Unión Soviética, y sin ella no podría crear una industria pesada; sin embargo, se diferencia profundamente de las restantes democracias populares. Aunque dirigida por el Partido Comunista, sólo a medias ha realizado su revolución. Perduran el capitalismo, la propiedad privada, la ganancia y la herencia. Están destinados a desaparecer en sucesivas etapas, sin violencia. Yo sospechaba de que China no se asemejaba a los países asentados definitivamente en el capitalismo. Suponía que también era distinto de las naciones en las que el socialismo ya ha triunfado. ¿Cuál era su perfil exacto? Sabía de su pobreza: Pero, ¿había motivo para llevar conmigo provisión de jabón, pasta dentífrica, tinta y papel de cartas, como si hubiese partido para tierras salvajes? Tenía aviones. ¿Cuántos? ¿Sería posible realizar una gira al Tibet? Los reportajes que había leído, las personas a quienes interrogaba, me habían asegurado que en China la vida era hoy excepcionalmente grata. Los viajeros que juzgaban austera a Moscú me habían exaltado las bellezas de Pekín, los encantos de Cantón; franceses, checos, argentinos, todos suspiraban nostál- Pekín. Y así, imaginaba prestigiosas tradiciones unidas a las inmismo tiempo que se les asegura la subsistencia, donde generales y hombres de Estado son eruditos y poetas, motiva muchos sueños. Había asistido en París a los espectáculos de la Opera de Pekín. Y así, imaginaba prestigiosas tradiciones unidas a las invenciones de un presente tumultuoso. El lema "Un país comple-

tamente nuevo e infinitamente viejo" sugería otras síntesis seductoras; imaginaba una China ordenada y fantástica, donde la pobreza tenía los encantos de la abundancia, y que a pesar de la dureza de sus trabajos gozaba de una libertad desconocida en otros países de Oriente. En China el rojo es el color de la felicidad: yo la veía rosada. El país hacia donde me dirigía se me antojaba tan irreal como el *Shangri La* de *Horizontes perdidos*, o como la Icaria de Cabet: todos los contrarios se reconciliaban allí.

Seis semanas después, atravesé el desierto de Gobi en sentido contrario. El sol lo doraba con sus rayos; alrededor, resplandecían las montañas nevadas. También China había cambiado. Ningún color simbólico armonizaba ya con ella —ni el negro, ni el gris, ni el rosa—: se había convertido en realidad. La falsa riqueza de las imágenes expresa su fundamental pobreza: la verdadera China había desbordado infinitamente los conceptos y las palabras con los que yo trataba de anticiparla. Ya no era una Idea; se había corporizado. Y esta encarnación es precisamente la sustancia de mi relato.

En cuanto al viaje en avión, las imágenes son bruscas. De pronto, se disipan las brumas y la tierra se colorea: bajo mis pies está China; se extiende hasta donde alcanza la vista, llana, dividida en minúsculos cuadriláteros color malva, verde oscuro, pardo claro; muy de tanto en tanto solitaria como una isla, se alza una aldea cuyas casas de tierra apisonada forman un bloque único, rectangular, penetrado por corralillos. El suelo de colores abigarrados contrasta con las vastas superficies monocromas de los koljoses siberianos; es evidente que estos campos no han sido colectivizados, y que cada faja representa una propiedad privada. No comprendo enseguida por qué el paisaje me parece tan desolado; ocurre que no se divisa un solo árbol; las aldeas no tienen sombra; a vuelo de pájaro, esta llanura fértil parece desnuda como un desierto.

Alguien dice: "La gran muralla". Apenas la distingo. El avión desciende, describe un círculo alrededor de un lago; percibo, acostados oblicuamente contra el cielo, una alta pagoda y luego un quiosco de techo dorado: edificios que simbolizan de modo tan convencional a China que me siento desconcertada. Me señalan la ciudad de Pekín, a lo lejos, pero nada veo, sólo algunos árboles

grises. El aparato se posa en tierra. El sudafricano se lanza hacia la puerta, y yo le sigo; la aeromoza nos detiene. Un funcionario sube para examinar nuestros documentos. Primera sorpresa: no es Icaria, sino un auténtico país, en algunos puntos semejante a todos los demás. Segunda sorpresa: es un país distinto del resto; el concepto de comunismo es tan universal y tan abstracto que había disimulado los datos geográficos más elementales; cuando desciendo del avión, miro a los hombres de rostros amarillos y cabellos negros, vestidos con livianas ropas de algodón, que trabajan en el aeródromo, y advierto que estoy en Asia. Mientras algunos delegados, ataviados con el traje severo de cuellito cerrado que adoptaron en 1911 los partidarios del Kuomintang, nos aseguran que "el pueblo chino nos espera con impaciencia", respiro el agrio olor vegetal que asciende de la tierra; el vaho de la atmósfera, y el rojo violento de los canteros floridos me aturden; yo no esperaba volver a hallar aquí esta cálida impresión de exotismo que conocí en Guatemala, en África, y que para mí está vinculada a la esclavitud y la opresión.

Sentados al extremo de una larga mesa, en un salón decorado con los retratos de Lenin, Stalin, Bulganin y Kruschov, esperamos el equipaje mientras bebemos limonada que, después del té verde, es la bebida nacional de los chinos. Luego, acompañados por un joven intérprete, M. Tsai, subimos a un automóvil. A ambos lados del camino amarillento brotan el maíz y algunas plantas desconocidas; los hombres de pantalón azul, el torso desnudo, trabajan la tierra; otros deben té bajo reparos de madera; otros avanzan con paso ágil, al hombro la tradicional caña de bambú de la que cuelgan cubos, canastos y bultos: tocados con amplios sombreros de paja, se asemejan tan exactamente a las clásicas imágenes del coolie chino que sin dificultad los tomaría por comparsas encargados de indicarme que estoy en China. Pero no es así: estos antiguos clisés corresponden exactamente al momento actual. La República Popular no nació un buen día de la espuma del mar, y en ella vive el pasado. Carretas arrastradas por hombres, carros con mulas, bicicletas, algunos camiones; distintos estratos del tiempo se superponen, y yo me sumerjo en todo ello. Estoy muy lejos de París, en algún lugar de Extremo Oriente; pero, ¿dónde? Las mujeres tienen los cabellos cortados, o divididos en dos trenzas que les enmarca el rostro; lo mismo que los hombres, llevan pantalones azules, y chaquetas de distintos tipos, o camisas blancas. En un

cruce, bajo las ramas de un bosquecillo, se encuentran estacionados algunos rickshaws: los conductores se acomodan en la trasera de sus vehículos, fumando, charlando, dormitando como los cocheros de fiacre italianos. "Pronto tendremos autos: los rickshaws desaparecerán", dice el intérprete. Pasamos frente a algunas obras, a varios inmuebles en construcción, y edificios nuevos. Franqueamos una muralla gris y nos encontramos en calles estrechas, de casas bajas, también ellas grises, que nos muestran sus muros lisos; el suelo es tierra apisonada. Pronto aparecen algunos tenduchos cuyos vidrios están cubiertos de caracteres chinos, de color rojo vivo, algunos estandartes rojos, decorados con caracteres negros, desempeñan el papel de anuncios; todo es muy bonito, pero uno creería entrar en una aldea grande; ¿se trata realmente de la capital de China? Se diría que Tsai me ha leído el pensamiento; abarca el espacio con un gesto amplio. "Pronto se demolerá este barrio: así lo establecen los planes", dice. Recupero el ánimo. Este desprecio a lo pintoresco, esta confianza en el porvenir me garantizan que estoy en un país progresista. Desembocamos en una amplia avenida dividida en dos por una línea de tranvías, y bordeada de canteros verdes; es la arteria principal de Pekín; por ella circulan tantas bicicletas como en una calle holandesa; muy pocos autos; un ómnibus rojo lleva sobre la cubierta la marca Skoda. De pie sobre pedestales cilíndricos, pintados con rayas negras y blancas, y rodeados a veces de un cantero de flores, los agentes de policía dirigen el tránsito mediante un altavoz; tienen túnicas y pantalones de color amarillo anaranjado; las polainas, los guantes y los cascos son blancos. El auto avanza muy lentamente. Tsai indica a la izquierda un muro de color rojo ocre: el muro de la Ciudad Prohibida. Un pabellón rojo y dorado, empotrado en esta muralla se abre a nivel de la vereda; es una antigua puerta del palacio imperial, que hoy desempeña la función de entrada al asiento del gobierno. El muro se ensancha para convertirse en terraza, y forma una bóveda que se extiende sobre otro pabellón: pasamos frente a T'ien An Men. Estos monumentos también me desconciertan; sé que sus columnas bermellón, sus techos astados cubiertos de tejas doradas son auténticamente chinos; sin embargo, no me parece que formen una unidad con la ciudad. Como la pagoda y el templo que vi desde el avión, me parecen signos simbólicos que me anuncian a Pekín, que no me lo ofrecen.

Pero Pekín no me será dado esta tarde: estamos en el hotel. Desde la ventana de mi habitación, contemplo la avenida sobre la que ha caído la noche. Los faroles iluminan las construcciones de ladrillos, ni feas ni bellas, desprovistas de carácter. A la izquierda de la explanada, algunos jóvenes con el torso desnudo juegan al básquetbol; del otro lado de la calzada se alza un estadio brillantemente iluminado, donde algunos centenares de espectadores presencian un partido de básquetbol. Cuando las callejuelas grises hayan sido destruidas, ¿quizá todo Pekín se asemejará a esta avenida? ¿Dónde debemos situarnos para contemplar a China? Entre el pasado, cuya apariencia falaz Tsai ha rechazado con gesto resuelto, y el porvenir todavía invisible al ojo del observador, el presente no parece bien afirmado. En todo caso, he comprendido ya que este país no es una entidad política, ni una idea que podamos analizar; tiene su clima, su flora y sus costumbres; es una realidad de carne y hueso, y será preciso tratar de descifrarla.

Los sinólogos patentados se burlan amablemente de las personas a quienes denominan "los viajeros", y que exploran China sin conocer su lengua, ni haber estudiado seriamente su pasado. Los anticomunistas se esfuerzan por desacreditar los testimonios casi unánimamente favorables al régimen. Fano, que no sabe chino, cuenta [1] que en Hong-Konk algunos de sus amigos se rieron de buena gana cuando uno de estos visitantes reconoció que sólo había podido hablar con los chinos utilizando los servicios de un intérprete: de todos modos, observa Fano, nadie se habría atrevido, ni siquiera en una entrevista personal, a franquearse sinceramente con un extranjero. Guillain entiende que en las condiciones habituales, ningún observador puede realizar observaciones válidas en China, a menos que se trate del propio Guillain; como él mismo se pagó el viaje, insinúa también que basta pasar seis semanas a expensas de un gobierno para entrar a su servicio: lo cual significa cotizar muy bajo su honestidad y la ajena. Si de antemano yo hubiese adoptado una actitud hostil a China, habría rechazado la invitación; pero al aceptarla no contrarío ningún compromiso; China corre sus riesgos, y por mi parte jamás me sentí obligado hacia ella por otra cosa que no fuese la buena fe. En cuanto a los inconvenientes representados por la falta de bases

[1] *Le Figaro*, 1956.

serias y sobre todo por la ignorancia del idioma, lejos de mí el subestimarlas; ciertamente, han limitado mi experiencia, pero niego que la despojen de todo valor. Si los anticomunistas la recusan a priori, lo hacen en nombre de una tesis por lo menos curiosa: lo que uno ve con los propios ojos es inevitablemente mero espejismo. Así, Martinet, que no había asistido al Congreso de Viena, declaró que Sartre inevitablemente nada había entendido, y ello precisamente porque había asistido; Guillain ve en la invitación de Chou En-Lai —"Vengan a ver"— un ardid maquiavélico. Para estos iniciados, el mundo es misterio, conjuración, conspiración, y todo ocurre entre bambalinas; el ingenuo espectador, deslumbrado por apariencias superficiales, enceguece para las verdades profundas. Más avisados, nuestros videntes, cuando quieren conocer el color del cielo, se cuidan de abrir la ventana: prefieren consultar una bola de cristal. Guillain reconoce que no es posible, en el curso de un año entero, y sobre millares de kilómetros disfrazar un país entero: inevitablemente a menudo se ha visto obligado a creer en el testimonio de sus propios ojos; vio campesinos bien vestidos, caminos, fábricas, higiene, orden, realizaciones que lo asombraron; pero en su bola de cristal descubrió hambre, y campamentos de trabajo forzado. Confieso haber viajado sin ese talismán. Por otra parte, reconozco de buena gana que por sí sola la mirada no basta para revelar todo el contenido de un objeto: de todos modos, a menudo percibí que algo me entregaba. Pasearse por una calle es una experiencia irrecusable, irreemplazable, que enseña sobre una ciudad mucho más que las hipótesis más ingeniosas. Las *élites*, aficionadas a los secretos arcanos, olvidan demasiado a menudo que en la apariencia hay una realidad. Sin duda, es necesario interpretar los hechos: pero, ¿por qué la visión nos impedirá informarnos y criticar? Por otra parte, explicaré con precisión en qué condiciones se estableció este testimonio.

En la China de hoy, más que en ningún otro país, el centro alrededor del cual gravitan los días del viajero y se ordena la ciudad, es el hotel donde él se aloja. Yo vivía en el Hotel de Pekín, sobre la avenida principal, frente al antiguo barrio de las legaciones, y muy cerca de T'ien An Men. Es un edificio de diez pisos separado de la vereda por una explanada: está formado por dos construcciones; la más reciente es también la más lujosa, pero cuando llegué la fachada aún estaba semioculta por andamios. Mi ha-

bitación, situada en el edificio antiguo, era inmensa: disponía para mí sola de dos lechos de dos plazas, de cobre, recubiertos con una seda rosa intenso sobre la cual se habían bordado genios alados. Tenía un armario con un espejo, un escritorio con todo lo necesario para escribir, un tocador, un canapé, sillones, una mesa baja, dos mesitas de noche, un receptor de radio; sobre la alfombra, al costado de la cama, habían puesto un par de babuchas, sobre un velador había cigarrillos y frutas, renovados diariamente. En el baño frente a los jabones de olor cáustico, me avergoncé de mis prudentes provisiones. Sobre todo porque en el salón del hotel —sombrío, austeramente amueblado con mesas redondas y sillones de cuero— hay un mostrador donde es posible comprar perfumes, papel de cartas, juegos de salón, frutas, masas secas baratas, y cajas rojas "Pekín, Moscú" del chocolate soviético de alto precio; la vendedora hace las cuentas con la ayuda de un ábaco. Cerca de la entrada hay una oficina de información, donde es difícil informarse, porque se habla exclusivamente chino. Este salón se abre a una amplia sala de reluciente parquet, que tiene un piano de cola; todas las mañanas una niña china estudia aplicadamente una fuga de Bach. Del otro lado se abre el salón del nuevo edificio, tres veces más amplio que el antiguo, y lujosamente decorado: columnas doradas, tinajas de porcelana, alfombras, cielo raso policromo. Una librería exhibe estampas, revistas en inglés y traducciones inglesas de libros chinos. Más allá hay una oficina de correos, un salón de peluquería, salas de juego, y una sala de billares. Un salón de fiestas que puede albergar a mil personas ocupa la mayor parte de la planta baja: casi todas las noches los ruidos de un banquete, un baile o un congreso llegaban hasta mi habitación.

El comedor donde tomo mis comidas pertenece a la antigua construcción; el decorador no ha mezquinado el color local; dos hileras de columnas pintadas sostienen el cielo raso; algunas reproducciones de estampas —nubes, lagos y montañas— adornan las paredes. Este lugar es uno de los más cosmopolitas del mundo. Bajo las linternas pequinesas, decoradas con genios alados,[2] delegados de todos los pueblos de la tierra mastican en coro platos internacionales regados con limonada china o cerveza. Pakistanos

[2] Se las llama *aspara*. Es un tema decorativo muy difundido, de inspiración budista.

e hindúes ataviados con saris brillantes, pequeñas danzarinas birmanas con chaquetas de seda bordada, japoneses vestidos con kimonos o trajes occidentales: aquí está toda el Asia. Se codea con África, Australia, Europa, América. Aquí tenemos algunos ingenieros soviéticos con sus robustas esposas y sus hijitos rubios; más allá, una delegación de mujeres italianas, un grupo de alemanas, un abogado inglés, el embajador de Yugoeslavia que cena con su familia. Oímos hablar todas las lenguas: francés, inglés, español, portugués; y aún vemos gesticular silenciosamente alrededor de una de las mesas a una delegación de sordomudos checos.

La lista de platos está escrita en inglés, y el servicio es asombrosamente rápido; mujeres muy jóvenes con chaquetas blancas, con una cinta anudada en los cabellos cortos, traen y retiran los platos en menos de veinticinco minutos. Tsai me ha dicho que, cuando ha viajado al extranjero con sus camaradas, la lentitud de las comidas los ha irritado. También arreglan mi habitación en un abrir y cerrar de ojos: el tiempo de bajar a beber una taza de té, y cuando subo todo está ordenado. Una mañana, al volver sobre mis pasos para retirar una chaqueta, vi que cuatro personas estaban barriendo, desempolvando y ordenando. Pero el número no lo explica todo; he observado que, sin precipitación aparente, los chinos trabajan de modo notablemente eficaz.

El Hotel de Pekín es hoy el corazón de esta vida cosmopolita que se intensifica entre abril y diciembre y alcanza el paroxismo alrededor del 1º de octubre; otrora, reducido a la construcción más antigua, era uno de los centros de la vida occidental. Fue construido por franceses, y luego perteneció a japoneses: el viejo ascensorista calvo ha proseguido imperturbable su servicio a través de estos diferentes azares. En los salones del décimo piso, que flanquean una amplia terraza, había un club francoinglés, donde se bailaba y bebía mucho; una de las distracciones de la minoría selecta blanca, cuando estaba borracha, era bajar a orinar sobre el policía de servicio: a pesar de su uniforme, por otra parte sucio y remendado, no era más que un chino. La amplia avenida tenía entonces sólo la mitad de su ancho: del otro lado se extendía una cancha de polo, limitando el barrio de las legaciones, que estaba protegido por un muro con ametralladoras. En cuanto a la explanada, un francés llamado Casseville la describió del siguiente modo hacia 1934: "En la base del palacio, restos inmundos ensucian los indefinidos canteros de flores; algunos mendigos mugrien-

tos, mezclados a un ejército de culíes, cuyos carritos están alineados como en una revista, escupen, se espulgan y aúllan sus lamentaciones".

Hoy, la explanada es una playa de estacionamiento. En Pekín no hay taxis ni autos privados; todos estos coches pertenecen a los servicios oficiales. Hay Pobiedas rusos, Skodas checos, algunos coches ingleses —China compra autos a Inglaterra— y muchos automóviles norteamericanos lujosos, herencia del gobierno de Chiang Kai-shek. Por la mañana, los conductores están atareados; armados con plumeros de largos mangos y cabeza cilíndrica, cuyas plumas tienen un hermoso color (rojizo), desempolvan minuciosamente las relucientes carrocerías.

Dos o tres veces por día subimos a uno de estos automóviles, acompañados de Tsai. Tiene 30 años, usa lentes, y exhibe un aire muy juvenil y simpático, pero es muy reservado. A las nueve todas las mañanas, a las dos por la tarde telefonea desde el salón: "estoy listo". Nos lleva a ver templos, palacios, parques o cooperativas de artesanos, universidades, hospitales, de acuerdo con un programa organizado por sus superiores. Alrededor de las cinco quedamos libres. Pero las noches que hay función teatral es necesario cenar a las seis y media: en China los espectáculos comienzan a las siete y media. A partir de las once, las calles están desiertas, y Pekín duerme.

Son obvios los inconvenientes de esta organización. Pero ante todo debo aclarar que, contrariamente a lo que afirman los Fano y los Guillain, en China un intérprete no es un policía. Guillain ha omitido indicar que se le había propuesto llevar consigo un intérprete personal. Si Tsai me acompaña, lo hace porque sin él soy sorda y muda, y estoy perdida: para mí es un hombre necesario. Pero no se le ha encargado que levante barricadas alrededor de mí, ni que filtre las declaraciones de la gente con la cual hablo. Jamás se ha retaceado mi libertad. Me paseo sola todo lo que quiero. En Pekín a menudo hemos salido sin acompañante con el periodistas francés L., que habla chino. En Shanghai, cuando hemos querido encontrarnos con franceses notoriamente hostiles al régimen, se satisfizo inmediatamente ese deseo. Los contactos entres nosotros y el hombre de la calle son imposibles únicamente por nuestra ignorancia de la lengua. L., que vive desde hace mucho tiempo en Pekín, de buena gana se detiene en las aldeas durante sus giras de información y charla libremente con los cam-

pesinos; y las autoridades nada objetan. Un sinólogo que salió de Pekín en 1953, y que pasó allí algunos días en 1955, me relató que sus antiguos proveedores habían conversado con él sin ningún impedimento. Diga lo que dijese Guillain, hemos pasado largos ratos completamente solos con chinos que sabían inglés o francés. Cuando se trataba de visitas preparadas, no se ocultaba el hecho; siempre que se nos mostró una realización de carácter excepcional, se nos previno al respecto; pero también hemos entrado imprevistamente en distintas casas. En Shanghai y en Cantón, entre otras ciudades, se nos ha paseado espontáneamente por barrios populosos y pobres, cuyos equivalentes son púdicamente ignorados por las Guías Azules de los países burgueses. No, no se nos ocultó el rostro de China, ni se procedió a camuflar sus aldeas y campiñas a lo largo de millares de kilómetros: se nos mostró todo eso.

En cuando al método adoptado, he aprendido a soportar con paciencia algunos de sus defectos. Formamos un grupo de aproximadamente mil quinientos delegados que se pasean por el territorio chino y casi todos residen mucho tiempo en Pekín; es un hecho normal que a todos se les muestren los mismos vestigios del pasado, las mismas realizaciones actuales: para que no invadiéramos al mismo tiempo los talleres o los teatros, los responsables han tenido que organizar horarios tan complejos como los que rigen el movimiento de los trenes; no es posible exigir que además el "programa" se ajuste a un orden lógico. A veces me he sentido irritada ante las cargas que debía soportar. Recuerdo la visita al dique de Kuanting. De ocho de la mañana a medio día, el tren avanzó por el interior de los túneles: recorría una línea muy reciente, inaugurada en julio de 1955, y de la cual los chinos están orgullosos, precisamente porque atraviesa sesenta y cinco veces la montaña; también están orgullosos de la represa que controla el río Huai, cuyas crecidas otrora eran temibles. Pero, mientras comía sandwiches en una barraca, en compañía de una delegación danesa, pensando en las cuatro horas de oscuridad y de hollín que me esperaban, yo me preguntaba: ¿Para qué me trajeron aquí? Me hubieran bastado algunas fotografías y los artículos de las revistas. Después comprendí la insistencia de mis anfitriones en mostrarme obras, hospitales, fábricas, laboratorios que a mis ojos nada tenían de notables: lo notable es que hoy existan en China cosas semejantes. Los occidentales y los japoneses han repetido hasta el hartazgo que, abandonado a sí mismo, el

chino sólo sirve para cultivar el kaoliang: cada túnel perforado, cada máquina que se fabrica es una respuesta orgullosa a este desafío. Los chinos no tienen con los productos de su trabajo esa familiaridad que en Francia nos lleva a considerar sobreentendidas tanto las centrales eléctricas como los caminos; más allá de su utilización práctica, un aparato telefónico, como una vía férrea, representa una victoria sobre el pasado, la prenda de un porvenir nuevo. Los chinos quieren que el visitante sea testigo de esa conquista: con ese fin, es preciso que la compruebe personalmente; si confiase en las fotografías, en los informes, una vez de regreso en su patria, los interlocutores desconfiados sospecharían que se dejó atrapar por la propaganda; es necesario que pueda afirmar: vi todo eso con mis propios ojos.

En realidad, la mayoría de las realizaciones que me mostraron eran interesantes; mi crítica más seria se refiere a las explicaciones que me ofrecieron en relación con ellas. Cuando se trataba de ver monumentos, un guía nos esperaba en la puerta y nos ofrecía en el curso del paseo algunos informes sumarios. Cuando el objeto de la visita es una fábrica, una escuela, una aldea, los ritos desgranan de manera inmutable el camino que va de Pekín a Cantón. Entramos en un gran salón, cuyos muros están decorados con banderas rojas que tienen inscripciones doradas: son testimonios de satisfacción aportados por el gobierno, o mensajes amistosos, o algo así como diplomas de conmemoración. Nos sentamos sobre un canapé recubierto con una funda granate, frente a una mesa baja cargada de cigarrillos y de tazas, que un servidor llena incesantemente con té verde. En lugar de un salón, se trata a veces de un galpón, y los asientos son algunos bancos; pero siempre las banderas rojas cuelgan de las paredes y el té corre como un río. Un "cuadro" explica la situación. Luego inspeccionamos el lugar. Volvemos a sentarnos y a beber té, formulando algunas preguntas; el responsable solicita con insistencia sugestiones y críticas, pero no estamos en condiciones de formularlas.

Reconozco que, dado el número de delegados, todos escuchan la misma explicación prefabricada, aunque después cada cual tiene la posibilidad de formular preguntas personales. Lo lamentable es el optimismo partidista que se manifiesta en las respuestas. Un director de cárceles, que ha reconocido con sencillez los muchos fracasos de la "reeducación" fue una excepción. Pregunto a una vicepresidenta de la asociación de mujeres cómo se recibe en las

aldeas el principio de igualdad de los sexos, la independencia de las jóvenes generaciones con respecto a las anteriores. Quien la oyera diría que la ley acerca del matrimonio ha resuelto de una vez para siempre todos los problemas. En las casas cuna, en las escuelas, no se castiga a los niños; si uno de ellos tiene una conducta insoportable, ¿cómo se procede? Me contestan que no se da el caso. No hay alumnos perezosos. Entre los directores de fábrica y los obreros jamás se suscitan conflictos. Otra vez estoy en Icaria: es decir, en plena irrealidad.

Cuando un problema que nos interesa continúa excesivamente oscuro, hay medio de aclararlo. "Le organizaremos una conferencia", dice Tsai. Para informarnos sobre el analfabetismo, sobre el presupuesto estatal, nos hemos dirigido a la sede de las relaciones culturales, que ocupa, en el barrio de las legaciones, un gran hotel particular de estilo occidental. Sentados frente a un lienzo cuyas flores y pájaros pintados simbolizan la paz, hemos escuchado la explicación de un especialista: el hombre extrajo de su portafolio varios papeles que leyó, y nosotros le formulamos algunas preguntas. Las informaciones obtenidas de este modo son más serias y menos fragmentarias que las que recogemos al azar del programa; pero continúan siendo unilaterales, y también esquivan las dificultades.

Los primeros días la rutina cotidiana y sus defectos me pesaban sobre todo porque no tenía ni siquiera la compensación del descubrimiento de Pekín: se escondía a mis ojos. Desde la terraza del hotel y las colinas artificiales que se elevan detrás del palacio, no alcancé a ver calles ni techos: sólo un gran parque; la hojarasca verdegrís de los árboles lo ocultaba todo. Abajo mi mirada tropezaba con los muros. Al día siguiente de mi llegada visité el "nuevo Pekín", más allá de los muros; luego, en el interior de un gran recinto cercado, el Palacio Imperial; por la noche, para ir al teatro, recorrimos buen trecho en automóvil: siempre entre muros. Yo me preguntaba dónde viven los pequineses. ¿Dónde levantan sus casas? ¿Dónde está el verdadero Pekín? El automóvil se detuvo entre la fachada iluminada de un teatro y los tenduchos donde se vendían alegres coronas mortuorias, preparadas con flores de papel multicilor. ¿Estaba todavía en Pekín, o en un barrio apartado? Los días siguientes recorrí las calles comerciales, pero sin poder situarlas exactamente; Pekín continuaba disperso; habría sido necesario pasearme mucho, a pie: el "programa" no me de-

jaba mucho tiempo libre, y por desgracia llovía intensa y obstinadamente.

El primer domingo tuvimos la mañana libre; pero la lluvia continuaba cayendo incesante; la avenida estaba casi desierta. El policía había escondido bajo su impermeable el hermoso uniforme amarillo, los conductores de rickshaw desaparecían bajo capas de goma amarilla, y unos pocos peatones procuraban protegerse con grandes paraguas rojos, de papel encerado, que olían a cola de pescado. Vimos pasar a dos jóvenes, descalzos, llevando en la mano las frágiles zapatillas de tela. Me sentía inquieta; perdida en una capital fantasma, de ningún modo me atraía esta China excesivamente decorada por el optimismo oficial. Hasta ese momento nuestros contactos personales con los chinos habían sido casi nulos. Tsai sabía hablar muy bien francés; pero normalmente pertenecía a una organización deportiva, de modo que su nueva función lo intimidaba y hablaba lo menos posible. Un funcionario del sector de "relaciones culturales" había bebido con nosotros algunas tazas de té de jazmín: nos habíamos limitado a discutir juntos el plan de nuestro viaje. Una primera cena con varios escritores había sido poco fecunda: nos ignoraban y los ignorábamos; la conversación se había referido sobre todo a la cocina china. ¿Cambiarían las cosas? ¿Cuándo? Al mismo tiempo que me formulaba estas preguntas, escuchaba las transmisiones de radio: el receptor captaba Hong-Kong, Tokio, Moscú; podíamos oír sucesivamente una ópera china y jazz norteamericano; esa mañana Yves Montand cantó las *Hojas Muertas*, de Prévert. Entonces hice un importante descubrimiento. La asociación de escritores me había enviado la víspera buena cantidad de traducciones inglesas: libros, folletos y revistas. Gracias a la política de prestigio que ha adoptado China en relación con el resto de Asia, muchos textos chinos se traducen al inglés, y algunas revistas están redactadas directamente en ese idioma: en India, Pakistán, Birmania, Japón y aun en Indonesia se habla inglés. Todos los días hallaba sobre mi mesa un pequeño boletín: el *New Day Release*, que resume rápidamente la prensa de la víspera, y sobre todo relata las actividades de las delegaciones. Ese material me ofrecía poca cosa. Pero al hojear la abundante literatura puesta a mi disposición, advertí que podía serme muy útil. *China Picturial* practica una propaganda ingenua. *China Reconstructs* tiene más fondo, a pesar de su tono deliberadamente entusiasta. *People's China* ofrece, inte-

gramente o bajo la forma de resúmenes —aunque fieles— muchos documentos oficiales: ahora bien, los textos originados en el gobierno, o inspirados directamente por él, tienen un carácter muy distinto que las explicaciones ofrecidas a las delegaciones extranjeras. Entre otras cosas, he leído el informe de Li Fu-ch'uen sobre el plan quinquenal. Las dificultades que es preciso vencer, los errores cometidos, los vacíos, los defectos son subrayados en este informe con una sinceridad y una severidad que no hallamos en ningún otro país.[3] Los discursos, los informes de los dirigentes, los artículos del *Diario del Pueblo* tienen el mismo acento: no, todos los productos obtenidos en las fábricas chinas no son de primera calidad, todos los estudiantes no se convierten en cuatro años en excelentes ingenieros; en muchas campañas perdura la mentalidad "feudal"; la construcción del socialismo no es juego de niños; el pasado gravita, el porvenir implica riesgos, China se convierte en país real.

La revista *Chinese Litterature*, que aparece cuatro veces por año, bajo la dirección de Mao Tuen, ministro de Cultura y novelista conocido, difunde la literatura china antigua y moderna; también publica artículos y crónicas sobre problemas culturales del momento. Por otra parte, se han realizado traducciones completas de muchas obras contemporáneas. Como se ajustan cuidadosamente a los principios del realismo socialista, las novelas, los cuentos y los relatos son, si no obras de arte, por lo menos documentos interesantes. No se silencian los conflictos y las contradicciones de este período, y por el contrario ellos forman el tema fundamental. También en este material he hallado la imagen de una China de carne y hueso. Después de leerlos, a menudo consideré los lugares que visitaba como ilustraciones especiales de verdades más amplias, aprendidas en los libros.

Se me dirá que en estas condiciones era inútil viajar a Pekín. No hay tal. Los libros han adquirido fuerza de verdad gracias a estos ejemplos vivos que los completaban, gracias también a todo el contexto en que los leía. Las novelas de Ting Ling y de Chue Li-po no me habrían aportado enseñanzas serias sobre la

[3] Esta autocrítica es tan vigorosa que para preparar sus requisitorias contra China popular los libelos anticomunistas publicados en Hong-Kong, en Estados Unidos, en París, se limitan a aislar fragmentos de declaraciones emanadas del gobierno chino; las separan de los contextos, y sobre esta base engañosa construyen profecías catastróficas: un sistema gastado.

reforma agraria si no hubiese visto el campo, las aldeas y los campesinos de China. Además, la situación que he descrito cambió rapidamente. Al principio, tuvimos ratos libres, y al fin vino el buen tiempo. Después, todos los días nos paseamos solos por las calles de Pekín. Los pequineses no pierden el tiempo, y son discretos. A lo sumo, en los barrios alejados del centro la gente nos miraba con cierta curiosidad; pero un instante después desviaba cortésmente la vista. Una o dos veces algunos niños se interpusieron en nuestro camino; pero los adultos los apartaban. Creo que a menudo se nos confundió con rusos. De todos modos, los chinos saben que los extranjeros a quienes se ve hoy en sus calles son "buenos", amigos del pueblo chino. El interés que a veces nos testimoniaban estaba siempre teñido de benevolencia.

Casi siempre, para regresar, tomábamos un rickshaw; como no estábamos seguros de que pronunciaríamos claramente nuestra dirección, llevábamos con nosotros un álbum que incluía una fotografía del hotel. La primera vez, en la imposibilidad de preguntar a los conductores el precio del viaje, les ofrecimos al azar un yen; menearon la cabeza: era demasiado. Entonces, les mostré sobre la palma de mi mano sumas menores: vacilaron, calcularon, y aceptaron sólo una parte de la suma. Estos escrúpulos me indujeron a concebir elevada opinión —confirmada luego— de la honestidad pequinesa.

Por otra parte, pudimos concertar algunas relaciones personales. Las conversaciones se multiplicaron y cobraron mayor interés: en las páginas siguientes me referiré a las distintas personas a quienes conocí. Ahora me limitaré a señalar quiénes fueron los mediadores habituales entre China y yo.

Poco a poco, Tsai adoptó una actitud más natural. Comenzó a hablarnos de él cierta mañana en que visitábamos el Instituto Politécnico: antes de la guerra era una de las grandes universidades de Pekín, y allí Tsai había realizado sus estudios superiores. Era hijo de campesinos medios de los alrededores de Shanghai, y consiguió aprobar dos exámenes, uno que le permitía ingresar en la universidad provincial, y el otro en la de Pekín, por la cual se inclinó. Finalizados sus estudios, fue incorporado como intérprete a un grupo deportivo; el año anterior había pasado diez días en París con su equipo. Ese día no nos dio otros detalles; pero tiempo después, mientras salíamos de una *nursery* situada en medio del parque Pei Hai, afirmó de pronto: "Cuando tenga hijos, los traeré

aquí". Le pregunté: "¿Estás casado?" Y me respondió sobriamente: "Sí". Un instante después extrajo del bolsillo una fotografía: "Esta es mi mujer". Está terminando sus estudios de medicina en los alrededores de Nankín, y sólo se ven durante las vacaciones; pero cuando se reciba, le asignarán un puesto en Pekín. Tsai me ofreció después muchos datos sobre su propio presupuesto y su manera de vivir; sus reflexiones y sus reacciones me ayudaron a comprender el carácter de un joven ciudadano chino moderno.

Durante el viaje de Mukden a Cantón nos acompañó una novelista, la señora Cheng; es una mujer de mi edad, ha vivido en Francia quince años de su juventud y conoce al dedillo la literatura francesa; por la noche, en el vagón cama, antes de dormir, conversamos mucho y nos hicimos muy amigas. La señora Cheng fue para mí un ejemplo típico del intelectual chino y de la mujer china de esta generación. Es una persona de inteligencia aguda, muy cultivada y notable observadora, y me suministró preciosas informaciones acerca de los más variados temas. Jamás hace propaganda; está demasiado convencida de los aspectos positivos y la necesidad del régimen para jugar con la verdad; es persona independiente, espontánea, alegre y muy locuaz, e ignora la autocensura: su serena franqueza compensó en gran parte la reserva de la mayoría de los "cuadros" con quienes tuve que ver.

El especialista L. a quien ya he aludido, conoce muy bien a China, y la juzga con simpatía y al mismo tiempo con espíritu crítico; nos ha mostrado diversos aspectos de Pekín y comunicado interesantes informaciones. Por supuesto, hemos conversado a menudo con Rewi Alley. Es una de las figuras más pintorescas de Pekín: en Estados Unidos se diría de él que es un "carácter"; todos los "viajeros" lo mencionan, y yo no seré la excepción. "Conoce perfectamente a China: mejor que cualquier chino" me había dicho en Helsinki una amiga argentina. Apenas llegué, procuré conocerlo. Precisamente vive en el Hotel de Pekín, y me lo señalaron mientras atravesaba la explanada. Vi un hombre corpulento de abundantes cabellos blancos; un pantaloncito corto —atuendo por demás insólito en Pekín— mostraba sus muslos gruesos y musculosos. De cerca podemos distinguir su bronceado de campesino, su nariz grande, pero sobre todo el azul de sus ojos y la sonrisa. Es neocelandés, y yo comprendía con dificultad su inglés; pero la amabilidad de que hacía gala atenuaba el obstáculo. Vive en China desde hace treinta años. Después de luchar en

Francia en las filas del ejército inglés, durante la guerra de 1914-18, fue a Shanghai, y en 1927 fue designado inspector de higiene. La experiencia que realizó en ese cargo lo convenció de que la única salvación de los chinos era conquistar su independencia económica. En 1938, se le ocurrió que en respuesta al bloqueo japonés convenía descentralizar la industria china, creando en el interior del país cooperativas de producción. Algunos años antes, un misionero llamado Baillie —un excéntrico que creía que el primer deber de un cristiano es dar pan a los hambrientos— había fundado una suerte de escuela técnica destinada a los aprendices de Shanghai. Sus esfuerzos les parecieron tan irrisorios en vista de la miseria china y la corrupción general que en 1935 se suicidó. Pero los alumnos que él había formado adhirieron a la idea de Rewi Alley. En julio de 1938 fue designado consejero técnico jefe del movimiento cooperativo —Kong Ho— que entonces no tenía ni técnica ni personal. En octubre de 1940 el Kong-Ho agrupaba a 2300 manufacturas, dispersas en dieciséis provincias: el movimiento se extendió hasta Mongolia, y de él dependían 300.000 personas. Alley organizó muchos centros nuevos en las zonas de guerrillas, y hasta en Kansu. Se ocupó personalmente del que había creado en Sandan, una remota aldea del noroeste, y logró poner en Buda vivo tibetano a la cabeza de una cooperativa de producción textil. El gobierno de Chung King miraba con desconfianza este movimiento, que se desarrollaba con inquietante rapidez y que creaba un nuevo tipo de economía, de carácter popular. Pero las circunstancias, la guerra, y las guerrillas no permitieron que los dirigentes se impusieran al Kong-Ho, que consiguió preservar su independencia. Después de la liberación, Nueva Zelandia designó a Rewi Alley delegado en el Comité Preparatorio de la Conferencia de Paz del Pacífico, y nuestro hombre se instaló en Pekín. En su habitación abundan los viejos libros, estampas y figurillas, pues le interesa el pasado de China casi tanto como su presente. Ha traducido al inglés numerosos poemas antiguos, y relatado sus experiencias chinas en dos libros: *Yo Banfa* y *People Have Strength* (El pueblo es fuerte).

En la Universidad de Pekín conocí a una pareja que vivió mucho tiempo en París, y que habla admirablemente francés: Lo Ta-kang y su esposa. Esta última es profesora de francés. Él trabaja en el departamento francés de la "Recherche littéraire", que interpreta las literaturas extranjeras desde un punto de vista mar-

xista. Reciben muchas revistas francesas —entre otras, *Temps Modernes*— y conocen no sólo todas las obras importantes publicadas en Francia, sino también los mejores y más recientes diccionarios. Lo Ta-kang traduce al chino las obras francesas, y ha resuelto la difícil tarea de traducir, en un francés excelente, antiguos poemas y cuentos chinos. Con ellos la conversación era por demás fácil, y por mi parte la aproveché mucho.

Visitas acompañadas, y paseos libres, conferencias, conversaciones, distintos encuentros, lecturas, actividades, todas que se apoyaban mutuamente en definitiva me aportaron un material importante. Pero no me consideré satisfecha. Una vez de regreso a París, interrogué a los especialistas y leí muchas obras. Deseosa de oír "la otra campana", revisé cuidadosamente la literatura dirigida contra China popular.[4] En ella sólo encontré, aparte los comentarios malévolos, los informes que ya había obtenido en la propia China. Semejante armonía me pareció muy satisfactoria desde el punto de vista metodológico. Uno de los reproches fundamentales que podrían formularse con respecto a este libro es que el día de mañana será superado: bien lo sé; pero la historia que está forjándose en China es apasionante en la medida suficiente para que los diferentes momentos merezcan ser anotados.

El período que aquí trato de reseñar se define esencialmente como un período de transición. Se trata de pasar de la revolución democrática a la socialista. Esta transformación se realiza en China de manera singular, adaptada a la peculiar situación del país.

Hasta 1949 China era, después de Indonesia, el país más pobre del mundo. En 1939 el ingreso medio anual de un individuo, calculado en dólares norteamericanos, era en Estados Unidos de 554, en Francia 283, en India 34, en China 29. Un informe de las Naciones Unidas, correspondiente a 1949, ofrece la misma clasificación respecto de la energía utilizable diariamente por un individuo: en Estados Unidos, 37,6 kW.; en China, 0,5. La longitud de las vías férreas por cada 1.000 millas cuadradas era de 80 millas en Estados Unidos, y de 3 en China; el número de vehículos

[4] Toda esta literatura tiene una sola fuente: Hong Kong. Los chinos de Hong Kong reciben los diarios y las revistas de la República Popular y escuchan sin dificultad la radio de Pekín; las noticias y los rumores se filtran a través de la frontera. En Hong Kong se traducen, mutilan, deforman o inventan los textos que utilizan Formosa, Estados Unidos y David Rousset.

motorizados alcanzaba en Estados Unidos a 250 por millar de habitantes, y a 0,2 en China; la producción de electricidad era apenas el 3 % de la producción mundial. En los años 1948-1949 la ración alimenticia de un chino era el 20 % de la que correspondía a un francés, y su tenor en proteínas era extremadamente bajo. La longevidad media, que se elevaba a sesenta y cuatro años en Estados Unidos, a sesenta y dos en Inglaterra, era en China de veinticinco años.

"No hacemos milagros", repiten los dirigentes chinos. Durante los cinco años que dedicaron a reorganizar el país, la electricidad, la fuerza motriz, los camiones, los motores no han surgido de la nada como por arte de magia. Lo primero que el visitante percibe es hasta qué punto aún hoy China sufre la pobreza. En los puertos de Pekín, se construyen sin máquinas inmuebles, escuelas, hospitales y oficinas; ni una grúa, ni un martillo neumático, ni un camión: no hay máquinas. Algunos carros, con neumáticos en las ruedas, hecho que según parece representa un progreso considerable respecto de las antiguas volcadoras con las ruedas forradas de metal; estos vehículos soportan una carga de 1.000 kilogramos; pero la mayoría de los materiales son transportados a hombro, colgando del extremo de cañas de bambú; para alisar el suelo, los albañiles tiran de cordeles arrollados alrededor de cilindros de piedra; o bien, en grupos de cinco o seis, levantan y dejan caer cilindros de piedra, vaciados en el centro, para poder amarrar cuerdas. Con estas técnicas de cuatro mil años de antigüedad están construyendo el nuevo Pekín. Valga lo dicho para los depósitos, las vías férreas, y el inmenso puente que atraviesa el Yang-tzé en Hang-Keu. Pocos días después de mi llegada, encontré en la calle al sudafricano; ya no tenía consigo el hacha, pero su expresión revelaba creciente asombro: "¡Pero les falta de todo!" dijo. "¡No creía que fuesen tan pobres!"

Sin embargo, China es virtualmente rica; posee abundantes recursos naturales, aún no explotados. El 85 % de su territorio no está cultivado —el caso—, entre otras regiones, de la fértil Sikiang, cuya extensión triplica la de Francia; el suelo chino contiene grandes cantidades de carbón, petróleo y hierro. Pero no es posible destrozar las tierras vírgenes con azadas y palas, ni extraer el mineral a golpes de pico. El día en que los tractores faciliten los cultivos extensivos, o las vías férreas permitan llegar a los centros mineros, el día en que China disponga de los equipos y la

energía necesarios, se le abrirán inmensas posibilidades: por el momento, sus riquezas duermen. Gracias a la ayuda de la Unión Soviética, y a las instalaciones que Japón levantó en Manchuria, gracias a la planificación y el esfuerzo de estos cinco años, ha comenzado la marcha hacia la prosperidad. Se ha iniciado el proceso de industrialización; en las fábricas del noreste; pero mientras no se fabriquen las máquinas, o se construyan centrales eléctricas en número suficiente, la industria pesada continuará siendo improductiva. Por el momento, el Estado invierte en ella capitales que no producen beneficios.

Entre los recursos de China debemos incluir a su población; en realidad, representa una fuerza de trabajo considerable. A pesar de la escacez de máquinas, en los barrios de Pekín se levantan construcciones nuevas con asombrosa rapidez. Hay calles enteras bordeadas con extraños edificios postizos formados por los andamios de bambú y las redes de seguridad. Ocurre que el número de trabajadores compensa la escasez de herramientas. En las obras el ritmo de trabajo no es premioso, y aún podría decirse que todos muestran cierta calma: pero una verdadera multitud cumple sus tareas. En realidad, esta mano de obra es hoy excesivamente abundante, y China padece un estado de semidesocupación. Para no dejar a la gente sin empleo, las administraciones y las empresas del Estado toman más personal del necesario: como ya he dicho, se observa este fenómeno en el Hotel de Pekín. En las fábricas, muchos peones se ocupan de menudencias o posiblemente no hacen nada. En los negocios y los talleres privados, se reparte el trabajo entre los diferentes miembros de la familia aunque bastaría la actividad de un individuo: los clientes jamás hacen cola, y son los vendedores los que esperan. En suma, hay un exceso de población que no produce y que sin embargo tiene que comer. Cuando el sistema que se procura organizar desarrolle todas sus posibilidades, se creará cierto equilibrio. Las cosechas obtenidas mediante los tractores, los abonos, etc. alimentarán cada día mejor a un número creciente de campesinos y obreros; las exportaciones facilitarán la realización de nuevas inversiones, y se acelerará el ritmo de la producción industrial; la economía se desarrollará con un movimiento tipo "bola de nieve"; entre el final del tercero y la conclusión del décimo plan quinquenal, China realizará tales progresos que a fines de siglo estará

en plan de igualdad con las potencias más avanzadas: por lo menos, así lo creen sus dirigentes.

Pero ahora se suscita un grave problema: recorrer la primera etapa. Durante quince años, sin que en ese período sea posible realizar importantes transformaciones técnicas, China debe hallar el medio de alimentar a su población —que aumenta año tras año— y de mantener una industria pesada. Si fracasa, el sistema de la "bola de nieve" actuará en sentido contrario; la industria pesada se paralizará, los recursos naturales no podrán ser utilizados, y la población morirá de hambre: es decir, se abrirá un abismo sin fondo.

En todos los dominios la economía y la política chinas están dominadas por esta consigna: obtener la soldadura; es decir, realizar ese tremendo esfuerzo: enriquecerse a partir de la indigencia. Todos los países que iniciaron una construcción socialista también partieron de una situación económica deficiente: y algunos iniciaron aventuras que les costaron caro. Por el contrario, China ha comprendido que la empresa exige en primer lugar suma prudencia; en la apremiante situación en que se encuentra, una crisis o una depresión implicaría el derrumbe. Se tratará ante todo, y esencialmente, de no agravar la pobreza, de no desaprovechar nada, de utilizar todos los recursos posibles. La frase "construir el presente a partir del pasado" no es sólo una consigna de orden cultural: expresa una necesidad general. Trastornar de la noche a la mañana la estructura económica y social del país sería el medio más seguro de fracasar en el intento de transformarlo: equivaldría a arruinarlo. De ahí que se avance paso a paso, en etapas lentas, apoyándose en el pasado; y cuando es necesario, aún se lo consolida; en la medida de lo posible se lo corrige, pero no se lo repudia: cuando se haya alcanzado el objetivo, caerá por sí mismo. Cuando se lo conserva, se tiene presente esta posibilidad de desaparición. De ahí que la realidad China sea hoy la dimensión temporal que he indicado: en verdad, esa realidad no es más que transición.

La consecuencia —lo había presentido la tarde de mi llegada— es la imposibilidad de que en China uno se instale en el instante dado. La definición abstracta de los filósofos se convierte aquí en la verdad más concreta: el presente no es más que un pasaje, un límite. El turista se ve privado del placer de la contemplación:

cuando se le ofrece un espectáculo, sabe que su realidad es simultáneamente la de una supervivencia y la de un esbozo, y que si lo inmovilizara lo desnaturalizaría; entre una historia exacta y planes rigurosos, no hay lugar para el sueño. Por eso muy pronto comprendí que no era posible escribir una crónica acerca de China, en el sentido clásico de la palabra. El cronista explora un presente estable cuyos diferentes elementos desempeñan el papel de claves unos respecto de otros; mediante los hechos contingentes, y saturados de significados que los sobrepasan, procura llegar al conjunto. En China nada es contingente, y el sentido coincide con la cosa; y cada cosa se define, no por su relación con todas las demás, sino en función del porvenir que es común a todas. Es inútil tratar de describir este país: él exige que se lo explique.

Escaneado con CamScanner

1

DESCUBRIMIENTO DE PEKÍN

¿Qué edad tiene Pekín? ¿Dos siglos o dos mil años? En su emplazamiento o en sus alrededores se alzaron sucesivamente varios burgos; en 936 dC los invasores Kitan conquistaron la ciudad llamada Yeu-cheu. Sobre sus ruinas se levantó una ciudad, Yenkin, que fue capital meridional de los emperadores. Destruida en 1212 por Gengis Khan, reconstruida por Kubilai, que la utilizó en 1267 como capital, bajo el nombre de Khanbalic suscitó la admiración de Marco Polo y del franciscano Odorico. Pero fue reconstruida una vez más en el siglo xv por el emperador Yong Lo. Este monarca mandó edificar la elevada muralla oscura que encierra la parte más antigua de Pekín, y que estaba guardada por puertas fortificadas. Del otro lado de los muros proliferaron las construcciones, y se las defendió con una segunda muralla concéntrica de la primera. Cuando en el siglo xvii los manchúes tomaron el poder, concentraron a los chinos en esta zona. Destruida una vez más en 1679 por un temblor de tierra que en toda la región costó cuatrocientas mil víctimas, y al que siguió un año después un incendio que se cebó en el Palacio Imperial, Pekín renació de entre sus cenizas en el curso del siglo xviii. Así, la ciudad que hoy vemos sólo tiene doscientos años; pero se ajusta a un plan trazado en épocas muy anteriores.

Este plan ha sido concebido con rigor; no existe ciudad más artificial que Pekín; la mano del hombre creó las colinas que protegen por el norte la "Ciudad Prohibida", donde residía el emperador; rodeada de muros, abierta sólo a unos pocos privilegiados, ocupaba el centro de la capital y sus ejes se confundían. Pekín tenía la forma de un rectángulo: la ha conservado, y hoy

como antaño se divide en parcelas rectangulares o *fangs*, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. La altura de las casas fue reglamentada por los emperadores: no debían tener más de un piso, para que no se elevaran sobre las construcciones del palacio. El color de los techos obedece también a leyes estrictas: las tejas doradas estaban reservadas al emperador, el azul a los templos del cielo, el verde a los restantes templos y a los edificios oficiales. Los particulares sólo podían usar tejas grises, que armonizaban con el color de la tierra y los muros. Como el emplazamiento había sido elegido arbitrariamente, por decisión imperial, la ciudad no está bañada por ningún río. Pero entre 1280 y 1283, Kubilai ordenó construir un canal —bordeado hoy de pequeños sauces grises— que vincula a Pekín con la feraz mesopotamia comprendida entre el río Amarillo y el Yang-tzé. A semejanza de Roma, Pekín fue una de las pocas ciudades que gracias a su función administrativa y a la importancia de las vías de agua que la servían, alcanzaron mucho antes de la época industrial un millón de habitantes. Hoy está habitada por tres millones de personas.

Como dije antes, Pekín se oculta. Es imposible obtener de esta ciudad esa imagen sintética que percibimos desde lo alto de Notre-Dame cuando contemplamos París, o la que tenemos de Nueva York desde la cima del Empire State Building. Inversamente, ningún monumento de Pekín se ofrece a la mirada con el sentido de un centro esencial. La Dagoba se distingue desde lejos, pero su blancura falsamente tibetana es extraña a la ciudad. T'ien An Men, que recientemente se ha convertido en emblema de la ciudad, es visible sólo desde cerca. Y el Palacio Imperial, centro geométrico y político de la capital, se oculta tras las murallas. También el Kremlin fue construido durante siglos en medio de Moscú, como una suerte de ciudad prohibida: pero por lo menos mostraba a los ojos de todos las cúpulas doradas de sus iglesias. En el corazón de Pekín no se afirma ninguna presencia: sólo una vasta ausencia impone su vacío.

Para un europeo, el hecho parece insólito. Las ciudades europeas se han organizado alrededor de los monumentos que las encarnan: catedrales y municipios; al pie de estos edificios se extendían los atrios, las plazas, los mercados hacia los que convergían las calles, encauzando el movimiento de los ciudadanos que acudían a reunirse periódicamente. Por el contrario, el cen-

tro de Pekín es un polo no sólo carente de atractivos, sino repulsivo. La población no tenía derecho a acercarse al Palacio; Pekín no ordenó sus actividades alrededor de él, y por el contrario se vio rechazado lejos de las murallas rojas; los chinos aún se vieron expulsados fuera del primer recinto, cuyos muros se vieron afectados también por un sentido negativo.

El cuadrilátero que define a Pekín excluye toda idea de convergencia; revela claramente que la ciudad nació, no por las necesidades de una población, sino como fruto del decreto de un autócrata. Sólo ciertas consideraciones numéricas presidieron la división del espacio, que aquí no es más que un continente, sin dimensión cualitativa. Y el viajero se asombra de que, a semejanza de las ciudades sin historia de América, de África del Sur, de Australia, esta ciudad infinitamente vieja ofrezca el aspecto de un vasto loteo.

Ocurre que, a pesar de su edad, Pekín tampoco tiene historia; la historia de París es la del pueblo parisiense; pero el pueblo pequinés jamás existió como totalidad. En Francia, en Italia, en Inglaterra y en Flandes, los habitantes de las ciudades se vincularon mediante pactos, y reivindicaron derechos: lograron detentar en conjunto ciertos poderes que ellos mismos administraban; sus campanarios, sus atalayas y sus torres municipales ofrecían a la comunidad burguesa una imagen de íntima unidad; después, las luchas sociales dejaron su impronta sobre plazas y calles. La falta de burguesía determinó que Pekín no llegase a ser jamás un *burgo* dotado de municipio, de organización y autonomía; con la ayuda de los mandarines, el emperador reinaba sobre una masa de individuos dispersos, cuya solidaridad llegaba hasta la familia, y que entre sí sólo mantenían relaciones puramente externas; a imagen de la población, puede afirmarse que los distintos barrios de Pekín simplemente están yuxtapuestos; la ciudad carece de unidad orgánica.

En los países cristianos, la religión consolidaba los vínculos de la comunidad. La Iglesia poseía simultáneamente jerarquía y universalidad; la catedral dominaba a las restantes parroquias, y estaba abierta a todos; cada barrio tenía su cura y sus ceremonias comunes, y la ciudad entera un mismo obispo y fiestas que reunían a todos los habitantes. Por consiguiente, no tenía uno sino dos centros, alrededor de los cuales se superponían de manera compleja su vida temporal y su vida espiritual. En China no exis-

tió jamás una Iglesia Universal; sólo el emperador tenía derecho de sacrificar al Señor Celestial, cuyo templo se alzaba fuera de la ciudad; para el pueblo, excluido del culto oficial, el centro religioso del país no era más que un vacío, una prohibición. Los templos de menor importancia que se alzaban en los diferentes barrios estaban flanqueados por mercados, y representaban centros secundarios; pero estaban dispersos, y carecían de vínculos entre sí, en ninguno de ellos la población entera cobraba conciencia de sí misma.

A diferencia del emperador romano, el Hijo del Cielo no era delegado de su pueblo; tampoco se atribuía el papel de padre: era el Hombre Único, un Otro absoluto. Sus súbditos no podían reconocerse en él, y jamás la ciudad se encarnó en su persona. Inversamente, los emperadores no construyeron y reconstruyeron a Pekín en interés de los habitantes, sino para afirmar su propia grandeza. A veces se ha preguntado por qué utilizaron en sus construcciones, no la piedra, sino la madera que a menudo era necesario traer de lejos y con grandes gastos, porque en China escasean los árboles. La elección de este material demuestra en todo caso que les interesaba más deslumbrar que hacer obra duradera; no construían para la eternidad, y la obra de sus predecesores no les inspiraba el menor respeto. Pekín ha sido destruida a menudo, unas veces por incendios y otras por la voluntad deliberada de un nuevo conquistador; y en cada ocasión se la reconstruía, a partir de cero, idéntica a sí misma: su pasado ha sido negado incesantemente, y nunca conservado, de modo que los siglos no han dejado su huella. Pekín no se ha descentralizado ni transformado; aquí no hallamos, en capas superpuestas, los rastros de una transformación constante: en realidad, todo ha recomenzado indefinidamente. Ese pasado se remonta a épocas más lejanas que el comienzo de Roma; pero por paradójico que parezca, sus avenidas —sobre todo de noche, cuando se encienden los carteles de neón— me recuerdan ciertas calles populosas de Brooklyn o de Chicago; aquí, como en esas ciudades, el ancho de las calles destaca la pequeñez de las casas de un piso o dos, alineadas en bloques regulares; las construcciones de madera o de tierra apisonada tienen cierto carácter provisorio, y al mismo tiempo se gastan rápidamente: de ahí que una ciudad de dos mil años pueda tener en común con aglomeraciones fundadas hace apenas un siglo un aspecto al mismo tiempo inconcluso y envejecido.

Por consiguiente, tanto espacial como temporalmente, Pekín sólo posee una unidad originada en la repetición. Por doquier hallamos los mismos *houtongs*.[1] En la ciudad tártara [2] llevan nombres poéticos: Calle de la urraca que canta, Calle de las diez mil luces, Calle del retiro sombreado. En la ciudad china los nombres son más prosaicos: Calle de los Jades, Calle de las Sedas. Se trata siempre de caminos estrechos y rectilíneos, de suelo gris apisonado, las paredes grises cubiertas de tejas grises. Como en las ciudades árabes, no vemos fachadas: los templos, las villas, las casas se ocultan tras los muros. Hay algunos árboles en los patios interiores, pero rara vez en la calle misma, cuya monotonía apenas está interrumpida por los pequeños leones de piedra o los dragones de cerámica que a veces guardan las puertas de las casas. De la calzada asciende un olor de tierra, agria y un poco fermentada, que me permitiría conocer a Pekín con los ojos cerrados. No pasan vehículos, y sólo de tanto en tanto una bicicleta; los niños pequeños juegan tranquilamente. Se oye a veces la campanilla de un vendedor de pastas o de legumbres: lleva su mercancía en canastos, colgando de los dos extremos de una caña, o sobre una especie de carrito. Al mismo tiempo íntimas y acogedoras, estas calles parecen caminos privados, pero están abiertas para todos: es uno de los secretos de su seducción. Otro es su misma monotonía. Comprendo por qué al principio me parecía siempre que el *verdadero* Pekín estaba *en otro sitio*: la calle que nos disponemos a recorrer jamás está orientada en determinado sentido, no forma parte de un conjunto organizado, y no se siente alrededor de ella la presencia de la totalidad de Pekín. Pero cuando uno se ha paseado mucho por ellas, se adquiere una impresión muy distinta: es una extraña y grata impresión de ubicuidad. Cada callejuela aparece como el prototipo, como la idea y la verdad de todas las demás: estar aquí o allí, es estar en todas partes. El paseante ve renacer indefinidamente alrededor de sí la misma avenida gris y silenciosa; camina, y a cada paso se recrea el decorado, idéntico a sí mismo. No sé muy bien por qué esta repetición indefinida de una forma única posee cierto encanto: quizá nos ofrece la ilusión de agotar su riqueza, como si el mito de la profundidad se contase en kilómetros.

[1] Calle de viviendas.
[2] Es decir, incluida en el primer recinto.

He visitado varios interiores pequineses; [3] desde afuera nada distingue a la más lujosa de las residencias de una casa pobre; en el primer caso, la puerta a menudo está pintada de un bello rojo sangre de buey, y en el segundo es gris: pero durante el día las puertas están abiertas, y no se ve el color. Tampoco percibimos el interior de la casa; la mirada tropieza con un tabique de ladrillos, generalmente blanco, denominado *chao-p'ing*; otrora estaba destinado a proteger la residencia contra los malos espíritus, y hoy la defiende de la curiosidad de los transeúntes: por otra parte, jamás se alza en el eje de la puerta de entrada: un corredor acodillado conduce al patio interior, y alrededor de éste se encuentran dispuestas las habitaciones. En caso de mal tiempo, esta disposición tiene sus inconvenientes: las habitaciones no se comunican entre sí, de modo que es preciso atravesar el patio para ir de una a otra; la ventaja consiste en que cada familia posee para sí un trozo de tierra y de cielo. En medio de esta suerte de patio, a menudo hay una fuente que suministra agua potable. La más pobre de estas casas tenía cuatro habitaciones: una cocina, y tres piezas apenas amuebladas; un joven leía, sentado frente a una mesa; afuera, los niños jugaban, vigilados desde lejos por una anciana. La familia incluía un matrimonio, una suegra y cinco niños. La casa era pequeña para ocho personas, pero estaba limpia y ordenada. En las villas lujosas —por ejemplo, la que ocupa la Asociación de Escritores— hay una serie de patios dispuestos uno a continuación del otro; a menudo las construcciones se alzan algunos escalones sobre el suelo; y en todo caso, los patios y los edificios jamás están a nivel, y lo mismo puede decirse de los patios entre sí: se alcanza el umbral de las puertas subiendo un escalón de madera; así, en la ópera china, para indicar que el personaje entra en una casa o sale de ella, la conversión exige que levante varios centímetros el pie. Las casas privadas más hermosas que conocí —las de Lao Che, de Ting Ling— sólo tenían un patio. Los edificios están construidos todos de acuerdo con la antigua tradición. El techo descansa directamente sobre pilares de madera; los muros no constituyen un sostén, y sólo representan un papel de protección: por eso los tabiques interiores son tan livianos; se trata de frágiles estructuras de madera cuyos intersticios se llenan, en las casas po-

[3] Varias de estas visitas fueron improvisadas; a mi pedido, Tsai rogó a tal o cual ama de casa que me dejara entrar en su vivienda.

bres con diarios viejos, y en las elegantes con papel de arroz. El lujo se manifiesta sobre todo en las flores que adornan los patios —algunos son verdaderos canteros de crisantemos— y en el mobiliario.

Hoy, como antaño, la población de Pekín está formada esencialmente por funcionarios, comerciantes y artesanos. Por eso mismo, las calles comerciales tienen mucha importancia. La propaganda occidental ha vinculado tan eficazmente la idea de la cortina de hierro o de bambú con el concepto de austeridad, que me asombró profundamente el color y la alegría de estas calles. En realidad, a primera vista nada indica que estemos en un país que marcha hacia el socialismo: por el contrario, parece que se hubiese dado un salto hacia atrás; uno creería pasearse por ese mundo semifeudal que era China antigua. A lo largo de las avenidas y las callejuelas se alinean multitud de negocios, algunos protegidos por vidrios decorados con caracteres rojos, y otros abiertos —sin puerta ni ventana— sobre la vereda; muchas de estas tiendas son al mismo tiempo talleres en los que se fabrican a mano cacharros, ropas, calzado, muebles, ataúdes, objetos de cestería e instrumentos de música. Se los distingue por los grandes estandartes rojos y negros. Por la noche, vemos brillar los anuncios de neón. Los caracteres chinos siempre son decorativos: cuando se los ilumina con luz verde o roja y aparecen y desaparecen caprichosamente a través de las fachadas, se diría que uno está presenciando el vuelo de mariposas maravillosas.

Muy cerca del hotel hay una ancha calle bordeada de pequeños sauces, bajo los cuales halla refugio un grupo de rickshaws. Las tiendas de esta calle buscan a los clientes extranjeros; son bastante lujosas y tienen vidrieras. Aquí hallamos bordados, fotografías artísticas, antigüedades auténticas y falsas, chaquetas de seda bordada, forradas de cordero blanco o de visón; muchas cosas feas y otras tantas bellas. Un negocio que exhibe un enorme sombrero blando expone gorros de piel y esas tocas cuadradas, en terciopelo bordado, que usan los uzbecos. Un negocio hindú ofrece saris y corbatas de seda, sobre las que están pintados genios y dragones. Un naturalista vende animales embalsamados. Hay varios negocios de sastrería, extrañamente antiguos, cuyos anuncios muestran damas en largos vestidos del 1900, y hombres con ambos de muy viejo estilo; en los estantes hay vestidos de estilo vagamente occidental, de colores llamativos para formas inciertas: según pa-

rece, están destinados a las compradoras soviéticas; aparecen al lado de las camisas de hombre de seda blanca, cortadas según el modelo que gusta a los rusos. Dos librerías inmensas, ambas pertenecientes al Estado, abren sus puertas frente por frente. Una vende libros chinos, y está colmada de clientes y también de personas que acuden a leer allí mismo. La segunda es una librería internacional; hallamos libros norteamericanos, franceses, alemanes, rusos e ingleses en su lengua original; y también traducciones norteamericanas de novelas rusas, y traducciones rusas de obras norteamericanas. Al extremo de la calle, frente a una gran tienda estatal en construcción, un retrato de Mao Tse tung anuncia la entrada de un mercado; es un dédalo de avenidas techadas que se cruzan en ángulo recto, y donde se vende de todo: estatuillas, discos, vajilla, mercería, bonetería, tabaco, frutas confitadas al vinagre, hogazas de pan dulce con puré de arvejas (?), flores y mariposas de terciopelo, papelería, porcelana, jades y lacas trabajados, artículos de cestería, terracotas y alhajas; también aquí hay objetos horribles y otros encantadores. En uno de los caminos se alinean los cestos cargados de libros de ocasión: muchos libros extranjeros, relatos de misioneros, diccionarios y viejos "libros huevo",[4] que contienen más imágenes que texto, y que se distribuyen por millones en el campo.

La calle continúa hasta un cruce: un agente dirige la circulación desde lo alto de una garita de vidrio suspendida contra un muro, en el ángulo formado por dos casas. Más allá se extienden, en todas direcciones, otras calles comerciales. A veces, un pórtico de madera pintada anuncia la entrada de un mercado al aire libre: está el mercado de alhajas y jades; y el mercado de flores; todos los puestos son jardines cuyos canteros desbordan hacia la calle, y se prolongan a lo largo de los muros; allí vemos sobre todo crisantemos en macetas, y plantas verdes, pero también aves, y plumeros color rojizo, de los que algunos tienen mangos tan largos como nuestras cabezas de lobo. Los negocios más bonitos son quizá las casas de té; con sus cajones de madera pintada que cubren las tres paredes, y las cajitas cuidadosamente rotuladas dispuestas detrás del mostrador, recuerdan antiguas farmacias; allí se venden todos los tipos de té —rojo, verde, perfumado—, y aún los panes de té solidificado que consumen los tibetanos. Las ver-

[4] El huevo es en China el prototipo del artículo barato.

daderas farmacias son de dos clases: unas modernas, y parecidas a las nuestras; en otras se venden los remedios tradicionales: en los estantes hay polvos y píldoras extraños, y esas curiosas raíces de gin-seng, trituradas como las raíces de la mandrágora; que según se pretende curan muchas enfermedades y cuestan su peso en oro.

Contra el muro que limita por el sur los barrios de la "ciudad tártara" hay siempre una especie de feria de rezagos: allí se venden excedentes norteamericanos, ropas, y chatarra; entre los puestos hay mesas donde la gente come.

Para pasar a la "ciudad china" se franquea una puerta fortificada, Ts'ien men: sobre un túnel, excavado en la muralla, que aquí se ensancha para formar una terraza, se alza un bastión, de ladrillos desnudos, recubierto de tejas barnizadas; el techo verde claro contrasta con la austeridad militar de la construcción. Se llega así a los barrios del sur, donde los pequineses se instalaron cuando los manchúes los arrojaron fuera de los muros. Más tarde, la discriminación racial se suavizó, pero se convirtió en una suerte de segregación económica. Únicamente los comerciantes que podían pagar permisos muy costosos obtuvieron autorización para instalarse en los alrededores de la Ciudad Prohibida; los demás permanecieron en la "ciudad china". Allí estaban otrora los sitios de placer y desenfreno; teatros, casa de baños, afamados restaurantes que existen todavía hoy; y fumaderos de opio y burdeles que ya no existen. Hasta 1911 aún había en estos sitios casas de sodomía, toleradas legalmente, y que eran frecuentadas por la nobleza manchú. En cuanto a los burdeles, en 1920 había 377, con 3130 pupilas, distribuidas en cuatro clases según su juventud y belleza; se las compraba muy jóvenes a familias indigentes, o aún se las raptaba. En las casas de primero y segundo orden, la edad variaba entre dieciséis y dieciocho años; los nombres de las mujeres aparecían sobre las puertas, inscritos en placas de cobre, o en tabletas de madera, o sobre trozos de seda bordada; por un pago, los periódicos les hacían explícitamente publicidad: se publicaba la fotografía de las mujeres, con el nombre y el número telefónico, como si se hubiese tratado de una marca de jabón. Los turistas de la época se complacen en elogiar, en sus relatos de viaje, el encanto y los modales decentes de las muchachas denominadas "sing-song girls".

Hoy, en estas calles ya no hay olor a opio ni prostitutas; sola-

mente aires de ópera, difundidos por la radio, y los estandartes que flotan, rojos y negros, sobre las tiendas. Las calles en ángulo recto se distribuyen alrededor de una gran avenida central por donde pasa una línea de tranvías. Las casas tienen dos o tres pisos; sobre las fachadas hay adornos de madera esculpida o de laca trabajada; los bazares de la planta baja tienen las puertas abiertas de par en par sobre la calle, pero de noche se los clausura: están colmados de mercancías. Del cielo raso cuelgan paraguas, impermeables amarillos, túnicas, pieles, pieles de cordero; sobre los mostradores se amontonan telas de algodón, sedas y mantas abigarradas; de las paredes cuelgan imágenes coloreadas que representan a Marx, Lenin, y escenas de ópera. Hallamos las más bellas fachadas en las casas de baños y los teatros. Los restaurantes y las casas de té se ocultan. En cambio, se come mucho al aire libre. Hallamos en toda la ciudad restaurantes en la calle: algunas mesas de madera, siempre apoyadas contra una pared, y una cocina móvil. A las ocho de la mañana, mientras el empleado parisiense, en el mostrador de un bar, moja su medialuna en el café, el empleado pequinés se sienta sobre un banco, generalmente de cara a la pared; y toma una sopa de vermicheli y panecillos cocidos al horno. A lo largo de todo el día se ve a los cocineros estirar y trenzar las madejas de pasta como hacen en Francia los fabricantes de caramelos que trabajan en las ferias; la cortan, y la depositan bajo la forma de pequeños paquetes en una suerte de calderos: a veces la rellenan con carne o con puré de arvejas rojas. Otras preparan buñuelos o hacen hervir legumbres, o asan batatas en la ceniza. El olor que asciende de estos hornos y se mezcla con el aroma agrio de la tierra no se asemeja al de los países mediterráneos; los chinos no conocen el aceite de oliva; su cocina huele a aceite de soja, a pimienta y a pimentón: un olor de especias, ligero y seco.

Las cocinas ambulantes, los mozos de cuerda, los vendedores ambulantes, la miríada de pequeños comerciantes y artesanos de antiguas técnicas: estas calles nos recuerdan la Edad Media; pero se trata de una Edad Media insólita: rigurosamente aséptica. El lema que define en Occidente a los pintorescos barrios pobres —"calles estrechas y nauseabundas"— no es válido aquí: no se respiran malos olores. Estas calles no sólo nada tienen que ver con los callejones de Nápoles, de Lisboa o de Barcelona; a diferencia de algunos rincones de Chicago, aquí no se ven volar viejos dia-

rios o humear los tachos de residuos; no hallamos a esos "hombres olvidados" que se arrastran por el Bowery de Nueva York. Todos los niños están cuidadosamente vestidos. La menor raspadura, la más pequeña erupción está pintada de mercurio cromo, o recubierta con una gasa. En todos los países del mundo la experiencia parece demostrar que la pobreza implica fatalmente la suciedad, la falta de higiene, las epidemias. En Pekín, el visitante —aun el que está peor dispuesto— se asombra ante el desmentido que los hombres han opuesto a la tradición inmemorial.

Sin embargo, Pekín ofrecía otrora una notable confirmación de esta fórmula; era célebre por su suciedad y su desorden. Encuentro en una antigua guía estos testimonios: "He recorrido estas calles excavadas por los carros hasta alcanzar veinte pies de profundidad, donde los antiguos albañales destrozados parecen una escalera gigante para alcanzar el estrecho sendero que bordea las casas a cada lado del precipicio", escribía en 1867 el conde de Beauvoir. "Me he hundido hasta la mitad de la pierna en un polvo fétido de inmundicias seculares".

Otro francés, Marcel Monnier, escribe en 1895: "Extraordinaria ciudad: cloacas y malos olores, inmundicias y decrepitud. Suciedad, harapos, úlceras, un desorden y una incuria que abruman. Edificios arruinados, multitudes harapientas en un decorado grandioso... La ciudad, de la que por lo menos un tercio está formado por jardines o imprecisos espacios abiertos tiene más bien el aire de un bosque, de un inmenso parque rodeado de muros almenados, con algunos claros y grupos dispersos de casas aquí y allá".

Las cosas no habían cambiado cuarenta años después. El francés Casseville, gran admirador del antiguo orden manchú, y ferviente adepto de la moral de las minorías selectas, escribía en 1934: "Para el viajero, la palabra *houtong* sólo evoca callejuelas con emboscadas, donde los paseos en rickshaw se traducen en sacudones, olores inmundos, detritos, mendigos vestidos con trapos, niños desnudos".

La mugre, los detritos, los mendigos aún existían en 1949. El filme *La Fosa del Dragón Barbudo*, extraída de una pieza de Lao Che, ofrecía, según se me ha asegurado, una imagen fiel del antiguo Pekín. Los héroes viven en chozas de barro y paja, agrupadas alrededor de un patio cuya puerta da a un callejón: y éste último se encuentra casi totalmente ocupado por uno de esos "al-

bañales destrozados" que mencionaba en 1867 un viajero; un estrecho sendero bordea, a cada lado, las aguas medio estancadas donde se pudren las basuras domésticas y toda clase de carroñas; de tanto en tanto, una tabla cumple la función de pasaje. Cuando llueve, el pozo desborda, un barro líquido invade el patio, y penetra en las casas; los muros se agrietan y amenazan derrumbarse: una semana después, los habitantes aún chapoteaban en el barro. El caso concreto que sirve de pretexto a un filme ocurrió más de una vez: al atravesar el foso un día tormentoso, una niñita resbala sobre una tabla podrida, cae en el barro hirviente y se ahoga. Vi el lugar exacto en que la segunda parte del relato describía la metamorfosis: y comprendí entonces que una calle pavimentada, casas decentes y sólidas sobre sus cimientos, postes de alumbrado eléctrico, la ausencia de olores y de desechos representaban una gran victoria. Antaño se iba a buscar a fuentes lejanas un agua malsana; hoy, en todas las esquinas de Pekín hay fuentes que proveen agua potable. Ya no hay albañales al descubierto, ni moscas, ni ratas; en el lugar donde estaban los pantanos se han creado parques.

Evidentemente, hubiera sido un remedio más radical volar el viejo Pekín y reconstruirlo todo de nuevo. Pero aunque se hubiese querido hacerlo, el gobierno no tenía los medios necesarios. Tsai se anticipaba mucho al porvenir cuando con gesto amplio borraba del mapa un barrio entero. China es aún demasiado pobre para repudiar su pasado: por lo tanto, lo utiliza. La originalidad de su actitud consiste en que al mismo tiempo que lo conserva, lo organiza. En el interior de los muros, Pekín casi no ha cambiado durante estos cinco años; y sin embargo, se ha transformado.

Esta política al mismo tiempo activa y prudente explica el aspecto casi medieval de la ciudad. Si los dirigentes hubiesen querido expropiar de una sola vez a los comerciantes y los artesanos, habrían provocado un terrible desastre, y comprometido gravemente la economía china. Fiel a una tesis que expuso durante años, Mao Tse-tung decloró en julio de 1949: "Para afrontar la presión imperialista y salir de su situación económica de inferioridad, China debe utilizar todos los elementos del capitalismo urbano y rural que constituyan para la economía nacional un beneficio y no un peligro". Obtuvo la colaboración de los comerciantes y los artesanos, mediante el reconocimiento de la posesión de sus

fondos. La economía china incluyó tres tipos de empresas: empresas de Estado; empresas mixtas, en las cuales los capitales pertenecen por partes iguales o desiguales al Estado y a los individuos; y empresas privadas. En setiembre de 1955 el número de comerciantes privados se elevaba aún a siete millones, y las tiendas estatales —bastante raras— ajustaban sus precios a las del pequeño comercio, para no arruinarlo. La gran mayoría de los artesanos aún eran trabajadores aislados. El número de artesanos es de quince a veinte millones; suministran un quinto de la producción industrial del país, y el 15 % de su renta. Los campesinos utilizan productos artesanales en una proporción del 60 al 80 %.

Sin embargo, el viajero encantado por la pintoresca antigüedad de la "ciudad china" o del mercado de flores, se equivocaría si imaginara que entre ayer y hoy nada cambió. Ante todo, el gobierno obtuvo el control del mercado creando para los productos esenciales —carbón, pieles, materiales de construcción— organismos de compra y venta. Desde 1953, por razones sobre las cuales volveré, obtuvo el monopolio de los granos y de los aceites vegetales comestibles; a partir de setiembre de 1964 tiene también el control del algodón: sólo el gobierno puede comprar y revender estos productos. En muchas ramas de la industria ligera, es productor, y a veces el único o el principal cliente de los productores. Sólo para la distribución de los artículos utiliza —paralelamente a las tiendas estatales y a las firmas mixtas— la ayuda de vendedores privados.[5]

La situación de éstos ha cambiado profundamente. Bajo el régimen del Kuomintang, los pequeños comerciantes eran víctimas de las pandillas organizadas y los funcionarios corrompidos; sobre todo sufrían los efectos de las vertiginosas inflaciones originadas en las crisis económicas; en Shanghai, durante el último

[5] El informe de Li Fu-ch'uen sobre el plan quinquenal dice: "Los mayoristas privados pueden continuar la venta de ciertos productos en los que los organismos estatales no trabajan o sólo lo hacen parcialmnete... los minoristas forman la aplastante mayoría de los comerciantes privados. La mayoría son vendedores, pequeños comerciantes, transportistas que trabajan solos, sin empleados. Es preciso agregar los artesanos que venden personalmente sus productos... después del invierno de 1953 el volumen del comercio minorista disminuyó de manera bastante drástica. Más tarde se practicaron reajustes... El Estado ha suspendido provisoriamente la ampliación de sus ventas minoristas... Las cooperativas también redujeron su comercio minorista en favor del comercio mayorista".

año del régimen, los comerdiantes, obligados a vender sus mercancías por papel moneda de valor nulo, se vieron despojados literalmente de sus existencias. En general, para evitar la ruina sólo podían recurrir a préstamos, cuyos intereses usurarios los llevaban a la quiebra. La liquidación del pistolerismo y de la corrupción, la represión de la usura, y sobre todo la estabilización de la moneda les garantizaron un bien de inestimable valor: la seguridad. En caso de dificultad, el Estado les presta dinero, a un interés muy reducido. Ni los precios de compra ni los de venta sufren fluctuaciones.

La otra cara de la moneda, es que el comerciante ha perdido la libertad de especular y la de trampear. La campaña de los "cinco anti", dirigida contra las exacciones del capitalismo privado ha producido resultados de lo alto a lo bajo de la escala; podemos comprar un atado de cigarrillos o una caja de té, pero en todos los casos el vendedor entrega obligatoriamente una factura. El precio de los artículos importantes ha sido fijado oficialmente. En cuanto a los artículos de fantasía, si un comerciante exige una suma excesivamente elevada, los demás lo critican severamente. El caso es raro, pues la consigna ha sido asimilada: todos los viajeros han observado —por lo menos en Pekín— la escrupulosa honestidad de los comerciantes; los que vivieron en la antigua China se sienten sumamente impresionados, porque no se trataba de una virtud característica de este pueblo.

Pero no se trata sólo de que se hayan saneado las prácticas comerciales; si el capitalismo sobrevive, es con carácter provisorio: el socialismo está en marcha. Se organizan nuevas tiendas estatales. Y sobre todo, el Estado invierte en las empresas privadas capitales cada vez más importantes, con el fin de transformarlas en empresas mixtas. Nos acercamos a la etapa definitiva en que los pequeños patrones se convertirán en empleados del gobierno.

En cuanto a los artesanos, se los alienta a constituir cooperativas; en setiembre de 1955 estas organizaciones reunían en toda China sólo 1.130.000 miembros; pero el movimiento debía acelerarse: en enero de 1956 todos los artesanos de Pekín pertenecían a cooperativas. Las ventajas de esta colectivización son muchas. En lo inmediato, implica un aumento de la productividad, y el acrecentamiento de los beneficios obtenidos por los obreros: en efecto, permite una reducción de los gastos generales y la racionalización del trabajo, y crea la posibilidad de comprometer en

la empresa capitales importantes. Desde el punto de vista de los objetivos mediatos, implica realizar la revolución socialista: la idea de propiedad colectiva reemplaza a la de propiedad privada, y ello encauza a los trabajadores hacia la idea de la socialización.

En Pekín visité varias cooperativas artesanales: entre otras una fábrica de artículos metálicos esmaltados. Se preparan muchos vasos, adornos, copas y ceniceros de acuerdo con esta técnica, importada de Arabia en el siglo XIV. El taller ocupaba cuatro o cinco piezas, agrupadas alrededor de un patio. En un primer taller, los artesanos moldean el cobre, dándole la forma de vaso o de copa, sobre este fondo, los obreros del segundo taller aplican con cuidado pequeñas virutas de cobre; las aferran con una pinza, las cortan, las rebajan, las curvan y las aplican sobre el fondo metálico, de acuerdo con las exigencias de los motivos que deben reproducir; se obtiene así un extraño objeto, decorado con un dibujo en relieve de cobre sobre cobre. Para soldar las virutas, se introduce el vaso en un horno, donde se lo calienta al rojo, y luego se lo deja enfriar; un solo obrero basta para atender esta tarea, mientras que los restantes talleres agrupan cada uno seis o siete artesanos. Una vez frío, se entrega el vaso a los pintores, que lo recubren con una capa espesa de colores vivos: entonces aparecen, sobre un fondo amarillo o verde, flores, pájaros, o un paisaje. Vuelve a cocerse y a recocerse el objeto: y adquiere la lisura de la porcelana. Cuando se trata de un vaso, o de una jarra, se encierra el cuello y la base con un anillo de cobre.

Las ventajas de la racionalización del trabajo son evidentes aquí. Como cada etapa de la fabricación exige un tiempo diferente, un empresario privado se verá en dificultades para coordinar las diversas operaciones de los trabajadores: sobre todo el día que se cuecen las piezas tendrán mucho tiempo ocioso. Aquí, por el contrario, es posible distribuir la mano de obra con el fin de evitar los momentos vacíos y el exceso de trabajo. Cada uno obtiene beneficios mucho más elevados que si trabajara aisladamente.

Los artesanos que trabajan a domicilio pueden agruparse en cooperativas. Por ejemplo, las obreras realizan en el hogar bordados que adornan manteles, servilletas, etc. Un organismo central garantiza la compra y la distribución de la tela y de los hilos de seda, cuyos colores varían según el modelo que es necesario reproducir; este organismo se encarga también de elegir los motivos; y asimismo, realiza el control, la rectificación y el blanqueo

de los trabajos terminados; mantiene relaciones con la clientela: pedidos y expedición. Las mujeres de Pekín, que mediante el bordado ganan un salario suplementario, tienen la seguridad de recibir la retribución de su trabajo; no pierden tiempo buscando modelos, ni comprando los materiales necesarios. También en este caso, son evidentes los beneficios de la colectivización.

Al principio, me asombró una cosa; el carácter improductivo de los objetos fabricados —vasos de metal esmaltado y manteles bordados. Pero ya he dicho que en el momento actual la mano de obra sobra en China; durante siglos el arte popular —trabajo de la laca, el jade, la seda, la porcelana, la tejeduría de tapices, etc.— ha alimentado a muchos pequineses; para que éstos no se encuentren desocupados, el régimen ha decidido alentar el artesanado de lujo; el Estado ayuda a hallar clientes y realiza pedidos. Una forma nueva de producción —la cooperativa— al servicio de técnicas antiguas y sin utilidad práctica, es una paradoja que armoniza con la fisonomía general de Pekín, donde el progreso del socialismo está disimulado bajo una decoración de viejo bazar oriental.

La ingeniosa política que consiste en utilizar el pasado todo lo posible a veces ha provocado la burla, y aún la indignación de los observadores mal dispuestos. Entre otros, un detalle provoca los sarcasmos regocijados de los anticomunistas: nos referimos a la supervivencia de los rickshaws. Según parece, por su parte los progresistas franceses rehusaron utilizarlos, pues entendieron que constituían un insulto a la dignidad humana. Sin duda Tsai temió que tuviésemos una reacción análoga, pues nos dijo: "Pronto los suprimiremos". Ciertamente, los chinos esperan alcanzar próximamente un nivel que permita reemplazar este sistema con otros medios de comunicación; pero también creen que un trabajo que es útil para la sociedad no debe ser tachado de degradante. La actitud adoptada en este aspecto por el gobierno coincide con la que en 1927 Mao Tse-tung preconizó en la provincia de Honan: los campesinos que acudían a organizarse en sindicatos poderosos querían prohibir el uso del palanquín; los militantes comunistas les explicaron que de ese modo condenaban a la miseria a los portadores: aconsejaron que se autorizaran los palanquines y se elevasen las tarifas del recorrido. Asimismo, cuando Pekín fue liberado, algunos burgueses chinos y occidentales temieron que se les obligarse a despedir a sus criados: por el contrario, se los exhortó

a conservarlos, triplicándoles el sueldo. Si se hubiesen suprimido los rickshaws, se habría dejado sin empleo a una categoría entera de trabajadores. Además, la escasez de autobuses y tranvías, y la ausencia de taxímetros determinan que sean necesarios. No se vaciló, y se prefirió conservarlos.

Continuaron trabajando: pero la situación de los conductores ya no es la de antaño. La señora F. Rais, en el reportaje que concedió a *París-Presse*, sostiene que eran más felices en tiempos del Kuomintang: podían acariciar el sueño de que se les "pegara" un poco del oro capitalista. En realidad, más avisado que esta imaginativa periodista, sabían muy bien que, salvo el asalto o el asesinato, no tenían la menor posibilidad de trasladar a su bolsillo la cartera de sus clientes; a lo sumo, recogían más barro que oro. Eran explotados por empresarios que les alquilaban los vehículos y cobraban un porcentaje monstruoso de la tarifa: si la suma que el trabajador traía era insuficiente, el patrón lo molía a golpes. Asimismo, ocurría a menudo que al final del viaje, el cliente prefiriese apalear al conductor en lugar de pagarle: los occidentales y los funcionarios del Kuomintang sabían que el agente de policía automáticamente tomaría partido por ellos. Hoy, los rickshaws no son ciertamente el sector más favorecido de la población; sus pantalones, que a menudo llevan arremangados encima de la rodilla, suelen estar remendados; pero de ningún modo sufren habitualmente las consecuencias de la desocupación, como afirma la señora Rais, ni son seres despreciados, como dice la señora Berlioux, ni están sucios y andrajosos, como los describe enternecida la señora Gosset. A veces el Estado, y otras algunas asociaciones controladas, alquilan los vehículos a los conductores, por un precio fijo y muy reducido; algunos son propietarios de los vehículos, y en cualquier caso el trabajador embolsa la totalidad de la tarifa. Como la tarifa de los rickshaws no es elevada, la población los utiliza mucho: los domingos, estos hombres obtienen generalmente cinco a seis yens; en general, el conductor gana más o menos lo mismo que un peón —es decir, puede dar una vida decente a dos o tres hijos. Están organizados en asociaciones que les garantizan auxilios en casos de enfermedad; se han organizado para ellos cursos nocturnos, y ahora la mayoría sabe leer y escribir. No cuidan mucho el aspecto de sus vehículos; pese a todo, vi uno de ellos forrado con

una tela de algodón celeste sobre la cual se desplegaban blancas palomas de la paz.

Sólo en un punto las consignas de economía que rigen en este período de transición no fueron cumplidas: en los parques, sobre las grandes avenidas, y sobre todo en este amplio suburbio llamado "el nuevo Pekín" se han construido inmuebles de sorprendente magnificencia. A partir de 1925 los arquitectos chinos adoptaron un estilo que se denominó nacional, y que procuró conciliar las exigencias de la vida moderna con la tradición: la Universidad de Pekín, la Biblioteca Central fueron construidas en este estilo. Cuando en 1949 se comenzó a construir en gran escala, se quiso armonizar los nuevos edificios con el viejo Pekín: de modo que se retornó al estilo nacional. Así, el inmenso hotel aún inconcluso que se eleva a la entrada de la ciudad está formado por pabellones típicamente "chinos". Los techos de tejas verdes tienen bordes salientes, y ángulos rebatidos. El interior reproduce algunos elementos de los antiguos palacios, y temas inspirados en los templos budistas. Alrededor del lago Pei-Hai vi también hermosas casas de tejas verdes: son oficinas y dormitorios destinados a los empleados. A partir de 1950, se reprochó a los arquitectos los gastos que implicaba esta forma de construcción. El techo del Departamento de Policía de Pekín costó tan caro que para no sobrepasar el presupuesto se construyó un piso menos de lo previsto: el alcalde de Pekín expresó enérgicamente su desaprobación, y el gobierno exigió que se abandonase el estilo nacional. Algunos arquitectos obedecieron. Sin embargo, en 1953 se creó la "Sociedad Erudita de los Arquitectos Chinos" que publicó una revista en la que difundió los principios de la antigua arquitectura. Un viejo profesor, Leang Seu-ch'eng, explicó que el uso de los materiales modernos, acero y cemento armado, armonizaba con la concepción china de un "esqueleto estructural" mejor que con la tradición occidental de los muros masivos: en efecto, el principio del rascacielo, en el cual la pared sólo llena los vacíos dejados por la estructura, es el mismo que el de las casas chinas.

Continuó construyéndose en el antiguo estilo. Pero en 1955 esta actitud obstinada fue condenada definitivamente. Entre las economías preconizadas por Li Fu-ch'uen en el "Informe sobre el Plan Quinquenal", se exige con insistencia: se abandonará el es-

tilo "llamado nacional". "Estos últimos años hubo un enorme despilfarro y grandes extravagancias en la construcción de edificios improductivos... En 1954 se consagró el 24 % del capital destinado a la construcción a inversiones improductivas. Esta cifra irrazonable debe ser modificada. Entre otras cosas, hubo un enorme despilfarro como consecuencia de la adopción ciega del estilo llamado «nacional». En lugar de atenerse al principio «utilidad, economía, y si es posible elegancia» se han realizado gastos considerables e inútiles para construir y decorar fachadas suntuosas, empleando materiales refinados y costosos. Los grandes techos levantados en el estilo del Palacio Imperial, implicaron un despilfarro de 5.400.000 yens en los treinta y ocho edificios construidos por los diversos departamentos estatales en la región de Pekín... El exceso de adorno no sólo cuesta dinero, sino que reduce las superficies utilizables".

Un techo tradicional, con tejas barnizadas, cuesta cuatro veces más que un techo común, y dada su altura ocupa el espacio de un piso entero. En cierto sanatorio, aún la cocina y el lavadero tienen este tipo de techo. Una caricatura aparecida hacia abril de 1955 en el *Diario del Pueblo* muestra a la vieja emperatriz viuda —célebre porque utilizó en la reconstrucción del Palacio de Verano una parte del presupuesto de la Marina— palmeando a un grueso arquitecto de anteojos, que tiene en la mano una taza de té y varios planos; la emperatriz le señala un pabellón de imponentes techos: "Realmente, usted es un experto en despilfarro", dice. "Ni siquiera cuando construí el palacio de Verano tuve jamás la idea de disponer un techo tan magnífico encima de una cocina".

Parece que en la embriaguez de la victoria, los arquitectos chinos se apresuraron a aplicar el principio de Lenin: "Nada es demasiado hermoso para el pueblo". Lenin decía que llegaría el día en que los mingitorios públicos serían de oro: ¡Ciertamente, veía lejos! Por el momento, alimentar a todo el mundo es todavía un problema en China, y lo es también alojar a todo el mundo. La prensa, la radio, el cine continúan desarrollando una campaña contra "los grandes techos" que se han convertido en sinónimo de extravagancia. Los planos de trece construcciones nuevas que se proyectan en Pekín fueron revisados en ese sentido, y se practi-

caron en los proyectos considerables economías, al mismo tiempo que se aumentaba el espacio utilizable.

Algunos estetas, enamorados de la antigua China, lamentan la desaparición de las moscas y los harapos: "Ya no hay mendigos. ¡Esto no es Pekín!" me dijo uno de ellos con aire de censura. También apreciaban las peleas entre los nativos; le daban a Pekín cierto color local, como a Flandes las riñas de gallos. Guillain lamenta que el actual régimen lo prive de esos placeres; las calles chinas le parecen aburridas. En realidad, jamás oí a nadie gritar ni pelear en Pekín. Cuando chocan dos bicicletas o dos rickshaws, los conductores sonríen. A mi juicio, este buen humor es uno de los encantos de la ciudad. Lo observé apenas llegué. Venía de Francia; poco antes, había estado en España. En estos países, los rostros de los que trabajaron todo el día aparecen por la noche agobiados, tensos, fatigados;[6] a lo largo de los caminos chinos todos sonreían —no sólo los que regresaban a la ciudad, una vez completado el día de trabajo, sino los que continuaban cultivando la tierra o llevaban fardos. Luego, pude confirmar esta impresión. En Pekín, hay un sentimiento de felicidad en la atmósfera.

Las calles están menos pobladas de lo que creía, pero —salvo durante la noche— se muestran siempre animadas. Lo que más me impresiona en la multitud tranquila y alegre que nos codea, es la homogeneidad. Hay en China diferencias de condición, y sin embargo Pekín ofrece una imagen perfecta de una sociedad sin clases. Es imposible distinguir a un intelectual de un obrero, a un ama de casa pobre de una capitalista. El hecho responde en parte a esa famosa uniformidad de atuendo que tanto entristece al señor Guillain; los chinos son los primeros que se ríen de ello;

[6] Lo mismo ocurría antaño en China, si hemos de creer en esta descripción de Pearl Buck, en *La buena tierra*:

"En reposo, los rostros parecían contraídos por la cólera, pero no se trataba de ese sentimiento. Los años de trabajo excesivo les habían contraído el labio superior, y les conferían esa apariencia de rictus odioso que ponía al descubierto los dientes; y esos trabajos habían cavado profundos surcos alrededor de los ojos y la boca. Ellos mismos no tenían idea de su apariencia física. Uno de ellos, al verse cierta vez en un espejo que pasaba en un camión de mudanzas exclamó «¡Qué feo es ese tipo!» Y como los otros lanzaron una carcajada, el hombre sonrió embarazado, porque no sabía de qué estaban riéndose".

una caricatura, reproducida a menudo, representa a una familia cuyos miembros se dan la mano: "el abuelo, la abuela, papá, mamá, yo, mi hermanita", dice la leyenda; todos están vestidos del mismo modo, con el clásico conjunto de tela de algodón azul. Se exhorta hoy a las mujeres a vestir polleras y tricotas, o vestidos inspirados en la túnica china tradicional; las fábricas textiles producen telas de algodón floreadas.[7] No importa. Ocurre que en Pekín el azul de las chaquetas y los pantalones parece tan inevitable como el negro de los cabellos; estos dos colores casan tan bien, armonizan tan felizmente con las sombras y las luces de la ciudad que por un momento uno creería pasearse en un cuadro de Cézanne. Pero la unidad de esta multitud viene de más lejos: aquí nadie se muestra arrogante, nadie tiene pretensiones, nadie se siente superior ni inferior a otros; todos exhiben un aire de dignidad sin altivez, parecen a la vez reservados y francos. Es necesario sufrir una extraña alucinación para confundirlos con un ejército de hormigas. La homogeneidad no significa identidad. En realidad, no conozco ningún sitio donde prevalezca una tan triste uniformidad como en los barrios y los salones elegantes de Francia: el individuo manifiesta incansablemente su clase y vive absorbido por ella. Aquí, no se manifiesta la división entre las categorías sociales: en realidad, nos codeamos con una multitud de individuos, infinitamente variados. Por sus rasgos, sus estructuras,

[7] En la revista *Nuevas perspectivas*, la señora Chang Ts'in-ts'ieu, viceministro de la industria textil, escribió hacia el mes de julio de 1955: "Después de la creación de China nueva, el clima de trabajo y de austeridad ejercieron influencia sobre todas las capas de la sociedad, y el número de mujeres y de hombres que adoptaron el uniforme aumentó constantemente. Sin embargo, como el nivel de vida de la población se eleva progresivamente, nada impide que las mujeres y los niños de la nueva China recuperen el gusto del adorno. Todo el mundo tiene el sentido de la belleza, y una reforma razonable del atuendo no implica de ningún modo la existencia de una mentalidad decadente... Ante todo, es necesario diferenciar la ropa femenina de la masculina".

En el mes de mayo de 1956 se realizó en la gran tienda estatal de Pekín la presentación de 400 modelos: vestidos y conjuntos de estilo occidental, y vestidos y conjuntos de estilo chino tradicional.

Parece que la uniformidad en el atuendo es cosa antigua en China del Norte. Pearl Buck (*Los mundos que conocí*) cuenta que poco después de casarse, salió del Surp ra dirigirse al Norte, y que entonces le entristeció la monotonía de las ropas. "No era posible distinguir a los ricos de los pobres, pues las damas adineradas llevaban sus vestidos de seda bajo el sombrío atuendo de algodón, y no eran más ostentosas que las campesinas".

los rostros chinos son muy variados; y como sus expresiones no obedecen a un rito de clase, cada una evoca una historia particular.

Natural, desembarazada, sonriente y diversa, la multitud pequinesa es sensata. Los occidentales y sobre todo los franceses, lamentan no ver jamás parejas de enamorados. Si por casualidad un brazo enlaza con familiaridad un hombro se trata siempre de dos camaradas del mismo sexo. Los varones y las jóvenes sólo se tocan con la punta de los dedos; un beso en público parecería una obscenidad. Esta austeridad no es imputable al régimen: ocurre que durante siglos el confucianismo alzó entre el hombre y la mujer un minucioso sistema de tabúes. En compensación, el orden, la decencia que reina en la ciudad son cosa nueva. Ni un borracho. En las novelas y las óperas chinas se bebe enormemente; la filosofía taoísta, favorable a todos los éxtasis, alentaba la embriaguez; muchos poetas la han celebrado; pero hoy es muy raro que un chino "enrojezca".

Las calles de Pekín no tienen misterio: el "misterio" de la ciudad implica la miseria y el desamparo de una parte de la población, y la existencia de bajos fondos. Aquí todos y todo están en su lugar. Esta exactitud no excluye un discreto pintoresquismo. El pasado gravita tan pesadamente, el porvenir está prefigurado de modo tan imperioso que el presente parece siempre un poco insólito: o retrasado, o adelantado a sí mismo. Por ejemplo, uno de los encantos de Pekín son los niños: exuberantes, alegres, están por doquier. Su salud y su aspecto cuidado atestiguan que se los cría de acuerdo con las reglas más modernas de la higiene. Sin embargo, el atuendo infantil se ajusta a la tradición. Cuando son muy pequeños, se los envuelve en mantas de colores vivos —rojo o anaranjado— de algodón grueso o seda; llevan la cabeza protejida por curiosos sombreritos que recuerdan cascos de jockey. Ya mayores, los varones llevan ropas floreadas cuyos largos pantalones están ingeniosamente abiertos delante y detrás. Aún cuando se pasean en ordenado grupo, bajo la vigilancia de una joven de cabellos trenzados, los pequeños chinos suscitan siempre en mí la impresión, con sus grandes sombreros y sus ropas de colores abigarrados, de que se dirigen a un baile de disfraz. Sólo los pioneros de corbata roja responden con exactitud a la idea que nos forjamos de un pionero. Es lógico que por la mañana se vaya a buscar a los niños que pasan el día en las nurseris, y que por

la noche se los devuelva al hogar: pero en esos casos se utilizan rickshaws equipados con una caja rectangular; estos ómnibus en miniatura parecen pertenecer, no a una organización oficial, sino a un parque de diversiones.

En todos los rincones de Pekín hallamos este ligero desajuste entre el fin y los medios, el objeto y su destino, las instituciones y los hombres. A las diez de la mañana, los empleados se reúnen frente a la puerta de la administración de la empresa, para realizar una sesión de gimnasia. Nada más razonable que el principio que establece la cultura física obligatoria. Sin embargo, siempre me parece un tanto incongruente ver sobre las veredas de Pekín a los funcionarios de ropas azul oscuro, los rostros un poco fatigados, mientras ejecutan concienzudamente las flexiones y los movimientos bajo la dirección de un instructor. Se diría que aquí los hombres están retrasados con respecto a la idea. A veces ocurre por el contrario que la técnica está atrasada con respecto a los individuos. La mayoría de los pequineses modernos sabe leer, y el número de ejemplares de los diarios es insuficiente: de modo que se fijan ejemplares sobre paneles levantados en los cruces y en las grandes avenidas. Los transeúntes se detienen largo rato para consultarlos.

Algunos paneles más amplios tienen carteles: son anuncios de filmes chinos o extranjeros, o imágenes que ilustran los lemas más recientes: Liberemos a Formosa —economicemos el alimento— Viva el plan quinquenal. Como lo ha observado Gascar, los rostros parecen extrañamente sonrosados, con los ojos apenas sombreados. Algunos carteles muestran a un ama de casa envuelta en tul y blandiendo un matamoscas: las moscas no abundan; ya se ha ganado la campaña de la higiene; las máscaras de gasa, tan frecuentes otrora, casi han desaparecido. Solo los días en que el viento levanta polvo, algunos policías y barrenderos las utilizan todavía para proteger el rostro.

Jamás me he fatigado de caminar por las calles de Pekín; siempre había algo que mirar. En las callejuelas de tierra apisonada he visto caminar ancianas de pies minúsculos, con escarpines puntiagudos: los tobillos hinchados parecían horriblemente deformes. A mediodía, en el interior de las tiendas o sobre los umbrales, la gente come; están en cuclillas, en la mano el tazón y los palillos, en una actitud que me parece fatigosa, pero que pueden mantener durante horas. De tanto en tanto brilla una mancha de co-

lores vivos: son cubiertas de fieltro, destinadas a proteger la silla de las bicicletas; estos vehículos abundan en Pekín, y sus propietarios los cuidan con amor. Como no se las cría, casi no hay bestias de tiro: Hay algunos caballitos mongoles, que tiran de pequeños carros cuyas ruedas tienen neumáticos; pero este fiacre con el cual me crucé, extraordinariamente antiguo, agobiado bajo el peso de seis pasajeros e innumerables bultos, parecía haberse equivocado de universo. Todos los transportes se realizan a hombro o en rickshaws y estos últimos cumplen la función de camiones de mudanza, ambulancias, carros de reparto. Una mañana vi pasar más de cien, cargados con grandes coronas de papel de brillantes colores: en algún lugar de la ciudad se celebraba una ceremonia en honor de un importante comunista japonés fallecido en China.

Veo que hay muy pocos animales en las calles: los gatos y los perros fueron suprimidos porque eran portadores de gérmenes. Por otra parte, mantenerlos es muy costoso, y los chinos no quieren tanto a los animales que estén dispuestos a sacrificarles un poco de su pan cotidiano.[8] En París, Tsai se sintió chocado al ver mujeres elegantes a remolque de sus perros. Sin embargo, se venden grillos, cuyos combates entretenían otrora a los emperadores y los mandarines, y a los que ahora los escolares crían en sus pupitres.

Al mismo tiempo que me entretenía con el espectáculo de las calles, me informaba acerca de la existencia cotidiana de los pequineses. Aunque vestidos con el mismo algodón azul, no todos tienen el mismo nivel de vida. Entre ellos hay diferencias de fortuna y de ingresos, y por otra parte —ya volveré sobre este punto— existe una escala de salarios.

Para determinar lo que un chino gana y gasta, ante todo es necesario definir el valor del yen, la actual unidad monetaria. Antaño se utilizaba el tael, que no era una moneda, sino un peso —poco más de una onza de plata— de modo que los comerciantes llevaban consigo pequeñas balanzas para hacer sus cuentas. Después de la guerra del opio, en 1840-42, las piezas de plata mexicanas, norteamericanas, etc. tenían derecho de libre circulación. Sobre el modelo de estas monedas, en 1933 se acuñaron yens de plata.

[8] Cartier Bresson ha tomado divertidas fotografías de chinos de Shanghai que paseaban con ellos —en 1949— jaulas con pájaros. Ahora ya no se los ve.

En 1934, cuando Estados Unidos nacionalizó la plata, compró este metal, a elevado precio, en todo el mundo; los banqueros chinos vendieron cargamentos de yens, lo que acarreó una desastrosa inflación. El Kuomintang introdujo en 1935 el patrón oro; pero la inflación persistió; todos querían cambiar la moneda china por dólares norteamericanos. Sin embargo, a partir de 1938 se acuñó en la zona roja una moneda nacional, y el valor de estos yens aumentó, al mismo tiempo que disminuyó el de los billetes del Kuomintang. En 1949 estos últimos fueron suprimidos, y se prohibió el uso de la moneda extranjera. De ese modo, se estabilizó el valor del nuevo yen chino.

En marzo de 1955 se practicó un reajuste monetario. Me asombré cuando vi por primera vez la listas de platos del hotel de Pekín: los precios de cada plato variaban entre 0,5 y 1 yen, aunque en las crónicas que yo había leído se calculaba el precio de los artículos por decenas de millares de yens. Ocurre que el nuevo yen equivale a 10.000 de los antiguos. Si las reformas introducidas en 1935, 1948 y 1949 por el Kuomintang habían sido especulaciones provechosas para el Estado, aunque se vieron seguidas inmediatamente de nuevas inflaciones, ésta respondió exclusivamente a la necesidad de simplificar los cálculos: es más fácil basarse en una unidad que en 10.000. No ha implicado ningún trastorno económico. Hoy, el yen se canjea en los bancos por 150 francos franceses; afírmase que su poder adquisitivo es de aproximadamente 500 francos. Esta equivalencia me parece arbitraria. Se lo advertiré más claramente si se realiza una comparación concreta de los salarios y el costo de la vida.

Un obrero gana de 40 a 80 yens mensuales, 40 si es peón, 80 si es obrero calificado. En su condición de intérprete, Tsai gana 70 yens; es el salario de muchos funcionarios y empleados. Un profesor universitario recibe alrededor de 140 yens. Se pagan 240 yens a ciertos actores y escenógrafos célebres. No hay límite para los beneficios de los comerciantes, los industriales, los escritores, etc.

Una vivienda modesta, para una familia, cuesta 8 a 10 yens mensuales. En cuanto a los alimentos, es preciso calcular 5 a 10 yens por persona y por mes; esta cifra supone una alimentación muy sencilla: fideos, arroz, legumbres, muy poca carne o pescado que se mezclan con los cereales. Una docena de huevos cuesta ½ yen, un pollo cuesta 1 yen o aún ½ yen en ciertas regiones.

Un vestido de algodón representa 8 yens; generalmente se usan dos por año. Una manta de algodón, acolchada, y forrada de algodón cuesta alrededor de 20 yens. Un par de zapatos de tela, 10 yens. Los zapatos de cuero son mucho más costosos: 39 a 45 yens; todos los objetos de cuero tienen precios elevados; y también los tejidos de lana. Un traje de tela de lana vale 80 yens. Las estilográficas están baratas: 7 yens. Un libro vale 1,20 yens. Un lugar excelente en el teatro: 1 yen. Una butaca en el cinematógrafo: 0,25. Una buena comida en el restaurante: 1 yen. Una bicicleta: 150 yens.

Veamos el presupuesto de Tsai, que tiene alojamiento gratuito en el centro deportivo al que está agregado. Sueldo: 70 yens. Comedor: 15 yens. (La cifra es mucho más elevada que la que indicamos anteriormente. La tarifa de 5 a 10 yens por persona supone que la madre de familia cocina para varios individuos; Tsai paga el servicio y toda la organización, al mismo tiempo que una alimentación particularmente rica y abundante, pues pertenece a un centro deportivo). Los domingos come en el restaurante: 5 yens más por mes. Gasta 2 yens en medios de comunicación, 2 yens para el cinematógrafo, 6 yens en compra de ropas y mantenimiento de las mismas. (Tiene dos trajes de algodón, uno de tela de lana, algunas tricotas, y zapatos de cuero). Por lo tanto, gasta 30 yens mensuales. Deposita 40 yens en caja de ahorros. Su mujer, que es estudianta, pero que trabaja en un servicio, tiene un presupuesto semejante. De modo que en un año ahorran alrededor de 1.000 yens. Con este dinero podrán poner casa y amueblarla. Tsai tiene varias estilográficas, un reloj pulsera y un aparato fotográfico.

Pedimos visitar a una familia de condición media, y nos llevan a la casa de unos profesores del colegio secundario. Tienen tres hijos y son dueños de la casa en que viven; un lugar bastante amplio, amueblado con modestia. Si no les perteneciera, les costaría 20 yens mensuales. Gastan 50 yens en alimentos: 40 yens en arroz y harina, 10 yens en legumbres y carne. Tienen vestidos de algodón y salen poco: a veces van al cine, rara vez al teatro, y todas las semanas reciben a los padres, pero a pocos amigos. No pueden salir de Pekín durante las vacaciones.

Las personas que disponen de medios pueden permitirse ciertos lujos en la alimentación: pero si han adoptado medidas contra el despilfarro y el acaparamiento. Los artículos de primera necesi-

dad están racionados. Los anticomunistas ven en ello la prueba de que el nivel de vida de los chinos ha descendido; esta regresión sería consecuencia de los sacrificios exigidos por la industria pesada: las exportaciones de cereales, necesarias para la compra de máquinas, estarían hambreando a la población. Es falso. A partir de 1952, se han exportado anualmente 1.722.300 toneladas de granos y de soya, y esta última representa más de la mitad de la cifra total. Es decir, que la ración de cada ciudadano disminuye en menos de 3 ½ libras de cereales: una cantidad despreciable. Los chinos consumen, término medio, 365 catties[9] de grano por año y por persona; en 1954 la cifra alcanzó a 560 catties, a pesar del constante aumento de la población. La verdadera razón del racionamiento es que el poder adquisitivo de la gente, y por lo tanto la demanda, se han multiplicado. Centenares de millares de personas que antes morían de hambre comen hoy todo lo que desean; vivían cubiertas de harapos, semidesnudas; ahora todos compran ropas de algodón. El aumento de la producción aún no está a la par del aumento de la demanda. Por eso ha sido necesario organizar la distribución de artículos. En 1953, el comercio de los principales productos alimenticios, y en 1954 el comercio del algodón fueron nacionalizados. Los campesinos venden sus excedentes de granos al Estado, que los distribuye por intermedio de los comercios minoristas; en todas las regiones se estudia durante un período de prueba la masa de compras, y se utilizan estas cifras como base para organizar un plan de racionamiento; no se definen a priori las necesidades, utilizando reglas generales, sino sobre la base de la práctica. Por consiguiente, de acuerdo con una fórmula que nos comunicaron, "es posible comprar lo que se puede comer". No se trata de disminuir el consumo, sino más bien de regular su aumento, de manera que no desborde nunca el plan de producción. En el mes de agosto de 1955, el gobierno trazó un plan ponderado, en relación con las poblaciones urbanas: de acuerdo con la edad y el tipo de trabajo de cada individuo, se establecen nueve categorías de consumidores: los trabajadores que realizan tareas pesadas reciben mensualmente 48,5 libras de harina, y los niños 36 libras; en el Sur, la base de la alimentación es el arroz, y la cantidad asignada es un poco inferior. Los restaurantes, las pastelerías, las panaderías, etc. reciben materias primas de

[9] Un catty vale poco más de una libra.

acuerdo con un plan establecido por las autoridades. En el caso del algodón, cada individuo tiene derecho a quince metros anuales. Sólo a los ricos puede parecerles que estas medidas son restrictivas; en realidad, satisfacen cabalmente las necesidades de los individuos del sector medio o pobre. Aparte las razones particulares que las determinaron, coinciden con una de las consignas que ahora están en vigor: economizar, no despilfarrar nada.

En general, los chinos más ricos llevan una vida casi tan sencilla como los pobres. En primer lugar, no se atreverían a exhibir su fortuna de un modo que podría provocar severas críticas; y a muchos esa actitud les repugna espontáneamente. Y luego, hoy son escasos los privilegios que es posible adquirir con dinero. Los autos son instrumentos de trabajo. No existen lugares de placer. Ir con frecuencia al teatro, al restaurante, alimentarse bien, vestir hermosas ropas de seda, comprar cuadros, muebles y estatuillas: en esto se resume el máximo lujo posibe. Por otra parte, las desigualdades inherentes al capitalismo están destinadas a desaparecer rápidamente; y las ventajas que aseguran a algunos las diferencias de salarios, implican a su vez ciertas desventajas; los cuadros mejor pagados son los que aportan el más considerable esfuerzo: se les exige imperiosamente su tiempo y sus fuerzas, y no tienen ninguna posibilidad de llevar una existencia regalada. De acuerdo con los "planes", el nivel de vida de los chinos no se elevará mucho antes de varios años, pues la tarea urgente es desarrollar la industria pesada: por consiguiente, la austeridad que reina ahora en China no desaparecerá de la noche a la mañana: ciertamente, todo esto es menos seductor que la abundancia, pero en este mundo "uniforme" se respira una atmósfera más limpia que en los países donde los contrastes estridentes transforman la pobreza en escándalo.

De su lejano pasado, Pekín ya no ofrece al paseante más que murallas, algunas puertas y bastiones. Los dos monumentos principales —el Palacio que estaba habitado por el amo del mundo terrenal, y el Templo donde se adoraba al Señor de las Alturas— están cuidadosamente aislados de la ciudad: uno se rodea de muros, y el otro se alza fuera de los muros. Se entra al primero por la famosa puerta de T'ien An Men. Cuando lo divisé, en camino desde el aeródromo, vi una tribuna, una terraza; las gradas adosadas a la muralla —el lugar donde estaríamos el 1º de octubre,

nos dijo Tsai —acentuaban aún más este carácter: de cara hacia la inmensa plaza que los chinos consideran su propia Plaza Roja, T'ien An Men hoy mira a Pekín y le pertenece. En los mapas de china, se representa a Pekín con una imagen esquemática de T'ien An Men. La República Popular utiliza como emblema a T'ien An Men, iluminada con cinco estrellas, rodeada de espigas de trigo, y en la base una rueda dentada. Pero T'ien An Men cobró este sentido sólo después de la Liberación: antaño lejos de mirar hacia la ciudad, le volvía la espalda; era el primer bastión de un retiro severamente defendido; el pabellón dorado albergaba a soldados que debían vigilar la bóveda que atraviesa la gruesa muralla y que da acceso al palacio. Este se encuentra separado de la gran plaza por un canal atravesado por puentes de mármol, de balaustradas esculpidas. Ante los puentes se alzan postes, también de mármol, sobre los cuales están esculpidos dragones y nubes; y en su cima hay alerones adornados de nubes. Su silueta familiar decora el fondo rojo de los atados de cigarrillos. Se los llama Huapiao, que significa: "Postes floridos".

Una vez franqueada la bóveda, estamos en el patio exterior del Palacio Imperial: así lo llaman hoy los chinos; le niegan esa bella denominación de "Ciudad Prohibida", que provocaba otrora las ensoñaciones de los visitantes occidentales. Tienen razón; si la idea de Ciudad Prohibida intriga y atrae, ello responde a su carácter contradictorio; una ciudad en la que no se admite la entrada de la población, sin duda está usurpando su título.[10] Sólo el orgullo de los antiguos emperadores les permitió imaginar que su presencia elevaba al rango de ciudad el lugar donde habitaban: en verdad, su ciudad no fue jamás otra cosa que un palacio. Se otorgaba a éste otro nombre magnífico: la Ciudad violeta-púrpura. También en este punto el viajero excesivamente crédulo se sentirá decepcionado. Los muros exteriores y los interiores tienen color rojo ocre, parecido al ladrillo, y más bien oscuro. En realidad, el epíteto "violeta-púrpura" no indicaba su matiz visible, sino un color simbólico. El violeta púrpura es el emblema de la estrella polar, donde se alza el Supremo Palacio Celeste, del que la residencia imperial pretendía ser el homólogo terrestre: centro ab-

[10] La Meca, y Lhassa fueron ciudades prohibidas: pero únicamente a los extranjeros. Para los musulmanes y los budistas eran, por el contrario, grandes centros religiosos y urbanos.

sobre de este mundo terrenal, del mismo modo que la estrella polar es el centro del mundo celestial.

El plan responde a antiguas tradiciones. Todos los palacios imperiales de la vieja China eran recintos rectangulares, orientados de acuerdo con el meridiano: a lo largo de este eje se disponía la hilera de edificio y de patios, de modo que el Hijo del Cielo, cuando concedía audiencia, tuviese el rostro vuelto hacia el Sur. Las grandes salas de ceremonias y las construcciones oficiales rodeaban los amplios patios del sector sur, utilizados para las recepciones y las fiestas. En el norte, los numerosos pabellones donde se alojaba la familia imperial se distribuían de manera más caprichosa. Cuando resolvió instalarse en el corazón de Khanbalic, el emperador Kubilai ordenó a sus arquitectos que copiaran este inmueble modelo. Cuando los Ming adoptaron a Pekín como capital, el emperador Yong Lo reconstruyó totalmente el palacio. Incendiado en 1641, cuando cayó la dinastía, y restaurado por los emperadores manchúes, ahora mide de norte a sur poco más de un kilómetro, y de este a oeste 786 metros. Tiene aproximadamente 7 metros de altura. Un canal bordea la muralla exterior, cuyos cuatro ángulos están flanqueados por pabellones fortificados.

A lo largo de un kilómetro, dentro de los muros, se suceden los patios y las terrazas de mármol que sostienen pabellones de techos dorados; los edificios principales se disponen sobre el eje central; a cada lado se ordenan asimétricamente construcciones de menor importancia. En el fondo están "el Palacio del Cielo sin Nubes", consagrado al emperador, y el "Palacio de la Paz Terrestre", que habitaba la emperatriz. Las terrazas, cuyo mármol fue traído a lomo de elefantes de las fronteras birmanas, están rodeadas de balaustradas esculpidas, de deslumbrante blancura; sin duda, se percibe aquí la influencia del arte hindú. Los edificios son puramente chinos. Las antiguas casas, de las que se han hallado en tumbas varias veces milenarias maquetas de arcilla, fueron construidas de acuerdo con el mismo modelo. Lo más notable en ellas, son los techos, caracterizados —como en las imitaciones que todos conocen— por el remate elevado, los bordes salientes y los ángulos rebatidos; están cubiertos de tejas cilíndricas, cuyo barniz dorado brilla suavemente. A lo largo de sus aristas descienden procesiones de bestias fabulosas; son buhos, dragones que simbolizan las virtudes imperiales; al borde de las ca-

naletas de desagüe, otros animales fantásticos tienen la misión de beber el agua del cielo y evitar las inundaciones.

Estos salones y pórticos fueron construidos de acuerdo con el mismo principio que las viviendas que les sirvieron de inspiración y que, como ya indiqué es idéntico al principio de los rascacielos: los muros nada sostienen; no son más que un tabique de ladrillo o de barro y paja, que llena los intersticios entre los pilares; unidos a la estructura general, o libres, estos últimos son los únicos que sostienen la armazón del techo, cuyas líneas curvadas se cruzan con la rigidez de las vigas horizontales y de las columnas verticales. Toda esta armazón es evidente, y está subrayada por una decoración policroma; en la antigüedad, el color estaba destinado sobre todo a proteger a la madera de las inclemencias del tiempo, la descomposición y los parásitos; hacia 1000 a.C., ya se empleaba con este fin el bermellón. Más tarde, estas brillantes pinturas procuran sobre todo complacer los ojos del espectador, y destacar la solidez de la construcción. "Tenemos tanto placer contemplando las líneas de la estructura, proyecto inicial de una construcción, que en pintura nos agrada ver el rítmico esbozo de los colores. Por esa razón no disimulamos la armazón de madera de las estructuras, y las vigas y los maderos permanecen expuestos voluntariamente, tanto en el interior como en el exterior", escribía el ensayista y novelista Lin Yu-tang.[11]

Concibo que pueda agradar la elegancia elemental y refinada de esta arquitectura, y las armonías que es posible realizar mediante los colores minerales. Por mi parte, un palacio de estuco y madera me parecerá siempre menos hermoso que una casa de piedra. La piedra resiste al tiempo, y éste la hiere; su historia no es simplemente exterior, y por el contrario la penetra; la piedra dura. Estos materiales se desgastan y queman, pero no adquieren una pátina; nuevos o viejos, conservan siempre una misma edad incierta. El Palacio Imperial no tiene aspecto de haber sido restaurado, ni tampoco una atmósfera de antigüedad; esta vacilación no le confiere una apariencia de eternidad, sino de cosa precaria, como una imitación de sí mismo.

Me siento más impresionada cuando considero, no las construcciones, sino los espacios que ellas delimitan: patios, terrazas y escaleras. Como en ciertas villas y "ciudades" modernas, hay aquí

[11] Uno de los más célebres escritores nacionalistas.

ambivalencia de las ideas: fuera y dentro; ese pórtico no era más que un lugar de paso, y aquel patio un lugar destinado a las fiestas, donde la gente permanecía durante horas. Por lo tanto, no debemos ver en estos atrios y esas graderías simples perspectivas de los edificios: son en sí mismos objetos arquitectónicos; sus proporciones, sus dimensiones, el juego sutil de la simetría y la asimetría, la solemnidad de las escalinatas, la gracia de las balaustradas imponen admiración. A mi juicio, tenemos aquí la más sorprendente realización de los arquitectos imperiales: este espacio en movimiento, que evoca lentas marchas ceremoniales, detenciones, ascensos rigurosamente ordenados, y también paseos oblicuos en el dédalo de avenidas laterales y prados secretos.

Sin embargo, estas bellezas me parecen frías, y conozco la razón. La impermanencia de los materiales no es un accidente; es simultáneamente la causa, el efecto, y la expresión de un hecho desconcertante: el pasado dejó en este palacio tan escasos rastros que, paradójicamente, yo vacilaría en afirmar que se trata de un monumento histórico; como ocurrió con la ciudad de Pekín, cada dinastía abordó su reconstrucción; pero ninguna lo señaló con su impronta. Versalles es Luis XIV, y en el Escorial reconocemos a Felipe II; sobre los castillos europeos se ciernen fantasmas conmovedores, odiosos, desconcertantes, y en todo caso singulares. Pero aquí nada hay que evoque a Kubilai, a Yong Lo o a K'ien Long. Se diría que en realidad esta ciudad no les perteneció, y que ellos tampoco pertenecieron al lugar: y ello ocurre seguramente porque tampoco se pertenecieron a sí mismos. Entre la contingencia de sus orgías privadas y el carácter sagrado de su cargo público, no quedaba lugar para la afirmación de su personalidad; y aún quienes la tenían la anulaban en este sitio para alienarse de su mandato y olvidarse de sí mismos en los placeres; de ahí que los conquistadores bárbaros de sangre ardiente se aburriesen tanto en Pekín. La única sombra que aún se arrastra por los departamentos decorados de fénix y de dragones es la del "viejo Buda", la emperatriz Ts'eu-Li, y ya nada dice a la imaginación. Este palacio donde no está inscrito ningún recuerdo unido a una fecha concreta se me antoja el asiento inmutable de una institución inmutable, y no la vivienda de hombres que alguna vez existieron realmente.

Por otra parte, el guía que me escolta nada me relata: me muestra símbolos que volveré a hallar, idénticos, en todos los edificios

que visitaré en China. El dragón es el más famoso; en este país dominado por los ríos, encarna a los genios del agua; los imaginamos adormecidos en el fondo de los pozos, los lagos, los ríos, los mares, el trueno los despertaba; entonces se lanzaban hacia el sol, y su aliento producía las nubes, sobre las que montaban y que a causa de la presión de sus cuerpos retornaban a la tierra bajo la forma de lluvia; como podían provocar la inundación o la sequía, detentaban el poder supremo, y tal era la causa de que se asimilara su imagen a la del emperador. Los cuadros y los bajo relieves los representaban cabalgando las olas o las nubes. Sobre las terrazas, entre los muros de bronce y los pebeteros en los que se consumía el incienso, se ven grullas y tortugas, símbolos de longevidad. La tortuga representaba esquemáticamente al universo. Para los chinos el cielo era una semiesfera y la tierra un cuadrado: la caparazón curvada de la tortuga y su placa ventral evocaban la bóveda celeste posada sobre la planicie terrestre. A menudo una pareja de leones de mármol o de bronce guarda las escaleras o los puentes; se asemejan a perros, y del cuello pende una campanilla; el macho juega con una especie de pelota bordada, la hembra tiene entre las garras a uno de sus cachorros. Ninguna de estas esculturas ofrece gran interés artístico. Hallamos el detalle más elegante en esa suerte de tapizados de mármol arrojados en medio de las escaleras y que reciben el nombre de "sendero del espíritu"; los portadores del palanquín imperial, dispuestos a derecha y a izquierda, ascendían con dificultad las gradas; y el emperador sobrevolaba el plano inclinado, finamente esculpido con dragones y nubes, como los espíritus que se elevan hasta la cumbre de las montañas sin tocar tierra.

El palacio entero es un símbolo. La analogía del macrocosmo y del microcosmo es uno de los temas esenciales del antiguo pensamiento chino. Jamás he podido leer sin desagrado las exposiciones taoístas que asimilan el organismo humano al universo. Cuando contemplo el Río de las aguas áureas, homólogo del Río celeste —es decir, de nuestra Vía Láctea— experimento la misma irritación. Construida según las leyes de la geomancia, la Ciudad púrpura-violeta pretendía encerrar el cielo y la tierra, pues dado que vivía apartado de todos, el Hijo del Cielo no debía ser excluido de nada; y aquélla nos sugiere que el mundo es un todo cerrado, cuyo inventario está completo y que puede reproducirse bajo la forma de un modelo portátil; de modo que lo reduce a las

dimensiones irrisorias de una vida privada, y por lo tanto lo niega. Puede verse a Pekín desde todos los rincones del palacio. Los sultanes de la Alhambra explotaban a su pueblo; pero por lo menos, asomados a su ventana, contemplaban con orgullo amoroso la ciudad y la vega feraz que se extendía a sus pies; y las colinas de Granada entraban en el palacio, encuadradas por dos columnitas de alabastro. La ciudad imperial ofrecía al Hijo del Cielo, no una perspectiva del mundo, sino un muro que protegía su augusta persona del contagio de las cosas exteriores. Se la edificó para lograr una separación absoluta.

Se derribaron las barreras. La Ciudad Prohibida se convirtió en lugar público; la gente se pasea por los patios y bebe té bajo los pórticos; los pioneros de corbata roja visitan las exposiciones organizadas en los salones; algunas construcciones fueron transformadas en palacio de la cultura o en bibliotecas; en uno de los sectores tiene su asiento el gobierno. A pesar de la vida moderna que ahora lo invade, perdura el sentido original del palacio; en verdad, rara vez conseguí olvidarlo. Así, errando al azar, despreocupada de la historia o de los antiguos mitos, me agradaron, sobre las naves laterales, algunos atrios abandonados a las malezas, o bien plantados con arbolitos, oscuros, infinitamente desiertos y solitarios. En un rincón brotaban legumbres; el muro rojizo, cubierto de tejas doradas, que corría a lo largo de un patio mal pavimentado, recordaba las granjas borgoñonas. Con ese aire campestre, despojado de todo destino, este palacio restaurado tan a menudo hablaba al fin el lenguaje conmovedor de las ruinas.

"Este monumento testimonia la admirable capacidad de trabajo del pueblo chino", me dijo el guía encargado de explicar a los visitantes el Templo del Cielo. Pero ni siquiera él parecía muy convencido. Sin duda, los obreros y los albañiles eran hombres del pueblo; pero, lo mismo que Pekín y que el Palacio, este templo nació como consecuencia de un decreto imperial, y no por obra de un impulso popular; la gente humilde de Pekín jamás participó del culto celebrado en honor de la divinidad suprema: el Señor de las Alturas. En efecto, había dos concepciones del Cielo; en su aspecto impersonal y cósmico se confundía con el firmamento. Pero también poseía los atributos de una Providencia: regía el destino de los hombres y castigaba o recompensaba sus actos. Cuando se lo consideraba desde este punto de vista, a menu-

do se le atribuía un carácter personal, y entonces se lo denominaba Señor de las Alturas o Soberano supremo; estos términos destacaban su potencia y su gobierno, al paso que la palabra "Cielo" se aplicaba a su esencia. En su carácter de Cielo, todos los hombres podían adorarlo y rogarle; pero sólo el emperador tenía derecho a sacrificar al Señor de las Alturas, en el curso de las ceremonias oficiales. El túmulo de los sacrificios, descubierto y redondo como el propio Cielo, estaba situado siempre en el sector sur de la capital. Las festividades se cumplían después de medianoche y antes del alba, en la fecha establecida por el calendario. El rito no ha variado en los cuatro mil años de su perpetuación; el emperador hacía ofrendas al Cielo, e imploraba buenas cosechas y la prosperidad del Imperio. Otrora la ceremonia se realizaba en silencio; sólo se oían el llamado de los participantes y las declamaciones del orante. A partir del año 111 el favorito del emperador Wu, músico apasionado, logró que se acompañaran con música los gestos y los himnos; y luego se perpetuó la tradición. Cuando la dinastía Ming se instaló en Pekín, una de las primeras preocupaciones del emperador Yong Lo fue ordenar que se levantaran, en el sector sur, el altar descubierto y los templos necesarios para el culto oficial, que fue celebrado allí año tras año, durante el solsticio de invierno, hasta 1916. He leído un relato de esta ceremonia, según se la practicaba bajo los últimos manchúes: "El emperador sale de su palacio en su carroza oficial, arrastrada por un elefante; acompañado de un séquito de aproximadamente dos mil personas que incluye a los grandes del imperio, los príncipes, los músicos y los servidores, se dirige al Templo del Cielo. El cortejo recorre la calle del Sur, franquea la puerta Chen-Yang —que sólo se abre para Su Majestad— y llega a T'ien-tan, situada a dos millas de distancia. El emperador se dirige en primer lugar a Chai-Kong, o Palacio de la abstinencia, donde una meditación solitaria lo prepara para cumplir sus obligaciones. La ceremonia comienza cuando todos los oficiantes han ocupado sus lugares. Se procede a la matanza de los animales, y cuando el olor de las carnes quemadas se eleva en el aire y lleva el sacrificio a los dioses, el emperador cumple el rito y sigue escrupulosamente las indicaciones que le formulan los maestros de ceremonias. Se realiza a medianoche la ceremonia de adoración del Cielo. Los numerosos mástiles (los millares de antorchas y de linternas) que rodean el gran altar y el fuego de los hornos que difunden una luz viva so-

bre las terrazas de mármol y las ricas vestiduras de los asistentes confieren a esta ceremonia un carácter impresionante".[12] El emperador se arrodillaba sobre la segunda terraza del altar descubierto, al pie de los escalones que conducían a la terraza superior, de frente al norte: adoptaba la posición de un inferior para reconocer su propia condición de súbdito del cielo. Sobre la terraza más elevada se disponía una tablilla consagrada al Señor Supremo, y que simbolizaba su presencia; alrededor de ella, y debajo, se disponían tablillas consagradas a los antepasados del emperador, al sol, a la luna, a las estrellas, a todos los habitantes del cielo. Se dirigían acciones de gracias a la divinidad celeste por los beneficios recibidos de lo alto en el curso del año transcurrido. Se depositaba ante la tablilla del Cielo un cetro de jade verde, emblema de omnipotencia. Después del holocausto y las libaciones, un funcionario leía una invocación, cuyo texto era arrojado, lo mismo que algunos trozos de seda y otras ofrendas, en hornos colmados de carbones ardientes. Mientras tanto, los músicos tocaban y los mismos danzaban al pie de los altares. Como se celebraban estas fiestas la noche del solsticio de invierno, hacía tanto frío que a pesar de sus altas botas forradas y de sus gruesas pieles los asistentes temblaban.

En 1912, cuando Yuan Che-k'ai tomó del poder, ofreció a su vez el sacrificio imperial; ordenó preparar un nuevo rito, y un himnario de inspiración taoísta. Falleció el 30 de agosto de 1916, y el invierno siguiente no se celebró el sacrificio. Así, concluyó el culto nacional del Soberano de las Alturas.

Hoy, los soldados acampan en los bosques de cipreses milenarios que rodean la terraza, donde se alzan los edificios de techos verdes y azules. Sobre la propia terraza —ancha avenida enlosada, de unos cien metros de largo— otros practican ejercicios: con pantaloncitos de tela caqui, marchan y dan media vuelta, al ritmo de una música militar difundida por un altoparlante. Una triple terraza de mármol, análoga a la del Palacio Imperial, sostiene la "Sala de la plegaria anual". Es un templo de madera, redondo y azul como el cielo: su forma circular es casi única en China. Ocho escaleras, de veintisiete escalones (nueve por terraza) permiten llegar al templo: al sur y al norte, la escalera está interrumpida por uno de estos tapices de mármol a los que ya me he referido. Una

[12] William, *Middle Kingdom*.

balaustrada de setenta y dos pilares rodea a cada terraza. El triple techo está sostenido, en el interior, por tres hileras de columnas cilíndricas: el 3 es el número yang por excelencia, y el cielo es yang por oposición a la tierra, que es yin. El edificio tiene noventa y nueve pies de altura. Incendiado por un rayo en 1889, fue reconstruido con una madera preciosa que se trajo de América. El hecho de que los monumentos chinos no manifiesten una edad exacta es aquí un factor favorable; no parece más nuevo ni más viejo que el Palacio Imperial. Me agradan sus proporciones perfectas, la armonía verde y azul de los muros, y sobre todo el azul luminoso de los techos, cuya forma evoca la de un parasol a medias abierto, con una bola dorada en la parte superior.

Sobre el otro extremo de la terraza cortada en dos por el sendero imperial, hay otro templo, también redondo y azul, pero más pequeño que el primero y de techo simple. En la "Sala de la plegaria", el emperador oraba por las cosechas; en este santuario, se recogía antes de dirigirse al Altar del cielo, donde realizaba el sacrificio.

Este altar está rodeado de un doble muro rojo, recubierto de tejas azul oscuro; el cercado exterior es cuadrado, como la tierra, y el interior redondo como el cielo. Está formado por tres terrazas circulares, que de abajo a arriba tienen 210 pies, 150 pies y 90 pies de diámetro. Las baldosas de la terraza superior forman 9 círculos concéntricos: el primero está formado por 9 piedras, el segundo por 18 y así sucesivamente, de modo que el círculo exterior tiene 9 veces 9, es decir 81 piedras.

Ignoro si el arquitecto que edificó este conjunto conocía las leyes de la acústica, o si únicamente los azares de la geomancia determinaron estos pequeños prodigios: sobre el sendero imperial hay un lugar en que los ruidos evocan un triple eco; y otro lugar donde, si uno pronuncia una frase, la voz le vuelve amplificada y vibrante, como si hubiese atravesado un micrófono; si se habla en voz baja en determinado lugar del cercado circular, un oyente situado simétricamente, muy lejos de uno mismo, oye claramente cada palabra. Todos los visitantes se divierten con estos juegos. Son muchos: chinos, pero también extranjeros, y entre otros soviéticos, fácilmente reconocibles, los hombres por los som-

breros de paja, y las mujeres por los cuerpos robustos ataviados con vestidos floreados.

Los parques que rodean el Palacio Imperial —salvo por el lado sur, donde se extiende la Plaza Roja— están íntimamente integrados en la vida pequinesa. Creados por los emperadores, hoy se los cuida mucho; las avenidas están pavimentadas, los estanques limpios, los árboles y los peces rojos cuidados con esmero. Mediante el pago de algunos centavos, muchos pequineses franquean el portón de entrada y se pasean bajo las tuyas milenarias. Algunos practican por la mañana la antigua gimnasia china; muchos reman en los lagos; y en invierno patinan en ese mismo lugar. Se acomodan en las casas de té para beber té verde, masticando semillas de girasol o de melón; leen los periódicos fijados en los paneles; los sábados por la noche bailan. Los niños de las nurserís y los pioneros juegan sobre el césped.

La colina de carbón —"el monte de los Años innumerables"— se alza detrás del palacio, y sobre su eje. Cubierta de tuyas antiguas y de cipreses, tiene cuatro kilómetros de contorno. En su cima hay cinco quioscos, desprovistos de muros: una doble hilera de columnas sostiene los techos verdes y azules. El pabellón que está en la cima es cuadrado, y los restantes tienen forma poligonal. Fueron construidos entre 1522 y 1566, y por lo que sé es uno de los únicos lugares de Pekín con el cual se vincula precisamente un acontecimiento cierto: en 1644, vencido por un gran aventurero, Li el Temerario, el último emperador Ming se ahorcó en el "Depósito imperial de sombreros y cinturones", acompañado en su gesto por un fiel eunuco. Cuéntase que ese día, hacia las cinco de la mañana, la campana del palacio anunció como de costumbre la audiencia imperial: pero nadie acudió a ella. Entonces, el Emperador se despojó de su hábito de ceremonia, vistió una corta túnica bordada de dragones y un manto violeta y amarillo; su pie izquierdo estaba desnudo. Subió a la colina, y en el reverso de su manto, escribió: "Débil y de escasa virtud, ofendí al cielo; los rebeldes se apoderaron de mi capital gracias a la traición de mis ministros. Muero avergonzado porque debo presentarme ante mis antepasados. Me despojo del gorro imperial, y mis cabellos esparcidos caen sobre mi rostro: que los rebeldes desmembren mi cuerpo. Pero que no hagan daño a mi pueblo". Luego, se ahorcó.

Li fue expulsado por los manchúes. Sobre una colina vecina —el monte Verde, que Kubilai hizo construir artificialmente, y plantar con árboles raros— el primer emperador manchú edificó la "Pagoda blanca" o Dagoba, el monumento más alto de Pekín, el único que es posible ver desde lejos. Es una especie de gran torre de ladrillo, recubierta con revoque de cal, de deslumbrante blancura; es más ancho en la base, y el cuello estrecho está adornado con una amplia gorguera de cobre de donde penden campanillas. Un Buda esculpido en la parte inferior parece cuidar la puerta. A causa de su forma, los franceses habían bautizado a este monumento "la botella de Pippermint". En uno de los barrios de Pekín, en medio de un mercado, hay otro de estos "stupa", y en la campiña circundante aparecen otros muchos, de menores proporciones. Imitan un monumento característico del Tibet, cuyo principio, según la leyenda, el propio Buda enseñó a sus discípulos: después de plegar en forma de cuadrado sus vestiduras, las dispuso una sobre otra, la más ancha en la base, y la más estrecha en la parte superior; sobre esta suerte de pirámide depositó, invertida, su escudilla de mendicante, y aseguró su bastón. En efecto, la stupa es originariamente una bóveda hemisférica que descansa sobre una terraza y está coronada por un parasol; la base y el remate han adquirido cada vez mayor importancia, mientras, la calota hemisférica se angostaba y adquiría una forma cilíndrica. El emperador levantó en el lugar más visible de la ciudad este edificio exótico para humillar a los chinos; le servía de mirador desde donde ordenaba vigilar a los súbditos sometidos poco antes. Al mismo tiempo, conmemoraba de ese modo la visita de un monje tibetano y demostraba su amistad hacia Tibet, región con respecto a la cual tenía ciertos proyectos.

La colina que sirve de base a la Dagoba está rodeada por el lago Pei-hai, el mar del Norte. Se lo llamaba también "Estanque de la gran secreción", por analogía con un lago famoso que bañaba otrora el palacio del emperador Wu,[13] y cuyas aguas eran, según se afirmaba, "la saliva del Yin y del Yang, recogida para formar un estanque". Sobre este mar navegan barcas de fondo chato y rectangular, en cada una de las cuales hay unas diez personas, y que los hombres hacen avanzar remando con espadilla. Me embarqué en una para ver, en el otro extremo del parque, su

[13] De la dinastía Han.

monumento más interesante, "el muro de los Genios". Detrás del primer portal de los templos —como detrás de las puertas de las casas privadas— se construía siempre un tabique que era necesario dejar atrás para llegar a la primera construcción. El templo que se alzaba aquí fue incendiado durante la represión que siguió a la revuelta de los boxers; pero el tabique permaneció en pie. Este muro rectangular —el mayor, el más alto y el más bello de Pekín— está adornado de bajorrelieves en terracota barnizada y policroma; se lo llama todavía "el muro de los nueve dragones", porque en cada cara hay nueve dragones de color azul, amarillo, verde, morado, desplazándose entre las olas con una gruesa rueda, la "perla", símbolo importado de la India. Afírmase que representa el sol, arrancado por el dragón del seno de las aguas después de su sueño invernal; otros ven en ello una imagen de la luna. Por su motivo, estas cerámicas recuerdan un poco la decoración de una sala de baños; sin embargo, poseen auténtica belleza. Los flexibles cuerpos de los dragones se agitan con tanta violencia que se diría que ningún punto del espacio está en reposo: el artista ha logrado aprehender el movimiento mismo.

A lo largo del lago corre "la Galería flotante"; es una avenida cubierta, bordeada de balaustradas cuyas maderas exhiben complicados dibujos. Hay muchas galerías análogas, y también quioscos y pabellones, en todos los parques chinos. Ya hemos visto que los arquitectos utilizan el espacio como material; por su parte, los paisajistas exigen a la arquitectura que armonice con la naturaleza. Me parecieron particularmente bellas las "puertas lunares", aberturas redondas practicadas en los muros, y que tienen apenas la talla de una persona; el paisaje que se recorta desde ellas suscita la impresión de aparecer al extremo de un enorme lente, o aún de ser, erguido verticalmente, su propio reflejo bajo el arco de un puente; gracias a este desdoblamiento, se convierte en uno de esos espectáculos artificiales que los chinos gustan componer con el cielo y los árboles.

La naturaleza y el artificio se confunden en esos roquedales que adornan todos los jardines chinos; son piedras, pero se diría que fueron preparadas por un escultor que hubiese querido imitar la contingencia de las cosas brutas; representan un papel análogo al de nuestras estatuas; se las sitúa en lugares elegidos, generalmente sobre un pedestal. El tratado de jardinería *Yuan Ye*, publicado bajo los Ming, les consagra largos capítulos. Un roquedal es

tanto más hermoso cuanto más torturado, más barroco, más abundante en deformaciones y agujeros. Se apreciaban sobre todo las piedras halladas en los lagos del Sur, y particularmente las del Tai-lu, que adquirían formas extrañas por la acción de las aguas El pintor Mi Fei, que vivió en el siglo XII, se inclinaba ante una de estas maravillas llamándola "hermano mío", tan admirable la creía.

Por razones semejantes los chinos gustan de los peces de formas atormentadas y colores extravagantes, logrados a partir de la honesta carpa que la gente come del Norte al Sur de China, la tsi yu; generalmente es gris, pero a veces adopta un hermoso matiz anaranjado: fue sin duda esta anomalía la que incitó, bajo el régimen de los Song, a un mandarín de Chekiang a reservarle un lugar en su "Estanque de la emancipación animal", y luego, en el siglo XII, a un emperador Song, a poblar con ella los estanques de su palacio de Han-cheu; aparecieron entonces dos variedades, una blanca y la otra manchada; esta originalidad pareció entretenida; y a partir del siglo XVI los particulares comenzaron a criar tsi yu; en lugar de los aristocráticos estanques, los peces debieron contentarse modestamente con tinajas de arcilla barnizada: se empequeñecieron, cambiaron de forma, y aparecieron nuevas variedades; como las rocas, estos monstruos cuya naturaleza parece imitar los delirios humanos inspiraron numerosos poemas; se escribieron tratados sobre el arte de criarlos y de provocar mutaciones: entre 1848 y 1925 los trabajos metódicos de selección crearon otras diez variedades. Los chinos modernos se mantienen fieles a esta tradición. Actualmente están preparándose veintisiete variedades nuevas. Hay ahora siete mil peces en el parque Pei-hai, cuando hace treinta y cinco años la cifra había descendido a cien. En grandes recipientes de madera o de arcilla barnizada —según parece, preferibles a los acuarios de vidrio— nadan los *fénix*, jaspeados de gris y de marrón, los *cabeza de león*, los *cabeza roja*, los *cabeza de sapo*, los *ojos de dragón*, los *escamas de perla*, de ojos globulosos, forman barrocas, colores brillantes e insólitos: castaño, violeta, negro, púrpura y dorado. Pueden vivir veinte años. El guardián que los cuida pertenece a una familia que ha criado peces durante cinco generaciones. Las medidas de higiene adoptadas por el régimen le propusieron un difícil problema: estos peces se alimentan con pulgas de agua, que otrora pululaban entre los desechos; ahora han desaparecido. Se procuró reemplazarlas con

diversos sustitutos, pero los peces desmejoraron: de modo que ha sido preciso criar especialmente "pulgas de agua" destinadas a la alimentación de estos animales.

Estos jardines me inspiran escaso entusiasmo. No son, como los jardines ingleses, fragmentos vivos de naturaleza; ni obras de arte, con sus propias leyes y armonías, como los jardines italianos o los parques franceses; ni voluptuosas residencias a cielo descubierto, como los jardines del Generalife; ni apacibles retiros cerrados, como los jardines de un curato. Quieren ser microcosmos. De acuerdo con el taoísmo, que impregna todo el antiguo pensamiento chino, los dos elementos esenciales del mundo terrenal son los ríos y las montañas que representan, unos las arterias de la tierra, las otras su esqueleto. Se organizan los jardines en función de esta doctrina. Se crean colinas artificiales; se excavan lagos artificiales, y se los llama mares. Por otra parte, las montañas y los mares no han sido copiados directamente de sus modelos naturales; los jardines se inspiran en los paisajes pintados; ahora bien, en sus cuadros los artistas es esforzaban por expresar una visión taoísta del mundo. Los quioscos y los pabellones permiten multiplicar las perspectivas sobre este pequeño universo de bolsillo, pero es preciso que desde ningún punto la mirada pueda abarcarlo por completo: Una visión panorámica revelaría demasiado bien su finitud; solo un desorden intencional puede sugerir un sentimiento de infinito. Por lo menos es lo que creían los paisajistas chinos, pues personalmente estoy muy lejos de aprobar tal sentimiento; por el contrario; hay excesiva distancia entre las palabras y el objeto designado por ellas: éste se convierte en cosa irrisoria; el nombre de "mar" no hace más grande a un estanque, y por el contrario lo empequeñece. A fuerza de pretender que es una cosa distinta de sí mismo, el jardín se dispersa en símbolos, pierde su realidad, uno acaba por no ver nada en él.

Sin embargo, los chinos han amado la naturaleza, y ciertos aspectos salvajes que Occidente comenzó a admirar sólo en el siglo XVIII; los sabios buscaron siempre en las montañas, al borde de los lagos, un refugio contra el conformismo de la vida social; poetas y pintores celebraron estos lugares que el hombre no había señalado con su influencia. Pero mientras el ermitaño taoísta procuraba sinceramente olvidar a sus semejantes y olvidarse él mismo en el seno del cosmo, el propietario rural que ordenaba trazar un parque quería conciliar el gusto del infinito y las ven-

tajas de su posición; en lugar de entregarse a la naturaleza, pretendía poseerla; encerraba falazmente la grandeza inhumana en un recinto domesticado, donde el roquedal reemplazaba a las montañas; trataba así de asegurar los éxtasis de la contemplación sin renunciar a sus bienes ni a su intimidad.

A decir verdad, lo que entreví en Pekín de la antigua civilización china de ningún modo me sedujo. Y me he preguntado con perplejidad en qué medida la joven China podía adherir a su pasado. Los parques con sus aguas y sus plantas están anexados al mundo actual, y los pequineses se complacen sin reticencia en todo ello. Pero la frialdad que experimenté ante el Palacio y el Templo del Cielo, a pesar de sus evidentes bellezas, refleja sin duda la que comprobé en los propios chinos. Restauran sus viejos edificios, los mantienen y los visitan concienzudamente, y aún los utilizan; pero, ¿hasta qué punto se sienten conmovidos? Pese a que el estilo arquitectónico de estos grandes monumentos es de origen popular, no expresan al pueblo chino, sino la ambición de los emperadores, su soberana soledad y la opresión que impusieron a sus súbditos.

Encuentro mucho encanto en los alrededores de Pekín. Hacia el oeste, la llanura muere al pie de alturas boscosas, donde se ocultan muchos antiguos edificios. De tanto en tanto, se percibe en un seto, al borde de un campo, una pequeña stupa abandonada, la piedra cubierta por el musgo. Aquí y allá, antiguas pagodas caen en ruinas. En la cima de las colinas, en los valles, las hierbas han invadido los viejos templos más o menos arruinados. Una suerte de arcos de triunfo, llamados *p'aileu*, conmemoran a los muertos célebres, o simplemente ricos; construidos a veces en madera; y otras en piedra, tienen tres o cinco aberturas; las columnas están esculpidas, los dinteles decorados con frisos, y aparecen recubiertos de tejas barnizadas.

En este suburbio, al pie de las colinas del Oeste, el emperador K'ang-hi ordenó trazar un parque al que denominó "el paraíso de la primavera prolongada"; su sucesor Yong-cheng mandó construir cerca de allí otro palacio; y K'ien Long, el gran constructor, coronó su obra reuniendo las dos residencias y construyendo nuevos edificios. Pidió a misioneros llegados de Occidente y a pintores refutados que decorasen las paredes. Los chinos, rebelados contra los "tratados injustos", torturaron en 1860 a los parlamen-

tarios franceses e ingleses en el recinto del Palacio de Verano: en represalia, los soldados ingleses lo redujeron a cenizas. Tseu-hi decidió restaurarlo: y dedicó a esta empresa una parte importante del presupuesto de la marina, hecho que contribuyó a la derrota de la flota china en la guerra chinojaponesa de 1892.

Visité sin alegría esta especie de Trianon, que era la residencia favorita del "viejo Buda". Por supuesto, hallamos aquí colinas artificiales, y un lago artificial que imita al famoso "lago del Oeste" de Hang-cheu; y en medio de este lago aún se encuentra una isla artificial, cuya base es de mármol, y que está unida a tierra por una pasarela de diecisiete arcos, también de mármol; por otra parte, este puente exhibe una línea encantadora, lo mismo que el gracioso puente llamado "en forma de lomo de camello", cuyo arco único se posa por sus extremos en ambas orillas del canal. Frente a la isla, un pabellón de dos pisos, construido sobre una subestructura de mármol en forma de junco, avanza hacia el agua: una cosa muy fea; varias galerías cubiertas corren alrededor del lago. Sobre el flanco de las colinas se alzan quioscos y pagodas. El único monumento "de época", porque habiendo sido construido en piedra y ladrillo escapó a las llamas, es el templo de los Mil Budas, que se levanta en la cima de la colina más alta. Es de estilo chino-hindú. Bajo el techo de tejas barnizadas, el muro de ladrillo amarillo tiene las cuatro caras cubiertas de pequeños nichos: el fondo barnizado de estos nichos es verde, y cada uno guarda un Buda, de porcelana amarilla, de unos veinte centímetros de alto.

Los departamentos de la emperatriz carecen de encanto; están colmados de "chinoiseries" de la decadencia, bastante horribles: biombos bordados con plumas de aves, pesados vasos, lacas torturadas, muñecos recargados. Observo, incrustadas en el respaldo de algunos sillones, piedras jaspeadas cuyas venas evocan un paisaje de montañas y nubes: este objeto natural, que imita una imitación artificial de la naturaleza complacía particularmente a los chinos. En uno de los patios se ha reconstruido un teatro al aire libre, donde una compañía de eunucos ofrecía representaciones. No me detengo en estos lugares; deseo premiosamente huir de toda esta fealdad aristocrática.

Felizmente, es domingo. Los pioneros ascienden cantando las colinas, las familias se instalan en las avenidas cubiertas o se sientan a la mesa, al borde del lago, en los restaurantes al aire libre;

algunos jóvenes tocan la guitarra; mucha gente se pasea en el agua, en grandes botes cuadrados protegidos por un toldo de tela; otros reman. En medio del lago, una joven acostada en una barca duerme serenamente, mientras dos niñitos juegan con los remos y corren a lo largo de la embarcación; nuestro barquero se dirige a ella: ¡atención! Le grita. La joven se frota los ojos, sonríe, y recupera los remos; muestra a los niños cómo utilizarlos: los tres tienen un aire radiante. Nada más deprimente que un jardín público en París, los domingos: gritos, malhumor, niños y padres arrastran su fastidio. En Pekín, el ocio tenía realmente un aire de fiesta: todas estas personas parecen particularmente dotadas para la felicidad. Conjuran eficazmente el fantasma de la vieja civilización imperial cuyos placeres exigían castrados, pies vendados, niños esclavos. Un chino decía cierto día a Robert Payne que las peores perversiones habían sido alentadas por los japoneses y los manchúes y también, agregaba, "por el amor que tenemos a todas las cosas complicadas".[14] Según parece, podemos agradecer que el tiempo de las "cosas complicadas" haya desaparecido; hay también en China una tradición de sencillez; es la que retoman estos paseantes domingueros, contentos del sol y el verdor, de un poco de música, de alimento, de amistad.

Los franceses L. y T. me han llevado a ver en el suburbio sur esa suerte de fiesta popular permanente que se llama el Puente del Cielo, T'ien K'iao. Antes de la liberación había allí prostitutas, ladrones, mendigos; quienes allí actuaban debían pagar tributo a los pistoleros. Una secuencia del *Foso del dragón barbudo* muestra a uno de estos pandilleros lanzando su coche sobre la multitud aterrorizada, con la arrogancia de un Al Capone: sólo que en lugar de un auto blindado, viaja en rickshaw y sus guardaespaldas lo escoltan en bicicleta. En 1949 estos "señores" fueron detenidos y acusados públicamente en el mismo barrio de T'ien K'iao.

Ya no hay ladrones, ni prostitutas, ni granujas, ahora todos se pasean en grupos familiares. Los payasos, los titiriteros, los narradores que reúnen alrededor de sí círculos de curiosos, las enormes canastas de alimentos, el movimiento humano evocan la plaza Djelma el Fna, de Marrakech, y las antiguas ferias de la Edad Media. Pero también aquí la Edad Media tiene carácter aséptico.

[14] *Diario de China*. Cito de memoria.

No hay restos, ni malos olores, ni miseria o desorden en las callejuelas de suelo de tierra apisonada que se cruzan en ángulo recto; de pie tras de sus canastos, los comerciantes venden zapatos viejos, objetos de metal, jabones, encajes. Los restaurantes al aire libre son rudimentarios; una mesa larga, bancos, un mostrador cargado de alimentos, un horno; sin embargo, las mesas de madera están bien lavadas, la vajilla parece cuidadosamente fregada, y se sirven platos apetitosos de discreto aroma. La gente que va y viene sin provocar tumulto nos mira con curiosidad amistosa: "¡Zapatos nuevos! ¡Esos que se pasean son soviéticos!" exclama un niño.

Entramos en una barraca, donde una joven hace rodar monedas sobre una sombrilla abierta que gira a toda velocidad, entre sus dedos; luego hace juegos malabares con algunos platos. En otro lugar, hay tres músicos sentados sobre un estrado, y tocan con violines chinos una cantinela de ritmo insistente; dos mujeres, de pie en el primer plano de la escena, sostienen en una mano una varita liviana con la cual dan el ritmo, y en la otra dos pedazos de bambú, de forma alargada, que utilizan un poco como si fueran castañuelas para marcar el relato; una cuenta, la otra encarna los personajes de la historia.

En T'ien K'iao también hay muchos teatros. Nos sentamos en uno de ellos; es una especie de galpón, donde se alinean bancos de madera muy estrechos; a lo largo del respaldo de cada banco hay una tablita sobre la cual se depositan tazas de té, y un niño las llena constantemente en el curso del espectáculo; ocurría lo mismo en todos los teatros de China, antes de que los occidentalizaran. Se representa una ópera clásica; la pobreza de medios implica un respeto de las antiguas tradiciones que ya no se observa en los teatros elegantes: los cambios de accesorios, el movimiento de los muebles —que equivalen a una transformación del decorado— se realizan aquí bajo los ojos del espectador; cuando un personaje viste un atuendo diferente, los restantes actores forman una barrera para ocultarlo a los ojos del público; no se baja el telón, y no existen bambalinas. Todos los papeles están a cargo de jóvenes varones de quince a dieciséis años, muy inexpertos, y que según parece tienen gran dificultad para emitir voces graves y mantener en el sitio la barba. Más claramente que en otros lugares, he percibido hasta qué punto la ópera china es un deporte popular: en los barrios, las aldeas y aún en las familias, es una dis-

tracción que puede practicarse aunque no se disponga de actores profesionales, y con un mínimo de gastos. Por otra parte, aún sobre esta escena tan pobre, los trajes eran de sorprendente suntuosidad, y el estilo de los actores, el ritmo de su juego escénico, así como el de la música, de un rigor perfecto. En todas estas barracas el asiento sólo cuesta unos pocos centavos, y el público es de condición muy modesta; casi no hay mujeres; tampoco las vimos en los restaurantes; algunas se pasean por las calles con el marido y los hijos, y vagabundean entre los puestos, pero no hacen más que pasar frente a ellos. En Pekín la mujer es todavía esencialmente ama de casa, y permanece en su hogar.

Parece que, en su forma actual, el "Puente del Cielo" está destinado a desaparecer. En su lugar se levantará un parque cultural, semejante al parque Gorki de Moscú. Un gran teatro se alza ya al borde de la avenida principal que pasa al costado de T'ien K'iao. Es una lástima. Al caer el día, las luces de neón voltejeaban sobre las fachadas de los teatritos, las lamparitas relucían sobre los puestos, mientras los sables hendían el espacio y las risas estallaban alrededor de los narradores; imprevistos encuentros de luz y ruido, vagabundaje, contingencia: lo pintoresco recuperaba sus derechos. Deseo que los pequineses, tan sensatos, le concedan unos pocos "fangs" y que sus placeres no lleguen a estar rigurosamente "planificados".

Los intelectuales chinos que conocimos, así como nuestros amigos franceses, a menudo nos invitaron a distintos restaurantes. Tanto los más lujosos como los más modestos, estaban formados siempre por salones particulares o boxes aislados. No hay decoración: los accesorios que en París o en San Francisco indican que un restaurante es chino son inútiles en Pekín. Solía haber muchos clientes. Los chinos gustan ir al restaurante. Acuden en familia, o en grupos. Uno pide un tazón de vermichelis, otros dos legumbres con un poco de carne o pescado, un cuarto una sopa: cada uno prueba de todos los platos y con poco gasto hace una comida completa.

En la mesa, los chinos, como los franceses, de buena gana hablan de la comida; es también un tema cómodo cuando no se conoce bien al interlocutor y la conversación decae. De modo que obtuve amplias informaciones sobre la cocina china. En Pekín, el alimento esencial es el trigo candeal; se lo consume bajo la forma de panecillos cocidos al vapor, de ravioles que tienen la forma de

bolsitas, de buñuelos, de tortas, y sobre todo de vermichelis, pues los chinos inventaron las pastas que Marco Polo introdujo en Italia. China meridional se alimenta esencialmente de arroz. Sobre estas bases, hay estilos culinarios muy diferentes. El habitante de Seu-ch'uan aprecia la pimienta roja, y otras provincias prefieren el pimentón, el vinagre o las especias; los cantoneses azucaran casi todos sus platos. Pero a través de estas variaciones, un mismo rasgo reaparece en toda China: se come todo lo que puede ser comido. Como no se cría ganado, la carne y los productos lácteos son casi desconocidos por los chinos, y les inspiran repugnancia. Consideran que la alimentación cárnea y láctea de los occidentales determina en éstos un olor extraño.[15] Pero, aparte las ostras crudas, toda la flora y la fauna de su propio país les parece comestible. Entre otros, los cantoneses tienen fama de consumir perros, gatos, ratas y serpientes. Y durante los períodos de hambre los campesinos procuraban mantenerse ingiriendo cierta tierra, llamada falazmente "tierra de misericordia". "Sí, me dijo durante una cena el poeta Ai Ts'ing, lo comemos todo: todo lo que tiene cuatro patas, salvo las mesas; y salvo a nuestros padres, todo lo que tiene dos patas". Lin Yu-tang escribía también: "Comemos todo lo que es comestible en esta tierra; preferentemente cangrejos, y cortezas de árboles cuando nos vemos obligados a ello". Tal la clave de la cocina china: un pueblo agobiado por el hambre ha aprendido a hacer comestible todo lo que un estómago humano puede digerir; un pueblo condenado a la monotonía del mijo, de los vermichelis o del arroz se esfuerza por conferir sabores complejos a estos productos. Sobre esa base, los chinos ricos y de gustos refinados elaboraron un arte completo.

Lo que caracteriza a la gastronomía china, cuya diversidad es extrema, es que en todo caso los alimentos disimulan cuidadosamente su origen; lo que uno come no es animal ni vegetal, y más bien parece un producto puro de la industria humana. La carne llega desosada y cortada en trozos pequeños; todo el alimento puede ser ingerido inmediatamente; jamás es necesario luchar contra él a golpes de cuchillo. Los chinos se muestran orgullosos de su tradición culinaria. Es uno de los aspectos de su pasado que perpetúan con mayor espontaneidad.

[15] Pearl Buck relata en *Los mundos que conocí* que compartía esta repugnancia: de regreso a Estados Unidos, se acostumbró con dificultad al olor de sus compatriotas.

2

LOS CAMPESINOS

La historia de China es la de los campesinos chinos. Aunque bañada al este y al sur por el océano, China no desarrolló, como la cuenca del Mediterráno, una gran civilización marítima. Su economía ha sido la de un país continental: durante cuatro mil años, no ha explotado absolutamente otra riqueza que no fuera la de su suelo. Entre el 2000 y el 1500 a.C., los agricultores se fijaron en la gran llanura de limo fértil que irriga el Río Amarillo. La deforestaron, la cultivaron, la defendieron contra los cazadores nómades que la amenazaban. A lo largo de los siglos roturaron y colonizaron el inmenso territorio que se extiende desde Manchuria hasta Kouangtong y que unificó por primera vez, dos siglos antes de Cristo, el emperador Che Huang-Ti. Se distinguen tres regiones netamente diferenciadas. Al norte del Yang-tzé se extienden llanuras aluviales y mesetas de loess, donde prevalece el clima de las estepas; allí se ha cultivado el trigo, el mijo, el kaoliang, y la soya; esta zona posee un reducido número de bestias de tiro: caballos y mulas. Al sur del río, el clima es subtropical; la tierra produce té, algodón, moreras; aparte algunos búfalos de agua, no hallamos bestias de tiro. Seu-ch'uan, al oeste, es una rica cuenca cerrada cuya tierra roja ha sido cultivada en terrazas; está rodeada de montañas y su único nexo con el resto del país es el Yang-tzé. Las montañas han sido desmontadas desde la antigüedad, y en el curso de los siglos los campesinos continuaron arrancando los arbolillos: puede afirmarse que las riquezas forestales del país casi han desaparecido. Los agricultores sedentarios abandonaron la cría a los nómades rechazados hacia las tierras altas: China propiamente dicha no tiene pastizales. El

viajero occidental que la sobrevuela en avión o que la atraviesa en tren se asombra porque no halla praderas ni bosques: sólo kaoliang, arroz y multitud de pequeños huertos.

Se explotan intensivamente los campos mediante métodos análogos a los del cultivo en huerta, y la superficie de las parcelas no es mayor que la de una cancha de tenis. Esta exigüidad es consecuencia de un hecho paradójico: las tierras cultivables ocupan sólo una pequeña parte del territorio, alrededor del 17 %. En efecto, salvo en Seu-ch'uan, sólo se cultivan las llanuras y los valles; los campesinos se apiñan en ellos, de modo que están artificialmente sobrepoblados. La densidad media de la población se eleva hoy a trescientos sesenta y cinco habitantes por kilómetro cuadrado de tierra cultivable, y llega a mil doscientos en China meridional. En siglos anteriores los habitantes eran menos numerosos, pero el territorio estaba colonizado parcialmente; la concentración siempre fue excesiva, y por eso, a pesar de la fertilidad de sus campos, el campesino chino nunca pasó de un nivel de vida extremadamente bajo. Otra razón es la repetición periódica de catástrofes naturales: inundaciones y sequías. El loess de las montañas y las llanuras de erosión no está sujeto por los árboles, de modo que se vuelca en las aguas de los ríos; en el sector medio de los cursos de agua, este limo eleva el nivel, y así el río corre a veces diez a treinta y tres pies sobre el nivel de la llanura; en el curso inferior de los ríos, forma barreras que obligan a las aguas a salir de cauce. En los años lluviosos, la campiña queda sumergida bajo el agua; y otros años el suelo no recibe una gota de agua. En el curso de los siglos se han sucedido las hambres, durante las cuales los campesinos morían por millones.

El desequilibrio económico ocasionado por la sobrepoblación y la escasez explica que la idea de reforma y de reglamentación agraria haya aparecido muy temprano en China. En los primeros tiempos de su historia esta última era una sociedad feudal;[1] los señores poseían la tierra y abrumaban con impuestos y corveas a los campesinos, dejándoles apenas el alimento necesario para sobrevivir: era imposible acumular grano de un año para otro. Una situación semejante ha podido perpetuarse sin crisis en los países en que las condiciones de la producción eran estables: en

[1] Después surgió la idea de un antiguo imperio que habría precedido al feudalismo; esta edad de oro tiene elementos de leyenda.

China, el exceso de miseria campesina, resultado de las catástrofes naturales, acarreaba la ruina de los reinos. Los primeros príncipes que no se contentaron con guerrear a diestra y siniestra y que alimentaron ambiciones políticas, comprendieron que era necesaria una organización económica, pues China carecía de ese margen de prosperidad que posibilita practicar una explotación anárquica. A partir de 350 a.C., el soberano del reino de Tsin-la actual Chensi— distribuyó la tierra entre los campesinos, que fueron obligados a pagar un impuesto proporcional a la superficie de sus campos. Cuando Che Huang-ti realizó la revolución que destruyó el feudalismo y unificó el imperio, extendió esta reforma a toda China. Muchos de sus sucesores trataron de reemplazar la política de *laisser faire* por una economía planificada. Desgraciadamente, la misma planificación duraba poco. Los emperadores contemplaban la realización de un provecho inmediato. No procuraban brindar a la clase campesina la seguridad y la prosperidad que podían estabilizar y acrecentar la producción; las inquietudes imperiales se relacionaban exclusivamente con las necesidades fiscales: querían despojar a los propietarios rurales de los beneficios de la explotación agrícola, y monopolizar esta última. Por otra parte, el imperio era demasiado vasto para que el soberano pudiese imponer eficazmente sus leyes; los mismos hombres que debían aplicar los decretos estaban interesados en infringirlos, pues los funcionarios imperiales eran al mismo tiempo propietarios rurales. Durante dos mil años la tierra fue peón de un conflicto insoluble entre el gobierno y los burócratas-propietarios rurales: la situación de los campesinos fue siempre trágicamente precaria.

Bajo el reinado de Che Huang-ti, los campesinos recibieron tierras, pero muy pronto las hambres los obligaron a vender sus dominios y a venderse como esclavos con sus familias. Dos siglos después de la reforma agraria, "veíanse los campos de los ricos alinearse por centenares de millares, mientras los pobres no disponían de tierras suficientes para clavar una aguja". El año 9 d.C., el usurpador Wang Mang distribuyó nuevamente la tierra a los pobres, a razón de cinco hectáreas por familia de ocho personas; y declaró al Estado único propetario; se encomendó a los funcionarios regularizar el mercado, fijar los precios, depositar los artículos no vendidos, y autorizar préstamos al 3 % de interés mensual. El impuesto se basó en el diezmo de beneficio. Pero no se

realizó la reforma en beneficio de los campesinos: estaba dirigida contra el nuevo feudalismo, y contemplaba el provecho del gobierno. Después de haber arruinado a la nobleza y al comercio, los monopolios estatales abrumaron a los agricultores, que se encontraron indefensos ante las sequías y las inundaciones; se desató un hambre tan terrible que los campesinos se dieron a la antropofagia. Se levantaron en masa, y la insurrección campesina de los "Cejas rojas" concluyó el reinado de Wang Mang.

Teóricamente el Estado continuaba siendo propietario del suelo; cada campesino adulto recibía una concesión vitalicia de tres a seis hectáreas, y una propiedad de una hectárea y media, que podía legar a sus descendientes. A su muerte, la concesión revertía a los bienes comunales. Wang había tenido el cuidado de prohibir toda compra y venta de tierra, así como de esclavos. Pero los funcionarios se arrogaron el privilegio de adquirir tierras y de legarlas a sus descendientes; abrumados de impuestos y de deudas, hambreados, los campesinos, a pesar de las leyes, vendieron nuevamente sus campos, y prácticamente se convirtieron en siervos. Se reconstituyeron los latifundios. A mediados del siglo VIII, el suelo pertenecía al 5 % de la población. Un escritor de la época Song, Su Siun, escribía en el siglo XI: "Los campos no son propiedad de quienes los cultivan, y quienes los poseen no los cultivan. De los productos de los campos, el propietario toma la mitad; no hay más que un propietario para diez cultivadores; de modo que al acumular día tras día su parte, se enriquece y adquiere poder, mientras que los campesinos, que consumen día a día su parte, yacen en la miseria y el hambre. Y no hay modo de obtener auxilio".

Wang Ngan-che trató de modificar la situación. Pero según parece también él sólo procuró aumentar los ingresos del Estado, sin preocuparse de la suerte de la agricultura. No afectó los latifundios; sólo modificó el modo de recaudar los impuestos, reemplazó las corveas por un sistema de impuestos, y reformó el antiguo catastro. Creó un sistema de préstamos estatales, pero la tasa de interés era del 20 %, y como para enriquecer al fisco se impulsaba a los campesinos a endeudarse, la miseria de éstos se agravó más que nunca.

Los Kin, los mongoles, se adueñaron de vastas propiedades expropiando a muchos chinos; como compensación, también consintieron otorgar préstamos a la población: pero se trataba de prés-

tamos onerosos, que de hecho representaron una nueva forma de exacción. Bajo el régimen de los Ming, los latifundios se ampliaron. Cuando los manchúes tomaron el poder, reintegraron al Estado una parte de los dominios de la casa imperial, confiscaron las grandes propiedades y nuevamente las distribuyeron entre los campesinos; los agricultores que cultivaban el campo desde hacía varias generaciones fueron declarados propietarios de la superficie de su parcela. La tierra fue dividida, pero la suerte de los campesinos mejoró sólo provisoriamente.

Una vez expulsados los manchúes, la burguesía victoriosa debió afrontar a su vez el problema agrario; pero, como estaba constituida principalmente por propietarios rurales, no quiso considerar la posibilidad de una reforma. A partir de 1927 el Kuomintang reprimió severamente todos los movimientos campesinos. Ocurrió no sólo que Chiang Kai-shek permitió que se reconstituyesen dominios relativamente extensos a costa de la pequeña propiedad, sino que delegó en los funcionarios la administración del campo y la tarea de cobrar los impuestos. Nació un nuevo feudalismo. Estos señores no se asemejaban a los zamindar hindúes, pues en su mayoría no eran más que propietarios de muy escasa importancia: sus dominios generalmente no eran mayores de cien *mous*[2] —es decir, seis a siete hectáreas, extensión que en Francia no se considera siquiera como una propiedad media.[3] Pero los campesinos llamados medios sólo poseían seis a doce *mous*, y los pobres menos de cino *mous*; y existía además un gran proletariado agrícola que no tenía "donde clavar una aguja". Se llamaba "ricos" a los campesinos que tenían más de doce *mous*, y que en parte los cultivaban personalmente. Por el contrario, los terratenientes no trabajaban con sus manos y algunos practicaban el ausentismo. Arrendaban sus tierras a agricultores que debían entregarles del 50 al 60 % de las cosechas; en los años malos —que no representaban un accidente, sino un hecho frecuente y periódico— los campesinos debían tomar prestado de los grandes propietarios el grano necesario para alimentarse y sembrar; la tasa de interés era exorbitante; los rentas y las deudas abrumaban al campesino,

[2] Un *mou*: aproximadamente 6 áreas, es decir 1/15 de hectárea.

[3] Pero un fundo francés incluye a menudo bosques, pastizales, tierras incultas. Todas las parcelas de un fundo chino están cultivadas intensivamente.

que a veces se veía obligado a entregar hasta el 90 % de sus cosechas. Cuando la cosecha era buena no por ello el campesino se beneficiaba; las deficiencias del mercado de productos agrícolas —consecuencia, en parte, de la constante desorganización de los transportes—, y la inestabilidad de la moneda determinaban, en caso de abundancia, una rápida caída de los precios de venta— que no provocaba, por lo demás, una reducción de los precios pagados por el consumidor. Prisionero de un ciclo infernal, el pequeño campesino de ningún modo podía evitar la miseria. Sus tierras, su vida misma estaban a merced del propietario rural que, puesto que era también el recaudador general, gozaba de un poder casi discrecional. La mezquindad de su condición determinaba que la tiranía de este déspota local fuese tanto más temible. Su aspereza cicatera lo impulsaba a practicar exacciones minuciosas, y provocaba a menudo esos "delitos de sangre" con los cuales los grandes propietarios terratenientes no se manchan directamente las manos. Por tradición, los burócratas-propietarios chinos tenían derecho de vida y de muerte sobre sus arrendatarios. El código de los Yuan castigaba con ciento siete golpes de bastón al propietario que mataba a un arrendatario: los Ming anularon esta ley. Los manchúes la restablecieron, y bajo el régimen del Kuomintang teóricamente el asesinato estaba prohibido; pero de hecho los tiranos locales no tenían dificultad para burlar la ley, y los campesinos se hallaban prácticamente sin defensa contra ellos.

Este sistema económico estaba reforzado por una estructura social y una ideología religiosa que se apoyaban sólidamente entre sí. Como todas las sociedades agrícolas, ésta descansaba también sobre la familia patriarcal. Los habitantes de una aldea pertenecían a un mismo clan, al que se atribuía un antepasado común; el clan se dividía en células familiares, a su vez indivisas, adheridas a una parcela que todos poseían y cultivaban colectivamente. Cada familia representaba una economía cerrada, que producía todo lo necesario; a veces, se practicaba la ayuda mutua, o se colaboraba para levantar la cosecha; pero de una familia a otra, de una aldea a otra no había mayor intercambio. El sistema era autárquico. La característica particular de China consiste en que las instituciones reforzaron la cohesión del grupo productor para que el individuo le estuviese radicalmente sometido. La religión consagró esta organización; todas las sociedades agrícolas

han honrado a los dioses del hogar, pero el confucianismo hizo de este culto un sistema minucioso y rígido, destinado a perpetuar irrevocablemente la estructura feudal de la familia. Apareció acompañado —como en el caso de todos los campesinos del mundo— de creencias animistas. Éstas se expresaron en prácticas adivinatorias y mágicas, tabúes y costumbres que impregnaron en sus más mínimos detalles la vida cotidiana del campesino. El agravamiento de sus infortunios a veces impulsó a éste a la rebelión, y entonces orientó su fe supersticiosa contra el orden establecido; pero estas explosiones de violencia no podían transformar las bases económicas de la sociedad. El sistema se mantuvo inmutable durante siglos. La religión emanada de él lo consolidó, imponiendo a los campesinos un respeto incondicional a las tradiciones.

Dichas tradiciones no sólo impedían el progreso social, sino que contribuían cotidianamente a agravar la miseria de los campesinos, sometiéndolos a reglas irracionales y a menudo nefastas. Por ejemplo, la geomancia prohibía cavar un pozo al oriente de la aldea, abrir una puerta en la muralla meridional, construir cañerías de agua en línea recta. Las ceremonias impuestas por la costumbre eran absurdamente dispendiosas. Las vestiduras de duelo, blancas, de tela de cáñamo, son costosas y no es posible utilizarlas en los campos. Los casamientos eran ceremonias tan costosas que un proverbio de Honan afirmaba: "Si desposas a una mujer, no podrás comprar una vaca". Lo que es peor, la mentalidad "mágica" de los campesinos los hacía indiferentes a las leyes más elementales de la higiene. Muchos observadores se sintieron desconcertados ante la suciedad de las aldeas chinas. "Bajo los árboles, las aldeas están sobrepobladas", escribe Pearl Buck,[4] "las moscas pululan, los restos se pudren al sol. Los niños están sucios y mal cuidados". "Como los excrementos humanos son el abono más importante de la tierra, se los conserva en fosas a medias cubiertas de tierra, detrás de la casa", informa Ksiu Tong-fei.[5] "A lo largo de la orilla meridional del río, el camino está bordeado por estas fosas. El gobierno ha reclamado a los campesinos que las supriman, por razones de higiene, pero nada se ha hecho". En lugar de las fosas exteriores se utilizaban a menudo cubas guardadas en el interior de las casas, en medio de la habitación donde se vivía. En Fénix,

[4] *Los Mundos que conocí.*
[5] En una tesis publicada en Francia el año 1938.

aldea del Sur situada sobre el río del mismo nombre, las condiciones sanitarias eran abominables, informa el norteamericano Kulp. "Aún en las casas más acomodadas, hallamos pilas de desechos descompuestos, charcos de aguas estancadas, vasos de noche destapados, gansos que ensucian con sus excrementos los senderos y los patios. El olor del estiércol invade el interior de las casas. En las grandes residencias hay cañerías de agua que salen de los patios para llevar la lluvia que cae de los techos inferiores; pero de hecho son inútiles; están construidas en zig-zag, de acuerdo con las reglas de la necromancia, de modo que es imposible limpiarlas; se tapan muy pronto, y de hecho las aguas invaden el patio. Alrededor de las casas, en las calles y los caminos, hay montañas de restos, los cerdos se revuelcan en ellos —y los transportan al agua de los estanques vecinos. Durante la estación de las lluvias, pululan moscas e insectos. El agua de los pozos está contaminada por los albañales; se toma agua del río en el mismo lugar en que se lava la ropa o se vacían los cubos del cuarto de baño".[6] Las frecuentes inundaciones provocaban muchas enfermedades: los mosquitos difundían la malaria, los microbios y los animálculos llevados por las aguas provocaban disenterías y graves infecciones del hígado. En Fénix, las paredes de las casas eran húmedas, y los habitantes padecían reumatismo. "En toda la aldea se observa fuera de las casas y también en el interior una línea amarilla que indica el nivel de las aguas en la crecida; un barro amarillo aparece incrustado en los muebles de madera esculpida". Además, había leprosos y muchos casos de tuberculosis, como resultado de la subalimentación. En efecto, las inundaciones y la sequía se abatían alternativamente sobre las cosechas, y por lo tanto la mitad de los aldeanos se veían amenazados constantemente de morir por hambre: de seiscientos cincuenta habitantes, podía clasificarse al 18 % en la categoría de los ricos, al 31 % como clase media; el 51 % estaba formado por individuos de la clase pobre, "es decir, que dependían de un trozo de pan de la compasión de la naturaleza, de la familia y de la ayuda prestaba por los jefes de la aldea". Kulp llega a la siguiente conclusión: "Puede afirmarse que la vida económica de la aldea es deficitaria... La mitad de los aldeanos vive en condiciones económicas miserables, y su subsistencia depende de la organización familiar". Informa

[6] Kulp, *Country life in China.*

además que se comprometía a los niños entre los ocho y los diez años, y se los casaba entre los dieciséis y los dieciocho años. Prácticamente se dejaba morir de hambre a las niñas; y a muchas se las vendía como esclavas. Las viudas no podían volver a casarse. Acentuaba la pobreza el enorme despilfarro exigido por los matrimonios y las ceremonias religiosas. Y sin embargo, el nivel intelectual de los campesinos era bastante notable; poseían un sentido artístico naturalmente desarrollado. Bastaría, observa Kulp, una organización más racional para que mejoren considerablemente las condiciones de vida. Esta última observasión es interesante; permite comprender por qué, antes aún de que se hayan transformado las técnicas, el nuevo régimen pudo aumentar la producción y elevar el nivel de vida de los campesinos: en realidad, los organizó.

Lenin afirmó que en los países de Oriente, en los que la gran propiedad tiene un carácter no capitalista sino feudal, debe atribuirse carácter progresista a la lucha campesina, dirigida contra una etapa retrógrada de la sociedad. Una de sus tesis más importantes y novedosas, fue la alianza del proletariado revolucionario con los campesinos pobres. Mao Tse-tung comprendió que en el caso de China era preciso ir aún más lejos: contra la posición de Ch'en Tu-sieu, impuso a partir de 1927 la idea de que el campesinado debía ser el factor principal de la revolución. La reforma agraria ha sido en China tanto el primer objetivo concebido por los comunistas como el instrumento que utilizaron para asegurar su propia victoria. En las regiones liberadas, el Ejército Rojo conquistó a los campesinos mediante la distribución de tierras. En 1935 se interrumpió la reforma con el fin de incitar a los grandes propietarios a incorporarse al frente de la resistencia antijaponesa: los comunistas se limitaron a reducir "la renta" y a liberar de sus deudas a los campesinos. En 1946 se reanudaron las confiscaciones, y en 1947 una "conferencia agraria nacional" preparó la ley que fue sancionada el 28 de junio de 1950. Se expropió a los terratenientes que explotaban su dominio sin trabajar en él; fueron requisados los bienes pertenecientes a templos, monasterios, iglesias y escuelas misioneras. Los campesinos ricos conservaron la parte de tierra que trabajaban personalmente; pero se les quitó la que hacían cultivar por asalariados. No se tocaron los campos de los campesinos medios. Las tierras confiscadas fueron reparti-

das entre los campesinos pobres y los obreros agrícolas, a razón de unos tres *mous* por persona, y las mujeres y los niños de corta edad fueron incluidos en la distribución. También se distribuyeron entre ellos los instrumentos agrícolas, las bestias de trabajo, los muebles, las construcciones, etc., que pertenecían a los grandes propietarios.

Se realizó esta reforma con un mínimo de violencia; sólo fueron ejecutados [7] o condenados a prisión perpetua los terratenientes que debían pagar una "deuda de sangre". Fuera de estos casos, a nadie se expropió radicalmente: los propietarios que no eran culpables de crímenes pudieron permanecer en la aldea y recibieron una parcela igual a la de los campesinos pobres.[8] Por otra parte, la reforma no intentó establecer una perfecta igualdad entre todos los campesinos: en esencia, se preocupó de aumentar la productividad. Los campesinos ricos y medios conservaron parcelas más importantes que las que se entregaron a los pobres. Con el fin de garantizar la estabilidad social indispensable para la producción, la reforma tuvo carácter definitivo: las familias que después aumentaron o que por el contrario perdieron miembros no por ello obtuvieron lotes mayores ni menores.

La reforma concluyó en agosto de 1952. Se distribuyeron 47 millones de hectáreas; se beneficiaron con ella alrededor de 300 millones de campesinos —es decir, el 77 % de la población agrícola. Únicamente las minorías nacionales no fueron afectadas por la ley.

Uno de los aspectos más interesantes de la reforma es el hecho de que los dirigentes la utilizaron para despertar en los campesinos una conciencia de clase. La consigna de los cuadros era, no eliminar por propia iniciativa a los propietarios rurales, sino inducir a los campesinos a desembarazarse de ellos por sí mismos. Se quería que comprobasen el valor de sus propias fuerzas, para que no continuasen temiendo el retorno del antiguo régimen, y para que éste perdiese toda posibilidad de dominio sobre el espíritu popular. Porque eso era precisamente lo que ocurría: aún tenían miedo. Habituados a la resignación pasiva, al mismo tiempo que odiaban a sus amos los respetaban; el temor que experimen-

[7] La cifra se elevaría aproximadamente a 5.000 personas.

[8] Algunos purgaron condenas de tres a cinco años, y luego ocuparon su lote.

taban revestía la forma de un sentimiento de culpabilidad; temían la cólera del cielo: después de la reforma agraria, algunos continuaron pagando secretamente una renta al antiguo propietario.

En su novela *El sol brilla sobre el río Sang Kan*, Tin Ling destacó este aspecto del problema.

Yumin [9] sabía que la gente esperaba conseguir las tierras, pero se negaba a tomar ninguna iniciativa. Aún alimentaban dudas. No se atrevían a manifestar entusiasmo, antes de que se abatiese a los poderosos de antaño. En la aldea había varios bandidos, y no sería fácil liquidarlos. En primavera se había elegido un adversario relativamente débil: el propietario Hu, un anciano que en realidad no hubiera debido atemorizar a nadie; sin embargo, con sorpresa de los "cuadros", sólo fue posible conseguir algunos entusiastas que lo amenazaran con el puño. Los miembros de la asociación de campesinos exclamaban: "¡Hablen! ¡Digan lo que tengan que decir!" Y entonces la gente alzaba el puño y también gritaba, pero al mismo tiempo echaba ojeadas furtivas hacia el Intrigante Chien,[10] que se mantenía detrás de la multitud. Hu fue condenado a una multa de cien picules de grano, y debió pagarla abandonando siete acres de tierra, que fueron distribuidos entre varias familias. Algunas personas se sintieron satisfechas, pero otras se atemorizaron y no se atrevieron a pasar más frente a la puerta del Maestro Hu: el campesino Hu [11] devolvió en secreto su parte de tierra... El Intrigante Chien se había puesto hábilmente al servicio del ejército, y seguramente no sería acusado; en todo caso, no lo condenarían a muerte, se decía Yumin.

En la primavera, las autoridades habían corregido una desviación de la reforma agraria. Algunos propietarios que el pueblo deseaba ejecutar fueron encarcelados; al cabo de unos meses, se los había devuelto a la aldea, para que los juzgasen nuevamente, y se había reclamado a los campesinos que se suavizara la sentencia, a la que se creía excesivamente severa. Es que la gente aún temía que cambiase la situación. Pensaban que si se condenaba a un hombre, era preciso ejecutarlo, pues de lo contrario llegaría el momento en que se tomaría venganza. Por lo tanto, el caso del Intrigante Chien constituía un problema difícil.

El terrateniente Li ha huido de la aldea; los campesinos reclaman a su mujer los títulos de propiedad. Pero el respeto se mez-

[9] Uno de los cuadros campesinos.
[10] Uno de los tiranos locales.
[11] Un pariente pobre de Hu.

cia al temor y los paraliza; abandonan la casa de Li con las manos vacías:

Los campesinos se detuvieron en el patio desierto, mirándose unos a otros, y no sabiendo qué decir. Se oyó el movimiento de una cortina de bambú, y la señora Li salió. Vestía pantalones y una chaqueta de algodón azul, y los cabellos despeinados pendían sobre los hombros. Tenía bolsas rojas bajo los ojos, en medio del rostro redondo y blanco. En los brazos traía una caja de laca roja. "¡Señora Li!" exclamó uno de los campesinos.

La mujer descendió rápidamente los gradas de la escalinata, y se arrodilló al lado de una planta verde, el rostro bañado en lágrimas: "Señores, dijo sollozando, tened piedad de una pobre mujer y de sus hijos. Esto pertenece a mi marido, tomadlo; son 136 *mous* y ½ de tierra, y una casa. Bien lo sabeis, mis buenos primos, amigos míos: mi marido es un mal hombre, mis hijos y yo ya no podemos contar con él; contamos con vosotros, que habeis sido nuestros amigos durante tantos años. Si, bien está que nos quiten las tierras, no me opongo a ello. Recordad solamente que sólo soy una débil mujer, y tened piedad de los niños. Me prosterno ante vosotros". Entonces se prosternó varias veces, y el rostro bañado en lágrimas, mientras los niños comenzaban a gritar.

Los granjeros que habían entrado tan audazmente en la casa, permanecieron mudos ante esa mujer arrodillada. Sabían que había nacido de una familia rica, que jamás había conocido la desgracia, y recordaron sus menudos actos de caridad, de modo que algunos la compadecieron. Nadie hizo un movimiento para apoderarse de la caja. Olvidaron el motivo que los había traído.

Poco a poco los cuadros logran infundir a los campesinos el coraje necesario para detener al Intrigante Chien; y se realiza la asamblea para juzgarlo:

Tres o cuatro milicianos llevaron sobre la plataforma al Intrigante Chien. Vestía una túnica de seda gris, y pantalones blancos, y tenía las manos atadas a la espalda. Con la cabeza gacha, sus ojillos escudriñaban la multitud. Esa mirada, que otrora infundía terror a la gente, aún inquietaba mucho. Sus bigotes puntiagudos acentuaban su aire siniestro. Nadie dijo palabra... La multitud miraba al Intrigante Chien, y callaba.

Durante años los déspotas locales habían sido todopoderosos. Habían oprimido a una generación tras otra, y los campesinos agachaban la cabeza. Y ahora veían ante sí a uno de estos señores, con las manos atadas, y se sen-

tian trastornados. Algunos, intimidados por su expresión maligna, recordaban el tiempo en que no tenían otra alternativa que someterse, y su resolución vacilaba. Por eso guardaban silencio.

El Intrigante Chien, de pie, los labios apretados, miraba alrededor de sí, procurando dominar todavía a aquellos campesinos, rehusando reconocer su derrota. Durante un instante pareció prevalecer. Después de tantos años de poder, era difícil liquidarlo. Los campesinos lo odiaban, y lo habían esperado maldiciéndolo; pero ahora contenían el aliento y vacilaban. Más duraba el silencio, y más terreno ganaba Chien; y habría podido creerse que saldría vencedor de todo aquello.

Pero de pronto un hombre surgió entre la multitud. Tenía cejas espesas y ojos llameantes. Se abalanzó sobre el Intrigante Chien y le insultó: "¡Asesino! ¡Opresor! ¡Tú mataste gente por dinero! Te arreglaremos cuentas, y muy seriamente. ¿Me oyes? ¿Crees que aún nos atemorizas? ¡Es inútil! No te quedes de pie: ¡arrodillate! ¡Arrodillate ante la aldea!". Sacudió a Chien mientras la multitud exclamaba: "¡Arrodillate, arrodillate! Los milicianos obligaron a Chien a arrodillarse.

Entonces la masa sintió su poder y se agitó indignada. Un niño gritó: "¡Pongámosle el gorro! ¡Pongámosle el gorro!" La multitud repitió a coro: "¡Pongámosle el gorro!". Un jovencito de trece o catorce años subió a la plataforma, recogió el sombrero de papel y lo depositó sobre la cabeza del Intrigante Chien, mientras le escupía y exclamaba: "¡Esto es para ti, Chien!" Luego, descendió entre risas.

Ahora Chien había doblado la cabeza, y su mirada maligna ya no podía recorrer los rostros. El gran gorro de papel lo asemejaba a un payaso. El busto inclinado, humillado, los ojos esquivos, había perdido todo su prestigio: era un prisionero del pueblo, un criminal frente a las masas que se disponían a juzgarlo.

A partir de ese momento, se acentúa la cólera de los campesinos. Insultan a Chien, lo golpean, y si conserva la vida es gracias a la intervención de la milicia. Le confiscan las tierras, pero le permiten refugiarse en casa de su hijo, que es soldado del Ejército Rojo.

Episodios análogos han ocurrido en todas las aldeas de China. La interpretación que ofrecen los anticomunistas es que las asambleas de acusación eran provocadas por los cuadros, contra la auténtica voluntad de los campesinos. Lo que indica la novela de Ting Ling, es que esta voluntad de hecho estaba paralizada por la gravitación de un pasado agobiador; sin embargo, tenía existencia

real, una existencia violenta y desesperada, y los cuadros se limitaban a ayudar a los campesinos a manifestarla, liberándolos del temor y del engaño.

Es lo que se desprende de la novela de Cheu Li-po titulada *El huracán*.[12] Los cuadros enviados a la aldea para realizar la reforma organizan una asamblea, a la que acuden sobre todo los ancianos y los niños. Uno de los cuadros, Liu Cheng, se encarama sobre una mesa y habla:

"Es necesario que todos nos alcemos y nos mantengamos firmes. ¡Abajo los vientres gordos! Nosotros los pobres, debemos tomar el poder y ayudarnos mutuamente". Prosiguió su discurso y terminó con una pregunta:

—¿Están de acuerdo en que liquidemos a los vientres gordos?

—Sí, exclamó una docena de voces.

—De acuerdo —dijo un anciano de blanca barba. Se volvió y sonrió a Liu Cheng.

—¿Quiénes son los vientres gordos en esta aldea? —preguntó Liu.

Hubo un prolongado silencio.

—¿Por qué no hablan? —preguntó Liu al anciano barbudo. Hable abuelo.

—He vivido poco tiempo aquí. Estoy en la aldea desde 1945... He oído decir que aquí no hay grandes propietarios, y creo que es verdad.

—Entonces, ¿por qué dijo que estaba de acuerdo? —preguntó Liu.

—Hay muchos en las otras aldeas. Podemos atacarlos.

—Camaradas —dice otro campesino viejo, tocado con un sombrero de fieltro negro—, el hombre ha estado siempre sometido a la ley, como la hierba al viento. Todo lo que dice el gobierno es justo. Estos reformadores representan al gobierno. Cuando afirman que combatirán a los vientres gordos, y que nos harán ricos, ciertamente nos contentan —Se volvió hacia la multitud—: ¿Están de acuerdo, amigos míos?

Hubo gritos de aprobación, y la voz de los ancianos se mezcló con la de los niños. Se oyeron aplausos.

—Camaradas— volvió a hablar el viejo—, todos han oído: sed bienvenidos. Pero ahora ya es casi medianoche, y es tiempo de volver a casa...

Liu, decepcionado, comprende que la reforma no será cosa fácil. Se informa con los campesinos pobres, aprende a conocer a los tiranos locales, y poco a poco consigue de los aldeanos "relatos de amargura", en los que explican públicamente sus infortunios. Finalmente, se arresta al más importante de los terrate-

[12] Ting Ling recibió el premio Stalin en 1951, lo mismo que Chu Li-po.

nientes, Han, que oprimió a los campesinos y colaboró con los japoneses.

Han hacía frente al "tribunal del pueblo", y la multitud murmuraba: "Esta vez lo encarcelarán".

—Mira: tiene las manos atadas.

—¿Lo condenarán o no a muerte?

Algunos carecían de entusiasmo porque tenían tierras, y habían hecho negocios con los japoneses. Temían que después de Han les tocara el turno. Otros pensaban en el hijo de Han, que estaba en el Ejército del Kuomintang: si un día regresaba, se vengaría. Otros pensaban que Han era culpable, pero no tenían el menor deseo de hablar personalmente contra él. Más valía mostrarse prudentes. Esperaban ver de qué lado soplaba el viento. Todos ellos callaban.

También estaban allí hombres manejados por Han, que creían en la posibilidad de engañar a la multitud. Gritaban con más fuerza que el resto...

Han bajaba la cabeza, y estaba pálido. Los niños formaban círculo alrededor de él, y miraban con curiosidad la cuerda que le rodeaba el cuerpo. Uno de los más audaces preguntó: "Señor Han, ¿usted no trajo hoy su gran bastón?"

Comienza la asamblea. Han trata de defenderse.

Soy un mal hombre, tengo una mentalidad feudal. Mi madre murió cuando yo era pequeño. Mi padre volvió a casarse, y mi madrastra me castigaba todos los días.

Se acusa y se excusa tan eficazmente que la gente se conmueve:

—Ha confesado sus faltas y se reformará. Nada podemos decir contra él, salvo el hecho de que tiene excesiva cantidad de tierras: pero acaba de abandonarlas... Se esbozó un movimiento hacia la puerta, se veía que la gente estaba dispuesta a salir.

Interviene Kouo, presidente de la asamblea. Recuerda los servicios prestados por Han a los japoneses. El anciano campesino Tien toma la palabra, acusa a Han y relata una historia desgarradora. Han le había permitido levantar un casa en un rincón de la parcela: pero el primer año requisó toda la madera que Tien había traído del bosque y la entregó a los japoneses. Dos años después, una vez concluida la casa, Han la requisó para conver-

tirla en establo. Quiso tomar por esposa a la joven y linda hija de Tien, de dieciséis años; pero como ella rehusó ordenó a tres de sus hombres que la capturasen; éstos la desnudaron, la flagelaron y la violaron.

El anciano Tien no pudo proseguir, y se echó a llorar. La gente exclamó: "¡Castiguémosle! ¡Castiguémosle!" Alguien arrojó un ladrillo que aterrizó al lado de Han. El hombre palideció y comenzó a temblar: sus rodillas se entrechocaban.

—¡Desnúdenlo!

—¡Mátenlo!

Un hombre se acercó y golpeó en el rostro a Han. Comenzó a sangrarle la nariz.

—¡Muy bien! ¡Más! —exclamo alguien.

Sin embargo, la vista de la sangre impresionó a la multitud, y sobre todo a las mujeres, y se hizo silencio. ¿Quién lo había golpeado? Han alzó la cabeza, y vio que era Li Teen-kiang,[13] y comprendió. Dobló aún más la cabeza para que la sangre corriese más abundante, y que todo el mundo viese... Kuo apremió a Tien:

—Continúa, anciano Tien.

—No tengo más que decir —replicó el anciano, desconcertado.

Li Teen-kiang finge insultar a Han y sugiere que le apliquen una multa y le confisquen las tierras. Poco a poco los campesinos se alejan. El cuadro Hsia ha comprendido la maniobra. Li Teen-kiang se ha inspirado en el *Romance de los tres reinos*, en el que un general golpea cruelmente a otro general aliado, antes de enviarlo a las filas del enemigo, para engañar a éste. Pero es inútil que intente infundir nueva vida a la asamblea. Tímidos, temerosos, engañados fácilmente, sin embargo los campesinos concluyen por atreverse. Nuevamente se juzga a Han. Y esta vez los campesinos hablan. Han es culpable de diecisiete asesinatos; para su placer y el de sus hijos se ha apoderado de cuarenta y tres mujeres. Ha reducido a sus arrendatarios al hambre, rehusado pagar a los trabajadores que empleaba, entregado a quienes le desagradaban a manos de los japoneses, que los deportaban. Después de la partida de los japoneses, ha trabajado en el Ejército del Kuomintang y combatido a los rojos. Se lo condena a muerte, y lo llevan fuera

[13] Uno de los hombres de Han.

de la aldea para fusilarlo, después que los campesinos lo han castigado abundantemente.

La política preconizada y aplicada en este aspecto por el régimen es muy significativa. Una larga experiencia en las zonas liberadas ha enseñado al gobierno que no es posible confiar ciegamente en la espontaneidad de las masas campesinas: son demasiado atrasadas para atreverse por sí mismas a imponer sus propios intereses. Sin embargo, los dirigentes querían que el pueblo chino considerase como propia a la revolución: que la realizase por sí mismo; era preciso que no recibiese pasivamente los beneficios, y que por el contrario los conquistase. No se ha entregado la tierra a los campesinos: se les ha ayudado ingeniosamente a tomarla. Esta colaboración de los cuadros y de la masa es uno de los rasgos más originales de la revolución china; se ha realizado desde el principio de un modo notable, y es uno de los hechos que explica —a pesar de ciertas dificultades— el apoyo que halló en el campo un régimen que las masas tienen conciencia de haber instaurado por sí mismas.[14]

A cada una de las reformas agrarias realizadas desde la época de Che Huang-ti ha seguido la reconstitución de los latifundios. La rueda dará otra vuelta, proferizan los anticomunistas. Pero los emperadores no han visto en la reforma más que un recurso práctico que les permitía obtener fondos; por otra parte, si hubiesen

[14] En 1945, cuando se realizó la reforma agraria en Europa Oriental, también hubo campesinos que vacilaron en aceptar las tierras que se les ofrecían. El fenómeno fue particularmente notable en Hungría. "Lo que prevalecía en los campesinos húngaros, aterrorizados por tantas atrocidades, violaciones y asesinatos, víctimas de tantas requisiciones y pillajes, lo que pesaba sobre ellos en 1945 era el temor... El comunismo, del que habían oído decir tantas cosas atroces, los atemorizaba. De modo que cuando los primeros agitadores comunistas aparecieron en las aldeas para incitar a los campesinos a formular reclamaciones sobre las grandes propiedades vecinas, la primera reacción fue de desconfianza. Los "señores" ya habían huido en 1919, para volver poco después con los gendarmes. Ahora también los gendarmes habían partido; pero, ¿no volverían?" (Fejto: *Historia de las democracias populares.*) Una vez que el alto comando soviético dio la orden de iniciar la reforma, se organizaron en las aldeas "comités de postulantes", que paulatinamente se decidieron a reclamar las tierras abandonadas por los señores después de la victoria rusa. Toda la actividad de los campesinos se limitó a esta "postulación", de modo que en conjunto el "clima" de la reforma fue muy distinto del que se observó en China. En ninguna parte de Europa los campesinos procedieron por su cuenta a la expropiación de los "terratenientes".

intentado consolidarla, no habrían tenido medios: la persistencia de la propiedad privada implicaba fatalmente la recreación de los latifundios. Para salvar la reforma, hubiese sido necesario ampliarla aboliendo la propiedad, una medida que ya no es reformista sino revolucionaria. Sin embargo, hoy la reforma agraria esboza precisamente una revolución: la revolución socialista. Los comunistas jamás consideraron la redistribución de tierras como un fin en sí, sino como la primera etapa de un movimiento que debe culminar en la colectivización. La existencia de una clase obrera, la industrialización de China, una revolución técnica que reemplaza la azada por el tractor les permitirá alcanzar ese objetivo de aquí a algunos años; entonces se suprimirá la propiedad privada, y se clausurará definitivamente el camino de retorno al pasado. El único problema que los comunistas afrontan es un problema de táctica, y esencialmente un problema de tiempo: ¿Cómo alcanzar el fin con la mayor rapidez posible y con los menores gastos? La colectivización, ¿debe ir de la mano con la mecanización de la agricultura, o precederla? No se ha vacilado en adoptar la segunda solución, y por dos razones.

No habrá mecanización antes de diez o quince años. Ahora bien, las predicciones de los anticomunistas encierran cierta parte de verdad; la supervivencia de la propiedad privada, y sobre todo las condiciones en que se ha realizado la reforma pueden sugerir la posibilidad de una nueva concentración de los recursos rurales. Se han mantenido ciertas formas antiguas de desigualdad, y se han creado otras nuevas: la distribución del suelo se mantiene inmutable, y hay fluctuaciones en el seno de las familias, cuya condición varía. Un campesino que después de 1949 ha tenido tres o cuatro hijos se ve empobrecido. El que tiene hijos pequeños afronta mayores dificultades para explotar su tierra que aquel que cuenta con la ayuda de hijos mayores. Es preciso tener presentes las enfermedades, las diferencias de capacidad de trabajo y de laboriosidad. Así, ocurre que los campesinos pobres venden sus tierras; y se agranda el dominio de los campesinos medios y ricos. Hay nuevos pobres, nuevos campesinos medianos, y nuevos ricos. Los más afortunados alquilan la fuerza de trabajo de los más desfavorecidos. Es esencial impedir el retorno a la explotación y al capitalismo.

Por otra parte, es necesario producir más, pues las tierras vírgenes no son explotadas. Los campesinos se han convertido en

propietarios, y se ven liberados del enorme fardo representado por la renta y la deuda: pero el fraccionamiento de la tierra, la pobreza del material y de las bestias de trabajo no les permiten intensificar los cultivos. Por otra parte, de acuerdo con la opinión de observadores bien informados, antes de la liberación los métodos de la agricultura china obtenían del suelo, en las condiciones dadas, un rendimiento máximo; no es posible aumentar la productividad si no varían estas condiciones. Pero los campesinos no podrán mejorar sus útiles de trabajo si no unifican sus recursos, y podrán racionalizar la explotación del suelo sólo si organizan fundos colectivos planificados: es necesario que superen la etapa del trabajo individual.

Como se ve, por dos caminos diferentes se llega a una misma conclusión; para oponerse a la resurrección de un capitalismo rural, y para promover el bienestar de los campesinos y del Estado, es necesario colectivizar con la mayor rapidez posible. De los dos objetivos considerados, los dirigentes han puesto en primer lugar el segundo. A pesar de los lemas de la propaganda, que atribuye a cada ciudadano un desbordante "entusiasmo en la construcción del socialismo", el gobierno sabe muy bien que hoy, entre los campesinos, el resorte esencial es el interés individual. Por lo tanto, no se los exhortará a consagrarse al Estado. Se les explicará que únicamente las cooperativas pueden salvarlos de la miseria. Ya en 1943 Mao Tse-tung declaraba: "El único medio que los campesinos pueden utilizar para vencer la miseria, es una progresiva colectivización; y de acuerdo con Lenin, el único camino hacia la colectivización es el que ofrecen las cooperativas".

A partir de 1947 se realizaron experimentos con equipos de ayuda mutua y cooperativas de producción, en Manchuria, en China del Norte, Chantong, y el norte de Kiang-su. En 1949, el Comité Central decidió, en el curso de su segunda sesión plenaria, que era necesaria la colectivización de la agricultura. El artículo 34 del Programa Común [15] establece: "En todas las regiones en que se ha realizado totalmente la reforma agraria, el gobierno popular deberá tomar como tarea central la organización de los campesinos y de todas las fuerzas de trabajo utilizables en la agricultura, para desarrollar la producción agrícola y las ocupa-

[15] Este Programa sirvió provisoriamente como Constitución entre 1949 y 1954.

cienes afines. Además, debe orientar gradualmente a los campesinos para que organicen las diferentes formas de ayuda mutua en el trabajo y de la cooperación en la producción, de acuerdo con el principio del libre consentimiento y los intereses mutuos".

La primera etapa de la colectivización es el equipo de ayuda mutua. "Hemos concentrado nuestra atención principalmente en la creación de equipos de ayuda mutua", declaraba Kao Kang, resumiendo en 1950 el primer año de aplicación del Programa Común en Manchuria. Los campesinos chinos siempre practicaron en mayor o en menor medida la colaboración: ya 300 años antes de nuestra era Mencio les aconsejaba organizar grupos de ayuda mutua. En caso de necesidad urgente, el campesino daba una mano a su vecino, que cuando la ocasión lo requería le devolvía el servicio; pero este tipo de colaboración efímera y caprichosa se prestada a dudas, que a su vez acarreaban disputas. Inmediatamente después de la reforma agraria la mayoría de los campesinos comprendió la utilidad de darle una forma más estable. Formaron "unidades" de ayuda mutua cuyo principio consiste —sin afectar la propiedad privada— en la *colectivización del trabajo*, lo que permite cierta planificación. Por ejemplo, una aldea de veintitrés familias poseía en total tres búfalos y tres norias, que eran propiedad privada. Algunas familias tenían mayor número de hombres aptos que los que necesitaban para cultivar su parcela, y en otras escaseaba la mano de obra. Cuando se trata de transplantar el arroz, debe completarse el trabajo en un día o dos: ahora bien, un hombre sólo puede transplantar dos *mous* diarios. Los campesinos comprendieron que si coordinaban las respectivas fuerzas de trabajos los treinta y cinco hombres adultos y aptos de la aldea cultivarían fácilmente, sin perjuicio para nadie, los 190 *mous* que poseían entre todos. En primer lugar se organizaron por el tiempo que duraban los trabajos pesados, y en 1950 cosecharon 315 catties [16] de arroz por *mou*, comparados con 240 los años anteriores. Entonces decidieron, en 1951, crear dos brigadas permanentes de ayuda mutua, una formada por 14 familias y la otra por 8. Las mujeres unieron su trabajo al de los hombres, y se trazó un plan. Se distribuyeron *puntos* de acuerdo con la cantidad de trabajo suministrado, y se estableció la parte correspondiente de los beneficios. Ese año se alcanzó a producir 380 catties de arroz por

[16] Un catty vale poco más de una libra.

mou. La comunidad utilizaba los búfalos y las norias, y por ellos se asignaba una retribución a los propietarios.

En un importante informe sobre estas primeras experiencias, Wang Kuang-wei, miembro del gobierno regional de Manchuria, relata lo siguiente: "En 1947 se organizó en la aldea de Ying-chenk una gran unidad de ayuda mutua, que incluía la participación obligatoria de veinticinco familias. Luego, por orden de las autoridades superiores, se establecieron unidades más pequeñas con participación voluntaria.[17] En 1949, gracias a una dirección acertada y a una excelente planificación, los equipos de ayuda mutua aumentaron la producción agrícola. Sin embargo, se suscitaron muchos conflictos a propósito de los salarios, de la división del trabajo, de las tareas de escardadura, de los abonos, del horario de las tareas colectivas, la cosecha, la siembra y los desplazamientos, las divergencias entre los cuadros, los elementos progresistas y las masas, etc. Después de muchas discusiones, se introdujo el sistema de una norma de trabajo fijada de acuerdo con la calidad y las dimensiones de las tierras, y también el sistema de las normas de producción, fijadas según la calidad y las dimensiones de las parcelas. Gracias a la utilización de abundantes abonos, y al cuidado puesto en los cultivos, aumentó la producción y mejoró la calidad de la tierra".

En esta etapa cada campesino conserva sobre sus bienes un control absoluto. La etapa siguiente es la cooperativa de tipo denominado *semisocialista*. Se respeta la propiedad, pero se la usufructúa en común. Las parcelas privadas se incorporan al fondo colectivo: pero el campesino percibe una remuneración, acorde con la calidad y la superficie de su parcela; asimismo, recibe una retribución por el ganado y los artículos que presta a la cooperativa. Siempre puede retirarse y recuperar su propiedad. Como en el caso de los equipos de ayuda mutua, se calcula en puntos el trabajo aportado por cada uno, teniendo en cuenta el tiempo y el rendimiento. Por consiguiente, los beneficios se distribuyen entre los miembros del grupo de acuerdo con el capital aportado y los puntos obtenidos; se utiliza una parte para comprar en común abonos, bestias de trabajo, etc. Cuando ingresan en el grupo, los nuevos deben pagar una cotización; de ese modo adquieren el

[17] El gobierno ha censurado siempre severamente a los cuadros que pretendían imponer la organización a los campesinos.

derecho de aprovechar el fondo constituido anteriormente, que cumple además la función de caja de seguro.

Estas cooperativas comenzaron a desarrollarse a partir de 1951. En diciembre había gran cantidad de equipos de ayuda mutua, pero sólo 300 cooperativas agrícolas. Ya había 4.000 en 1952, y en el otoño de 1953 la cifra se elevaba a 14.000. Este número no es considerable. Ocurre que durante estos dos años la política gubernamental fue sumamente prudente. Era necesario colectivizar: pero precisamente para lograrlo se necesitaba no chocar a los campesinos, agrupados en apoyo del régimen en gran parte porque éste los había convertido en propietarios. Además, la asignación de indemnizaciones y de los puntos en mérito al trabajo aportado suscitaba muchas disputas. En vista de las reticencias campesinas, el Partido condenó dos actitudes: algunos "derechistas" creían que debía permitirse que el campesinado se desarrollase espontáneamente, actitud que "impulsaba al mundo rural por el camino del capitalismo"; [18] por su parte, los izquierdistas pretendían usar la fuerza para organizar a los campesinos. "Entre el otoño de 1952 y la primavera de 1953 surgió una desviación caracterizada como una progresión ciega, precipitada e imprudente en la organización de las cooperativas de producción agrícola", informa en 1953 la agencia Nueva China. Y el *Hopei je-pao* del 14 de marzo de 1953 señala que esta desviación adopta tres formas en la provincia de Hopeh: "En primer lugar, ciertos cuadros inducen a los campesinos a ingresar en las cooperativas en un lapso excesivamente breve, descuidando las condiciones locales de los diferentes equipos de ayuda mutua, no teniendo en cuenta el grado de educación de los campesinos, y aún violando el principio de la participación voluntaria. Segundo, se aumenta de manera excesiva y prematura la propiedad pública de las cooperativas. Tercero, un número bastante elevado de cooperativas invaden la propiedad privada de sus miembros y procuran eliminarla". En febrero y marzo de 1953, el Comité Central formuló directivas a todos los organismos del partido: "Para que los campesinos trabajen con ardor en la producción agrícola, es necesario corregir seriamente esta tendencia aventurera a la precipitación y a un apuro excesivo en el movimiento de cooperación agraria... Por consiguiente, los cuadros deben explicar a los campesinos que se dará protección a sus pro-

[18] Informe de Kao Kang, 1952.

piedades individuales, deben esforzarse por infundirles entusiasmo en el trabajo, y ayudar a todos los campesinos sin discriminación, aún a los que no participan en los equipos de ayuda mutua ni en las cooperativas de producción".

Sin embargo, a fines de 1953 el gobierno resolvió que era necesario acelerar la socialización agrícola. "Al mismo tiempo que decreta la compra y la distribución planificadas de los productos alimenticios, el Estado decide acelerar el movimiento de los equipos de ayuda mutua y de las cooperativas", escribe el *Diario del Pueblo* del 1º de marzo de 1954. Instruidos por la experiencia, los cuadros se esforzaron por no irritar a los campesinos, y les ayudaron a resolver de manera más satisfactoria el problema de las indemnizaciones y de los puntos de trabajo; por otra parte, el aumento del rendimiento era un incentivo convincente: de 14.000 el número de cooperativas pasó a 95.000 en la primavera de 1954. En setiembre de 1955 su número se elevaba a 650.000; las cooperativas agrupaban entonces a 15 millones de familias —es decir, el 13 % de la población estaba organizado en cooperativas. En la primavera se había alcanzado la cifra de 670.000, pero un reducido núcleo había sido organizado con preparativos insuficientes, de modo que se procedió a disolver unas 20.000.

Un ejemplo concreto de las resistencias halladas entre los campesinos aparece en un texto de *China reconstructs*: [10] Sie Tuan es un campesino medio de la provincia de Hunan, de veintisiete años. La reforma agraria dejó intacta su propiedad, más extensa que la que se asignó a los campesinos pobres; como también él había sido explotado por el terrateniente, participó en la asamblea de acusación. Tenía 2 áreas y 2/3 de tierra, que cultivaba con dificultad, pues su padre estaba enfermo; las lluvias habían arruinado a menudo sus cosechas. De modo que se incorporó entusiasmado al equipo de ayuda mutua; la división del trabajo permitiría salvar la cosecha, con buen o mal tiempo. Un año después se propuso transformar el equipo en cooperativa semisocialista. Sie Tuan vaciló; la idea de reunir su tierra con la de otros campesinos le desagradaba; creía que era más fértil que la de sus vecinos: ¿Le concederían una indemnización adecuada? Ingresó en

[10] Si el lector duda de la autenticidad del caso informado, le responderé que el hecho carece de importancia. El texto resume vívidamente las dificultades concretas y reales con las que a menudo tropiezan los cuadros.

la cooperativa, porque se le prometía un aumento de los beneficios; pero reclamó una indemnización que los demás creyeron excesivamente elevada; de modo que debió someterse a la estimación de la mayoría. Se consoló pensando que otras once familias habían adoptado la misma decisión que él; y que, después de todo, al cabo de un año podría retirarse. Sea como fuere, conservaba una mentalidad de pequeño propietario: deseaba que se trabajase en su campo antes que en los demás, para ser el primero en recoger el grano. Cuando tuvo que trabajar el campo de otros campesinos, llegó a la conclusión de que se le reclamaba demasiado trabajo, y pensó tomarse vacaciones; pero como nadie lo imitaba, no quiso perder puntos. Temía también que en el momento de la distribución de los beneficios no se le diese lo que le correspondía, y aprendió a contar para verificar los cálculos; entre otras cosas, se preguntaba si le concederían una indemnización justa por el préstamo de sus animales de tiro. Mereció críticas porque trabajaba más rápido y con menor eficacia en las tierras de los vecinos que en las propias. Había conservado para sí un terrenito, y le irritaba la imposibilidad de consagrarle cierto tiempo. A pesar de su malhumor, comprendió que la organización era ventajosa: la cooperativa utilizaba para beneficio común las ocho ruedas de agua de otros campesinos, y los campos de Sie Tuan no sufrieron la sequía. Se le pagaron 42 yens por el uso de su buey y del estiércol... Una vez realizada la cosecha, obtuvo 6.534 libras de grano, 726 más que el año anterior. Además, las industrias aldeanas aportaron a cada uno 140 yens.

Nuevamente se sintió descontento cuando se estableció el sistema del monopolio estatal, y debió vender al Estado sus excedentes de grano. De todos modos, se registró con 770 libras. Al año siguiente, se instalaron en los campos bombas que facilitaron enormemente la irrigación. Se sintió tan satisfecho que propuso se vendiera al Estado toda la cosecha de habas, lo que fue aceptado. A pesar de todo, continuaba mostrándose avaro; cuando algunos miembros nuevos se inscribieron en la cooperativa, quiso que se les exigiera 1,30 yen de cotización; pero se fijó la suma en 0,50 yen. Por otra parte, reclamó por el uso de su buey una indemnización muy elevada. Todavía tiende a poner sus intereses individuales antes que los del grupo: si logra corregir este defecto, será un trabajador modelo.

Ciertamente, la historia es edificante, y no siempre es posible

superar de modo tan feliz las resistencias campesinas. De todos modos, destaca algunas de las principales razones de dicha resistencia. Ante todo, la "tendencia espontánea del campesino al capitalismo", a la que se refiere Li Fu-ch'uen en su informe sobre el Plan Quinquenal; luego, el egoísmo y la desconfianza del pequeño propietario. Se percibe también una de las dificultades prácticas que han estorbado el desarrollo de muchas cooperativas: si se le otorga una indemnización muy reducida, el campesino medio se niega a incorporar su tierra y su ganado al fondo común; si el precio es excesivamente elevado, los campesinos pobres se consideran perjudicados. De todos modos, como lo prueban las cifras citadas, el indudable aumento de la producción que es fruto de la colectivización determina adhesiones masivas. El rendimiento se eleva de un 10 a un 20 % durante los primeros dos años de organización; luego, el aumento se estabiliza, pero siempre es más considerable que en los equipos de ayuda mutua.

He visitado dos aldeas organizadas en cooperativas semisocialistas. En ambas el número de familias integradas en las cooperativas era muy superior al término medio; por lo tanto, se trataba de dos casos excepcionales: mis guías me previnieron sobre ese punto. No me las mostraron para inducirme a engaño acerca de la situación actual: lo hicieron para darme una visión anticipada de la sociedad futura.

En los alrededores de Pekín, un corpulento campesino de unos cuarenta años, jefe de la aldea, y otro que era el jefe de la cooperativa, nos recibieron en un galpón amueblado con una mesa y bancos de madera; ambos eran antiguos obreros agrícolas, que no poseían ni una pulgada de tierra. Mientras fumaban en pipas de larga caña y cazoleta minúscula, cargadas de un tabaco muy aromatizado que pican y mezclan ellos mismos, me explicaron detalladamente de qué modo la colectivización implica una racionalización del trabajo.

Cinco brigadas se distribuyen el cultivo de los campos: cada uno trabaja, no necesariamente el que le pertenece, sino la parcela a la que tiene acceso más fácil. Como la propiedad está muy dividida, ocurre que un campesino tiene tierras muy alejadas de su casa, lo que implica idas y venidas y un exceso de fatiga. La colectivización permite evitar este inconveniente. Otrora, cada dominio implicaba gran diversidad de cultivos, de modo que la cosecha suministraba a cada familia cereales, legumbres, arvejas ro-

jas, etc.; ahora, como se divide entre todos la cosecha global, es posible reunir los cultivos y elegir para cada uno el terreno más favorable. Por otra parte, se han rehabilitado las parcelas estériles que separaban los diferentes dominios. Pero sobre todo, al formar con sus recursos un fondo común, los campesinos están en condiciones de comprar abonos, desinfectantes e instrumentos nuevos: los viejos arados de madera, que arañaban superficialmente el suelo, fueron reemplazados por arados con reja de metal, que abren profundamente la tierra.

Por consiguiente, la producción ha aumentado considerablemente en el curso de los dos últimos años. Pregunto por qué, a pesar de todo, hay algunos campesinos aislados: se me responde que esta aldea se dedica sobre todo a la horticultura; las legumbres se venden diariamente en los mercados de Pekín. Los miembros de la cooperativa reciben en ciertas fechas su parte de las ganancias los campesinos que permanecen separados son los que prefieren ganar menos pero recibir inmediatamente el dinero. Sin duda, influyen también las razones generales que ya he mencionado: adhesión a la propiedad privada, gusto de la independencia, desconfianza.

Realizó una recorrida por la aldea. No hay basuras, ni charcos, ni olores: no había imaginado que una aldea pudiese ser tan limpia. Todos los habitantes, niños y adultos, están vestidos con telas azules de algodón, de perfecta limpieza.[20] Entramos sucesivamente en dos casas; cada una está precedida de un patio, o rodeada por un muro de tierra; algunas espigas de maíz están secándose sobre el suelo barrido impecablemente. Como ocurre en todas las casas del norte, las habitaciones están construidas con ladrillo mezclado con paja. Para fabricar los techos, se distribuyen panes de barro sobre una especie de colchón de tallos de kaoliang, apoyado sobre listones que descansan en las vigas maestras. Siempre el mismo principio: los postes verticales, independientes de las paredes en las que están incluidos, sostienen la estructura. Como la madera escasea, se la consideraba otrora un bien tan precioso que uno la llevaba consigo cuando se mudaba. Algunos armazones guarnecidos de papel cumplen la función de ventanas. Veo al fin con

[20] Durante mi viaje atravesé en tren muchas aldeas: no he podido juzgar el nivel de limpieza, ni sentir su olor. Pero las vestimentas de los campesinos siempre eran decentes.

mis propios ojos qué es el *k'ang*, al que se refieren todas las novelas campesinas: una plataforma de ladrillos, recorrida por tubos; en invierno, el fuego que arde afuera o en la cocina calienta el agua que circula por los tubos; se los descontecta en verano. Sobre esta suerte de estrado la gente toma sus comidas, y las mujeres se instalan para coser y trabajar; por la noche, los miembros de la familia se extienden allí, envueltos en sus mantas. Por el momento, estas últimas —que forman toda la ropa de cama— están cuidadosamente plegadas y apiladas en un rincón del *k'ang*. Estas mantas, de telas de algodón floreadas, acolchadas y forradas de algodón, representan una gran riqueza: cada una cuesta aproximadamente 20 yens, si uno mismo la fabrica. El gobierno las ha distribuido entre todas las familias campesinas. "*Antes*, sólo teníamos una vieja manta remendada; ahora, tenemos cuatro, todas nuevas", nos dicen nuestros huéspedes. Explican también que ahora, al fin, ya no conocen el hambre: comen sorgo o mijo hervido, legumbres, vermichelis y pan de trigo, queso de haba y de soya; de tanto en tanto, rara vez, un poco de carne y huevos. No hay electricidad en las casas, pero los receptores de galena permiten escuchar a Pekín. En un ricón de la cocina, veo una bicicleta: muchos campesinos tienen este vehículo. Se han construido casas de piedras para instalar en ellas las cooperativas de venta, y otras para reubicar a los campesinos cuyas viviendas son particularmente miserables. La cooperativa ha comprado las bombas que facilitan considerablemente los trabajos de irrigación. Los impuestos no son elevados: el 12 % de los ingresos. Los precios son estables. En caso de necesidad, el Estado otorga préstamos sin interés. Una caja de socorros permite ayudar a los enfermos y los ancianos. Se dispensan cuidados médicos gratuitos. Los campesinos aún no conocen la prosperidad; por lo menos, tienen un bien precioso y absolutamente nuevo: la seguridad.

La segunda aldea que vi de cerca estaba situada entre Mukden y Fu-chuen, al borde de un río. Se llamaba Kao Kan. Fuimos recibidos por el jefe de la cooperativa, cuyo rostro exhibía marcas de viruela, enfermedad muy difundida otrora, y por la presidenta de la asociación de mujeres. Según se nos informa, la aldea incluye 160 familias —es decir 778 habitantes— que cultivan 2.442 *mous* de tierra. *Antes*, 8 terratenientes y campesinos poseían el 90 % de los campos: por consiguiente, la mayoría de los aldeanos estaba formada por jornaleros o semijornaleros. Los ricos han conservado

una pequeña parte de sus dominios; se ha distribuido entre los pobres la mayoría de las tierras. En 1951 había siete grupos de ayuda mutua, que en el momento de la cosecha obtuvieron 420 libras de cereales por *mou* en lugar de las 370 libras habituales. Compraron en común algunas carretas y 5 caballos. En 1952 formaron una cooperativa: recuperaron más de 29 *mous* suprimiendo las bandas de separación que dividían los campos; se unificaron las tierras y se compraron arados modernos. Se recolectaron 445 libras por *mou*. En 1953, gracias a los nuevos abonos y a los arados, la cifra se elevó a 667 libras. En 1954 una parte del suelo quedó bajo las aguas, y pese a todo la producción aumentó, gracias al tractor suministrado por la central agrícola establecida en Kao Kan: esta central tiene algunas máquinas para arar; ella misma se encarga de cultivar mecánicamente los campos de los agricultores de la región, cobrando una cuota por sus servicios.

La vida material ha mejorado. En 1953 cada familia pudo comprar, término medio, tres mantas. Ahora se consume arroz y harina de trigo, lujo que antes era desconocido. La cooperativa posee seis pozos y una estación de bombas, lo que le permite cultivar arroz. Se han construido 62 casas habitación. Los campesinos crían en común 92 cerdos, 600 gallinas, 32 mulas, 8 asnos. Tienen 16 carros de ruedas con neumáticos, y han comprado nuevos útiles. En lugar de una sola cisterna, existen ahora 53 pozos. Además, los campesinos han construido por su cuenta 65 casas habitación. Cada familia posee como bien privado 1 cerdo y medio, y 15 a 16 gallinas. La cooperativa agrupa a 116 familias. Los 44 campesinos "individuales" son los antiguos "terratenientes" y campesinos ricos, y también agricultores que son al mismo tiempo obreros en Fu-chen, o que se dedican al comercio: su horario no les permite adaptarse al ritmo del trabajo colectivo.

Visito la cooperativa de ventas, donde los campesinos encuentran casi todo lo que necesitan. En Kao Kan hay dos escuelas primarias, y ha disminuido el número de analfabetos. Todos los niños van a la escuela, 32 al colegio secundario, que antes era accesible únicamente a dos hijos de campesinos ricos. Ya no hay aquí habitantes que practiquen la religión: Kao Kan está cerca de una ciudad, y utiliza máquinas para arar, de modo que el nuevo espíritu prevalece indiscutido. Dos de los habitantes están inscritos en el Partido Comunista, y veinte jóvenes son miembros de las juventudes democráticas.

En los alrededores de Hang-cheu, vi una aldea en la cual una de las cooperativas pertenecía al tipo "superior" — es decir, totalmente socialista. Se trata de un caso todavía bastante raro. La diferencia con la cooperativa semisocialista consiste en que el propietario ya no recibe indemnización por la tierra que aporta a la comunidad; se calculan los beneficios únicamente sobre la base del trabajo aportado; en el caso de los agricultores que poseen campos extensos y de buena calidad, la eliminación de la renta implica una pérdida: pero se la compensa con el aumento general del rendimiento. En efecto, ya he señalado los inconvenientes de la cooperativa semisocialista: hay numerosas disputas acerca del valor de las tierras y de los instrumentos aportados, y los cálculos son complicados; además, cada campesino se siente tentado de reclamar un tratamiento de favor por el dominio que le pertenece en propiedad privada: quiere hacerlo valer de modo particular, para exigir una indemnización más elevada, en suma, aún se manifiesta cierto conflicto entre los intereses particulares y el interés colectivo, y este hecho perjudica la planificación. En la cooperación socialista, la tierra aún pertenece al campesino; puede retirarse y recuperar su bien. Pero mientras esté adherido a la cooperativa, no mantiene ninguna relación particular con esta parcela del dominio colectivo. De este sistema se desprenden tales ventajas, que se espera que muy pronto todas las cooperativas alcanzarán este mismo nivel.

Los campesinos de esta aldea se consagran esencialmente al cultivo del té: es la cosecha que produce mayores ganancias; cada uno gana aproximadamente 250 yens anuales; como son propietarios de la casa que habitan, y se alimentan de los productos de su huerta, los campesinos que reciben una suma semejante entran en la categoría de los acomodados. Los que cosechan arroz y maíz ganan menos; algunos viven del otro lado del río y acuden, mediante una retribución, para ayudar a recoger el té. Las cooperativas tienen prohibido explotar el trabajo de otros, y contratar por plazos prolongados obreros agrícolas, así como especular con la tierra o el grano. Pero pueden contratar mano de obra, si las circunstancias lo exigen, por breves períodos y en reducida cantidad. Es el caso de esta aldea. Para realizar bien la recolección de las hojas de té es necesario contar con mucha gente, pues se trata de una tarea que requiere rapidez; las hojas alcanzan simultáneamente el punto de madurez, y es necesario recogerlas en tres días;

antes, aún no están a punto, y más tarde ya están secas. Hay tres cosechas por año, y a lo largo de todo el año es preciso un trabajo cuidadoso para plantar el té, abonar la tierra, regarla, etc.

La aldea, situada en el fondo de un valle, donde verdean los arbustos de té, es evidentemente más rica que las que vi en el Norte. Las casas son más espaciosas. Las jóvenes llevan chaquetas floreadas, y están vestidas y peinadas con cierta coquetería. La comunidad incluye 213 familias, es decir 1013 habitantes. Hasta 1952 había organizado solamente grupos de ayuda mutua; algunos perduraron en su forma primitiva; pero en 1952 los campesinos pobres indujeron a los restantes a crear cooperativas; 96 familias formaron dos cooperativas semisocialistas, y una cooperativa socialista. En el momento actual, 425 personas trabajan 260 *mous* de té, 160 *mous* de arroz, 43 *mous* de cereales y de legumbres. La producción se ha elevado anualmente en 230 yens por *mou* y por familia, y en algunos casos aún en 400 yens por *mou*. El año pasado, la lluvia y las inundaciones provocaron graves destrozos, y a pesar de todo la producción aumentó, gracias a la racionalización del trabajo.

Sobre este aspecto pedí detalles que me fueron suministrados por el jefe de la cooperativa, un hombre joven muy vivaz e inteligente. Ante todo, me dice, se trata de un plan general y detallado de la producción. Se distribuyen los abonos de modo que sea posible practicar una fertilización racional, de acuerdo con las necesidades de cada parcela. En el momento de la cosecha, cada uno no se dedica a recoger su té, y por el contrario todos se concentran en las zonas en que el té ha madurado. Se dedica la tierra al cultivo del arroz, el té y los cereales, según el carácter más o menos propicio de las parcelas. Para determinar en cada estación el programa de trabajo, se utilizan las experiencias anteriores; cada uno formula su opinión y se discute. Cuando llega el momento de la distribución de las ganancias, se utiliza el sistema de los puntos de trabajo. Cada grupo evalúa al fin de la jornada el trabajo de cada uno de sus miembros, teniendo en cuenta la cantidad y la calidad. Se pregunta al interesado cuántos puntos se atribuyen: los demás discuten. El máximo es 10: para obtenerlo, es necesario haber recogido la cantidad prevista por el plan, y que las hojas de té no estén agrietadas, ni sean demasiado jóvenes, ni muy viejas, etc. Se distribuye el salario de acuerdo con los puntos obtenidos.

La racionalización se manifiesta claramente en la sala de secado. El té verde se distingue del té negro —mucho menos difundido en China— en que no está fermentado. Se lo tuesta a elevada temperatura para destruir las enzimas, y las hojas conservan su color; es más rico en vitaminas que el té negro. Ahora, por primera vez, China tiene diez grandes fábricas que preparan el té verde utilizando medios mecánicos. Pero aún es poco, y la mayoría de las aldeas se ocupan ellas mismas de este proceso. Es el caso en ésta que ahora visitamos. Se lo introduce en cubas bajo las cuales arde un fuego permanente, y durante una noche entera se lo revuelve a mano. En la producción individual, se necesitan por lo menos dos personas. Una que alimenta el fuego —es un fuego de madera y de astillas— y otra que revuelve el té. Aquí, para ocho cubas, bastan nueve personas en lugar de dieciséis, pues una sola vigila los diferentes fuegos. Hay también economía de espacio, pues las cubas ocupan una sola habitación.

La aldea posee una cooperativa de compra y venta; hay una estación sanitaria que cuenta con una enfermera permanente, que se ocupa sobre todo de los partos, la vacunación y las enfermedades benignas. Un médico visita regularmente la aldea, y en caso de necesidad de alguien va a buscarlo en bicicleta. Las nurserís reciben a los niños mientras las madres trabajan en el campo. Hay cursos para los analfabetos, y otros para los campesinos más instruidos. Un grupo teatral ofrece representaciones los días festivos.

En todas las aldeas, la campaña en favor de la higiene ha transformado las condiciones sanitarias. Se han combatido las supersticiones perjudiciales, y suprimido o simplificado las costosas ceremonias a las que otrora estaban sometidos los aldeanos. Ya no hay palanquín de bodas, ni festines ruinosos, ni costumbres dispendiosas. Una serie de reorganizaciones minuciosas de la vida campesina ha contribuido a elevar el nivel general.

Los anticomunistas reprochan al régimen haber preferido las brutales "facilidades" de la reforma agraria, antes que la vía más dificultosa pero —así lo afirman ellos— más fecunda de la reconstrucción: no era necesario distribuir las tierras, sino mejorar las semillas, aumentar la producción mediante abonos químicos, etc. Por una parte, adoptadas en un régimen capitalista, estas medidas sólo hubieran enriquecido a la clase poseedora, y no al con-

junto de la población; por otra parte, el gobierno no ha descuidado, ni mucho menos, este aspecto del problema. A su criterio, la socialización y la reconstrucción van de la mano. Para ayudar a la agricultura, ha realizado un esfuerzo considerable entre 1950 y 1955; ha gastado 4.600 millones de yens: préstamos, trabajos hidráulicos, auxilios a las víctimas de catástrofes, etc. A fines de 1957, las fábricas estatales habrán entregado a los campesinos 1.800.000 arados comunes, 500.000 arados de nuevo modelo, 681.100 bombas con un total de 57.000 caballos de fuerza y 20 millones de toneladas de abonos químicos.

Además, los agrónomos estudian científicamente el suelo, el clima, los métodos de producción. En varias regiones se ha introducido el método soviético de la "plantación apretada" —es decir—, que se siembran los cereales a 6 pulgadas de distancia en lugar de 9, obteniéndose de ese modo un 20 % de aumento del rendimiento. Se seleccionan las semillas; y se realizan experiencias inspiradas en las teorías de Mitchurin. Se han creado muchos institutos de investigación agrícola, así como 32 estaciones experimentales y 34 colegios de agricultura. Se desarrolla la producción y el uso de los insecticidas: se ha conseguido vencer a las langostas y a la mayoría de los parásitos. Se alienta el desmonte en pequeña escala.

Un "Programa de desarrollo de la agricultura" traza el plan de las tareas a cumplir entre 1956 y 1967: producción de arados modernos, de abonos químicos, de bombas, lucha contra las enfermedades que afectan a los animales y a las plantas. Pero, al revés de sus adversarios, el régimen considera que la reconstrucción sólo puede dar frutos en el marco de la socialización. Pero eso, antes aún de haber elaborado este nuevo plan, a principios del otoño de 1955 se inició un gran movimiento: ¡aceleremos la colectivización! A fines de octubre de 1955 se publicó el discurso pronunciado por Mao Tse-tung en julio, así como la resolución del Comité Central, que aún no habían sido divulgados. Todos los periódicos comentaron estos documentos, y se los discutió en todo el territorio de China.

Para alimentar a todos, para industrializar el país, es necesario tener granos, dice Mao Tse-tung; la población aumenta en una proporción del 2 % anual; a cambio de las máquinas que necesita, China sólo puede ofrecer los frutos de su tierra: las cosechas deben aumentar en un 3,3 % anual, pues de lo contrario disminui-

Escaneado con CamScanner

rán las exportaciones, y por lo tanto las importaciones. Únicamente la socialización permitirá un aumento masivo de la producción. De las 650.000 cooperativas existentes, el 80 % ha aumentado el rendimiento de un 10 a un 30 %; es necesario consolidarlas; es necesario corregir a las que han permanecido estancadas o retrocedido; es preciso multiplicar los grupos de ayuda mutua y las cooperativas semisocialistas. En esas condiciones, será posible pasar a la etapa de las cooperativas "de estructura totalmente socialista y de gran envergadura". Ese es el objetivo perseguido. China acaba de comenzar su "revolución socialista"; ésta tiene doble carácter. Técnico y social. La industria reemplazará al artesanado, y los tractores a la azada. Correlativamente, el capital privado desaparecerá, y la tierra debe ser colectivizada.

La socialización industrial y agrícola son procesos inseparables. La interdependencia de los sectores de la industria pesada, la industria ligera, la agricultura, es tan estrecha que ninguno de ellos puede desarrolarse aisladamente; y en el momento actual, la clave de todo el conjunto es el sector agrícola: de modo que es preciso transformarlo. "No es posible separar la industrialización socialista de la organización de cooperativas agrícolas, ni abordarla aisladamente. En primer lugar, todos saben que en este momento, en nuestro país, el nivel de producción de granos comerciables y de materias primas industriales es muy bajo, y que por otra parte las necesidades del país en este dominio aumentan año tras año. Se trata de una honda contradicción... En este momento, no sólo nos disponemos a emprender una revolución en el dominio del sistema social, reemplazando el sistema de propiedad privada por el de propiedad colectiva, sino que además nos preparamos para iniciar una revolución en el dominio técnico, reemplazando la producción artesanal por la producción mecanizada y modernizada de gran envergadura... En el dominio de la agricultura... ante todo es preciso que dispongamos de una organización en cooperativas agrícolas, y sólo después será posible utilizar las grandes máquinas...

...Una parte relativamente importante de los enormes capitales necesarios para realizar la industrialización y la transformación técnica de la agricultura del país debe provenir de la agricultura. Es decir, que además de los impuestos agrícolas directos, es necesario desarrollar la producción de los artículos de consumo que los campesinos necesitan, y que son aportados por la

industria ligera, y cambiar éstos por los granos comerciables y las materias primas suministradas por los campesinos, con el fin de satisfacer las necesidades materiales tanto de los campesinos como del Estado, al mismo tiempo que se acumulan capitales estatales... Ahora bien, no es posible desarrollar en gran escala la industria ligera sobre la base de la pequeña economía campesina: esto último supone una agricultura de gran envergadura, es decir, en lo que se refiere a China, una agricultura organizada en cooperativas y socializada. Sólo si poseemos una agricultura semejante será posible dar a los campesinos un poder adquisitivo infinitamente superior al que poseen actualmente".

Si es necesaria para el Estado, la colectivización será también ventajosa para los campesinos. Ya no se trata de quitarles los excedentes mediante impuestos suplementarios, sino de aumentar su poder adquisitivo, y por lo tanto su nivel de vida. El interés de los campesinos se confunde con el de toda la nación; no se los utiliza como alimento para cierto Moloch que es la industria pesada; no se prefiere la prosperidad futura a la actual: por el contrario, la primera exige la segunda.

Sobre todo los campesinos pobres tienen aguda necesidad de la colectivización; ellos representan todavía un 60 a un 70 % de la clase campesina; su nivel de vida es muy superior al de los antiguos pobres, pues ya no conocen la indigencia ni la inseguridad, pero de todos modos aún llevan una vida difícil. "La mayoría de los campesinos no logrará vencer la miseria, mejorar su vida, y resistir las calamidades si no marcha por la gran vía que lleva al socialismo. Esta convicción ya se desarrolla rápidamente entre los campesinos pobres. Los que viven cómodamente, o con relativa comodidad, sólo representan el 20 al 30 % de la población. Estos últimos se sienten indecisos..."

Gracias al apoyo de los campesinos pobres la empresa tiene asegurado el éxito. Mao Tse-tung no ha iniciado este movimiento sobre la base de consideraciones teóricas. En la primavera realizó una larga gira por el campo, habló con los campesinos y estudió a fondo lá situación. Se convenció de que "la aceleración" no sólo era necesaria, sino posible. Los cuadros que frenaron el movimiento de organización de cooperativas cometieron un error. Se ha procedido a disolver muchas cooperativas que hubieran podido consolidarse. Sobre todo, no se ha alentado con bastante calor a los campesinos que por sí mismos hubiesen formado de buena

gana grupos de trabajo. "Los campesinos se muestran deseosos de marchar progresivamente y bajo la dirección del partido por el camino del socialismo. El partido es capaz de conducir a los campesinos por el camino del socialismo".

En las aldeas que visité, me impresionó el hecho de que por doquier los jefes de las aldeas y las cooperativas eran antiguos pobres; siempre eran ellos quienes tomaban la iniciativa de las colectivizaciones. Los que todavía hoy son pobres deben continuar representando ese papel; Mao Tse-tung afirma que sobre ellos habrá que apoyarse. Allí donde no hay cooperativas, con harta frecuencia los pobres se dejan explotar nuevamente por los ricos; en efecto, cierto número de estos últimos han tomado el camino del capitalismo: compran la fuerza de trabajo de los pobres, y aún adquieren derechos sobre sus tierras cuando les alquilan bestias de tiro, les prestan abono, etc. Los pobres tienen un solo medio de defensa: formar cooperativas que puedan criar bestias de tiro, comprar útiles y abonos, aumentando el rendimiento de sus campos.

Aquí, Mao Tse-tung destaca claramente los dos objetivos perseguidos: enriquecimiento del Estado y de los campesinos, lucha contra el capitalismo; después de demostrar que están inextricablemente vinculados, que los pobres necesitan producir más para escapar a la explotación que soportan, y que debe ser abolida, destaca el carácter de lucha de clases de la colectivización. Ya se había señalado ese hecho a partir de 1954. En setiembre, Teng Tseuhuei decía: "Cuánto más progresan las cooperativas, más nos acercamos a nuestro objetivo; la eliminación definitiva de los campesinos ricos como clase". Y también: "El desarrollo acelerado de las cooperativas está vinculado con la resistencia de los elementos capitalistas de las campiñas y con la intensificación de la lucha entre el desarrollo capitalista y el desarrollo socialista en los distritos rurales. La lucha entre los dos procesos es una lucha de clases una lucha entre la burguesía y el proletariado por conquistar a los campesinos individuales".

En 1955, Lia Lu-yen escribe: "Los elementos de la clase burguesa y los contrarrevolucionarios procuran separar a los campesinos del camino del socialismo. Los campesinos deben rechazar estas tentativas, del mismo modo que otrora destruyeron las estructuras feudales apelando a la reforma agraria".

Mao Tse-tung se expresa en el mismo sentido en el discurso

que pronunció en julio de 1955. "Ahora, lo que subsiste en el campo es el sistema de propiedad capitalista de los campesinos ricos, y el sistema de la propiedad campesina individual, tan vasto como el ancho mar. Todos han observado en el curso de estos últimos años que la fuerza espontánea del capitalismo en el campo se ha desarrollado diariamente, que nuevos campesinos ricos aparecen ya por doquier, que muchos campesinos medios acomodados procuran convertirse en campesinos ricos. Por el contrario, muchos campesinos pobres, a causa de la insuficiencia de su material de producción, viven todavía en condiciones miserables; algunos se han endeudado, y otros vendieron su tierra, o la alquilaron. Si permitimos que esta situación se desarrolle, el fenómeno de la separación cobrará inevitablemente carácter cada vez más grave a medida que pasa el tiempo... Es necesario realizar la transformación socialista integral de la agricultura —es decir, efectuar la colectivización, destruir en el campo el sistema económico de los campesinos ricos y el sistema de la economía individual, con el fin de permitir que el conjunto de los habitantes del campo mejore su situación".

Por consiguiente, se propone agrupar a los campesinos pobres y medios; los ricos serán mantenidos al margen de las cooperativas; podrán ser admitidos en ellas sólo cuando se las haya consolidado perfectamente; es decir, cuando ya tengan varios años de antigüedad, e incluyan a más de las tres cuartas partes de los campesinos de la región; y entrarán en las cooperativas sólo a título individual, si el grupo los acepta explícitamente; y no podrán, antes de un prolongado lapso —varios años— ocupar puestos importantes en ellas. Se quiere evitar que, gracias a su progreso económico logren utilizar a las cooperativas en beneficio propio, como consiguieron hacerlo a veces en 1952-53.

El Plan Quinquenal preveía que en 1957 las cooperativas agruparían a un tercio del campesinado; Mao Tse-tung reclama que en 1956 el número de cooperativas alcance la cifra de 1.300.000, y que en la primavera de 1958 la mitad de los campesinos esté organizada en cooperativas semisocialistas.

Esta cifra ha sido sobrepasada con holgura. En diciembre de 1955 ya había 1.400.000 cooperativas, que englobaban al 40 % de los campesinos. En junio de 1956, el 90 % del campesinado estaba agrupado en cooperativas. En 1957 se habrá colectivizado toda la agricultura. Se estima que en ese momento habrá solo dos mi-

llones de cooperativas, pues exhibirán mayores proporciones: cada una agrupará alrededor de 110 familias, que cultivarán 110 hectáreas.

En marzo de 1956, el comité permanente del Congreso adoptó un "Reglamento modelo" relacionado con la organización de las cooperativas. Los principios esenciales son los de adhesión voluntaria y beneficio mutuo; "En ningún caso las cooperativas deben recurrir a la fuerza; es necesario actuar mediante la persuasión y el ejemplo... El único modo de conseguir que los campesinos inicien voluntariamente el camino de la colectivización, es aplicar el principio del beneficio mutuo... Es preciso apoyarse en los campesinos pobres y aliarse firmemente con los campesinos medios... La cooperativa no debe contrariar los intereses de ningún campesino medio o pobre... Cuando haya alcanzado el estadio superior —la comunidad de los principales medios de producción— desaparecerá la distinción entre campesinos medios y pobres... Los miembros que desean retirarse pueden hacerlo, una vez recogida la cosecha". La cooperativa debe ayudar a los campesinos individuales pobres o medios. Se mantienen las cooperativas de tipo semisocialista. Cada familia conserva con carácter privado una parcela de tierra, sus aves de corral, los animales domésticos y los útiles de labranza. En cuanto a los campesinos ricos, sólo se los aceptará en las condiciones indicadas por Mao Tse-tung; es decir, que por el momento no se los admite en las cooperativas. En conjunto, se los considera como enemigos de clase. "La cooperativa debe luchar contra los campesinos ricos y otros explotadores, con el fin de reducir y abolir gradualmente la explotación capitalista en el campo".

Los observadores occidentales han querido ver en este movimiento de colectivización una revolución tan importante como la reforma agraria.[21] Sin duda, los ha desorientado una falsa analogía con el giro de la política soviética que decidió en 1929 la liquidación de los kulaks en tanto que clase, y que los historiógrafos oficiales del Partido Comunista soviético califican de "transformación revolucionaria, equivalente por sus consecuencias a la Revolución de Octubre". Esta asimilación apresurada ha permitido a los anticomunistas alentar muchas esperanzas; han antici-

[21] Es el punto de vista que ha sostenido, entre otros, en *L'Observateur*, Isaac Deutcher, generalmente mejor informado.

pado que las rebeliones campesinas, las masacres de kulaks que ensangrentaron a la Unión Soviética en los años de la década de 1930, se reproducirían en China. Es grave error interpretar la historia de la Revolución China a través de la historia de la Revolución Rusa: sin duda, los dirigentes chinos se inspiran en esta última, pero para extraer enseñanzas que les permitan no incurrir en los mismos errores. Y la situación en la Unión Soviética en 1929 era radicalmente distinta de la de China en 1955. Es cierto que Mao Tse-tung ha dicho: "la revolución socialista es una nueva revolución". Destacaba de ese modo la importancia de los objetivos perseguidos. Pero desde 1949 había distinguido la fase democrática y la fase socialista de la Revolución China, y declarado que la segunda se realizaría sin violencia. De hecho, ella se ha perfilado desde el día en que los comunistas tomaron el poder, y el discurso de Mao Tse-tung, lejos de anunciar un viraje brutal, se inscribe en la continuidad de una línea constantemente modificada pero siempre mantenida. En 1953 se ha corregido una desviación "izquierdista", y frenado la colectivización; la contención fue excesivamente radical: de ella resultó una desviación "derechista"; y esta vez, seguro del apoyo de las masas, Mao Tse-tung da un golpe de timón a izquierda. Pero puede comprobarse que el nuevo "Reglamento modelo" simplemente resume los que se habían aplicado antes. Los cambios se refieren sólo a dos puntos: se acelera la colectivización; y ésta se orienta francamente contra los campesinos ricos en tanto que clase. Estas consignas no implican de ningún modo transtornar totalmente la economía del país.

La reconstrucción de la Unión Soviética partió de un comunismo de guerra que arruinó al campesinado, provocó en éste un inmenso descontento e indujo a Lenin a promover la NEP, que dio a los kulaks considerable importancia económica. La clase obrera había hecho la revolución; y los obreros fueron enviados al campo a resolver los problemas campesinos, acerca de los cuales ni los burócratas ni los dirigentes poseían experiencia concreta. El viraje de 1929, brutal en conjunto, insuficientemente preparado y mal organizado en los detalles, fatalmente debía provocar rebeliones, violencias y desastres transitorios.

La República China ha nacido, no de la derrota, sino de la victoria; inicialmente no se vio asolada por los ejércitos blancos, sino sostenida por una poderosa aliada, la Unión Soviética. Durante años, en las regiones liberadas el campesinado había colaborado

con el Ejército Rojo, reclutado a su vez entre los campesinos: más concretamente, estos últimos quisieron e hicieron la revolución; ella los liberó de la servidumbre, les dio tierras, sin una contraparte negativa. Los dirigentes provenían de la clase campesina, militaron en su seno, y poseen una amplia experiencia concreta de sus problemas: entre otros Mao Tse-tung, que en 1927 participó en los grandes movimientos campesinos de Ho-nan, y que supo anticipar las posibilidades futuras. Este conocimiento íntimo, y los verdaderos experimentos realizados en las zonas rojas durante la guerra civil permitieron elaborar una política minuciosamente adaptada a la situación, sensible a sus menores fluctuaciones. Al principio algunos cuadros actuaron con celo excesivo, pero estos excesos fueron reprimidos rápidamente. Se ha avanzado lentamente, con prudencia, y en estrecho contacto con la masa. De ahí que el régimen haya conservado su popularidad entre los campesinos, que aprecian el hecho de que haya distribuido tierras y sólo les reclame un impuesto moderado. Una medida fue acogida con desconfianza: el establecimiento del monopolio estatal en el comercio de granos. Los campesinos acostumbraban disponer libremente de sus excedentes, y no vieron con buenos ojos el sistema de compras y ventas planificadas. En 1954 las graves inundaciones ocurridas en muchas provincias perjudicaron las cosechas, y la situación económica se deterioró: el ministro de Comercio reconoció que se habían cometido errores en la compra y la distribución de granos. Pero la tensión que provocaron no puede compararse con el furor contrarrevolucionario de los campesinos rusos arruinados por las requisiciones, que los kulaks supieron explotar. Precisamente, el monopolio de los granos no ha permitido que los campesinos ricos se conviertan en homólogos de los kulaks rusos. Estos últimos produjeron en 1927 600 millones de *puds*[22] de trigo, de los que 130 millones correspondieron al trigo destinado a la venta. La política de la NEP había favorecido el acaparamiento: de modo que podían hambrear a las ciudades, negándose a entregar sus existencias de granos, actitud que obligó al proletariado urbano a ejercer contra ellos terribles actos de violencia. China no recurrió jamás a ese peligroso expediente que fue la NEP, y jamás autorizó con sus leyes el arrendamiento del suelo y la explotación de mano de obra asalariada; se han prac-

[22] Un pud = 16 kg. 38.

ticado estos métodos solo en pequeña escala. Y la existencia de organismos estatales de compra y venta, y luego el monopolio, impidieron que tuviesen graves consecuencias. El gobierno hizo frente desde el primer momento a la especulación, impidiendo la acumulación de existencias de trigo, arroz y kaoliang por los propietarios privados, al mismo tiempo que acumulaba granos en sus propios depósitos. Esta notable prudencia de carácter preventivo da hoy sus frutos: los campesinos ricos no son una fuerza económica importante. "Actualmente, ha declarado Lieu Chao-ki, en un informe al Congreso presentado en setiembre de 1954, la propiedad media de un campesino rico de hecho ha sido reducida al doble de la propiedad de un campesino común: por eso en nuestro país es posible eliminar el capitalismo del campo de manera progresiva y utilizando el desarrollo de las cooperativas de producción agrícola". Y agrega: "Evidentemente, la lucha es inevitable"; pero se trata aquí de simple cortesía en relación con la tesis staliniana según la cual la lucha de clases se acentúa cuando el socialismo gana terreno; precisamente la tesis que acaba de denunciarse en la Unión Soviética. De hecho, si bien la integración "indolora" de los kulaks en la economía rusa sin duda era imposible, porque formaban una clase poderosa, es verosímil suponer que en China se realizará sin dolor la integración de los campesinos ricos. En realidad no constituyen una clase; como están dispersos en el campo, y carecen de vínculos de mutua solidaridad, y de influencia sobre la economía del país, los dirigentes no hablan de expropiarlos: de hecho, carecen de libertad de acción. Para abolir sus privilegios, basta que se enriquezca el conjunto del campesinado: el apoyo concedido por el Estado a las cooperativas —bajo la forma de préstamos, abonos, útiles de trabajo, etc.— y negado a los campesinos ricos, así como las reales ventajas del trabajo en grupos determinarán el decaimiento de los campesinos ricos. Sobre todo, cuando se mecanice la agricultura, para aprovechar los tractores y otras máquinas agrícolas será preciso agrupar las cooperativas; y es indudable que entonces se aceptará a los campesinos ricos, pues ya no tendrán medios de perjudicarlas. Hoy, aún pueden intentar sabotajes; pero no pueden perjudicar seriamente el movimiento de colectivización. Uno de los rasgos notables de la política china es su carácter al mismo tiempo paciente y preventivo; se adoptan medidas en relación con un proceso tan pronto ofrece indicios que ocasionan inquietud, mucho antes de que re-

presente un peligro grave. Gracias a esta actitud en siete años el régimen no ha sufrido jamás una de estas crisis cuyos espasmos sacudieran tan violentamente a la joven república soviética.

Al mismo tiempo que continuaba prohibiendo el acceso de los campesinos ricos a las cooperativas, el gobierno dejaba entrever desde el mes de febrero de 1956 que muy pronto sería necesario considerar el problema de su admisión. La revista *Tchan Wang* declaraba: "La revolución socialista ha conquistado una victoria decisiva en las aldeas. Por otra parte, después de la reforma agraria, muchos antiguos propietarios se han sometido a la reeducación mediante el trabajo. Con el desarrollo del movimiento de cooperativas agrarias y la aplicación de la planificación a las compras y las ventas de granos, ha disminuido mucho el peligro de que los campesinos ricos exploten al resto. Se ha consolidado la gran mayoría de las cooperativas, y elevado la conciencia de los cuadros y los miembros de las cooperativas. Por eso ahora están maduras las condiciones para resolver el problema de la admisión de los propietarios y los campesinos ricos en las cooperativas". En mayo de 1956, el *Kuang-ming je-pao* y el *Jen-min je-pao* publicaron editoriales prometiendo un feliz porvenir a los antiguos "terratenientes" y campesinos ricos que están bien reeducados. El suavizamiento de la lucha destinada a reprimir a los contrarrevolucionarios, muy visibles en el curso del año 1956, confirma que la colectivización de ningún modo ha provocado esos trágicos conflictos que los anticomunistas preveían.

Se explica este éxito por las circunstancias ya señaladas, y por el cuidado con que el gobierno aplicó la consigna: la adhesión a las cooperativas debe ser voluntaria. Como jamás basa su política en principios abstractos, no impuso dicha regla por respeto a la libertad: pero en todo caso el gobierno sabe que las imposiciones no producen buenos resultados. Siempre que algunos cuadros demasiado entusiastas intentaron aplicar mediante la fuerza determinadas medidas, el resultado fue el fracaso. Así, fue preciso disolver las cooperativas creadas mediante actos de coerción: el sabotaje, o simplemente las formas de resistencia pasiva las arruinaron. Ocurre que en el nivel en que se encuentra hoy la economía china, el factor humano tiene primordial importancia. El sistema está organizado tan rigurosamente que la más mínima conquista inicia un movimiento tipo bola de nieve; un saco de arroz es la promesa de un tractor; pero cualquier retroceso amenaza inver-

tir el movimiento del mecanismo. En esta situación límite, en la cual el combate por la prosperidad se libra a mano limpia, a partir de la indigencia, el rendimiento de cada *mou* cuenta: y este último depende del trabajo individual. En ciertas etapas, es posible técnicamente tratar al individuo como a una máquina; aquí, no es ése el caso. Cuando se acarrean piedras o se aprieta un botón, poco importa la buena o la mala voluntad del trabajador. Pero no es posible realizar eficazmente, cuando se tiene mala voluntad, tareas como escarpir, sembrar y cosechar. El éxito de la colectivización exige que el campesino trabaje con entusiasmo —es decir, que haya adherido libremente al plan. El último congreso del Partido Comunista chino, en junio de 1956, ha destacado nuevamente la consigna: nada de imposiciones. Es necesario explicar y persuadir pacientemente.

Es interesante comparar el éxito de la empresa China con el fracaso de la colectivización en las democracias populares. A semejanza de China, Europa oriental en 1945 estaba desprovista de medios de producción, de abonos, de ganado, de equipos mecánicos, al mismo tiempo que su población aumentaba año tras año; salvo el caso de Checoslovaquia, tampoco poseía casi ninguna industria. Sobre todo Hungría, donde jamás se había realizado la más mínima reforma agraria, vivía en una miseria cercana al nivel de la miseria china. En Hungría y en Polonia del 42 al 45 % de la población estaba formado por un proletariado agrícola, y sólo el 36 % de las pequeñas propiedades era rentable. En 1945 los comunistas realizaron la reforma; tres años después se esbozó la colectivización: fue un fracaso total. ¿Cómo se explica esta diferencia?

"En Hungría, escribe Fejtö,[23] las masas campesinas desheredadas habían sufrido durante veinticinco años una presión policial e ideológica abrumadora, de la que salían mentalmente paralizadas, desorientadas y sin esperanzas. Los campesinos pobres y los obreros agrícolas estaban absolutamente bajo la influencia de la "burguesía" del campo, de los kulaks y los gendarmes, cuyas ideas nacionalistas y anticomunismo virulento compartía. Finalmente, y quizá sea éste el hecho más importante, el campesinado de Europa oriental estaba informado de los procesos ocurridos en las zonas rurales de la Unión Soviética. De ahí el clima paralizador, carac-

[23] *La tragedia húngara.*

terizado por la desconfianza, la vacilación y la duda en que se desarrolló, durante el año 1945, y a instigación del Ejército Rojo y los comunistas, la reforma agraria".

La "atmósfera" era más favorable en Polonia y en Yugoslavia. Pero casi por doquier en Europa la reforma provocó problemas que no se manifestaron en China; en este último país, mejoró la vida de los campesinos sin transtornarla; en general, cultivaban las mismas tierras que antes, con la diferencia de que se vieron liberados de la "renta" que los abrumaba. En Europa hubo importantes transferencias de población. En Hungría fue preciso crear cuatrocientos mil hogares nuevos, y las viviendas fueron improvisadas en condiciones lamentables. Por otra parte, en Europa como en China, la división de la propiedad alcanzó límites extremos; los inconvenientes son mucho menores en un país en que el cultivo tiene perfiles de horticultura que allí donde se practica un cultivo extensivo; en ese caso, la división de las grandes propiedades tiene un carácter desastroso.

Parece, entonces, que la colectivización representó en Europa una necesidad más fundamental que en China: la paradoja consiste en que haya suscitado en aquélla una resistencia tan obstinada. Sin embargo, el problema tiene explicación. Los dirigentes chinos supieron explotar la confianza y la amistad de los campesinos para iniciar una campaña en beneficio de la higiene, combatir las supersticiones, crear formas elementales de organización del trabajo; realizaron un esfuerzo inmenso para aumentar el bienestar campesino: de modo que inmediatamente aumentó la producción. La confianza dispensada al régimen se acentuó. El sistema de la "bola de nieve" operó en favor de la socialización. Las primeras cooperativas fundadas sobre la base del consentimiento libre se han desempeñado bien: después de un momento de vacilación, el ejemplo que ellas daban provocó adhesiones que aumentaron con ritmo acelerado. Se ha procurado limitar la concentración de las propiedades colectivizadas. La falta de equipo mecánico ha impedido que los métodos de cultivo se modificaran con excesiva rapidez. El espinoso problema del ganado de trabajo no se ha manifestado, pues casi no se crían animales en China. La transformación de la agricultura ha sido lenta y modesta.

En Europa, los campesinos eran hostiles al comunismo, que no había eliminado su miseria, y del que desconfiaban, en vista del ejemplo ofrecido por la Unión Soviética. En lugar de esperar has-

ta el momento en que hubiesen conquistado su voluntad, los dirigentes se vieron obligados —en vista de las órdenes superiores, dictadas por consideraciones puramente doctrinarias— a actuar prematuramente. Como no se ejercía influencia concreta sobre el campo, se provocó artificialmente una lucha de clases: los campesinos medios —cuyos intereses fueron respetados tan hábilmente por los chinos— fueron identificados con los kulaks, y estos últimos fueron perseguidos. Las perturbaciones que resultaron de este sistema fueron perjudiciales para la producción. Se crearon cooperativas excesivamente vastas; se quizo mecanizar la agricultura con excesiva rapidez; los campesinos no pudieron adaptarse a estos bruscos cambios. El descontento y la incompetencia invirtieron, en un círculo vicioso, el sistema de la bola de nieve. Las cooperativas produjeron menos que los individuos; éstos, movidos por el odio a las cooperativas —a las que por fuerza debían adherir— las sabotearon, de modo que estos organismos se desacreditaron cada vez más. Es natural que estos métodos, diametralmente opuestos a los que aplicaron los chinos, hayan determinado resultados contrarios. En 1951 se disolvieron casi todas las cooperativas yugoslavas; [24] en 1953 se inició en Hungría un vasto movimiento de desintegración que Rakozi contuvo mediante la fuerza.

Esta comparación demuestra que inicialmente China aprovechó una situación política más sana que la de ningún país europeo; también tuvo, gracias a la Unión Soviética, la ventaja —concedida con generosidad mucho menor a los satélites— de poder invertir fondos importantes en la agricultura. Pero, sobre todo la inteligencia y la competencia de los dirigentes les permitió trabajar en armonía con las masas, y nunca contra ellas.

Los campesinos pobres comprendieron inmediatamente que las cooperativas mejorarían su condición. Los campesinos medios se mostraron más reticentes. Una de las razones de su vacilación es la existencia de la comunidad familiar, que constituye por sí misma un grupo productor, y que tiende a constituir una unidad cerrada. Para que la colectivización tuviese éxito, era necesario destruir la vieja estructura social: ésta armonizaba con el fraccionamiento

[24] Los yugoeslavos no obedecían al Cominform; pero por temor de quedar rezagados con respecto a Bulgaria, habían tratado también de acelerar el refuerzo del sector socialista.

de la propiedad privada; la colectivización exige una concentración en mayor escala de la mano de obra agrícola; los trabajadores se agrupan en grandes organizaciones, explotando tierras que poseen en común y de las que ninguno aprovecha individualmente; pero esta nueva integración implica que el productor ha comenzado por separarse de la célula primitiva. El socialismo va de la mano con la emancipación del individuo. De ahí que la difusión de la "ley de matrimonio", dirigida contra la familia tradicional, haya adquirido tanta importancia. Como aún no se ha realizado la revolución técnica, los hechos sociales tienen hoy en China una dimensión económica, e inversamente los progresos económicos se realizan a través de las transformaciones sociales. La evolución de la familia está estrechamente vinculada con el movimiento cooperativo.

3

LA FAMILIA

La política contraria a la familia que se atribuye a la nueva China indigna mucho a sus enemigos: afírmase que niega los lazos de la sangre, y que pisotea los valores más sagrados. Los Gosset [1] anotan en el pasivo del régimen: "Destrucción de la familia". Ahora bien, es absolutamente falso que China suprima a la familia; lo único que hace es cumplir la evolución que realizó Francia entre los siglos XVI y XIX, y que reemplazó el grupo patriarcal por el grupo conyugal. El primero se basa en la propiedad rural; en todos los países occidentales, la aparición de la industria, de la propiedad mueble y de un proletariado obrero acarreó su desaparición. Sólo recientemente China comenzó a industrializarse y por esa razón se ha perpetuado la forma arcaica de la familia; lo singular no es que hoy ella esté transformándose: es que ese cambio ocurra tan tardíamente.

Como se ha visto, la familia china tradicional se explica por la economía agrícola del país. Ha adoptado una forma más rígida que en otras civilizaciones porque las instituciones chinas procuraron eliminar todas las contradicciones que hubieran podido favorecer su evolución. El hecho de que la mujer romana perteneciera a dos gens, la del padre y la del marido, provocó conflictos que a la larga le permitieron emanciparse, y ese cambio repercutió en toda la estructura social; en China se eliminó esta dualidad negando a la mujer la condición de persona humana. Se impidió la fecunda querella de las generaciones sometiendo los jóvenes a los viejos. Un decreto del primer emperador Song, dic-

[1] *Chine Rouge.*

tado entre 966 y 977, prohibió que los miembros de una misma familia, hasta la cuarta generación, viviesen en lugares distintos: esta regla se perpetuó. Como vivían bajo un mismo techo, todos los miembros del grupo estaban sometidos a la autoridad del patriarca. El padre tenía derecho de vida y muerte sobre los hijos, y a menudo lo utilizaba para eliminar, en el momento del nacimiento, a las niñas que eran consideradas bocas inútiles; podía venderlas como esclavas. El hijo debía obedecer al padre, el menor al mayor, la mujer a todos los hombres. Los matrimonios arreglados por un intermediario eran obligatorios para los jóvenes, que a menudo se conocían el día del casamiento; además, permanecían sometidos a la autoridad de los mayores del joven.

Algunos conservadores elogian el equilibrio de un sistema que no daba lugar a la lucha de los sexos, ni a las disputas individuales; el liberalismo de estas personas se rebela contra la disciplina establecida por el régimen actual: pero acepta la opresión radical impuesta por el antiguo código familiar.

Cuando a principios del siglo xx comenzó a desarrollarse una burguesía industrial y comercial, en esta clase se vieron socavadas las bases económicas de la vieja célula familiar; y también se derrumbaron en la clase obrera. Sobrevivió la estructura tradicional de la familia; pero, desprovista de apoyo y de justificación, la autoridad que ejercía sobre ellos un grupo con el que ya no estaban integrados concretamente pareció odiosamente arbitraria tanto a los jóvenes burgueses como a los jóvenes proletarios. Soportaban desesperados las uniones impuestas, cuyas cargas no estaban compensadas por ninguna alegría; en todos los tiempos muchas mujeres chinas se habían refugiado en el suicidio; y en este momento muchos jóvenes maridos siguieron el ejemplo. El odio conyugal era tan violento que, de acuerdo con una estadística del ministerio de Justicia, la mitad de los criminales ejecutados entre mayo y setiembre de 1925 habían sido condenados por el asesinato del cónyuge.

Los intelectuales del "Movimiento del 4 de mayo", alzados ruidosamente contra el viejo orden, expresaron su resentimiento en muchas obras ideológicas y literarias. Durante siglos la literatura china se había compadecido de las víctimas del sistema familiar. La mayoría de las óperas que vi en China describen la situación de los enamorados, reducidos a la desesperación por la tiranía de los ancianos. Es el tema de la célegre ópera *Lieang Chan-po* y

Tcheu Ying-tai, que sirvió de base a un filme proyectado en París con el título de *Los enamorados*; un padre dominante prohíbe a su hija casarse con el joven a quien ella ama desde hace años, y la desposa con un desconocido: el joven muere de dolor, y el día de sus bodas ella se le reúne en la tumba. En el *Pabellón del Oeste*, otro drama célebre, la madre de la heroína contraría los amores de su hija. A fines del siglo XVIII, la novela titulada *El sueño de la cámara roja* conmovió los corazones. Relataba la decadencia de una familia tradicional y describía los trágicos amores de un joven y su prima; el héroe estaba obligado a aceptar un matrimonio que le repugnaba; y la heroína moría de desesperación. No se relataba esta historia con una actitud de resignada compasión: en sus líneas se manifestaba una reivindicación, y ello le valió muchos lectores apasionados. Cien años después, la juventud se reconocía en la pareja sacrificada. A partir del "4 de mayo", se multiplicaron las novelas dirigidas contra la familia. La más célebre fue la de Pa Kin, titulada *Familia*. Describe la familia de un rico comerciante de China occidental; todos los miembros viven bajo el mismo techo, aterrorizados por un abuelo conservador y despótico. Ha obligado al mayor de sus nietos, enamorado de una prima,[2] a realizar un matrimonio de conveniencia. Al enterarse de que uno de sus hijos, hombre de más de treinta años, tiene una amante, descarga sobre él toda su cólera; se llama al culpable, a su mujer y a la hija; el resto de la casa —niños, concubinas y esclavos— se reúne en una pieza contigua; una niña mira por el agujero de la cerradura. El viejo grita; "¿Por qué no te golpeas el rostro como te he ordenado?", y la niña ve a su tío, que tiene el rostro enrojecido, abofeteándose con sus propias manos. Solo el joven Kao Tchémin, nieto del tirano, se rebela contra esta escena. Tchémin —que probablemente representa al autor— y su hermano, Tchue-huei, encarnan a la juventud cultivada y rebelde de la época. Tcheu-huei es editor de una revista estudiantil, y desarrolla actividades políticas; el abuelo manda a detenerlo, pero el joven se resiste. Tchémin ama a una de sus primas, una joven china emancipada que también desafía la tiranía de su madre: la joven huye de su hogar, y a pesar de la oposición de los padres, los

[2] El tema de los amores entre primos es frecuente; en *La Cámara roja* los enamorados son primos. Los jóvenes no tenían ocasión de conocer muchachas, como no fuera en la misma familia.

dos se casan. Pero el mayor de los tres hermanos, que ha aceptado un matrimonio impuesto, solo sabe predicar la sumisión al orden establecido: asiste pasivamente a la muerte de su mujer, víctima de las supersticiones de los padres ignorantes; solo en las últimas páginas tiene un movimiento de rebeldía. Ninguna novela china tuvo tanta difusión: una generación entera halló reflejada en ella sus sufrimientos y sus esperanzas.

La familia tradicional perjudicaba a todos, porque les negaba libertad, amor y la felicidad conyugal. Pero las mujeres eran sus principales víctimas. Muchas veces se ha descrito el horror de su antigua condición; creo que en ningún país del mundo su suerte ha sido tan abominable. En todas las civilizaciones, la historia de los derechos de la mujer se confunde con la historia de la herencia,[3] que ha evolucionado en función del conjunto de las transformaciones económicas y sociales. Pero en China, dada la permanencia de la estructura familiar, desde los principios de los tiempos históricos hasta el siglo XX el derecho de sucesión no ha variado: este sistema excluía a la mujer, que de ningún modo participaba de la herencia paterna; mientras vivía el marido, ella nada tenía; y cuando él moría, que ella fuese esposa o concubina, sólo heredaba si tenía un hijo: pero en realidad, este último era el auténtico heredero; ella se limitaba a administrar sus bienes. Como carecía de autonomía económica, en el curso de los siglos la mujer china no pudo conquistar ninguna forma de independencia. No sólo siempre se la tuvo por inferior al hombre, como lo testimonian los ritos que rodeaban su nacimiento, sino que no se le reconocía ningún derecho; ni siquiera el de vivir: el clan podía concederlo o negarlo. Durante toda su vida estaba sometida a la "regla de las tres obediencias", según las formuló el Li Ki: "La mujer sigue siempre al hombre. En la infancia sigue al padre y al hermano mayor; después del matrimonio sigue al marido; después de la muerte del marido, sigue al hijo". Confucio afirma: "La mujer es un ser sometido al hombre". En eterna minoridad, ni siquiera le pertenecían realmente los hijos. "La que era mi mujer era también la madre de mi hijo. Al dejar (porque fue repudiada) de ser mi mujer, ha dejado de ser la madre de mi hijo", explica, de acuerdo con el Li Ki, un nieto de Confucio. La moral tradicional encierra a la mujer en el hogar, donde debe consagrarse a los tra-

[3] He procurado demostrarlo en *El segundo sexo*.

bajos domésticos y al cuidado de su progenitura. Las virtudes que se le recomendaban —según Pan Tchoa, que escribió en la época de los Han, en 92 dC., los *Preceptos para las mujeres*— eran cuatro: "Ser verdaderamente mujer: Hablar de manera correcta; Conservar una buena apariencia; trabajar con ardor". En los veinte capítulos de su libro *Instituciones para las mujeres*, hacia fines del siglo XIV, la emperatriz Jen-liao-wen se inspira en los mismos principios. Bajo el régimen de los Ming, Wang Siang agregó otras dos a estas obras; y el conjunto, titulado *Los cuatro libros de las mujeres*, definió hasta el siglo XX la ética de la mujer china, cuya primera regla es obedecer, y que se completa, a partir de los Ming, con la máxima: "En la mujer, la tontería es virtud".

Los códigos y los tratados de moral sólo representan una verdad abstracta; ocurre a menudo que las costumbres atenúan el rigor de una situación legal; en China, algunas circunstancias excepcionales permitieron que ciertas mujeres de las clases superiores y algunas grandes cortesanas gozaran de cierta independencia; las favoritas imperiales y sobre todo la viudas —el ejemplo más célebre es la emperatriz Ts'eu-hi— lograron concentrar en sus manos grandes poderes. Pero estos casos aislados sólo tienen un interés anecdótico. La opresión sufrida por la mujer china fue no sólo teórica, sino también práctica. En muchos países las mujeres de las clases inferiores lograron emanciparse realmente mediante el trabajo: esta posibilidad no estaba al alcance de las chinas. Como la agricultura había permanecido en el nivel de la horticultura, técnicamente nada impedía que las mujeres participasen en el trabajo de los campos: sin embargo —por lo menos en el Norte— fueron confinadas a la casa y dedicadas exclusivamente a las tareas domésticas. La razón de esa actitud me parece evidente. En este imperio sobrepoblado, la mano de obra no era costosa, y por el contrario el más pequeño grano de mijo tenía su precio; al reivindicar el monopolio de la producción, los hombres se aseguraban un privilegio fundamental; demasiado obsesionados por el hambre para tener en cuenta su propio sufrimiento, se dedicaron, no a explotar a las mujeres, sino a eliminarlas. Así se explica la maldición que ha pesado sobre la mujer china: como se consideraba superflua su fuerza de trabajo, sólo se vio en ella una boca que había que alimentar. En su condición de sirvienta y hembra tenía cierto valor comercial: pero muy inferior al valor que su capacidad de producción confería al joven; era natural que un padre

de familia hambreado, abrumado de hijos, considerase a su hija un fardo inútil; de modo que ejercía realmente el derecho de vida y de muerte que se le reconocía sobre ella: millones de bebés del sexo femenino fueron ahogados o dados como alimento a los cerdos; este género de infanticidio se había incorporado de tal modo a las costumbres, que la nueva "Ley de matrimonio" debió indicar explícitamente que constituye un crimen. En su estudio *Peasan life in China* —1938— Hsiu Tuong-fei informa: "Se acepta la práctica del infanticidio; y son sus víctimas sobre todo las niñas. Tienen poco valor a los ojos de los padres, porque no pueden mantener "el incienso y el fuego" y porque, cuando sean adultas, los abandonarán. Entre los niños de menos de cinco años, hay muy pocas mujeres. En esta aldea el número de varones alcanza a ciento treinta y cinco, y el de niñas a cien. Hallamos niñas de menos de dieciséis años sólo en ciento treinta y una familias —el 37 % del total—, y sólo en catorce familias hay más de una niña".

Pearl Buck cuenta: "Cierto día, en un círculo de amigas que sólo incluía a campesinas pobres, la conversación recayó sobre la costumbre de suprimir a las recién nacidas de sexo femenino. Estaban conmigo once mujeres y todas, salvo dos, confesaron haber suprimido por lo menos a una niña. Todavía lloraban al recordar el hecho, y la mayoría no era responsable; el marido o la suegra habían ordenado a la partera que matase a la niña, pues en la familia ya había excesivo número de ellas" (*Los mundos que conocí*).

Aunque escapasen al sacrificio, generalmente las niñas no llegaban a viejas; durante toda su existencia los campesinos chinos bordeaban el hambre; sobre todo la vida de los niños dependía de un puñado de arroz o de mijo: los varones recibían las mejores raciones y las niñas morían, sin que fuese necesario liquidarlas, como resultado de la subalimentación; sobre todo, eran las primeras víctimas de las epidemias y de las penurias.[4]

Se procuraba eliminar a las sobrevivientes con la mayor rapidez posible. Las familias ricas o acomodadas podían comprar a bajo precio la fuerza de trabajo servil: las familias pobres les vendían

[4] Una de las consecuencias consiste en que, como el número de hombres era superior al de mujeres, muchos chinos jóvenes permanecían célibes y aún, como el héroe de Lu Sin, Ah Q, en toda su vida no llegaban a "conocer" una mujer.

las niñitas que se veían reducidas así a una auténtica esclavitud. En un informe publicado en 1925 sobre el trabajo de los niños, la "Comisión Investigadora" de Shanghai llegó a la siguiente conclusión: "Es cosa corriente comprar y utilizar como sirventas a las niñas. Comienzan a trabajar apenas están en condiciones físicas de hacerlo. Se trata de una práctica general en todo el país, e implica evidentemente los peores abusos... Muchas pequeñas esclavas trabajan en los prostíbulos indígenas. Aunque la ley prohíbe esta venta de niñas, quienes administran la justicia jamás la han impedido". Reproduzco de Kulp,[5] cuyo testimonio data de la misma época, el siguiente pasaje: "Las familias pobres carecen de dinero y tienen excesivo número de hijas. Las hijas consumen arroz y necesitan ropas. Cuando son mayores, abandonan la casa, y ponen su fuerza de trabajo al servicio de la familia económica a la que se incorporan por matrimonio; por consiguiente, en las familias pobres los padres entienden que más vale desembarazarse de sus hijas en la primera ocasión oportuna, liberándose de los gastos que ellas imponen, y al mismo tiempo consiguiendo un poco de dinero.

El tratamiento dispensado a las esclavas varía según las familias; depende del humor y la moral de los amos. Están bajo el control, en primer lugar de la mujer, y en último análisis del jefe de la familia económica. Este ejerce un poder absoluto sobre ellas; puede venderlas o casarlas, como le parezca mejor. Aunque tienen una condición que se asemeja a la del ganado, de todos modos son seres humanos, y la comunidad no pierde de vista este hecho. Un tratamiento excesivamente salvaje provocaría críticas.

Dadas las circunstancias, la vida de las esclavas es dura. Deben realizar las tareas más penosas: extraer agua, cortar madera, moler el arroz, lavar, cocinar, limpiar, ocuparse de los niños, etc. Se levantan más temprano y se acuestan más tarde que nadie. Cuando llegan a la madurez, se las vende como concubinas a los ricos, o se las casa con individuos pobres".

Una de estas esclavas aparece en la célebre ópera contemporánea *La joven de los cabellos blancos*, que provocó los sollozos de tantas mujeres chinas. La "crítica" de los vecinos, único freno de los caprichos de los amos, era particularmente poco eficaz cuando se trataba de los terratenientes: uno de los "crímenes de sangre" que

[5] *Country life in China.*

los propietarios cometían con mayor frecuencia era llevar a la muerte a sus jóvenes esclavas, sea deliberadamente, o a fuerza de golpes y de malos tratos. El ama de la "joven de los cabellos blancos" le atraviesa la lengua con una aguja de picar opio. En la novela, por cierto muy realista, titulada Kin-p'ing-mei,[6] escrita en el siglo XVI, el autor describe, como cosa sobrentendida, el suplicio de las jóvenes esclavas, flageladas hasta quedar bañadas en sangre por el amo o sus esposas, o condenadas a pasar noches enteras arrodilladas en el patio, con un pesada piedra sobre la cabeza. Los suicidios —de los que esta novela aporta un ejemplo— eran frecuentes. Después, muchas niñas fueron vendidas del mismo modo a las fábricas de Shanghai, donde llevaban una existencia de presidiarias.

La suerte de las que estaban destinadas al matrimonio no era más benigna. El código matrimonial, redactado de acuerdo con los antiguos ritos bajo el régimen de los T'ang, prácticamente se ha mantenido en vigor hasta el nuevo régimen; oprimía tanto a los varones como a las mujeres; pero existía una costumbre de la cual sólo la niña era víctima: a menudo se la vendía a temprana edad a la familia de su futuro marido, que la hacía trabajar duramente en beneficio propio. Kulp informa:

"La mujer que se incorpora a un hogar no siempre es una esclava. Hay niñas de corta edad compradas a las familias pobres, como futuras esposas de los niños pequeños. Es la costumbre denominada adopción de una nuera-niña. He aquí las razones que la motivan: a) es ventajoso desde el punto de vista económico; el bebé es menos caro que un adulto, y es posible simplificar y aún omitir las ceremonias matrimoniales: b) se obtiene un suplemento de mano de obra; c) se cría a la niña de acuerdo con las costumbres de su nueva familia. A veces, hay intercambios de bebés entre las familias que tienen varones y mujeres... En general, esta costumbre no produce buenos resultados; los novios no se quieren, se pelean, llegan a las manos. El tratamiento de la nuera por la suegra tiene a menudo un carácter tal que esta última disputa con el resto de la aldea y con la familia de la niña. Se fomentan de ese modo las uniones prematuras, lo que es nefasto des-

[6] Traducido al inglés bajo el título de "Golden Lotus" y parcialmente al francés bajo el título "Hsih Men et ses femmes".

de el punto de vista biológico. De todos modos, es una forma de evitar los infanticidios".

Se evitaba el infanticidio, pero la niña que así se salvaba no obtenía gran cosa. Se la trataba como a una bestia de carga, y ocurría a veces que su suegra la mataba a golpes. Esta última también había sido molestada en su juventud por el marido y los padres políticos: amargada, ansiosa de revancha, procuraba compensar sus desdichas haciendo sufrir a la nuera. Ocurría a menudo que, si su hijo se mostraba poco deseoso de golpear a la joven, ella lo excitaba. La cadena de los resentimientos femeninos se perpetuaba de generación en generación, y cada joven incorporada a la familia se convertía en víctima. La suegra encarnaba del modo más inmediato e implacable la opresión familiar: sin embargo, la joven sufría también la tiranía del suegro, y en cuanto al marido, detestaba a una esposa a la que no había elegido, y a menudo la castigaba de buena gana. Si disponía de los medios necesarios, podía consolarse, tomando concubinas, de los rigores de una unión impuesta; pero en el caso de la mujer adúltera, nadie protestaba si el marido le quitaba la vida. El hombre podía repudiar a la esposa cuando así lo deseaba; en ciertos casos, en principio podía reclamar el divorcio: pero como la familia de la mujer no habría aceptado recibirla nuevamente, esta solución prácticamente estaba excluida. A veces el marido la vendía a un hombre rico, que deseaba una concubina para su placer, o para tener un hijo. La viudez no la liberaba: continuaba siendo propiedad de su suegro. Le era casi imposible escapar de esta situación mediante un nuevo matrimonio. En 1386 Tai-tsu promulgó un edicto: "La familia se verá dispensada del servicio público y su casa será honrada si una mujer que enviuda antes de los treinta años conserva su viudez hasta los cincuenta".[7] En adelante, las familias ejercieron sobre las viudas una presión imperiosa para impedir un nuevo casamiento. Se designó un inspector, encargado especialmente se informar sobre las costumbres de las viudas. Hasta la República, se construyeron en China muchos templos y *p'ai-eu*, en honor de las que habían permanecido castas en circunstancias particularmente notables. Por supuesto, hubo muchas supercherías. Pero se impuso la tradición: se prohibió a las viudas casarse nuevamente. Si una de ellas pre-

[7] Se estimaba que después de los cincuenta años ya no había peligro de que volviese a casarse.

tendía infringir este tabú, los hombres de su clan se creían con derecho a matarla. Así, una vez que había ingresado como esposa a una familia, la mujer sólo podía abandonarla quitándose la vida: es la solución que eligieron en el curso de los siglos y hasta nuestro tiempo muchas mujeres chinas; se ahogaban en el estanque vecino, o se ahorcaban.

En cuanto a las concubinas, su situación dependía completamente de la buena voluntad del marido; las que le daban hijos gozaban de favor, y a menudo desplazaban a la esposa estéril; en general, ocupaban un lugar inferior al de la esposa legítima; el marido podía repudiarlas cuando así se le antojaba, pues no tenían ninguna garantía.

Sólo cuando llegaba a la edad anciana la mujer gozaba de cierta seguridad; sus hijos le debían el respeto que se testimonia en China a todos los ancianos. Era el consuelo que se prometía a las jóvenes esposas para que soportasen pacientemente sus padecimientos: llegará el día en que tú también serás suegra.

La servidumbre de la mujer china halló un símbolo impresionante en la costumbre de los "pies vendados", adoptada en el siglo VIII de nuestra era. Bajo el régimen de los T'ang se admiraban mucho los pies pequeños de algunas danzarinas y cortesanas, y sus "escarpines en arco". El soberano de Nan-T'ang, que se preciaba de poeta, imaginó reducir artificialmente las proporciones del pie femenino. El erotismo de los chinos convirtió en ley esta invención. Los poetas se dieron a elogiar, bajo el nombre de "lises dorados" y "lises perfumados" estas miniaturas de pies, y la seducción de los minúsculos "escarpines de noche" que los recubrían. En la novela a la que ya me he referido —*Kin-p'ing-mei*— una imagen erótica especial es la de una joven desnuda, el cuerpo blanqueado por lociones y cremas, cuyos pies se adornan con pantuflas carmesí. La heroína, Loto de Oro, empuja al suicidio a una rival, pues ésta había tenido la imprudencia de introducir sus propios escarpines en los de Loto de Oro, demostrando así que sus pies eran más pequeños. La costumbre desagradó a los emperadores manchúes, que quisieron abolirla. Pero debieron anular esta prohibición; los manchúes, seducidos por este refinamiento chino, lo impusieron a sus mujeres. Un letrado, Fan Hivan, escribió un libro sobre el arte de vendar los pies. Calculaba que apenas era posible hallar diez realmente perfectos en una ciudad. Los distribuía en cinco categorías principales y en dieciocho tipos dis-

tintos: un pie bien vendado, decía debe ser grueso, dulce y elegante. "Si delgado, un pie parece frío; musculoso, es duro y siempre vulgar... En cuanto a la elegancia, sólo es posible juzgarla mediante los ojos del Espíritu". Sin duda, en los siglos XVII y XIX algunos escritores levantaron la voz contra esta mutilación; pero sólo fue prohibida a partir de 1911, y aún se la practicó durante mucho tiempo, pues en la propia Pekín no es raro encontrar ancianas con los pies atrofiados.

Lo notable del caso, es que esta costumbre no constituye sólo una de esas extravagancias eróticas que distinguen a las clases llamadas superiores: por lo menos en el Norte, fue impuesta a mujeres de todas las condiciones.[8] En realidad confería la apariencia de un destino a la suerte que los hombres habían resuelto imponer a las mujeres: el confinamiento; la campesina mutilada era definitivamente inepta para el trabajo de los campos, y debía recluirse en la vida doméstica. En el Sur, donde participaba en el cultivo de los campos, la costumbre no se generalizó. Pero la china del Norte tuvo el triste privilegio de acumular las formas de servidumbre, generalmente disociadas, que pesan sobre la mujer como sirvienta y como objeto erótico. Esta bestia doméstica, que ajetreaba del alba a la noche, estaba condenada a los dolorosos refinamientos que se exigían de las cortesanas. El hecho parece tan indignante a los chinos de hoy, que está prohibido mostrar sobre la escena de un teatro a mujeres con los pies vendados.

En el curso de los siglos se elevaron algunas voces para expresar la indignación suscitada por esta triste suerte que se reservaba a las mujeres. Ya en el siglo II de nuestra era, Fu Hsuanam denunciaba el caso en un poema. En el siglo XII el letrado Yuan Ts'ai deploraba que se tratase a la mujer como a un ser inferior. En el siglo XVI, Lin Kien destacó la injusticia de las leyes sobre el divorcio. Lu K'uen, autor del libro *Modelos femeninos*, reclamaba que se impartiese a las mujeres cierta instrucción. A fines del siglo XVIII se alzaron tres escritores, con mayor o menor vigor, contra lo que Lin Yu-tang denomina el "sistema sádicopuritano posconfucionis-

[8] Un chino nacionalista, Lin Yu-tang, irritado —con razón— por los complejos de superioridad de los blancos, compara el "pie vendado" con el "corsé" que comprimía absurdamente el cuerpo de las occidentales. Pero el corsé sólo molestaba a las burguesas; las campesinas evitaban este tipo de molestia. Asimismo, sólo llevan tacos altos cuando van a bailar, no cuando trabajan.

ta". El letrado Yu Tcheng-sei (1775-1840) escribió cuatro ensayos: Ensayo sobre las viudas castas; Ensayo sobre las jóvenes castas (es decir, las que rehusan casarse después de la muerte de su prometido);[9] Ensayo para demostrar que los celos femeninos no son un vicio; Y una posdata al libro de las costumbres de la dinastía T'ang, que es un ensayo sobre los pies vendados. El autor denunciaba los abusos de la "castidad", autorizaba a las esposas a manifestar celos frente a las concubinas, pues deseaba que el matrimonio se fundase en la igualdad sexual; y censuraba la costumbre de los pies vendados. Resumió su pensamiento en estas palabras: "Cuando se rebaja la posición de las mujeres, ocurre lo mismo con la posición de los hombres".

Yüan Mei, poeta y pensador de tendencia revolucionaria (1716-1797) estimaba mucho a las mujeres: algunas formaban parte del grupo de sus alumnos, y él las alentaba a escribir y publicar sus obras; así, formó una verdadera escuela de poetisas. Tenía muchas concubinas: pero quería que se reconociese a las mujeres la misma licencia sexual. Las reivindicaciones feministas se integraban en su rebelión anarquista contra el conjunto del sistema confuciano. Este autor tuvo una influencia bastante considerable. Finalmente, Li Ju-tchen (1763-1830) escribió en 1825 una novela feminista, *King-hua-yuan*, que tuvo gran éxito. El autor imaginaba que un centenar de hadas se habían convertido en mujeres; dotadas de mil talentos, se agrupaban alrededor de la emperatriz de la dinastía Tang' llamada Wu, que tiene una reputación de ninfómana —según parece—, justificada históricamente; aprobaban los exámenes oficiales, se convertían en mandarinas e instituían un "Reinado de las mujeres", donde los hombres eran los oprimidos: el héroe de la historia, Lin. tiene las orejas perforadas y los pies vendados, y relata los horribles sufrimientos que ha experimentado.

Estas protestas tenían un carácter moral; los letrados profesaban en el siglo XVIII una ética humanista: mal podían aceptar que se tratara como cosas y que se torturase tradicionalmente a seres humanos, aunque perteneciesen al sexo femenino. Como todas las rebeliones idealistas, ésta fue estéril. La condición de la mujer co-

[9] En vista de la edad en que se concertaba el compromiso, ocurría con bastante frecuencia que a los dieciséis años la joven china ya era una suerte de viuda: y se apreciaba a las que en este caso renunciaban al matrimonio.

menzó a cambiar únicamente cuando evolucionó la estructura económica de China: es decir, cuando aparecieron un capitalismo y un proletariado chinos. Las mujeres trabajaban en las ciudades como obreras: aunque se trataba de una nueva forma de servidumbre, y de un rigor abominable, el hecho de ganar con sus propias fuerzas un poco de dinero dio a algunas de ellas un sentimiento de autonomía. A fines del siglo XIX se perfiló en Kuang-tong un curioso movimiento de oposición al matrimonio. *El sueño de la cámara roja* atribuye a dos de sus heroínas un disgusto tan profundo del matrimonio que deciden refugiarse en un convento y tomar los hábitos: era una solución a la que a veces recurrían las jóvenes, pero que estaba al alcance sólo de un reducido número. Las jóvenes obreras de Kuang-tong crearon una suerte de comunidades: separadas de sus maridos, o célibes, vivían de sus salarios. Nacido sobre todo en las fábricas de tejidos de seda, este movimiento cobró tanta amplitud que el gobierno debió establecer asilos para recoger en su ancianidad a estas mujeres privadas de todo sostén familiar. En Cantón, en 1940 todavía existía esta organización.

Pero la burguesía, en tanto que era entonces una clase en ascenso, influía sobre la sociedad, las costumbres y las leyes. Paralelamente a la rebelión contra la familia de tipo feudal, se dibujó en su seno un movimiento en favor de la emancipación de las mujeres. Comenzó tímidamente, y en parte bajo la influencia occidental. Algunos misioneros inauguraron en 1860 las primeras escuelas femeninas de enseñanza primaria. En 1898 la Universidad de T'ien-tsin creó una sección femenina y se trazó el primer programa de enseñanza femenina. En 1903 se inauguró la primera escuela de institutrices. A partir del "Renacimiento" de 1917, y sobre todo del "Movimiento del 4 de mayo", el movimiento cobró considerable amplitud. Una clase que reclamaba una constitución democrática, que quería imponer a China la estructura de las sociedades occidentales, que profesaba un humanismo basado en el respeto a la persona humana, y reivindicaba los derechos del individuo, no podía aceptar que la mujer continuase siendo una bestia doméstica. "Rebajad a la mujer, y lo mismo le ocurrirá al hombre", decía Yü Tcheng-lie. La joven burguesía china, ávida de elevarse tanto económica como culturalmente, decidió elevar a la mujer, de modo que le concedió una libertad análoga a la que tenían las occidentales. Uno de los promotores del Movimiento del

4 de mayo, Hu Che, escribió sobre el matrimonio una obra teatral inspirada en Ibsen, que tuvo considerable repercusión: "El acto más importante de la vida". A partir de 1917 apareció una revista feminista, seguida por muchas otras. El primer liceo de jóvenes —creado teóricamente en 1912— fue inaugurado en 1919, y ese mismo año se admitió a algunas mujeres en los cursos de la Universidad de Pekín. La mayoría de las jóvenes burguesas utilizaron de manera frívola su libertad: se ondularon los cabellos, cambiaron por medias de seda y zapatos de taco alto las bandas que les sujetaban los pies, salieron, bailaron y gustaron de la libertad sexual. Otras, en número más reducido, aprovecharon con serenidad las nuevas posibilidades de estudio y de trabajo que se les abrían.

La burguesía reclamó que se aboliese el antiguo código feudal, en beneficio de un orden burgués. Debió esperar hasta 1931 para que el Kuomintang le diese satisfacción: ese año se promulgó un nuevo "código de la familia". La principal innovación fue la capacidad de heredar concedida a la mujer; desde ese momento se la consideró una persona humana; la propiedad mueble no es indivisa, como la inmueble: por lo tanto, no había motivo para excluirlas de la sucesión. Por otra parte, el individualismo burgués exigía la libertad matrimonial. El código destacó que los padres no debían imponer el matrimonio, que éste no constituía un negocio, y que por lo tanto en adelante se prohibía a las intermediarias recibir una comisión; además, nadie podía comprometerse antes de los quince y diecisiete años. La mujer podía reclamar el divorcio en caso de infidelidad del marido, o si éste la maltrataba. La ley no reconocía oficialmente el concubinato.

El hombre burgués desea hallar en la mujer un semejante, no un igual. El código no concedía, ni mucho menos, la misma jerarquía a los dos sexos; continuaba imbuido de las antiguas tradiciones. La familia continuaba siendo patronímica, subordinada al varón, patriarcal: los progenitores de sexo masculino gozaban de un tratamiento preferencial. Si un niño quedaba huérfano, se elegían los tutores y los miembros del consejo de familia exclusivamente por la rama paterna. En caso de divorcio, los niños quedaban a cargo del padre, y en todos los casos la autoridad de este último era superior a la de la madre.

Desde el punto de vista práctico, el alcance de la ley era más restringido aún: como muchas otras leyes dictadas por Chiang Kai-

Escaneado con CamScanner

shek, estaba destinado sobre todo a "salvar la cara". Teóricamente satisfacía las tendencias individualistas y liberales de la burguesía, pero en sus aplicaciones se tenían en cuenta sobre todo sus tendencias conservadoras. El régimen atendía más al orden que a la libertad; en sus esfuerzos de modernización superficial del país, procuraba conservar las antiguas estructuras. De ahí que, en general, los diferentes artículos del código fuesen letra muerta. El matrimonio debía ser consentido libremente: pero como no se exigía la firma de los esposos, esta libertad no estaba protegida por ninguna garantía. Solía tolerarse el concubinato; se concedían al padre todas las facilidades necesarias para reconocer a los hijos ilegítimos; toda la jurisprudencia afirma el derecho de la concubina a una pensión por alimentos en el caso de que, al ser repudiada, se encuentre en estado de necesidad. Se la considera como un miembro de la familia, y gracias a esta actitud, la cláusulas acerca del adulterio del marido se ven anuladas: pues el adulterio existe sólo si el esposo mantiene relaciones sexuales "fuera de la familia"; pero la concubina habita la casa conyugal; se llega así a la conclusión paradójica de que el marido chino podía engañar tranquilamente a su mujer bajo el mismo techo, pero no fuera de su casa. De todos modos, únicamente el adulterio femenino era un delito castigado por el código penal; en el código civil, el magistrado no estaba obligado a atender la demanda de la mujer que reclamaba una comprobación judicial. En cuanto a los malos tratos, determinaban el divorcio sólo si "imposibilitaban la cohabitación". Al resumir cierto número de decretos de los tribunales, Wang Tse-sin llegó a la siguiente conclusión de sus tesis sobre el "Divorcio"; "Son insuficientes las lesiones leves o accidentales causadas en el curso de un acceso de cólera o de una reprimenda". Citaré entre muchas otras esta declaración del tribunal de Nankin (año 1933);[10] "Imposibilitar la cohabitación significa que los malos tratos son habituales, o que han alcanzado un grado intolerable. Si se trata sólo de golpes, por una causa fútil y momentánea, como no son habituales y no han alcanzado un grado intolerable, no reúnen las condiciones exigidas por el divorcio".

Pero, ¿dónde comienza lo habitual? ¿Cuántas veces por semana un marido puede castigar a su mujer sin que se afirme que el hecho es habitual? ¿Y qué cantidad de golpes puede tolerar la es-

[10] Véase *Année Judiciaire Chinoise*, traducción de Théry S. J.

posa? De hecho, a menos de sufrir la fractura de un miembro o de que estallase un escándalo en la comunidad, la mujer no tenía defensa contra los malos tratos.

El código había sido redactado bajo la presión de los burgueses, y para su uso. En China, como en Francia bajo la Revolución, la burguesía, al mismo tiempo que pensaba como clase universal, se preocupaba muy poco de compartir sus privilegios. Nadie procuró difundir una ley que no habría podido convertirse en realidad concreta sin provocar profundos trastornos sociales. En las ciudades mismas fue ignorada. Olga Lang [11] señala que en 1936 todavía había en Shanghai y en Pekín mujeres y viudas a quienes el marido o la familia vendía por trescientos dólares. Algunas obreras se casaban libremente. Sin embargo, los diarios y los informes de los hospitales abundaban cotidianamente en historias de jóvenes torturadas, maltratadas, empujadas al suicidio. En el campo, nadie había oído hablar siquiera del nuevo código: el hecho hubiese implicado una emancipación de los campesinos que ciertamente no era deseada por el régimen. En 1936, Jean Escarra, especialista en derecho chino, comprobaba lo siguiente: "La inmensa mayoría de los campesinos ignora y continuará ignorando estas reglas".

Sin embargo, a partir de esta fecha, en las regiones liberadas los comunistas habían establecido nuevas leyes y nuevas costumbres. La "ley de matrimonio", promulgada en 1950, las ratificó y codificó. Esta ley afirma la libertad del individuo en el seno de la familia y la igualdad radical de los sexos. Declara abolidos los matrimonios de niños y prohíbe la adopción de nueras-niñas, exige el libre consentimiento de los esposos —que deben acentar por escrito su unión—, condena el infanticidio, prohíbe el concubinato, autoriza el nuevo matrimonio de las viudas, concede tanto a la mujer como al hombre el derecho de reclamar el divorcio, y no reconoce ningún predominio del padre sobre la madre: Ni el nombre del varón ni su familia tienen privilegio en relación con los de la mujer. En caso de divorcio, se confía el niño, si aún está en la cuna, a la madre; y más tarde, de acuerdo con el interés del hijo, a la madre o al padre. Por lo tanto, a diferencia del código de 1931, establece claramente una familia conyugal fundada en la igualdad de los esposos y en su derecho a disponer de sí mismos.

11 *La vie en Chine.*

La ley persigue un objetivo concreto: es trastornar la estructura de la sociedad rural, de acuerdo con las exigencias de la nueva economía. Desde el momento mismo de la liberación se inició una campaña. Para destruir el sistema de castas, decía Gandhi, hasta concentrar los esfuerzos en un punto neurálgico: la condición de los parias. De mismo modo, los comunistas chinos han concentrado los esfuerzos esencialmente en la condición femenina. El prelacio que presenta la "ley de matrimonio" al pueblo chino destaca lo siguiente: "De este modo se benefician no sólo las mujeres, sino toda la comunidad". Pero el interés de la comunidad, el lema al que hoy se asigna el primer plano es: emancipemos a las mujeres. Y para alcanzar este objetivo, se moviliza sobre todo a las mujeres. En 1949 fue creada la Federación de mujeres —presidida actualmente por Ts'ai Ch'ang, esposa de Li Fu-ch'uen— que absorbió a todas las restantes organizaciones femeninas; se formaron "Asociaciones de mujeres" en todas las ciudades y aldeas, y su primer objetivo fue la aplicación de la ley de matrimonio. También se constituyó un "Comité de aplicación de la ley". Las autoridades gubernamentales, los tribunales de justicia, los sindicatos y las organizaciones de jóvenes colaboraron en este esfuerzo. La literatura, y sobre todo el teatro, realizaron una propaganda activa en favor del "matrimonio libre" y de la emancipación de las mujeres.

Aún en Francia, las costumbres en este aspecto van a la zaga del código; todavía existen uniones arregladas, y algunas son verdaderos negociados. En China, la nueva ley contradice las tradiciones varias veces milenarias de quinientos millones de campesinos; éstos han acogido con alegría la reforma agraria, pero la abolición de la familia feudal es para muchos de ellos un escándalo. Los miembros de las "asociaciones de mujeres" y los cuadros chocaron con ásperas resistencias. En Pekín me relataron la siguiente historia: Un anciano, campesino, adherido con entusiasmo al régimen como consecuencia de la reforma agraria, pero convencido de sus derechos patriarcales, mató a una de sus nueras que, viuda desde hacía varios años, acababa de volver a casarse. Al ser detenido, se le explicó que, de acuerdo con la "Ley de matrimonio", esa muerte era un crimen que podía ser castigado con la pena capital. "¿Quién hizo esa ley?" preguntó. "El presidente Mao". El anciano meneó la cabeza: "Jamás podré creer que un hombre tan justo haya pensado una ley tan insensata".

No garantizo la autenticidad de la anécdota, pero es perfectamente plausible. A los padres y a los jefes de los clanes les parece inicuo que se pretenda despojarlos de su autoridad.

El factor que envenenó las cosas fue que el movimiento comenzó con un ritmo excesivamente rápido. Se comenzó por disolver muchos matrimonios concertados bajo la presión de los padres: en la primera mitad de 1952 hubo 396.000 divorcios; en el campo se denominaba a la ley, no "ley de matrimonio" sino "ley de divorcio". La urgencia de las situaciones justificaba esta precipitación; entre otras cosas, era necesario liberar inmediatamente a las "nueras-niñas". De todos modos, muchos cuadros incurrieron en exceso de celo; sobre todo con referencia al concubinato, interpretaron con excesivo rigor la ley; ésta prohibía que la costumbre se perpetuase en el futuro: no exigía que se modificasen brutalmente las situaciones establecidas. Algunos cuadros obligaron a los hombres a arrojar de la casa a sus concubinas; sin hogar, sin recursos, muchas de ellas se suicidaron. Los campesinos se rebelaron; algunos cuadros fueron asesinados.

El gobierno condenó enérgicamente esta táctica torpe: recordó el principio de la "no imposición" y explicó a los cuadros que para conquistar a los campesinos necesitaban tacto, paciencia y tiempo. "Aunque se haya eliminado el feudalismo de la vida política y económica del país, aún existe en las costumbres", recordó en 1953 Lieu King-fan, al presidir el "Comité de aplicación de la ley". Recomendó "un prolongado y paciente trabajo de educación". Un informe sobre el estado de espíritu reinante en Shansi-región liberada antes de 1949, y relativamente "avanzada"— comprueba que del 10 al 15 % de las familias poseían una perfecta conciencia social; el 5 al 10 % está francamente atrasado. En el resto (alrededor del 75 %): "Han desaparecido los malos tratos a las mujeres, pero se manifiesta en diferentes grados un concepto de la autoridad paterna". Se estima que en las restantes provincias "se mantienen en diferentes grados restos de ideas feudales".

Como en el caso del movimiento de colectivización, es necesario hallar la línea justa, evitando los dos extremos: chocar a los campesinos, y abandonar el trabajo de propaganda. Se prohíbe la imposición, y se establece que es necesario apelar a la persuasión. Se explica pacientemente la ley en las escuelas, las clases nocturnas, los grupos de educación política.

Por el momento, el carácter "transitorio" de la sociedad rural es

evidente. Las familias continúan viviendo bajo un mismo techo. Sin embargo, han desaparecido casi totalmente las ventas de niños y las seudoadopciones; ni los suegros ni el marido golpean a la mujer: las asociaciones de mujeres y la comunidad entera ya no lo tolerarían. Los asesinatos y los suicidios son cosa excepcional. He preguntado de qué modo las supervivencias feudales se vinculaban concretamente con las consignas modernas, y cómo se establecían relaciones nuevas en el seno de la antigua estructura. Si un marido que antes se mostraba brutal se ha reformado, ¿su mujer no le guarda rencor? En ciertos casos así es, me ha dicho la señora Cheng, pero ella no lo demuestra porque se le ha explicado que debe perdonar. Por otra parte, en general las mujeres más bien tienden a perdonar con excesiva rapidez: tienen tras de sí una tradición tan antigua de sumisión que apenas advierten cómo se las oprimía. ¿Y el marido? ¿No se encoleriza? Si su mujer gana dinero, si la estima como trabajadora, él se muestra orgulloso. En otros casos, quizá tasca el freno: en todo caso, ya no la castiga. Por lo demás, el problema de las relaciones entre los esposos no es el más difícil. Para la joven el verdadero tirano doméstico era la suegra. He observado que la educación y la propaganda se refieren esencialmente a las relaciones de la suegra con la nuera. Numerosos relatos exhortan a las mujeres de edad a adaptarse a las nuevas costumbres; y aconsejan a las jóvenes que se muestren pacientes y corteses. Un cartel de propaganda sumamente difundido muestra a una "joven y su suegra yendo juntas a la escuela nocturna". La reconciliación de las generaciones parece tarea más difícil que la de los sexos.

La señora Cheng pasó dos años en la aldea cercana a Hangtcheu de la que ya he hablado, y así conoció de cerca a todas las familias. Me dice que a veces la joven abusa de la nueva situación. Una de ellas, madre de tres niños, vivía con el marido y el suegro: ella era quien golpeaba a los dos hombres; éstos la injuriaban violentamente, pero no se atrevían a defenderse porque la mujer amenazaba tirarse al agua —tantas mujeres se han ahogado en los estanques de China que la amenaza tiene cierto peso—; temerosos de que se los acusara de brutalidad "feudal", los hombres expresaban su cólera únicamente con insultos y gritos, y ella los golpeaba a más y mejor. La aldea se conmovió. El presidente de la cooperativa, la señora Cheng y otros celebraron consejo. Fueron a hablar con la mujer y la reprendieron: "¡me aro-

jaré al agua!" declaró ella. "Hazlo", se le contestó. Desarmada, prometió corregirse y los dos hombres juraron que de todos modos le harían frente.

En concreto, la libertad matrimonial no es todavía un derecho conquistado definitivamente. Un cuento, "El registro civil", que ha servido de base a una pieza muy popular, muestra las dificultades con que tropiezan, en vísperas de la "ley de matrimonio", dos jóvenes que desean casarse: en realidad, todavía perduran muchas. En primer lugar, la presión moral ejercida por los padres sobre los hijos —sobre todo por las madres sobre las hijas. Una de las heroínas de "El registro civil", Yen-Yen, está enamorada; pero la madre amenaza ahorcarse si la joven no acepta una unión arreglada. Yen-Yen acaba por ceder, y se dirige a la cabecera del distrito para desposar al hombre que se le ha destinado y a quien jamás vio— un niño llega corriendo; es un chico encantador, pero no tiene más de diez años: es el futuro esposo; el funcionario encargado de controlar los matrimonios rehusa unir a Yen-Yen con un niño, y cuando se promulga la "ley" Yen-Yen tiene el valor de oponerse a su madre y de contraer matrimonio de acuerdo con los dictados de su corazón. La señora Cheng me relató un caso análogo de chantaje ocurrido en su aldea. Una muchacha amaba a un joven campesino, trabajador y simpático, que le correspondía; una prima, en el papel de intermediaria, había relacionado a la madre con un obrero de Hang-tcheu, favorecido por el prestigio que confiere la vida en las ciudades: decíase que trabajaba en una fábrica de tejidos de seda y que ganaba mucho. Lo demostró llegando un día en bicicleta a la aldea y trayendo un paquete: nadie sabía el contenido, pero la noticia corrió de boca en boca: "¡Trajo un paquete!" El incidente aumentó su reputación. Como en el caso de Yen-Yen, la madre de esta joven amenazó: "¡Te casas con él o me ahorco!" La muchacha no se atrevió a resistir. El feliz pretendiente obtuvo permiso para dormir en un altillo, cuando venía a visitar a su prometida. Pero el pretendiente rechazado también alimentaba pensamientos suicidas. Uno de sus amigos descubrió que el supuesto obrero era en realidad un sacerdote taoísta de menor importancia, que vivía tranquilamente en un templo casi en ruinas. Consternada, la madre quiso expulsar al impostor; pero el hombre estaba cómodo en su altillo. "Me pidieron que hablase con él", me contó la señora Cheng. Estaba sentado sobre su cama, fumando una pequeña pipa, y me res-

pondió: "lo dicho, dicho está". Finalmente, fue posible obligarlo a que se marchara. Se explicó a la contristada madre que ella había procedido muy mal. Entretanto, el joven campesino se sentía disgustado ante la actitud de la muchacha. "Yo quiero un corazón entero", dijo, "y ella me dio sólo la mitad del suyo". Para consolarla, se envió a la víctima de este episodio a realizar estudios secundarios a Hang-tcheu.

Las condiciones de la vida campesina representan todavía un grave obstáculo para el matrimonio libre. Antaño, mediante el pago de una comisión la casamentera concertaba uniones entre jóvenes de distintas aldeas; se ha abolido esta costumbre, pero en el campo los jóvenes no tienen muchas ocasiones de conocerse. Así, en 1955, el día de la "fiesta de las mujeres", el gobierno declaró oficialmente: "En muchas aldeas los habitantes se encuentran en una situación tal que se organizan el matrimonio mediante la intervención de un tercero. Es preciso reconocer que este sistema puede representar también una forma de matrimonio voluntario, pues muchos aldeanos todavía carecen de una vida colectiva adecuada". A menudo el papel de intermediario está a cargo de las Asociaciones de mujeres, los miembros del Partido o las juventudes comunistas. Es menos necesario en las ciudades: los estudiantes, los empleados, los obreros y los jóvenes comunistas trabajan juntos y aprenden a conocerse. Pero aún en la ciudad —y con mayor razón en las aldeas— los jóvenes todavía están paralizados por la antigua tradición de pudor y de pasividad que se les ha inculcado. Las heroínas del cuento "El registro civil" se han emancipado en la medida suficiente para pasearse libremente con sus enamorados; pero tienen mala reputación, y con ese pretexto —pese a que una de ellas ha obtenido el consentimiento de su madre— el funcionario a cargo de la oficina rehusa registrar el matrimonio. Una vez promulgada la "ley" los "cuadros" encargados de su aplicación felicitan a las dos jóvenes porque lucharon en favor del matrimonio libremente concertado. Pese a todo, aún hoy en las aldeas "atrasadas", que son muchas, dos jóvenes necesitan sobrada audacia para visitarse. Los ancianos los censuran. Ellos mismos son víctimas de los viejos prejuicios: les parece chocante hablar de sus sentimientos; y más chocante todavía declararlos. En un cuento de Kiang Tchao titulado "Mis dos huéspedes", un joven maestro conversa con un joven campesino, en cuya casa habita desde hace muchos meses; ambos tienen veinte años,

y son amigos íntimos: "De pronto, Chuan-tcheu sonrió, me dio un ligero codazo y me preguntó con aire malicioso: «Lao-Kang, ¿tienes una amiga?[12] Yo... yo... ¿Por qué me lo preguntas?» Sentí que me ruborizaba, y me apresuré a agregar: 'Si me lo preguntas, es porque tú tienes una. —No, todavía no, dijo Chuan-tcheu, que se puso escarlata. Desvió los ojos con una semisonrisa". No es probable que unos muchachos tan tímidos sean enamorados muy audaces. Sin embargo, la propaganda los alienta. Atreverse a cortejar a una joven y pedir su mano es dar prueba de civismo. He leído varios cuentos en los que se elogiaba el heroísmo de una pareja que se daba cita a la luz de la luna, y el valor de un joven campesino que durante la cosecha se había atrevido a iniciar una conversación con su vecina.

Las jóvenes son aún más reservadas que los muchachos. La señora Cheng presenta en una de sus novelas a una estudianta de ideas avanzadas que vive en París hacia 1930; varios de sus jóvenes compatriotas la aman silenciosamente: ella se inclina, no por el que prefiere su corazón, sino por el primero que se atreve a hablarle. No es un caso excepcional; Tsai me dijo cierto día: "Cuando varios muchachos se interesan en una joven, ella suele casarse, no con el que prefiere, sino con el primero que se declara". Por otra parte, se reprocha a muchas jóvenes que aún consideren el matrimonio con un negocio. "Siempre se las trató como mercancías", me dice la señora Cheng, "y ahora ellas mismas se ven como mercancías". En mayo de 1955 el diario *Kuang-ming* denunciaba el espíritu "burgués" que aún preside muchos matrimonios. Es muy elevado el número de jóvenes que buscan un marido que les permita vivir sin trabajar; las obreras desean un marido que con sus recursos les permita abandonar la fábrica; las aldeanas sueñan con la posibilidad de ir a vivir en la ciudad. "Las mujeres se liberarán realmente sólo cuando se ganen la vida", me dice la señora Cheng. Cuando visitamos su aldea, me mostró a una joven que a su juicio encarnaba de manera típica a la campesina realmente emancipada. Esta muchacha, muy inteligente, aprendió en tres meses a leer dos mil palabras, utilizando el método acelerado. Lamentablemente, era floja en aritmética y no aprobó el examen que le hubiera permitido ingresar en la escuela secundaria. Trabajadora y capaz, gana doscientos cincuenta yens

[12] Debe interpretarse la palabra en el sentido más inocente.

recogiendo el té, y tiene muchos pretendientes. El año pasado vacilaba entre casarse o proseguir sus estudios. La señora Cheng le aconsejó el segundo criterio. Aprendió otros quinientos caracteres y ha llegado a ser tan eficaz en los cálculos que ahora ocupa el cargo de contadora de una de las cooperativas. Entretanto, se ha comprometido. Proyecta casarse con un empleado de la ciudad. Pero como su trabajo la obliga a permanecer en la aldea, continuará —por lo menos provisoriamente— viviendo aquí, y verá a su marido los domingos.

Es evidente que la independencia económica y la libertad van de la mano. Una de las razones que impulsan la campaña en favor de la emancipación es la necesidad de movilizar la fuerza de trabajo de las mujeres. Por el contrario, mientras la aldeana se limite a las tareas domésticas, continuará siendo —a los ojos de la familia y a los suyos propios— un semiparásito, pese a que la reforma agraria le ha otorgado su parte de tierra. Cuando ayuda en el trabajo del campo como miembro del grupo familiar, su contribución económica no está bien definida, y no se individualiza claramente. Por el contrario, cuando la cooperativa entrega a la joven un salario que le pertenece como cosa propia nadie se cree con derecho sobre ella: en ese momento ha conquistado realmente su autonomía. En realidad, la emancipación de la campesina china se realizará mediante la extensión de las cooperativas. Un texto de propaganda [13] enfrenta a una joven casada y a su suegra. Khin-kuei es una trabajadora modelo y presidenta de la asociación de mujeres; en lugar de hilar en la rueca, prefiere vender carbón en invierno y en verano trabajar en los campos; su suegra se queja amargamente de ello ante su propia hija, cierto día que ésta viene a visitarla. Khin-kuei, que regresa a la casa con su cuñado, sorprende la conversación, y se defiende de los reproches que se le dirigen:

—Eche cuentas, dice. Se necesitan dos días para hilar un libra de algodón y ganar cinco sheng de arroz. En un día vendo carbón suficiente para pagar cinco sheng de arroz. ¿No es más conveniente? Y sigue diciendo: Necesitaría dos días para hacer un vestido y siete días para producir un par de zapatos: en total, nueve días. Gano cinco sheng de arroz diarios: cuarenta y cinco en nueve días. Por veinte sheng puedo conseguir un vestido y un par de

[13] "La rueca", de Chao Shu-li.

zapatos mejor hechos que los que podría confeccionar por mi cuenta. Es evidente el beneficio. El cuñado, convencido, dice finalmente a su propia mujer: Toma ejemplo de Khin-kuei. Si quieren emanciparse realmente, ustedes las mujeres deben trabajar más y aceptar más responsabilidades. Esa es la única más preciosa que ustedes pueden manejar.

En las ciudades, la mayoría de las mujeres aún son amas de casa; pero también ellas en muchos lugares se han organizado. En Fu-Chuen, a partir de 1950, algunas formaron equipos de ayuda mutua; al principio se manifestaron resistencias, pero ahora todas las esposas de obreros se han incorporado. Durante el día se cuida a los niños en nurserís; en caso de enfermedad o de excesiva fatiga, los "servicios de ayuda" les envían delegadas que se ocupan de la cocina, la casa y los niños; las mujeres asisten a los cursos que se dictan los lunes, miércoles y viernes: leen los diarios, escuchan radio, reciben lecciones de economía doméstica e instrucción política.

En cuanto a las obreras, su salario es igual al de los hombres; las nurserís reciben a los niños y allí pueden amamantarlos; tienen licencia por embarazo y reciben una pensión a partir de los cuarenta y cinco años. Aun son poco numerosas. En la industria textil, el 60 % de los trabajadores está formado por mujeres. En Shanghai hay un 7 % de mujeres en las industrias mecánicas. En Kuang-tong, su número ha aumentado de 110.000 en 1952 a 170.000 en 1954. En Mukden hay 47.000 obreras y 14.000 en An-chan. En lo que respecta a las profesiones liberales, de acuerdo con el informe presentado en 1955 por Chang Yu, una de las vicepresidentas de la Federación de mujeres, la proporción de mujeres es del 17 % en las universidades y colegios, del 12 % entre los presidentes de tribunales, del 16 % entre los empleados de banco.

En este dominio, como en muchos otros, hallamos en China los tipos más atrasados y los más avanzados del mundo. Muchas campesinas aún viven abrumadas por las tradiciones; sin embargo, hay mujeres que manejan automotores, y otras que son ministros.[14] La categoría liberada más radicalmente de la vieja mentalidad es el grupo de estudiantas; sienten exactamente las mismas responsabilidades, la misma independencia que los hombres, y

[14] El 12 % de los miembros del Congreso son mujeres: es decir, 147 de un total de 1.226. Hay cuatro ministras y cuatro viceministras.

afrontan la situación con soltura. He hablado a solas durante casi dos horas con una joven estudianta de medicina que sabía perfectamente francés. No observé en ella ni rastros de "complejo de inferioridad", ni de esa voluntad de afirmación de la personalidad que es su correlativo habitual. Muy bonita, el rostro encuadrado en largas trenzas, llevaba con elegancia una tricota roja y una pollera azul marino. Hablaba con seriedad infantil y esa inimitable naturalidad de los chinos; parecía muy cómoda en su piel. Está cursando el segundo año y se interesa en la cirugía, carrera que aquí no está cerrada a las mujeres; pero supone, sin lamentarlo mucho, que se la especializará en ginecología; ha dirigido varios partos, esforzándose por aplicar los métodos de alumbramiento sin dolor, y en la mayoría de los casos las pacientes no han sufrido, de todo lo cual está muy orgullosa. Actualmente vive en Pekín, en casa de sus padres; sabe que la enviarán lejos, y este exilio le será un tanto penoso, en vista de que tendrá vacaciones muy de tanto en tanto, y de la inmensidad de las distancias. "Pero cuando uno es joven, se adapta", dice con confianza. "Prefiero ir donde pueda ser más útil". No se trata de una frase vacía: Es visible que lo que le interesa es instruirse y servir. En China las estudiantas no contemplan jamás la posibilidad —como ocurre tan a menudo en Francia— de abandonar su trabajo una vez casadas;[15] han recibido del Estado educación y mantenimiento, y desean pagar su deuda. Recuerdo a las "muchachas universitarias" norteamericanas, que me decían en Vassar y en Smith: "Durante un año o dos nos desempeñaremos en un empleo porque es el mejor modo de hallar marido: pero no nos interesa el trabajo; queremos casarnos".

Pregunto a mi interlocutora si en la facultad existe cierta rivalidad entre varones y mujeres: esta pregunta la sorprende. Aquí ningún intelectual corre el riesgo de encontrarse sin trabajo, faltan cuadros, hay puestos para todo el mundo. La mujer no es una competidora del hombre. Por otra parte, como otrora el sometimiento de la mujer era en China un fenómeno institucional y total, los hombres no han tenido necesidad de afirmar interiormente su supremacía desarrollando complejos de masculinidad. En su propia juventud, también ellos estaban excesivamente abrumados

[15] El Kuang-ming reprochaba esta actitud a algunas jóvenes: pero no a la categoría de las estudiantas.

por la autoridad de los ancianos como para enorgullecerse de sus proezas sexuales. Ni el mito de la virilidad ni la lucha de los sexos han existido jamás entre los chinos.[16] Precisamente ese hecho determina que sean tan conmovedoras las antiguas historias chinas de amor; lejos de afirmarse en sus diferencias, los miembros de la pareja se sienten vinculados por la desgracia de su condición común. La Juventud; juntos procuran luchar contra la vieja generación que los oprime. Bajo un disfraz de hombre, la heroína de los "Enamorados" inspira a su camarada de estudios sentimientos que él comparte, y para ambos el amor tiene el mismo rostro que la amistad. Es un amor-amistad que une en una misma rebelión a los seres de "La cámara roja". Liberados de las ideas "feudales", los jóvenes chinos modernos descubren así que han saltado una etapa. Los hombres y las mujeres no están separados por mitos, y no conciben sus relaciones como una prueba de fuerza.

Por lo demás, no conceden al asunto excesiva importancia. La señora Lo Ta-kang, que es profesora en la Universidad de Pekín, me dice que entre los estudiantes y las estudiantas no hay galanteo: "Son muy serios", agrega. "Quizá aún pudiera decirse que un poco demasiado serios".

Muchos matrimonios se deciden en la Universidad, pero no aparecen precedidos por ningún desorden sentimental: el trabajo continúa siendo lo esencial. Cuando dos estudiantes resuelven casarse, comunican el hecho a la administración, que toma nota de la decisión. En ese caso, se procura asignarles un mismo destino una vez que salen de la Universidad. En efecto, el Estado asegura trabajo a todos los diplomados, pero puede enviarlos donde le place; los deseos de cada uno son tenidos en cuenta, pero no siempre es posible satisfacerlos. Ocurre a veces que el marido y la mujer se ven separados durante un año o dos, pero rara vez más tiempo, pues en su forma moderna la familia cuenta con el respeto del Estado. De todos modos, el matrimonio viene después del servicio al país. En principio, se funda sobre la estima más que sobre los sentimientos. Cuando en la oficina del registro civil se pregunta a los jóvenes por qué se han elegido mutuamente como esposos, la respuesta clásica es: "Porque es un buen trabajador".

[16] El erotismo era en ellas una fuente de placeres, no un ejercicio de afirmación de la persona.

Tsai me dijo: "Los estudiantes prefieren a las muchachas que trabajan mejor". Es indudable que aparentemente el amor no representa un papel muy importante en la vida de los jóvenes chinos. Muchos observadores occidentales, incluidos algunos de los que están mejor dispuestos, critican al nuevo régimen esta austeridad. Por el contrario, esta actitud representa una herencia del pasado. Durante mucho tiempo el lecho ha sido para la mujer china una esclavitud tan odiosa que ella se preocupa ante todo de no volver a sufrir este tipo de imposición: no es el entusiasmo socialista lo que le impide soñar con el hombre, pero ocurre que acoge con entusiasmo un socialismo que la libera del hombre. En Occidente, aún la mujer que pone su profesión por encima de todo concede un valor positivo al amor. Pero para la china, de lo alto a lo bajo de la escala social, el amor está afectado por un coeficiente negativo. Me impresionó una reacción de la señora Cheng, que asistía conmigo a la representación de una ópera, en la cual había una escena de violación; la joven heroína se defendía desesperadamente de los ataques de un emperador lúbrico. "Ahí tiene por qué las mujeres chinas quisieron la revolución", me dijo fogosamente: "para tener el derecho de no amar". Alguna gente dice: "Las chinas son frías". Pero la frialdad no es una característica fisiológica: es una reacción compleja. En el caso de la china, expresa ciertamente el horror a la violación tradicional que durante siglos se identificó para ella con el amor. Es necesario que se libere totalmente del peso del pasado para poder adoptar una actitud positiva en la que se felicite de no escapar del amor, y por el contrario sea libre de amar de acuerdo con su voluntad.

Por lo tanto, puede afirmarse que el régimen está lejos de proscribir el amor como manifestación de individualismo; por el contrario, se alienta el individualismo, pues se procura liberar a las personas de los grupos que tradicionalmente las mantenían prisioneras; al mismo tiempo, se ve en el amor un sentimiento progresista. Afrontar la responsabilidad del amor es repudiar el antiguo conformismo, es demostrar autonomía: quienquiera sea capaz de lograrlo, aparece como un elemento "avanzado". Una joven asombrada por la audacia de un pretendiente, le preguntó con expresión muy seria: "¿Te afiliarías al partido?"

De todos modos, cabe afirmar que en China el matrimonio es un acto más razonado que apasionado; la solidaridad de los esposos concuerda generalmente con la que vincula a cada uno de

ellos con el país. Pero, en caso de conflicto, qué debe prevalecer: ¿la esposa o la ciudadana? En noviembre de 1954, la revista *Mujeres de la nueva China* relató un caso que las lectoras discutieron apasionadamente: "Se trataba del suicidio de una militante comunista llamada Yang-Yun.

A los treinta y siete años, Yang-Yun era secretaria del sindicato central de Fushen y miembro importante del partido. En 1933, a los dieciocho años, se había casado con un tal Shih Pin, que partió para Yenan mientras ella continuaba trabajando en la zona del Kuomintang. La guerra civil los separó, y en 1945 habían perdido todo contacto. Cuando una persona permanecía tres años sin noticias de su cónyuge la ley permitía, en 1948, volver a casarse: es lo que hizo Shih Pin. Contrajo matrimonio con otra comunista. En 1949 Yang-Yun y él volvieron a encontrarse, y ella fue a vivir con la nueva pareja. Pero el marido quiso que la situación se aclarase y reclamó la separación legal de Yang-Yun. Se le reprochó el apresuramiento de su segundo matrimonio, pero se concedió el divorcio. Entonces Yang-Yun se envenenó. Durante la suerte de referéndum iniciado por la revista, muchas lectoras acusaron al marido: pero la mayoría censuró a Yang-Yun. Cuando la patria se dispone a construir el socialismo, no es posible suicidarse por un problema conyugal. La vida de un miembro del partido pertenece al partido. Una carta llegó a afirmar que ese suicidio representaba "un acto de intolerable individualismo".

Es la doctrina oficial: el país está en primer término. Sin embargo, Yang-Yun se quitó la vida. La relación entre el amor, la voluntad de servir al país, y la de realizarse uno mismo adquiere en cada china una forma singular. Para descubrir su complejidad, sería preciso tener un profundo conocimiento de muchas de ellas. Sería grato que algún día pudiesen ofrecer un sincero testimonio de este período que ahora mismo están viviendo.

La reforma de la familia se realiza mediante la emancipación de las mujeres; pero este proceso interesa a todos los miembros de la familia, y particularmente a los niños.

Los chinos siempre gozaron de la reputación de amar a sus niños; pero la miseria los empujaba a menudo a matarlos en el momento del nacimiento, a venderlos y a explotarlos: en este sentido, el padre tenía derecho a hacer lo que le pareciera más conveniente. El Kuomintang promulgó una ley prohibiendo contratar

como sirvientas a las niñas pequeñas, o venderlas como esclavas; pero en 1937 aún había dos millones de niñas-esclavas, sin hablar de las "nueras-niñas". En las ciudades y en el campo era común el espectáculo de las niñas de ocho años agobiadas por tareas abrumadoras. Los niños también trabajaban; transportaban cubos de agua, fardos, ayudaban a los albañiles en las construcciones, a los artesanos en sus talleres. Los padres los alquilaban como a obreros. Esta explotación cobró proporciones enormes en Shanghai. Se praticaba también en todas las minas de carbón de China. Réwi Alley cuenta: [17] "Antes de la liberación, los mineros, que no tenían ni una pulgada de tierra, solo producían hijos. Muchos nacían muertos. Los que sobrevivían, comenzaban a realizar tareas pesadas en las minas a partir de los diez años, subiendo el carbón por las galerías sinuosas, que tenían apenas el ancho necesario para que ellos pudiesen trepar... estos niños jamás se lavaban. El cuerpo estaba incrustado de polvo y de sudor. Los dientes, insertados en las encías rojas y sangrantes, eran amarillos y estaban flojos. Tenían el corazón dilatado. En la espalda, en los lugares donde descansaba el bambú que sirve para llevar los fardos, había anchas placas callosas. A los veinte años, ya eran viejos..." Olga Lang,[18] que visitó las minas de los alrededores de Pekín, vio también a los niños esclavos: "Salían casi desnudos de los sombríos corredores, y los magros flancos eran visibles bajo la piel cubierta de polvo de carbón, respiraban con dificultad, llevando fardos de más de quince kilómetros. No parecían tener más de nueve o diez años, a pesar de que a veces ya habían alcanzado los catorce o los quince años. Recibían diez a quince centavos diarios, vivían en la casa, y solo trabajaban un día de cada dos. De lo contrario, se morían con demasiada rapidez, explicaba el propietario de la mina".

Aún en las categorías sociales menos explotadas, la suerte de la infancia no era feliz. En primer lugar, la mortalidad era considerable. Los partos tenían lugar en condiciones tan deplorables —muy a menudo se cortaba el cordón umbilical con tijeras sucias— que muchos bebés sufrían convulsiones algunos días después del nacimiento: esta enfermedad, llamada "la locura de los recién nacidos" en realidad era tétanos, ahora ha desaparecido. Las nuevas

[17] Yo Ban Fa, pág. 163.
[18] *La vie en Chine.*

condiciones sanitarias, la abundancia de dispensarios y de hospitales, y la vigilancia médica han reducido enormemente la mortalidad infantil. Los niños de menos de cinco años —es decir los que nacieron bajo el régimen— representan el 15.6 % de la población, mientras que los de cinco a nueve años, nacidos en los cuatro años anteriores, forman solamente el 11 %.

Además, han cambiado los métodos de educación. Se estimaba antaño que "quien bien te quiere te hará llorar". Se creía cosa normal golpear a los niños, a veces hasta matarlos. Dependían menos de la madre, eterna menor de edad, que del padre y sobre todo de los abuelos; pero las ancianas chinas, que se tomaban una revancha tardía de los infortunios de su propia juventud, a menudo eran mujeres amargadas, tiránicas y malvadas.[19] El general Pong To-Luai contó a Edgar Snow[20] que siendo niño, había volcado el plato de opio de su abuela: ésta reunió un consejo de familia, y exigió que se lo ahogase; después de una prolongada deliberación, se decidió expulsarlo de la casa: partió, a la edad de diez años, para no retornar jamás, y su único equipaje estaba formado por las ropas que tenía sobre el cuerpo. En la escuela, los niños recibían golpes de vara; o se los obligaba, una vez finalizada la clase, a permanecer largo rato de rodillas en un rincón del prado. Educados en la obediencia más estricta, en el respecto incondicional a los adultos, muy pronto perdían toda espontaneidad. Olga Lang escribe hacia 1936: "Su timidez en presencia de las personas mayores parecía excesiva. Se hubiera dicho que entre los tres y los siete años su espontaneidad y su naturalidad habían sufrido un choque violento". Esta descripción contrasta de manera conmovedora con mi propia experiencia. En la soleada nursery del parque de Pei Hai, los niños desbordaban salud y alegría en sus pequeños atavíos floridos; pero lo que impresionaba sobre todo era la confianza exuberante que demostraban los adultos, su audacia, su ignorancia de toda represión. En ningún país los niños de tres a siete años se hubiesen atrevido arrojarse de ese modo sobre extraños, a unirse a ellos riendo y parloteando. Ese día

[19] En Occidente, los abuelos representan entre el niño y la autoridad de los padres una suerte de intercesores; de ahí el clisé de la abuela "buena" y del abuelo benévolo. En la antigua China ellos detentan la autoridad: y la madre representa un papel de mediadora entre el niño y los jefes de la familia patriarcal.

[20] *Red star over China.*

yo llevaba las uñas pintadas de rojo: todos los niños me tomaron las manos, y las mostraron con aire de extrañeza a sus celadoras; y más de una niñita trató de levantarme la pollera para ver si yo tenía otra monstruosidad por el estilo. Las cuidadoras las contenían riendo, con sus cuerpos gráciles, sus trenzas, sus rostros inocentes, estas mujeres jóvenes parecen a su vez grandes niñas sensatas, y es evidente que las pequeñas alumnas de la nurserí no sienten frente a ellas una diferencia generacional. Las he observado a menudo en los parques. Mientras pasean o vigilan a su pequeño rebaño: sonríen, hablan con voz dulce, jamás imparten órdenes con voz imperativa. Me han dicho que no sólo están prohibidos los castigos corporales, sino que ha desaparecido la idea misma del castigo; se reprende al culpable, se le explican sus errores; en los casos realmente difíciles, se consulta al médico. Como resultado de todo esto, los niños crecen sin conocer el temor ni la imposición.

En las escuelas ya no se infligen castigos. Y se inculcan estos principios a los padres. La madre, liberada de la tiranía de los ancianos, ha podido establecer una relación directa con sus hijos. En las calles de Pekín jamás vi a un adulto golpeando a un niño, ni oí llantos infantiles; todos parecían felices.

Ya no hay preeminencia de los ancianos sobre los jóvenes; ya no se cree que la juventud constituya un signo de inferioridad. Por el contrario, los jóvenes son la sal de la tierra, el porvenir, el progreso. Se atribuye la mayor importancia a su educación. A fines de 1954 había en las escuelas primarias 51 millones de alumnos y 3 millones y medio en los cursos secundarios. Tienen el periódico de mayor circulación en China: 1.200.000 ejemplares. Se les suministra una abundante literatura. A partir de la liberación se han publicado 2.800 obras nuevas, con un tiraje de 60 millones. Se han escrito para ellos novelas acerca del futuro, historias ilustradas, y toda suerte de relatos. Se han traducido 850 libros, y vendido 12 millones de ejemplares de Puchkin, Mark Twain, Andersen, etc. Pero son tantos ahora los niños que saben leer que este material es insuficiente: son casi 120 millones, y faltan libros. Recientemente invitaron a los escritores a un té y les recitaron un poemita: "Vamos, escritores ¿No os avergüenza ofrecernos tan escasa literatura?" La asociación ha pedido a sus miembros que realicen un esfuerzo para satisfacer a la juventud.

Las élites infantiles se agrupan en la organización de pioneros,

que cuenta con 7.200.000 miembros de nueve a catorce años; y en la "liga de la juventud democrática" —equivalente a los komsomols soviéticos— entre los catorce y los veinticinco años, con un total de 600.000 células.

En este aspecto, el régimen no ofrece flanco a la crítica de todos modos, sus enemigos tienen algo que decir: el Estado pretendería acaparar las almas de los niños y destruir la familia. La señora F. Rais afirmaba en diciembre de 1955, en *Paris-Presse*, que una presión coordinada obliga a los niños a inscribirse como pioneros. La señora Berlioux nos asegura que al ver a los pioneros pasearse por los parques, ha pensado con inquietud en las formaciones de jóvenes nazis. Se trata de puras fantasías. Ante todo, aunque lo deseara, el gobierno está lejos de tener los medios necesarios para regimentar a todos los niños. Los 51 millones de escolares sólo representan una parte de la juventud, y el plan quinquenal prevé que será necesario esperar hasta 1957 para que el 70 % de los niños reciban enseñanza regular: hoy, ni siquiera la concurrencia a la escuela es obligatoria. En cuanto a los pioneros, 7.200.000 es una minoría; formar parte de esta organización implica asumir compromisos de trabajo y de conducta ejemplar, que no tientan a todos; lejos de obligar a los niños, por el contrario se niega este honor a los que no son escolares modelo. Un filme que me contaron muestra la situación de un niño y una niña que quisieran ser pioneros, pero que no pueden lograrlo a causa de sus defectos: irresponsabilidad, pereza, indisciplina, etc., sólo al precio de duros esfuerzos, y ayudándose mutuamente, acaban por conquistar la gloriosa corbata roja. Es necesario haber decidido de antemano que el régimen de la nueva China es un totalitarismo para evocar a las juventudes hitlerianas cuando se contempla a los pioneros bailar sus rondas en medio del parque Pei Hai, o ascender a la carrera la colina de carbón.

En cuanto al "adoctrinamiento" de los niños, es cierto que se les enseña a amar a su país, a querer servirlo, a respetar la moral vigente, y que se les inculca la ideología correspondiente al régimen en que viven: de todos modos, ¿no es eso lo que se hace por doquier? Si los educadores chinos son más convincentes que sus colegas norteamericanos, me parece que el hecho constituye un mérito y no un defecto que deba inscribirse en su pasivo.

Es absolutamente falso que el conjunto de las instituciones, de la enseñanza y la propaganda procure apartar a los niños de sus

familias: esta última continúa siendo la piedra angular de la sociedad. En la mayoría de las nurserís —por otra parte, todavía muy poco numerosas— los niños sólo están durante el día. La nurserí de Pei Hai está destinada a los niños cuyos dos padres trabajan en los organismos estatales; los recibe cuando tienen tres años, y cesan de concurrir a los siete años. Entretanto, el padre y la madre vienen a verlos con la frecuencia que desean; todos los sábados por la tarde el niño vuelve a su casa, y retorna a la escuela el lunes por la mañana; jamás pierde contacto con su familia. En cuanto a los pioneros, los tres hijos de profesores a quienes visité pertenecen a esta organización. La madre se echó a reír cuando le pregunté si se manifestaba algún conflicto entre "el espíritu pionero" y "el espíritu familiar". Por el contrario, me respondió; una de las primeras cosas que se exige de los pioneros es que ayuden a sus padres a arreglar la casa, realizar compras, limpiar la vajilla, poner la mesa, y obedecer las órdenes que se les imparten. Participan en fiestas y excursiones: pero ello no les impide pasar muchos domingos con los padres. El sentimiento familiar continúa siendo profundo en China. Los hogares jóvenes, aunque vivan en situación acomodada, de ningún modo desarrollan una vida mundana: pero en todo caso, visitan con frecuencia a los padres. Y en el campo ya he señalado que varias generaciones aún viven bajo el mismo techo.

Se objetará que la moral oficial y los materiales de propaganda que la difunden proclaman que en caso de conflicto entre el país y la familia, es preciso dar preferencia al país: pero ocurre que en caso de conflicto la moral occidental formula las mismas exigencias. Me disponía precisamente a redactar este capítulo cuando llegó a mis manos un reportaje retrospectivo de *París-Presse*, en el que se relata una carrera de automóviles en la que participó hace años Louis Renault. Se le informó en medio de la prueba que su hermano acababa de sufrir un accidente mortal; apretó valerosamente la mandíbula, y puso en marcha el motor: los intereses superiores del altomóvil estaban en juego. En Francia siempre se atribuyó elevado valor moral y la subordinación de los sentimientos familiares a empresas elevadas, y muy especialmente a la guerra. Se admira a los padres que aceptan con una sonrisa en los labios que su hijo arriesgue la vida en Indochina y Argelia. Ciertamente, entre nosotros la tradición patriarcal se ha mantenido muy viva; se considera cosa legítima y grandiosa el sacrificio

Escaneado con CamScanner

del hijo por el padre: [21] lo que indigna, en el caso de los chinos, es que prediquen sobre todo la subordinación de la piedad familiar al amor de la patria. Las reacciones escandalizadas de los burgueses occidentales son tanto más hipócritas cuanto que, aparte cualquier problema de heroísmo, la solidaridad familiar en los países capitalistas es extremadamente laxa; tan pronto los intereses financieros entran en juego, los lazos de sangre carecen de importancia. Estos últimos son mucho más estrechos aún hoy en China, y el régimen de ningún modo procura destruirlos: sólo trata de quitarles su carácter sacro. La piedad filial debe convertirse en una relación humana, y no en un principio de alienación.

El examen de las estadísticas nos induce a proponer inmediatamente un problema: ¿Cuál es la política de China acerca de la natalidad? Los occidentales admiraban otrora la feliz armonía preestablecida que reducía —mediante inundaciones, penurias, el cólera, la mortalidad infantil— el número de chinos vivos. Hoy algunos deploran que el régimen se haya opuesto vigorosamente a esta sabiduría de la naturaleza. Tales son los hechos: se ha puesto freno a las epidemias, se controlan los cataclismos, y la mayoría de los niños que vienen al mundo permanecen en él. Anualmente nacen treinta y siete personas por millar de habitantes, y solo mueren diecisiete: en un año la población aumenta en diez millones. Cada cuatro años aparece en China el equivalente de la población italiana, o francesa. Ahora bien, es difícil asegurar a todos los chinos un nivel de vida adecuado; los dirigentes prometen a las masas un mejoramiento progresivo de su suerte: pero si la población continúa multiplicándose, ¿adónde se llagará? Por ejemplo, el plan quinquenal prevé que en 1957 un 70 % de los niños frecuentará la escuela primaria. Si de aquí a 1959 nacen 40 millones, ¿no volveremos a encontrarnos con una enorme proporción de analfabetos? Me parece que un pueblo que ha asumido el control de su propio destino no puede aceptar esta proliferación desordenada. Uno de los factores que han asegurado a Estados Unidos su prosperidad es su política anticonceptiva. Por el

[21] Toda la derecha ha exaltado la conducta del general franquista que dejó fusilar a su hijo antes que entregar el Alcázar. Si durante la guerra civil un joven chino hubiese sacrificado a su padre por la causa comunista, se hablaría con horror de la "violación de su conciencia" por el partido.

contrario, India está abrumada por un exceso de habitantes que no es posible alimentar. Así, pues, ¿cuál es la posición del régimen chino con respecto al control de los nacimientos? He interrogado a una vicepresidenta de la Asociación de Mujeres, que me respondió con cierta turbación: "En las ciudades, los hogares planifican los nacimientos; el método es menos útil en el campo. Se autoriza el aborto en caso de peligro: de lo contrario, es un crimen castigado por la ley". Felizmente, obtuve respuestas más precisas en el curso de una conversación con el viceministro Teh'en Yi, que nos recibió alrededor del 1º de octubre.

La pregunta provocó su sonrisa. "Ya me la han formulado", dijo. "Algunos laboristas ingleses me preguntaron si el aumento de la población no desembocaría inevitablemente en el imperialismo". Agrega, ligeramente irritado: "Les contesté: India está sobrepoblada, Inglaterra no: sin embargo, Inglaterra fue el país que conquistó a India". Luego, nos explicó detenidamente que el único problema es saber si la economía de una nación es o no imperialista. Ahora bien, China no tiene ningún proyecto en relación con el resto del mundo. Posee inmensos recursos naturales, aún no explotados: El excedente de su población será reabsorbido fácilmente dentro de sus propias fronteras. Nos habla de Sikiang, que ahora solo está habitado por nómades, y de las restantes tierras vírgenes que esperan ser colonizadas. Abundan el carbón, el hierro y el petróleo. Se necesitan brazos para extraerlo. Y en el interior del país se proyecta crear grandes centros industriales. Es verdad que ahora hay cierto grado de desocupación: ello no significa que sea necesario reducir la población. La desocupación desaparecerá cuando se haya alcanzado una etapa superior de explotación: en previsión de ese futuro próximo, es preciso, por el contrario, aumentar la fuerza de trabajo disponible, y por lo tanto el número de trabajadores. China necesita elevar su producción para satisfacer las necesidades de su población: pero ésta se elevará únicamente si la población aumenta. Las ciudades cuentan hoy con 100 millones de habitantes; no se aumentará la cifra en cada aglomeración: pero se crearán otras nuevas.

Por lo tanto, ¿China no se propone limitar los nacimientos? Sí. La superabundancia de la natalidad ha provocado excesivo número de males: mortalidad infantil, infanticidio, etc. El gobierno estima que la prosperidad de cada uno y de todos exige en este aspecto una política racional. No se trata de aplicar un malthu-

sianismo que se opondría al espíritu del marxismo, sino de una "planificación". Se desea que las jóvenes parejas esperen dos o tres años antes de tener el primer hijo, que las madres que ya están cargadas de niños tengan un respiro, que todos los hogares puedan equilibrar su presupuesto y organizar su existencia. Por lo tanto, se esboza una política de natalidad con características ponderadas. Por una parte, China tiene necesidad de brazos. "Por eso no hemos iniciado ningún movimiento", dice Chen-Yi: "Hubiéramos corrido el riesgo de sobrepasar el objetivo". Pero es necesario defenderse contra los peligros de la sobrepoblación. Por consiguiente, sin ejercer presiones de carácter imperioso, se difunden los métodos anticonceptivos.

Luego supe que esta corriente había comenzado a delinearse en 1954. En el Congreso Nacional Popular, un anciano dirigente de setenta y tres años, Chao Li-tseu, declaró: "Para las madres es una pesada carga dar a luz año tras año. No hablamos de aborto, pero es necesario difundir el conocimiento de los métodos anticonceptivos; es necesario impartir directivas prácticas en cuanto al método y a los medios de controlar los nacimientos". En diciembre, este dirigente escribió en el cotidiano pequinés *Kuang-ming* que el Estado autorizaba el control de la natalidad. La publicación mensual *Mujeres de China* publicó en enero y marzo de 1955 instrucciones detalladas sobre los métodos anticonceptivos, y por su parte el ministro de higiene supervisa la fabricación de pesarios. Con respecto al aborto propiamente dicho, la ley se muestra tolerante: "Se permite el aborto en todos los casos en que la continuación del embarazo no es recomendable, o si el número de nacimientos es excesivamente frecuente. Es preciso el consentimiento del padre, de la madre, un certificado médico y la aprobación de un representante autorizado del gobierno". De hecho, se concede la autorización a partir del quinto hijo. En todas las maternidades y dispensarios, al mismo tiempo que se dispensan cuidados a las mujeres jóvenes, se les enseña las prácticas anticonceptivas; aún parece —no lo he visto, pero muchos amigos me lo confirmaron— que la propaganda utiliza en este tema carteles y anuncios de extrema crudeza. Tsai me informa también que en todas las farmacias se venden las "drogas" necesarias.

Esta línea ha sido confirmada nuevamente en setiembre de 1956, en el VIII congreso de Partido Comunista chino. La señora Ts'ai tchang, presidenta de la federación de mujeres democráticas, ha

declarado que China deberá aplicar resueltamente el control de los nacimientos. En ese sentido, se habían elaborado directivas desde el mes de marzo, y la prensa las difundió ampliamente.

Los anticomunistas acusan a la nueva China de destruir la familia y de aniquilar al individuo: ambas afirmaciones son falsas. Se conserva y respeta la familia en la medida en que se funda sobre relaciones libres entre individuos; lo que se ha destruido es la alienación de la persona en beneficio de una institución opresora e imperiosamente sacralizada. Los reaccionarios destacan el "maquiavelismo" de esta política: afírmase que su único objetivo es facilitar la colectivización de las tierras. Por el contrario, me parece notable que el utilitarismo económico aparezca estrechamente unido a una posición humanista. Hoy, en China, la infraestructura y la superestructura se vinculan tan estrechamente que en ciertos dominios se confunden; el factor social posee una dimensión económica; pero la productividad depende del factor humano: la marcha hacia el socialismo implica la emancipación del individuo, la afirmación de su derecho al disponer de sí mismo. El matrimonio y la maternidad se han liberado. Se atribuye al amor carácter de valor "progresista". Lejos de contradecirse, las aspiraciones personales y las obligaciones hacia el país concuerdan: para bien de todos, cada uno debe tener su propio valor. El camino de la colectivización es también el que permite que la mujer alcance una dignidad humana, y que los jóvenes gocen de libertad. La burguesía, que se enorgullecía otrora de haber descubierto la felicidad para beneficio de Europa, debería admirar que en China se haya convertido en la base misma del civismo.

4

LA INDUSTRIA

Toda la economía de este gran país agrícola que es China está regida por un imperativo: industrializarse. El examen del presupuesto nacional suministra interesantes detalles acerca de este punto. En 1955,[1] la renta de China se elevaba —incluyendo el remanente del año anterior— a 31.192.520.000 yens; 28.049.180.000 correspondían al año en cuestión. Estos ingresos se distribuían así: impuestos y gravámenes, 49,13 %; beneficios de las empresas estatales:[2] 39,63 %, seguros y créditos: 11,24 %. Por consiguiente, la principal fuente de ingresos está representada por los impuestos y gravámenes. El Estado percibe el 25 % de los beneficios industriales y comerciales, y sólo del 3 al 12 % de los beneficios agrícolas; pero como el campesinado constituye la inmensa mayoría de la población, en la clase que alimenta esencialmente el tesoro nacional. Por otra parte, los gastos se distribuyen así: educación 12,95 %, administración 7,54 %, defensa nacional 24,19 %, varios 4,18 %; el 47,72 % se consagra a la construcción económica, que absorberá también, al año siguiente, el remanente del 3,12 %; la mayor parte de estas inversiones va a la industria pesada. Estas cifras dibujan claramente la línea general de la economía china: China utiliza las riquezas que extrae de su suelo para crear la industria pesada que es necesaria con el fin de asegurar la prosperidad del país y su autonomía.

En el curso del año 1956 en Europa socialista se discutió la tesis de la primacía de la industria pesada; ciertamente, es un

[1] Los presupuestos de 1954 y 1956 son análogos a éste.

[2] Se incluyen en esta cifra los beneficios obtenidos por el Estado en las empresas mixtas.

error creer a priori que constituye una tesis universalmente válida. Pero si en setiembre de 1956 el VIII congreso del Partido Comunista Chino la reafirmó, lo hizo por razones muy concretas. La situación de China nada tiene que ver con la de Hungría o de Polonia. Lejos de sacrificar la masa china a un principio abstracto o a un porvenir mítico, como pretenden los anticomunistas, el régimen, al impulsar la industria pesada, sirve los intereses a la vez lejanos e inmediatos de toda la población. Esta crece rápidamente; para subsistir, para mejorar su nivel de vida, es necesario elevar considerablemente el rendimiento agrícola: este progreso —y sobre todo la recuperación de las tierras vírgenes— exige tractores y camiones; se necesitan grúas y aplanadoras para realizar los grandes trabajos que son indispensables desde el punto de vista del desarrollo económico: caminos, puentes, ferrocarriles, diques y canales. La industria reclama máquinas. Para satisfacer necesidades tan vastas, un pueblo de 600 millones de habitantes sólo puede contar consigo mismo: la ayuda soviética sólo podría representar el punto de partida. Si renuncia a industrializarse, China se vería obligada a permanecer indefinidamente como vasalla de la Unión Soviética, y además una vasalla miserable: Recaería en el ciclo infernal de la superpoblación y el hambre. Optar por un destino semejante sería tanto más insensato cuanto que China posee recursos inmensos: carbón, petróleo, mineral. El retraso de su industria no se origina en la pobreza de su subsuelo, sino en las condiciones históricas: la falta de un capitalismo nacional y la semicolonización que se le impuso. En China sólo podría existir industria pesada desde el momento en que la nación asumiese el control de su propio destino; inversamente, China sólo alcanzará una verdadera autonomía el día en que el nivel de su industria sea suficientemente elevado. Para comprender el sentido y las modalidades de su esfuerzo actual, ante todo es necesario considerar la situación que la nueva china ha heredado.

Los comerciantes occidentales que pretendieron organizar en China factorías análogas a las que habían creado en India, al principio se sintieron decepcionados. "Mi imperio abunda en toda clase de riquezas, y nada necesita", escribía orgullosamente K'ien-long a Jorge III. Los mercaderes que venían de Inglaterra costeando el Cabo de Hornos hacían escala en México, para aprovisionarse

de dólares, con los que compraban seda y té a los chinos: no les vendían casi nada. La guerra del opio invirtió la situación. A partir del tratado de Nankín, la balanza comercial fue siempre desfavorable a China. De todos modos, los capitalistas extranjeros sólo obtuvieron limitadas ganancias del mercado chino. A fines del siglo XIX llegaron a la conclusión de que era más ventajoso invertir fondos en los ferrocarriles y el tráfico marítimo, y utilizar la mano de obra china para crear una industria en los territorios anexados.

La economía colonialista se caracteriza por la búsqueda de la ganancia inmediata; no le interesa equipar el país al que está explotando: evidentemente, no se trata de desarrollar en él una industria pesada. Se invierten capitales únicamente en las empresas que garantizan una tasa de ganancias por lo menos igual a la que se obtiene en las regiones desarrolladas. Esta condición también excluye totalmente la organización de una industria liviana. En general, los colonos importan a la colonia artículos manufacturados, y utilizan del modo que más les conviene las fuerzas productoras existentes: mano de obra, recursos naturales y artesanado indígena. El caso de China tenía contornos especiales: poseía una civilización artesanal desarrollada, y el nivel de vida de los habitantes permitía derivar hacia el interior del país algunos bienes de consumo. Por lo tanto, los capitalistas extranjeros no se limitaron a asegurar el control de las industrias extractivas; consideraron provechoso transformar inmediatamente algunas de las materias primas suministradas por el país: algodón y seda. En efecto, las industrias textiles exigen capitales relativamente reducidos; y las telas de algodón —en la clase superior, las de seda— son productos de primera necesidad para el consumidor chino. Sobre estas mismas bases se crearon manufacturas de productos alimenticios, de fósforos y de objetos que respondían a necesidades inmediatas. Estas fábricas fueron distribuidas de manera irracional: No en función de las fuentes de materias primas y del mercado interior, sino excéntricamente, en los puertos de mar que los occidentales habían obligado a abrir, y sobre todo en Shanghai.

Esta injerencia extranjera arruinó al artesanado chino. Determinó la aparición de una clase de mercaderes y de "compradores" que sirvieron como intermediarios entre el pueblo chino y sus ex-

plotadores.[3] Paulatinamente, algunos de estos comerciantes comenzaron a utilizar máquinas y se transformaron en industriales. En 1861 algunos comerciantes de Fu-tcheu compraron máquinas para producir panes de té; en 1863 se inauguraban en Shanghai máquinas para descortezar el arroz. Los terratenientes, los grandes funcionarios y los compradores invirtieron capitales en distintas empresas. En 1853 se fundaron los Astilleros de construcción naval de Kiangnan, y a partir de 1872 la "Compañía china de navegación de vapor" comenzó a competir con las compañías extranjeras. En 1882 el gobierno chino instaló en Shanghai, con la cooperación de capitales privados, una hilandería moderna; se organizaron otras en Wu-chen y en Hang-tcheu; y en adelante comenzó a producirse seda en hilanderías con motores de vapor. Los compradores se convirtieron en patronos autónomos. Sin embargo, el desarrollo del capitalismo chino estaba trabado por los "tratados injustos", y por la ausencia de protección aduanera.

La naciente burguesía no podía resignarse al régimen semicolonialista que los emperadores manchúes habían dejado instaurar; reclamaba el control político del país. Cuando en 1898 el gobierno, derrotado por los japoneses, se encontró considerablemente debilitado, la burguesía trató de aprovechar el hecho para exigir reformas. Aspiraba a la independencia nacional, a la libertad económica y a la conquista de derechos políticos. Su principal líder, K'ang Yeu-wei, deseaba para China un régimen análogo al que el emperador Meiji acababa de establecer en Japón. La anciana emperatriz viuda T'seu-hi consiguió que estos planes fracasaran.

La burguesía no aceptó la derrota; sobre todo en los países de ultramar vivían grupos de chinos ricos, descendientes de los emigrados pobres que habían buscado fortuna en Estados Unidos, en la sislas Hawaii, y en las colonias inglesas, francesas y holandesas de Asia. Imbuida de ideas modernas, esta próspera burguesía tenía un carácter progresista: ella provocó la revolución de 1911. Una vez derrocados los manchúes, China vivió varios años en la anarquía. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial y

[3] El término "comprador" fue tomado de los portugueses, porque sólo en las colonias portuguesas actuaba este tipo de traficante. Los occidentales eran incapaces de tratar directamente con los trabajadores y los productores chinos, cuya lengua y costumbres ignoraban. Aprovechando de unos, presionando a los otros, los compradores formaban una clase despreciada y detestada.

la indignación provocada por el Tratado de Versalles provocaron un despertar nacional que en 1919 determinó la aparición del "Movimiento del 4 de mayo". Se concertó entonces una alianza entre la burguesía y el proletariado, que comenzó a organizarse y a convertirse en una fuerza.

Hasta ese momento, los obreros chinos nada habían podido hacer contra los explotadores extranjeros. El privilegio de extraterritorialidad protegía a los especuladores y aventureros de Occidente contra cualquier sanción: nada podía frenar su codicia. La superabundancia de mano de obra y la miseria campesina garantizaban a los patronos ilimitadas reservas humanas. La situación era la misma que en los países colonizados: los capitalistas compraron al precio más bajo posible una fuerza de trabajo que se les ofrecía en cantidad prácticamente ilimitada, pues había dos millones de obreros sobre una población de cuatrocientos millones de habitantes. No reconocían ningún derecho a los indígenas a quienes empleaban. Las huelgas estaban prohibidas. No se permitía formar asociaciones sin una autorización especial.

De todos modos, los obreros organizaron asociaciones secretas: Asociación de los tres puntos, la Corporación roja, la Sociedad del Cielo y la Tierra; tenían bases a veces corporativas y a veces locales; se proponían ayudar a sus afiliados y defenderlos contra los patronos; pero aún no estaban en condiciones de realizar la segunda parte de su programa.

En 1897, los culíes que trabajaban en Shanghai con pequeñas carretillas de transporte realizaron una huelga: es la insurrección más antigua que señala el comienzo de la lucha obrera china. El consejo municipal —donde no figuraba ningún chino—, que percibía un impuesto sobre los carritos, decidió aumentarlo de cuatro a seis centavos. Cinco mil culíes penetraron en la concesión internacional y libraron encarnizada batalla contra la policía. Hubo dos muertos. Los huelguistas consiguieron imponer su posición. Pero los occidentales no aceptaron la derrota; obligaron al consejo a renunciar, y el nuevo consejo mantuvo el aumento del impuesto.

El movimiento obrero comenzó a constituirse realmente a partir de 1918; en ese momento el proletariado se sintió apoyado por toda la nación, que se volvía con profundo sentimiento de odio contra los occidentales y los japoneses. Ciento cuarenta mil obreros habían ido a trabajar a Europa durante la guerra de 1914-19;

el contacto con el proletariado occidental les ayudó a rebelarse contra las condiciones que soportaban, y estos hombres predicaron la necesidad de la acción a sus camaradas. En Shanghai, el año 1918, los obreros de las hilanderías japonesas iniciaron una huelga. A consecuencia de la escasa cosecha recogida en el valle del Yang-tzé, el precio del arroz había aumentado considerablemente; los obreros exigieron un aumento de un dólar por mes, rechazado por los patronos. El 20 de junio, cuatro mil obreros abandonaron el trabajo y destruyeron las máquinas. Se les concedió tres *tus* —es decir, alrededor de treinta libras— de arroz por mes, como suplemento del salario, hasta que se restableciera el precio normal.

A partir de 1919 las leyes que prohibían las asociaciones y las huelgas prácticamente fueron abolidas. Los estudiantes agitaron en las calles, y apoyaron con manifestaciones las insurrecciones obreras. En 1921, el líder de la revolución burguesa, Sun Yat-sen, se instaló firmemente en el Sur. Bajo el nombre de tridemismo, el Kuomintang, acaudillado por este jefe, reivindicó la aplicación de tres principios: independencia nacional, democracia, felicidad del pueblo. El Partido Comunista, fundado en Shanghai en 1921, colaboró con el Kuomintang durante varios años la burguesía y el proletariado formaron una suerte de frente nacional. El Partido Comunista chino organizó a los trabajadores. Joffe, delegado secreto de la Unión Soviética, recorrió China en 1922 e imprimió vigoroso impulso al movimiento obrero. Los sindicatos se desarrollaron rápidamente. En 1922, 1925 y 1926 se celebraron en Canton los congresos de la federación del trabajo. En 1925, Canton tenía 125.573 obreros sindicalizados, a pesar de que la población obrera era reducida. Ese número se elevaba a 120.000 en Shanghai.

Durante este período la lucha obrera fue particularmente intensa. En 1922 los marineros de Hong-Kong declararon la huelga contra los ingleses, que habían querido suprimir los sindicatos: después de ocho semanas de una lucha sangrienta, las autoridades inglesas debieron aceptar el aumento de los salarios, la reapertura de los sindicatos, la liberación de los huelguistas arrestados, y el pago de pensiones a los heridos y a las familias de los muertos. Entonces los barqueros del Yang-tzé iniciaron una huelga de tres semanas, en la que también triunfaron. El Partido comunista había organizado con especial cuidado a los ferroviarios; en 1922-23 este sector inició numerosas huelgas. La más violenta

fue la que se realizó en la línea Pekin-Hankeu, iniciada el 4 de febrero de 1923; los ferroviarios reclamaban el derecho de organizarse libremente en sindicatos. Como los ingleses habían ejercido presión sobre los jefes militares de china del Norte, el 7 de febrero se inició la represión armada de la huelga. En 1922 también hubo huelgas dirigidas contra los patronos ingleses en las minas de hulla de Kailuan, y del 1º de julio al 9 de agosto de 1925 en las minas de Tsiaotso.

El episodio más resonante fue la serie de huelgas organizada en Shanghai, el año 1925, por militantes sindicales, en su mayoría comunistas. La patronal quiso establecer en ciertas fábricas el salario a destajo: los obreros se opusieron con éxito. Alentados por esta victoria, treinta mil trabajadores reclamaron aumento a sus patronos japoneses. Tomaron por asalto las manufacturas japonesas, bajo la mirada complaciente de la policía china. Poco después, estalló una nueva huelga en la hilandería japonesa de Wai-wai-mien. Los patronos declararon el lockout. El taller número 7 rehusó evacuar los locales. Los guardias japoneses hicieron fuego, hiriendo a siete obreros y matando al jefe del taller Ku-Tchen-hong, militante comunista. Cinco mil obreros asistieron a sus funerales. Los estudiantes organizaron una manifestación de solidaridad; la policía de la concesión detuvo a varios. El 30 de mayo se reanudaron las manifestaciones; la multitud desfiló con banderas. De nuevo hubo detenciones. La muchedumbre quiso liberar a los detenidos e invadió el puesto policial de Nankín Road. El inspector británico dio orden de tirar: hubo doce muertos y quince heridos graves.

El incidente de Nankín Road desencadenó la cólera de toda la nación: por doquier estallaron huelgas y manifestaciones. En Shanghai se declaró la huelga general, y los negocios cerraron. Se proclamó la ley marcial. Entraron al puerto varias naves de guerra, desembarcaron fusileros marinos y hubo choques sangrientos. Doscientos mil obreros y empleados de las firmas extranjeras prolongaron la huelga. Aún la patronal china —y hasta los banqueros y los generales— se incorporaron al movimiento. Exigieron la revisión de los tratados y la abolición de la extraterritorialidad. Los occidentales disponían de una fácil respuesta: eran dueños de las centrales eléctricas, de modo que cortaron el fluido que suministraban a las fábricas chinas. Los patronos abandonaron la lucha, y poco a poco se restableció el orden occidental. En Hong-Kong

el 19 de junio comenzó una huelga general en la que participaron más de doscientos cincuenta mil obreros. Duró un año y cuatro meses, y fue apoyada por todo el pueblo chino.

Sin embargo, la burguesía china comenzó a temer la fuerza representada por el proletariado. Entendió que el capitalismo extranjero representaba para ella un aliado menos peligroso, y prefirió pactar con él. Cuando murió Sun Yat-sen, los dirigentes del Kuomintang, favorables todos al comunismo, se instalaron en Hankeu; el jefe militar Chiang Kai-shek abordó la tarea de someter a toda China. El 21 de marzo de 1927, mientras el ejército de Chiang se acercaba a Shanghai, seiscientos mil obreros bajo la dirección de Chu En-lai se apoderaron de los puntos claves de la ciudad: las comisarías, el arsenal y la guarnición. Se armó a cinco mil de ellos, creando seis batallones, y se proclamó el gobierno del pueblo. A su llegada, el 22 de marzo, Chiang fue recibido por un ejército popular triunfante; la concesión extranjera vio con inquietud que sobre los techos flotaba el sol blanco en fondo azul del Partido Kuomintang.

Pero los ricos terratenientes, los grandes comerciantes y los industriales estaban atemorizados; el interés nacional cedió el lugar a los intereses de clase, y la burguesía china negoció con Chiang. Los banqueros le informaron, por intermedio del cónsul de Francia, que lo apoyarían únicamente si rompía con los comunistas. Chiang se inclinó por el orden burgués. Contrató a los asesinos de Tu Yue-sen, pistolero enriquecido por el tráfico de opio; el 3 de abril de 1927, "limpiaron" a Shanghai a tiros de ametralladora y con granadas. Muchos comunistas fueron masacrados; los que cayeron prisioneros, murieron a causa de las torturas. Chiang se apoderó de Han-keu e impuso el terror blanco.

En adelante, los comunistas sólo pudieron desarrollar una actividad clandestina. Se reprimió severamente el movimiento obrero. Una ley fijó, el 21 de octubre de 1929, la nueva situación legal de los sindicatos: reorganizados sobre la base de la cooperación, establecían el sometimiento de los trabajadores a la patronal. Se limitó estrechamente el derecho de huelga, y en 1930 se lo suprimió casi totalmente. El proletariado se vio reducido a la impotencia.

Al romper su alianza con la clase obrera, la burguesía china se privaba de todo recurso contra el imperialismo extranjero. Algunos grandes trusts se apoyaron sobre él para monopolizar la indus-

tría china; estaban encabezados por las "cuatro familias": Tchang, T. V. Soong, H. H. K'ong y Tch'en. Estos grupos contribuyeron a aplastar al pequeño capital. La burguesía china se dividió. "La burguesía nacional es una clase que posee una idiosincrasia dualista", escribió Mao Tse-tung. "Se opone al imperialismo y a los elementos semifeudales, pero como no ha roto totalmente sus vínculos con éstos, carece de coraje en su actividad revolucionaria. Es un aliado relativamente bueno para nuestra causa, pero es esencial que nos mostremos vigilantes frente a esta capa social".

Incapaz de conquistar por sí misma la autonomía económica, la burguesía fracasó también en sus esfuerzos por mantener sus reivindicaciones nacionalistas: fue vencida por el imperialismo japonés. Los japoneses habían fundado en el norte de Shanghai una comunidad a la que se llamaba "la pequeña Tokio"; las casas chinas estaban arregladas de acuerdo con los hábitos japoneses; ese sector incluía a unos treinta mil japoneses. Cuando Japón ocupó Manchuria, Shanghai reaccionó boicoteando los productos japoneses; un "comité antijaponés de salud pública" vigiló que no se comprasen ni vendiesen mercaderías de origen japonés: los comerciantes japoneses se vieron amenazados por la ruina. Los sentimientos antijaponeses eran tan violentos que el 18 de enero de 1932 cinco bonzos japoneses fueron maltratados en los barrios de la ciudad. El cónsul japonés exigió la cesación del boicot. El alcalde de Shanghai le prometió adoptar medidas. Pero, de pronto, el 28 de enero, a las 11.25 de la noche, el almirante japonés desembarcó tropas; los camiones cargados de soldados se distribuyeron en las calles, mientras los aviones bombardeaban la estación del Norte y los barrios vecinos. Tchapei fue devastada. Seiscientos mil chinos se refugiaron en la concesión. La mayor imprenta de toda China y la universidad fueron incendiadas, lo mismo que algunas escuelas y tiendas. Bruscamente, después de haberse apoderado de la ciudad, los japoneses se retiraron, disculpándose de lo que Tokio denominó "un error".

Pero cinco años después, en 1937, los japoneses ocuparon definitivamente Shanghai. Un proletariado organizado habría podido ofrecer resistencia, o por lo menos transportar las fábricas al interior del país; ninguna fuerza se opuso a la agresión japonesa y la asolada Shanghai se convirtió en "un cementerio de la industria

china".[4] La mayoría de las máquinas fue trasladada al Japón, y ochocientos mil obreros quedaron sin trabajo; dos millones de chinos se refugiaron en las concesiones; había además medio millón sin techo, obligados a dormir al raso. Trescientos mil estaban apiñados en una "zona neutra" que era un verdadero campo de concentración. Los habitantes morían como moscas a consecuencia del hambre, el cólera y el tifus. Los japoneses ocuparon Nankin y Pekín, a pesar de la guerra de resistencia llevada laxamente por Chian Kai-shek y con energía por las guerrillas rojas. Una parte de la burguesía aceptó colaborar con los japoneses; una fracción importante rehusó seguir ese camino y depositó sus esperanzas en la revolución. "Por una parte el carácter revolucionario, por otra el espíritu de compromiso: he ahí el doble rostro de la burguesía china" escribía Mao Tse-tung[5] en 1940.

De lo anterior se desprende que en China la lucha de clases no se desarrolló de ningún modo según el esquema conocido por occidente. En Francia, en Estados Unidos, el patrón depende del obrero en tanto que capitalista y que consumidor; sus compatriotas exigen que explote a los trabajadores, no sólo en beneficio propio, sino también en el interés de la nación: en el curso del siglo XIX, el proletariado, productor de las riquezas nacionales, se convirtió paulatinamente en una fuerza. Los industriales extranjeros habían basado sus derechos sobre China en la fuerza de las armas; y no vacilaron en defenderlos mediante las armas: los chinos no tenían la menor posibilidad de ejercer ningún control o alguna forma de presión. Y en cuanto a los mismos industriales, en nada les preocupaba el interés general, y sólo atendían a su beneficio inmediato. Como en las colonias propiamente dichas, su política consistía en extraer del nativo la mayor cantidad de fuerza de trabajo por el menor precio posible. Como la reserva de mano de obra era inagotable, para ellos la vida humana carecía absolutamente de valor. Más que una ciudad industrial clásica, Shanghai parecía un inmenso campo de trabajo forzado, donde los compradores representaban el papel de "kapos", y los extranjeros eran amos absolutos. Lo que agravó aún más la condición de los obreros fue el hecho de que se convirtieron en víctimas, no sólo de la avidez a corto plazo de los occidentales, sino de la avidez de al-

[4] Edgar Snow, *Scorched Earth.*
[5] *La nueva democracia.*

gunos de sus compatriotas. El sistema de los contratos había sido abolido rápidamente en Europa; pero en China, el patrón extranjero, imposibilitado de mantener un contacto directo con el obrero chino, debió apelar a un intermediario; entregaba cierta suma a un comisionista, que se encargaba de suministrarle determinado trabajo; por una parte, después de negociar elegía al que le ofrecía el precio más bajo; por otra el intermediario procuraba obtener los mayores beneficios posibles a costa de los obreros: estos últimos sólo recibían el 70 %, o el 50 % ó aún el 20 % de la suma pagada por el patrón. Se les exigía un número abrumador de horas de trabajo. Jamás se llevó tan lejos el *sweating system* (explotación negrera). Como recibían salarios de hambre, estaban alojados en pocilgas, y trabajaban en condiciones sanitarias abominables durante jornadas de doce y a veces quince horas, y estaban obligados por la miseria a enviar a la fábrica a sus mujeres y sus hijos, la condición de los obreros era inferior a la de cualquier país del mundo; sólo en Egipto e India el nivel de vida de los trabajadores ha alcanzado niveles tan bajos, de acuerdo con la opinión de todos los investigadores, y aún en estos dos países tenían alojamientos menos sórdidos que en Shanghai.

"Es probable que China tenga las peores condiciones de trabajo del mundo, no sólo comparada con Europa y Estados Unidos, sino aún con India y Japón. En China no hay ningún tipo de ley eficaz que proteja a los obreros", escribía en 1924 Thomas Tchu, uno de los dirigentes del departamento industrial de la Y.M.C.A.[6] La mayoría de las familias obreras vivía en especie de chozas, protegidas por esteras de paja. En su tesis sobre "El movimiento obrero en China",[7] Tsing Khin-tchuen, al comentar una investigación de Tchu que ofrece, según afirma "todas las garantías de veracidad y exactitud" llega a la siguiente conclusión: "Los obreros viven amontonados en tugurios cuyo número ha aumentado constantemente; estas zahurdas son tan horribles que no se ha visto nada semejante en los países de Occidente, ni siquiera en China, salvo en épocas extraordinarias de hambre, inundaciones o calamidades análogas". Cuando no tenían familia, los obreros se acostaban en dormitorios comunes, a menudo infestados de pará-

[6] Citado por A. Anderson, *Humanity and Labour in China.*
[7] Lyon, 1929.

sitos, amontonados sobre los *K'ang*; en muchas fábricas dormían en los mismos talleres, en el suelo o sobre banquetas.

De acuerdo con la investigación iniciada [8] en 1928 por la oficina municipal de Shanghai: "En una palabra, puede afirmarse que el nivel de la vida obrera en Shanghai es superior al que hallamos en otras ciudades de China, pero inferior al de otros países del mundo. Además, el presupuesto familiar de los obreros es deficitario. Para compensar este déficit, un cuarto de los ingresos proviene de préstamos tomados a un interés excesivamente elevado; o bien el obrero pide dinero a los establecimientos de empeño. Poco a poco el interés de estos préstamos aumenta, y se agrava el déficit del presupuesto".

En efecto, en Shanghai había muchas casas de empeño que tenían sobre el frente la indicación: préstamos al 18 %.

En una carta recibida por A. Anderson en el curso de su investigación sobre las condiciones de trabajo de los obreros, uno de ellos escribe: "Trabajamos día tras día, sin tener jamás un feriado. Trabajamos por equipos de doce horas, día y noche: si se suma el tiempo de viaje a/y de la fábrica, tenemos catorce horas. Cuando pasamos del equipo diurno al nocturno, hay dieciséis horas de trabajo. No tenemos dónde sentarnos. ¿Es posible tratar así a seres humanos? Casi todos somos analfabetos. Se nos trata como a prisioneros, como animales, como máquinas. Podría decirse de nosotros que somos los animales-herramientas de un mundo de tinieblas: ¿cuándo veremos el día?" Tsing Khin-tchuen (*El movimiento obrero en China*) ofrece las siguientes cifras: "En las industrias que utilizan instrumentos mecánicos, a menudo se trabaja de catorce a diecisiete horas diarias. En Shanghai, en las hilanderías de la seda, la jornada es con frecuencia de catorce horas y media, y las tejedoras de medias trabajan a menudo catorce, dieciséis y aún diecisiete horas diarias... En las acerías, la jornada es de doce a dieciocho horas; varía entre diez y catorce horas en la construcción mecánica, y aún llega a quince o dieciséis horas con el trabajo suplementario".

Entre tantos hechos escandalosos, uno de los que impresionaba más intensamente a los observadores extranjeros era la falta total de medidas de seguridad en las fábricas, en las que el trabajo con

[8] En 1937, Lu Ye-wen, en su tesis sobre "Las obras sociales en los ferrocarriles chinos" afirmaba la validez de estas conclusiones.

frecuencia era peligroso: "Las salidas de emergencia, las escaleras y otras vías de evacuación a menudo están bloqueadas por materiales, y las puertas atrancadas. Muchas construcciones antiguas no ofrecen ninguna seguridad. Los funcionarios de la brigada de incendios han realizado inspecciones y llamado la atención sobre ese estado de cosas, pero apenas se les prestó atención", señalaba en 1924 la Gaceta Municipal de Shanghai. "Una noche, informa A. Anderson, una pequeña hilandería de Shanghai se quemó en el barrio chino. Las obreras estaban encerradas con llave, y se informó en los diarios que centenares de mujeres murieron en el incendio, o al saltar por las ventanas. Las autoridades chinas no adoptaron ninguna medida".

Rewi Alley, que fue inspector sanitario en Shanghai diez años después, atestigua [9] que en 1935 la situación no había mejorado: "Mi principal preocupación era el número de obreros que caían en los hornos al mismo tiempo que el carbón. Me dirigí a hablar con el administrador norteamericano, en Riverside, masticó pensativamente un cigarro mientras yo le explicaba que los obreros que trabajaban desnudos en la cima de montones de polvo debían estar aferrados con un cinto y una delgada cadena de seguridad. Así, cuando el carbón se les aflojaba bajo los pies, no caerían junto con el material en medio de las llamas: "¡Cristo!" exclamó este representante de un país cristiano, "si esos estúpidos animales no prestan atención, ¿qué puedo hacer?" Si yo hablaba de iniciarle juicio y proceso, sonreía. En esa época de extraterritorialidad, los extranjeros se sometían al juicio de sus propios tribunales, y evitaban la ley china. Siempre que un obrero moría de ese modo se informaba al tribunal, y éste respondía que "hablaría" con la dirección... Un japonés que en un rincón secreto de su casa tenía obreros ocupados en la fabricación de narcóticos, mató a uno de ellos. El tribunal japonés le aplicó un yen de multa... Cierto día me dirigí a un taller donde uno de los aprendices había sido castigado hasta la muerte por el director: "¡Era una mala cabeza!" exclamó este caballero. La policía lo detuvo, pero cuando volví a pasar por allí, algunos meses después, estaba otra vez en su puesto. Había muchos otros modos de liquidar a la gente. En medio de los calores estivales, en las salas sin ventilación, morían de fatiga, y cuando trastabillaban entre las máquinas que carecían de

[9] Yo *Banfa*, núm. 61 y siguientes.

vigilancia quedaban atrapados por un faldón del vestido. Por la noche se arrojaba el cadáver entre las basuras, o a las aguas del río... Los mingitorios pestilentes, la falta de lugares para lavarse, las encías sangrantes, el tracoma, los alimentos en mal estado, los accidentes, representaban entonces el destino de los obreros a quienes nadie consideraba seres humanos... Recuerdo la fábrica, dirigida por pistoleros, adonde me llamaron una mañana de navidad para ver los cadáveres de los obreros muertos por una explosión de gas inflamable; los detalles de cromado, donde los aprendices estaban cubiertos por un polvo corrosivo; dormían en medio de este polvo, las manos y los pies profundamente mordidos por el cromo, que atacaba hasta el hueso la carne supurante... La hilandería Shen Shing construyó letrinas que bloqueaban las puertas de salida. Se declaró un incendio y provocó un pánico. Muchas obreras murieron aplastadas cuando intentaron franquear las puertas. Muchas veces se había reclamado al director que mantuviese libre la salida: el tribunal lo trató con la más tierna consideración, y sólo le aplicó multas despreciables. Lo mismo ocurrió cuando en una hilandería de seda se derrumbó una escalera y trece niños cayeron al suelo y murieron; y cuando cuatrocientas mujeres perecieron en la explosión de una fábrica de caucho; cuando noventa mujeres y niños se quemaron vivos en la explosión de una fábrica de celuloide, etc. etc."

Cito también el testimonio de un inglés, E. R. Hughes, encargado de los cursos de religión y de filosofía china de la Universidad de Oxford, quien escribió en 1937: [10] "Los barrios pobres se extienden en la vecindad de las fábricas al mismo tiempo que se agravan todos los sufrimientos que acechan el trabajo barato no reglamentado... El obrero fabril vive en una pieza o en una choza de barro, o en un dormitorio colectivo, cuyos lechos están ocupados veinticuatro horas de acuerdo con el principio *Box and Cox*. Comen arroz molido mecánicamente,[11] legumbres que estuvieron al descubierto en un cajón polvoriento, o conservas baratas. Estas condiciones de vida reducen no sólo el nivel de salud, sino también el de moralidad. Las enfermedades, la prostitución y el delito están más difundidos entre los trabajadores de las ciudades que entre los del campo... La mayoría de las fábricas fueron construi-

[10] La invasión de China por Occidente, págs. 261-262.
[11] Es decir, desprovisto de las vitaminas indispensables.

das con sentido de la economía, sin preocuparse del bienestar de los obreros, y muchas pequeñas industrias, que contratan energía eléctrica, están instaladas en simples casas habitación, o en galpones. Ocurre a menudo que las máquinas que China importa no tienen los sistemas de protección exigidos por la legislación occidental, y las que se fabrican localmente, de acuerdo con los modelos importados, tampoco los incluyen. Pocas reglas o ninguna prohíben la aplicación de procedimientos o el uso de materiales peligrosos. Por ejemplo, se utilizan niños en las fábricas de fósforos para pintar con sustancias químicas la parte exterior de las cajas... El número de horas de la jornada de trabajo varía según las industrias... En muchas de ellas, tanto las mujeres como los niños y los hombres trabajan doce horas... El trabajo de las mujeres y los niños es más barato, y por lo tanto más solicitado. Muchos de ellos son traídos de las aldeas, mediante contratos que establecen que se los alojará en los dormitorios de la compañía y que se descontará de sus salarios el importe de la pensión. Su condición apenas se distingue de la esclavitud".

Bajo la presión de la Sociedad de las Naciones, China debió adoptar las reglas de la Oficina Internacional del Trabajo; pero el consejo municipal de Shanghai confesaba en 1935: "La aplicación de un más eficaz sistema de seguridad y de higiene sólo puede ser resultado de un trabajo prolongado... El consejo hará todo lo posible para concertar un acuerdo con los propietarios y los directores de las fábricas".

Aparte de los obreros empleados en las fábricas, existía un proletariado que trabajaba fuera de dichos establecimientos; sus miembros procuraban ganarse la vida como estibadores y peones de rickshaw. Sus tareas les daban un poco más de respiro, pero en cambio bordeaban constantemente el hambre; corroídos por la subalimentación, muchos de ellos morían de tuberculosis; todos los años recogían en las calles de Shanghai unos veinte mil cadáveres.

La suerte de las mujeres era particularmente lamentable; por un trabajo tan abrumador como el de los hombres recibían apenas poco más de la mitad del salario otorgado a los varones: "El salario mensual medio de una gran industria era de 20,65 dólares para el hombre, 13,92 para la mujer, 9,80 para el niño. A partir de 1929 interviene la legislación obrera; en el artículo 24 indica que ...si la capacidad de los dos sexos es igual, la retribución debe

ser idéntica... Pero en la práctica, hasta ahora, esta ley ha sido letra muerta".[12]

Había algunos reglamentos que protegían a las parturientas, pero no se aplicaban; a menudo, tan pronto se advertía que una obrera estaba embarazada, se la despedía. Los padres y los niños mayores trabajaban en la fábrica, los más pequeños quedaban a cargo de cualquiera, y a menudo las madres los llevaban al taller; se instalaban las cunas entre las máquinas o en las letrinas. "En muchos casos, seguían a sus padres a la fábrica, y los esperaban muy cerca de las máquinas, que a veces provocaban accidentes terribles. Pero lo peor es la salud de estos niños".

A partir de los cinco años, el niño no se limitaba a esperar: trabajaba. Tenemos aquí el capítulo más sombrío de esta historia. Lo reducido de los salarios representaba para los patronos una doble economía: obligaban a los obreros a venderles el trabajo de los niños, pagaban a éstos una retribución irrisoria. "El monto de los ingresos nos indica que el trabajo de los niños es muy necesario para la familia", concluye Lu Ye-wen en la investigación ya citada. Además de los que, incorporados a la fábrica por sus propios padres, continuaban viviendo en el seno de su familia, muchos eran comprados a los campesinos, a cambios de un poco de pan, por contratistas que se proveían preferentemente en las regiones asoladas por el hambre. Con el pretexto de recuperar los gastos, los directores de las fábricas los obligaban a trabajar durante cuatro años sin pagarles salario; les suministraban alimentos en mal estado y los obligaban a dormir en recintos vigilados, para que no pudiesen escapar: prácticamente eran esclavos. A veces el contratista pagaba al niño de acuerdo con lo que éste había producido, y era retribuido por el fabricante del mismo modo; el contratista tenía el mayor interés en exigir el máximo de trabajo, y en reducir todo lo posible sus gastos: "El contratista gana cuatro dólares mensuales por cada niño. Los chicos están miserablemente alojados y alimentados. No reciben dinero, y su condición es prácticamente la de esclavos".[13]

En 1923 el trabajo de los niños fue materia de una gran investigación; y la "Comisión de trabajo infantil" designada por el con-

[12] Escrito en 1937 por Lu Ye-wen, obra citada.
[13] A. Anderson.

sejo municipal de Shanghai celebró treinta y tres reuniones, escuchó a muchos testigos, y sus miembros visitaron personalmente las fábricas. Las conclusiones del informe presentado en 1924 son terroríficas:

"Es indudable que la práctica general de la gran mayoría de los chinos es obligar a trabajar a los niños tan pronto como ello es posible. Se observa esta práctica en Shanghai tanto como en el resto de China..."

A partir de los cinco años se los utilizaba para envasar fósforos: "vimos niños que tenían apenas cinco años trabajar con increíble rapidez... En las fábricas se utiliza fósforo blanco, y ya hubo casos de envenenamiento. A pesar del peligro de incendio, no se adopta ninguna precaución".

Se utilizaban niños de menos de nueve años en las fábricas de tabaco y de cigarrillos, de algodón y sobre todo de sedas, donde se los empleaba para devanar los capullos. El norteamericano Hauser escribe en 1936:

"Se colocaba a los niños en talleres provistos de máquinas especiales, preparadas de acuerdo con la talla de los pequeños; allí permanecían de pie, de la mañana a la noche, devanando los capullos con sus manecitas, con mayor rapidez que lo que hubieran podido hacer las manos de los adultos. El trabajo se realizaba sobre recipientes llenos de agua hirviendo, y las pequeñas manos de los niños adquirían en poco tiempo un aspecto lamentable. Los ojos también".

Las ventanas de los talleres permanecían siempre cerradas, aún en medio del verano, cuando la temperatura llegaba a los 40 grados: se temía que las corrientes de aire rompiesen los hilos de seda.

Los niños trabajaban en estas condiciones durante jornadas de doce a quince horas, y permanecían de pie seis horas seguidas. Subalimentados, anémicos, morían como moscas de tuberculosis; el tracoma les provocaba la ceguera; y los accidentes de trabajo, como consecuencia de la fatiga, eran terriblemente frecuentes.

"Todos los expertos médicos han reconocido que las condiciones de la industria en Shanghai son extremadamente nefastas para la salud física y moral de los niños empleados en esa ciudad", concluye la Comisión. Y A. Anderson escribe:

"En general, ofrecen un espectáculo lamentable. Tienen una salud miserable, y en sus rostros no se observa ninguna expresión

de alegría o de bienestar. Parecen desgraciados física y mentalmente".

Entre sus recuerdos más terribles, el autor describe éste: "Una niña de siete a ocho años, que se caía de sueño en la atmósfera sofocante de una hilandería de seda, el cuerpo hinchado, exhibiendo en el rostro una expresión de desesperado sufrimiento, a quien vi mantenerse de pie una jornada entera, removiendo los capullos en el agua casi hirviente. Y un niño de once años, a quien vi en una vieja fábrica de fósforos, empaquetando cerillas de fósforo blanco, con una herida supurada en el pómulo y la expresión de quien soporta terribles sufrimientos. Un gran salón para hilar algodón, mal iluminado, polvoriento, excesivamente calefaccionado, donde los niños bañados en sudor trabajan de noche bajo el control de los capataces, entre máquinas que carecen totalmente de seguridad".

Uno de estos niños, abrumado de sueño, se derrumbó sobre la máquina, que lo hirió de tal modo que fue preciso amputarlo a la altura del muslo. En las fábricas de cerillas, los niños de cinco a seis años comían con los dedos manchados de fósforo; se depositaban sus alimentos sobre bancos que no estaban protegidos de la contaminación con fósforo. Lejos de ciudar su seguridad, los capataces los golpeaban a la menor provocación, a veces hasta matarlos. Por la noche los niños se ocultaban para dormir un poco, y se los despertaba a golpes.

Tsing Khin-tchuen informa: "En ciertas fábricas de cerillas, se trabaja de cuatro de la mañana a ocho de la noche. Este horario se aplica también a los niños. Provoca intensa fatiga y origina frecuentes accidentes... La mayoría de los obreros accidentados son llevados al hospital por la noche; y sobre todo los niños reciben heridas en las manos".

La Comisión llegó a la conclusión de que ese estado de cosas era inadmisible; reclamó que no se pudiese emplear a los niños antes de los diez años, y que se prohibiera obligarlos a trabajar más de doce horas diarias, se reclamó también que se les concediese un día de descanso cada dos semanas, y que en la medida de lo posible se evitase que realizaran trabajos nocturnos. Pero por moderadas que fueran estas reformas, no tuvieron principio de realización. El gobierno de Pekín y más tarde el Kuomintang promulgaron leyes, pero las mismas fueron letra muerta. Cuando

Réwi Alley inspeccionó las fábricas de Shanghai, presenció los mismos espectáculos de pesadilla.[14]

"Las hilanderías de seda de Shanghai constituyen una de las pesadillas más atroces que yo haya conocido, con sus largas hileras de niños, de los que muchos no tenían más de ocho a nueve años, de pie durante doce horas sobre cubos de agua hirviendo donde sumergían los capullos, los dedos enrojecidos e hinchados, los ojos inflamados, los músculos relajados, muchos de ellos llorando bajo los golpes del capataz que iba de un lado para otro, y que utilizaban como látigo un trozo de alambre de calibre 8: los bracitos a menudo estaban quemados, castigo infligido a los que cometían torpezas; los talleres estaban impregnados de vapor, y en medio del calor de Shanghai, para mí era insoportable permanecer allí tres minutos...

"Una casa habitación, construida para una o dos familias, había sido convertida en fábrica, y allí trabajaban varios centenares de niños fabricando bombillas eléctricas... Trabajaban del alba a la noche, amontonados en desvanes, las piernas hinchadas por el beriberi, el cuerpo cubierto de sudor, de mordeduras de piojos y de polvo. Un día, muy pronto, el corazón de estos niños, excesivamente agrandado, dejaría de latir.

"...El Tien Kai Ziang daba subsidios a los orfelinatos para que les proveyesen niños. Fabricaban lamparillas eléctricas. Los niños dormían al lado de las máquinas y trabajaban catorce horas diarias. En la puerta había un guardián armado, para impedir que los niños huyeran. El capataz tenía derecho de castigarlos como mejor le placía: ... Todos se habían herido trabajando con las máquinas: de 29, 11 habían sufrido amputaciones. De 64 que trabajaban en otro taller, 30 tenían dedos o falanges amputados..."

La situación de los obreros no era menos abominable en el resto de China. Ya se ha visto cuál era la suerte de los niños que trabajaban en las minas. En cuanto a los adultos, ningún sistema de seguridad los protegía, ni había normas de higiene que los defendiesen de las enfermedades profesionales. En Huchen, 3.000 mineros murieron en el curso de una explosión; 800 se ahogaron en 1935 en los pozos de Hunshan (Chantong). En la mina de antimonio de Hsi Kuangshang (Honan), entre 1898 y 1947 más

[14] *Yo Banfa.*

de 90.000 murieron de silicosis. Por doquier el nivel de vida era aún más bajo que en Shanghai.

El proletario chino era tan poco numeroso, se lo había reducido a tal estado de impotencia que en la revolución representó nada más que un papel secundario. En 1945, una vez consumada la derrota japonesa, el Kuomintang se instaló nuevamente en Shanghai. Los occidentales aceptaron la abolición de los tratados injustos y del privilegio de extraterritorialidad. Sin embargo, los comunistas que se manifestaron por la paz y contra el régimen fueron ejecutados. En 1927 los obreros habían sometido a la ciudad y creado un ejército popular para controlarla; en 1949 se mantuvieron pasivos; en realidad, el Ejército Rojo, compuesto casi totalmente por campesinos, liberó a Shanghai.

Esta gran ciudad, en la que se concentraba casi toda la industria ligera —la única que entonces tenía el país— encarnaba a los ojos de los chinos la opresión imperialista. En verdad, no la amaban. Entendían que era irracional la concentración de fábricas en los puertos de la costa y sobre todo en Shanghai, de modo que en 1949 el gobierno consideró la posibilidad de descongestionarla; pero la población se mostró renuente, y a pesar de la presión que se ejerció sobre ella se obstinó en continuar viviendo allí. Algunas fábricas de productos textiles fueron transportadas a T'ien-tsin; se procedió a evacuar a 400.000 refugiados, que deseaban volver a sus lugares de origen. Pero el gobierno cedió ante la resistencia de las masas, y se abandonó la idea de descongestionar a Shanghai. Se procedió a clausurar algunas fábricas, entre ellas las de tabaco, pero otras han sido desarrolladas. Shanghai concentra en su perímetro el 29 % de las fábricas de productos de consumo, el 31 % de los obreros, y el 38 % del capital invertido; en la ciudad hay 800.000 obreros y 500.000 artesanos asalariados. Precisamente en Shanghai se han planteado con particular acuidad los problemas relacionados con la reconstrucción de la industria ligera.

Mao Tse-tung lo había previsto claramente varios años antes: "Después del triunfo de la revolución, podemos suponer que la economía capitalista se desarrollará relativamente en la sociedad china. Este factor exigirá una nueva revolución democrática en un país económicamente atrasado como China". En 1949 declaró: "En la etapa actual, la burguesía nacional posee primordial importancia... China debe invitar a la burguesía nacional a participar en la lucha común". Por consiguiente, después de la libe-

ración se expulsó más o menos cortésmente a los capitalistas occidentales; se nacionalizaron los bienes de los "capitalistas burócratas", que se subordinaban oficialmente a los intereses del Kuomintang, y sobre todo los bancos, las minas, las industrias y las firmas comerciales pertenecientes a las "cuatro familias". Pero se respetaron los derechos de la burguesía nacional. Además de las empresas cuya dirección asumió el Estado, perduraron las empresas privadas; en algunas de ellas el Estado invirtió capitales, transformándolas de ese modo en empresas mixtas. No todos los capitalistas aceptaron colaborar con el régimen. Doscientos cuarenta grandes capitalistas abandonaron a Shanghai, 1.800 fábricas y 7.100 firmas comerciales solicitaron autorización para cerrar sus puertas. Por el contrario, muchas empresas recibieron del Estado un apoyo que les permitió reorganizarse.

Al señalar la idiosincrasia dualista de la burguesía, Mao Tsetung había llegado a la conclusión de que era necesario "mostrarse vigilantes frente a esta capa social". Una política de colaboración con el capitalismo implicaba evidentes peligros. "Queremos suprimir el capitalismo, no a los capitalistas", afirmaba el gobierno. Pero muchos capitalistas estaban muy profundamente alienados al capital, de modo que no podían aceptar esta distinción. De ningún modo deseaban colaborar en la edificación del socialismo. En compensación, esperaban aprovechar el "período de transición" para proseguir activamente la búsqueda de beneficios personales. La guerra de Corea y la esperanza de una derrota del socialismo los llevaron a abandonar toda prudencia. Se multiplicaron las exacciones y los fraudes, y entre otros los fraudes de carácter fiscal. Para combatirlos, el gobierno lanzó la campaña de los "cinco anti", dirigida también contra los funcionarios corrompidos que se complicaban en estos robos. Se calcula en setecientos millones de dólares norteamericanos el total de sumas sustraídas por los capitalistas desde la liberación. En la medida de lo posible se los obligó a reintegrarlas, y se encarceló a muchos por períodos más o menos prolongados. Algunos prefirieron el suicidio a la ruina, y hubo banqueros que saltaron por las ventanas del Bund. Los anticomunistas presentan esta campaña como una persecución desatada sobre víctimas inocentes; quizá fue severa, pero ciertamente estaba justificada. Todo el mundo acepta que reinaba la corrupción en China en el año 1949. El personal del Kuomintang que, a causa de la falta de cuadros, el régimen se vio obli-

gado a utilizar, no se había transformado en 1952 en un conjunto de personas milagrosamente honestas. En cuanto a los capitalistas, las exacciones y los fraudes fueron siempre la moneda corriente de su honestidad. En realidad, los detractores del régimen apenas disimulan que si denuncian la iniquidad de esta represión, lo hacen en nombre del "derecho a la injusticia" que reconocen a los capitalistas. Entre otros, cierto señor Dransard [15] nos cuenta la triste historia de Chang Kuoleang, rey de las nueces de Longuyen, acusado de fraudes y exacciones por siete de sus empleados. "Se apresuró a confesar algunas operaciones fraudulentas, y varios casos de fraude fiscal". Como se le reprocharon también otros delitos, invitó a sus empleados, a las esposas y los hijos de éstos a un gran banquete, los envenenó a todos y pereció con ellos. El señor Dransard comenta: este banquete era "una protesta suprema contra el régimen comunista: para un «hombre honesto» es imposible vivir en semejante sociedad. La única salida es el suicidio". Estas palabras implican evidentemente que *rico* es apriori y siempre el sinónimo exacto de *honesto:* pues en fin de cuentas, y según la confesión de su hagiógrafo, Chang Kuoleang había cometido numerosos fraudes, y luego no vaciló en envenenar a mujeres y niños. No todos los enemigos de Mao Tse-tung exhiben la cómoda ingenuidad del señor Dransard: pero sus requisitorias se inspiran en un mismo espíritu: la deshonestidad es un derecho sagrado de ese hombre honesto que es por definición el burgués rico. No se niegan los fraudes, las malversaciones ni la corrupción: lo indignante es que el régimen haya decidido ponerles fin.

La confianza que los dirigentes dispensan a los capitalistas no es ciega, ni siquiera ahora: se estima que la proporción de los que tratan de engañar representa del 2 al 3 %. Pero están aferrados en un engranaje tan riguroso que no tienen alternativa: siguen el camino trazado. Si lo hacen con relativa buena voluntad, cumplirán en su condición de cuadros un papel importante en la economía socialista. En 1955 existía elevado número de empresas privadas que fabricaban máquinas, productos químicos y farmacéuticos, caucho, papel y artículos textiles. En Shanghai había 30.000 de los cuales 10.000 emplearon más de 16 obreros. Las cuatro grandes empresas textiles privadas de Shanghai, tenían 20.784 bobinas más que antes de la liberación. El valor de la producción privada

[15] *Vu en Chine.*

se había elevado aproximadamente en un 85 % entre 1949 y 1954. Las fábricas mixtas totalizaban la cifra más elevada de producción: 40 % de la producción total. Pero gran parte del capital invertido en ellas era privado.

Se ha alentado a los chinos de Ultramar a invertir capitales en las empresas de la República China. Alrededor de 12 millones viven en Tailandia, Malaka, Indonesia, Vietnam, Birmania: China los considera nacionales del país, y quisiera que se les reconozca a todos la doble nacionalidad.[16] De Ultramar partió la revolución burguesa de 1911, y estas colinas la sostuvieron activamente. Muchos de ellos simpatizan con el régimen actual. Se han creado compañías mixtas para facilitar las inversiones: en Cantón se inauguraron la "Compañía de China del Sur"; la "Construcción industrial de los chinos de Ultramar", la "Compañía de inversiones de Cantón". También hay una empresa en Fu-tcheu. La fábrica de yute Hua Kien, la refinería de azúcar del sur de China, y muchas otras fueron creadas con capitales de residentes en el extranjero. Y aún en el momento de la socialización total de la economía, estos capitales continuarán siendo propiedad personal de quienes los invirtieron; recibirán un interés mínimo del 8 % anual.

Aunque conserva el capitalismo y la ganancia, no por eso el régimen ha dejado de iniciar la marcha hacia el socialismo; no ha mantenido ni la libertad de empresa ni la competencia. El propio sector privado está planificado y controlado severamente. El 15 % de las firmas obtienen por su cuenta las materias primas necesarias y venden a los particulares una parte de sus productos: sin embargo deben atender sobre todo las órdenes presentadas por el Estado. En el 85 % de los casos, el Estado suministra las materias primas y es el único cliente; a menudo envía cuadros para participar en la dirección; además inspira el plan de producción.

No se han fijado las ganancias de manera inmutable. Cuando los organismos comerciales del Estado firman contratos con las industrias privadas, los precios que ofrecen permiten beneficios del 10 al 30 % o mayores aún: estos beneficios han aumentado mucho a partir de 1953. La ganancia está dividida en cuatro partes: 1º, una parte destinada a los impuestos. El impuesto es progresivo: insume del 5 al 30 % del ingreso neto; en ciertas ramas par-

[16] De acuerdo con un tratado reciente, se ha aceptado ese principio en Indonesia.

ticularmente útiles para la nación, la cifra puede ser menor. 2º Una parte engrosa un fondo de reserva. 3º Otra parte está consagrada al bienestar de los obreros y al pago de bonificaciones. 4º El capitalista retiene como dividendo alrededor del 25 % de la ganancia neta, y a veces más. Puede reinvertirlo o gastarlo. Se aplica el mismo reglamento a los capitales privados invertidos en las empresas mixtas.

Cuando salen de la fábrica, algunas mercaderías tienen un "impuesto de transformación"; se aplica este impuesto a 56 productos: cigarrillos, vinos, fósforos, etc. Alrededor de 176 productos pagan también un impuesto en el momento de la reventa. Asimismo, algunas empresas pagan un impuesto comercial.

La planificación tropieza con mayores dificultades en el sector privado; y las estadísticas han demostrado que el aumento de la producción es menos rápido en ese sector que en otros. De ahí que hacia fines de 1955 el régimen haya decidido apresurar su liquidación. El informe de Li Fu-tch'uen preveía su desaparición para 1947. Estos cálculos fueron superados. El 15 de enero de 1956 más de 200.000 personas han celebrado frente a T'ien An Men la entrada de Pekín en la "sociedad socialista" —es decir, la abolición del sector privado—. Varias "compañías generales" habían centralizado la actividad de las empresas mixtas, que absorbieron a todas las empresas privadas. El 21 de enero en Shanghai se quemaron fuegos artificiales y se dispararon salvas de cañón para festejar el fin de las empresas privadas. El movimiento se ha propagado a toda China.

La desaparición del sector privado representa un gran paso adelante por el camino de la socialización. Se han reforzado el control y la planificación. Pero una empresa mixta puede incluir hasta el 85 % de las inversiones privadas. El capital aún no ha desaparecido. Se prevé que aún serán necesarios quince años antes de lograr la socialización de toda la economía. Es sorprendente que los anticomunistas reprochen simultáneamente al régimen que aún permita la ganancia y que liquide el capitalismo; de acuerdo con estas críticas, estaría resumiendo en sí mismo la injusticia burguesa y un desprecio sacrílego de la propiedad privada. Desaparece la contradicción y se advierte lo absurdo de estas críticas cuando se considera a China como un proceso. Aquí, como en todas partes, lo que importa es la eficacia. Era imposible desorganizar brutalmente la antigua sociedad sin infligir grave per-

juicio a la producción; la falta de cuadros determina la necesidad de utilizar a los antiguos administradores y técnicos; pero al desposeerlos se los habría alienado radicalmente, y hubieran saboteado la reconstrucción: de ahí que se hayan respetado sus derechos. Sin embargo, los comunistas jamás ocultaron que el socialismo era su primer objetivo y que conservaban el capitalismo sólo para suprimirlo: en todo esto no hubo doble juego. En cuanto a los industriales que se resignan a su suerte, no son ingenuos ni víctimas dolorosas, como lo pretenden, entre otros, los Gosset. Si bien les está prohibido obtener los beneficios exorbitantes que antes cosechaban, no por eso dejan de ser privilegiados: y continuarán siéndolo de aquí a quince años si el Estado los transforma en cuadros rentados. Lo que los incita a la resignación, y lo que permitirá que la socialización se realice sin violencia, es que las nuevas generaciones de ningún modo desean recibir la herencia paterna; impregnadas de la ideología socialista, les repugna la posibilidad de aprovechar la supervivencia del capitalismo. Si nos colocamos en una perspectiva socialista, no podemos dejar de admirar la prudencia del gobierno chino; ha obtenido, a poco costo, la indispensable colaboración de la burguesía; y ha maniobrado de manera que ésta pueda ser expropiada progresivamente sin apelar a la violencia.

Gracias a esta sensatez las industrias de Shanghai están en pleno desarrollo. Cuando visité la ciudad, una exposición instalada en la planta baja del "Palacio de la Cultura" atestiguaba este rápido desenvolvimiento. El hecho es tanto más notable si se considera que los japoneses y los occidentales habían logrado reducir a los obreros chinos a la condición de simples peones: todos los técnicos eran extranjeros. En 1950, en Shanghai nadie sabía reparar un teléfono. Ahora varias fábricas los producen. En los stands de la exposición pueden verse también bicicletas, máquinas de escribir, un aparato de rayos, máquinas agrícolas, fonógrafos, telas bordadas o recamadas, telas de algodón de exquisito dibujo, y telas de lana de buena calidad.

Las fábricas textiles, que fueron siempre la principal riqueza de Shanghai, se han desarrollado mucho después de la liberación; se han inaugurado varias plantas nuevas, y se incorporaron equipos modernos a las antiguas. Hasta 1950 casi todas las máquinas eran importadas; pero se han convertido en fábricas los talleres de reparación, y acaba de crearse en Chan-si una gran empresa de pro-

ducción de máquinas para tejer. La producción ha aumentado considerablemente, pero continúa siendo escasa, pues es necesario racionar el algodón; 15 metros de telas de algodón por persona y por año. El plan quinquenal establece que en 1957 se habrán creado 39 fábricas nuevas, con un total de 1.890.000 bobinas (broches). Entretanto, se lleva una lucha enérgica contra el despilfarro. Se ha logrado reducir la cantidad de algodón bruto utilizado para producir un fardo de hilo de algodón: entre 1954 y 1955 ha disminuido de 430,8 libras a 427 libras.

La empresa estatal 17 agrupa a cuatro fábricas: dos que se limitan a hilar el algodón, dos en las que se lo hila y teje; he visitado una de estas últimas. Tiene 140.000 bobinas de hilo simple, 29.700 de hilos combinados, y 2.784 telares. En la empresa trabajan 7.216 obreros y empleados, y 4.724 son mujeres.

Un técnico me guía en una recorrida por los talleres. "Antes, me dice, había un refrán: el viento barre la fábrica, y la luna la ilumina. Hemos transformado todo eso". En efecto, los talleres son limpios, y están bien ventilados e iluminados. Las mujeres trabajan con guardapolvo de algodón azul, los cabellos protegidos por un gorrito; todas tienen un aspecto limpio y sano, y parecen atentas, pero no agobiadas; vigilan con aire sereno el movimiento de las bobinas, y anudan un hilo o vuelven a cargar una bobina. Todas las máquinas tienen dispositivos de seguridad. Se ha instalado una nurserí cerca de los talleres; las obreras, sentadas sobre bancos, amamantan a sus niños; lo hacen varias veces por día, a razón de veinte minutos cada vez, sin que ese tiempo se descuente de las horas de trabajo.

El rendimiento ha aumentado mucho a partir de 1949, gracias a formas de racionalización propuestas por algunas obreras cuyas fotografías veo en el despacho del director. Ho Chien-hso, de 19 años, delegada, inventó un método acelerado; se limpia la máquina mientras está en funcionamiento, y al mismo tiempo se inspeccionan sistemáticamente las bobinas, con el fin de evitar detenciones y pérdidas de material. Li Feng-tan, de 22 años, también delegada, aplicó ese método y consiguió controlar 500 bobinas en lugar de 384, y aún llegó a 960. Gracias a algunas máquinas nuevas, fabricadas en China, es posible vigilar simultáneamente 1.400 bobinas. Por otra parte, cada máquina produce 30 % más que antes. En general, la producción de hilado de algodón ha aumentado en un 230 % a partir de 1949. Sin embargo, aún no se ha

alcanzado el nivel deseado. Las inundaciones de 1954 arruinaron gran parte de las cosechas, y la materia prima escaseó. La calidad obtenida no es totalmente satisfactoria. "Pese a todo, jamás dejamos de cumplir el plan", concluye el director.

El primer plan quinquenal preveía que en el curso de estos cinco años se construirían 39 fábricas textiles de considerable importancia. También prometía un aumento de la producción de papel y de azúcar sin refinar. El segundo plan insiste en la necesidad de desarrollar aún más las industrias de artículos de consumo. Pero no será posible realizar este programa si la industria pesada no se desarrolla. En la actualidad, el 80 % de los objetos de consumo provienen todavía de los artesanos. Para pasar del artesanado a una gran industria ligera, se necesitan máquinas: China debe estar en condiciones de fabricarlas por sí misma. La industria ligera soporta también la escasez de materias primas: Ahora bien, el rendimiento de algodón y de seda solo aumentará en proporciones importantes el día que se mecanice la agricultura. Por consiguiente, todo el proceso tiende a otorgar primacía a la industria pesada.

"Para ver la nueva China, es necesario ir a Manchuria", me han dicho los chinos. China comenzó a crear grandes combinados en el interior del país, y sobre todo en Sikiang. Pero por el momento la industria pesada está concentrada casi totalmente en el Noreste. De modo que tomé un tren para Chen-yang —la antigua Mukden— capital de esta provincia de singular destino.

Manchuria es una inmensa llanura formada por un proceso de erosión, rodeada de colinas de menos de 300 metros de altura. Hasta el siglo XIII estaba habitada solo por manchúes y por otras tribus de la raza tungús; eran nómades que vivían de la caza y la cría de ganado. En el siglo XVIII, Nurgatsi fundó el reino manchú, sometiendo a su autoridad a los clanes nómades que vivían en los bosques del Norte; y luego declaró la guerra a China, que poseía el Sur de la provincia. En 1622 se apoderó de la región, convirtió a Mukden en capital e intentó sin éxito tomar por asalto la Gran Muralla. Su hijo Abakai llegó en 1629 hasta las puertas de Pekín, y ofreció un sacrificio sobre la tumba de los emperadores de su raza, los Kin.

Después de la caída del último emperador Ming, destronado por Li el Temerario, los reyes manchúes se convirtieron, en 1644, en emperadores de China. La mayoría de sus súbditos se estableció

en China, y Manchuria quedó despoblada: sin embargo, los emperadores prohibieron el acceso de los chinos a Manchuria hasta 1878. A partir de 1900 se impulsó vigorosamente la inmigración: en ese momento solo había 27 habitantes por kilómetro cuadrado en Manchuria, comparados con 250 en la Gran Llanura. Sin embargo, esta provincia semivirgen poseía una tierra muy rica, cuyo humus negro es particularmente apto para el cultivo de los cereales y las soyas. Aunque situada en la misma latitud de España y Francia, Manchuria tiene inviernos rigurosos: el termómetro desciende hasta 30 grados bajo cero; pero sus veranos son tan cálidos como los de Cantón, de modo que puede cultivarse el algodón. Es un clima tan estimulante como el del Bajo Canadá. Es comprensible que los campesinos de Hopei y de Chan-tong, que vivían al borde del hambre en sus provincias sobrepobladas, asoladas sucesivamente por las inundaciones y las sequías, se hayan apresurado a emigrar a esta región. La historia de China es ante todo la historia de la expansión del campesino chino: paulatinamente, en el curso de los siglos, ha colonizado los ricos valles situados al sur del Yang-tzé. Esta vez se produjo una verdadera avalancha en dirección al Norte, semejante a la que pobló la antigua pradera norteamericana y el bajo Canadá. Al principio la inmigración tuvo carácter estacional, porque los chinos soportaban con dificultad la crudeza de los inviernos manchúes: acudían a contratarse en primavera, y retornaban a sus regiones de origen en otoño; pero luego, muchos de ellos se establecieron en el Noreste. Entre 1923 y 1929, ingresaron en Manchuria 5.219.278, y el 54 % de los mismos se estableció definitivamente. Dos tercios del total viajaban por mar y desembarcaban en Dairen; el resto viajaba por tierra, y muchos de ellos a pie. La población alcanzaba a 8.500.000 habitantes en 1905, y en 1941 se había elevado a 38 millones, de los que el 95 % estaba formado por chinos. La superficie de las tierras cultivadas se duplicó entre 1915 y 1932: en esta última fecha alcanzaba a 12.516.000 hectáreas. Los cultivos principales son el kaoliang, que representa el 25 % de la producción agrícola y la soya —también el 25 %. Asimismo se cultivan el trigo, el mijo, el lino, la remolacha y un poco de arroz: pero el suelo arenoso dificulta la irrigación de los arrozales. Los campesinos poseen recursos suficientes para mantener animales de tiro; utilizan sobre todo caballos y mulas.

A principios del siglo xx, rusos y japoneses lucharon por Man-

churia; el tratado de Portsmouth, que en 1905 puso fin a la guerra ruso japonesa, reconoció la preponderancia de los intereses japoneses en el sur de la región; Rusia, que había construido en el Norte el ferrocarril transmanchuriano, conservó su influencia en ese sector. En 1931 los japoneses expulsaron de Mukden a las guarniciones chinas, y ocuparon toda la región —es decir, el Norte y el Sur. El 1º de marzo de 1932 constituyeron un estado independiente, el Manchukuo, y proclamaron emperador, bajo el nombre de K'ang-to, al último emperador manchú destronado en 1912 por la revolución china. El subsuelo de Manchuria abunda en mineral de hierro y carbón: de modo que decidieron explotarlo. Construyeron ferrocarriles y caminos. Bajo su dominio, el régimen económico fue típicamente colonial: Manchuria enviaba a Japón materias primas y productos semielaborados. Los obreros chinos han conservado un recuerdo horrorizado de la opresión japonesa. Se los trataba como a ganado. En las fábricas y en las minas no se adoptaba ninguna medida de seguridad. Al mostrarme las minas de Fu-chuen un técnico me dijo: "En tiempo de los japoneses, todos los días había muertos". La explotación económica iba de la mano con el terror político: Bastaba que una guerrilla hubiese atravesado una aldea para que se masacrara a todos los habitantes.

Manchuria fue liberada en 1945 por los rusos. Pero la Unión Soviética, aliada de Estados Unidos, se había comprometido a observar una política de neutralidad en China; de modo que solo intervino tardíamente en la lucha que enfrentó a los ejércitos nacionalistas y comunistas. Sin embargo, en 1948 estos últimos ocuparon Manchuria, y ese año se realizó la reforma agraria. Los sabotajes practicados por los japoneses y el Kuomintang habían arruinado algunas fábricas: entre otras, An-chan había sido devastada por los nacionalistas. De todos modos, los altos hornos, las fábricas, y los ferrocarriles representaban un equipo industrial de considerable valor: el único que China poseía. Era esencial iniciar la reconstrucción con la mayor rapidez posible. Antes aún de que Mao Tse-tung hubiese proclamado en Pekín la república popular, los rusos reconocieron, en el mes de agosto de 1949, al gobierno provisorio de Manchuria, que recibió la denominación de gobierno popular del Noreste.

Estas circunstancias explican que Manchuria haya representa-

de el papel de región piloto. La formación de equipos de ayuda mutua y de cooperativas campesinas cobró inmediatamente mayor impulso que en el resto de China. Pero sobre todo en su carácter de centro industrial se encontró a la vanguardia de la marcha hacia el socialismo. Las fábricas y los combinados que fue posible arrebatar a los japoneses pasaron inmediatamente a poder del Estado; éste no tuvo que conciliar la revolución socialista con un respeto provisorio al capitalismo nacional. En Manchuria se iniciaron todos los grandes movimientos de masas. En esa región comenzaron a desarrollarse los sindicatos, se estableció a partir de 1948 el sistema de salarios que en 1950 se extendió a toda China, y se introdujo en gran escala la emulación del trabajo; las leyes de seguridad social comenzaron a aplicarse en 1949, aunque sólo en 1951 tuvieron vigencia en el resto de China.

Dada la importancia del papel representado por Manchuria en la economía china, el hombre que presidiera sus destinos debía afrontar enormes responsabilidades. Ese cargo fue ocupado por Kao Kang. Había sido en 1937 el principal representante del Partido Comunista en el Noroeste, y allí había realizado una brillante guerra de resistencia. Reconocido por los rusos como gobernador del Noreste antes aún de la proclamación de la República encarnó simultáneamente al gobierno, el Partido Comunista y el ejército. Fue tan eficaz su tarea de reconstrucción, que en 1950 el 40 % del presupuesto regional ya había sido invertido en nuevas industrias. Ocupaba el noveno lugar en el comité central, y concentraba en sus manos tanto poder que a veces se lo ha llamado "el Stalin de Manchuria". Sin embargo, el gobierno central no se proponía reducir su importancia, pues el 15 de enero de 1952 fue designado director del plan quinquenal: esta elección era lógica, pues el porvenir de China dependía esencialmente del desarrollo de su industria pesada, que reposaba casi totalmente en las manos de Kao Kang. Según parece, precisamente a propósito del "plan" se suscitaron divergencias entre Kao Kang y el gobierno. No se conocen los detalles. En todo caso, el 24 de diciembre de 1953, durante una reunión del Buró Político, se pronunciaron violentos discursos contra los facciosos que sembraban la división en el interior del partido: no se mencionó a Kao Kang, pero era evidente que se trataba de él. A partir del 20 de enero de 1954 no volvió a aparecer en público. Sin nombrarlo, Lieu Chao-ki lo atacó nue-

vamente en la cuarta sesión plenaria del comité central, en febrero de 1954. Al año siguiente, en marzo y en abril, la conferencia nacional del Partido Comunista, y luego el comité central condenaron solemnemente a Kao Kang, así como a Pao Chu-che, acusados de haber conspirado contra el partido y el pueblo. Fueron expulsados del partido. Se acusó a Kao Kang de haber hecho todo lo posible, a partir de 1949, para "asumir el poder en el partido y el Estado". Se suicidó, y su acto fue condenado como prueba de su falta de lealtad y de patriotismo. Una nueva "revelación sobre la alianza de Kao Kang y de Pao Chu-che" declaró: "En el Noreste y en otros lugares, ha originado y difundido rumores calumniosos contra el comité central, tratando de aprovechar la situación para sembrar la discordia. Ha violado muchas veces la política del comité central acerca del trabajo en el Noreste, y ha tratado de disminuir el papel del partido... y de convertir el Noreste en el dominio independiente de Kao Kang". En suma, se le reprochaba haber querido reinar de manera dictatorial sobre el partido y el país.

En concreto, ¿qué significa esta acusación? La hipótesis más plausible es que, como su situación objetiva le otorgaba un enorme poder, Kao Kang quiso imponer una política personal que se oponía a la del gobierno.[17] Los rousset y otros videntes han presentado el asunto como una verdadera revolución política y como la consecuencia de una crisis que habría conmovido profundamente al régimen. Pero sus afirmaciones no tienen más fundamento que sus deseos y sus esperanzas. Después de la desaparición de Kao Kang, la economía china ha continuado desarrollándose de acuerdo con la misma línea general, y el Partido Comunista no ha manifestado ningún signo de decaimiento.

Así, pues, una mañana me desperté en un tren que corría en medio de una llanura cubierta de kaoliang hasta el horizonte. A las nueve descendí en Mukden. Es una ciudad de dos millones y medio de habitantes, que mide quince kilómetros de largo y diez de ancho. Al frente de la estación hay una columnata roja, de madera pintada, que sostiene un dintel de colores chillones: azul,

[17] Se ha formulado la hipótesis de que el plan de Kao Kang supeditaba radicalmente China a la Unión Soviética, y que por el contrario el gobierno ha procurado garantizar al país la mayor autonomía posible.

verde intenso, índigo. En la explanada, un cilindro de ladrillo conmemora ya no recuerdo qué. Dos inmuebles de color rojo anaranjado inician una gran avenida que corre en línea recta hacia el centro de la ciudad. En medio de la plaza se alza un quiosco de diez metros de altura, de forma circular, que descansa sobre una base octogonal y está rematado por un techo puntiagudo. Desde allí los funcionarios presencian las fiestas y los desfiles. Unos pequeños canteros rodean este edificio, cuyo color rojo atrae la atención. El hotel, al que se llega por una rampa, se asemeja desde afuera a una casa de baños. Las habitaciones están arregladas de acuerdo con la tradición manchú; el lecho, ancho y bajo, se asemeja a un k'ang; el colchón está descubierto; las mantas se encuentran apiladas en uno de los ángulos. Se acostumbra dormir envuelto en una colcha protegida por un forro blanco, abotonado alrededor de aquélla. Sobre una mesa, han puesto un enorme termo decorado con flores y palomas, lleno de té.

Un escritor de Mukden, una joven secretaria de la Asociación y un fotógrafo nos acompañan en la visita a la ciudad: somos siete, sin contar los dos choferes. No llueve, y aun puede decirse que hace buen tiempo; a pesar de la diferencia de latitud, esta mañana soleada es tan cálida como la de Pekín. De todos modos, la ciudad me parece fea; las calles son rectas y deslucidas, las tiendas tristes; hay algunas calles comerciales, activas y coloridas; pero casi todas las avenidas corren entre sombríos muros de ladrillo, tras de los cuales humean las fábricas, y entre inmuebles de vidrios negros, a veces rotos, donde están instaladas las oficinas. De trecho en trecho crecen tímidamente algunos árboles. Hay un parque a las puertas de la ciudad: bosquecillos, estanques, lotos y pequeños puentes. Los únicos monumentos de Mukden son las tumbas de los primeros emperadores manchúes. El arquitecto que las edificó había visitado Pekín, e imitó el estilo de las esculturas chinas. Una ancha avenida funeraria, plantada de tejos y cipreses, bordeada de elefantes de piedra, conduce a pabellones construidos sobre terrazas, cuya arquitectura es idéntica a la del palacio de Pekín. En la última está la tumba imperial; pero, de acuerdo con la costumbre, el cadáver —para despistar a los malos espíritus, y a los posibles violadores de sepultura— ha sido depositado fuera del recinto sagrado, en el túmulo oculto de la bóveda de la montaña.

Había ido a Manchuria para ver las fábricas: en efecto, las vi. En Chen-Yang visité un fábrica de máquinas herramientas, y otra para herramientas de aire comprimido. En un coche motor fletado especialmente para trasportar a una delegación de mujeres alemanas, llegué a An-chan, a ciento veinte kilómetros de Chen-Yang. La ciudad tiene 730 mil habitantes, agrupados alrededor de un inmenso combinado, Manchuria es el centro industrial de China, y el corazón de Manchuria es An-chan. En 1949, cuando los expertos rusos vinieron a ayudar a los chinos a reorganizar la producción, An-chan estaba casi totalmente destruida. La reconstrucción duró dos años. El 26 de diciembre de 1953 se inauguraron tres grandes fábricas: una planta de laminado en la que se fabrican grandes placas de acero, una fábrica totalmente automatizada que produce tubos de acero sin costura, y los altos hornos automáticos designados con la cifra: Nº 7. Se celebró la inauguración con la pompa de una fiesta nacional. Se rodó un filme sobre las industrias de An-chan, y se lo proyectó con gran éxito en Pekín; también se organizó una importante exposición sobre las realizaciones de la "ciudad del acero", cuyo nombre es célebre en todo el país.

La jornada más interesante es la que pasé en Fu-chuen. La ciudad está a 60 kms. de Chen-Yang. El camino atraviesa un suave paisaje ondulado recorrido por un ancho río; las espigas de kaoliang, de un color rojo intenso y cálido, son más altas que el trigo de Francia, pero sus reflejos cobrizos, las tímidas colinas en el horizonte, y el agua perezosa recuerdan ciertos paisajes de las orillas del Loira. Fu-chuen contrasta sombríamente con esta amable campiña. Es una villa humosa y triste, como todas las grandes ciudades industriales. Después de la liberación se han construido algunas ciudades obreras; pero en general las viviendas recuerdan los oscuros caseríos obreros del norte de Francia. Tiene 750.000 habitantes; en 1949 había sólo 184.000: la población se ha triplicado holgadamente, como consecuencia del desarrollo industrial. En Fu-Chuen hay importantes refinerías de petróleo, y diversos tipos de fábricas. Pero su mayor riqueza está representada por las minas. Son las más antiguas del país. Se descubrió carbón en China varios siglos antes que en Europa, y comenzó a extraérselo hace ochocientos años. Marco Polo habla de estas "suertes de piedra negra extraídas como de vetas de las montañas, que arden como

antorchas, y en ello son tan eficaces que en todo el Cathay no se quema otra cosa". La mina de Fu-chuen fue una de las primeras explotadas. Modernizada por los japoneses, suministraba en 1936 alrededor del 20 % del carbón chino. La producción global era entonces de aproximadamente 35 millones de toneladas —es decir, el 2,5 % de la producción mundial; la antracita representaba el 20 %, y el carbón bituminoso el 80 % del total. Este último había descendido en 1947 a 19 millones de toneladas. Se elevó en 1952 a más de 63 millones. El plan prevé que en 1957 China producirá 113 millones de toneladas de carbón.

La gran atracción de Fu-chuen es la mina abierta: una inmensa grieta de 500 metros de ancho, 6 kilómetros de longitud y 200 metros de profundidad; es sinuosa, de modo que no puede abarcársela de una ojeada: desde donde estábamos, dominábamos una sección de 2 kilómetros de longitud. El espectáculo es sorprendente: se trata de un corte geológico perfecto. Arriba, se extiende una capa de arcilla amarilla, coronada por una muralla roja que se forma con los residuos de las rocas petrolíferas; la segunda capa está formada por una piedra verde, de un hermoso color maléfico, que carece de utilidad; debajo está la piedra parduzca de la que se extrae petróleo; se llega finalmente a la capa de carbón bituminoso más espesa del mundo: 127 metros; ninguna mina de Extremo Oriente es tan rica. Se necesitarán ciento ochenta años para agotarla; y si el ritmo de trabajo reduce esta cifra, existen otros filones debajo de Fu-chuen. "Desplazaremos la ciudad algunos kilómetros", dice con un gesto amplio el ingeniero que nos guía y que, como todos los chinos, gira despreocupadamente sobre el porvenir. Entretanto, no hay escasez de materia prima: pero evidentemente faltan máquinas. La gran muralla policroma está cortada en escalones, como un Coliseo gigante. En cada escalón hay rieles, sobre los cuales circulan trenes. Las excavadoras arrancan del suelo el carbón y las piedras petrolíferas: vuelcan el material sobre las vagonetas que lo trasportan hasta la base, donde se vacían automáticamente en enormes canastas de extracción; éstas ascienden, también automáticamente, a lo largo de la pared, hasta el sector de selección y expedición. Por consiguiente, la explotación está perfectamente mecanizada, pero en la sección que tengo bajo los ojos, sólo tres excavadoras trabajan; y permanecen inmóviles mientras los trenes realizan el transporte. Todo está preparado para que una cadena de vagones lleve el carbón a las ca-

nastas de extracción sin que las excavadoras interrumpan el trabajo; en la práctica, cada convoy debe realizar el viaje de ida y vuelta: es evidente que faltan vagones y locomotoras; el tiempo durante el cual el tren circula es tiempo muerto. Se compensa todo lo posible esta pérdida mediante el relevo ininterrumpido de equipos de trabajadores; no falta mano de obra: los obreros se relevan noche y día. El carbón extraído sirve exclusivamente para las necesidades de la industria pesada: se vende una mínima cantidad como combustible a los obreros de la región.

Para examinar mejor la mina, descendemos por un vagón de cremallera hasta una terraza situada más o menos a mitad de la altura: el descenso, casi vertical, es impresionante. Veo contra la pared caños de agua destinado a apagar los incendios; en efecto, en la muralla carbonífera hay grietas de las que escapa humo. Los japoneses tienen la culpa: excavaban agujeros al azar, provocando vías de aire y la posibilidad de derrumbamientos. Los chinos están orgullosos de la superioridad de sus métodos: atacan y destruyen las capas superiores al mismo tiempo que explotan las inferiores; de ese modo mantienen la verticalidad de la pared, y evitan la aparición de peligrosos desequilibrios que concluirían por provocar derrumbes.

Mi visita a Manchuria ha sido muy incompleta. No visité la famosa "fábrica de tubos sin costura", ni "la fábrica de herramientas de corte" que acaban de inaugurar en Harbin y que está casi totalmente automatizada. El periodista L. me describió la fábrica de Tchang-tch'uen, iniciada en 1953 y que produjo en 1956 el primer automóvil chino. Es una estructura inmensa, equipada con los últimos adelantos de la técnica, y debe suministrar los tractores que la agricultura necesita tan urgentemente. También habría sido necesario visitar las fábricas subterráneas de las que me habló con admiración Isabelle Blume, que gracias a su conocimiento de las minas belgas ha podido realizar comparaciones precisas. De todos modos, mi breve viaje me permitió concebir una idea bastante clara del esfuerzo industrial chino. Algunos hechos me impresionaron.

Ante todo, es evidente la importancia de la ayuda prestada a los chinos por los rusos. Aparte algunas máquinas checas y muy escasas máquinas chinas que me señalaron con orgullo, todo el equipo de las fábricas es de origen soviético. La Unión Soviética ha prestado a China considerable cantidad de ingenieros y técnicos:

de 15.000 a 20.000. En 1953 Li Fu-tch'uen declaró en su informe: "La asistencia técnina y material aportada por la Unión Soviética se extiende a la construcción total o a la reorganización de 141 unidades industriales de gran envergadura vinculadas con la metalurgia, la hidráulica, la explotación minera, la construcción de automóviles y tractores, las refinerías, etc.". En 1954 la Unión Soviética agregó otras 15 unidades industriales. Por consiguiente, el número de proyectos realizados por la Unión Soviética se eleva a 156.[18] La solidaridad de la Unión Soviética y China es un hecho indiscutible. Algunos soñadores antisoviéticos imaginan con optimismo que China rechazará muy pronto esta tutela y será una potencia que podrá equilibrar a la Unión Soviética: es pura imaginación. La industrialización de China exige varias décadas durante las cuales dependerá de la ayuda rusa. Otra tontería es la afirmación de que deben pagar este apoyo con exportaciones masivas que la arruinarían. Una cadena ininterrumpida de trenes que corriese durante un año no bastaría para trasportar de Pekín a Moscú una cantidad de granos equivalentes a las inversiones realizadas por la Unión Soviética, y por otra parte ésta no necesita trigo chino. Afirmar que por "el plato de lentejas soviéticas" Mao Tse-tung debe pagar su "libra de carne", como lo dice elegantemente el padre Trivière, especialista antichino, es una afirmación desmentida por el simple buen sentido y por los hechos. No se trata aquí de un canje en el sentido capitalista de la palabra; desde este punto de vista la ayuda rusa es totalmente desinteresada —como lo proclaman todos los discursos e informes de los dirigentes chinos. Nadie duda de que la Unión Soviética tenga buenas razones para desear a su lado una China fuerte. Pero de todo ello resulta que sus intereses son exactamente los mismos que los de China, y que ésta extrae del acuerdo incomparables beneficios.

Ya he señalado que algunas fábricas están totalmente equipadas con las máquinas más modernas —más aún, se encuentran completamente automatizadas. Pero en general, aún se necesitarán años antes de completar la construcción industrial. Hoy, la mayoría de los talleres tienen un carácter a primera vista desconcertante. Cuando pensamos en un país de industria atrasada, ima-

[18] En abril de 1956 Mikoyan firmó un acuerdo que aumentaba en 2.500 millones de rublos el aporte ruso al plan quinquenal. La Unión Soviética proveerá ayuda para cincuenta y seis nuevos proyectos industriales, y participará en la construcción de varios ferrocarriles.

ginamos que posee manufacturas envejecidas, y que todas utilizan técnicas superadas. Pero China ha saltado una etapa: por así decirlo, nada heredó del pasado, y la Unión Soviética le suministra los equipos más perfeccionados que existen. Por lo tanto, en un solo movimiento se encuentra a la cabeza del progreso, pero de modo aún incompleto. Por lo tanto, ya se perfila en las fábricas el porvenir que colocará a China en un plano de igualdad con las principales potencias industriales: pero en gran parte todo es un esbozo. Asombra al visitante la heterogeneidad de las técnicas, algunas de ellas las más avanzadas y otras las más atrasadas del mundo.

Tan pronto entramos en el interior de los edificios, estamos en el pasado: en la fábrica de máquinas-herramientas de Chen-Yang, se levantan construcciones en las que, como en todas partes, los albañiles trabajan sin instrumentos mecánicos, transportando la tierra en canastos y alisando el suelo con procedimientos milenarios. Sin embargo, en el taller las máquinas completamente nuevas cepillan el acero bajo la vigilancia de un reducido número de obreros: la producción está casi totalmente automátizada. Nos muestran pulidoras de treinta y nueve taladros, afiladoras, fresadoras universales con cuatro fresas y cuarenta y ocho filos; pueden trabajar simultáneamente sobre dos piezas y fresar al mismo tiempo seis superficies. La fundición tiene un horno automático, y el metal en fusión cae automáticamente en un cubo; la circulación de los moldes donde se forman las piezas también es automática; pero falta un eslabón: no hay un dispositivo mecánico para transportar el metal en fusión y volcarlo en los moldes; el trabajo se hace manualmente, y ello retarda la operación general. Sin embargo, todo está dispuesto para que muy pronto la fundición funcione a pleno rendimiento; y este futuro aún tiene más realidad que el presente: este último habrá desaparecido en pocos meses, o quizá aún en algunas semanas. Aquí se manifiesta la característica que a menudo me impresionó en China: la realidad es el provernir; se lo *ve* literalmente, y el presente tiene un carácter provisorio, ya superado.

He recibido la misma impresión en la mina abierta de Fu-chuen. También allí todo está dispuesto: sólo faltan las locomotoras. En el combinado de An-chan, donde se fabrican tubos sin costura, el equipo está completo: pero falta la materia prima; la fábrica funciona a pleno rendimiento, pero cierra diez días de cada mes.

La idea general que se desprende de estas insuficiencias es la de un porvenir abierto casi indefinidamente: asistimos al comienzo que encierra en sí, no como esperanza sino como una realidad muy concreta, la posibilidad de desarrollos inmensos.

La mano de obra no escasea. Lo mismo que en las construcciones, las tiendas y las oficinas, en las fábricas abundan las personas que no hacen gran cosa o que simplemente no hacen nada; algunas se ocupan de menudencias: reparan un aparato calefactor, alisan en suelo o barren; otras esperan. Se toma este personal para evitar la desocupación y también para tener preparado el plantel necesario el día cercano en que las máquinas y los materiales permitan aumentar la producción. Pregunto al director de la fábrica de máquinas-herramientas cuántos artefactos producen anualmente: "Este año fabricamos muy poco", responde. "Las nuevas construcciones aún no están concluidas, y nos falta material, pero el año próximo fabricaremos mil". Pregunto cuántos obreros utiliza ahora la fábrica. "Cuatro mil". —¿Y el año próximo?— "El mismo número". Por consiguiente, entre este año casi improductivo y el momento en que la fábrica funcione a pleno rendimiento no variará el número de obreros.

En todas las fábricas, tanto en las ultramodernas como en las que aún no están terminadas, se protege cuidadosamente a los trabajadores de los accidentes y las enfermedades profesionales. Todas las máquinas tienen dispositivos de seguridad. Los altos hornos están aislados, y las botas están protegidas por pantallas protectoras; se regula automáticamente la temperatura y se asegura la ventilación, particularmente en las minas. El trabajo más penoso en los altos hornos de An-chan es el de los obreros que vigilan y dirigen el derrame del metal en fusión: con bastones de acero controlan el arroyo de fuego que escapa del horno y se arroja hirviendo y lanzando chispas en una enorme cuba. Pero están cuidadosamente enmascarados, revestidos de una combinación protectora de anteojos, guantes y botas. Sólo se realiza una media hora de fusión cada cuatro horas; es decir, dos en una jornada de trabajo. Por otra parte, reciben salarios elevados: 80 yens mensuales.

Me aseguran que los chinos son excelentes obreros; son hábiles y saben trabajar; además, se encariñan con sus máquinas; las desarman y vuelven a armarlas de buena gana, se interesan en su funcionamiento y quieren conocerlas a fondo. Por eso muchos de

ellos tienen ideas felices de perfeccionamiento técnico. Por el contrario, los cuadros no son muy numerosos, y a menudo su competencia deja mucho que desear; es uno de los obstáculos que estorban hoy el progreso industrial de China. Los 15.000 ó 20.000 expertos soviéticos representan una minúscula *élite*: se necesitan centenares de millares de técnicos; para formarlos, sería preciso contar con un ejército de profesores; ahora bien, en el momento de la liberación el nivel intelectual en China en ciencias y técnicas era extremadamente bajo. Antaño China conoció un desarrollo científico notable; los chinos fueron precursores en astronomía, en álgebra y en muchas otras disciplinas. Pero su evolución se detuvo prematuramente. El desprecio en que se tenía a la clase comerciante determinó que no se desarrollara el estudio de los números. La tradición ideológica que prevaleció en el imperio se oponía radicalmente a los métodos analíticos de la ciencia; no hace mucho que los chinos comenzaron a someterse a las disciplinas científicas, y les costó mucho adaptarse a ellas. No es asombroso que aún hoy las aborden con cierta dificultad. La solución de un problema de matemática o de física exige cualidades de análisis y síntesis, y también una inventiva audaz que la educación china de ningún modo ha alentado. La situación ha cambiado: pero el pasado gravita siempre más de lo que se cree. Los chinos estuvieron demasiado tiempo abrumados por Occidente y convencidos ellos mismos de la superioridad occidental en los dominios científico y técnico, para no haber conservado un complejo de inferioridad: esta modestia engendra una nefasta timidez; pues en ciencia como en arte, para inventar, aunque sea en el nivel más elemental, es preciso considerar el mundo como propio: en caso contrario, uno no se atreve a tratar de superarlo. El temor de engañarse, el exceso de conciencia frenan la inspiración. Los estudiantes tienen que vencer resistencias morales para convertirse en sabios o en ingenieros de primer orden. Por otra parte, era natural que se tratara de acelerar la instrucción de los cuadros, que se redujese al mínimo el número de años de estudio: esta preparación apresurada determinó resultados poco satisfactorios. Li Futch'uen observa en su informe: "La insuficiencia de personal científico y técnico es evidentemente un grave obstáculo. Uno de los principales deberes políticos es formar una gran cantidad de ingenieros y técnicos. El número de estudiantes ha aumentado con excesiva rapidez: su ciencia y su habilidad son insuficientes. Las

fábricas y las minas reclaman por igual que se les envíen técnicos de nivel más elevado".

Esta queja reaparece en muchos textos oficiales: muy reducido número de cuadros, y muy poco competentes. Los viejos técnicos que trabajan con los japoneses, habituados a los métodos de estos últimos —es decir, norteamericanos— oponen a menudo a las innovaciones rusas una resistencia pasiva: sin embargo, a falta de nuevos cuadros, es inevitable depender de ellos. De ahí la importancia de las mejoras introducidas por los obreros: su papel sería mucho más reducido si el personal técnico cumpliese más eficazmente el suyo. En este sentido, citaré dos textos que me sorprendieron mucho cuando los leí, porque entonces aún no había comprendido la situación.

El primero es un relato presentado como auténtico en la revista *China* [19] en su número de mayo de 1955. Proviene de un obrero de Fu-chuen; este hombre trabaja en una vieja fábrica que antes se limitaba a reparar las máquinas utilizadas en las minas de hulla, y que ahora ha abordado la tarea de fabricarlas. Esta fábrica recibió cierto día un importante pedido de aparejos de sondeo. "Lieu Mao-jen, que trabajaba en la máquina de tornear engranajes, comprobó que ésta marchaba con excesiva lentitud... Se dirigió a la biblioteca para consultar algunos libros soviéticos, y descubrió que «la rotación en sentido inverso es más eficaz»; pero cuando informó de ello al capataz, éste respondió: «Durante años hicimos girar la máquina en sentido normal; la rotación en sentido inverso seguramente la destruirá». Los restantes obreros apoyaban al capataz". Sin embargo, diez días después Mao-jen decidió experimentar el método soviético. "Después de una prueba de treinta minutos, comprobó que había realizado un trabajo que antes le llevaba seis horas... La noticia se difundió como un reguero de pólvora".

La moraleja de esta anécdota es que los obreros, los capataces y los técnicos deben liberarse de las antiguas rutinas y abrirse a los métodos nuevos propuestos por los soviéticos. Todo ello no sería plausible si el personal técnico no fuese deficiente: es obvio que los jóvenes ingenieros deberían haber conocido este procedimiento, en cuyo caso lo habrían aplicado sin esperar la iniciativa de un simple obrero.

[19] *China Pictorial*, revista destinada a difundir en el extranjero el conocimiento acerca de China.

El segundo texto es un cuento que no pretende ser el relato de un hecho real, pero que por lo menos es verosímil; revela no sólo que hay resistencia de los técnicos a los métodos rusos, sino de modo más general a cualquier tipo de innovación. Se titula *Altos hornos*; fue escrito en 1949 por cierto Lu-Chi. He aquí un breve resumen de esta obra:

Tsao ingresó en julio de 1948 en una fundición del Noreste. El capataz Wang le pregunta con aire despectivo: "¿Sabe algo del trabajo?" y el joven obrero, molesto, le responde: "Poca cosa, estuve algunos días en una fundición". Tomándole la palabra, Wang le encomienda una tarea de peón; trasportará ladrillos. Sin embargo, Tsao se interesa en el horno: observa en la superficie del hierro líquido que se acumula en el fondo, escoria que teóricamente deberían verterse por una abertura destinada a ese fin; en realidad, un obrero tiene que separarlas laboriosamente con una larga barra de acero. Tsao pregunta a Wang cuánto hierro se obtiene por kilogramos de coque: "Cuatro kilogramos". "¿Por qué tan poco? —Nunca conseguimos más". Y Tsao reflexiona: "En este horno hay algo que funciona mal". Se convence de esta idea y examina con cuidado las tuberías. Pocos días más tarde, el hierro no funde. Wang achaca la culpa al nuevo coque que acaban de entregar, y que en su opinión es de mala calidad. Pero Tsao interviene, en realidad trabajó diez años en un alto horno, y conoce el problema. "Este coque es bueno", declara. Wang hace oídos sordos, pero los camaradas de Tsao, impresionados por su aire de seguridad, avisan al director, y éste le pide que intervenga. Tsao declara que las tuberías no deberían ser rectas, sino acodadas, y que la abertura es demasiado ancha. "El aire no llega hasta las brasas, y el fuego no desarrolla bastante calor. Las escorias se endurecen y el hierro funde con excesiva lentitud". Con la ayuda de sus camaradas, se pone a trabajar y modifica las tuberías. Entonces producen 8 kilogramos de hierro por 1 kilogramo de coque; y aun se llega a producir 10,7 kilogramos. Wang reconoce sus errores y se reconcilia con Tsao.

Los testimonios de carácter literario son instructivos en un país en que la literatura está al servicio del régimen; citaré otro que demuestra también la falta de conocimientos de los técnicos. Una pieza que tuvo gran éxito, *La prueba*, representa a un director de fábrica; acaba de ser designado, y se prepara concienzudamente para cumplir sus nuevas funciones: le pide a una hija de quince

años que le enseñe la ley de Ohm, y reflexiona a fondo sobre las relaciones entre la resistencia y la corriente. Ciertamente, en China el director de fábrica es administrador y no ingeniero: pero sin duda sería deseable que los dos no estuviesen disociados.

Esta deficiencia general influye evidentemente sobre la calidad de la producción. Li Fu-tch'uen menciona los productos defectuosos y el despilfarro que aquélla ha determinado: "Muchos de nuestros productos son de baja calidad, y es enorme la cifra de rechazos... la proporción de rechazos en 1954 ha sido del 12,5 % en la fundición y se han inutilizado más de 20.000 toneladas de lingotes". En el primer trimestre de 1955, el 30 % de cierto tipo de acero suministrado por An-chan debió ser desechado a causa de la composición química defectuosa. Las 380 taladradoras suministradas por la fábrica de máquinas-herramienta Nº 7 de Chen-Yang tuvieron que ser reparadas, porque no se habían realizado las pruebas reglamentarias. El 40 % de los arados fue rechazado, porque la curvatura no era la adecuada. Y el metal no tenía la dureza necesaria.

Por otra parte, es sabido que, si bien el margen de error de los engranajes alcanza en Europa al 0,2 %, en China hay una tolerancia del 0,6 %.

Pese a todos estos inconvenientes, se ha sobrepasado en toda la línea la producción japonesa de 1939; y este desarrollo prosigue regularmente. Li Fu-tch'uen anuncia que entre 1952 y 1957 la producción aumentará: en el acero, de 1.350.000 toneladas a 4.120.000; en el carbón, de 63.530.000 toneladas a 113.000.000; en la electricidad, de 7.260 millones kwh a 15.000 millones. Estas cifras son muy inferiores a las que hallamos en Estados Unidos, Inglaterra y Japón. Pero Li Fu-ch'uen observa que las primeras fábricas de hierro y acero fueron construidas en China sólo en 1907, en Han-yang, y producían apenas 8.500 toneladas. En 1933 la producción total era de 25 mil toneladas, y en 1936, de 40 mil toneladas: en ese momento los japoneses ocuparon el Noreste. En 1943 China producían 1.800.000 toneladas de lingotes y 900.000 de acero. En 1949, como consecuencia de los sabotajes del Kuomintang, las cifras eran: 246 mil toneladas de lingotes y 158 mil toneladas de acero. La reconstrucción se realizó a partir de estas magnitudes irrisorias: "No teníamos fórmulas para producir milagros", dijo en conclusión Li Fu-ch'uen; "sin embargo, podemos asegurar que no necesitaremos cien años para igualar y sobrepasar

el nivel de los países capitalistas. Bastarán algunas décadas. Sólo necesitaremos cinco años para superar lo que insumió décadas en China reaccionaria".

Paralelamente al desarrollo de la industria pesada, China se dispone a realizar los grandes trabajos necesarios para proteger la agricultura, valorizar el subsuelo, asegurar la circulación de materias primas y de mercancías y producir energía eléctrica. Se han construido dos caminos —de 4.200 kilómetros— que unen Tibet con China. Se inauguró el 1º de enero de 1956 un nuevo ramal del Transiberiano que atraviesa el desierto de Cobi, de modo que el viaje entre Pekín y Moscú ha disminuido en cuarenta y ocho horas. Una nueva línea ferroviaria une Sue-tchuan con el resto de China, duplicando de ese modo la gran vía de agua que es el Yang-tzé, y permitiendo que la rica cuenca roja vierta en el resto del país el grano que desborda en esa región. Están construyéndose otras líneas: a fines de 1957 China tendrá diez mil kilómetros de nuevas vías férreas. Se está terminando en Han-keu un inmenso puente, que por primera vez une las dos orillas del Yang-tzé, lo que facilitará considerablemente el tráfico ferroviario entre el norte y el sur de China. Pero el esfuerzo principal se relaciona ahora con el control de los ríos. Por una parte es necesario hacer frente a la amenaza permanente representada por las inundaciones y las sequías, y por otra, utilizar la energía de la hulla blanca.

Ya he señalado que estas aguas tumultuosas y cargadas de limo han sido un problema permanente para China. El legendario emperador Yu, que según se afirma reinó 2.200 años antes de nuestra era, mereció la gratitud de su pueblo porque le enseñó a construir diques y canales. En realidad, desde hace miles de años los chinos han construido diques utilizando como materiales sacos de bambú llenos de piedras. Estas obras primitivas han perdurado: en Ho-han y en Chan-tong hay unas 1100 millas de antiguos diques; mantenidos cuidadosamente y reparados siempre, aún prestan servicios. Pero, en general, el sistema de regulación de las aguas heredado por el nuevo régimen es de una insuficiencia que clama al cielo. Sobre todo durante el verano de 1954 hubo una inundación tan terrible que en 1955 las aguas aún no habían retornado a su cauce. Sobrevolé la región en avión, al regresar de Cantón a Pekín; era imposible determinar dónde comenzaba y dónde concluía el lecho del Yang-tzé: el valle continuaba inundado en

una extensión de un centenar de kilómetros de ancho, o quizás más aún; la tierra estaba invadida por los afluentes y los bajos; hasta donde la vista alcanzaba, sólo se veía agua. También el río Amarillo había cubierto una vasta extensión de la llanura. Entonces comprendí la gigantesca magnitud de los proyectos explicados incansablemente en todas las revistas que hojeé desde que llegué a Pekín.

Los chinos se muestran orgullosos de la victoria relativa que obtuvieron en 1954 contra la crecida del Yang-tzé. El río Azul es más utilizable que el Amarillo, pues una parte importante de su curso es navegable, pero no es menos temible. Sus aguas llegan cargadas con el limo arrancado a las regiones tibetanas y a las mesetas de Sue-tchuan; los aluviones elevan el techo y atascan la desembocadura. Entre 1868 y 1949 ha desbordado varias veces. En 1931 el nivel alcanzó a 28,28 m. La inundación asoló varias regiones, entre ellas el gran centro industrial de Wu-han, río arriba de Nankin. Los diques cedieron, la ciudad quedó inundada; durante cuatro meses hubo dos metros de agua en las calles y se paralizó la actividad industrial. La catástrofe afectó a 800.000 personas, 500.000 perdieron su hogar y muchos la vida.

En el mes de junio de 1954 cayeron lluvias torrenciales; el río Han y el Yang-tzé, que se reúnen en Wu-han, crecieron simultáneamente; en la segunda mitad de junio se aproximaron al punto crítico: la gente que recorría la orilla del río veía a los barcos navegando en la altura. Avisada por radio, la "comisión de lucha contra las inundaciones" movilizó un verdadero ejército de voluntarios; 700.000 soldados, obreros, campesinos y estudiantes trabajaron noche y día para consolidar los diques. Se abrieron las cincuenta y cuatro compuertas de la gran represa de Chinghiang, para volcar las aguas del río. La crecida continuó. Acudieron nuevos voluntarios. Las mujeres llevaban agua caliente y té a los trabajadores; los altoparlantes difundían canciones, y piezas teatrales cantadas y representadas gratuitamente por los artistas. Se aumentó constantemente la altura de los diques, que alcanzaron los treinta metros: el agua subía siempre; llegó a la cota 29,73, y de pronto descendió. Toda China había colaborado en la empresa. Se movilizaron más de mil camiones —cifra enorme, en vista del reducido número que China posee— 300 chalanas, 500 barcazas, 30 locomotoras, más de 600 vagones de carga para transportar los 60 millones de tierra y otros materiales. El gobierno proveyó 300

bombas diesel; Ho-nan y otras provincias enviaron 170.000 troncos de árbol para construir los diques y Shanghai centenares de anclas para amarrar las balsas. Todas las provincias abastecieron con legumgres a Wu-han. De todas partes llegaron expertos, y también médicos que acudían a combatir las epidemias que son la secuela habitual de las inundaciones.

Nankín y las restantes ciudades del valle habían luchado contra la crecida con el mismo encarnizamiento e idéntico éxito. La inundación afectó gravemente sólo al campo y a las pequeñas localidades. Se concentraron todos los esfuerzos en reparar los daños que habían sufrido. Se evacuó del campo a los afectados, de acuerdo con un plan trazado de antemano, que aún permitió salvar las aves de corral y los cerdos; asimismo, se vacunó a los niños. Se alojó a los refugiados en Wu-han, utilizando escuelas, edificios oficiales, etc. La municipalidad les facilitó sumas considerables. Se le logró desechar inmediatamente tres quintos de las tierras inundadas y fue posible realizar la siembra de otoño.

De todos modos, el rendimiento de granos y algodón fue muy inferior al de otros años, y todo el país sufrió las consecuencias de la crecida. El desastre destacó aún más la urgente necesidad de realizar trabajos de endicamiento.

Ya se ha conseguido controlar el río Huai, al norte de Pekín. Los campesinos tenían un triste refrán: "Gran lluvia, gran inundación; pequeña lluvia, pequeña inundación; no hay lluvia: sequía". En 1950 Mao Tse-tung afirmó: "Es necesario controlar el río Haui". Después, se procedió a construir 5 represas, crear 17 lagos artificiales que retienen las aguas y excavar más de 2500 millas de canales. Un gran canal irriga el valle y drena el agua hacia el mar. Los 10 millones de campesinos del valle viven seguros.

El proyecto más importante, cuya realización insumirá muchos años, se refiere al río Amarillo. En relación con el plan quinquenal, la explotación y la regulación del río Amarillo fueron objeto de un informe especial, aprobado por el Congreso nacional popular el 30 de julio de 1955. Los trabajos proyectados transformarán las condiciones de vida de 80 millones de campesinos. En efecto, la cuenca del río Amarillo es tan extensa como Francia y Gran Bretaña reunidas. El río tiene 4.845 kilómetros de longitud, y el tenor de limo es el más elevado del mundo. "Si uno se moja en el río Amarillo, jamás puede sacarse la costra" afirma un pro-

verbio. Con el limo que arrastra en un año podría construirse un dique de un pie cuadrado de sección que daría veintitrés veces la vuelta a la Tierra a la altura del ecuador. Al acumularse en el curso inferior, estos depósitos han provocado desastres: el río ha cambiado de curso veintiséis veces, y en ocasiones sobre una distancia de 300 a 400 kilómetros. En cuanto a las inundaciones, amenazan permanentemente el valle. La historia escrita cita 1.500 catástrofes provocadas por el río. Cuando no se trata del exceso de lluvia, la sequía devasta la cuenca.

Hace años que los chinos contemplan la posibilidad de controlar el río Amarillo. Entre otros, en 1931 un famoso experto chino propuso un plan para controlar el curso medio del río, a su juicio el único modo de controlar también el curso inferior. Pero el Kuomintang no lo tomó en serio. Algunos expertos norteamericanos consultados en 1946 por Chiang Kai-shek aconsejaron dragar el curso inferior; pero afirmaron que para resolver el problema del curso medio se necesitarían "centenares de años".

Los actuales dirigentes rechazan este pesimismo; después de un enorme trabajo de exploración, observación y experimentación, realizado por expertos soviéticos en colaboración con los ingenieros chinos, han calculado que será posible reducir este lapso a algunas décadas: un período de tiempo que no puede asustar a hombres que se han instalado conscientemente en el porvenir. Por consiguiente, adoptaron un "plan de objetivos múltiples para lograr el control y la explotación del río". Es un plan "en escalera". Se construirán cuarenta y ocho represas, escalonadas de un extremo del río al otro. Las tierras altas de loess, hoy secas y desnudas, serán plantadas con árboles y pastizales, para retener el limo. Se utilizará el agua del curso superior para obtener energía eléctrica. Se excavarán canales para distribuir en toda la llanura las aguas del curso medio, controladas de acuerdo con las necesidades de la navegación. La cuarta sección, que es la clave del curso inferior, será controlada también de manera que suministre energía e irrigue el campo. Habrá veinticuatro represas a lo largo de los afluentes. El lecho, desembarazado del limo, será cada vez más profundo y estable.

Pasará mucho tiempo antes de que se completen estos trabajos. Pero debe realizarse lo esencial para 1967. En esa fecha se habrá logrado el control de los rápidos de Sanmen; las represas cuya construcción se ha iniciado estarán terminadas, y controlarán las

crecientes. Habrá dos enormes centrales hidroeléctricas, cada una de un millón de kilovatios; los diques y las represas construidos a lo largo de los afluentes suministrarán energía eléctrica a Kansu, Chen-si, Chan-si, Ho-nan. La superficie de las tierras irrigadas será cuatro veces mayor que hoy; en una longitud de 1.100 millas los barcos de gran calado podrán navegar por el río. En el curso de estas transformaciones algunas zonas quedarán sumergidas. Se calcula que será necesario reubicar alrededor de 600.000 personas: al principio 215.000 y las restantes en los quince años siguientes.

Estos proyectos grandiosos todavía no son más que planes. Pero ya el conjunto de las realizaciones logradas por China asombra a los observadores; ni siquiera los anticomunistas dudan de que China está convirtiéndose rápidamente en potencia industrial de primer orden. Precisamente porque esta perspectiva los espanta multiplican sus ataques. Su propaganda gira invariablemente alrededor de un tema: el "costo humano" de estos resultados "materiales" es terriblemente elevado; se sacrifica el obrero chino a una implacable consigna: producir. Sin embargo, algunos creen que el obrero es en China una nueva aristocracia, y que en realidad se está sacrificando al campesino. Así, pues, ¿cuál es la condición del obrero chino?

Políticamente su situación tiene un carácter paradójico. Li Li-san observaba el 14 de noviembre de 1949: "La característica de la revolución china es que las ciudades no fueron liberadas por una insurrección obrera, sino gracias a las fuerzas del ejército popular". Ahora bien, el ejército estaba formado esencialmente por campesinos. Los obreros no representan más que una muy pequeña parte de la población: poco más de tres millones; ya se vio que si sus luchas fueron a veces ásperas y sangrientas, jamás tuvieron mucha eficacia. La revolución china fue obra de las masas rurales. Sin embargo, hoy se considera que el proletariado es su vanguardia. El porvenir del socialismo está en sus manos, pues éste depende estrechamente de la industrialización. En la bandera china, la gran estrella central simboliza a la clase obrera. La voz de un obrero vale en las elecciones tanto como la de diez campesinos. Gozan de gran prestigio. Los jóvenes aldeanos sueñan con la posibilidad de trabajar en una fábrica; las muchachas del campo aspiran a contraer matrimonio con un obrero. Los padres desean tener como yerno a un obrero. Su situación concreta, ¿concuerda

con la dignidad oficial que se les atribuye? ¿Cuánto ganan? ¿Cómo viven? ¿Qué derechos tienen?

Los chinos han incorporado la tesis del stalinismo —que es ley también en las democracias populares— según la cual la construcción del socialismo exige una gran diversidad de salarios. Sobre la base de esta doctrina, Mao Tse-tung escribía en 1929: [20] el igualitarismo absoluto tiene el mismo origen político que el ultrademocratismo: la economía artesanal, la pequeña explotación campesina. He aquí los medios para eliminar estas tendencias: es necesario explicar que el igualitarismo absoluto es simplemente una ilusión del pequeño propietario campesino, y que no puede haber igualitarismo absoluto, no sólo cuando el capitalismo aún no ha sido destruido, sino siquiera más tarde, bajo el socialismo, cuando la distribución de bienes se realiza de acuerdo con el principio: "De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo, y de acuerdo con las necesidades del trabajo".

Hoy están en primer plano las necesidades del trabajo. La idea abstracta de igualdad desaparece cuando se trata de la eficacia. El obrero calificado recibe mejor retribución que el peón. Sin embargo, el régimen ha rechazado el complicado sistema que otrora regulaba los salarios: por ejemplo, en las acerías de Tan-chan había hasta 176 grados de calificación. El sistema de salarios diferenciados que hoy rige fue introducido en 1948 en Manchuria, y en 1950 en el resto de China; ha reducido a ocho el número de grados de calificación. En 1951 se estableció un índice universal, llamado *fen*, fijado por las autoridades regionales y fundado en el precio de cuatro a cinco artículos esenciales: alimentos, vestido, aceite, sal, carbón. En Pekín se calculaba el índice los días 5, 10, 20 y 25 del mes. A partir de la estabilización de la moneda ya no es necesario este ajuste, y se define el salario en yens. Todos los obreros que pertenecen a una misma categoría de trabajo reciben el mismo salario. Hay una gratificación especial, que puede alcanzar al 30 % del salario básico, para los obreros o los empleados especialmente calificados; se conceden primas a los mejores obreros. Cuando la producción aumenta en una empresa, se elevan los salarios. Como consecuencia de la primacía de la industria pesada, los salarios en ese sector son superiores a los que

[20] La eliminación de las concepciones erróneas en el partido, diciembre de 1929.

se pagan en la industria ligera. En la mina de Fu-chuen, el salario medio se elevaba mensualmente, en 1954, a la cifra de 68 yens, y en 1955 a la de 70 yens. Los obreros que vigilan la colada en los altos hornos de An-chan —trabajo calificado y muy duro— reciben 80 a 140 yens. Los salarios de la fábrica textil de Shanghai eran, término medio, de 61 yens por mes; los obreros calificados recibían 89 yens, los peones (limpiadores, etc.) alrededor de 40 yens; aproximadamente el 1 % sólo recibía 34 yens.

¿Cuál es el poder adquisitivo de estas retribuciones? El vestido de la población obrera es decente. Según me han asegurado, los alimentos son baratos y abundantes: lo creo, pues, nadie, ni los obreros, ni sus familias, me pareció subalimentado. En Shanghai el presupuesto en concepto de alimentos se descompone así: 53 % de cereales, de cuya proporción el 90 % está formado por arroz; 18 % de legumbres, 16 % de carne, huevos, pescado; 8 % de condimentos, 3 % de frutas; 2 % varios. Como el arroz es más barato que los otros artículos, constituye el alimento básico. Está racionado, pero cada adulto tiene derecho a 25 libras mensuales, proporción que satisface perfectamente las necesidades individuales; los niños reciben una cantidad ligeramente inferior.

En cambio, el obrero chino está mal alojado. Algunos solteros duermen en las salas colectivas anexas a la fábrica, y comen en las cantinas. Las familias viven en lugares estrechos. Pero es necesario tener bastante mala fe para imputar esta situación al régimen. Ya he señalado qué tugurios constituían otrora la vivienda de la población de Shanghai; el bombardeo japonés de 1932 arrasó extensos barrios obreros: las casas fueron reemplazadas por barracas. Por otra parte, en las aglomeraciones industriales el número de habitantes se ha multiplicado rápidamente: en menos de seis años se triplicó en Fu-chuen. Era imposible que el gobierno creara de la nada durante este difícil período, ciudades nuevas que pudiesen alojar convenientemente a todos los trabajadores.

Sin embargo, se ha comenzado a construir viviendas. Visité en Mukden, en los límites de la ciudad, una villa obrera construida a partir de 1952. Alberga a 7.000 familias —es decir, alrededor de 35.000 personas. Cada vivienda está formada por dos grandes habitaciones bien iluminadas, una cocina y excusados personales. En cada habitación hay una gran cama, donde cuatro o cinco personas pueden dormir, una al lado de la otra: las mantas acolchadas,

de colores vivos, constituyen la principal riqueza mobiliaria. Se calcula que un matrimonio y cuatro a cinco niños pueden vivir aquí en condiciones aceptables. El alquiler es de 8 a 10 yens. Los muros están decorados con esos cromos llamados "Imágenes de Año Nuevo" que han reemplazado a las antiguas imágenes religiosas; de éstas últimas no se ven rastros, y nada evoca el antiguo culto de los antepasados: si éste sobrevive en el campo, puede afirmarse que en el sector obrero la religión aparentemente ha muerto.

En Shanghai vi, a algunos kilómetros del centro, una ciudad obrera construida recientemente: la "Aldea de la fuente dulce". La habitan 4.000 familias —es decir, alrededor de 20.000 personas. Las casas construidas en 1952 y 1953 tienen dos pisos, y las de 1954 cuentan con tres pisos. Las hileras de casas están separadas por sectores de césped; y cada casa tiene un jardincito, con flores y a menudo una decoración de rocas. Cada alojamiento incluye una o dos habitaciones, bastante grandes, y una cocina. En cada piso hay cuartos de baño. Las viviendas tienen agua corriente y electricidad. La ciudad incluye dos escuelas primarias, una secundaria, una nursería, un jardín de infantes que pudimos visitar, y donde los escolares cantan para nosotros sin la menor timidez, a coro, y luego aisladamente, un montón de canciones. En la "Aldea de la fuente dulce" hay también una oficina de correos, tres mercados, dos cooperativas y un dispensario. Está servida por dos nuevas líneas de autobuses. Las fábricas tienen camiones que vienen a buscar y traen de vuelta a los obreros; muchos de ellos tienen bicicletas. Aquí se alojan sobre todo los obreros que se han destacado y también, entre los trabajadores corrientes, los que antes vivían en condiciones particularmente deplorables —por ejemplo, los que se alojaban en cabañas de paja o vivían en embarcaciones. En general, para ser aceptado en esta villa se necesita una recomendación del sindicato, y otra suministrada por los responsables del barrio habitado anteriormente. Existen diez villas semejantes, que albergan a unas 200.000 personas.

Todavía es muy poco. Por eso el gobierno desarrolla otro tipo de esfuerzo: procura adecentar los antiguos barrios donde abundaban otrora los tugurios. Me llevaron a ver en la zona norte un distrito llamado Pan Kia-wan. Al revés de lo que ocurre en otros países, en China los barrios pobres parecen menos sórdidos de cerca que de lejos. Cuando entro en éste, me impresiona ante todo

la falta de malos olores. En el resto del mundo, la pobreza apesta; aquí, las calles estrechas, los patios y, hasta donde es posible comprobarlo, el interior de las casas exhiben una impecable limpieza. Se han cubierto los albañales, construido tres letrinas públicas con agua corriente, y distribuido numerosas canillas. Todos los días la población recoge los desechos y los evacua; tres veces por mes se barren las calles. En 1950, el 70 % de las casas eran de tierra y bambú, con techo de paja; de este tipo de vivienda sólo queda el 30 %. La mayoría son de ladrillo, y están pintadas con cal; se las alquila por 4 a 6 yens mensuales, pero muchas pertenecen a los obreros que, gracias al aumento de los salarios, pudieron construirlas con sus propias manos. 3.400 familias —es decir 14.000 personas— viven en este distrito, semejantes a otros centenares: de ese modo, se ha procurado mejorar la situación en casi todos los barrios de Shanghai.

La casa que visito es de tierra, muy modesta, pero está amueblada con asientos de bambú tan pulidos, tan lustrados, que tienen cierto aire de cosa preciosa. En la pared del fondo está pegada una imagen roja que representa a tres dioses guerreros; encima, el retrato de Mao Tse-tung; la viga maestra está decorada con recortes de diario: podemos ver las vigas del techo, y los muros blanqueados a la cal. Una escalerita permite llegar a un granero arreglado como habitación. En la planta baja está la habitación principal, un dormitorio y una cocina. El suelo es de tierra apisonada; los asientos son algunos bancos, dos sillas y un sillón; veo una radio y, por supuesto, una gran botella termo. Bajo este techo viven un matrimonio, una anciana madre y siete hijos. La mujer es obrera textil y gana 60 yens mensuales; el marido trabaja por el mismo salario en una fábrica de harinas; la casa les pertenece; además, ahorran 20 yens mensuales. Antes, no lograban equilibrar el presupuesto: podían comprar un saco de arroz de 100 libras, cuando ahora pueden adquirir 4 sacos. Los niños mayores van a la escuela; antaño, solo el 30 % de los niños aprendían a leer, pero ahora hay lugar para todos en las clases: la mitad va por la mañana, y el resto por la tarde. Para los adultos existen cuatro cursos nocturnos, a cada uno de los cuales asisten 300 alumnos. Todos los meses hay espectáculos cinematográficos. Me dicen también que se han pavimentado 8.800 metros cuadrados de calle: Otrora, cuando llovía, se chapoteaba en el barro durante una semana entera, y el único modo de salir era calzando botas.

El barrio está organizado para luchar contra los incendios, y posee algunas bombas. Se han instalado tres cabinas telefónicas. Antes se cruzaba el río en una barca que costaba 4 centavos —es decir, un gasto de 16 centavos diarios; pero ahora se ha construido un puente que une el barrio con la ciudad. Un comité electo se encarga de la administración del barrio. El jefe es un permanente elegido. Hay 6 subcomités y 6 asociaciones de mujeres.

Como en muchos países de desarrollo industrial rápido, el nivel de vida del obrero chino es superior al de su habitat. Un obrero soltero que gana 50 a 60 yens puede depositar dinero en el banco. Lo mismo ocurre en el caso de la pareja si los dos cónyuges trabajan: puede comprar una bicicleta, un receptor de radio, o depositar dinero en caja de ahorros. En Fu-chuen conversé con una empleada, casada con un obrero de la mina, y madre de tres hijos: entre los dos ganan 110 yens por mes; ella se ha comprado un velotaxi que utiliza para llevar los niños todas las mañanas a la nursería de la fábrica; ambos depositan dinero en el banco todos los meses.

La semana del obrero chino alcanza a cuarenta y ocho horas; sin embargo, a veces se le imponen horas suplementarias, bajo el rubro general de "trabajo de choque". En general, se ajusta a un sistema rotativo, de modo que cada uno descansa un día por semana; pero de ese modo la fábrica no se detiene jamás. No trabaja los días festivos: siete a ocho días por año. Por lo tanto, sus momentos libres son escasos. Pero también él ha conquistado un bien completamente nuevo, que se relaciona tanto con su presente como con su porvenir: la seguridad. El sistema de seguros, establecido por la ley del 26 de febrero de 1951, y completado por la de 1953, garantiza al trabajador contra los accidentes, la enfermedad y la vejez. Los fondos de la caja de seguros son aportados totalmente por la empresa. Para constituir el fondo, administrado por el sindicato, la dirección debe aportar una suma equivalente al 3 % del monto total de los salarios —pero estas sumas no se descuentan de los salarios. En caso de accidente de trabajo, se atiende gratuitamente al obrero hasta que está en condiciones de reanudar su labor, y se continúa pagándole el salario. Si queda definitivamente inválido, recibe una pensión que varía de acuerdo con sus obligaciones y sus necesidades: en general, se eleva a una cifra que representa del 60 al 75 % de su salario. En caso de enfermedad, todos los gastos están a cargo de la empresa; durante

6 meses recibe del 100 al 60 % de su salario; luego, del 60 al 40 %. A partir de los 60 años, un obrero que ha trabajado durante 25 años, y de ellos por lo menos 5 años seguidos en la empresa de la que se retira, recibe una pensión que representa del 50 al 70 % de su salario, según la duración de su período de servicio. Las mujeres pueden jubilarse a partir de los 50 años, si han cumplido 20 años de trabajo. En las fábricas donde el trabajo es particularmente duro —sobre todo en las minas— la edad de la jubilación desciende a 55 años para los hombres y a 45 para las mujeres. Las mujeres tienen derecho con cada embarazo a 56 días de licencia, con salario íntegro. Todos los gastos del embarazo y parto están a cargo de la empresa, y la madre recibe una prima cuando nace el niño. Si un obrero muere y deja a su familia en la indigencia, ésta recibe una pensión que representa entre el 25 y el 50 % del salario. Hay muchos sanatorios donde se atiende a los trabajadores; he visitado varios, así como una casa de retiro para los ancianos. Eran siempre lugares de higiene y comodidad notables. Lo mismo puedo decir de las nurserís organizadas en las fábricas, donde se cuida gratuitamente a los niños.

Otra ventaja que beneficia al trabajador chino es la posibilidad concreta de elevar su nivel técnico, y por consiguiente su situación. En todas las fábricas hay cursos nocturnos. Los obreros menos avanzados siguen clases primarias; prácticamente ya no hay analfabetos entre ellos; aproximadamente un 2 % sólo conoce 500 caracteres, y no sabe escribir. Eso es todo. Los cursos técnicos permiten a quienes así lo desean convertirse en especialistas. Si tienen éxito, se les conceden tres años de vacaciones pagas para que sigan en las "escuelas aceleradas" cursos que les permitan ingresar en las escuelas superiores y convertirse en cuadros. Se alienta vigorosamente esta especialización porque, como se ha visto, la industria necesita urgentemente cuadros. Sobre todo los jóvenes, cuando ingresan en las fábricas, de ningún modo afrontan un porvenir sin perspectivas.

Los dirigentes reconocen que, en general, el nivel de vida del pueblo chino es insuficiente. En el "informe sobre el plan quinquenal", Li Fu-tch'uen escribe: "No negamos que el nivel de vida actual de nuestro país es todavía relativamente bajo". Pero dado el punto de partida de la reconstrucción y la radical indigencia de China en 1949, comparar el nivel de vida del obrero chino con el nivel de vida del proletario de Occidente sería absurdo.

En compensación si comparamos su condición con la que prevalecía en la generación anterior, se ve que se ha operado una transformación radical; además, se encuentra en una situación extraordinariamente privilegiada en relación con los restantes trabajadores asiáticos. A propósito de las leyes acerca de la seguridad social, los Gosset reconocen: "Quien haya recorrido Asia de India a Indonesia, pasando por todo el sudeste asiático, tiene motivos para maravillarse". Quien reproche al régimen que no eleve más aún los salarios, ni aumente la cantidad de productos de consumo, le acusa de no correr derecho al suicidio; si en un plazo breve China no posee cantidad suficiente de tractores, carbón y energía eléctrica, se arruinará, y con ella los chinos. Es precisamente lo que explica Li Fu-tch'uen: "La satisfacción de las necesidades del pueblo está determinada por las fuerzas productoras y los recursos materiales que la sociedad posee. La elevación del nivel de vida debe basarse en el desarrollo de la producción y en el aumento del rendimiento. Nuestro rendimiento industrial y agrícola ha aumentado año tras año, pero aún está en un nivel muy bajo; el conjunto de la producción es poco considerable. Si queremos desarrollar la producción y mantener una tasa elevada de desarrollo, para crear las bases materiales del mejoramiento de la vida del pueblo, debemos intensificar la construcción de la industria pesada y de otras ramas de nuestra economía... Por consiguiente, no podemos utilizar todos los beneficios para mejorar el nivel de vida: debemos invertir una parte en la construcción del país".

El objetivo, concluye este expositor, es en definitiva elevar el nivel de vida del país: pero no es posible alcanzarlo inmediatamente. Ello no significa que se descuidarán los problemas vitales que la gente afronta ahora. "Lo correcto es integrar el interés inmediato del pueblo con sus intereses lejanos, y al mismo tiempo que se da prioridad a las necesidades de la construcción, elevar de manera conveniente su nivel de vida".

Li Fu-tch'uen llegaba a la conclusión de que era necesario reforzar las consignas de economía; deseaba que disminuyeran los capitales invertidos en las "construcciones improductivas"; es decir, que se frenase la edificación de ciudades obreras, hospitales, etc. En setiembre de 1956, durante el VIII congreso del Partido Comunista chino, Chu En-Lai destacó, por el contrario, la necesidad de acrecentar el bienestar obrero. Esta diferencia no implica un giro brutal: se trata de una de las incesantes rectifica-

ciones que aseguran en China el mantenimiento de la línea "justa". Se ratifica el principio fundamental: es necesario invertir en la industria pesada la mayor parte de los capitales. Sin embargo se debe esperar que, en la integración del interés inmediato del pueblo con los intereses lejanos, en adelante se destacará sobre todo el primero, y se procurará elevar seriamente el nivel de vida de los trabajadores.

El problema en la relación justa entre el interés inmediato individual y los intereses mediatos generales se plantea de manera aguda a propósito de las libertades obreras. El inmenso papel asignado al proletariado en la construcción del socialismo, la responsabilidad de estos tres millones de hombres en relación con los seiscientos millones de chinos, explica que se hayan reducido estas libertades: pero, ¿en qué medida los propios trabajadores se resignan a esa situación? ¿Qué derechos se le reconoce? ¿Qué medios tienen para hacerlos respetar? Se trata de un aspecto de difícil dilucidación.

Los dirigentes afirman que la lucha de clases no ha concluido en China. Pero ya se ha visto que, en adelante, la transición del capitalismo al socialismo no debe realizarse de manera revolucionaria: se completará la liquidación del capitalismo mediante la edificación positiva del socialismo. Las empresas privadas y mixtas obedecen a directivas que emanan del Estado: éste ejerce el control superior sobre toda la producción. Por lo tanto, en todos los sectores, nacionalizados o no por completo, el obrero trabaja en interés del país total —es decir, para sí mismo. Sería absurdo creer que su voluntad puede chocar con las necesidades de la producción.

Tal es la tesis oficial; una de sus consecuencias es la anulación del derecho de huelga de los trabajadores; si hay conflictos entre los trabajadores y los responsables, no puede tratarse de una oposición radical; bastará resolverlos mediante el arbitraje; las disputas acerca de los problemas de salario, la duración del trabajo, la incorporación o el despido de personal, los seguros, y la disciplina se ventilan ante la oficina de trabajo local. Si su mediación no permite alcanzar un acuerdo, se comunica el caso a la oficina central, y se intenta una gestión ante el tribunal popular, que decide en último análisis. En cuanto a las organizaciones sindicales, se ocupan sobre todo de los problemas de seguros, jubilación y orga-

nización. No están preparadas para defender los intereses de los obreros contra los intereses de la producción, pues unos y otros necesariamente coinciden.

Objeté a la presidenta de un sindicato de Shanghai que este acuerdo podía quebrarse por lo menos provisoriamente; es posible que el "plan" exija al obrero un esfuerzo excesivamente grande, y en ese caso el papel del sindicato debía ser la defensa de los intereses inmediatos del trabajador; el sindicato debería garantizar el equilibrio justo entre el futuro y el presente, entre la colectividad y los individuos. Fue imposible inducirla a que examinase sinceramente el problema: jamás hay conflictos, afirmó; se ha trazado el "plan" con el consentimiento de los obreros. Es verdad que éstos no se encuentran reducidos a una situación de obediencia pasiva. A partir de las directivas suministradas por el Estado, se establecen las normas de trabajo a través de la colaboración entre el director y los obreros; en caso de necesidad, se las revisa. Cada taller adopta medidas para cumplir la parte del plan que lo afecta. Los obreros discuten entre ellos los reclamos que formularán a la administración: en tal o cual momento habrá de suministrarles tal cantidad de materia prima, y tales herramientas. Pero estas iniciativas se inscriben en un programa de conjunto, y el problema consiste en determinar qué influencia eficaz ejerce el obrero sobre dicho programa. En 1953, Li Li-san, que presidió la Federación del trabajo, ha reclamado que se acentuase el control de la base sobre la dirección de las empresas: fue destituido. Por el contrario, se decidió reforzar la disciplina de la producción y exigir a los obreros un esfuerzo masivo. Se ha organizado "la emulación en el trabajo". Como en la Unión Soviética, las fotografías de los héroes del trabajo aparecen en las fábricas; se decoran sus bancos de trabajo con la bandera roja, y las hazañas de algunos de ellos merecen una amplia publicidad. En general, esta emulación tiene carácter colectivo; se fijan sobre los muros los "compromisos de trabajo" contraídos por cada equipo, y se informan los resultados obtenidos; compiten los talleres más que los individuos; de ese modo, se evitan parcialmente los posibles excesos del estajanovismo. No parece que, en general, el esfuerzo exigido a los obreros sea excesivo. Las normas fijadas por el plan son extremadamente modernas, y Guillain aún las juzga un poco irrisorias. En las fábricas que visité me pareció que el ritmo de trabajo era casi lánguido. Pero ello no impide que la dirección

exija a los obreros un esfuerzo muy grande; en ocasiones, establece a fin de mes "horas de completamiento", que son exactamente horas extras; o impone un ritmo tan acelerado que los obreros se desmayan de fatiga.

Los "cuadros" me han informado tan mal sobre estos problemas que me sorprendió hallarlos expuestos francamente en una pieza que tuvo gran difusión y mereció los honores de la traducción: *La prueba*. Esta obra destaca claramente los conflictos que a veces oponen a la dirección y los trabajadores, y las dificultades que éstos últimos experimentan para que se los escuche. De ahí que haya decidido relatarla detalladamente.

Cierto Yang, que ha sido un héroe de la guerra de la liberación, pero que una vez designado director de fábrica, se siente imbuido de su propia importancia, trata dictatorialmente a los obreros; los abruma con conferencias políticas en lugar de estudiar seriamente con ellos los problemas de trabajo. Una de las primeras escenas muestra a Yang enzarzado en una disputa con el jefe delegado de un taller, Hsu, quien le ha pedido una entrevista.

Yang: ¿Qué problemas urgentes desea conversar conmigo?

Hsu: Siempre los mismos problemas. Ante todo, la base formulará comentarios desagradables si se rechaza nuevamente la proposición de racionalización del camarada Ma Hsiao-pao sobre el modo de evitar los cortocircuitos en los cables eléctricos. Y además, los obreros afirman que el trabajo de choque, a fin de mes, es simplemente un modo de restablecer las horas extras. Estoy de acuerdo en diferir para el mes próximo la discusión del primer problema. Pero el segundo es urgente. Si no se lo resuelve de inmediato, no solo no se logrará cumplir el plan, sino que aumentarán los accidentes.

Yang: ¿Quién habla de horas extras?

Hsu: Los obreros, aunque por supuesto la expresión oficial es "trabajo de choque".

Yang: Sé que hay descontentos. Pero se trata sólo de un puñado de obreros que aún tienen una mentalidad retrógrada. Sólo puede hacerse una cosa: es necesario criticarlos, explicarles su error, instruirlos ideológicamente e incitarlos a reflexionar. Que comparen la vida que llevaban antes de la liberación con la que hacen ahora: si se quejan apenas se les pide un esfuerzo, ¿cómo debemos calificarlos? Son retrógrados, y eso es todo (se advierte que se oye hablar, y que está inbuido de su papel de jefe).

Hsú: No estoy de acuerdo. Oí lo que decía Chang Ta-mei durante el

discurso que usted pronunció: "Las máquinas pueden estar sin dormir, pero la gente no!" Es la obrera más activa de todo el equipo de Ma. No es posible tratarla de retrógrada.

Yang: ¡Pues bien! ¡Si aún los activistas protestan, quiere decir que ustedes han hecho un pésimo trabajo político!

Asueh (otro jefe de taller que trata de halagar a Yang): ¿Y si esta noche reuniésemos a los jefes de equipo y a los activistas en una asamblea? El director y el vicedirector podrían hablarles...

Hsu, bruscamente: No. Ya tuvimos demasiadas asambleas y reuniones. Que vuelvan a casa a descansar. Realmnete están fatigados.

Yang, explotando: Por supuesto, es necesario ver los problemas desde el punto de vista de las masas; pero también desde el punto de vista del Estado.

En ese momento anuncian otro accidente: ya hubo cinco en los tres últimos días.

Felizmente, acaban de designar un nuevo director, llamado Ting; Yang no es más que un vicedirector, y ocupaba provisoriamente el lugar principal. El secretario del Partido Comunista, que se reprocha no haber sabido ayudar a Yang a corregir sus defectos, pone al corriente de la situación a Ting. Uno de los principales errores ha sido pronunciar incesantes discursos que fatigan a los obreros en lugar de ir al fondo de los problemas. Por su parte, Hsu confiesa a Ting que escribió al periódico partidario para denunciar el desorden de la producción. Yang, furioso ante esta oposición, quisiera despedirlo, pero Ting se niega. Se lleva la discusión ante el partido. Se critica duramente a Yang y se lo releva de su puesto. Ting prohíbe las horas extras, aunque sean voluntarias: es necesario ejecutar el plan utilizando medios normales. Pero como se han introducido algunas racionalizaciones y suprimido el palabrerío inútil, y como reina orden en la fábrica, el rendimiento aumenta, y los propios obreros proponen que se eleve la cuota de producción de cada uno.

A pesar de la conclusión eufórica, *La prueba* es una crítica severa de la situación de los trabajadores. Pues, en definitiva, si Tin no hubiese reemplazado a Yang, éste hubiera continuado ahogando las reivindicaciones de los obreros. De acuerdo con la obra, el único recurso de los trabajadores es escribir al periódico partidario: pero si la línea general manda ignorar el descontento obrero, la carta no será publicada. Además, su autor corre peligro

de ser despedido. Se necesita mucho valor para atreverse a hacer lo que hizo Hsu.

El éxito oficial de esta pieza indica que desde 1955 el gobierno tenía la intención de reprimir esos abusos. En el nivel en que se encuentra China, tanto en la fábrica como en el campo las imposiciones producen malos resultados. Es posible impedir que los descontentos hablen en las asambleas: pero no es posible obligarlos a que se conduzcan como "héroes del trabajo". El factor humano representa un papel muy importante: la prueba de ello es la desigualdad de rendimiento de los talleres. La fatiga y la resistencia pasiva del trabajador perjudican la producción. Los dirigentes lo han comprendido así, y durante este último año la política obrera ha evolucionado. Se combate cada vez más severamente la "Sturmoutchina" que se practica al final de cada mes y de cada año, y que otrora fue tan difícil eliminar de las empresas soviéticas; acarrea el aumento de los accidentes de trabajo, el desgaste de las máquinas y los hombres, y el aumento de los rechazos. Una vez establecida, la cadencia irregular constituye un círculo vicioso que se supera con dificultad; pero se realiza un gran esfuerzo en este sentido. También se insiste mucho ahora en la necesidad de subordinar la cantidad de productos a la calidad: con harta frecuencia la obligación de cumplir las normas inducía a sacrificar la calidad en beneficio de la cantidad; los obreros trabajaban con excesivo apresuramiento, y "chapuseaban" piezas; y por su parte el director pretendía que el Estado las aceptara: se exhorta a los "controles" a impedir cuidadosamente estos abusos y a redoblar la exigencia. Por otra parte, se han comprendido los peligros de un "activismo" a toda costa. A fines de setiembre de 1955 se realizó en Pekín una conferencia de jóvenes activistas. Eran 1.527, entre ellos 368 mujeres, llegados de todos los rincones del país para comparar sus experiencias, trabajos y realizaciones; había campesinos, mineros, agrónomos y arquitectos. Estos elementos "avanzados" son los que se encargan de instruir intelectual y políticamente a sus camaradas, y de elevar las normas de la producción. En ese sentido, adoptaron varias resoluciones. Sin embargo, en mayo de 1956 Lieu Chao-ki puso en guardia a los activistas; los abusos de la burocracia, la multiplicación exagerada de las conferencias y las asambleas políticas amenazan separarlos de las masas y transformarlos en elementos retrógrados. En junio la prensa china inició una amplia campa-

ña contra los excesos "activistas". Citó el caso del jefe de un equipo de albañiles que durante doscientos días no trabajó porque se lo impedían sus actividades sociales. Los periódicos han subrayado que las asambleas excesivamente frecuentes eran para el obrero una fuente de fatiga suplementaria: más vale permitirles recuperar sus fuerzas que adoctrinarlos implacablemente.

Un hecho más importante y más significativo: en el congreso de setiembre de 1956 reapareció Li Li-san, que siempre encarnó las reivindicaciones obreras. Fue presidente de la Federación del Trabajo, y dos veces se vio separado de la escena política: antes de la guerra, y nuevamente en 1953. Su retorno significa una acentuación del control obrero sobre la dirección de las empresas. Debemos esperar que, bajo su influencia, los sindicatos asumirán su verdadero papel, que no es someter el trabajo a la razón de estado, sino defender a los trabajadores. En Polonia los obreros eligen por una parte delegados de gestión y por otra delegados sindicales, porque consideran que aún los miembros de un comité obrero se ven arrastrados inevitablemente a poner el interés colectivo antes que el de sus camaradas.[21] Con mayor razón, los cuadros designados por el Estado se ven inducidos fatalmente a subordinarlo todo a la producción: para restablecer el equilibrio, los sindicatos deben encarnar y defender las reivindicaciones obreras. Una auténtica colaboración entre la administración y la mano de obra exige que la contradicción que las oponga sea superada constantemente, pero jamás negada.

Si es indudable la necesidad de aumentar el bienestar y las libertades obreras, de todos modos hay derecho a afirmar que el régimen ya ha transformado de manera radical la condición obrera. "Los animales herramientas" se han convertido en hombres. El camino que los conducirá hacia un nivel de vida más elevado y libertades más amplias es precisamente el que China se dispone a recorrer: enriquecerse y producir. En general, la tesis oficial es válida: el obrero trabaja para sí mismo. Sólo se necesita hallar la relación justa entre sus intereses inmediatos y los intereses futuros: desconocer los primeros equivaldría a comprometer gravemente todo el futuro.

[21] Un delegado polaco decía a Claude Bourdet: "Es absurdo confiar a los mismos hombres el cuidado de defender a los obreros y el de vigilar los intereses del Estado y la fábrica". Véase *France-Observateur*, 15-11-56.

5

LA CULTURA

En 1942, en el momento culminante de la lucha revolucionaria, Mao Tse-tung declaraba en el foro de Yenan: "Nuestras tareas culturales consisten simultáneamente en la difusión general de la cultura y en su elevación, así como en establecer una justa relación entre ambos procesos. Para el pueblo lo esencial es la difusión cultural; sin embargo, no es posible separar esta última de su elevación". La consigna "difundir la cultura" fue retomada vigorosamente en 1949, y los intelectuales ocupan hoy un lugar de primer plano; uno de los rasgos destacados de la nueva China es la importancia otorgada al desarrollo intelectual del país.

La política y la cultura siempre estuvieron íntimamente vinculadas; a partir del reino de Wu-ti los emperadores se apoyaron en los letrados y reclutaron a los funcionarios de acuerdo con su conocimiento de los clásicos; uno de los principales objetivos de los reformadores y revolucionarios burgueses fue arrancar la cultura de las manos de los mandarines; los intelectuales estuvieron a la vanguardia del movimiento que prolongó la revolución burguesa hasta el ascenso de la República Popular. Sin embargo, el pasado no podría explicar la esencia de una sociedad que se ha formado rompiendo con él; sin duda, influye sobre los proyectos de los dirigentes; herederos de una rica civilización, éstos no confunden la grandeza futura de China con la mera prosperidad material; quieren que su país iguale a Occidente no sólo en el plano económico, sino intelectual y artísticamente. Este objetivo a largo plazo tampoco explica las actuales inquietudes culturales del régimen, su amplitud y su urgencia. Es posible dilucidar estas últimas únicamente a la luz de la situación actual: el hombre es simultáneamente el fin y el medio de las transfor-

maciones económicas y sociales: la cultura es el hombre mismo, en tanto que él se habla de sí y del mundo que es suyo; al mismo tiempo que expresa la condición humana, debe contribuir a modificarla; como no se ha cumplido la revolución técnica, la cultura es hoy el intrumento privilegiado de un progreso del que mañana será la coronación.

Ahora, como en 1942 "lo esencial es la difusión cultural". Los regímenes que favorecen deliberadamente el oscurantismo, como los de Franco y Salazar, expresan por eso mismo su complicidad con la clase privilegiada: facilitar el acceso del pueblo a la verdad equivaldría a provocar la rebelión. El gobierno chino tiene conciencia de que sirve a toda la nación: para él, la verdad es su aliado más seguro. Su esfuerzo de difusión tiene doble carácter: negativo y positivo. Se combatirá la superstición y se desarrollará la instrucción.

La consigna: "luchar contra las supersticiones" está inscrita oficialmente en el programa gubernamental. Sin embargo, un artículo de la constitución declara que "se toleran todas las religiones". Como la religión de los chinos tenía carácter esencialmente supersticioso, el problema que los dirigentes debían resolver era complejo. Para comprender exactamente sus elementos, para apreciar la solución que se le ha dado, es necesario examinar el contenido de la religión china.

Como China era un pueblo campesino, su religión primitiva fue la de todos los campesinos del mundo; la doble relación del agricultor chino con sus campos y su familia se expresó en el animismo y en el culto de los dioses lares. Los brujos eran intermediarios entre el hombre y la naturaleza sometida a genios invisibles; su función principal era predecir el porvenir. El más célebre de los libros confucianos, el *Yi King*, era un manual de adivinación. Se utilizaban dos tipos principales de oráculos: la tortuga y la aquilea. El adivino tocaba con un hierro caliente las escamas de la tortuga —preferentemente la placa ventral— y producía fisuras cuya configuración interpretaba: también se utilizaba ese procedimiento con omoplatos de vaca. Se recortaba la aquilea en delgados bastoncillos, que eran arrojados en un cubo de agua, y cuya disposición se examinaba. En ambos casos se basaba la interpretación en una complicada ciencia de los números, ilustrados con diferentes hexagramas.

Una cosmología coronaba el tejido de ritos, tabúes, prácticas mágicas y adivinatorias que formaba la religión. Sometidos al ritmo de las estaciones, a las leyes y los caprichos del cielo, los campesinos chinos concebían el universo como regido por la ronda de los cinco elementos, y sobre todo por la alternación de dos principios opuestos y complementarios; el yan, que correspondía a la ladera soleada de las montañas, y el yin, que era la vertiente sombreada; el movimiento repetido indefinidamente de esta rueda mantiene un orden inmutable, el tao, en el cual se resume la unidad profunda del mundo, y que es eterno.

En el siglo v a.C., cuando floreció la cultura en China, no enriqueció a la religión. Los sacerdotes, que eran administradores imperiales, se interesaron exclusivamente en los intereses de la administración: procuraban asegurar la estabilidad de la sociedad; así, consolidaron la familia y se alienaron al culto de los antepasados. Bajo la figura del culto de los lares, la sumisión al orden establecido representó para el pueblo la totalidad de la religión. Otrora, la masa estaba asociada con las ceremonias celebradas por los señores; ahora se vio excluida de los sacrificios, y sólo el emperador pudo realizar ofrendas al Soberano de las Alturas.

El conjunto de deberes sociales que se les imponía no podían colmar las aspiraciones de los campesinos. En Grecia y en Roma los ciudadanos exigían a los misterios una compensación a la frialdad impersonal de los cultos oficiales; también los chinos buscaron la esperanza de una salvación individual en doctrinas heterodoxas: el taoísmo y el budismo.

Sobre el antiguo trasfondo del pensamiento chino, los padres taoístas habían elaborado una sabiduría radicalmente opuesta a la de Confucio: buscaban la salvación en una suerte de misticismo quietista. No fue bajo esta forma que los campesinos lo adoptaron. Exigieron a la religión cierta influencia sobre la naturaleza y un refugio contra la muerte; así, integraron ciertos temas taoístas en la antigua brujería. Concibieron la salvación, no como un renunciamiento del propio ser, sino como una supervivencia individual: como no concebían que ninguna realidad pudiese ser inmaterial, se esforzaron por perpetuar la existencia del cuerpo mismo. Lejos de someterse a las leyes naturales, el taoísmo popular pretendía actuar sobre ellas. La mística taoísta degeneró en magia: se buscó la piedra filosofal, se elaboraron recetas para alcanzar la inmortalidad, dietéticas, alquimias, formas de respiración.

El taoísmo incorporó las divinidades locales y domésticas del viejo animismo y las jerarquizó, superponiendo funcionarios divinos a la administración humana; aquéllos regenteaban la existencia de los seres vivos, y tomaban a su cargo las almas de los difuntos; se conquistaba su favor mediante sacrificios y diversas prácticas. Influido por el budismo, bajo los Han, hacia 175-179 el taoísmo comenzó a organizarse en comunidades que celebraban ceremonias públicas. El clero se dividió en dos categorías: los *tao che* que practicaban la vida monacal y el ascetismo a la manera de los bonzos budistas; y los sacerdotes seculares, que se casaban y que de hecho eran brujos: atravesaban las llamas, caminaban sobre el filo de los sables, se traspasaban las mejillas con agujas, exorcizaban las casas embrujadas, curaban a los enfermos, hacían llover. A la cabeza de este clero había una suerte de papa: descendía de una familia célebre por sus extraordinarios prodigios, la de los Tchang. A principios del siglo xx vivía aún en un gran palacio de Kiangsi un mago que aseguraba pertenecer a este linaje. Mostraba orgullosamente a los visitantes una larga hilera de jarras ocupadas por demonios cautivos; poseía un sable que exterminaba a los malos espíritus en diez millas a la redonda. Era el único brujo que sabía combatir la posesión por el zorro. Gran fumador de opio, otorgaba, mediante pago, un diploma de iniciación a los aspirantes a brujo; pero no tenía ningún poder sobre los *tao che*: nunca existió nada semejante a una iglesia taoísta organizada. La mayoría de los brujos prescindían de los diplomas: cualquiera, aún las mujeres podían improvisarse brujo. La adivinación y la magia a menudo iban de la mano con otras actividades clandestinas: en casa del brujo se fumaba opio, y la bruja a veces realizaba tareas de casamentera.

Sin embargo, como había nacido al margen de una sociedad opresora, como reacción contra una moral de alienación, el taoísmo pudo cristalizar las tendencias revolucionarias del campesinado. Los brujos explotaban a la masa de habitantes del campo, pero al mismo tiempo eran miembros de ella, y algunos adoptaban actitudes solidarias: la gran familia de los Tchang distribuía trigo a los indigentes, y reparaba los caminos y los puentes. En las épocas de crisis, la desesperación y las esperanzas de los campesinos encarnaron en sus jefes religiosos. Los Tchang encabezaron la gran insurrección campesina llamada "Rebelión de los turbantes amarillos". Las sectas taoístas organizaron la mayoría de las insurrec-

ciones campesinas; también dirigieron el movimiento de los boxers. Antes de la liberación, había muchas asociaciones secretas de carácter religioso, en las que se agrupaban los elementos de un *lumpenproletariat*: campesinos arruinados, artesanos sin trabajo. Estas sociedades, que tenían ramificaciones en toda la población, a menudo estaban armadas. Luchaban contra los burócratas y los terratenientes, pero eran esencialmente anárquicas. "Esta gente es capaz de luchar con el mayor valor, pero tiende a la acción destructiva", decía a propósito de ellos Mao Tse-tung [1] en marzo de 1926. En las zonas rojas estos grupos a menudo fueron utilizados por los reaccionarios contra la revolución.

En China la evolución del budismo fue análoga a la del taoísmo. El budismo tiene afinidades con la doctrina atribuida a Lao-tse. Estas dos concepciones consideran al mundo como un tejido de ilusiones; es posible alcanzar el infinito, cuya plenitud equivale al vacío absoluto, sólo mediante el renunciamiento a la vida individual; en definitiva, se llega a una moral que es un quietismo asociado. Pero la religión taoísta contradecía a Lao-tse, pese a que afirmase su solidaridad con él; era una concepción interesada, materialista, supersticiosa. En su forma pura, el budismo se oponía radicalmente al taoísmo; predicaba el renunciamiento a todos los bienes anhelados por el campesino chino; prosperidad de la familia, inmortalidad personal. La aventura de su infiltración en China reposa sobre una serie de malentendidos.

Las circunstancias históricas son bastante inciertas. Una leyenda afirma que en 64 d.C., el emperador Min Huang vio en sueños a un hombre de color de oro: se le explicó que era un Buda, divinidad del Oeste. Invitados por el emperador, dos misioneros llegaron tres años después a la capital, Lo-yan, montados sobre un caballo blanco que dio su nombre al primer monasterio budista. Es indudable que la leyenda fue forjada por el propio monasterio. Es probable que en realidad los primeros misioneros hayan entrado por el "Camino de la seda", sobre las huellas de los comerciantes que llevaban a China las alfombras de Persia y de Cachemira. En todo caso, en el año 65 había una comunidad budista cerca de Lo-yan, y durante el siglo siguiente se organizó una iglesia en la ciudad.

Los chinos se sintieron impresionados por las superficiales ana-

[1] Sobre las clases de la sociedad china.

logías que vinculaban este culto con el que ellos ya practicaban: ninguno de los dos exigía sacrificios, ambos aconsejaban a los fieles la meditación, prácticas respiratorias y cierto régimen alimenticio. Se creyó que los hombres del Oeste conocían medios originales de alcanzar la inmortalidad, y se quiso poner a prueba esos procedimientos.

Vino a fortificar el malentendido el hecho de que los textos budistas fueron revelados a los chinos por traductores taoístas. En 148 llegó a China un misionero, An Che-kao, según se afirmaba hijo de un rey parto: muy pronto aparecieron otros; para difundir entre los chinos los libros sagrados, tuvieron que pedir auxilio a redactores indígenas; impresionados por las similitudes que ya señalé, los taoístas les ayudaron de buena gana: pero al seleccionar los pasajes, al interpretar los textos, y al utilizar determinado vocabulario, deformaron el budismo, y durante mucho tiempo se creyó que éste era una simple variedad de la doctrina taoísta. La leyenda afirmaba que Lao-tse había partido hacia el Oeste, montado sobre una vaca, para predicar su doctrina: y se suponía que ésta había vuelto al lugar de origen, aunque más o menos deformada. Después, algunos peregrinos chinos, deseosos de llegar a las fuentes, fueron a buscar libros a India. En el siglo v se organizó un centro de traducciones, y el trabajo cumplido hasta el siglo vii determinó lo que se ha llamado "el budismo chino".

El budismo penetró en China bajo la forma Mahayana. Esta secta, llamada el Gran Vehículo, que data del siglo i de nuestra era, y que se difundió también en Asia Central, propone una enseñanza más fácil que la secta Hinayana. De acuerdo con esta última, es necesario afrontar muchas pruebas y azares para obtener la salvación —es decir, esa fusión con el Nirvana en la que se pierde la individualidad. Por el contrario, la primera promete al creyente una inmortalidad personal. Después de la muerte, el alma desciende a los infiernos, de donde se la transporta al paraíso, regido por el Buda Amithaba (en chino O-mi-to); esta "tierra pura", situada al oeste del mundo, goza de una perpetua primavera; allí los cuerpos resucitan, en medio de flores de loto que crecen sobre maravillosos estanques; no son entes materiales, sino etéreos; vestidos y alimentos aparecen tan pronto se los desea. A decir verdad, esta vida era eterna no teórica sino prácticamente, y los fieles le atribuían ese carácter. Se obtenía el ingreso en el paraíso gracias a la mediación de los Bodhisattva, denominados en

chino P'u-sa, son santos y sabios que, como merecieron la inmortalidad, en lugar de ingresar inmediatamente, prefieren reencarnarse entre los hombres, para mostrarles el camino de la salvación. Las más célebres entre estas divinidades salvadoras son Avalokitesvara, el Buda Providencia, y Amida, el Buda Metafísico, que es el padre de Avalokitesvara, y a quien se representa a menudo albergado en los cabellos de éste. En el siglo VIII nació en China la secta contemplativa dhyana (Ch'an en chino), que meditaba unida con O-mi-to: profesaba una suerte de quietismo, fundado sobre la confianza en la bondad de buda, y en la entrega a sus voluntades.

Los monjes budistas procuraron difundir su doctrina en el campo; prepararon versiones de los libros santos en una mezcla de prosa y verso fácilmente accesible, el *pien-wen*. Pero en su carácter de Iglesia Diferenciada, que tenía su clero, sus templos, sus dogmas y sus ritos, el budismo fue perseguido severamente a partir del siglo VIII: en esa época fueron expulsados de sus monasterios 12.000 bonzos y monjas. En el siglo IX, otra persecución secularizó a 26.000 monjes y monjas, y ordenó la clausura de 4.600 casas de bonzos y pagodas. En el siglo X se prohibió el budismo, y 3.000 templos debieron cerrar sus puertas. En realidad, se vio favorecido nuevamente por las dinastías extranjeras. El chamanismo de los mongoles era ecléctico: temían a todas las Potencias, y por lo tanto respetaban todas las religiones. En 1267 Kubilai invitó a su corte a un monje tibetano, el lama Phags-pa: de modo que en el siglo XIII el budismo reapareció en China bajo la forma del lamaísmo tibetano. Sus sucesores desarrollaron esta política, y en el Imperio se desarrolló un verdadero clericalismo de tipo lamaísta. Más tarde, y por razones políticas, los manchúes favorecieron a los lamas. Y en el siglo XVIII el emperador K'ien-long les ofreció, en el corazón de Pekín, el templo denominado a veces "la catedral lamaísta".

El lamaísmo era una síntesis del budismo Mahayana importado de India y de la vieja religión tibetana Bon-Po. Esta última era una suerte de chamanismo, que exhibía muchos puntos de semejanza con el taoísmo, que quizá había influido en su desarrollo. Es comprensible que el lamaísmo haya podido ser recibido favorablemente por los individuos imbuidos de tradiciones taoístas, pues a su vez estaba impregnado de ellas.

En general, el budismo perseguido sobrevivió, pero degradán-

dose; como el taoísmo, se vio contaminado por el animismo campesino. Avalokitesvara se convirtió en una mujer, Kuan-yin, la diosa más popular de toda China: no sólo salva las almas, sino que se la invoca para tener hijos. Así, paradójicamente, mientras buda había predicado el renunciamiento a la vida, revistió en China la figura de una divinidad que aseguraba la continuidad de la familia. La religión monacal y mística de los hindúes se transformó en religión destinada a asegurar a los hombres la felicidad individual en este mundo y en el otro. Sus sacerdotes —por lo menos la inmensa mayoría— no manifestaban interés en las especulaciones doctrinarias: procuraban ganarse la vida; se distinguían poco de los sacerdotes taoístas, y los campesinos recurrían simultáneamente a unos y a otros. Los primeros se especializaban en los ritos funerarios: oraban por los difuntos y presidían las ceremonias fúnebres. La adivinación, la magia y el espiritismo eran sobre todo dominio de los taoístas.

Así, el desarrollo cultural de China no enriqueció a su religión. Los funcionarios confucianos convirtieron a la cultura en privilegio de clase. Las ideologías taoístas y budistas llegaron al pueblo bajo un difraz grosero. Ninguna iglesia organizada perpetuó su pureza. Los hombres a quienes se atribuían poderes sobrenaturales habían dejado de ser clérigos. La religión quedó reducida a un conjunto de supersticiones. Amalgamó el culto de los antepasados, el animismo, los temas taoístas, y las ideas budistas de paraíso y metempsícosis. Muertos y genios se confundieron. Las divinidades, los bodhisattvas, los grandes antepasados y los héroes formaban un mismo Panteón. Los creyentes frecuentaban toda suerte de templos: unos budistas, otros taoístas, algunos dedicados a este dios o a aquel héroe, y otros en los que se confundían todos los cultos. La característica esencial de esta religión era su carácter utilitario; se dirigía a los dioses personales, pero no incluía dogmas ni mística: se definía por un conjunto de prácticas adivinatorias, ritos, tabúes y recetas mágicas. Las relaciones con los genios o con los difuntos generalmente no necesitaban intermediarios; el culto se celebraba esencialmente en el hogar: los fieles oficiaban por sí mismos, y los sacerdotes sólo intervenían rara vez.

En las diferentes regiones se manifestaba una gran variedad de tradiciones y de costumbres. Sin embargo, las descripciones ofrecidas antes de la liberación por los sociólogos y los observadores coinciden en muchos puntos. La vida del campesino chino parece

dominada totalmente por su creencia en los espíritus: ellos están presentes por doquier. Para conjurarlos, se queman en su honor, y allí donde ejercen su poder —al pie de los árboles, al borde de los arroyos— papeles sagrados, o bien se escribe sobre una hoja de papel rojo una plegaria; se la pega sobre los mojones, las palas, los picos, las embarcaciones. Se protege la casa fijando en las puertas imágenes sagradas que representan a los dioses guerreros: éstos defienden la entrada contra los malos espíritus. Los amuletos y ciertas prácticas defienden al individuo de todos los maleficios, desde el nacimiento a la muerte. Gracias a la necromancia, es posible controlar a las grandes fuerzas impersonales: el viento y el agua. Se construyen las cañerías de agua y se trazan los surcos de los campos de acuerdo con imperativos mágicos. Los adivinos consultan la suerte, dicen la buenaventura, prescriben encantamientos. Los almanaques fijan, de acuerdo con los principios mágicos, las fechas de la siembra, la cosecha, etc. El espiritismo permite entrar en comunicación con las almas de los muertos.

Cada hogar posee un pequeño altar consagrado a los antepasados, y frente a él hay un pebetero y cirios, encendidos en determinados días. En los aniversarios del nacimiento y la muerte del antepasado —y en otras circunstancias— se expone la tableta que perpetúa simbólicamente su existencia; se le ofrendan flores, incienso y alimentos que los miembros de la familia consumen. Por lo menos una vez por año se realiza una ceremonia sobre las tumbas; se quema papel moneda, se tiran cohetes, se ofrecen alimentos a los difuntos. Los ricos organizan grandes excursiones campestres. En diferentes fechas también se rinde culto a los dioses de la casa. Hay trece festividades principales, y la más importante es la del dios de la Cocina. El vigesimocuarto día del duodécimo mes, esta divinidad asciende al cielo para entregar a las divinidades superiores una comunicación sobre la familia de cuyo cuidado se ocupa, y cuyo destino quedará establecido, al año siguiente, de acuerdo con dicho informe; para conquistar su benevolencia, el día de la partida se le ofrece una comida de seis platos, con una torta de harina de porotos rojos: luego, se dispone su imagen en un palanquín de papel y se quema todo. El día del regreso, se fija sobre el santuario una imagen nueva.

En cada aldea había un "salón de los antepasados", o a veces más, donde se realizaban varias veces por año complicados ritos: se suspendían de la pared los retratos pintados del antepasado, se

colocaban ofrendas sobre las mesas, se tocaba música y se encendían cohetes; luego, el maestro de ceremonias pronunciaba los nombres de los miembros de la familia, por orden de parentesco: cada uno vertía vino en una copa, y se prosternaba tres veces. Era necesario que la familia hubiese preparado masas, frutas y bombones, de acuerdo con las prescripciones del almanaque; y se distribuían estos alimentos entre diferentes grupos.

Aparte estas salas, existían templos, que casi nunca se relacionaban con determinada confesión. Por lo general los creyentes visitan el templo a título individual. Cada uno enciende bastoncillos de incienso y los deposita en un receptáculo; se prosterna ante el dios, entrega algún dinero al guardián e interroga las suertes. Entre las más difundidas mencionaremos los *pei*: se las fabrica dividiendo en dos la raíz curva de un bambú; se las arroja al suelo tres veces, y se observan las combinaciones que tienen un sentido propicio o nefasto.

La religión adoptaba figuras diferentes, de acuerdo con las clases que la practicaban. En las clases superiores, el animismo desaparecía en beneficio de la tradición; la superstición se convertía en simbolismo. Pero a través de estas sublimaciones, el papel de la religión era el mismo: Alienaba la sociedad actual a su pasado.

Uno de los objetivos que a principios del siglo xx se propusieron los jóvenes revolucionarios burgueses fue romper con la religión tradicional: como su posición era puramente teórica, no tuvieron dificultad en afirmar este tipo de radicalismo. El Kuomintang comenzó a combatir prácticamente las supersticiones que estorbaban la modernización de China: pero lo hizo con blandura. El problema que el Partido Comunista Chino debió afrontar fue desarrollar eficazmente esta campaña, sin escandalizar ni indisponer a las masas.

Se ha prohibido a los brujos ejercer su arte; los que no tenían tierra recibieron su parte, con la condición de que se convirtieran en campesinos semejantes a los demás. Se procedió a disolver las sectas taoístas. Ya se ha visto que mucho antes Mao Tse-tung había destacado su carácter ambiguo. En su condición de anarquistas, los taoístas siempre se habían mostrado hostiles tanto al orden como al progreso; herederos de una antigua tradición naturista, degradada al nivel del animismo, consideraban a las má-

quinas como invenciones sacrílegas: a principios de siglo, las sociedades taoístas habían convencido a los campesinos de que los ferrocarriles perturbaban el reposo de los genios del aire y el agua, de modo que era necesario destruir las vías férreas. En el momento de la liberación existían varias sociedades de características análogas. Cuando se trata, no ya de destruir el viejo orden, sino de construir un mundo nuevo, el anarquismo pierde su ambigüedad: se convierte en fuerza retrógrada; era necesario liquidar estas sectas. En diciembre de 1950 fue disuelta en Pekín la sociedad del "Saber unificado" —Yi-Kuan-tao— que profesaba un sincretismo en el que se mezclaban los elementos budistas y cristianos; era una suerte de francmasonería cuyos miembros se prestaban ayuda mutua financiera. Se detuvo a varios de sus dirigentes, acusados de actividades contrarrevolucionarias, y se prohibió el funcionamiento de la asociación. Dos años más tarde también fue disuelta en Shanghai. De todos modos, se perpetuó clandestinamente; en el campo, la resistencia contrarrevolucionaria —dirigida por antiguos "terratenientes" y algunos campesinos ricos— suele concentrarse alrededor de las antiguas sectas taoístas. En 1955 se detuvo en Shanghai, Hopei, Yun-nan y en otras provincias a muchos jefes de cofradías taoístas. Por supuesto, los enemigos del régimen afirman que estas medidas son dictatoriales; los católicos, que jamás manifestaron por la religión china el más mínimo respeto, y para quienes los taoístas no eran hasta ahora más que emisarios del diablo, de pronto se indignan. Cuando a principios de siglo los campesinos destruían fanáticamente las vías férreas, todos estos grandes liberales creían perfectamente normal que los masacraran por centenares de millares. Me parece menos escandaloso impedir que un puñado de agitadores puedan cometer daños, que tolerarlos y exterminar a las masas, víctimas de sus mentiras.

En tanto que religión, el taoísmo conserva sus derechos. Aún existen templos taoístas, cuidados por sacerdotes célibes o casados que pueden recibir —con la condición de que sean modestas— contribuciones de los fieles. En general, la población los desprecia. En algunas aldeas aún hay brujos que los campesinos a veces consultan clandestinamente, durante la noche; pero su clientela es cada vez más reducida.

Con respecto a los bonzos budistas, la política del gobierno ha sido más compleja. Se ha perseguido a los que eran brujos disfrazados, prohibiéndose su actividad. Las bonzas —que general-

mente se habían consagrado a la vida monacal por voluntad de los padres, contra sus propios deseos— fueron liberadas; volvieron al mundo, y generalmente contrajeron matrimonio. Las sectas budistas que tenían un carácter contrarrevolucionarios fueron disueltas; eran menos numerosas que las sectas taoístas. Sin embargo, como el budismo es la religión practicada por numerosas minorías nacionales, se lo consideró con más respeto.[2] Muchos templos y monasterios fueron restaurados por el gobierno, que deseaba manifestar al Tibet y a Mongolia la consideración que dispensaba a su religión. En Pekín y sus alrededores hay unos cuatrocientos templos budistas. Se celebran conferencias sobre los Sutra y en ellas se evoca a los "Siete" venerados por el budismo. Dos veces por semana se recitan las reglas Vinaya. En los grandes monasterios se realizan ceremonias de expiación de los pecados de los muertos. En retribución de la libertad de culto que se les ha concedido, los budistas han adherido al régimen.[3] En 1952 veinte elevadas personalidades budistas propusieron a sus correligionarios formar una "Asociación budista china": en ese grupo había "Budas vivientes", bonzos y laicos llegados de Mongolia, Tibet y Turquestán. El 19 y el 20 de mayo de 1953 los delegados se reunieron en Pekín, en el famoso templo Kuang-tsi, para celebrar el nacimiento de buda. Los días siguientes fueron consagrados a las discusiones, y el 30 de mayo se fundó oficialmente la "Asociación budista china"; esta organización se comprometió a ayudar al gobierno en la eliminación de los brujos que se disimulaban con el disfraz de la religión: "Celebramos la victoria de la represión de los contrarrevolucionarios, y la eliminación de las sectas reaccionarias, pues de ese modo los budistas han podido distinguir entre los malos y los buenos, han aprendido a mantenerse alertas contra los complots secretos, y a defender la pureza de su religión". La conferencia duró del 30 de mayo al 3 de junio. Presidida por dos han, dos tibetanos, un mongol y un tai, incluía entre los asistentes a algunos Budas vivientes y a lamas llegados de Lhassa y de otros lugares; los delegados de las sectas roja y amarilla, otrora enemigas, colaboraron armónicamente en los trabajos de la conferencia. Todos los miembros de la conferencia llevaban vestiduras de

[2] La religión musulmana ha sido respetada por la misma razón. No me refiero a ella en este capítulo, como tampoco a la religión católica, pues jamás interesaron a la masa de los chinos.

[3] Por lo menos la mayoría. También hubo budistas refractarios.

color amarillo dorado. El Dalai Lama envió una carta personal. La asociación cuenta entre sus presidentes honorarios al Buda viviente de Mongolia interior, al Dalai Lama, al Pantchen Lama, y al reverendo Hsu Yu, que en 1952 tenía ciento trece años.

En su carácter de religión organizada y dogmática, el budismo sólo interesaba a los campesinos chinos. El equívoco clero rural carecía de jerarquía, y por esa razón su liquidación casi total no provocó mayores dificultades: ninguna fuerza orgánica se opuso a la acción del gobierno. La contraparte es que, dado el papel secundario de los sacerdotes, las medidas adoptadas contra ellos no han modificado mucho los hábitos religiosos de la población. Como el gobierno no quiere oponerse frontalmente, los sacrificios y las ceremonias continúan en el campo. En los mercados aún se vende incienso; en las tiendas vi el papel plateado brillante que se quema en honor de los antepasados, imágenes de los dioses, de los guardianes, y también esos objetos de papel que se queman en las tumbas de los difuntos: casitas, muebles, muñecas que representan a los servidores. En muchos hogares todavía hay un altar, y en determinadas fechas se rinde homenaje a las tabletas ancestrales; muchas mujeres continúan sacrificando al "dios de la Cocina"; se le ofrece menos comida que antaño, pues ahora se contenta con una masita de azúcar malteada que adopta la forma de un melón; pero, sobre todo los ancianos, todavía continúan adulándolo. En una colección titulada *Imágenes aldeanas* leí un cuento [4] sobre este tema. Una jovencita, Chen, vive con su madre, que es vicepresidenta de la Asociación de Mujeres, y con la abuela. La niña habla riendo a su madre:

"Mamá, ¿de qué sirve que seas vicepresidenta de la asociación, si no puedes convencer a la abuela de que no siga sacrificando al dios de la Cocina? Ella no te lo dijo: pero compró un melón de azúcar. Seguramente es por el sacrificio. Lo que me asombra es que no haya comprado el dios; lo busqué por todas partes, pero no lo vi.

"—Ya no se venden, hay muy poca gente que lo compra", dice la madre con vehemencia.

La abuela escuchó la conversación. Se acomoda en el *k'ang*, enciende su pipa y rezonga:

[4] El autor es Kin Tchao-yang, uno de los redactores de la revista *Literatura Popular*, publicada en Pekín.

"Ustedes no entienden las cosas de los mayores. Todos los años sacrifiqué al dios de la Cocina; y le dirigí mi oración: «Venerable dios, sube pronto al cielo y vuelve en seguida a la tierra. Llévate todas mis desgracias; y devuélveme alegría y fortuna»".

Se echa a reír: bien sabe que estas plegarias de nada le sirvieron. Todos los años se promete no volver a sus rezos; pero no se atreve a interrumpir esa práctica. Sin embargo, este año ha decidido que dará a los niños el melón de azúcar; y así lo ha hecho. Pero su hija y su nieta la sorprenden mientras está hablando sola.

"Si existes, dios de la Cocina, te conviene subir rápido al cielo y quedarte allí; ya no vale la pena que vuelvas a bajar; ahora ni siquiera venden tu imagen; nadie cree en ti, ya no tienes importancia".

Chen y su madre estallan en risas, y la abuela acaba por unírseles.

Este ingenuo cuento indica cómo los chinos esperan superar los viejos prejuicios. No se los combate oficialmente. Se espera que las nuevas generaciones ayudarán a los ancianos a desembarazarse de ellos. En la escuela, el maestro explica que son una tontería y aconseja a los escolares que procuren convencer a sus padres. En general, gran parte de la batalla está ganada. Para decidir el día de la siembra, o de la cosecha, ya no se consulta el almanaque, sino el buen sentido. Ya no se vacila en abrir puertas hacia el sur de las aldeas, o en excavar pozos al este, si ello parece útil: si los ancianos protestan, la juventud los ignora. Ahora se sabe que para irrigar la tierra o defenderla contra las inundaciones, el trabajo es más eficaz que la efigie del dragón. Para coronar la transformación de la mentalidad campesina, se cuenta con el progreso social y económico. Las resistencias difusas de algunos ancianos campesinos, obstinados en sus creencias y sus costumbres, no representarán un obstáculo grave; por eso mismo nadie se preocupa mucho de combatirlas. Se procura conquistar a la juventud para que adquiera una concepción racional del mundo. Es el trabajo que hoy parece esencial: difundir la instrucción.

No existen estadísticas precisas acerca del número de analfabetos que había en 1949; en todo caso, representaban aproximadamente el 80 % de la población. La enormidad de esta cifra se explica ante todo por el nivel de vida miserable de los campesinos chinos; además, es difícil aprender el lenguaje escrito: en lugar de

combinar un reducido número de signos, el chino representa cada palabra con un signo particular. En los diccionarios hay unos 40.000 caracteres; los letrados utilizan hasta 20.000, pero es suficiente conocer 4.000 para leer los diarios y las obras simples; con 1.800 a 2.000 es posible leer textos elementales, y escribir breves informes; pero 4.000 y aún 2.000 ya es mucho. Gracias a las "claves" o "raíces", una vez conocidos los primeros 2.000 caracteres, es más fácil retener los 2.000 siguientes.[5] De todos modos, el aprendizaje es mucho más prolongado que en el caso de las escrituras alfabéticas.

A medida que los comunistas ocupaban una región, enseñaban a leer a los campesinos. Después de la liberación, se inició inmediatamente una campaña. Se ensayaron distintos procedimientos. Entre otros, un instructor político del ejército del Sur, Chi Chien-hua, inventó un "método acelerado", que permite leer y escribir después de un período muy breve de estudio. Se aprende ante todo un alfabeto fonético, y luego, en frases de dos o tres palabras, los caracteres: de ese modo es posible pasar en un mes de 300 caracteres a 2.000. Introducido en 1951 en el ejército, y aceptado en 1952 por el consejo militar de Pekín, este método ha sido muy utilizado: gracias a él, dos millones de analfabetos aprendieron a leer en 1952. Su inconveniente más grave es que los resultados obtenidos son precarios; la lección aprendida muy rápidamente, a menudo es olvidada con igual rapidez. Hoy se la aprecia menos que hace tres años; tiene la ventaja de que el alumno puede aprender a leer casi solo; una vez conocido el alfabeto, se le suministran libros en los cuales los caracteres aparecen dibujados en relación con los símbolos fonéticos: éstos le indican el sentido, y el alumno los recuerda en su memoria y los reproduce en el papel sin necesidad de profesor. Pero, en general, se prefiere hoy el método utilizado tradicionalmente en las escuelas primarias.

Se imparte enseñanza a los obreros y los campesinos en clases organizadas a partir de 1949 en todas las fábricas, las minas, los talleres y las aldeas. En la ciudad se han organizado cursos nocturnos. En el campo se adoptó inicialmente la costumbre de organizar cursos para adultos sólo en invierno; pero de un año para el

[5] En la mayoría de los caracteres se distingue un elemento que indica la categoría a la cual pertenece el objeto designado, y un elemento fonético que lo especifica; el primero —clave o raíz— reaparece en muchas palabras.

otro los campesinos olvidaban lo que habían aprendido; ahora el programa de estudios está mejor distribuido; las actividades son más intensas en invierno, y menos gravosas cuando el trabajo del campo es más absorbente. El concepto general que preside la educación de los adultos es que debe apoyarse sobre los conocimientos prácticos de cada categoría, y tratar de aportar a cada individuo un progreso práctico y técnico. Se enseña ante todo a los campesinos los nombres de los animales domésticos, las herramientas, las plantas y todos los objetos que forman su medio habitual. Repitiendo un procedimiento utilizado otrora en las regiones liberadas, se escribe sobre los objetos usuales —tanto en el interior de las casas como en los lugares públicos— el carácter que les corresponde; de ese modo, el signo acaba por grabarse en la memoria. Los primeros textos ofrecidos a los principiantes se ocupan de los trabajos del campo. Al mismo tiempo, se les enseña aritmética, de modo que puedan hacer sus cuentas con la ayuda del ábaco tradicional. Cuando han alcanzado un nivel más elevado, leen periódicos redactados en el vocabulario básico, textos políticos, obras de interés general e historias populares.

Se calcula que desde la liberación diez millones de adultos analfabetos aprendieron a leer, escribir y calcular con el ábaco. En la primavera de 1956 las generaciones jóvenes y relativamente jóvenes [6] se dividían en 200 millones de analfabetos y 45 millones de personas instruidas. En ese momento la liquidación del analfabetismo estaba prevista para fines del tercer plan quinquenal: 1967. Pero como se aceleró la socialización del país, y sobre todo la colectivización agrícola, se decidió apresurar también el progreso de difusión de las culturas. El desarrollo de las cooperativas exige que se termine con el analfabetismo en un plazo, no ya de diez años, sino de siete.

Si se basa en estadísticas, quien ignore las condiciones que prevalecen en China juzgará insensato dicho optimismo. En China hay menos de 1.400.000 maestros primarios, a cargo de 70 millones de niños; el número de alumnos adultos es de 200 a 220 millones; cada uno necesita aproximadamente tres años de estudio para adquirir los rudimentos indispensables; por lo tanto, parecería que las cifras incitan al derrotismo. Pero también parecerían

[6] Aquí no consideramos a los niños y los adolescentes, ni a las personas de edad.

demostrar que China no logrará desembarazarse de las ratas, las moscas y el cólera antes de que pasen muchos años; sin embargo, este país prescindió de los ingenieros sanitarios: en cambio, movilizó a toda la población. Y ahora la moviliza nuevamente. A falta de un personal instructor suficientemente numeroso, se ha adoptado el principio de que "el pueblo debe instruir al pueblo". Lo mismo que la campaña en favor de la higiene, la lucha contra el analfabetismo es un movimiento de masas. Cinco millones de jóvenes que concluyeron sus estudios primarios o secundarios trabajan ahora la tierra, y la cifra aumentará anualmente: los miembros de este grupo representarán el papel de maestros gratuitos. Lo mismo harán los 45 millones de adultos que saben leer y escribir. En octubre de 1955 el Congreso de jóvenes activistas reunidos en Pekín lanzó un llamado: cada campesino, cada obrero instruido debe transmitir sus conocimientos por lo menos a un camarada. No bastaba. La proporción —200 millones contra 45— implica que cada profesor improvisado instruirá a cuatro analfabetos. En las aglomeraciones importantes, las cooperativas organizan cursos, utilizando en todo lo posible los recursos humanos locales. Donde los fundos agrícolas están muy separados unos de otros, los voluntarios reúnen a los campesinos en pequeños grupos —en diferentes casas, según los días— y les dan clase. Los niños de las escuelas comparten con la familia los conocimientos adquiridos. De ese modo, el saber se difunde en cadena.

En el caso de los cuadros —jefes de cooperativas, funcionarios rurales— se ha instaurado otro sistema; abandonan su empleo durante períodos de tres meses, y consagran ese tiempo exclusivamente a estudiar, por lo general en la principal localidad del *hisien*.[7] Decenas de millares de cuadros se han beneficiado recientemente con este sistema.

Las asociaciones de mujeres y sobre todo las "juventudes democráticas" representan un importante papel en este movimiento. Se ha creado una cadena de "asociaciones contra el analfabetismo". Reclutan y forman profesores que trabajan sin retribución, y organizan y ayudan a los analfabetos. Estas entidades se han multiplicado. El resultado de esta vasta acción es que alrededor de 62 millones de campesinos frecuentan ahora las "escuelas para adultos", cuando en 1954 sólo concurrían 28 millones.

[7] División administrativa, equivalente a una subprefectura.

Uno de los problemas es crear el material necesario, sobre todo manuales de lectura: se lo resuelve también mediante un llamado a la colaboración general. No es posible que el gobierno imponga desde arriba un programa fijo: de una provincia a otra hay muchas diferencias; los textos deben adaptarse a cada región; esta preocupación desmiente el lema anticomunista que afirma que China popular es sinónimo de uniformidad. En cada *hsien* el departamento de educación, las juventudes democráticas y las asociaciones culturales elaboran manuales modelo que utilizan como base las fábricas y las cooperativas. Los equipos volantes ayudan a realizar esta compilación. Por ejemplo, en el *hsien* de Hung Chao, Chan-si, 1.800 alumnos de las escuelas secundarias se han distribuido en 95 brigadas; cada una de ellas visitó una localidad distinta, y en dos días pudo ayudar a los grupos fijos a realizar 476 adaptaciones del texto sobre el trabajo y la ganancia.

Los resultados obtenidos permiten prever que en un período que oscilará entre los cinco y los siete años, 220 millones de analfabetos habrán aprendido 1.500 caracteres, y podrán servirse de un ábaco. En dos años el analfabetismo habrá desaparecido de los departamentos estatales. En cinco años se habrá resuelto el problema en el sector industrial. A partir de 1957 se inaugurarán escuelas primarias para los obreros; y la cultura popular se elevará gradualmente.

La formación cultural que, más allá de la lucha contra el analfabetismo, se procura impartir al pueblo chino tiene sobre todo carácter político; especialmente a la prensa le corresponde la tarea de lograr que los ciudadanos participen en la vida del país. Como no hay medios materiales suficientes, la tirada global de los periódicos no pasa de 4 millones de ejemplares diarios; el número de lectores es mucho más considerable. Mediante mimeógrafos se multiplican las copias impresas. En las calles, las fábricas, los organismos del gobierno y las aldeas se fijan los periódicos sobre paneles, y a menudo se practica la lectura en grupos.

Hay 17 periódicos nacionales, de los cuales 6 son diarios, 7 semanarios y 4 que aparecen tres veces por semana. También hay 248 periódicos locales o especializados. El *Diario del Pueblo*, que ha reemplazado al antiguo *Diario de Yenan* es el que ejerce mayor influencia: es el órgano del Partido Comunista, y corresponde al *Pravda* soviético; tira 730.000 ejemplares. La mayor tirada corresponde al semanario *Juventud china*: 1.800.000 ejemplares. Hay

veinte periódicos publicados en lenguas de las minorías nacionales: tibetano, mongol, uighua, etc. Algunas publicaciones pertenecen todavía a empresas privadas, por ejemplo el *Ta Kung Pao*, fundado hace más de cincuenta años, y el *Wen Hau Pao*, de Shanghai. Todos están controlados por el gobierno. La agencia Nueva China les transmite las noticias de manera oficial, y también les suministra consejos y directivas.

Como en China no existe un partido opositor, es evidente que en la prensa jamás se publicarán críticas "negativas" de la política seguida por el régimen. La idea de la "dictadura popular" armoniza mal con el concepto de la libertad de prensa que prevalece en las democracias burguesas. La prensa es gubernamental. En compensación, concede amplio espacio a las críticas "positivas". Por una parte, los periódicos son para el gobierno y el Partido Comunista un instrumento de autocrítica: señalan las desviaciones y los errores que los dirigentes se proponen corregir. Por otra, solicitan la colaboración activa de sus lectores. Si alguien quiere protestar contra un abuso o un error cometidos por un organismo estatal, o por una entidad particular, escribe a los periódicos; en todos los casos interesantes se imprime la carta, y generalmente las personas incriminadas responden presentando sus excusas. Por consiguiente, la prensa permite que la base ejerza un control serio sobre los responsables. El conjunto de las cartas recibidas permite un sondeo de la opinión y el gobierno tiene en cuenta sus resultados.

Con respecto a las informaciones, se exige a los periódicos una exactitud rigurosa. Se vigilan escrupulosamente las erratas y los errores de imprenta. Las cifras publicadas deben ser exactas; se señalan severamente todos los errores cometidos. El cotidiano *Kuang-ming* publicó en 1954 uno de esos informes falsos que son frecuentes en la prensa occidental; un cronista dotado de imaginación afirmó que había visitado la pequeña tribu de los orkura, y que le había maravillado la obra del gobierno: había convertido a estos nómades en un pueblo sedentario; además, les había construido una ciudad con escuelas, dispensarios, etc. Las autoridades chinas desmintieron enérgicamente tales afirmaciones: la ciudad sólo existía en proyecto. El *Kuang-ming* se vio obligado a publicar un editorial en el que pedía excusas a sus lectores.

Los anticomunistas sonreirán ante estos escrúpulos: de todos modos, el gobierno se reserva el derecho de presentar a su modo

la verdad. En efecto. Pero se olvida con excesiva frecuencia que hasta hoy la casi totalidad de los chinos estaba radicalmente apartada de la política. Soportaban su destino en la pasividad y la ignorancia. Un conocimiento "dirigido" representa un inmenso progreso comparado con estas tinieblas; y aun puede afirmarse que es el único que logrará disiparlo. Proponer al público tesis contradictorias, cuando aún carece de las bases necesarias para juzgar por sí mismo, es sumirlo en la confusión.[8] La primera etapa de toda ciencia es el paso del caos a un orden rudimentario: esa condición representa, a los ojos de los siglos futuros, precisamente la insuficiencia de dicha etapa; pese a todo, es justamente lo que permite superarla. Si se procede de buena fe, en lugar de deplorar los límites —hoy necesarios— de la libertad de prensa, se admirará el esfuerzo realizado por el régimen para difundirla. En lugar de reclamar del pueblo una obediencia ciega, procura mantenerlo al corriente de los hechos, explicarle el sentido y las razones de los mismos. Lo forma políticamente, y por eso mismo le confiere capacidad para adquirir un control cada vez más amplio sobre el desenvolvimiento de la nación.

La única cultura que la población campesina poseía, en la medida en que sabía leer, la obtenía antes de la liberación de los almanaques y los álbumes ilustrados que reciben la denominación de "libros huevo". Hace cien años, un campesino pobre de Hopei llamado Lieu, que conocía un rico repertorio de cuentos folklóricos, tuvo la idea de dictarlos a un memorialista; un carpintero que sabía grabar sobre madera los ilustró o imprimió. Redactados en un lenguaje popular, con algunas expresiones tomadas de los letrados, estos relatos se difundieron en toda China septentrional. Lieu instaló a la entrada de Pekín "el salón de los tesoros de la literatura", que fue ampliado bajo la dirección de su hijo y su nieto. Los "libros huevo" relataban episodios extraídos de las grandes novelas chinas, aventuras, cuentos de hadas e historias sentimentales. En el momento de la liberación, los dirigentes decidieron utilizarlos para difundir las nuevas ideas en el campo. En 1950 tres novelistas ofrecieron sus servicios a Lieu Yeu-tche; entre otros, Lao Che y Kao Chu-li pusieron manos a la obra. Se

[8] Ciertamente, es deseable que la prensa de todos los países goce de la mayor libertad posible. Pero el caso de China es especial, dada la enorme proporción de analfabetos y la falta de cultura política de las masas.

vendieron 900.000 ejemplares de los relatos de estos autores. Entonces volvieron a redactarse con un espíritu diferente las antiguas leyendas, y se prepararon historias originales: relatos de héroes del trabajo, de los voluntarios que lucharon en Corea, de la persecución contra los espías de Kuomintang, del matrimonio libre y el amor. En un año se han vendido 10 millones de álbumes. He leído *La carta expreso*, traducida al francés. Es la aventura de un pastorcito que lleva un mensaje de un grupo de guerrilleros a otro, a través de un territorio ocupado por los japoneses. Los dibujos son muy sencillos, y el relato también, pero está bien contado. Los aficionados a la literatura pura lamentarán sin duda que, en las veladas, la propaganda haya reemplazado a los viejos cuentos. Pero estos últimos tampoco eran literatura pura. Cuando nadie crea en ellos, nuevamente será posible deleitarse con las zorras y los dragones. Por otra parte, estos álbumes no serán el único material de la literatura popular. Es necesario que una cultura más elevada esté al alcance de todos.

Tan pronto se supera la etapa elemental representada por la lucha contra la ignorancia y las supersticiones, se delinea un problema: ¿de qué cultura se trata? Mao Tse-tung respondió a este interrogante, dos años antes de las *Alocuciones al Foro de Yenan*, en el editorial de la revista *Cultura China*, fundada en 1940 en Yenan. "Es necesario", escribió, "unir de modo adecuado la verdad general del marxismo y la realización concreta de la revolución china; es decir, el marxismo será útil solamente si adopta una forma nacional. La cultura china debe tener su propia forma. Y ésta ha de ser una forma nacional".

Como alusión a la doctrina de los tres principios de Sun Yat-sen, denominada tridemismo, se llamó neodemismo a la plataforma adoptada por Mao Tse-tung. El marxista Song Yeu la comentó en los siguientes términos: "La filosofía neodemista recibe, criticándolo, todo el aporte espiritual, desde Confucio a Sun Wen,[9] y lo transforma para convertirlo en guía de la revolución nacional, el arma intelectual que conquista la confianza del país". Y más adelante: "El neodemismo realiza la síntesis de la realidad universal del marxismo con la práctica concreta de la cultura china moderna".

[9] Sun Yat-sen.

Por consiguiente, la nueva cultura arraigará en la antigua, y revestirá una forma específicamente china: la íntima vinculación del comunismo chino y el nacionalismo así lo exige. Los burgueses —y muchos intelectuales de origen burgués— se unieron a la revolución por odio al imperialismo extranjero; la lucha contra el capitalismo se ha confundido concretamente con la lucha contra Japón y Occidente. Todavía hoy la adhesión de los chinos al régimen está cimentada por el patriotismo: agradecen a los comunistas haber convertido a su país en gran potencia. En el dominio cultural, el nacionalismo debe afirmarse particularmente, porque toda cultura implica cierta continuidad de la tradición.

Sin embargo, cuando se habla de la nación, se entiende que la totalidad de los habitantes de un país forman una unidad; ¿esta idea puede concordar con la de una sociedad dividida en clases enemigas? En general, las clases dirigentes la utilizan cuando quieren negar en beneficio propio esa escisión: por ejemplo, el Kuomintang se llamaba nacionalista. En el curso de la guerra contra los japoneses ha demostrado que usurpaba dicho rótulo; pero la República China puede reivindicarlo cómodamente, pues se dispone a suprimir las clases como tales. Pero cuando se trata de aceptar la herencia de un pasado dividido, el problema es más delicado. El asunto ha suscitado recientemente serias controversias entre los intelectuales chinos. La cultura es una superestructura: algunos críticos han afirmado que en la superestructura de una sociedad pervertida no puede haber elementos válidos. Otros han puesto en tela de juicio el concepto de superestructura. Finalmente, se ha llegado a la conclusión de que ella refleja las contradicciones de la sociedad: a veces se limita a expresarlas, pero otras las supera. Es necesario distinguir entre estos aspectos. Es la solución que había propuesto Mao Tse-tung cuando afirmó en Yenan: "Es necesario distinguir entre los principios podridos de las clases gobernantes del antiguo feudalismo, y la excelente cultura popular de la antigüedad, que encierra una proporción mayor o menor de elementos democráticos y revolucionarios". Y propuso los famosos lemas: "Hagamos surgir el presente del pasado". "Hagamos que florezcan al mismo tiempo todas las flores". También escribió: "En el prolongado período feudal se ha creado una brillante cultura. Es preciso purificar los productos rechazando la paja feudal, y rescatando el grano nacional".

De acuerdo con estos textos, sería necesario asimilar lo que es

nacional y popular. Sin embargo, si consideramos la historia de China, esta solución parece justificada sólo imperfectamente. Y precisamente la distancia que separa a los dos conceptos explica la actitud ambigua de los chinos modernos frente a su propio pasado.

Se ha afirmado con frecuencia: la unidad de China ha sido la de una civilización más que la de una nación. El hecho responde a numerosas causas. El Imperio se unificó en varias ocasiones; pero cada vez no adoptó las mismas fronteras ni la misma capital; los soberanos no pertenecían al mismo linaje; de hecho, en el curso de los siglos se sucedieron distintos imperios, separados por períodos de anarquía. Abarcaron un territorio tan vasto que formaban una confederación más que un país; el Sur, colonizado por el Norte, y Seu-tchuan, aislado de ambos, fueron siempre regiones esencialmente distintas. El emperador Che Huang-ti estandarizó los ejes de las ruedas, y sobre esa base toda la red de caminos; pero los caminos servían, por una parte para asegurar una buena administración —correos, desplazamiento de los funcionarios— y por otra para transportar a los graneros imperiales el trigo y el arroz de las provincias: de modo que no crearon entre ellas un verdadero vínculo. Desde el punto de vista militar, el emperador no disponía de fuerzas adecuadas a la extensión de sus tierras. Francia se convirtió en realidad concreta cuando el ejército real protegió eficazmente a los súbditos de las querellas señoriales y las invasiones extranjeras; entonces el pueblo se reconoció en su soberano: precisamente esta alianza ilustra la historia de Juana de Arco. Aún después de abatido el gran feudalismo, los señores de la guerra dominaban las provincias, que a menudo preferían apoyarlos francamente y separarse de la nación. En cuanto a las amenazas exteriores, exhibían un carácter muy particular. Las incursiones de los bárbaros eran nefastas para las provincias asoladas; pero ellos mismos no pertenecían a poderosas naciones organizadas, capaces de anexar a China. En caso de anexión, suelen sacrificarse los intereses de los vencidos a los intereses de los vencedores, y se procede a abolir sus tradiciones, sus costumbres y sus lenguas. Nada semejante ocurrió jamás en China; los bárbaros eran excesivamente atrasados y muy poco numerosos para imponer el yugo extranjero: el país los absorbía. La guerra concluía, como las luchas intestinas, con un simple cambio de dinastía; los nuevos empera-

dores se chinoizaban rápidamente, y su administración no era peor ni mejor que la de los soberanos chinos. Así se explica el considerable número de "traidores" que hallamos en la historia china; como el derecho de las dinastías se basaba exclusivamente en la fuerza, se expresaba en términos idealistas el hecho afirmando que cuando se debilitan era porque habían perdido la virtud en que se basaba su derecho; si se pasaba al enemigo, el general desleal no traicionaba a su país: en realidad, abrazaba los designios del cielo; los militares del siglo xx que colaboraron con los japoneses eran herederos de una antigua tradición. La fidelidad a una dinastía tenía que ver más con la lealtad feudal que con el patriotismo El único modo de afirmarse es oponerse; tanto en la República romana como en Francia el sentimiento patriótico se ha desarrollado a través de las guerras nacionales, libradas contra países rivales. Cuando el Imperio Romano incluyó a todo el mundo conocido, se extinguió el patriotismo: el título de ciudadano romano implicaba una superioridad de clase, no un particularismo nacional. Los chinos despreciaban radicalmente a todos los bárbaros, es decir, a todos los que no eran chinos; ese desprecio, que reducía el mundo exclusivamente al Imperio, impedía que éste reivindicase su singularidad. Privalo de relación con el otro, jamás pudo afirmar su propia identidad.

El sentimiento nacional se desarrolló en Francia cuando la nación realizó su unidad concreta por la base: tal fue la obra de la burguesía; contra los particularismos feudales, los burgueses, vinculados por la comunidad de sus intereses, establecieron lazos de solidaridad entre todos los puntos del territorio; las estrechas relaciones que se establecieron entre el comercio, la agricultura y el artesanado confirieron unidad orgánica al país; la coexistencia del interés nacional y de la lucha de clases fue la contradicción que determina la historia de Francia; en ciertos períodos la contradicción se resuelve en una síntesis equilibrada. El hecho primordial de la historia de China es que ha carecido de burguesía. Las principales industrias, la sal y el hierro, fueron monopolizadas por el Estado dos siglos antes de la era cristiana. Si para combatir el feudalismo los reyes de Francia se apoyaron en las comunas y los grandes burgueses, los emperadores de China organizaron un ejército de funcionarios para desmantelar el suyo: los obligó a adoptar esa actitud la inmensidad del territorio y el carácter hidráulico de la civilización china; los grandes trabajos necesarios para cons-

truir caminos y luchar contra las inundaciones sólo podían ser empresas estatales, que exigían considerable número de administradores. Esta clase, que encarnaba concretamente la autoridad central en todo el territorio imperial no permitió que otros poderes rivalizaran con el suyo. Se persiguió a los comerciantes: se atribuía a sus especulaciones carácter de robo, y sus hijos no tenían derecho a aprobar los exámenes que permitían alcanzar la dignidad de mandarín; y de modo más o menos deliberado se los aplastó bajo las cargas fiscales. A pesar de algunos períodos de prosperidad —atestiguados, entre otros, por Marco Polo— no lograron constituir una clase; su mayor ambición era llegar a ser terratenientes, y compraron tierras en lugar de crear un capitalismo.[10] Por consiguiente, el intercambio entre los individuos fue siempre reducido, y los centros comerciales poco importantes; el artesanado se desarrolló únicamente en el ámbito de la familia y la aldea; cada grupo social —el fundo, la aldea, la localidad, la provincia— vivía como una ciudad autárquica. Los terratenientes, entre los cuales se reclutaba la mayoría de los mandarines, no tenían intereses comunes y algunos aún apoyaron las secesiones regionales; gobernaban de acuerdo con las órdenes recibidas de sus superiores; no ejercían influencia directa sobre el desarrollo del país; y ésta es una de las razones que determinaron el estancamiento de China; le faltó esa levadura que en Occidente fue el espíritu de empresa burgués.

Los emperadores no remediaron esta carencia. Con excepción de Che Huang-ti, que destruyó el feudalismo y creó el imperio, jamás hicieron nada que influyese de modo decisivo el curso de la historia. El territorio reunido bajo su dominio por Che Huang-ti era excesivamente vasto: sus sucesores agotaron sus fuerzas defendiendo las fronteras y reconstituyendo con dificultad la unidad del imperio. Como no había solidaridad económica entre las diversas regiones, dicha unidad jamás se realizó concretamente. Las guerras no interesaban a todo el país; los letrados las censuraban, pues con razón las consideraban aventuras costosas y sin perspectivas. Como carecía de cohesión interna, la existencia del imperio parecía siempre precaria; por eso mismo, los soberanos jamás con-

[10] Se observan hechos análogos hacia el final del Imperio Romano. El rasgo particular de China consiste en que la situación se prolongó hasta fines del siglo XIX.

sideraban seriamente el futuro, su administración estaba dominada por preocupaciones fiscales; se ocupaban, no de desarrollar los recursos de China, sino de cobrar los impuestos. Pedro el Grande era un autócrata; pero el nacionalismo ruso puede exaltar su figura, pues puso a Rusia en el camino del progreso. Los emperadores chinos reiniciaron indefinidamente las mismas luchas militares, el mismo trabajo administrativo; sus reinados fueron para sus respectivos contemporáneos más o menos felices; pero todos fracasaron igualmente en la tarea de forjar un nuevo porvenir. Es natural que los chinos modernos los consideren con más hostilidad que amistad, pues explotaron al pueblo sin crear una nación. Cuando visité el museo histórico, me mostraron en actitud respetuosa la estatua de Che Huang-ti; puede considerárselo el fundador de China. Los chinos exhiben un odio inequívoco con respecto a los manchúes, que practicaron una política de segregación racial, torturaron al pueblo y lo vendieron a los occidentales. En cuanto a los restantes emperadores, se los detesta por su carácter de opresores del pueblo; se estima a algunos en la medida en que encarnan un momento de la civilización china.

Pues a falta de unidad nacional, hubo *una* civilización china, y es precisamente la que el nacionalismo moderno evoca: "China ha sido la cuna de una de las mayores civilizaciones del mundo". Este lema reaparece en innumerables discursos oficiales. Es notable el hecho de que en lugar de su historia —que en concreto se manifiesta como ausencia de historia, y no como génesis del presente— los chinos prefieren la imagen que se ha perpetuado a través de la cultura popular; es decir, la leyenda. El pasado sobrevive, no como sucesión de acontecimientos fechados, sino bajo la forma de la tradición y de ciertos símbolos. Por ejemplo, ese período sangriento y anárquico denominado "época de los Tres Reinos", inspiró varios siglos después el célebre *Romance de los tres reinos*, y los chinos ven ese momento de su historia a través de la obra literaria: así, se ha convertido a sus ojos en la época de oro de la caballería. El teatro y la literatura tomaron al Romance, y no a la historia, muchos héroes y episodios. Se llegó al extremo de elevar a uno de sus personajes a la categoría de dios: Kuan-ti, gran general que aparece en esta obra, recibió en el panteón chino la misión de impedir las guerras. Muchos acontecimientos históricos han sufrido transmutaciones análogas. El emperador Ming Huang y su bella concubina, Yang Kuei-fei nada

hicieron en beneficio del pueblo; la pasión senil y cobarde del primero y los sentimientos interesados de la mujer son poco atractivos, pero los relatos, y sobre todo la pieza que reseñaron esta lamentable tragedia amorosa fueron obras literarias tan bellas y llegaron a ser tan populares que en adelante la pareja encarnó para los chinos toda la grandeza del amor y de sus sufrimientos.

Si hacemos el inventario de los héroes y los temas legendarios más famosos, advertimos que reflejan una ética bastante poco coherente. Una de las mayores figuras de la historia china es Yue Fei, que defendió hasta el último aliento al emperador vencido; se le ha consagrado un templo en Hang-tcheu; una avenida flanqueada por guerreros de piedra conduce a la tumba donde está enterrado; una estatua lo representa sosteniendo ante la boca un trozo de jade: tal era la actitud que debía adoptar ante el Hijo del Cielo todo mortal respetuoso. Por lo tanto, aquí se exalta la sumisión de Yue Fei y su lealtad al soberano; y la reverencia que inspira es tan grande que los chinos tenían otrora la costumbre de escupir y orinar sobre las estatuas de los dos traidores que lo entregaron al enemigo. Sin embargo, la famosa novela *Todos los hombres son hermanos* propone a la admiración de los lectores a ciento ocho rebeldes que salieron al campo para luchar contra los funcionarios corrompidos de la administración imperial. El Rebelde fue siempre un tipo particularmente caro al pueblo chino: retrospectivamente, continúa siéndolo. Son innumerables los relatos y las óperas que celebran su rebeldía y sus hazañas.

Es fácil explicar esta ambigüedad. Ante todo, es necesario observar que Yue Fei fue elevado al rango de dios cuando China del Norte intentó, a principios del siglo XX, renovar la religión oficial: un gobierno militar lo convirtió en patrono de los ejércitos. La China nacionalista de Chian Kai-shek retomó por su cuenta este culto; y echó raíces muy sólidas en los espíritus, de modo que los comunistas no han tratado de eliminarlo. Por otra parte, hoy como otrora Yue Fei puede simbolizar el civismo y predicar con su ejemplo la fidelidad al régimen establecido, es decir, actualmente a los dirigentes comunistas. Pero como la China antigua vivía de hecho bajo un régimen odioso, los hombres que se opusieron a él también son héroes. El comunismo nacionalista chino reclama simultáneamente la herencia del patriotismo antiguo y de la lucha de clases: pero en China jamás se ha planteado la contradicción entre la unidad y la división de la sociedad; antes del

siglo XX, nunca el interés del país como totalidad ha prevalecido concretamente sobre los intereses opuestos del pueblo y los dirigentes. De todo ello resulta que ningún héroe patriota ha defendido los intereses de la masa popular: es posible que haya nacido en el seno del pueblo —fue el caso de muchos emperadores— pero no lo encarnaba; inversamente: no sería posible comparar a Yue Fei, que sólo fue leal a una dinastía, con Juana de Arco, que al batirse por el rey de Francia lo hizo también por los campesinos franceses. Un rápido examen del panteón legendario de los chinos manifiesta, por lo tanto, la contradicción contenida en la idea: "Herencia popular y nacional". Ya he señalado que en presencia de los grandes monumentos de Pekín, es visible la vacilación de los chinos: los admiran sin amarlos. Y por la misma razón. Los palacios y los templos son sin duda una herencia nacional, pero no tienen carácter popular.

Por lo tanto, ¿cuál es el contenido de la cultura china auténticamente popular? Uno de los hechos que dominan la historia de la cultura china es que los letrados que la acapararon eran funcionarios consagrados al servicio del emperador: su relación con el pueblo se distingue profundamente de la que mantuvieron con el suyo los clérigos de Occidente.

En China antigua, como en Francia durante la alta Edad Media, los clérigos asumieron esencialmente el papel de intermediarios entre los príncipes consagrados a actividades guerreras y los campesinos aferrados a la tierra: como sabían contar, y sobre todo leer y escribir, aseguraban la comunicación de los hombres entre sí. En los dos casos, tomaron la precaución de monopolizar los instrumentos utilizados. En Francia, emplearon el latín. En china tuvieron también una lengua esotérica. La estandarización de los signos gráficos obtenida por Che Huang-ti unificó a China tanto espacial como temporalmente; idéntica de un extremo al otro del territorio, la escritura permaneció inmutable en el curso de los siglos; pero los letrados practicaron una división social, poniéndola al servicio de Ku wen, que sólo ellos podían comprender y cuyo uso prolongaron hasta el siglo XX. A pesar de estas importantes analogías, entre los dos grupos hay una importante diferencia: los clérigos de Occidente derivaron su autoridad de la Iglesia y no de los príncipes. Al imponerse al imperio romano, el cristianismo había afirmado su universalidad, y en cierta medida su hu-

manismo y su racionalismo. La Iglesia era católica en el cabal sentido de la palabra. La religión no implicaba sólo prácticas, sino también una ideología; había retomado por su cuenta antiguos cultos animistas, pero atenuando su particularismo y su carácter mágico; proponía dogmas y preceptos de envergadura universal que representaban un progreso considerable sobre las antiguas supersticiones: situaba al hombre en el centro de una creación realizada expresamente para él. Los clérigos afirmaban la igualdad de todos los hombres ante Dios, y en la medida que predicaban la paz y la justicia servían al pueblo, oponiéndose a los excesos de los señores feudales y los reyes. Por otra parte, se mantenía en estrecho contacto con las masas, cuyas almas deseaban salvar. Los sermones, los cánticos, los bajorrelieves y los vitrales de las iglesias hacían accesible a los analfabetos una cultura que no podía degenerar gracias a la vigilancia intelectual de un clero sólidamente organizado: los doctores garantizaban las bases a partir de las cuales se desarrolló la imaginación popular. Es sabido hasta qué punto esta colaboración fue fecunda. De los cánticos nacieron las canciones antiguas; de los misterios nació el teatro; los escultores y los pintores fueron generalmente clérigos nacidos en las capas sociales inferiores. En el siglo XIII, cuando la población creció y las condiciones de la vida social mejoraron, floreció un gran arte popular.

En China, por el contrario, hubo divorcio entre la cultura y la religión: los sacerdotes eran administradores laicos; los individuos especializados en las prácticas religiosas dejaron muy pronto de ser clérigos. Pero el budismo, cuando fue introducido en China, aún no había perdido su riqueza original; influyó sobre las artes plásticas; los pintores representaron las diversas figuras del paraíso de Amida en las grutas consagradas al culto de Buda. La gran escultura de la época Wei atestigua la estrecha alianza de una religión y un pueblo, lo mismo que la escultura romana en Francia. Pero el arte religioso se degradó al mismo tiempo que el budismo. El lamaísmo creó una iconografía que pasó al taoísmo, y que por su abundancia y su fealdad recuerda la de San Sulpicio. Desde el punto de vista ideológico, en su carácter de sabiduría con aspiraciones universales, el budismo y el taoísmo continuaron siendo, como el confucionismo, atributo de la clase privilegiada.

La contraparte de esta segregación cultural fue que favoreció el florecimiento de un folklore, al paso que en Francia la uni-

versalización de la cultura nos privó de él. Las cualidades plásticas del pueblo chino se manifestaron en un artesanado que adoptó formas singulares en las diferentes provincias. A partir de los Ming y sobre todo bajo los manchúes, el trabajo de la porcelana, la laca y el cobre esmaltado se oficializó y degeneró. Pero algunas tradiciones originales y vivas se perpetuaron en el campo. Este último vio nacer también una literatura. El budismo engendró historias de metamorfosis, de zorros trocados en mujeres, de bestias fabulosas. Los cuentos inspirados por el taoísmo utilizan como tema los objetos mágicos, entre otros los espejos dotados de singulares virtudes; los brujos representan el papel de protagonistas; describen los fenómenos de desencarnación; y confunden el sueño y la realidad. Esta mitología es monótona y un poco descolorida. Mucho más interesantes son las leyendas mediante las cuales el pueblo expresó su concepción de la historia china; este tesoro épico ha sido explotado de distintos modos en los relatos hablados o cantados, los diálogos, y sobre todo las piezas teatrales. A partir de los Ming, una importante literatura comenzó a alimentarse en estas fuentes.

Por consiguiente, puede afirmarse que China posee una rica herencia popular: pero ¿en qué medida un folklore —surgido de una segregación cultural— puede integrarse en una cultura que apunta a la universalidad? Lo que fue nacional en China no tuvo carácter popular: lo que fue popular, ¿puede alcanzar hoy una dimensión nacional?

Debemos proponer otro problema: a principios del siglo xx la burguesía logró arrancar a los letrados el monopolio de la cultura. "La idiosincrasia ambigua" la burguesía china se reflejó en sus ideologías y su literatura. ¿En qué medida China comunista se relaciona con el "Movimiento del 4 de mayo"? La consigna "lograr que el presente emerja del pasado" no es tan simple como parece.

Una cosa es segura: la preocupación de China por recuperar su pasado. Durante mi estada en Pekín se celebraron numerosas exposiciones: instrumentos antiguos de música, porcelana de distintas épocas, alfarería. En las construcciones que flanquean el patio exterior del Palacio imperial hay un museo histórico permanente: allí vemos desarrollarse la historia de China, desde el sinántropo hasta los Song. Más aún, puede decirse que expresa con tranquila inocencia el comienzo de la evolución: un árbol

genealógico sale del vientre de un pez y se eleva de rama en rama hasta un obrero de blusa azul. Nos recuerda la "Petite cosmogonie" de Queneau:

Sin esfuerzo, el mono se hizo hombre,
y tiempo después desintegró el átomo.

De todos modos, la exposición está muy bien organizada, vemos allí las escamas de las tortugas utilizadas otrora para la adivinación, las tabletas de bambú sobre las que se grababan con estilete los primeros caracteres chinos, bronces, objeto de alfarería, sellos y estampas. Hay estatuas y retratos de Confucio, Che Huang-ti, Kubilai, Mo Ti. Algunos cuadros ejecutados recientemente representan la campiña china de antaño; varias fotografías reproducen las estatuas de las grutas de Long Men. El resultado es tanto más meritorio cuanto que Pekín casi no tiene auténticas reliquias de su pasado. Las potencias occidentales colmaron sus museos con los tesoros del arte chino, y antes de huir a Formosa Chian Kai-shek realizó una enorme barrida: envió 300 cajas de objetos arqueológicos, que entre otras cosas contenían 25.000 "osteoglifos": es decir, fragmento de omoplatos de vaca que otrora servían para predecir el porvenir. Las riquezas del museo de Pekín —bronces, porcelanas, pinturas, laca, seda, jade, libros raros—, fueron embarcadas en 2.972 cajas; 852 capas recibieron las colecciones del Museo Central; Chiang llevó además 120.000 volúmenes antiguos que pertenecían a la biblioteca central. En octubre de 1955 envió a Estados Unidos 4.000 maletas atestadas con este botín.

El gobierno procuró defenderse de este pillaje. En mayo de 1950 se prohibió la exportación de las riquezas culturales de China, y la calle Lieu-li tch'ang, donde está la mayoría de los negocios de los anticuarios, ya sólo vende copias. Otra ley promulgada el mismo año protege a los monumentos históricos y los asientos arqueológicos. Pero estas medidas negativas no son las más interesantes. China está recreando sus colecciones, y con ese fin ha dado renovado impulso a la arqueología. Hay arqueólogos desde el reinado de los Song; pero hasta el siglo xx sólo se ocupaban de epigrafía y de tipología. Sobre todos los franceses inauguraron la época de las grandes investigaciones: entre 1920 y 1937 se realizaron importantes descubrimientos. Luego, los trabajos se inte-

rrumpieron a causa de la guerra contra los japoneses y de las luchas civiles. Se reanudaron en 1950, y la mayoría de los bronces y las estatuas que aparecen en las vitrinas del Palacio fue descubierta a partir de esa fecha. En 1952 se fundó un departamento de arqueología en la Universidad de Pekín; los cursos acelerados permiten una iniciación rápida a los estudiantes. Ahora hay alrededor de 270 arqueólogos jóvenes. Este grupo se ha visto favorecido por las circunstancias. Como durante estos cinco años hubo muchas remociones de tierra —con motivo de la construcción de caminos, la excavación de canales, la construcción de fábricas y el tendido de vías férreas— se descubrieron muchas antigüedades. Cuando se edificó la nueva ala del hotel de Pekín se descubrió una cantidad considerable de porcelanas Ming. También se realizaron metódicamente importantes trabajos arqueológicos. Por lo tanto, puede afirmarse que los chinos están reivindicando activamente la antigua civilización china. El problema es saber en qué medida, y en qué forma se integra en los diferentes dominios intelectuales y artísticos.

LA IDEOLOGÍA

La confusión entre el burócrata y el clérigo explica el monolitismo que caracterizó durante más de veinte siglos a la ideología china. No hubo intelectuales fuera de la clase dominante, y sus "miembros activos" no se distinguían de sus "ideólogos creadores". En su condición de clérigos, los letrados forjaron una doctrina que, a pesar de algunas corrientes heterodoxas, impusieron, en la condición de dirigentes, a toda la sociedad.

Cuando la descomposición del feudalismo, la anarquía militar y los desórdenes sociales arruinaron la autoridad de los príncipes, aumentó la importancia de los letrados; pasaron de servidores a consejeros, y para asegurar su influencia forjaron armas adecuadas a sus funciones: es decir, ideologías. La que mejor correspondía a la organización económica y social de China debía imponerse: fue el confucianismo. Creado para restaurar el feudalismo, pareció inadecuado cuando Che Huang-ti transformó el régimen, eliminando a los señores feudales y unificando el imperio: los letrados pasaron a la oposición, y los Libros fueron quemados; pero cuando se restableció el nuevo orden, el emperador y los letrados comprendieron que nuevamente tenían intereses solidarios: Wu-ti se

apoyó en los letrados, que adaptaron fácilmente su doctrina a las necesidades de un estado centralizado. Aclarar cuál fue la parte que correspondió exactamente a Confucio en la elaboración del sistema patrocinado por Wu-ti es tan ocioso como tratar de determinar, en el cristianismo, qué aspectos pertenecen al propio Cristo. Toda la clase de los letrados instituyó y mantuvo la ideología que garantizaba políticamente su supremacía y la justificaba moralmente.

El poder de un jefe militar depende de sus ejércitos; si pasa de conquistador a administrador los funcionarios prevalecen sobre los generales. Los letrados se dieron a la tarea de persuadir al soberano de que gobernar es administrar: "El arte de gobernar consiste simplemente en ordenar las cosas; es decir, en ponerlas en el lugar que les corresponde". Pero, ¿cuál es el criterio de orden y de legitimidad? Si el gobierno se ajustaba a la "realidad de los hechos en el mundo actual", como querían los legistas, la política se convertía en práctica accesible a todo hombre dotado de juicio; de ese modo, pasaba a manos del vulgo: es precisamente lo que ocurrió cuando Che Huang-ti se rodeó de legistas. Los confucianistas se previnieron contra este riesgo reemplazando la práctica por la erudición, que era privilegio de su casta. El secreto del orden está en los Libros legados por una edad de oro pasada: saber gobernar, es ante todo saber leer, y luego apreciar justamente el sentido de las palabras. Como los clérigos de la Edad Media, y por razones análogas, los letrados chinos asignaron al Verbo el papel de esencia de las cosas; y afirmaron que el orden del mundo dependía de un sistema de "denominaciones justas", lo que equivalía a hacer de la palabra la esencia de la realidad; de ese modo, subordinaban el conocimiento a la tradición, el juicio a la lógica: sólo quien domina las palabras está en condiciones de gobernar a la sociedad. Y así identificamos claramente a quiénes deben reinar sobre el universo entero; retomando por cuenta propia la antigua cosmogonía, los letrados explotaron en beneficio propio el monismo que vinculaba rigurosamente cada elemento con el todo: de él dedujeron que al administrar a los hombres, se ejerce dominio sobre el Cielo: "El orden del mundo y la prosperidad de los ejércitos depende de una misma fortuna, las épocas perturbadas y los años miserables a una misma suerte. De ello se deduce que los movimientos humanos cooperan con las intenciones del cielo", escribió Tong Tchong-chu. Este ensueño de funcionario megaló-

mano permaneció vivo hasta el siglo XX: hacia 1900 todavía se creía que los desórdenes del gobierno se reflejaban en el cielo. Inversamente, se entendía que si una dinastía pierde el poder, ello responde al hecho de que el cielo le ha retirado su mandato, y por consiguiente a la falta de virtud de la propia dinastía; la desgracia y la suerte armonizan con las intenciones del cielo: por lo mismo, el éxito y los privilegios se identifican con el mérito: algunos afirman que el confucianismo subordina la política a la moral; Ya Mo Ti denunciaba esta mentira; comprendió que los privilegiados no eligen el orden de acuerdo con una idea pura del Bien, y que por el contrario llaman bien al orden que imponen. En todas las sociedades, los valores preconizados por la minoría selecta disimulan una forma de violencia. La actitud de los letrados es análoga a la de los puritanos, que confundían al hombre de bien con el que tiene bienes, pues a sus ojos la riqueza era una gracia divina que viene a manifestar la virtud.

En una perspectiva tal, la actividad social, como tiene una envergadura cósmica, y establece en un solo movimiento cierta relación con el poder supremo, equivale a un ejercicio religioso. El puritano aseguraba su salvación en el otro mundo acumulando capitales en la tierra; era su propio sacerdote. El funcionario chino tampoco necesitaba un clero especializado para tocar el cielo: le bastaba cobrar eficazmente los impuestos. La burocracia ocupó el lugar de la religión, y de ese modo consolidó su autoridad. Ni fuera de ella ni en su propio seno existía oficialmente [11] un grupo que detentara poderes diferentes de los suyos. También logró mantener su condición de clase homogénea y casi cerrada. En Europa, el fermento democrático contenido en el cristianismo, el espíritu de empresa inherente al capitalismo naciente favorecieron, en los siglos XVIII y XIX, un movimiento de las capas inferiores que se elevaron a los primeros rangos de la burguesía. Los letrados cuidaron de que los libros no fuesen, como la Biblia, directamente accesible a todos, y de que no se redactase jamás una Vulgata. A partir de los T'ang, gracias al sistema de exámenes, reclutaron por coaptación los nuevos miembros, lo que les permitió mantener una estricta ortodoxia doctrinaria, y abrir apenas sus filas a las gentes de clase inferior. Si la sociedad confuciana no fue "moral", tampoco fue democrática. En primer lugar la educación, que era

[11] La influencia conquistada por los taoístas y los budistas sobre algunos emperadores nunca fue más que episódica.

costosa y exigía mucho tiempo libre, estaba reservada a los hijos de los ricos; además, los examinadores tenían en cuenta las recomendaciones más que el valor de los candidatos. En muchos relatos y piezas teatrales aparece un estudiante pobre convertido en mandarín: lo cual significa que, como el mito de la pastora que fue desposada por un rey, estos casos excitaban la imaginación, y no que eran numerosos. Con raras excepciones, la clase de los burócratas coincidió con la de los grandes propietarios rurales, pues los funcionarios enriquecidos se apresuraban a comprar tierras, y los propietarios ricos procuraban obtener cargos oficiales.

Impuesto por los privilegiados, el orden confuciano era evidentemente un orden fundado en el privilegio. Confucio jamás pensó modificar la sociedad jerarquizada en la que había nacido. Su principal innovación corresponde al plano de la moral individual: es la idea de virtud. Cuando China se dividía en pequeños señoríos, los villanos estaban reducidos a la obediencia mediante la fuerza armada; pero los nobles, que a su vez tenían soldados, podían alzarse contra el soberano o traicionarlo. La cohesión del grupo reposaba en su lealtad; era una relación de persona a persona que conservaba un carácter concreto y vivo mientras los señoríos tenían reducida extensión: si faltaba a sus deberes, la presión social movía a suicidarse al delincuente. Cuando los reinos cobraron mayor extensión, este vínculo del individuo con la colectividad se aflojó. La presión del grupo fue reemplazada por una consigna universal y abstracta, que sólo podía ser eficaz si era introyectada.[12] Por eso Confucio insiste tanto sobre la necesidad de "observarse cuando uno está solo". En realidad, la introyección no es real salvo que la consigna resista la prueba de la soledad: eso es lo que constituye la "sinceridad" que Confucio exige tan insistentemente al sabio. Pero si Confucio inventó en China la idea de "conciencia moral", el contenido que le atribuyó nada tiene de nuevo: actuar virtuosamente siempre es ajustarse a las normas establecidas. Como en Kant, el individuo sacrificará su "sensibilidad" particular y se ajustará al modelo propuesto por la

[12] Algunos sociólogos norteamericanos han demostrado que en todas las sociedades evolucionadas hubo una sustitución análoga, cuando las ataduras tradicionales se aflojan, nace un moralismo que procura condicionar la vida interior del individuo. Así, el puritanismo aparece para ayudar al capitalismo naciente a destruir las formas tradicionales. Véase *The Lonely y Crowd* por Riesman, Glazer, Denney.

razón moral: la persona humana ideal. La diferencia consiste en que Kant, que expresaba a la sociedad burguesa, concibe a la persona en un plano de universalidad, mientras que Confucio la define de acuerdo con las jerarquías feudales. El hombre honesto es el que se identifica exactamente con su cargo: soberano, administrador, padre, súbdito, administrado, hijo. Los caprichos de los príncipes, los apetitos de los funcionarios, el descontento, la desesperación de los oprimidos, todos estos objetivos fluidos deben desaparecer ante el personaje social que cada uno tiene que encarnar. Es decir, que se niega la verdad del hombre, la fuente profunda de su individualidad y su libertad, en beneficio de un "superyó" de tipo estándar, impuesto imperativamente a cada uno: lo que algunos reaccionarios quieren presentarnos como una filosofía de la libertad, no es en realidad más que un moralismo de funcionario.

No sólo el confucianismo acepta a la sociedad tal cual es, sino que los ritos y las instituciones procuran impedir su evolución: ya se ha visto esta característica a propósito de la célula básica, la familia. La familia está revestida de un carácter sagrado, y cada individuo se encuentra alienado a ella. La piedad filial simboliza la relación que vincula en general al inferior con el superior. La justicia es esencialmente el respeto de esta relación. "El sentido de justicia halla su más elevada expresión en el honor rendido a quienes por su dignidad están por encima de mí". El hombre jamás debe tratar de modificar su condición, por abyecta que ella sea, y por el contrario debe consentirla: "El sabio regula su conducta según la condición en que se encuentra... En la pobreza y la abyección actúa como conviene a un hombre pobre y despreciado".

Por su parte, los superiores tienen deberes, señalados precisamente por los sabios, para quienes la arbitrariedad del príncipe podía ser tan temible como la indisciplina de los súbditos. La virtud es necesaria para los más elevados dignatarios y el emperador mismo; no es base suficiente del derecho, pero sí su concomitante inseparable. Un texto del *Medio Invariable* indica claramente esta relación: "Quien tuviese la dignidad requerida, si no posee la virtud necesaria no debe permitirse introducir nuevos ritos o nuevos cantos. Asimismo, si tuviese la virtud necesaria, pero no la dignidad requerida no debe permitirse introducir innovaciones en los ritos y la música". Como los ritos y la música resumen

el conjunto de las instituciones, aquí se trata del ejercicio del poder supremo; como se ve, este último implica la unión de la virtud y la dignidad. Y ésta se funda sobre el nacimiento y la tradición. El derecho tradicional debe ser confirmado por el mérito de quien lo detenta, pero el mérito no basta para engendrar el derecho. Semejante régimen político es exactamente un "despotismo esclarecido". Se trata de una ideología perfectamente natural para el conjunto de la clase dirigente. Los funcionarios tienen deberes que son la contraparte de sus privilegios: esta ética no difiere de la moral paternalista profesada por los "capitalistas buenos"; es también la que predicaron los puritanos y la que inspiró muchas incíclicas papales. La virtud preconizada se llama aquí "benevolencia", y su sentido es claro; la ilusión amorosamente alimentada por todas las clases dirigentes es su propio carácter de clase universal, y el carácter absoluto de sus valores: entre otras cosas la *élite* denomina "bien público" a su propio bien. Cuando se pide a los dirigentes que se preocupen por el bien de sus súbditos, de hecho se alude a los intereses particulares de la clase que ellos forman. Por ejemplo, a esta clase le conviene que el pueblo tenga qué comer. La gente trabajará mejor, las cosechas serán más abundantes, los impuestos más provechosos. Pero los límites de la benevolencia están indicados claramente por este texto de las *Conversaciones*. Tseu Kong interroga al Maestro acerca del gobierno, y Confucio responde: "El pueblo debe tener bastante de comer. El ejército debe ser suficientemente fuerte, y el pueblo debe depositar confianza en su soberano. —Si debiéramos prescindir de una de estas tres condiciones, ¿cuál podríamos suprimir? —Yo prescindiría del ejército. —Y si fuese necesario suprimir una de las dos últimas condiciones, ¿cuál eliminaría? —En ese caso, más valdría que el pueblo no tuviese bastante de comer. La muerte siempre ha prevalecido y se ha llevado a los hombres; pero una nación no puede perdurar si no hay confianza en su soberano".

Lo cual equivale a reconocer que la estructura de la sociedad tiene más importancia que los hombres de carne y hueso; en este punto, el "amor universal" de Mo Ti se oponía al "humanismo" de Confucio; este último ha creado el prototipo de la moral de las *élites*: de lo alto a lo bajo de la escala, todas las categorías sociales están alienadas al orden que, según se pretende, es universal, y que de hecho sirve a los intereses particulares de los privilegiados. La moral individual y la ética política apuntan a este último ob-

jetivo: mantener el orden. En tiempos de Confucio era preciso restaurarlo; bajo el reinado de Wu-ti se procuró organizarlo. Luego, sólo se trató de perpetuarlo. Rara vez existió un conservadorismo tan radical: de hecho, venía a desembocar en el inmovilismo. El guerrero desea aumentar sus conquistas, el capitalista sus ganancias, y ello lo impulsa a apoyar las innovaciones: el sueño del funcionario es continuar siéndolo, y asegurar a su hijo una plaza de funcionario; es típicamente el hombre de la repetición; si procura obtener beneficios, es a corto plazo y mediante un método improductivo: la exacción. Los letrados no querían forjar la historia, sino detenerla. Por eso el único emperador que plasmó de modo decisivo la historia de China, reemplazando el mundo feudal por un estado centralizado, se apoyó en el realismo de los legistas, no en el moralismo confuciano; y si este último se le opuso, si se mantuvo fiel al antiguo ideal, lo hizo precisamente porque todo cambio le repugnaba, y porque condenaba la acción como tal: se acomodó perfectamente al imperio cuando éste se consolidó, y cuando el único problema fue conservarlo. En adelante, los letrados se opusieron siempre a las guerras; en efecto, éstas no podían aportar ningún beneficio, dada las condiciones económicas y sociales que ellos procuraban mantener. Pero no las condenaron por humanitarismo: en efecto, fueron los instigadores de las más sangrientas represiones cuando estuvo en juego el orden interior; su pacifismo estaba inspirado en los intereses de la administración, concebidos como fue en sí mismo.

En general, más vale administrar bien que batirse a tontas y a locas. Su inmovilismo fue nefasto para China cuando los incitó a sofocar el desarrollo del comercio y la industria, y a paralizar prematuramente el progreso del pensamiento científico y técnico. Pese a todo, éste había tenido un comienzo notable. La poderosa clase de industriales y de comerciantes que, al principio del reinado de los Han, doscientos años antes de nuestra era, vivía de la extracción de la sal y la fundición del hierro, había determinado la invención de numerosas máquinas; se multiplicaron las aplicaciones de la palanca y de la rueda de álabe, conocidas desde el siglo IV a.C. En Seu-tch'uan —que poseía minas de sal— se inventó un ingenioso sistema de perforación profunda; poco más tarde se utilizaron molinos de agua en las forjas, y bombas de aire que eran poderosos fuelles. La sal y el hierro fueron monopolizados por el Estado; pero también los altos funcionarios apoyaron

los descubrimientos técnicos. El telar apareció al principio de esta era. A partir del siglo VII se tendieron sobre los cursos de agua puentes de bóveda segmentada, y puentes construidos con cadenas de hierro, conocidos en Europa mucho más tarde. Por su parte, los emperadores protegían la astronomía y la medicina, pues el pensamiento chino siempre se había interesado en estos dos organismos: el mundo y el cuerpo humano. En el siglo XIII el álgebra estaba más avanzada en China que en ningún otro país. Sin embargo, a partir de los Ming, la civilización se estancó. Fue la consecuencia de la actitud estatal, que sofocó el mercantilismo. En Occidente las matemáticas se desarrollaron sobre la base del intercambio, y favorecieron el desarrollo del pensamiento mecánico, que engendró a su vez la ciencia moderna. El capitalismo creó así el instrumento teórico que permitió los progresos técnicos útiles para el acrecentamiento de las ganancias. Los burócratas chinos, cuya única ambición era poseer tierras, no experimentaron la necesidad de forjar útiles nuevos, ni teóricos ni prácticos. El álgebra permaneció inmovilizada en un sistema de notaciones rígidas. Una ideología organicista continuó prevaleciendo sobre el pensamiento mecánico. Aunque dotados de inventiva, los chinos, que carecían de las bases teóricas que en esta etapa eran indispensables, dejaron de inventar. Entre ellos y Occidente la distancia aumentó paulatinamente siglo tras siglo.

De todos modos, los burócratas no pudieron detener el movimiento de la vida, ni por lo tanto sofocar radicalmente todo proceso de cambio. Aún en el seno de la ortodoxia confucianista hubo cierta evolución. Las infiltraciones del budismo y del taoísmo en el pensamiento chino pusieron de relieve las insuficiencias metafísicas del sistema oficial. Bajo el régimen de los Song, los letrados trataron de obviarlas. Tcheu Tuen-yi aportó un fundamento ontológico a la antigua ética confuciana. En el siglo XII, Tchu Hi completó su obra. Revisó los *Cuatro Libros* y fijó mediante comentarios la interpretación a la que en adelante se ajustó la enseñanza. Por otra parte, distinguió en el universo un principio racional, Li —suerte de razón cósmica a la vez inmanente y trascendente— y un principio material, K'i. Después, Wang Yang-ming, que vivió de 1472 a 1529, influido por el budismo tch'an, propuso una interpretación idealista del confucianismo: identificó la conciencia y la conciencia moral, y sostuvo que los objetos ex-

teriores, a semejanza de los valores éticos, sólo existen en la medida en que los pensamos

Estas especulaciones no iban al fondo del problema. Se ha afirmado muchas veces que el neoconfucianismo hubiese escandalizado a Confucio; pero estos juegos del espíritu que transportan a un hombre de un siglo a otro carecen de sentido; el homólofo de Confucio, a mil años de distancia, evidentemente difería de él. Lo que llama la atención es el hecho de que el confucianismo ha cambiado sólo en la medida en que se vio obligado a ello para conservarse igual a sí mismo. Hasta el siglo XX ha continuado siendo un perfecto instrumento de opresión en manos de una clase dirigente formada por burócratas-terratenientes que deseaban la repetición y no el progreso.

Al subordinar una inmensa población a un puñado de burócratas, el alienar el mundo viviente a los antepasados muertos, la ideología confuciana pretendió aniquilar al individuo precisamente en el momento en que éste, que escapaba de la tradición, adquiría conciencia de sí mismo; muchos letrados rechazaron este sometimiento, y cultivaron por el contrario la inquietud que acababa de despertar en ellos: la de su propio destino personal. Si el taoísmo y el budismo pudieron suministrar al pueblo una evasión, lo lograron porque bajo una forma más sutil ya habían ofrecido una a la *élite* intelectual.

El taoísmo retomó por cuenta propia el viejo fondo del pensamiento chino, pero para extraer de él conclusiones contrarias a las de Confucio. Lejos de someter el universo a la sociedad buscó la salvación del hombre en una relación justa con el cosmos. El monismo no deja al sabio otra salida que el misticismo, y el fatalismo implica necesariamente el quietismo: tales fueron los temas dominantes de la filosofía taoísta. Exhorta al hombre a adoptar el punto de vista del infinito, a sobrevolar el mundo "desde lo alto del carro solar". Mediante la contemplación, se une con la totalidad; su individualidad se pierde en el éxtasis, pero no en beneficio de la sociedad, sino en el propio; al renunciar a todo, todo lo abarca. Anclado en la eternidad sin límites, afirma la equivalencia de todos los valores terrestres, confundiendo aún lo real y lo irreal, la percepción y el sueño, y considerando a la muerte con indiferencia. En el terreno práctico, predica un anarquismo naturista: es necesario vivir de acuerdo con la naturaleza, rechazar las máquinas

y el progreso, y despreciar el orden social. Todo lo que se relaciona con el artificio humano es fútil.

El taoísmo ejerció gran influencia sobre la cultura china, particularmente en el dominio estético. Su rechazo del conformismo alentaba la originalidad del artista; enemigo de la vida social, incita al sabio a preferir los encantos salvajes de una naturaleza antes que la ciudad: de ese modo introdujo en la sensibilidad china el gusto de las montañas, los bosques, los lagos, los lugares más agrestes, aspecto que apareció en Occidente sólo a partir del siglo XVIII; al oponerse a todos los valores reconocidos, sugirió también traspasar los límites de la condición humana y trascender su propio ser físico mediante el sueño: preconizaba, si no el desarreglo de todos los sentidos, por lo menos la extravagancia y los éxtasis de la embriaguez. Los delirios imaginativos, los paisajes, los placeres del vino alimentaron la poesía china: esta última es en gran parte fruto de la inspiración taoísta. Lo mismo puede decirse de la pintura, en la que el pincel de los artistas fijó tantas cimas abruptas, y árboles y corrientes de agua. Pero como se amurallaba en la no acción, el taoísmo no influyó sobre el orden social; y en su carácter de secta popular, provocó numerosas y terribles insurrecciones campesinas; pero, en general, dejó el campo libre al confucianismo. A veces las escuelas se disputaban los favores imperiales, y en esos casos se suscitaban entre ellas encarnizadas peleas. Pero el quietismo taoísta se acomodó a la victoria del confucianismo. Las dos corrientes armonizaban en la vida de los chinos. Un "hombre honesto" observaba en lo social los preceptos del confucianismo; y como artista, o simplemente como individuo, adhería al taoísmo. Este compromiso confería sensatez al taoísmo, pero al mismo tiempo lo disminuía. El terrateniente letrado reemplazó las quebradas y los picos caros a los antiguos ermitaños por parques decorados con roquedales y estanques. En las sedas pintadas, lo grandioso se transformó en motivo de decoración. Se bebió el éxtasis en un cuenco de vino de arroz. La disputa metafísica descendió al nivel de la ironía, y el quietismo justificó la apatía. Y la nostalgia del infinito se satisfizo con la confortable moral de la "mediocridad".

Por su parte, en los aspectos prácticos la sabiduría budista no estaba alejada de la filosofía taoísta. La secta tch'an, que ejerció particular influencia sobre los letrados chinos, predicaba la inacción y aún el silencio. Cuando un discípulo proponía a un maes-

tro ch'anista una pregunta acerca de Buda, el maestro castigaba al indiscreto, o le informaba sobre el precio de las legumbres. A veces agrupaba gente alrededor de sí, como para dirigir un discurso: y luego hacía ostentación de silencio. Por consiguiente, el budismo era también un quietismo que dejaba el camino libre al confucianismo. De hecho, las metafísicas atribuidas a Lao-tsé y a Buda coronaron perfectamente el sistema confuciano: al extremo de que el neoconfucianismo tomó en préstamo importantes elementos de estas corrientes cuando aspiró a crear una autonomía ontológica. Estas filosofías inmovilistas que afirmaban la identidad de lo positivo y lo negativo, sin elevarse a la idea de las síntesis dialéctica, armonizaban con una sociedad que hacía de la historia una reiniciación perpetua; así lo expresaban, y en ese punto tenían sus raíces. Como no veían en la tierra ningún devenir, ningún fin, como estaban convencidos de que no había nada que *hacer* en este mundo, los filósofos chinos creyeron que el estancamiento en que vivía su propio país era una imagen de la eternidad. Más allá de sus querellas, todos coincidían en esta afirmación: "El tao es inmutable".

Una de las primeras preocupaciones de la burguesía occidental había sido arrancar a los clérigos esta importante función: asegurar mediante el lenguaje la comunicación entre los hombres. La burguesía creó sus propios letrados y los instrumentos adecuados para sus necesidades prácticas: se dedicó a escribir en el lenguaje vulgar, que ella misma había codificado y enriquecido; la antigua escolástica fue reemplazada por una corriente tecnológica y científica. La burguesía china realizó, con retraso de viarios siglos, la misma revolución: arrebató a los letrados el monopolio de una cultura, y se dedicó a modernizarla.

Desde su nacimiento, a fines del siglo XIX, comprendió que para ella era fundamental igualar a Occidente en los aspectos científicos y técnicos. Envió a sus hijos al extranjero, con la consigna de asimilar los conocimientos y los métodos de los occidentales. La primera experiencia fue un fracaso. Los estudiantes recibidos por una universidad norteamericana fueron mantenidos bajo la tutela de los maestros chinos, que los obligaron a conservar sus colectas y sus vestidos de seda, y a consagrar gran parte de su tiempo a los clásicos chinos; no aprendieron gran cosa, salvo el desagrado por las antiguas vestiduras: cuando un funcionario llegó desde

China para enterarse de sus progresos, rehusaron saludarlo con el *K'o-t'eu* [13] tradicional; y todos fueron llamados de regreso a China. En 1875 un ingeniero francés llevó a un grupo de jóvenes chinos para que aprendiesen en Francia. Al año siguiente, otros siete acompañaron a Alemania a un oficial alemán, y treinta partieron para Inglaterra y Francia. Después de la derrota que los japoneses les infligieron en 1894, los chinos se convencieron aún más claramente de la necesidad de modernizarse. A partir de 1905, cuando el gobierno reformó las escuelas, los estudiantes chinos afluyeron al Japón, Estados Unidos, Francia e Inglaterra. Al mismo tiempo, se traducían multitud de libros occidentales: ante todo, se trataba de arrebatar a los extranjeros el secreto de su poder militar, de modo que en primer término se eligieron obras acerca del arte de la guerra, la estrategia y la balística. Pero muy pronto se amplió el programa. Un estudiante, Yen Fu, trajo de Inglaterra traducciones de Spencer, Huxley, Stuart Mill, y familiarizó a los chinos con las filosofías occidentales. A propósito de *Evolution and Ethics* de Huxley, Hu Che observó más tarde: "Desde su publicación, el libro recorrió toda China, y se convirtió en la obra de cabecera de los estudiantes". Yen Fu tradujo también a Spencer, Stuar, Mill, Hume, Adam Smith, mientras Ma Kiun-wu traducía a Darwin, cuya tesis evolucionista sedujo inmediatamente a los chinos. China se inició también en la literatura occidental. Un letrado de nombre Lin Chu, tradujo por sí sólo 93 libros ingleses, 25 franceses, 19 norteamericanos y 6 rusos; no conocía ninguna lengua extranjera; colaboraba con occidentales que sabían un poco de chino, y que le explicaban el texto: luego, tomaba su pincel y lo transcribía en chino clásico: de ese modo fueron revelados Dickens, Walter Scott, Stevenson, Víctor Hugo, Dumas, Balzac, Cervantes, Tolstoi, etc. Lin Chu tuvo numerosos imitadores. También se tradujeron muchos libros al chino a partir de traducciones japonesas.

Una de las reivindicaciones primordiales de los "reformadores", que en 1898 intentaron reemplazar la autocracia por una monarquía constitucional, fue que el emperador desplazase a los letrados en beneficio de la burguesía; el líder de este sector, K'ang Yeu-wei, era un intelectual autor de una vasta obra de filosofía política; se apoyó en los intelectuales para difundir sus ideas:

[13] Forma de prosternación.

Escaneado con CamScanner

organizó la asociación "La fuerza por el estudio", que tuvo filiales en varias provincias. Uno de los primeros decretos, le dio satisfacción. "El fundamento de la educación continúa siendo el Cánon de los Sabios. Pero al mismo tiempo deberán estudiarse todas las ramas del saber europeo que sean apropiadas para las necesidades actuales. Evitemos la enseñanza memorista y la imitación servil de brumosas teorías, renunciemos a la logomaquia. Lo que queremos hacer es eliminar todas las cosas inútiles y profundizar un saber que, sin renegar de los antiguos principios, armonice con la época".

Después del fracaso de los "Cien días", K'ang huyó y se exilió. Otro gran intelectual, Leang K'i-teh'ao, se refugió en Japón, desde donde ejerció considerable incluencia.[14] Para evitar la censura manchú; muchos editores instalaron sus imprentas en Tokio; entre 1903 y 1907, fueron fundadas e impresas en esa ciudad siete revistas. Se enviaban los libros y los periódicos prohibidos a casas instaladas en las concesiones de Shanghai: desde allí, se las introducía de contrabando en el interior del país.

Sin embargo, la burguesía había alcanzado demasiado poder para que la emperatriz pudiese resistir mucho más tiempo: el antiguo sistema de exámenes fue abolido en 1905; se designó ministro de Instrucción Pública a T'sai Yuan-p'ei, ardiente promotor de las ideas modernas.

Una vez derribada la dinastía manchú, la joven burguesía atacó impetuosamente la cultura feudal. Un joven profesor de filosofía, Hu Che, formado en la Universidad de Columbia, y que enseñaba en Pekín, encabezó el movimiento, denominado al principio "Renacimiento". Contó con el apoyo de una revista fundada poco antes, *Juventud nueva*, dirigida por Tch'en Tu-sieu. El gran despertar nacionalista del 4 de mayo de 1919 reforzó este movimiento, y en adelante fue denominado "Movimiento del 4 de mayo".

En el momento de la "Reforma de los cien días", el confucianismo conservaba todavía su prestigio, y se intentó conciliarlo con la cultura occidental. Creado para restaurar el feudalismo, había sabido adaptarse a las necesidades de un imperio centralizado; con algunas reformas, quizá pudiera utilizárselo en beneficio de una monarquía constitucional. El humanismo confuciano concuer-

[14] Leang adhirió más tarde a Sun Yat-sen, pero K'ang fue siempre hostil a la República.

da muy bien con la idea de una "democracia" sólidamente jerarquizada y suavizada por instituciones inmutables. Los burgueses cultivados reemplazaban a los letrados; pero también adherían a un idealismo moralista; no se trataba de atacar el principio de Orden, ni los derechos de la *Elite*. K'ang Yeu-wei y T'an Se-tong predicaban que la reforma debía realizarse a partir de una transformación moral, y que la ética debía ser el fundamento de la política. Por su parte, Leang K'i tch'ao procuró obtener la síntesis del confucianismo y el budismo. Distinguió dos clases de confucianismo; una inferior, que se expresa en el Che king, el Chu king, y el Li Ki, tiene tendencia conservadora, y traiciona el verdadero pensamiento del Maestro. El confucianismo superior, el único auténtico, inspira el Yi king y el Tch'uen ts'ieu: es democrático y progresista.

A pesar de esta teoría, a principios del siglo XX únicamente los conservadores continuaban venerando a Confucio. En 1907 un decreto especial lo elevó a la jerarquía de dios.[15] Los magistrados y los alumnos de las escuelas debieron celebrar ritos en su honor. Se organizaron sociedades para difundir su culto. Y sobre éste se intentó fundar una religión nacional. Fue en vano. La joven burguesía repudió enérgicamente el confucianismo; ella deseaba transformar el mundo, y rechazaba las ideologías que profesaban el inmovilismo. Desde el punto de vista práctico, el confucianismo se confundía con el antiguo orden: no era posible destruir éste sin desplazar aquél. La primera obra escrita por Lu Sin, *El diario de un loco*, que tuvo enorme difusión, estaba dirigida contra el feudalismo y contra el confucianismo. "La doctrina de Confucio es incompatible con la libertad y con el régimen constitucional", declaró Tch'en Tu-sieu en su artículo "Confucianismo y constitución". En otro trabajo: "El camino de Confucio y la vida moderna", demostró que el confucianismo negaba los más elementales derechos humanos, pues exigía la sumisión absoluta de los súbditos al emperador, de los niños a sus padres, de la esposa a su marido. Hu Che se alzó también contra esta sabiduría superada: atacar a la familia tradicional, exigir la emancipación de las mujeres, re-

[15] Ya se ha visto que el confucianismo nunca había sido una religión, pese a que alentaba el culto de los antepasados. La religión llamada "sincrética" asimiló elementos confucianos bajo formas degradadas; pero no es posible hablar de "religión confucianista".

chazar el antiguo sistema de exámenes y apartarse de los clásicos, equivalía a rechazar simultáneamente el "tchuhismo", toda forma de neoconfucianismo y al propio confucianismo.

Aunque su rechazo fue unánime, la nueva intelectualidad se dividió cuando llegó el momento de afirmar positivamente una ideología: esta escisión reflejó la contradicción interna de la burguesía. Si en lo político se había convertido en la clase dirigente, en lo económico aún estaba coartada; no había asumido concretamente la dirección del país. Había desplazado a la autocracia manchú, no al imperialismo extranjero; aparte algunos trusts poderosos que confundían sus intereses con los del Japón y Occidente, el capitalismo chino estaba estrangulado por el régimen semicolonial impuesto a China; los "miembros activos de la burguesía preferían este orden opresor antes que el desorden; pactaban, pero se sentían descontentos. Entre sus "ideólogos creadores", algunos se sintieron satisfechos de esta victoria incompleta, y procuraron aportar a su clase la cultura que correspondía a su nueva situación. Sin embargo, como la burguesía china había hecho su revolución en el momento mismo de nacer, antes de haberse creado una superestructura, la mayoría de los intelectuales evitó esa alienación ideológica que explica en Francia la existencia de numerosos escritores de derecha. En lugar de defender los valores establecidos, la mayoría prolongó un combate cuyo resultado era fuente de irritación, y reclamó un trastorno radical de la sociedad: una nueva revolución. Como carecían de una tradición en la que pudiesen apoyarse, tanto el ala derecha como el ala izquierda volvieron los ojos hacia Occidente. La primera adhirió a los pensadores de las clases dirigentes. La segunda franqueó de un salto una etapa y adoptó un punto de vista proletario.

Huxley y Darwin ya eran célebres. Crecía la influencia de Nietzsche. Las ideas de Kropotkin fueron difundidas, entre otros por el novelista Pa Kin. También se difundieron las ideas de Wundt, Hartmann, Schopenhauer, Bergson, Hegel y Kant. Bertrand Russell acudió a pronunciar una serie de conferencias en China, y la lógica mereció especial atención. Pero la derecha escogió como maestro sobre todo a Dewey, que también acudió a China para difundir su sistema. Hu Che, educado en Estados Unidos, fue su resuelto discípulo. Este pragmatismo idealista se ajustaba admirablemente a una clase homóloga de la que le había servido de base en Estados Unidos. Nueva, activa, decidida a desarrollar en los

marcos del capitalismo técnicas que acentuaban su dominio sobre el mundo, le interesaba al mismo tiempo sublimar sus privilegios. Hu Che difundió las tesis que mejor convienen al impulso de una burguesía ascendente: liberalismo, individualismo, cientifismo, anarquismo, materialismo, escepticismo con respecto a las verdades establecidas, criterio práctico del conocimiento; bajo la forma del relativismo, postuló la prioridad de la conciencia sobre el objeto es decir, una forma de idealismo. Desde el punto de vista moral, esta filosofía procuraba sobre todo rechazar las viejas tradiciones, y a lo sumo proponía un individualismo anárquico. Esta deficiencia no era visible en Estados Unidos, donde una sólida armadura puritana garantizaba la relación armoniosa del capitalismo y la voluntad divina. Privado de esta base optimista, el pragmatismo no podía suministrar una ética en un país en que la sociedad siempre había asegurado su cohesión con el cemento de la moral. Una polémica que en 1923 puso en tela de juicio la relación entre la moral y la ciencia expresó este malestar. Ting Wen-kiang, pragmático y científico, sostenía que la ciencia basta para definir las formas de conducta del hombre. Tchang Tchuen-mai, filósofo idealista, reivindicaba los derechos de la libertad humana. Esta querella atrajo mucho la atención. Cuando Chiang Kai-shek impuso su dictadura, el pragmatismo escéptico de Hu Che le pareció a todas luces insuficiente. Pretendió obtener el apoyo de los chinos al ideal de la "Vida nueva", que establecía una síntesis entre los valores nacionales y las virtudes confucianas. Fon Yeu-lan, que más tarde adhirió al marxismo, elaboró en 1939 un sistema, "La Nueva norma", en el cual proponía como base de la moral individual y de la organización social el principio confuciano del *Li*, que es a la vez la norma y la razón. Inspirándose en Tchu Hi, confería a la antigua filosofía un carácter positivista. Por su parte, Ho Lin se apoyaba sobre Wang Yang-ming para renovar al confucianismo en un sentido favorable al Kuomintang.

Entretanto, la izquierda de la intelectualidad burguesa había asimilado las enseñanzas de la Revolución Rusa. Tch'en Tu-sieu se había separado de Hu Che, y en colaboración con un camarada, Li Ta-tchao, estudió el marxismo en Pekín. Habían reunido a varios jóvenes alrededor de una revista, *La crítica hebdomadaria*. Tch'en fue a Shanghai, invitado por grupos socialistas y anarquistas. Se celebraban las reuniones de estudio en la concesión fran-

cesa: Se disimulaba el lugar como una escuela de idiomas extranjeros. Un enviado de la Internacional, Voitinski, ayudó a los jóvenes marxistas chinos a crear una revista y a formar la "Asociación de la juventud socialista". En 1921 Tch'en convocó a una asamblea de la que surgió el Partido Comunista chino, y comenzó a difundirse el marxismo. Tch'en lo expuso por primera vez en 1923, a propósito de la querella entre moralismo y cientifismo. Sin embargo, su importancia fue ante todo de orden práctico. Tch'en chocó con Mao Tse-tung en 1927, a propósito de las rebeliones campesinas, y dejó de representar el papel doctrinario que había tenido hasta entonces. En el plano intelectual, el marxismo se manifestó con brillo en 1928. Se inició una polémica acerca de la historia de la sociedad china entre T'ao Hi-Cheng, erudito especializado en el estudio de la antigüedad, y Kuo Mo-jo. Este último aplicaba al pasado de China los esquemas marxistas: distinguía un período comunista, un período de esclavitud, un período anárquico, otro feudal, y finalmente un período capitalista. T'ao reconocía la existencia del primero y el último, pero con respecto a las épocas intermedias rechazaba la clasificación de Kuo-Mo-jo. La controversia permitió popularizar las tesis del materialismo histórico. En otro choque se enfrentaron, de 1929 a 1934, Tchang Tong-suen, amigo de Tchan Tchuen-mai, a quien me he referido anteriormente, y como él antimarxista, y Yeh Ch'ing, que defendió el materialismo dialéctico; el primero publicó sus artículos en una revista, *Renacimiento*, y la revista *Siglo XX*, imprimió los ensayos del segundo. Unos fueron recopilados en 1934 bajo el título *La polémica del materialismo dialéctico*, y los otros un año después formaron el material de las *Polémicas filosóficas*. Participaron en esta controversia profesores universitarios, directores de revistas, y muchos intelectuales. Sin embargo, Hu Che permaneció al margen. Su revista *La crítica filosófica*, en la que escribió regularmente entre 1927 y 1937, no se interesó en el debate.

Se continuaron traduciendo las obras de Marx, así como muchos trabajos y comentarios marxistas. En 1934 se produjo otra disputa, esta vez entre marxistas. Yeh Ch'ing, en una obra titulada *¿Adónde va la filosofía?* predecía la extinción de esta última. Ai Su-ch'ih, gran propagandista del materialismo dialéctico, le replicó agriamente: lo asucó de haber interpretado erróneamente las ideas de Engels, y afirmó que en su forma marxista la filo-

solía no podía desaparecer. En 1936, en el trabajo *Problemas filosóficos*, Yeh volvió a la carga: el materialismo y el idealismo concluirían por fusionarse en una síntesis, en la cual la filosofía se anularía en beneficio de las ciencias. Su adversario replicó que, bajo su forma dialéctica, la filosofía duraría tanto como la sociedad. Muchas otras discusiones secundarias testimoniaron durante estos años la vitalidad del pensamiento marxista. Fueron interrumpidas por la guerra contra los japoneses. Pero el estudio del marxismo prosiguió en Yenan, bajo la dirección de Mao Tse-tung y de Ai Su-ch'ih.

El marxismo ha triunfado: y ahora, ¿qué resta de las antiguas concepciones? ¿Cuál ha sido el destino del confucianismo?

En un artículo de *Diogène* tan deshilvanado como pedante, Etiemble ha afirmado que en China hoy es un crimen feudal "honrar al maestro K'ong, y leer los clásicos. Al observar que los dirigentes comunistas y el propio Mao Tse-tung se refieren a menudo a Confucio, a Mencio y aun a Tchu Hi, le asombra este desorden espiritual. Le indigna que se ponga por las nubes a Lao-tse, enemigo del progreso, detractor de la materialidad, al mismo tiempo que se condena el pensamiento de Confucio que, en opinión de Etiemble, tiene carácter revolucionario. Afirma al pasar que Kuo Mo-jo alienta una secreta inclinación al confucianismo, y por lo mismo insinúa que existen gérmenes de división en el seno del Partido. Por supuesto, para explicar la actitud del régimen alude al maquiavelismo: al "perseguir" a los confucionistas, Mao Tse-tung sofoca "el único pensamiento chino que podría ofrecerle resistencia".

Todas las afirmaciones contenidas en este artículo son falsas. "Honrar al maestro K'ong" es hoy más un deber que un delito. Como se ha visto, la política cultural de Mao Tse-tung se opone a la que se reprocha a Hu Che: en realidad, los revolucionarios de 1917 y 1919 fueron los que denigraron al antiguo sabio. Por el contrario, deseoso de integrar la tradición nacional, el comunismo chino considera un gran hombre a Confucio: sin duda, tanto en sus enseñanzas como en muchas obras antiguas es preciso distinguir el buen grano de la paja feudal; pero si se lo reubica en el contexto de su época, su pensamiento es eminentemente res-

petable. No sólo se ha dejado su efigie en los templos [16] —lo que no demuestra mucho sino que, además, en los museos y las exposiciones culturales a menudo vi su retrato en lugar destacado, y el guía hablaba de él con reverencia. La revista *China reconstructs*, que sólo trae opiniones oficiales, afirma de Confucio que es "uno de los más notables pensadores y maestros de la era feudal". A nadie se prohíbe la lectura de los clásicos, y el propio Etiemble reconoce que los marxistas los citan a menudo.

Esta actitud cortés no le satisface. Exige que se vea en Confucio a un gran filósofo revolucionario, cuyo auténtico pensamiento habría sido traicionado por el neoconfucianismo. Ya se ha visto que, de hecho, tanto el maestro como los discípulos sólo se propusieron justificar una sociedad opresora. Akiru Kazami, secretario del gabinete japonés, no se engañaba cuando decía a los generales encargados de ocupar China: "Para gobernar a los chinos, ustedes sólo necesitan las Analectas de Confucio". Sin duda, la doctrina de Confucio aporta cosas nuevas: todo pensador es un innovador; pero si por eso fuera deberíamos considerar revolucionario a Santo Tomás de Aquino. ¿Quizá la deformación profesional incita a Etiemble a exaltar una moral de funcionarios y servidores? En su juventud supo lo que era la rebelión: me asombra que hoy le parezca conciliable con la resignación ante la miseria y la abyección predicada por el maestro K'ong.

En verdad, es grato ver al autor de *L'Enfant de choeur* arrojando fuego y llamas en favor de una doctrina que ha exaltado sobre todo la disciplina y los valores familiares. Etiemble se siente tan maravillado por sus propios conocimientos de la cultura china que todos sus artículos, sea cual fuere el tema, citan el Yin, el Yang, el Tao; presumo que este esnobismo lo enceguece: basta que una concepción sea china y tenga una antigüedad de venticinco siglos para que Etiemble confunda la voluntad de mantener el mundo tal cual es con la de transformarlo.

En un aspecto Etiemble tiene razón: tampoco Lao-tsé era revolucionario. Por eso es falso que el régimen lo exalte a expensas del confucianismo. Los intelectuales del 4 de mayo le demostraron simpatía, lo mismo que a Mo Ti, y el régimen actual sigue el ejemplo; ocurre que el espíritu que anima al taoísmo es ante

[16] Hay templos consagrados al culto de Confucio, como otros lo están a Yue fei o a otros grandes hombres. También hallamos su estatua en los templos no especializados, en virtud del sincretismo de la religión.

todo un espíritu de oposición; los maestros taoístas se burlaban de las instituciones, los ritos, las dignidades y las virtudes sociales; y postulaban la igualdad de todos los hombres. Contra el antiguo orden social, el revolucionario puede aliarse durante cierto tiempo con los anarquistas: el taoísmo es anarquista; representa un momento negativo, repudia las antiguas jerarquías y constituye en cierto modo la antítesis del confucianismo. Pero cuando sobreviene el momento positivo en que se realiza la síntesis, cuando el revolucianario, en lugar de combatir el pasado, se dedica a construir el porvenir, se rompe la alianza; el anarquista se convierte en enemigo.[17] En esta perspectiva, es fácil comprender lo que los comunistas pueden aceptar de Lao-tsé y lo que rechazan.

Es evidente que estas antiguas concepciones son incompatibles con el marxismo, aunque sólo sea porque implican un mundo sin clases y porque niegan la historia. Como Kuo Mo-jo es desde hace mucho tiempo un marxista sistemático, insinuar que se inclina hacia el confucianismo, implica expresar un absurdo desmentido por todos sus escritos y sus discursos. En cuanto a la acusación de maquiavelismo dirigida contra Mao Tse-tung, demuestra que Etiemble ignora qué es una idea; atribuye a las ideologías una existencia de carácter puramente libresco; pero las raíces y la verdad de una doctrina están en la sociedad que aquélla expresa. La nueva China rechaza el confucianismo por una razón muy evidente: constituía la sublimación ideológica del orden social destruido por el comunismo chino. En sí mismo no es "el único pensamiento que puede ofrecer resistencia" a Mao Tse-tung. Quienes se oponen al régimen tanto pueden utilizar este antiguo instrumento, como crear otros. Y en realidad, si Etiemble estuviese un poco mejor informado, sabría que el confucianismo no representa de ningún modo el adversario más serio de los teóricos marxistas; éstos no tienen necesidad de salir a guerrear contra él, por la excelente razón de que está liquidado desde hace mucho tiempo; a pesar de la tentativa de Chiang Kai-shek para resucitarlo, no ha sobrevivido al "Movimiento del 4 de mayo". La ideología heredada por los intelectuales a quienes se considera no progresistas, es la que entonces forjó la burguesía: la amalgama de

[17] Ya se ha visto que las grandes rebeliones campesinas, desde los Cejas rojas a los Boxers, fueron desencadenadas por las sectas taoístas contra la sociedad confuciana. Pero luego estas sociedades secretas sirvieron a la contrarrevolución y el régimen las disolvió.

pragmatismo e idealismo que Hu Che tomó prestada a Dewey. Ai Su-chi, uno de los pensadores más importantes del Partido, ataca sin tregua, no a Confucio, sino a Hu Che; y le reprocha su subjetivismo y su agnosticismo. La "restructuración del pensamiento" iniciada en 1951, estuvo dirigida contra Hu Che. En toda China se publicó multitud de artículos de crítica contra ese autor. En 1954, después de la polémica acerca del *Sueño de la Cámara roja*, los intelectuales iniciaron una campaña contra las supervivencias del idealismo de Hu Che. El objetivismo principal es "eliminar el veneno que aún resta de la filosofía reaccionaria de Hu Che", escribía Wang Jo-chuei el 5 de noviembre de 1954. Es evidente que una concepción moderna del mundo como el marxismo no puede enfrentarse seriamente sino con otras concepciones del mundo igualmente modernas. Las superestructuras del mundo antiguo sólo podrían interesarle de manera retrospectiva.

Sin embargo, el "neodemismo" definido en Yenan reclama que la cultura china se vincule con sus propias tradiciones. Los marxistas chinos se ajustan a este programa cuando citan de buena gana a los viejos maestros, y en ciertos puntos, incorporan deliberadamente aspectos de las antiguas concepciones; en general, éstas colorean de manera más o menos fortuitas la ideología de los marxistas modernos. Así, al mismo tiempo que rechazan las ideas sociales de Confucio, han conservado ciertos temas de su moral individual, entre otros el del *cultivo de sí mismo*, vinculado con la idea de *sinceridad*. El verdadero sabio no se contenta profesando amor a la sabiduría: la busca sinceramente, y la practica aunque no haya testigos. "El hombre superior vela sobre sí mismo cuando está solo", dice Confucio. "El Maestro dice: las odas de Che King son trescientas; una sola expresión las resume: tener intenciones rectas".[18] Bajo los Ming, un famoso filósofo confuciano, Liu Tsong-cheu, convirtió a la "atención dirigida hacia uno mismo", es decir "vigilancia interior", en base de la moral. Ya he señalado la razón de esta actitud: se procuraba introyectar las consignas que garantizaban el orden social. El problema es análogo hoy. El Partido Comunista no puede ejercer una presión directa y constante sobre sus militantes; ellos están dispersos en un inmenso país de 600 millones de personas, y a menudo combaten en la soledad: El Partido no podrá ejercer sobre ellos una influencia cier-

[18] Conversaciones de Confucio.

ta si su adhesión no viene del fondo del corazón. Por eso Mao Tse-tung en sus ensayos éticos, y Lieu Chao-ki en su célebre libro *Cómo ser un buen comunista*, retoman el tema confuciano de la vigilancia interior, ilustrado también en muchas novelas y relatos contemporáneos; un buen comunista es el que milita no sólo verbalmente: el conformismo exterior, el entusiasmo superficial no bastan: es preciso que sea sincero, y la sinceridad se refleja en los actos: sobre todo en los que realiza sin testigos. Como ejemplo de auténtica moral, los comunistas han citado con frecuencia a un héroe de la época Song, llamado Wen T'ien-hsiang, que se negó a traicionar a la dinastía, ni siquiera cuando ésta fue derribada por los manchúes; arrojado a la cárcel, nada pudo obligarlo a renegar. Se reconoce al verdadero comunista en su capacidad para resistir la prueba de la soledad.

Los marxistas rechazan el concepto de "naturaleza humana"; sin embargo, se observa en los marxistas chinos un optimismo que recuerda el de Mencio.[10] Nadie está predestinado al mal; a nadie

[10] En realidad, no creo justo situar en un mismo plano a Mencio, que creía en la bondad de la naturaleza humana, y a Siun Tseu, que la creía malvada. Sólo quienes postulan su perversidad afirman de manera positiva la existencia de una "naturaleza", en realidad saturada de fuerzas maléficas, duro núcleo que resiste toda tentativa de racionalización social. Decir, como Mencio, que *"todo hombre es bueno, del mismo modo que toda agua corre hacia abajo"* y que el mal proviene *"de los acontecimientos que extravían su corazón"*, en el fondo implica considerar al hombre como un ser condicionado por su situación; fuera de ésta, sólo existe abstractamente; si se lo considera en la situación, su interioridad está totalmente definida por la exterioridad. *"Si las judías y el mijo fueran tan abundantes como el agua y el suelo, en todo el pueblo no quedaría uno solo de estos seres a los que se denominan hombres malos"*, dice Mencio. La idea de "naturaleza humana" interviene en su sistema como los números imaginarios en ciertos cálculos: los facilitan, pero no aparecen en el resultado. Asimismo, los discursos de Mencio a los soberanos se ocupan de las tierras, los impuestos, los auxilios concedidos a los ancianos, y no del corazón humano. *"La gente del pueblo común, cuando está desprovista de medios de existencia, pierde todo principio estable, y si es necesario cae en la licencia y la depravación, y nada hay que no pueda hacer. Dejarla caer en el crimen para luego infligirle castigos, equivale a tenderle una trampa, como se hace con los animales salvajes... Un príncipe esclarecido que quiera ordenar los medios de existencia de su pueblo, procurará en primer lugar que los súbditos dispongan de recursos suficientes para ocuparse de sus padres, y para mantener a la mujer y los hijos; que en los años prósperos consuman con cada comida lo que están en condiciones de ingerir, y que durante los años malos por lo menos estén a cubierto del hambre. Sólo cuando haya logrado todo esto el príncipe «galo-*

se le impide alcanzar la condición de héroe; basta educar a la gente, explicarle la verdad para que alcance el bien; y tal es la principal tarea que debe cumplir este nuevo sabio que es el comunista. De acuerdo con un comentario del *Gran Estudio*: "El carácter ts'in, amar, debe ser reemplazado por el carácter *sin*, renovar. Sin, renovar a los hombres, obtener la desaparición de los antiguos defectos. Ello quiere decir que el sabio, después de haber cultivado en sí mismo sus brillantes virtudes, debe extender su acción a los demás hombres, y lograr que se desembaracen de las impurezas que los manchan desde hace mucho tiempo". El "tcheng-fong" o "reforma de las malas tendencias", preconizada por Mao Tse tung, puede ser asemejada al *sin* confuciano. Es uno de los lemas de la China moderna en todos los dominios: reformar, refundir la mentalidad antigua, *renovarse* y renovar a los demás. Ya se sabe qué importancia tiene la idea de la "reeducación" de los delincuentes y los contrarrevolucionarios: las sesiones de reeducación que se realizan en los "centros" de ese nombre, y en las cárceles perpetúan la tradición confuciana.

También hallamos en los comunistas chinos rastros de ese optimismo político que en la antigua China vinculaba la *virtud* con el *mandato*. El Cielo quería que al perder su virtud una dinastía perdiese su mandato, y por consiguiente su poder. Así, la corrupción del Kuomintang acarreó su ruina; y si el Ejército Rojo conquistó el corazón y el apoyo del campesinado chino, lo consiguió gracias a su honestidad, su altruismo y su humanidad. En la recopilación titulada *Guía del pensamiento*, en la que colaboraron en 1949 Mao Tse-tung y Lieu Chao-ki, se recuerda la historia famosa de Li el Temerario: debió a sus virtudes la posibilidad de derrocar a la dinastía Ming; pero se envalentonó con sus victorias y cometió faltas que determinaron su caída: fue derrocado por los manchúes. Se explican su éxito y su fracaso como el símbolo de los peligros que amenazan al Partido Comunista: es necesario que éste continúe mereciendo el poder, pues de lo contrario fracasará. Sin embargo, no debemos atribuir excesiva importancia a estas analogías, pues son por demás superficiales. La idea de in-

---

pará hacia la bondad», y el pueblo no tendrá dificultad para seguirlo. Pero si los medios son tan reducidos que se corre constantemente el riesgo de inanición, ¿cómo suponer que podrán cultivar la moral y las buenas costumbres?" Con razón los marxistas han percibido en Mencio una línea de pensamiento materialista: en realidad, subordina resueltamente la moral a la economía.

troyectar la virtud es cristiana tanto como confuciana, aparece en todos los sistemas morales dignos de ese nombre, y en realidad las circunstancias son el factor que confiere hoy un carácter moral al comunismo chino: el individuo aún no está sólidamente integrado; y es necesario apelar a su conciencia, en vista de la falta de una adecuada presión social. Pero los objetivos propuestos, y por consiguiente el contenido concreto de las ideas de bien y de mal, son radicalmente distintos de los que las antiguas concepciones proponían.

Ya lo he señalado: el verdadero problema ideológico de China moderna no es el de las relaciones del marxismo con las antiguas doctrinas sino con las filosofías modernas. Hasta 1956 se condenaban todas las doctrinas distintas del marxismo. Ese año hubo un gran cambio. En su "Informe sobre el problema de los intelectuales", de enero de 1956, Chu En-lai criticaba enérgicamente el sectarismo; sin embargo, entendía que el materialismo y el idealismo se oponían como el socialismo y el capitalismo, de los cuales serían las superestructuras, y que por consiguiente se libra entre ellos una lucha implacable. La "alocución" pronunciada el 26 de mayo de 1956 por Lu Ting-yi, jefe de la sección de propaganda del Comité Central del Partido Comunista, adopta una posición muy distinta. Bajo la influencia evidente de la desestalinización, Lu Ting-yi declara que la vida intelectual de China debe liberalizarse ampliamente. Ciertamente, la lucha de clases se refleja en las querellas filosóficas; es acertado condenar el idealismo burgués de Hu Che, así como la sociología burguesa profesada por ciertas escuelas. Sin embargo, es necesario distinguir entre la política y la cultura: esta última expresa menos directamente la lucha de clases, sigue caminos "más sinuosos"; desconocer esta diferencia es demostrar un simplismo "izquierdista". Mientras existan las clases, la oposición entre el materialismo y el idealismo se manifiesta bajo la forma de la contradicción de clase: pero esta oposición se perpetuará en la sociedad socialista y aún en la sociedad comunista. Precisamente porque los comunistas, en tanto que materialistas dialécticos, comprenden la necesidad de este dualismo, en adelante no se opondrán a la difusión del idealismo. Debe autorizarse la difusión del idealismo del mismo modo que la del materialismo, y las dos escuelas tienen que enfrentarse con absoluta libertad. En los problemas ideológicos es ineficaz apelar a los medios administrativos: es necesario abstenerse defi-

nitivamente de ellos. Si el materialismo está destinado a vencer algún día al idealismo, es indispensable que las dos doctrinas maduren sin restricciones.

Ninguna democracia popular llevó jamás tan lejos el liberalismo. La línea adoptada hoy en China contradice resueltamente la que se aplicaba varios meses antes, que condenaba a la filosofía a una estricta ortodoxia. No sólo se combatía el idealismo, sino que el riesgo de verse acusado de idealismo paralizaba a todos los filósofos independientes. Ahora se han roto esas cadenas. Por lo menos teóricamente se han eliminado las restricciones impuestas a la libertad de pensamiento. Nuevas doctrinas pueden nacer y desarrollarse, sin preocuparse de la etiqueta que se les aplicará: no podría concebirse actitud más herética. Aún puede afirmarse que el rechazo del monolitismo abre al marxismo perspectivas fecundas. En adelante los intelectuales chinos podrán crear una ideología que exprese adecuadamente el mundo nuevo.

LITERATURA

Los admiradores de la vieja China han afirmado que ella elevaba a la cumbre la literatura, pues la convertía en clave de bóveda de la sociedad; en realidad, por el contrario la literatura fue reducida por los chinos a la categoría de instrumento de la clase dirigente; fuente de privilegios, los privilegiados la monopolizaron más radicalmente que en cualquier otra civilización. Creado para permitir la comunicación, el lenguaje se ha convertido en manos de los mandarines en instrumento de separación: Mantuvieron hasta el siglo XX el uso del Ku wen, del que Hu Che afirmaba: "Se asemeja al bajo latín de Europa medieval, pero aún está más muerto, pues todavía hoy es posible hablar y comprender el latín, mientras que el Ku wen ha llegado a ser ininteligible para los propios letrados". Leer era difícil: leer los clásicos, imposible para un chino no especializado. Por otra parte, de acuerdo con los temas que trataba, la literatura clásica aspiraba a un definido esoterismo. Las obras escritas por una *élite* burocrática, para uso de la *élite*, perseguían sobre todo fines educativos; o bien, asignándose a sí mismas el carácter de fines, buscaban la perfección formal. Estaban reducidas a un pequeño número de géneros, definidos con rigor. La compilación que mandó ejecutar en 1772 el emperador K'ien-Long fue confirmada por la lista que preparó

en 1776 el crítico Yao Nai: ensayos, comentarios políticos, epitafios, epigramas, poesías, oraciones fúnebres e historias. No hay piezas teatrales ni novelas. A fines del siglo XVI el letrado Yuan Tcho-lang provocó gran revuelo al protestar contra este academicismo. Apoyado por sus dos hermanos, declaró que "el escritor de una época debe escribir en el idioma contemporáneo"; deseaba que cada uno escribiese en su propio estilo lo que le placiera. Predicó en el desierto. La segregación cultural se perpetuó. Como ya he dicho, era escaso el grupo de los mandarines que surgían del pueblo, y tan pronto se elevaban ponían distancia entre ellos y el sector de origen; en casi todas las historias más o menos legendarias de funcionarios "advenedizos", éstos olvidan a su humilde familia tan pronto alcanzan el poder; si escribían, eran tan conformistas como el resto.

Sin embargo, la situación del escritor en el seno de la sociedad siempre fue ambigua. Marx reconoce al intelectual burgués la capacidad de superar en beneficio de lo universal el punto de vista de su clase. En China, los cambios de dinastía, las revoluciones de palacio y las crisis sociales, así como las circunstancias de su propia vida, determinaron que algunos letrados se distanciasen del orden establecido. Hubo historiadores y ensayistas que criticaron o aún atacaron al gobierno. Más de un escritor se expresó en los marcos impuestos aportados por las concepciones originales. Sobre todo los poetas evitaron el conformismo; sin duda se reclutaban entre los letrados más individualistas; no sólo desarrollaron temas anarquistas, sino que expresaron la miseria del pueblo, y denunciaron las guerras y la explotación; sin duda, la poesía representa la corriente más viva de la literatura clásica china, el género cuya forma logró asumir un contenido humano y aún popular.

Al margen de la literatura reconocida se constituyó otra tradición, que no adoptó el lenguaje de los letrados, y no se plasmó en las formas oficiales. Los letrados escribieron como diversión algunos cuentos folklóricos, al principio en el pien-wen de los budistas, luego en la lengua hablada, o pai-hua. Después de la invención de la imprenta, en el siglo X, bajo los Song, se multiplicaron las recopilaciones de cuentos, relatos y dramas dialogados; servían de ayuda memorial a los expositores, de libretos a los actores y divertían a las personas que sabían leer. Este género se enriqueció cuando las nuevas técnicas de impresión permitieron multiplicar el número de libros. A partir de los Ming, se ordenaron

las leyendas populares para formar extensas novelas; este trabajo fue realizado en parte por letrados, y en parte por candidatos rechazados que poseían una cultura, pero no habían podido ocupar cargos oficiales; próximos al pueblo por su pobreza, estos últimos no lo traicionaron al redactar la literatura hablada. Así nacieron las famosas novelas tituladas *Historia novelada de los tres reinos, Todos los hombre son hermanos, La peregrinación hacia el Oeste,* y el *King-p'ing-mei.*

Bajo los manchúes, la decadencia del mundo feudal se reflejó en la literatura; ésta comenzó a evitar las reglas formales; se desarrollaron nuevos géneros. La novela llegó a ser algo más que una diversión: Muchos autores procuraron expresar en ella su concepción del mundo. Entre otras obras, *El sueño de la cámara roja* es característico de este período; simultáneamente realista, subjetivista y pesimista, refleja el nuevo individualismo de los escritores chinos. En muchas obras —es el caso del *Sueño*— el autor se proyecta en sus héroes, mezclando elementos autobiográficos con la ficción. Uno de los autores más conocidos de esta época, P'u Son-ling compuso relatos, canciones y baladas populares. Criticó a los funcionarios corrompidos y atacó a los ricos y los poderosos. Al mismo tiempo, procuró elevar el nivel cultural de las masas redactando manuales sobre la agricultura, las hierbas medicinales y las tradiciones folklóricas. A la edad de 73 años relató en una breve autobiografía la vida de su familia. En esta época era considerable la difusión de las autobiografías; este desarrollo del subjetivismo respondió en parte a la influencia del budismo, que inducía a sus adeptos a realizar examen de conciencia, y les inculcaba el gusto de la vida interior.

El género novelesco se degradó a principios del siglo XIX: muchas novelas de aventuras, de capa y espada, demostraban más laboriosidad que capacidad literaria. Pero también este género había realizado una síntesis de la cultura clásica y de la inspiración popular. Los poetas expresaron de modo erudito los sentimientos de las masas; los novelistas emplearon su cultura para asimilar al mismo tiempo los temas y el lenguaje popular.

"Creo que la literatura no debe continuar siendo privilegio exclusivo de algunos individuos, sino una corriente poderosa, que pueda difundirse entre las masas. La literatura no debe separarse de la vida", escribió Hu Che en su periódico, en el mes de julio

de 1916. Como los burgueses franceses del Renacimiento, los nuevos intelectuales chinos reclamaban en primer lugar que se escribiese en su lengua —es decir, que se abandonara el Ku-wen en favor del pai-hua. También deseaban que se desechasen las formas clásicas. Hu Che expuso esas reivindicaciones en el manifiesto publicado por la revista *Juventud nueva*, y que tituló "Sugestiones acerca de un plan de reforma literaria". Tch'en Tu-sieu lo apoyó con un artículo: "La revolución literaria", al que siguió un segundo manifiesto de Hu Che: "Concepción histórica de la literatura". "No imitemos a los antiguos", aconseja Hu Che. "Escribamos naturalmente en un idioma comprensible para todos". La revista *Nueva juventud* daba el ejemplo: estaba totalmente redactada en pai-hua.[20] La campaña prosiguió durante varios años. "Rechacemos toda literatura noble, rebuscada y obsequiosa, y construyamos una literatura simple, expresiva y popular", escribía Tch'en en *Juventud nueva*. "Rechacemos la literatura clásica, caduca y ampulosa, y elaboremos una literatura realista, fresca y sincera. Rechacemos la literatura académica, oscura y difícil, y creemos una literatura viva, transparente y actual". Más de cuatrocientos periódicos redactados en pai-hua, y una profusión de novelas, dramas y cuentos adhirieron entusiastamente a esta consigna; en adelante se utilizó el pai-hua en las traducciones. Fue adoptado por las revistas más serias, y para demostrar que se prestaba a la exposición de las ideas más abstractas, Hu Che compuso en 1919 una *Historia de la filosofía china* en pai-hua: muchos sabios y eruditos lo imitaron. Estos audaces suscitaron la violenta oposición de los conservadores. Pero los innovadores se impusieron. En 1920 el ministro de Educación decidió: "Todas las escuelas elementales en los grados primero y segundo deben utilizar el idioma popular. En estas clases se suprimirán todos los textos de estilo antiguo. En tercero y cuarto se permitirá utilizarlos hasta 1923: en esa fecha se los suprimirá". En los medios intelectuales hubo una explosión de alegría. La literatura feudal había dejado el campo: se disponía a nacer una literatura burguesa.

Las vacilaciones de la burguesía determinaron en el seno de la nueva intelectualidad una escisión ideológica; dichas vacilaciones se reflejan también de manera compleja en la historia literaria de

[20] Es sabido que el lenguaje hablado se diversifica en numerosos dialectos. Se había elegido el de Pekín, o mandarín.

este periodo. La escuela de la Media Luna agrupó alrededor de Hu Che a profesores universitarios, escritores y poetas adheridos a un pensamiento idealista, y en lo estético al simbolismo. Como entendían que su clase era una clase universal, detentadora de principios y valores eternos, atribuyeron a la cultura y al arte carácter de fin en sí, y se desinteresaron de la política. Esta actitud es clásica. Sin embargo, solo obtuvo el apoyo de un número muy reducido de intelectuales; la gran mayoría deseaba una nueva revolución. Pero, ¿de qué clase? ¿China debía seguir el camino señalado por la Unión Soviética, y establecer la dictadura del proletariado? ¿Había otro camino? Por otra parte, un valor se imponía a la mayoría de los escritores: nos referimos a esa misma cultura por la cual habían combatido. ¿Sus intereses coincidían con los de la revolución? Para quienes la vivían entonces, la situación era tan embrollada que es comprensible que durante varios años la izquierda intelectual se haya dividido.

La literatura debe estar "comprometida": en eso todos los escritores de izquierda concordaban. Pero vacilaban acerca de la naturaleza y los límites de este compromiso. El grupo "Literatura", organizado en enero de 1921 alrededor de Mao Tuen y de Lu Sin afirmó en un manifiesto el papel político de la literatura: "Negamos que la literatura sea una diversión, un entretenimiento, un pasatiempo. Su objeto debe ser la sangre y las lágrimas que la opresión obliga a derramar". En varias ocasiones Mao Tuen condenó las teorías del arte por el arte. "La misión de la literatura no es sólo reflejar los tiempos actuales", escribió, "también debe influir sobre ellos. No basta que resucite el pasado, debe preparar el porvenir". Aunque Mao Tuen afirmaba entonces su adhesión a Zola y a Tolstoi, ni él ni Lu Sin eran marxistas. La idea de subordinar la literatura a la lucha de clases les desagradaba. Mao Tuen decía de la literatura proletaria: "Contradice la esencia misma de la literatura, pues no ve en ella más que un instrumento de propaganda, en el sentido estrecho de la palabra". Lu Sin compartía este punto de vista y reivindicaba la libertad del escritor.

El mismo problema debió afrontar el grupo "Creación", fundado en 1922 por estudiantes que volvían de Japón. El más importante de ellos era Kuo Mo-jo: vacilaba entonces entre Tolstoi y Lenin; había sufrido la influencia de los filósofos y los poetas alemanes, y su odio al feudalismo iba de la mano en él con un ideal romántico. Declaraba: "Lo característico de la poesía es ex-

presar los sentimientos con una espontaneidad casi inconsciente; la poesía es la vibración de la vida misma, la voz del alma". Los poemas que reunió más tarde en la recopilación *Diosa* se ajustaban a este programa. A su lado, Yu Ta-fu, que en Japón se había saturado de literatura y de alcohol —en cuatro años había leído más de mil novelas, y de todo ello había salido un poco tocado— pintó en cuentos y novelas los dramas de la adolescencia. Creían que en el seno de una sociedad en descomposición el arte y la literatura podían constituir un mundo separado. Pero muy pronto también ellos experimentaron la necesidad de comprometerse. Yu Ta-fu escribió:

"Nuestra literatura se hará eco de la desesperación humana. Este grito de alarma será un alivio para las almas angustiadas. Al mismo tiempo, representará el llamado de la revolución contra la organización injusta de la sociedad actual". Hacia 1923, Kuo Mo-jo adoptó el punto de vista "proletario". "¡Nos oponemos a la hidra capitalista! ¡Nos oponemos a toda religión que reniegue de la vida! ¡Nos oponemos a las literaturas de esclavos! ¡Nuestro movimiento quiere manifestar el espíritu de la clase proletaria, la humanidad joven!" En 1925 explicó así su evolución: "Otrora, yo honraba y veneraba a los hombres individualistas y libres. Pero durante estos últimos años establecí contacto más íntimo con la masa sumergida en la miseria. Aprendí que la inmensa mayoría de los hombres carecen de independencia, de libertad e individualidad". El incidente de Nankin Road acentuó la actitud revolucionaria de "Creación". Yu Ta-fu y Kuo Mo-jo fueron a Cantón para consagrarse a la actividad política. Para el primero la acción representó una experiencia decepcionante; partió para Shanghai, donde llevó una vida de misántropo, y salió de China en 1939, para acabar oscuramente en Sumatra, el año 1945. Kuo Mo-jo publicó en 1926 una obra titulada *Literatura y revolución*, donde defendía la tesis sostenida dos años antes por Tcheng Tchen-to: "Toda literatura que no es revolucionaria usurpa el nombre de literatura. Es necesario rechazarla". Otro grupo, "el Sol", separado de "Creación" por problemas personales más que doctrinarios, se inclinó también hacia una literatura radicalmente politizada.

Sin embargo, Lu Sin mantenía su posición: es necesario que la literatura goce de cierta autonomía. En 1924 fundó la revista Yu-seu, en la cual colaboraron un escritor satírico y humorista, Lin Yu-tang, y el novelista Lao Che. Polemizó contra las socie-

dades Creación y el Sol por una parte, y por otra contra la Media Luna. Su actitud era la misma que en los tiempos de "Literatura". Entre otras cosas, escribía: "La literatura debe ser la expresión de la vida social completa. Por consiguiente, si no ha de ser exclusivamente revolucionaria, de todos modos exhibirá ciertos elementos revolucionarios, pues refleja a la sociedad actual, que está animada de un espíritu de rebelión".

Finalmente, los escritores de izquierda entendieron que, en lugar de obstinarse en sus divergencias, más les convenía consolidar su acuerdo. En 1935 la liga de los escritores de izquierda reunió a las sociedades Creación y el Sol, así como a Mao Tuen y a Lu Sin, designado presidente. La plataforma adoptada fue decididamente proletaria. "Nuestro arte es antifeudal, anticapitalista y aún se opone a la pequeña burguesía, pues ésta ha renegado de su condición. Debemos iniciar la creación de una literatura proletaria". Como entendieron que este programa era excesivamente radical, algunos escritores, que no obstante adherían al marxismo, formaron en 1932 el grupo de los "Contemporáneos". Pero permanecieron unidos con los miembros de la "Liga"; el frente de los intelectuales de izquierda no se debilitó.

Puede afirmarse que en el plano cultural éstos no hallaban adversarios. En 1930 los nacionalistas formaron una sociedad denominada "Literatura nacionalista", cuyo manifiesto proclamaba: "El más elevado destino de la literatura es realizar las ideas y el espíritu de la raza a la que pertenece. Su más excelso ideal es el nacionalismo". La colusión del Kuomintang con el imperialismo extranjero redujo, "el ideal nacionalista" a un mero *flatus vocis*. La burguesía aceptaba su situación a fuerza de compromisos, y gracias a los recursos de la mala fe: De haberse expresado positivamente, no habría podido dejar de revelar sus contradicciones, favoreciendo así la causa revolucionaria. Por consiguiente, los escritores resolvieron no decir palabra: se ocuparon de nimiedades, como hace hoy en Francia una fracción importante de la derecha literaria.[21] Lin Yu-tang, que se había separado de Lu Sin, encabezó una escuela "humorística". He leído en inglés algunos de sus ensayos: cultiva la frivolidad con la aplicación de un Jacques Laurent. Esta quiebra de la literatura de derecha, y el cre-

[21] En Francia la burguesía declina; en China estaba oprimida. La situación es diferente. Pero en los dos casos, la preocupación de sus literatos es disimular el *fracaso* mediante la frivolidad.

ciente éxito de los escritores de izquierda indujeron al Kuomintang a apelar a la violencia. Los "bandidos de la cultura" fueron perseguidos. Se encargó a una policía especial la tarea de hallar a los que se ocultaban en las concesiones de Shanghai, y esta fuerza tenía orden de secuestrarlos si era necesario. El 1º de febrero de 1931 fueron detenidos varios miembros de la Liga: algunos fueron fusilados, y otros enterrados vivos. Entre 1931 y 1932 fueron jecutados cuarenta escritores. En 1934 la Oficina de Propaganda prohibió ciento cuarenta y nueve libros de autores conocidos, entre ellos varias obras de Lu Sin.

Sin embargo, las actividades de los escritores de izquierda no disminuyeron. Lu Sin tradujo a Plejanov y a muchos grandes autores rusos. Los chinos se familiarizaron con Gorki, Tolstoi, Turguenev, y también con los escritores franceses: Hugo, Maupassant y Zola. La novela fue el género literario de más notable desarrollo durante todo este período. Leang K'it-chao ya había destacado su importancia social. Atribuía en parte los males de China antigua a sus novelas, y exhortó a los escritores a componer otras nuevas, para difundir sus ideas políticas y sociales. Lu Sin dictó en la Universidad de Pekín un curso sobre la novela china, publicado en forma de libro, y que tuvo considerable resonancia: alzándose contra el desprecio en que se había tenido a los letrados, demostró el valor de las grandes novelas escritas a partir de la época de los Ming. El ejemplo de las literaturas extranjeras alentó también a los chinos: a partir de 1925 compusieron muchas novelas que atacaron las tradiciones familiares, los tabúes sexuales y la estructura económica de la antigua sociedad. La más célebre fue *Familia*, de Pa kin, a la que ya me he referido. Mao Tuen llegó a un vasto público, describiendo en *Crepúsculo* a la nueva burguesía china. Lao Che interesó sobre todo a los pequineses, pues describió a través de la historia del pobre culí. "Corazón Alegre" la vida y la sociedad de Pekín. Utilizó no sólo el idioma hablado, sino el argot característico de Pekín.

Entre todos los escritores de este período, el más grande y el más famoso fue Lu Sin. Los chinos lo consideran hoy el Gorki de su país. Su retrato preside todas las reuniones y congresos de escritores. Su casa de Shanghai es lugar de peregrinación al que afluye diariamente una verdadera multitud. Encarna a esa inte-

lectualidad que de 1917 a 1936 forjó la lengua y la literatura modernas, y las puso al servicio de la revolución.

Su verdadero nombre es Scheu Chu-jen. Nació en 1881 en Tchekiang, y cursó sus estudios superiores en Nankín. Un amigo de juventud ha relatado que durante su adolescencia se proponía ansiosamente tres interrogantes: ¿Cuál es la vida ideal? ¿Cuál es el principal defecto del pueblo chino? ¿Cómo podríamos remediarlo? Como muchos jóvenes de su generación, creía que ante todo China necesitaba sabios. Había perdido tempranamente a su padre, víctima de las supersticiones populares: en lugar de cuidarlo de acuerdo con las normas científicas, se lo había sometido a una medicación mágica. Sin duda este episodio indujo al joven a elegir la medicina. Fue a estudiar al Japón. Pero muy pronto cambió de propósito. El mismo ha relatado en qué circunstancias ocurrió el hecho: "De tanto en tanto, después de las clases de bacteriología, nos mostraban filmes de actualidad. Por supuesto, en esa época se trataba siempre de las victorias obtenidas por los japoneses contra los rusos. Esta vez vimos a varios chinos que habían realizado espionaje por cuenta de los rusos, y que fueran capturados por los japoneses, y ejecutados bajo la vista de otros chinos. Y yo también estaba allí, en el aula, y miraba.

"—¡Bravo! exclamaban los estudiantes.

"Aplaudían todos los filmes; pero ese día sus aclamaciones me sonaron mal. Después, en China he visto a los mirones que contemplaban el fusilamiento de criminales, y aplaudían como si hubiesen estado borrachos. ¡Ay! ¡Nadie puede remediarlo! Sin embargo, ese día y allí, decidí cambiar de camino".

Lo que había conmovido a Lu Sin era ver a chinos que asistían sin la menor indignación al suplicio de sus compatriotas. Descubrió entonces cuál era el principal defecto de sus compatriotas: la apatía. Y en el curso de su vida habría de reprocharles, a menudo ese hecho. "Fácilmente nos convertimos en esclavos, y una vez reducidos a la esclavitud, nos sentimos muy satisfechos", escribió amargamente varios años después.[22] Y también: "Si no tenemos ni sabiduría, ni verdadera bravura, sino sólo humor, corremos grave peligro". Decidió que la tarea esencial era vencer esta pasividad: eligió la literatura. Publicó artículos y traduccio-

[22] Tumbas.

nes que tuvieron escaso éxito, y a partir de 1910 se dedicó a la enseñanza, al mismo tiempo que preparaba un estudio sobre la novela china.

El fracaso de la revolución de 1911 lo persuadió de la inutilidad de su esfuerzo: era inútil hablar, si nadie escuchaba ni respondía. Se replegó sobre sí mismo y se dedicó a vivir en la soledad. "Había perdido el entusiasmo y el fervor de mi juventud", confesó diez años después. Dedicaba su tiempo a copiar antiguos textos, y sólo hablaba con los pocos amigos que lo visitaban en su retiro. Ching Hsing-yi, uno de los redactores de *Juventud nueva*, fue a buscarlo un día. "Debes escribir", le dijo. Lu Sin cuenta que le respondió: "Imagina una casa de hierro, indestructible, donde duermen personas que pronto morirán asfixiadas, pero sin sufrimiento, porque la muerte las sorprenderá en el sueño. Si uno grita, y despierta a algunos que soportarán entonces las torturas de la agonía, ¿se les presta un servicio? —Si despiertan, hay esperanza de que puedan destruir la casa", dijo Ching Hsing-yi.

Lu Sin se aferró a esta esperanza. Escribió un cuento inspirado en el *Diario de un loco* de Gogol, denunciando el viejo orden social basado sobre el confucianismo. Siguieron otros, todos de un carácter violentamente revolucionario. Se los recopiló en varias colecciones. *El grito* incluye quince piezas, del período entre 1918 y 1922. En *Perplejidad* hay once, compuestos entre 1924 y 1925. Los *Viejos cuentos* traen ocho, redactados entre 1922 y 1925. Además de estas obras, Lu Sin escribió varios relatos autobiográficos, reunidos bajo el título de *Flores matutinas*. Tradujo muchos cuentos y fábulas, y relató antiguas leyendas chinas, confiriéndoles un sentido simbólico. Comentó en *Hierbas silvestres*, bajo la forma de parábolas y de notas impresionistas, los hechos ocurridos en Pekín entre 1924 y 1926: atacó el régimen militar al que entonces estaba sometida China del Norte. Estos ocho años fueron los más fecundos de su vida desde el punto de vista literario. El cuento titulado *Historia de Ah. Q.*, le conquistó una inmensa popularidad. Después, renunció a las obras de imaginación por razones que se desprenden del material contenido en las que compuso.

Los cuentos y los relatos reflejan la decepción experimentada en 1911 por Lu Sin. No experimenta más que desagrado ante la burguesía que se ha dejado arrebatar la victoria, y que pactó con la opresión. "Detestaba a mi propia clase, y no experimentaba la

más mínima piedad por su miseria y su derrumbe", escribió más tarde. Reserva su compasión para los pobres, particularmente los campesinos, cuya suerte continuará siendo la misma cuando una camarilla de dirigentes reemplace a otra; describió sus padecimientos en el cuento *Tempestad en una taza de té*, y también en el trasfondo de la Historia de Ah. Q. En este héroe lamentable, Lu Sin ha encarnado los defectos que desde hacía mucho tiempo reprochaba al pueblo chino: miserable, despreciado, privado de mujeres, privado de todo, Ah. Q., transforma en "victoria moral" cada una de sus derrotas; esta resignación fanfarrona lo hace acreedor al peor destino: acaba ejecutado, pese a que no ha cometido ningún crimen, y sin comprender una palabra de su propia desgracia. A lo largo del relato Lu Sin se burla cruelmente de sus desdichas; y sin embargo, experimenta hacia él una evidente simpatía, y en definitiva la culpa no recae sobre su cabeza, sino sobre la sociedad que lo hizo como es. Casi todos los personajes de Lu Sin —campesinos atrasados, intelectuales fracasados, locos, drogados, mendigos— son como Ah Q, conciencias mistificadas; las condiciones económicas y la moral tradicional le cierran todas las salidas; algunos desesperan, otros se resignan, y casi todos se debaten vanamente, buscando absurdos consuelos en su vida interior, o pidiendo auxilio a las instituciones y a las supersticiones que los abruman. La impotencia de sus víctimas, su semicomplicidad con su propia desgracia confieren a los cuentos de Lu Sin un acento desesperado. Los chinos lo comparan con Gorki; a mi juicio, se relaciona más bien con Chejov. A través de intrigas que apenas se preocupa de anudar, muestra que la situación actual niega al individuo toda posibilidad de salvación. Esta conclusión no aparece indicada de manera didáctica: Lu Sin crea una atmósfera agobiadora, que ahoga incidiosamente al lector. Sus héroes suelen aparecer en una suerte de claroscuro. A menudo, como en Chejov, hay un narrador, presuntamente el propio autor, que asiste desde fuera a los acontecimientos: éstos se le escapan parcialmente, y de ese semimisterio extraen su densidad. Este arte, que sugiere mucho más de lo que dice, se adapta perfectamente a su objeto: expresar seres oscuros para ellos mismos, totalmente definidos por las circunstancias que los sobrepasan; basta describir estas últimas para reflejar la interioridad de los personajes; el autor jamás hace psicología en el sentido analítico de la palabra: entre el exterior y el interior no hay distancia. Ello no significa

que en sus obras no haya subjetividad; nada de eso; las situaciones parecen intolerables porque se siente a cada instante la presencia de la conciencia que las vive; por el contrario, se podría decir que en Lu Sin la subjetividad está por doquier. Es una de las divergencias fundamentales que lo separaban antes de 1930 de la literatura llamada proletaria. La pretendida objetividad del realismo socialista no podía satisfacerle; para él, cobrar conciencia del mundo no era simplemente reflejarlo. Sus reticencias se explican por razones aún más profundas. Lu Sin era entonces obstinadamente pesimista; consideraba falso abrigar la esperanza de un futuro radiante; sin embargo, había tomado la pluma para llamar a sus compatriotas al combate; por consiguiente, no podía negar totalmente el porvenir; si escribía era porque creía en la posibilidad de destruir la casa de hierro. Esta contradicción se expresa en el prefacio que redactó en 1922 para la recopilación *El grito*.

"A pesar de mi íntima convicción, no podía afirmar que no existía ninguna esperanza, pues la esperanza reside en el porvenir... como mi grito es un llamado a las armas es evidente que debo obedecer las órdenes de mi general; por eso no siempre me atengo a la verdad... Nuestros líderes se oponían entonces al pesimismo. Por mi parte, no debía comunicar el sentimiento de soledad, que me había parecido tan amargo, a jóvenes que aún estaban soñando, como yo lo había hecho a su edad. Por lo tanto, es evidente que mis producciones no son obras de arte; pero me alegra que se las lea".

En realidad, de manera apenas perceptible, ha matizado con un poco de optimismo dos de sus relatos. Pero la idea de alterar en lo más mínimo la verdad le parece contraria a las exigencias de la literatura: concebía la obra de arte como un testimonio absolutamente sincero. Jamás renunció a esta posición; sin embargo, deseaba la revolución: en ello se originó un conflicto que sólo pudo resolverse con su muerte.

En efecto, su pesimismo no era un refugio contra la acción. Designado profesor de la Universidad de Pekín, su curso acerca de la novela china tuvo un éxito enorme: la gente se apretujaba para oírlo. Hablaba lentamente, sin elevar la voz, el rostro impasible: le gustaba hacer reír, pero no reía jamás. En el apogeo de su gloria, utilizó su fama para apoyar a los estudiantes contra el gobierno. "Una vida a medias viva, tal el error total, pues con la apariencia de la vida, de hecho lleva a la muerte. Es preciso que

nuestra juventud salga de la antigua prisión. Ayer, cuando no habían hecho más que asistir a una asamblea, muchos estudiantes fueron golpeados, y algunos muertos..." El tono de sus protestas, su enseñanza, los ataques de Yu-seu contra la literatura derecha, las críticas de Lu Sin contra el gobierno, acarrearon su destitución; se prohibió su revista, y se incorporó su nombre a la lista negra. En 1926 algunos profesores sospechosos de comunismo fueron ejecutados, de modo que Lu Sin salió de Pekín y se refugió en el Sur. Enseñó durante cierto tiempo en Amoy, pero el lugar no le agradó. En 1927 se instaló en Cantón, donde la Universidad Sun Yat-sen lo recibió con entusiasmo. Después del movimiento de 1927, partió para Shanghai donde permaneció algún tiempo oculto en casa de un amigo japonés.

China del Sur, el Kuomintang, representaban el único bastión de la libertad, la única posibilidad de una transformación social. La traición de Chian Kai-shek destruyó estas últimas esperanzas. Aparentemente, Lu Sin se hundió en un desaliento total. "Revolución, contrarrevolución, no revolución", escribía en 1927. "Los contrarrevolucionarios matan a los revolucionarios y éstos a los contrarrevolucionarios. A veces se sospecha de revolucionarios a los no revolucionarios, y padecen a manos de los contrarrevolucionarios; o se los sospecha de contrarrevolucionarios, y caen bajo los golpes de los revolucionarios. O también hay gente que no es absolutamente nada, y cae abatida por los revolucionarios y por los contrarrevolucionarios. ¡Ah! ¡Revolución! ¡Revolución!" Ese mismo año escribió en *Hierbas silvestres*: "Antaño, mi corazón estaba colmado de cantos apasionados: ¡la sangre y el hierro, la llama y el fervor, la justicia y la venganza!... ¡La esperanza! ¡La esperanza! Con este escudo resistimos las acechanzas de la noche oscura y la nada: pese a que detrás de este escudo aún se prolonga la noche oscura de la nada. Así ha pasado poco a poco mi juventud. Por lo menos he visto florecer a mi lado algunas primaveras. ¡Pero hoy me siento tan solitario! Estas primaveras, ¿también se han amustiado? La juventud, ¿envejeció en el mundo entero?"

Para Lu Sin dudar de la juventud equivalía a tocar el fondo de la desesperación, pues en ella había puesto toda su confianza. "¡Salvar a los niños!" era el "grito" con que concluía su primer relato. En otro, *La región natal*, había escrito: "Espero que la vida de los jóvenes no será tan inestable como la nuestra. Quiero

que tengan una vida nueva, que nosotros no conocemos". Asimismo, a pesar de su angustia, cuando piensa en la juventud, recupera su fe en el porvenir. En *Hierba silvestre* escribe: "El ejército de la juventud se alza ante mis ojos. Los jóvenes se han transformado o llegarán a transformarse en seres violentos. Amo a estas almas sangrientas que se forjan en el dolor: testimonian que yo pertenezco a un mundo vivo".

Poco más adelante, realiza una apasionada apología del héroe revolucionario: "El rebelde heroico abre sus ojos sobre el mundo, y se mantiene erecto. Ve las fábricas abandonadas, las tumbas cubiertas de malezas. Rememora los antiguos dolores que no concluyen. Contemplan los vestigios de lo que ha sido. Conoce todo lo que está muerto, todo lo que acaba de nacer, y lo que aún no ha nacido. Ha comprendido los actos del Creador. Se alzará para resucitar a la raza humana, o para destruir a todos los hijos del Creador. A los ojos del rebelde, el mundo ha cambiado".

Ante todo luchará contra la hipocresía: "Sobre la cabeza de los enemigos flotan toda suerte de banderas, adornadas con toda clase de hermosas palabras: filántropos, intelectuales, escritores, genios, sabios. Exhiben mantos decorados con toda suerte de bordados: ciencia, virtud, genio nacional, lógica, justicia, civilización oriental. El rebelde blande su lanza, sonríe y de un golpe les traspasa el corazón. Todo se derrumba; pero en el suelo sólo se arrastra un manto: solo cubría el vacío. Ha vencido, es el criminal que traspasó a los filántropos".

Por consiguiente, en el plano político Lu Sin no renuncia a la esperanza. Pero llegó a concebir un hondo escepticismo respecto del papel revolucionario que la literatura podía representar. Escribe en *Viento cálido*: "Es necesario que caigan los viejos ídolos para que la humanidad progrese". Pero ya no cree que el escritor pueda ayudar a derribarlos. "El factor dinámico es la política, la literatura no hace más que seguir el proceso general de transformación. Imaginarse que la literatura puede modificar la situación es idealismo: los hechos han desmentido estas esperanzas".[23] También afirma: "El revolucionario no abre la boca: tira. El débil habla, y lo masacran. El gato que caza una laucha no grita, es su víctima quien lo hace".[24]

[23] San-hien-t'si.
[24] Es todo.

Sin embargo, si el escritor renuncia a la ilusión de que el libro es un arma dotada de eficacia política, no desprecia el objetivo que es realmente el de la literatura: expresar al mundo en su verdad. Ni siquiera disociando la acción y la develación realizará su verdadera misión. Lu Sin rechaza todas las evasiones: "Hay escritores que quieren abandonar la vida, que hablan de flores y pájaros. Creo que la literatura es el sentimiento de la vida actual",[25] pero, como el estetismo, la literatura proletaria también es una fuga: "Actualmente, los supuestos revolucionarios hablan de luchar y de superar a su época. Pero superar una época es huir de ella. Si no se tiene el valor de mirar de frente la realidad, ¿cómo es posible arrogarse el título de revolucionario?" [26] Y más adelante: "Nuestros escritores revolucionarios temen a las tinieblas, dicen que esperamos el porvenir y quieren saltar por encima del tiempo: cerrar los ojos, ¡tal es tu victoria final, gran héroe revolucionario!"

Sobre todo, cuando se politiza radicalmente a la literatura, se pierde por los dos extremos. Se escriben malos libros, y éstos de nada sirven. "Las grandes obras no son resultado de una orden, no aceptan imposiciones, y por el contrario brotan del fondo del corazón. Para hacer la revolución, necesitamos revolucionarios: pero la literatura revolucionaria no es cosa urgente".

Entre la literatura y la revolución Lu Sin elige finalmente la revolución. "En esta época", explica, "comprendí que la clase proletaria era la dueña del porvenir".[27] Para servirla, aceptó en 1930 la presidencia de la "liga de los escritores de izquierda", consagrada a la literatura revolucionaria. Pero es notable que se haya encerrado entonces en la polémica y en las traducciones. Gracias a él los chinos conocieron a Plejanov, Fadeiev, Chejov, Gogol, y Pío Baroja: sus traducciones llenan dos volúmenes. Ya no escribió cuentos ni relatos.

Se aclara esta actitud si la comparamos con la del escritor más cercano a Lu Sin: Mao Tuen. También él experimentó en 1927 las desilusiones de Lu Sin. Al referirse a los años que precedieron a la traición de Chiang Kai-shek, escribe: "Parecía entonces que estábamos al principio de una edad de oro. Lamentablemente, los

[25] Piezas fugitivas.
[26] San-hien-t'si.
[27] Es todo.

acontecimientos disiparon estas esperanzas luminosas, y un dolor profundo se abatió sobre los corazones". En su novela *Agitaciones*, describe el caos de la revolución de 1927, las matanzas, la traición. Y al comentar otra novela, *Búsqueda*, escribe: "Confieso que el tono de profunda tristeza de los héroes me toca de cerca; pero la insatisfacción de los jóvenes, su angustia, la búsqueda de un camino, el fracaso de todas sus empresas es un hecho realmente objetivo". Al mismo tiempo que denuncia las taras de la sociedad, y que demuestra la necesidad de transformarla, Mao Tuen se esfuerza por superar el pesimismo: "Realicé la experiencia de las dificultades de China en ebullición. Experimenté los peligros de la desilusión y todas las contradicciones de la vida humana, hasta caer en el pesimismo. Ahora quiero iluminar con un rayo de luz esta vida confusa y sombría".

Lu Sin no pudo decidirse a dar este último paso. Podía acallar sus inquietudes, sus dudas, y preparar activamente un porvenir mejor; de todos modos, se negó siempre a expresar positivamente una esperanza que sin duda no lograba vencer la tristeza inspirada por el presente.

El año 1936 señala el fin de una época. Comenzaba la guerra chino-japonesa. En diciembre de 1935 Mao Tse-tung logró que los comunistas adoptasen las tácticas del frente nacional unido. Los escritores de todos los partidos decidieron formar un frente común. Algunos comunistas sostenían que sólo el proletariado era el auténtico adversario del imperialismo, y que la literatura debía continuar situándose en el terreno de la lucha de clases. Pero la mayoría de los escritores optó por la unión. Kuo Mo-jo, que acababa de pasar seis años exiliado en Japón, Mao Tuen, y Lu Sin fueron los primeros en incorporarse. "Suscribo incondicionalmente esta política, porque no sólo soy escritor, sino también chino", escribió Lu Sin. Afectado de tuberculosis, murió poco después, dejando un hijo de diecisiete años, a quien exhortó en su testamento: "Evita a quienes te aconsejen la tolerancia hacia tus enemigos". Más de veinte mil personas desfilaron ante su féretro durante los tres días anteriores a los funerales. Su muerte coincidió con el fin de la "cultura burguesa" propiamente dicha. Su vida y su carrera reflejan el drama de una clase para la cual la opresión económica fue aún más intolerable por obra de la emancipación política y que, despojada de su victoria, impotente y desesperada, no tuvo otra

salida, cuando apenas acababa de nacer, que negarse en beneficio del proletariado.

En 1938 fue creada "La federación antijaponesa de escritores de toda China". Lin Yu-tang se unió a Kuo Mo-jo. Se designó presidente a Lao Che, que fue reelegido año tras año. La unión sagrada produjo casi exclusivamente una literatura de propaganda. Se escribieron novelas patrióticas y sobre todo muchas piezas teatrales, más eficaces que los libros en un país donde el 80 % de la población es analfabeta. Entre otros, Kuo Mo-jo y Ts'ao Yu escribieron muchos dramas. Los escritores se dispersaron. Algunos permanecieron en la zona del Kuomintang y fueron perseguidos. En 1946 Wen Yi-tuo, antiguo simbolista de la organización *Media Luna* adoptó la posición revolucionaria y fue ejecutado. Entretanto, Mao Tuen trabajó cierto tiempo en Hong-Kong con un grupo de escritores comunistas. La mayoría de los intelectuales se dirigieron a Yenan. Las *Alocuciones al Foro*, pronunciadas en 1942 por Mao Tse-tung ratificaron la muerte de la literatura burguesa. En adelante, el problema era crear una cultura popular. La única estética aceptada fue el realismo socialista, y la tarea principal la difusión de la cultura, más que su elevación.

Desde el Movimiento del 4 de mayo, sólo habían pasado veinte años. Es natural que en un período tan breve China no haya podido conocer la gran eclosión que en un siglo dio a Rusia una literatura prodigiosa. La disociación de la cultura clásica y de la cultura popular no permitió a la civilización china engendrar un Shakespeare o un Cervantes. Por falta de tiempo, su reconciliación en el seno de la cultura burguesa no pudo compensar esta carencia. Cuando el nuevo régimen inicia su tarea cultural, tiene a sus espaldas obras interesantes, pero no una gran tradición.

El 19 de julio de 1949 fue fundada en Pekín la "Federación nacional de literatura y arte", presidida por Kuo Mo-jo. Su vicepresidente era Tche Yang, viejo comunista de Yenan. Su objetivo era "unir toda la literatura patriótica y democrática, y a todos los artistas, en conjunto con el pueblo chino, para eliminar definitivamente la supervivencia del imperialismo, el feudalismo, y el capitalismo burocrático". En esta organización se originó la Asociación de escritores presidida por Mao Tuen. En el curso de la asamblea con la cual se celebró en 1952 el décimo aniversario del

Foro de Yenan, Mao Tuen abordó y comentó vigorosamente las tesis propuestas en 1942 por Mao Tse-tung: el escritor debe servir a las masas, y para lograrlo es necesario que se forje una mentalidad nueva. El papel de Asociación es dirigirlo por el camino del marxismo-leninismo; y también realizar en una perspectiva marxista-leninista la crítica de la literatura antigua y de la literatura occidental. Veremos ante todo de qué modo la nueva China recupera su antigua literatura; luego, examinaremos los problemas que la creación literaria propone hoy.

Las tesis neodemistas de Yenan fueron retomadas a menudo desde la liberación: China debe asumir su herencia cultural. Es lo que repitió en 1953, en el congreso de los escritores, el poeta Fong Chih; sobre todo, es necesario difundir las antiguas novelas y relatos populares, con la condición de introducir previamente algunas reformas. Chu Yang declaró ese mismo año: "La recuperación y el estudio sistemático de nuestra herencia artística nacional se ha convertido en uno de los puntos más importantes de nuestro trabajo en literatura y arte". El suplemento del cotidiano *Kuang-ming*, titulado *Patrimonio literario*, se consagra a esta tarea. El ministro de Cultura ha creado un departamento de "Investigaciones literarias" que estudia desde el punto de vista marxista-leninista la literatura occidental y la literatura antigua. Con gran asombro de sus adversarios, que concebían al comunismo como un retorno a la barbarie, el régimen ordenó reimprimir íntegros el famoso *Sueño de la cámara roja*,[28] y luego *Todos los hombres son hermanos* y *El romance de los tres reinos*. En 1954, un comité que representaba a todas las asociaciones literarias decidió festejar el 200º aniversario de Wu King-tzeu, autor de la novela satírica *La vida de los letrados*; y el 250º aniversario de Hong Cheng, que escribó la historia de la bella concubina imperial Yang Kuei-fei. El crítico más representativo de hoy, Feng Hsueh-feng declaró que el realismo socialista no excluye el romanticismo, de modo que se reeditaron también las obras de los poetas K'iu Yuan y Tu Fu, elogiándose el profundo amor al pueblo que estos autores expresaban. La literatura antigua no sólo se difunde en toda China, sino que se la traduce mucho al inglés, para llevarla al resto de Asia.

[28] Esta reedición conmovió, entre otros, a muchos letrados anticomunistas que se habían refugiado en Hong-Kong; y modificó la idea que se habían forjado del régimen.

Escaneado con CamScanner

Así, he podido leer muchos comentarios relacionados con las reediciones importantes. He aquí la posición general.

Las obras del pasado tienen defectos e insuficiencias inherentes al período en que fueron escritas; pero algunas representan una superación del momento que reflejan; o se rebelan francamente contra la opresión, o por lo menos critican a la sociedad de su tiempo. Reubicadas en una perspectiva dialéctica, manifiestan una verdad, sin duda incompleta, pero positiva. La condición misma de los artistas que las escribieron reflejaba esta ambigüedad. Por ejemplo, Tu Fu descendía de una gran familia aristocrática, pero su padre era un mandarín pobre, y él mismo vivió en la miseria, lo cual le permitió comprender la dolorosa situación de los campesinos y simpatizar con su rebelión. Lo mismo puede decirse de Yuan Tsi, poeta que vivió en el siglo III d.C., y fue discípulo de la escuela realista que se oponía a todas las clases dirigentes: su anarquismo reflejaba la rebelión del pueblo contra sus opresores.

Tres comentarios me parecieron particularmente significativos: la revista *Chinese litterature* tradujo pasajes del gran historiador Seu-ma Ts'ien, quien entre 145 y 86 a.C., escribió sus *Memorias históricas*, que abarcan tres mil años de historia china. Es preciso elogiar, dice el crítico, el valor y la importancia científica de su obra, así como sus dotes de escritor; pero sobre todo es necesario admirar el hecho de que fustigó a los tiranos y tomó partido por los héroes que combatieron la opresión. Seu-ma Ts'ien simpatizaba con las masas trabajadoras, y odiaba a sus explotadores. No juzga a sus héroes de acuerdo con los criterios de la moral feudal; los exalta en su condición de defensores del pueblo. Desde el punto de vista literario, posee el arte de pintar lo típico en el seno de lo individual, de acuerdo con las prescripciones del realismo socialista.

Otro número de la misma revista ofrecía pasajes de la famosa pieza *El palacio de la juventud eterna*, que relata la trágica historia de amor del emperador Ming Huang y de su bella concubina. La crítica reprocha al autor haber pintado la pasión de ambos amantes con excesiva complacencia; pero lo felicita porque supo denunciar el lujo de los dirigentes feudales, su egoísmo y sus caprichos: la bella Yang, que gusta de la fruta tropical llamada lichee, moviliza correos y gasta fortunas para que se la traigan desde el Sur durante todo el año. En general, la obra condena

con violencia los vicios de los altos funcionarios, y destaca la integridad de los campesinos y de la gente del pueblo.

La *Vida de los letrados* fue escrita a mediados del siglo XVIII por Wu King-tseu. El autor pertenecía a la clase dirigente, pero su familia estaba empobrecida y disminuida, y ese hecho permitió a Wu mostrar la decadencia de los mandarines y la podredumbre de la estructura política de su época. En su *Historia de la novela*, Lu Sin afirma que es la primera novela china que constituye una sátira social, y estima que en ese sentido rara vez fue superada. Wu King-tseu pasó su vida en la pobreza, y aún se vio obligado a vender su biblioteca para comer; a menudo desprovisto de recursos, pudo sobrevivir únicamente gracias a la caridad de sus amigos: esta dura experiencia fue la fuente de su realismo. En un momento dado, lo tentó el éxito y procuró obtener un cargo oficial; pero en definitiva eligió la independencia y la miseria, y finalmente sólo manifestó desprecio por el sistema de exámenes de su época. Expresa simpatía hacia las familias de vieja cepa, y estima las virtudes confucianas, pero no debemos ver en ello una tendencia conservadora: las viejas familias databan de la dinastía china de los Ming, al paso que los advenedizos habían hecho carrera bajo los manchúes. Por lo tanto, la actitud del autor es nacionalista y no reaccionaria.

Con respecto a estas dos últimas obras, me pareció que la crítica no distribuía muy exactamente las luces y las sombras. En *El palacio de la eterna juventud*, es evidente la simpatía del autor hacia los dos amantes imperiales: la crítica social conserva un carácter marginal. Ciertamente, *La vida de los letrados* es una sátira: pero formulada con menor claridad de lo que se afirma; la ironía de Wu King-tseu a menudo es ambigua, y hay mucho descuido y gratuidad en los episodios que leí.

Se mantuvieron discusiones apasionadas acerca de la novela *Todos los hombres son hermanos*. Hu Che sólo veía en ella una historia de ladrones: para los comunistas, estos bandidos, son en realidad héroes populares, rebelados contra el orden social. Asimismo, la *Peregrinación hacia el Oeste* no es sólo una serie de aventuras novelescas: en la obra el autor pinta la rebelión de los oprimidos contra la clase dirigente; el hecho llama particularmente la atención en el episodio del "rey de los Monos", que inspiró la célebre ópera titulada *Rebelión en el reino de los cielos*.

El episodio más espectacular de esta actividad de recupera-

ción fue el famoso asunto del *Sueño de la cámara roja*. Esta novela, que tiene cerca de un millón de caracteres, data de fines del siglo XVIII. A través de la historia de una familia pinta la decadencia de la clase de los propietarios burócratas, y profetiza la ruina del orden feudal. Los dos enamorados, que son los héroes principales, se alzan contra el viejo sistema, y su amor se funda precisamente en su esperanza común en un mundo mejor; pero esta esperanza se ve decepcionada y el viejo orden social los aplasta. Este libro era detestado por los mandarines manchúes, que lo juzgaban sedioso. Por esa misma razón, a partir de 1911 gozó de inmensa popularidad. Provocó tantos comentarios, que alrededor de él nació lo que dio a llamarse la "Ciencia roja". Hu Che apreciaba sobre todo el hecho de que estaba escrito en idioma popular; eligió su naturalismo, sin ver en ella una obra crítica ni revolucionaria. En 1923, uno de sus discípulos, el profesor Yu Ping-po, publicó una serie de ensayos acerca del *Sueño*. En 1950, cuando se reeditó la novela, un editor reimprimió los ensayos de Yu Ping-po, y les agregó un prefacio: se advertía al lector que este estudio se limitaba a apreciar el *Sueño* de acuerdo con normas puramente literarias. En efecto, Yu Ping-po no atribuía a la novela ningún sentido social. En su opinión, en tanto que novela de costumbres, el *Sueño* se emparenta por su naturalismo con la famosa novela semipornográfica de la época Ming titulada *King -p'ing-mei*. Por otra parte, Yu le atribuía segundas intenciones taoístas: el tema central del libro sería que "el amor es un sueño vacío"; los acontecimientos servirían exclusivamente para ilustrar dicha tesis: Esta última sobrentiende la perspectiva taoísta de acuerdo con la cual el sueño y la realidad se funden, y todas las aventuras humanas flotan en las brumas del infinito.

La obra de Yu Ping-po tuvo gran éxito: se publicaron seis ediciones, con veinticinco mil ejemplares.[29] Varias revistas, entre otras la *Gaceta literaria*, que en este aspecto es la más importante, publicaron críticas muy elogiosas.

Sin embargo, en 1954, dos jóvenes estudiantes publicaron en una revista mensual editada por la Universidad Chan-tong un duro ataque contra el libro de Yu; la *Gaceta literaria* reprodujo el artículo, pero el crítico oficial del Partido Comunista, Feng Hsueh-

[29] Es una cifra mínima, comparada con otras que cito más adelante; pero en este último se trata de libros muy populares; 25.000 ejemplares es una cifra elevada para un obra tan especializada.

feng, lo precedió con una introducción muy reticente. Los estudiantes enviaron un nuevo artículo a *Patrimonio cultural*, suplemento del Kuang-ming, destruía la interpretación de Yu Ping-po, que según afirmaban estaba inspirada en el idealismo de Hu-Che. En opinión de los autores, a pesar de cierto fatalismo, de cierta tendencia al nihilismo, y a pesar de la adhesión que experimentaba aún con respecto a su propia clase, el autor del *Sueño* produjo una obra profundamente realista; pintó la desintegración de la aristocracia; y predicó, no la evasión mediante el sueño, sino la lucha contra el feudalismo. El amor de los dos héroes posee un auténtico contenido revolucionario.

Este tipo de debates no nos es desconocido; por ejemplo, en Francia la izquierda y la derecha reivindican apasionadamente a Stendhal. Lo singular de este asunto es la importancia social y política que adquirió, y la amplitud de las consecuencias que la disputa provocó.

Quince días después de la publicación del segundo artículo el *Diario del Pueblo*[30] intervino en el debate; era el 23 de octubre de 1954, en vísperas del Congreso literario celebrado por la Asociación de escritores; el periódico aprobó la actitud de los dos estudiantes, y recordó un artículo escrito en 1925 por Yu, en el cual éste declaraba que la literatura no es más que un asunto de gustos. El *Diario del Pueblo* acusaba al profesor de subjetivismo e idealismo. Agregaba que se había abierto públicamente el debate, e invitaba a todos los intelectuales a intervenir en él. Es necesario, concluía, "purificar la investigación literaria de sus ideas subjetivas y burguesas, aprender, a aplicar los puntos de vista, las ideas y los métodos marxistas". El Congreso inaugurado al día siguiente recogió estas tesis. Kuo Mo-jo y los principales críticos coincidieron en condenar el idealismo de Yu. Por su parte, el *Diario del Pueblo* atacó a la *Gaceta literaria*, que había concedido elogios al profesor y mencionado con reservas a sus adversarios. Aprovechó la ocasión para dirigir otros reproches a la revista: publicaba excesivo número de artículos de escritores conocidos, pero que habían conservado una mentalidad burguesa; por el contrario, se rechazaban los ensayos escritos en una perspectiva marxista por los autores jóvenes. El asunto continuó desarrollándose. Chu Uchang, autor de un antiguo libro sobre el *Sueño*, escrito bajo la influencia

[30] Ya he señalado que representaba en Pekín un papel análogo al de la *Pravda* de Moscú.

de Lu Sin, atacó a la *Gaceta*, y otros se le unieron. El 8 de noviembre de 1954 Kuo Mo-jo afirmó en el curso de una entrevista: "El problema va más allá de una crítica a una persona o un libro. Se trata de la lucha ideológica entre el pensamiento marxista y el pensamiento idealista". Feng Hsueh-fen publicó en su revista una autocrítica, en la que hacía justicia a los dos estudiantes. El 23 de noviembre la Asociación condenó nuevamente el libro del profesor Yu, quien en el curso de una reunión reconoció sus errores.

Los estudiantes Li Hsi-fan y Lan Ling, ambos diplomados de la Universidad de Chan-tong, trabajan ahora, uno en la "Investigación literaria", el otro como profesor en una escuela acelerada. Al mismo tiempo que se les dispensaron muchos elogios, se les reprochó haber puesto sobre un pedestal al héroe del *Sueño*, Kia Pao-yu; ciertamente, era un rebelde que rechazaba el orden establecido; pero como provenía de una familia feudal, su rebelión debía ser incompleta: exhibe un carácter negativo y nihilista. Así se iniciaron discusiones apasionadas: se discutió si el *Sueño* anuncia realmente el nacimiento de un capitalismo chino, o si sólo refleja la descomposición de una clase.

Este asunto [31] acarreó consecuencias mucho más amplias, a las que me referiré más adelante. Evidentemente, hay que deplorar el carácter *ex cathedra* de las intervenciones oficiales, su dogmatismo dictatorial y la retractación pública exigida al profesor Yu. Sin embargo, las faltas cometidas en este caso particular no deben inducirnos a ignorar la actitud observada por el régimen con respecto al pasado chino: asume el papel de heredero de su riqueza, y acepta concretamente el hecho de que ese pasado tiene suma importancia para el porvenir de la cultura. Es notable, por ejemplo, que el personaje de Kia Pao-yu sea discutido tan apasionadamente como Julien Sorel en Francia. Es indudable que esta actitud de recuperación determina interpretaciones forzadas; los críticos ceden a la tentación de alterar el sentido de las obras cuya herencia reivindican. Uno de ellos, Sa Fang, recientemente protestó contra lo que denomina "la enfermedad de las citas parciales". Para demostrar que un autor se oponía al feudalismo no basta, afirma, recoger en su obra frases aisladas, es necesario considerar el conjunto. En la alocución pronunciada en mayo de

[31] Es el origen de lo que se ha llamado "el asunto Hu-Fong". Véanse las págs. 379 y sigtes.

1956, Lu Ting-yi señala, al referirse a la relación con la herencia nacional, dos tendencias erróneas: a veces se desechan con negligencia y despreocupadamente obras válidas, la tendencia que prevalece actualmente. Pero a veces también se disimulan bajo un barniz los defectos del patrimonio cultural; es una actitud desprovista de honestidad. Por mi parte, he comprobado un abuso evidente: como en China el matrimonio no era libre, es fácil considerar cualquier historia de amor como una actitud hostil a la antigua sociedad feudal. No importa. Lo esencial es que las antiguas obras maestras sean accesibles a todos. Ni siquiera reprocharé a sus exegetas que atenúen la complejidad de estas producciones. Muchos lectores abordan sin ninguna formación las grandes obras del pasado, y éstas son difíciles y desconcertantes si no se dispone de ninguna clave; es indispensable situarlas y explicarlas. Cuando millones de hombres apenas comienzan a instruirse, el exceso de sutileza sería nefasto. La explicación debe ser simple y unívoca. Es necesario que se comience por adquirir sólidamente algunas bases, para que se desarrolle una cultura que un día permita discutirlas.

Difundir la cultura del pasado no es ciertamente el objetivo principal del régimen: éste desea el nacimiento de una literatura viva, que exprese a la nueva sociedad. ¿En qué medida se ha realizado esta ambición?

Con respecto a los intelectuales de la vieja sociedad, el Partido Comunista ha adoptado el principio de la "responsabilidad total". A todos se les dio empleo adecuado, algunos obtuvieron cargos responsables, se dio trabajo a los desocupados o por lo menos se les prestó auxilio. Por otra parte, se ha formado un número considerable de nuevos intelectuales, y se garantiza a todos los medios necesarios para ganarse la vida. En conjunto, la situación material de los escritores jamás fue tan próspera. La difusión de la cultura ha multiplicado el número de lectores. En Pekín hay muchas librerías; en los parques hay quiocos colmados de libros y revistas; la gente, y sobre todo los jóvenes, hojea este material y a veces lo lee atentamente, de pie, como hacen los estudiantes parisienses en las galerías del Odeón. Hay noventa editoriales, y es habitual realizar ediciones de cincuenta mil ejemplares. La obra de Lieu Cao-ki, *Acerca del partido*, alcanzó la cifra de dos millones y medio de ejemplares. Se vendieron cuatro millones de ejemplares de

la *Historia del Partido Comunista*, escrita por Hu K'iao-mu. Las novelas de Ting Ling y de Tcheu Li-po, ambos recompensados con el Premio Stalin, alcanzaron el medio millón de ejemplares. De acuerdo con el número de caracteres, el precio de un volumen varía entre 1 yen y 1,20 yen: como la parte recibida por el autor varía del 10 al 15 % es evidente que los beneficios pueden ser muy elevados; de ahí que el gobierno a pesar de que no profesa actitudes igualitarias, se proponga ahora limitarlos. Además, si un escritor desea viajar, informarse, o tiene necesidad de disponer de tiempo para estudiar o crear, de cuidados o de descanso en caso de enfermedad, se le conceden muchas facilidades. Es necesario pagar estas ventajas: en China, quien recibe debe dar; el *servicio* exigido al escritor no es una fórmula vana; al aceptar ciertos privilegios, se compromete a responder a las exigencias que se le formularán. Los congresos y las reuniones exigen su presencia; los niños y los campesinos que comienzan a leer necesitan libros accesibles; es necesario instruir y formar a los escritores principiantes: y los más veteranos deben afrontar la tarea. Los escritores tienen que participar de mil modos distintos en esta vasta empresa que es la educación del pueblo chino. En su informe de enero de 1956 Chu En-lai ha señalado que el servicio social que se les exige a menudo es excesivo: y reclama que se reduzca a 1/6 de sus horas de trabajo, es decir, ocho de las cuarenta y ocho horas semanales que deben suministrar los trabajadores de todas las categorías.

Por otra parte, las condiciones de su labor creadora son austeras. Para hablar a las masas, para expresarlas es necesario conocerlas: en China como en Francia, la mayoría de los intelectuales proviene de la burguesía: tienen que pasar temporadas en las fábricas o las aldeas. Es falso que —como lo han insinuado algunos periodistas— se les impongan esas estadas. Ante todo, a nadie se obliga a escribir; y cada uno decide libremente el tema de su próximo libro. Pero es cierto que la "Asociación", en relación con el ministerio de Cultura, lanza llamados: por ejemplo, en este momento se solicitan libros acerca de las cooperativas y la colectivización; nadie está obligado a obedecer a estas consignas; pero en virtud del compromiso implícito mencionado, casi todos los escritores las tienen en cuenta. Y dichas consignas les exigen una experiencia que pueden adquirir únicamente mediante ese trabajo de preparación. La señora Cheng me relató hace poco cómo se

desarrolló a partir de 1949 su propia carrera literaria: su ejemplo muestra con claridad qué parte se deja a la iniciativa de un autor, y en qué medida las presiones exteriores orientan su elección.

La primera obra que publicó, inmediatamente después de la liberación, no se ajustaba a ningún programa: había querido escribir, y eso era todo. Relataba, en forma novelada, su juventud y su formación intelectual, así como la evolución de sus ideas en el curso de la guerra contra los japoneses, y la crisis moral que culminó en su adhesión al comunismo. Una vez terminada esta obra, durante un año enseñó en una universidad, y luego experimentó el deseo de escribir otro libro. Como Ting-ling, y como Tcheu Li-po, había participado activamente en la reforma agraria; se pedía entonces a los escritores que relatasen cómo había ocurrido esa gran transformación, y que aclarasen su sentido; la señora Cheng relató su experiencia, tanto porque le agradaba hacerlo como porque deseaba realizar obra útil. Se le ocurrió entonces la idea de hablar de la condición de las obreras del algodón, y durante algunos meses trabajó en el sindicato de una tejeduría; pero le pareció que los conocimientos que había adquirido representaban una influencia muy superficial; como no se sentía inspirada, renunció a su proyecto. Provenía de los alrededores de Hang-tcheu, donde se cultiva el té, y se le ocurrió que se familiarizaría más fácilmente con la vida campesina; vivió dos años en una aldea, interesándose activamente en las cooperativas y vinculándose con campesinos "individuales"; así, escribió entusiasmada la novela cuyas pruebas en este momento está revisando: *El té primaveral*.

¿Cabe afirmar que estas condiciones de trabajo dejan muy poco lugar para los caprichos de la inspiración? Sin embargo, a menudo nuestros críticos rompieron lanzas en favor de las "obras de circunstancias" del pasado; muchas veces explicaron que la imposición es una de las fuentes de la invención, y que un escrito, un cuadro, un oratorio compuesto "por encargo" no siempre carecen de espontaneidad. En efecto; Ester y Atalía, Bach, o el Tintoreto demuestran de modo bastante cabal que una obra maestra puede nacer a partir de consignas provenientes del exterior. Proponer, aunque sea imperiosamente, ciertos temas a un escritor no implica condenarlo a la mediocridad.

Es más nefasto indicarle a priori la manera de tratar los temas. Pero antes de abordar este problema, me parece necesaria una

aclaración. El señor Guillain deforma la verdad cuando pretende que "la Asociación" ejerce sobre los autores un control tiránico. Cita con indignación el caso de un *joven* escritor a quien la organización aconsejó, después de la lectura de su manuscrito, que hablase menos de agronomía y más de los problemas humanos —consejo que a priori me parece sensato. Como escribir es un oficio que se aprende, la idea de *ayudar* a un autor novicio a mis ojos nada tiene de ridículo. En China hay ahora muchos jóvenes obreros, soldados y campesinos que ansían expresarse, sin disponer de los medios técnicos necesarios: en las fábricas y en el ejército los grupos de escritores se ocupan de instruirlos y dirigirlos. Se ha creado un "Instituto central de literatura", patrocinado por "La Asociación", que facilita a los principiantes la adquisición de la cultura que les falta, y el desarrollo de su talento, si lo tienen. Los jóvenes burgueses de Francia siguen cursos análogos en los liceos y las facultades. ¿Acaso el señor Guillain ignora que en Francia o en Estados Unidos un autor joven puede considerarse muy afortunado si le imprimen su primer libro sin obligarlo a realizar cortes, retoques y refundiciones más o menos justificados? El editor o un lector de la casa le impone estas modificaciones, o en Estados Unidos se ocupa de ello el agente literario. No creo escandaloso que en China estos consejos provengan de escritores profesionales, y no de los traficantes de la literatura.

En cuanto a los escritores profesionales, la Asociación no interviene en su trabajo. No existe censura preventiva. Una vez publicado el libro, si se lo cree contrario a la Constitución y las leyes, se forma un comité judicial provisorio, con la participación de escritores, para decidir si se procederá o no al secuestro; el caso es muy raro. La prueba de que los edictores y los directores de revistas eligen sin control oficial los textos que imprimen, es el escándalo provocado por algunos de estos últimos y la severidad de las censuras formuladas por los críticos. Así, en 1951 se proyecto en los cinematógrafos chinos la historia de Wu Hsin, un personaje célebre del siglo XIX representado por el filme como un héroe revolucionario; los críticos elogiaron mucho al argumentista y al director. De pronto, la *Gaceta Literaria* y un editorial del *Diario del Pueblo* declararon que Wu Hsin había sido en realidad un lacayo del feudalismo; bajo el disfraz del ascetismo, prestaba dinero a los campesinos y les cobraba intereses exhorbitantes; si había creado escuelas, lo hizo para difundir ideas reaccionarias,

y servía con entusiasmo los intereses de los terratenientes. Se formularon entonces acres reproches a los autores del filme, acusándolos de haber falsificado la historia; y se acusó a los intelectuales de haberse convertido en cómplices de esta mistificación. Es evidente que si hubiese existido censura previa, no habría aprobado este filme, ni los numerosos artículos que lo elogiaron. Asimismo, el episodio de la *Cámara roja* no habría ocurrido si una organización de censura hubiese prohibido el ensayo de Yu Ping-po.

En suma, es muy evidente que en la China actual todos pueden publicar lo que se les antoje. Las críticas originadas en los periódicos del Partido Comunista, la Asociación de Escritores y el ministro de Cultura, las grandes revistas y publicaciones tienen tal gravitación que los editores procuran no provocarlas. También el autor les teme, de modo que ejerce sobre su obra una autocensura seria: procura mantenerse "en la línea". La primera característica que impresiona al lector occidental cuando aborda la literatura china moderna es su conformismo.

Es fácil condenar este conformismo; pero no debe olvidarse que en China la situación es radicalmente distinta de la que prevalece en Francia, y ello por una razón que para los franceses no constituye motivo de orgullo; en Francia hay dos literaturas: la que interesa a Jean Paulhan y la que alimenta a millones de franceses, que incluye variadas formas, desde *Confidences*, a las tiras cómicas de *France-Soir*, pasando por la serie negra y los *Carnets du Major Thompson*. Una atiende a la calidad, y la otra se satisface con los resultados cuantitativos; es evidente que los escritores que trabajan en la rama "pública" han renunciado a toda libertad: obedecen a los directores de revistas y aplican las recetas que, según creen, les garantizan el éxito; en cuanto a los lectores que consumen estos productos, no obtienen de ellos ningún beneficio intelectual; por el contrario: lo único que se desea es embrutecerlos. China considera escandalosa esta división de trabajo. El problema que afronta es la creación de una literatura popular que posea valor cultural. Por lo tanto, no puede compararse esta tarea con la de los escritores burgueses, y sería absurdo juzgarla de acuerdo con nuestros criterios occidentales. Es evidente que no propicia la aparición de un Proust o de un Kafka. Pero por otra parte, *El Huracán* de Tcheu Li-po, que ha alcanzado los quinientos mil ejemplares, es definidamente superior no sólo a Max du Veuzit, a la serie de *Caroline* y a otras novelas de modistillas, sino

también a los *best sellers* burgueses como *Jalna* o *Los hombres de blanco*.

Lo que he dicho a propósito de la prensa vale también para la literatura: como se trata de instruir a las masas iletradas, es necesario cierto dirigismo. Simone Weil, de quien no puede sospecharse que aliente simpatías hacia los regímenes autoritarios, reclamaba que se llevase ante los tribunales a los autores que mienten al público; entendía con razón que una mistificación intelectual es tan grave como la falsificación de un remedio o la construcción defectuosa de un puente. Aún en una sociedad relativamente cultivada como la nuestra, la gente tiene un excesivo respeto por la letra impresa: la considera a priori como vehículo de la verdad. El chino que despierta a la cultura, para quien el mero hecho de descifrar un texto representa algo que participa del milagro, cree que la palabra escrita es la verdad lisa y llana: es tan incapaz de percibir el error como de ver el microbio del cólera en un agua de apariencia límpida: al régimen le corresponde suministrarle un alimento sano. Cuando se dirige a un público avisado, el papel del escritor es revelarle la ambigüedad del mundo, criticarlo y oponerse; pero es necesario que el lector esté al nivel de la crítica y la refutación, pues de lo contrario la ambigüedad se convierte en confusión. Las personas extraviadas en la ignorancia, sobre las cuales pesan aún supersticiones y prejuicios, necesitan ante todo que se les suministren bases, es decir, que se les ofrezca una imagen clara del mundo; en esta etapa la claridad va de la mano con la sencillez; la complejidad vendrá después.

La sencillez no excluye la verdad: la tarea del artista podría ser conciliarlas. Lamentablemente, se han injertado en las directivas impartidas por Mao Tse-tung reglas poco compatibles con la sinceridad literaria. Tchu Yang declara sensatamente que "el escritor necesita libertad en la elección de tema y el modo de tratarlo"; pero agrega: "el escritor debe describir héroes, y no mencionar los aspectos que no son heroicos". Esta actitud implica instaurar un nuevo academicismo. Admito que en una sociedad que tiende todas sus fuerzas hacia el porvenir, en la que está creándose un nuevo tipo de hombre, la literatura debe manifestar esta marcha hacia adelante, y representar "héroes positivos"; pero es lamentable que, al negarles su contingencia y su verdad, se los reemplace por clisés. La señora Cheng me ha relatado que su novela autobiográfica había sido acogida fríamente por la crítica,

porque se reprochaba a la heroína una evolución muy vacilante: se reclamaba una conversión más brutal; el libro no fue reeditado; sin embargo, algunos lectores escribieron a los periódicos para protestar contra esta severidad; en 1953 el congreso de escritores asumió la defensa del libro, y entonces éste fue reimpreso. En 1952 la *Gaceta Literaria* informó las famosas discusiones soviéticas acerca de "la ausencia de conflictos", y Mao Tuen recordó a los escritores la necesidad de basar sus libros en la contradicción, y de estudiar ésta en profundidad; muchos se contentan rozando la superficie: "Como consecuencia de ello, bajo la pluma de estos escritores los fenómenos sociales ricos y complejos se convierten en cosas simples desprovistas de ambigüedad. Aparecen como entes desecados y reducidos a fórmulas". Este autor señala que sobre todo "los héroes carecen de personalidad, son esqueletos incapaces de aportar un testimonio ideológico. Se convierten en ídolos, los mismos ídolos que Marx criticó. («Los retratos deificados y rafaélicos de este tipo carecen de verdad descriptiva»). Los héroes de nuestras novelas no tienen vida, ni vitalidad, son muñecos tristes y aburridos". Lamentablemente, después de estas críticas pertinentes, llega a la conclusión, de modo desconcertante, que para conferirles realidad sería necesario atribuirles aún mayor heroísmo. "Debemos exigir que nuestros escritores concentren todos sus esfuerzos en el problema de los personajes, y particularmente en el problema de la creación de personajes positivos... Deberían ofrecernos una imagen más poderosa, más sintética, más típica, más ideal, más dinámica que la que vemos en la vida real". Este carácter total e ideal del héroe positivo es el obstáculo más molesto en toda la literatura china contemporánea. Mao Tuen comprueba con acritud que "el nivel artístico e ideológico de nuestras obras no es bastante elevado". Pero la primera condición para que mejorase sería —como lo indica en otros textos— afrontar la realidad, aunque sea la de un héroe, en su complejidad y su ambigüedad. Es el consejo que ofrece con respecto a las situaciones consideradas: es necesario no simplificarlas; pero no lo extiende a los personajes, y de hecho resulta que la literatura actual continúa siendo demasiado edificante como para suscitar convicción artística o ideológica.

Muchas novelas y relatos que leí me instruyeron; poseen indudable valor documental; si los conflictos se mantienen en un nivel superficial, por lo menos se llama la atención sobre ellos.

Se describen los conflictos entre las generaciones a propósito del matrimonio libre, la religión, el trabajo de la mujer, los nuevos métodos agrícolas; entre un marido imbuido todavía de ideas "feudales" y su mujer progresista; el conflicto que afronta una joven campesina entre su sed de instrucción y las tareas que la reclaman en la aldea; el conflicto en la fábrica entre un director obsesionado por "el plan" y los obreros agobiados de fatiga; entre un jefe de taller que sólo se ocupa de la cantidad y el encargado del control que, como atiende a la calidad, rechaza implacablemente las piezas defectuosas. Sobre todo, estos temas son más interesantes que los que la literatura burguesa trata lánguidamente. Pero el exceso de optimismo desfigura estos relatos. Una característica me llamó la atención: en la mayoría de las novelas, la primera parte, crítica y negativa, es muy superior a la segunda, que ofrece un desenlace positivo. En *El sol brilla sobre el río San kan*, de Ting Ling, en *El Huracán* de Tcheu Li-po, se comienza con la descripción de una aldea en el momento en que se inicia la reforma agraria; se describe a los habitantes como son, al mismo tiempo condicionados y libres, arraigados en el pasado, tímidamente vueltos hacia el porvenir: hay malvados y buenos, pero también vacilantes, engañados, hombres de buena voluntad pero atrasados, otros lúcidos pero temerosos; se debaten en medio de contradicciones originadas en las circunstancias y en ellos mismos. Es posible creer en su existencia y en sus dramas. De pronto aparece un "héroe positivo", un cuadro del partido, que resuelve todas las dificultades con desconcertante soltura. Asimismo, *La fuerza motriz* de Tsao Ming nos muestra a obreros del Noreste que procuran reparar una central eléctrica saboteada por los japoneses y el Kuomintang. Otorgan su confianza a gente que habla bien pero no la merece, cometen muchas tonterías y están al borde del desastre: sus errores nos interesan. Aparece un cuadro comunista, que en un abrir y cerrar de ojos lo arregla todo. En *Las llanuras de fuego*, nos absorbe la historia de las primeras guerrillas antijaponesas: los ensayos de los jefes, los errores de algunos soldados, sus progresos y retrocesos concitan la atención; pero hacia el final de la obra, nos hundimos en el heroísmo integral.

Expresé mis críticas a los escritores que conocí, y al propio Mao Tuen: todos coincidieron en considerarlas fundadas. Dijeron con modestia que su literatura apenas está en el comienzo, y que se necesitará tiempo para que produzca obras realmente satisfacto-

rias. Sin embargo, no contemplaban la posibilidad de modificar sus principios. Seguramente piensan que el público aún no está bastante maduro para correr el riesgo de ofrecerle relatos más matizados.

O quizás advertían que la dificultad es aún más grave, y que no es posible superarla antes de que pasen algunos años. La diferencia entre el naturalismo y el realismo socialista es que, en principio, la primera de estas escuelas describe el mundo como un espectáculo fijo, mientras que la segunda lo considera en su dinamismo. Pero, ¿un autor puede reflejar el movimiento de la vida si no se identifica con él? Aunque viva varios meses entre obreros y campesinos, no se convierte en uno de ellos: no es verdad que sea posible identificarse desde afuera con otro; una condición se comparte totalmente o no se la comparte. Escribir no es registrar un conocimiento, sino prolongar una experiencia. Sin discutir aquí el espinoso problema de la subjetividad, puede afirmarse que el sistema de los períodos de convivencia es insuficiente desde el punto de vista práctico para salvar la distancia que separa al escritor de la masa. Ting Ling ha discutido el problema en un interesante artículo titulado *Vida y creación*.[32] Este trabajo reseña en primer lugar los comentarios de ciertos escritores: "Según me dijeron, Tolstoi, Chejov y Tsao Sive-k'in[33] produjeron obras maestras en parte porque eran genios, en parte porque tenían la ventaja de describir a los individuos entre los cuales vivían... ¿De quién habla el escritor moderno? preguntaron estos camaradas. De los obreros, los campesinos, los soldados, héroes y heroínas que están tan lejos de él que es necesario ir a vivir en su medio para verlos y oírlos hablar. Busca los modelos cuando comienza a escribir. Durante su breve estada entre ellos, puede llegar a conocer el rostro de estos seres, pero superficialmente. Alrededor de él sólo hay intelectuales de origen pequeño burgués..." Ting Ling reconoce que tales condiciones de trabajo son negativas: en *Las llanuras de fuego*, el autor, que participó diez años en las guerrillas antijaponesas, relata una experiencia verdaderamente suya: por eso su novela es buena. De Corea, donde sólo estuvo un año, trajo cuentos de calidad inferior. En definitiva, extrae la conclusión de que es necesario asistir a la es-

[32] Aparecido en *Literatura China*, 1954, Nº 3.
[33] Autor del *Sueño de la Cámara Roja*.

cuela de la vida, comprometiéndose profundamente en la empresa socialista, sin contentarse con experiencias que siempre serán exteriores. "No es posible adquirir experiencia en la vida si no nos zambullimos en ella y participamos en sus luchas". Interesarse en un problema por la simple razón de que se quiere escribir, reunir materiales después de haber elegido arbitrariamente un tema, es un procedimiento lamentable: es necesario vivir realmente en la masa, compartir íntimamente su existencia, es necesario que mi presente y mi porvenir se confundan con los suyos. Ting Ling ha comprendido que es necesario que una experiencia sea *mía* para que pueda válidamente intentar su comunicación a otros. Por su parte, comprometida desde hace mucho tiempo atrás en la lucha revolucionaria —su marido fue fusilado por el Kuomintang— encarcelada, activista del Partido en Yenan, y luego participante en la reforma agraria, se ha sumergido realmente en la vida del pueblo. Pero no nos dice de qué modo los escritores actuales podrían imitarla prácticamente. Los tiempos han cambiado. La única actividad auténtica que se ofrece al intelectual es precisamente escribir: realizar experiencias más prolongadas en los medios populares, compartir el trabajo de los obreros y los campesinos, será siempre un modo de *informarse* y no de *vivir*. Los consejos ofrecidos por Ting Ling, teóricamente sensatos, son muy vagos en el terreno práctico. Mao Tuen había desarrollado las mismas ideas: "Es absolutamente necesario que el escritor se sumerja por completo en la lucha, que no sea mero espectador". Pero la solución que propone —pasar temporadas en los medios populares, y esclarecer mediante una vigorosa cultura marxista-leninista, animar con un auténtico entusiasmo revolucionario los conocimientos extraídos de estas experiencias— no parece precisa ni suficiente. Tenemos derecho de pensar que, mientras se limiten a "ir hacia las masas", los escritores continuarán siendo impotentes para expresarlas; lo que se necesitaría es que "provengan de las masas". Hay jóvenes autores que, como ya he dicho, salen de las capas populares; pero salvo raras excepciones, aún no son verdaderos escritores; como carecen de seguridad y de tradición, y apenas dominan el lenguaje, experimentan ante la hoja en blanco ese vértigo que se apodera habitualmente de la gente inculta: son los primeros que se someten a las convenciones y los clisés. Se advierte un divorcio, sin duda inevitable en el momento actual, entre materia y forma: los veteranos poseen el instrumento, pero

no la experiencia viva que pretenden reflejar: los jóvenes, en quienes se encarna el movimiento de la historia, carecen de técnica y de conocimientos. La literatura china tendrá ciertas posibilidades cuando se haya realizado una reconciliación; llegará el día en que la cultura será cosa familiar para los obreros y los campesinos; el lenguaje ya no los intimidará; en ese momento podrán hablar por sí mismos con franqueza. Mientras tanto, la literatura no puede ser más que preliteratura; es lo que anticipaba Mao Tse-tung cuando decía en Yenan que no sería posible elevar la cultura sino después de haberla difundido de manera universal.

Una vez formuladas estas salvedades, se necesita mucha mala fe para condenar el esfuerzo cultural chino con el pretexto de que el artista no goza en ese país de la misma libertad que tiene en Occidente: nuestro seudoliberalismo implica una actitud de menosprecio hacia la masa, entregada a cierto número de aprovechadores especializados en el trabajo de la pluma. Es notable que la gran mayoría de los intelectuales haya adherido al régimen, y muchos de ellos de manera muy activa. Algunos huyeron a Formosa, Hong-Kong o Estados Unidos: pero el número de los que adoptaron esta actitud es reducido. Algunos de los que permanecieron en China, de los cuales el régimen se ha ocupado, a menudo tenían tras de sí lo que Chu En-lai denomina "un pasado complicado"; otros habían sido francamente anticomunistas. Sin embargo, en su informe de enero de 1956 Chu En-lai calcula que hoy el 40 % está formado por progresistas que defienden enérgicamente el socialismo, el 40 % corresponde a los simpatizantes que cumplen correctamente sus tareas, aunque manifiesten cierta indiferencia política; una proporción ligeramente superior al 10 % está formada por retrógrados y un reducido número de elementos decididamente contrarrevolucionarios. Observo que entre los "progresistas" están incluidos los más grandes escritores de la época. Según confesión de los propios misioneros de Shanghai y de otros sinólogos desprovistos absolutamente de simpatía hacia el marxismo, los hombres más célebres de la literatura china eran hacia 1940 Kuo Mo-jo, Mao Tuen, Pa Kin, Lao Che, Ts'ao Yu, Ting Ling: todos pertenecen hoy a la Asociación de escritores. Ni Pa Kin, ni Lao Che, ni Ts'ao Yu eran comunistas; los dos últimos estuvieron en Estados Unidos el año 1946; habrían podido quedarse allí; Pa Kin hubiera podido salir de China. En realidad, ni siquiera se suscitó el problema, adhirieron

sin vacilaciones al régimen, y pusieron su pluma al servicio de los comunistas. Los contrarrevolucionarios que se asombran de esa actitud, y que buscan en su conducta esas claves psicológicas tan apreciadas por los relatores de *Preuves*, demuestran que nada comprenden de la situación. Ante todo, esa "libertad del escritor que según afirma el intelectual de Occidente es un valor eterno, jamás existió en China. Perseguidos por los manchúes y por Chiang Kai-shek, encarcelados, exiliados, fusilados, decapitados y enterrados vivos, los escritores consideran desde hace tiempo a la literatura como una forma de lucha, y además peligrosa. Cuando no se los perseguía, sufrían al sentirse ineficaces. "Antes estábamos solos, nuestra voz no despertaba eco, o en todo caso no lo oíamos", me dicen todos. "Ahora sabemos para quiénes escribimos: nos escriben, nos critican, nos aprueban, y entre el público y nosotros hay diálogo. Todo esto representa un inmenso aliento". Si es cierto que, cómo ya señalé, el contacto con el público inclina al conformismo, en todo caso no por ello es menos estimulante. Hoy el escritor cuenta, él lo sabe y esto lo hace feliz. Hemos visto que ya en 1936, cuando el problema no era el socialismo sino la lucha nacional, todos los escritores —aún los más frívolos— habían aceptado inmediatamente la idea de "comprometerse". El comunismo no los indujo a abdicar de su autonomía, ni siquiera parcialmente. La voluntad de actuar siempre arraigó en el corazón de estos hombres, y jamás cometieron el error de confundir libertad con gratuidad. Ayudaron a combatir al Japón; ahora, ayudan a construir el socialismo; en un caso como en el otro se proponen cumplir de ese modo la auténtica misión del escritor.

No ignoro que a veces desearían poder conciliarla con preocupaciones de carácter más puramente estético. Al hablar de una de sus piezas, Lao Che escribía en 1954 en *People's China* que era afortunado que hubiese tenido éxito, y contribuido a difundir la idea del matrimonio libre, pero que no la consideraba una obra de arte. Pa Kin confiesa que le parece difícil pintar héroes en el estilo impuesto. Mao Tuen desearía obtener momentos libres para escribir: sus funciones de ministro de Cultura lo absorben. Sin duda, tiene conciencia de los defectos de la actual literatura china, pero como todos los chinos confía en el porvenir.

En realidad, el cambio de línea sobrevenido en la primavera de 1956 autoriza muchas esperanzas. Lu Tin-yi abre a la literatura, así como a la ideología, los caminos de la libertad. Es necesario

que rivalicen muchas escuelas: el realismo socialista no es ya la única estética admitida. "Creemos que representa el mejor método de creación, pero no el único. Si se pone al servicio de los obreros, los campesinos y los soldados, el escritor puede adoptar el método que le parezca más conveniente". Puede describirse la nueva sociedad y los personajes positivos, pero también la sociedad antigua y personajes negativos. Nada impide la inclusión de seres irreales, por ejemplo los genios que pueblan los paraísos, o los animales que hablan. Los asuntos tratados deben exhibir la mayor variedad posible. En cuanto a los problemas propiamente estéticos, se permiten todas las opiniones, y es necesario que los literatos las discutan libremente.

En la tercera sesión del Congreso nacional popular, por su parte Mao Tuen comentó extensamente la consigna: "Que florezcan al mismo tiempo todas las flores". "Es necesario, dijo, que las diferentes escuelas compitan libremente... Al mismo tiempo que alentamos el realismo socialista, creemos que el escritor debe ser libre de optar el método de creación que mejor le convenga... Con respecto a las teorías literarias, todavía hay muchos problemas que no están resueltos... Es necesario discutirlos francamente, sin buscar una falsa unanimidad, sin apresurarnos a extraer conclusiones". Mao Tuen reclama una crítica menos simplista y menos sectaria: en lugar de citar a Marx a tontas o a locas, en lugar de aplicar rótulos arbitrarios a los escritores, los críticos deben analizar concretamente las obras que comentan. En cuanto a los escritores, se limitan a un número excesivamente reducido de temas; todos tratan los mismos asuntos, los enfocan desde el mismo ángulo, y de ese modo la literatura china adquiere una lamentable uniformidad. En verdad, "todos los aspectos de las realidades de la vida pueden ser fuente de inspiración para el arte". En lugar de que los novelistas se imiten unos a otros, en adelante es necesario crear un clima en el que "todo el mundo experimente la necesidar de ser original".

A mi juicio implicaría exceso de optimismo suponer que bastan estas nuevas directivas para que de la noche a la mañana la literatura china produzca obras de arte. Perdura la consigna de la eficacia inmediata, y es indudable que perjudica la riqueza y la sinceridad de la obra. Paradójicamente, el factor que empobrece la literatura china contemporánea es la importancia misma de su función. Ya lo he señalado: como no es posible transformar ahora

mismo las técnicas, se apela a las superestructuras para modificar las infraestructuras. Por eso mismo, la literatura poseería una dimensión económica. En 1955 la consigna: "¡Los escritores al campo!" movilizó a estos últimos en la campaña de la colectivización. La mecanización de la agricultura habría quitado utilidad a la propaganda verbal: en cambio, la literatura debió atenuar la penuria de los tractores. El papel práctico que representa es infinitamente mayor que en cualquier otro país: pero en definitiva se encuentra subordinada a fines que nada tienen de culturales.

Precisamente por eso podemos prever que le espera un futuro mejor: una vez sobrepasado este nivel de escasez y de urgencia de la economía china, la literatura alcanzará su liberación concreta, en el mismo sentido en que se habla de una liberación de la energía atómica. Liberada de la necesidad de asegurar la cohesión de la sociedad, podrá reflejarla y oponérsele; dejará de ser un "servicio", y se fijaran objetivos más vastos y menos inmediatos: por ejemplo, conocer la verdad del hombre.

En todo caso, puede afirmarse que el clima intelectual de China ha cambiado. Los dirigentes afirman ahora que la unión de los intelectuales debe fundarse, no en la obediencia mecánica, sino en el libre consentimiento: "El Partido Comunista debe proteger la libertad de pensamiento en los dominios de la literatura, las artes y la investigación científica. Debe garantizar la libertad de discusión y permitir que cada uno conserve o reserve su opinión". Lu Ting-yi señala que las diferentes opiniones deben enfrentarse con absoluta independencia, y que es necesario que las órdenes administrativas no vengan a resolver las diferencias; la minoría tiene derecho de mantener su posición personal, y no está obligada a inclinarse ante la mayoría. La crítica no debe ser lo que tan a menudo fue otrora: un ataque que se propone aniquilar al adversario, sino un comentario benévolo que procura dilucidar lo que puede haber de positivo en el error mismo. El intelectual criticado responderá, si lo juzga oportuno, mediante una crítica de sentido contrario. Aunque se demuestre que hubo error —es el caso sobre todo en el dominio científico— quien lo cometió de ningún modo está obligado a autocriticarse por escrito o públicamente. En general, estos principios parecen dirigidos sobre todo contra los abusos de lo que es ejemplo el caso de la *Cámara roja*. Transformar el error en falta humillante implica alentar el estancamiento cultural; en adelante, el intelectual no se atreverá a co-

rrer riesgos, pues se impondrá una autocensura paralizadora. La "Alocución" pronunciada por Lu Ting-yi se propone disipar este terror, negando a los intelectuales comunistas cualquier forma de superioridad sobre los que no pertenecen al Partido, e instaurando en la nueva intelectualidad un clima de confianza y de amistad.

LA REFORMA DE LA ESCRITURA

El problema del idioma es la clave de todas las literaturas; y este hecho es muy evidente en el caso de China. Los burócratas imperiales monopolizaron la cultura feudal mediante la fijación del lenguaje bajo la forma del ku-wen. El ascenso de la burguesía determinó inmediatamente una revolución lingüística: en adelante, se escribió en pai-hua. En su esfuerzo por adquirir carácter popular, la cultura exige una nueva reforma: la de los signos utilizados. Los promotores de una literatura proletaria la reclamaron a partir de 1919. El régimen actual está decidido a realizarla.

Los dirigentes afirman que es imposible difundir la cultura si la lectura y la escritura continúan siendo operaciones tan complicadas como es el caso hoy. Los niños de las escuelas necesitan doce años para aprender estos rudimentos: aunque adquieran simultáneamente otros conocimientos, es demasiado; a causa de este abstáculo sus estudios son más lentos que en el caso de los escolares de otros países. Los analfabetos necesitan varios años nada más que para aprender los caracteres más corrientes. Los estudiantes se ven estorbados constantemente por los inconvenientes que la escritura tradicional suscita: de ese modo se retrasa el estudio de las ciencias y las técnicas. Los lectores de obras difíciles tropiezan a menudo con caracteres que no saben pronunciar y cuyo sentido ignoran; o conocen oralmente palabras cuyas formas escritas ignoran. La transcripción de los nombres extranjeros suscita problemas insolubles: por ejemplo, el nombre de Dostoievski puede escribirse de seis modos. Lo que es más grave, se ignora cómo transcribir los términos científicos tomados de los idiomas extranjeros, y es muy difícil formar las palabras nuevas exigidas por el desarrollo de las técnicas. Es imposible enviar directamente un telegrama en chino; es necesario recurrir a las lenguas occidentales, o redactarlo en cifra: cada número de cuatro cifras representa determinado carácter; la lectura es un proceso largo, y

a menudo se cometen errores. En cuanto a las máquinas de escribir, son tan complejas que apenas permiten desarrollar más velocidad que con la mano. Por todas estas razones, el gobierno ha adoptado definitivamente la decisión de reformar la escritura; continúa discutiéndose cuáles serán los medios utilizados; pero se ha cerrado el debate acerca del fondo del asunto; todos los diarios y los organismos oficiales apoyan el proyecto.

La fonetización del chino es una empresa compleja que exigirá años. Mientras tanto, se ha decidido apelar a una medida provisoria: simplificar los caracteres. Es uno de los trabajos iniciados por el "Comité de investigación para la reforma de la ortografía", creado en 1952, y que publica mensualmente un periódico: *Lenguaje y literatura*.

El problema no es de hoy. Cuando el uso del pincel sucedió al del estilete, los caracteres se embellecieron y al mismo tiempo se complicaron. Bajo los Suei y los T'ang los burócratas imperiales y sobre todo los escribientes de los tribunales los reemplazaron por signos más rudimentarios; los dos sistemas coexistieron, uno reservado para los trabajos impresos, y el otro utilizado en la escritura cursiva. La nueva simplificación introducida ahora por el régimen se realiza de dos modos: se reduce el número de rasgos que forman los caracteres más complejos; y disminuye el número de los propios caracteres. En enero de 1955 el Comité comunicó el plan detallado de este proyecto; se lo discutió en todo el país, y a partir del mes de marzo los periódicos y las revistas comenzaron a utilizar con carácter experimental 141 de las simplificaciones indicadas por el plan. Muy pronto se trazó un nuevo programa. De un total de 7.000 caracteres básicos, se comenzó por eliminar 1.093, duplicados por otros más simples. Se redujo el número de elementos a 519 caracteres y 54 raíces. La transformación de las 54 raíces determina a su vez la simplificación de todos los caracteres en los que intervienen: la cifra se eleva a más de 1.700. El trabajo que así se ha esbozado proseguirá.

Otro cambio, vinculado con éste, es que cierto número de periódicos, entre otros el cotidiano *Kuang-ming*, han adoptado una tipografía horizontal: ya no se lee verticalmente el texto, sino de izquierda a derecha, como en Occidente; como los chinos escriben las cifras de izquierda a derecha, esta disposición es mucho

más racional para las obras científicas. Se proyecta universalizarla.[34]

En opinión de los reaccionarios de Hong-Kong estas simplificaciones son "ligeramente vulgares". Sin duda, facilitan la lectura y la escritura. El verdadero inconveniente de esta reforma es que el estudio de los caracteres simplificados representa una tarea suplementaria para los que ya sabían leer; inversamente, los que aprenden la nueva forma de los caracteres no pueden descifrar un texto impreso hace algunos años. El resultado es la necesidad de asimilar dos sistemas: mucha gente se pregunta si la adopción de esta medida transitoria no ha contribuido a embrollar aún más las cosas.

De todos modos, ese método no sería suficiente. El objetivo perseguido ahora es la fonetización. Tampoco en este aspecto se trata de una perspectiva nueva. A partir del siglo III d.C., algunos letrados comprendieron la utilidad de una transcripción fonética de la lengua. Para indicar la pronunciación de un carácter, se ideó descomponerlo en dos caracteres conocidos, uno de los cuales contenía el sonido correspondiente a la consonante, y el otro el sonido de la vocal.[35] Es el sistema denominado Fan-ts'ie (contar-reunir). Por ejemplo, para expresar el sonido Kan se lo designa con los caracteres K (uo) y (h) an. Se ideó el procedimiento hacia el año 270 d.C., quizá bajo la influencia del sánscrito Un gran diccionario publicado bajo la dinastía Suei, en 1601, utilizaba este método que se aplicó hasta nuestros días en la mayoría de los diccionarios clásicos. Entretanto, ha sido necesario rectificar el sistema para que expresara adecuadamente la pronunciación usada bajo los Song: se perpetuó el sistema de 1067. Por otra parte, a fines de la época T'ang un monje budista eligió en la escritura llamada tribunalicia treinta y seis letras que debían servir como guía fonética. Los verdaderos precursores de la fonetización fueron los padres jesuitas Ricci y Trigault, que mandaron editar biblias en chino romanizado: pero estaban destinadas a los extranjeros que hablaban el chino sin leerlo.

Como los japoneses consiguieron fonetizar su escritura hacia el año 1900, un lingüista chino se propuso imitarlos; creó un alfabeto

[34] A partir del 1º de enero de 1956 todos los diarios de Pekín la han adoptado.

[35] Como cada carácter corresponde a un monosílabo, basta indicar una consonante y una vocal.

análogo al japonés, basándose en el dialecto hablado en el Norte de China, y a partir de éste se ideó otro, correspondiente al dialecto del Sur; pero esta tentativa no dio resultado. Por su parte un jesuita, el padre Lamasse, propuso un proyecto de "romanización interdialectal", que permitía transcribir fonéticamente una serie de dialectos, pero que era sumamente complicado. El gobierno se interesó en sus investigaciones. En 1913, por iniciativa del gran maestro de la Universidad de Pekín T'sai Yuanp'ei, se preparó un "alfabeto fonético nacional", y se publicó oficialmente en 1920 un "Diccionario de fonología nacional", en el que los signos fonéticos se combinaban con el alfabeto romano. En 1930 el gobierno nacionalista decidió que los signos del "alfabeto fonético nacional" serían incluidos en adelante en los libros de clase, al lado del texto tradicional, para facilitar la lectura; pero jamás se fabricaron los nuevos tipos indispensables para imprimirlos.

El problema interesaba muy especialmente a los escritores revolucionarios. Lu Sin escribía: "Sólo podemos seguir el camino de la romanización de los caracteres, problema inseparable de la literatura popular. Creo que la realización actual no será muy difícil". En la recopilación titulada *Literatura esclarecida*, describe: "Si continuamos utilizando los caracteres chinos, despilfarraremos no sólo la sustancia cerebral, sino también el tiempo, la tinta y el papel... Si queremos continuar viviendo, ruego a los caracteres chinos que se sacrifiquen... Ahora, no queda otro camino que la romanización... Sin duda, los caracteres constituyen un precioso legado de nuestros antepasados. Pero ¿qué es mejor: sacrificarnos a los caracteres, o sacrificarlos a nosotros? Quien no esté loco que me responda... Si los chinos quieren sobrevivir, que comiencen por rechazar ese núcleo que obstruye su intelecto: los caracteres". En sus *Miscelaneas* insiste: "Si se quiere elevar el nivel de la cultura china, es necesario preconizar la lengua popular, la literatura popular cuya escritura será un alfabeto romanizado".

En 1919 algunos intelectuales chinos se reunieron con intelectuales soviéticos para estudiar el problema; de esa colaboración nació en 1927 un alfabeto latino que debía aplicarse a varios dialectos. En Shanghai se creó en 1934 una "Sociedad de estudios para la romanización", destinada a profundizar este proyecto; y en 1936 se inauguró una imprenta que editaba libros en "latinxua" o "romanización soviética". Esta escritura fue la que a partir

de 1937 los comunistas enseñaron con cierto éxito en los campos de refugiados; fue utilizada sobre todo para redactar volantes y textos de propaganda. Pero cuando se trata de redactar obras complicadas, es absolutamente insuficiente.

Después de la liberación, los comunistas buscaron nuevamente un método de romanización. Afrontaban un problema teórico: se preguntaron si la empresa en cuestión no contradecía la teoría staliniana del idioma, que lo define, no como una superestructura, o un producto de clase, sino como expresión directa del pueblo; llegaron a la conclusión de que el chino hablado emana del pueblo: pero en China el idioma escrito fue monopolizado por la clase dirigente, que lo convirtió en uno de sus privilegios y lo utilizó contra el pueblo, mantenido en la ignorancia. En ese sentido, Mao Tse-tung declaró en 1951: "Debe reformarse la escritura, para que adquiera carácter fonético, como todas las lenguas escritas del mundo". En este espíritu se organizó en 1949 en Pekín la "Asociación para la reforma de la escritura china", presidida por Wu Yu-tchang, quien también ocupa el cargo de presidente de la Universidad popular.

A menudo se objeta a esta tentativa que el chino es una lengua monosilábica, y que ni siquiera utiliza toda la gama de las consonantes, las vocales y los diptongos —por ejemplo la *r* no existe—; de todas las combinaciones posibles sólo se practica el 58 %; de modo que el número de fonemas está reducido a 412; es posible modificarlos modulando sobre cuatro tonos, de modo que se obtienen alrededor de 1.280 sonidos diferentes; de todo ello resulta inevitablemente que un mismo sonido tiene diversos sentidos, y corresponde a una pluralidad de caracteres. Un texto escrito con perfecta claridad sería equívoco en la audición, a causa de la multiplicidad de homónimos.

Pero un lingüista chino ha escrito recientemente un artículo donde sostiene que el chino hablado no es monosilábico, y algunos sinólogos franceses especializados en lingüística me lo han confirmado. Los fonemas originales rara vez aparecen solos; sus combinaciones forman las palabras. Así, el término *tche* significa más de cuarenta cosas, y corresponde por lo tanto a más de cuarenta caracteres; se pronuncia de cuatro modos distintos; la primera entonación corresponde a nueve sentidos: pero entre estos homónimos, sólo dos son utilizados aisladamente; los demás entran en combinaciones que permiten comprenderlos sin ambigüedad;

de los dieciséis fonemas que tienen en común la cuarta entonación, sólo uno se utiliza aisladamente. La pedantería de los mandarines difundió la idea de un chino monosilábico; como eran los únicos que sabían escribir, quisieron ver en la escritura la verdad de la lengua, y hacer del carácter la sustancia real de la palabra; de acuerdo con esta posición, el discurso hablado sería una suerte de transcripción inadecuada del lenguaje escrito. Pero descubrimos la verdad de una lengua en la boca del pueblo que lo habla; si hay discrepancia, el error está en la transposición escrita. Primero fue el chino hablado, y nada permite suponer que originariamente haya sido monosilábico. Cuando se inventaron los caracteres, se estableció la correspondencia entre cada uno de ellos y un fonema monosilábico, componiendo a partir de estos signos palabras cuyos carácter sólo representaba un sonido: pero éstos existían sintéticamente antes de que un análisis, a la vez ideológico y fonético, los fijase bajo la forma de una pluralidad de elementos. La fonetización parte evidentemente, uno de los caracteres, sino del discurso hablado, y de ningún modo es imposible.

Una dificultad mucho más real consiste en que, si bien la escritura es idéntica en toda China, los idiomas hablados varían del Sur al Norte. En tiempos del padre Ricci, los cantoneses comprendían la lengua del Norte; pero bajo los emperadores manchúes, y como protesta contra los usurpadores, el empleo del "mandarín" —dialecto de Pekín— ha declinado en el Sur. Cobró nuevo impulso bajo la República: sin embargo, todavía hay escuelas del Sur que no utilizan el mandarín; y el lenguaje popular es muy distinto del que se habla en el Norte. Una palabra, designada con un mismo carácter, que se pronuncia *Wu* en Pekín, se pronuncia *ng* en Cantón: hay más distancia entre los dos dialectos que entre el francés y el italiano. El nombre de nuestro intérprete se pronuncia *Tsa* en Pekín, y *Tsé* en Shanghai. Salvando la distancia de Pekín a Mukde, descubrimos un hecho sorprendente: Tsai y la señora Cheng tenían mucha dificultad para comprender a los chinos del Norte y para hacerse comprender por ellos. Las tentativas de fonetización "interdialectal" procuraban evitar esta dificultad; pero se venía a parar en tales complicaciones que jamás fue posible aplicarlas seriamente. Los especialistas han decidido hoy que sólo queda una solución: abolir esta irritante diversidad y unificar la lengua hablada. Se eligió el mandarín co-

no idioma estándar porque es el más difundido: a partir de los Song y los Yuan fue el idioma utilizado por la literatura popular, y aquel cuyo uso preconizó el Movimiento del 4 de mayo. Durante estas últimas décadas a él se hacía alusión cuando se indicaban en los diccionarios los equivalentes fonéticos de los signos escritos. Estos últimos tiempos, la radio, el cine y el teatro han favorecido su expansión en toda China. En adelante se trabajará activamente para difundirlo de manera que la sintaxis, el vocabulario y la pronunciación se unifiquen. La idea de unidad nacional, tan importante en China moderna, se verá reforzada. Se cree que bastará unos quince años para realizar esta estandarización. En ese momento será posible la fonetización. En un informe oficial del 15 de marzo de 1955, Wu Yu-tchang ha destacado nuevamente la necesidad de alcanzar este objetivo. El chino antiguo ya no es un instrumento adecuado para las necesidades del país.

Durante el invierno de 1956 se estableció el alfabeto que servirá de base a la romanización; incluye las letras de nuestro alfabeto y algunas vocales suplementarias. Al principio se lo imprimirá paralelamente a los viejos caracteres, y luego se procederá a la eliminación gradual de estos últimos. El estudio de la escritura "antigua" quedará reservada para la capa más cultivada de la población. Algunos lingüistas me aseguran que es deseable la amplia difusión de esta cultura superior: los antiguos libros serían indescifrables para quienes conozcan sólo la escritura fonética, y como están redactados en ku-wen, su transcripción alfabética será imposible; es necesario traducirlos, como se traducen al francés las obras en latín. Esta salvedad no constituye una objeción. En Francia, hasta el siglo actual, todos los jóvenes destinados a las profesiones liberales debían saber latín: ¿Por qué una gran parte de la *élite* intelectual china no puede aprender el antiguo lenguaje? El aumento del número de miembros de esta *élite* se verá favorecido por la difusión de la cultura obtenida mediante la fonetización; no es absurdo suponer que, por lo mismo, el número de chinos que conozcan los caracteres podrá ser de aquí a veinte años mucho mayor que hoy.

Los mandarines de Hong-Kong protestan: aprender la caligrafía insumía mucho tiempo, explican los periódicos nacionalistas, pero por sí misma era una educación artística integral; si se la elimina, desaparecerán muy altos velores. Etiembre, que se cree mandarín, se une al coro. "Privada de caracteres, China pierde

su carácter".[36] Con este pobre juego de palabras demuestra que para el China se reduce a algunos libros antiguos. En verdad, si la reforma provoca la severa resistencia de los anticomunistas, ello responde al hecho de que su objetivo es democratizar concretamente la cultura y multiplicar las *élites*: al defender los caracteres, los elegidos de antaño alegan en favor de sus privilegios.

Implicaría un error creer que los chinos modernos desconocen el valor estético de su escritura. A semejanza del emperador K'ien-long, Kuo Mo-jo y también Mao Tse-tung se complacen en dibujar personalmente inscripciones. Pero cuando hablan en nombre de todo el pueblo repiten como propia la alternativa de Lu-Sin: "Sacrificarnos a los caracteres, o sacrificarlos a nosotros". Y ya se ha elegido.

EL TEATRO

El teatro ha sido en China un género privilegiado; suministró a una población analfabeta su principal medio expresivo, y esencialmente alrededor de él cristalizó el rico folklore campesino. Sin embargo, los letrados crearon para uso propio algunas formas esotéricas. Esta dualidad provocó en tiempos de los manchúes una auténtica "lucha de clases" cultural; de todos modos, la colaboración de la literatura clásica y las tradiciones populares ha sido particularmente fecunda en este dominio.

Los orígenes del teatro chino son simultáneamente sagrados, aristocráticos y populares. Otrora, las danzas y las pantomimas acompañaban a las ceremonias religiosas. El Chu king incluye ballets litúrgicos, que evocaban héroes míticos o históricos. Por otra parte, según el Lie Tseu, los teatros de sombras y marionetas divirtieron a los grandes y al pueblo desde la más lejana antigüedad. Los bajorrelieves de Chan-tong, las pinturas murales que datan de los Han, representan payasos, juglares y equilibristas, y también actores enmascarados. Los bufones divertían a príncipes y emperadores; los músicos acompañaban los banquetes con extensos relatos cantados. La historia menciona en la época de las cinco Dinastías a actores que representaban comedias y farsas; e indica que entre los Ts'i del Norte, entre 550 y 577, había ballets y pantomimas militares, sin duda influidas por las costumbres y

[36] La fórmula sobreentiende el postulado al que adhiere todo "civilizado occidental"; ante todo, es necesario *diferir*.

la música de Asia Central; las danzas y las pantomimas importadas de estas regiones estaban muy de moda bajo los T'ang, época en que se organizaron los primeros conservatorios de música y de danza. Los actores llevaban máscaras o se pintaban el rostro: por ejemplo, los borrachos se cubrían la cara de bermellón. Representaban comedias dialogadas, sin música, más o menos improvisadas, cuyo contenido solía ser satírico. Estos entretenimientos aún rudimentarios se desarrollaron y complicaron bajo los Song del Sur. Entonces nació el teatro propiamente dicho. Se desarrolló de dos modos. Los emperadores y los mandarines ricos mantuvieron compañías incorporadas a su servicio: una de las más célebres fue la "Compañía del interior", formada por eunucos que ofrecían representaciones en el recinto del Palacio Imperial; existía aún bajo el reinado de Ts'eu-hi. Por otra parte, en el campo, las compañías ambulantes viajaban de aldea en aldea. En el curso de los siglos cada región creó sus propias tradiciones: el juego escénico de los actores, las ropas, el estilo y el tipo de acompañamiento musical diferían de una región a otra.

De acuerdo con las recopilaciones oficiales, bajo el reinado de los Song el teatro literario incluía unas 280 piezas; en el repertorio de los Kin había 680 obras. Pero ninguna ha sobrevivido. Las primeras piezas que se conservan se remontan a la dinastía Yuan. Obedecían a leyes rigurosas; comprendían cuatro actos, y a veces un prólogo; había nueve personajes: cada uno anunciaba al público, en un breve monólogo, el papel tradicional que encarnaba; aún se hacía sentir la influencia de las historias cantadas del período anterior: en el curso de cada acto, sólo un personaje cantaba, y los otros se limitaban a declamar; cantaba distintos aires, pero todos debían tener el mismo verso. La mayoría de los autores habitaba en la región de Pekín, de modo que se llamó "del Norte" a este teatro; cuando los mongoles conquistaron China, casi todos emigraron a Hang-Tcheu, y los escritores del Sur ocuparon su lugar. Cambió el estilo teatral, así como la música de acompañamiento. Entonces se introdujo la costumbre de resumir el tema de la pieza en un prólogo; se suprimió la división en actos; el diálogo cobró carácter más literario, y fue posible que cantaran varios actores. Con algunas variantes, se observaron estas mismas reglas bajo la dinastía Ming. Ya no se limitó el número de actos, y en cada uno el verso tampoco tuvo carácter inmutable. El teatro se refinó cada vez más: bajo la forma denomi-

nada K'uen-k'iu era accesible únicamente a los letrados. La tradición Ming se prolongó bajo los manchúes. Las piezas eran entonces obras literarias firmadas por los autores. "La guitarra", "El pabellón de las peonias", "El pabellón del Oeste", "El palacio de la eterna juventud" son algunas de las más célebres.

Hacia el año 1600 apareció, además de las compañías privadas y las rurales, un teatro público, destinado a los habitantes de las ciudades. Para complacer a un público numeroso, los autores adoptaron el hábito de mezclar el vulgar pai-hua con el idioma clásico; bajo los manchúes, el teatro, que había llegado a ser popular, fue considerado un género despreciable: ya se ha visto que no está incluido en las listas redactadas oficialmente por los letrados. En ese período los directores de las compañías o los principales actores se encargaban de redactar las piezas; a veces obtenían la ayuda de un letrado, pero éste exigía secreto: gran parte del repertorio es anónimo. En general, los autores no escribieron obras originales; tomaron sus asuntos de las grandes novelas populares, entre otras el *Romance de los tres reinos* y *Todos los hombres son hermanos*. Las guerras que culminaron con el advenimiento de los manchúes pusieron de moda los dramas militares. No se atribuía carácter definitivo a los libretos de estas óperas; cada época, y aun cada compañía ofrecía al público diferentes arreglos. Los actores que, sin pertenecer a la clase de los letrados, no realizaban ningún trabajo productivo, fueron víctimas de una actitud segregacionista; como los hijos de los carniceros, los peluqueros y los comerciantes, sus hijos no tenían derecho de aprobar los exámenes, y por lo tanto de alcanzar el mandarinato.

En en el siglo XIX se creó el género denominado "Ópera de Pekín" u Ópera clásica absorbió al K'uen-k'iu, demasiado difícil para el público general, así como a diversas óperas locales. A los ojos del extranjero este género encarna esencialmente el teatro chino tradicional. Se lo conoce en Francia por las representaciones que ofreció en 1955 la más célebre compañía de Pekín, y por los libros y los artículos que esta presentación suscitó.[37] Sus características son cierto género de música, de canto y declamación, la ausencia de decorado —representado por algunos accesorios— los maquillajes violentos y rituales, y un conjunto de convencio-

[37] Clan de Roy, "L'Opera chinois". Mayoux: "Le théatre chinois", en el número europeo especial, agosto-setiembre de 1955.

nes y símbolos: entre otras cosas, los movimientos de las manos representan un gran papel, y se inspiran en el simbolismo budista. Las ropas son generalmente las que llevaban los chinos bajo la dinastía Ming, pero estilizadas: el rasgo más destacado son los puños blancos, de treinta y cinco centímetros de longitud, cosidos al interior de las mangas: se los utiliza en muchos juegos escénicos. Sin embargo, varias óperas locales, que se apartan en mayor o en menor medida del estilo y las convenciones llamados clásicos, perduran en provincias.

La burguesía no podía contentarse con este teatro feudal y popular. Necesitaba *su teatro*. Este nació en la ciudad china más moderna, Shanghai, en 1906. Ese año comenzaron a representarse con decorados piezas divididas en actos y escenas. El actor Wang Tchong-tcheng escribió el primer drama moderno: *El grito de indignación de los esclavos negros*, de inspiración revolucionaria, representado con ropas occidentales y acompañamiento de música china. Wang organizó luego una compañía teatral y presentó una obra totalmente dialogada: *La historia de Kia-Yin*. Como consecuencia de algunas especulaciones desafortunadas, el propietario del teatro debió cerrar sus puertas. Wang fue contratado por otro director. Adaptó *La dama de las Camelias*, que triunfó primero en Shanghai, y luego en Ti'en-tsin y en Pekín. Margarita Gauthier recordaba a los chinos las "muchachas sing-song" de muchas novelas y narraciones chinas, y sentían hacia ella tanta simpatía que el autor no le permitía morir y por el contrario la casaba felizmente con el hombre amado. También se representaban con éxito *La Cabaña del tío Tom* y *Salomé*. Wang escribió nuevas piezas revolucionarias, entre otras: *La vida humana como una brizma de paja*, en la que atacaba al régimen y la corrupción de los mandarines manchúes. Fue detenido y fusilado en Ti'en-tsin el año 1910.

Ese mismo año se construyó en Shanghai el primer teatro "a la europea" — es decir, con bambalinas, y un escenario que en lugar de avanzar hacia la sala se extendía hacia el fondo. Allí se representó la ópera clásica con decorados realistas; y también piezas modernas escritas en idioma popular; pero se conservaron muchas convenciones del teatro tradicional, entre otras el soliloquio con que se anuncia a los actores. Así, la obra *Napoleón* representada en 1912, comienza con estas palabras: "Yo, Napoleón, emperador de Francia, incomparable héroe del universo...", etc. Una de

las piezas que entonces alcanzó más éxito fue un drama en veintitrés cuadros: *Los prisioneros del humo*, que atacaba a los traficantes de opio y denunciaba los perjuicios acarreados por la droga.

En esta época se intentó aclimatar en China la industria cinematográfica; como esta tentativa fracasó, su promotor, Tcheng Tcheng-ts'ieu reunió a los artistas en una "Sociedad del pueblo nuevo" que representó, en estilo moderno, piezas de asunto amoroso y obras revolucionarias. Este "teatro nuevo" adaptaba a la temática contemporánea la composición de la ópera clásica, suprimiendo muchas convenciones.

En 1916 se construyó en Pekín el primer "teatro a la europea". La revista *Juventud nueva* consagró en 1918 un número especial a Ibsen, cuya influencia llegó a ser preponderante. *El gran negocio* de Hu Che y la obra *Insomnio* de Ngo-Ying Yu-ts'ien se inspiran en *Casa de muñecas*.

A partir de 1930 se difundieron en China las ideas del escenógrafo soviético Stanislavski. Influyeron sobre el teatro originado en la resistencia a los japoneses: el teatro reemplazó entonces a los demás géneros literarios, porque es la propaganda más eficaz. Ts'ao-yu, llamado "el gigante del teatro chino" —y Kuo Mo-jo— que ya había compuesto dramas políticos sobre temas históricos, escribieron en esta época la mayoría de sus obras; Kuo Mo-jo redactaba sus piezas en una decena de días. Trabajó más cuidadosamente su tragedia *K'iu Yuan*, cuyo héroe es el viejo poeta de este nombre. Mao Tuen ofreció en 1945 una comedia de costumbres, *Alrededor de la fiesta de los muertos*, que mostraba la miseria de los pequeños artesanos estrangulados por el capitalismo. Algunas compañías de aficionados y los propios soldados ofrecían representaciones en las zonas de guerrillas. Los observadores extranjeros —Snow, Belden— se asombraron ante este arte tosco pero convincente. "La revolución fue la cuna del nuevo teatro", escribió Ts'ao Yu en 1946, "y desde los primeros tiempos éste tuvo que luchar para sobrevivir, y jamás ha olvidado su responsabilidad frente a los espectadores. Se ha esforzado por ser el espejo de nuestras esperanzas y nuestros temores, y por reflejar con sinceridad las muchas fases de los cambios políticos, culturales y sociales determinados por el contacto de la civilización occidental con la vieja China. Al principio, ha sido sin disimulo un teatro de propaganda".

El teatro conserva la preferencia del público, sobre todo porque el cine aún está poco desarrollado. En China hay ahora alrededor de 2.000 compañías que agrupan a unos 200.000 artistas, sin incluir los que actúan en las aldeas; todos los días un millón de espectadores acude al teatro. Hay 168 teatros en Shanghai, con unos 8.000 actores; en Pekín, a fines de 1953 había 20 teatros y 46 compañías, 37 de ellas privadas. Las retribuciones de los actores están estandarizadas; todos reciben un salario mensual fijo, más o menos elevado según la categoría en que están clasificados. Se ha reformado el aprendizaje, antaño muy penoso para los niños, pues las proezas acrobáticas de la ópera clásica exigen un trabajo difícil. La censura se ejerce más rigurosamente sobre la escena que sobre los libros. Los directores de las compañías privadas o estatizadas deben someter cada seis meses su programa y los libretos de las obras al ministerio de Cultura.

Cuando llegué a China, experimentaba particular deseo de conocer el teatro chino moderno; poco tiempo antes de mi partida había visto *El círculo de tiza* de Brecht, cuyo héroe es una figura popular en China, y que se sitúa en Asia: quizá ese hecho me había llevado a soñar que los chinos, utilizando los recursos de la ópera clásica, habían logrado, a semejanza de Brecht, inventar un arte que superaba de manera original el realismo. Después de conversar con Ts'ao Yu y con Lao Che comprendí que actualmente los chinos se proponen objetivos muy distintos.

Ante todo se preguntan qué lugar deben reservar a la ópera tradicional; ésta tiene un carácter equívoco, al mismo tiempo popular y feudal. Algunos reclamaron en 1950 que se la rechazara en bloque. Pero Tcheu Yang, fiel a las tesis de Yenan, declaró: "Es necesario conservar los elementos nacionales y suprimir los feudales". Explicó que la ópera reflejaba simultáneamente la mentalidad de la clase dirigente y la lucha del pueblo contra sus opresores. Defendió la posición que es también la de los artistas soviéticos: es necesario rechazar las "supersticiones religiosas", pero no las "leyendas populares". En 1951 se decidió prohibir los episodios pornográficos en escena —las viejas óperas eran sumamente licenciosas— y que tampoco se representarían escenas de tortura ni mujeres con los pies vendados. Con estas salvedades, correspondía alentar el desarrollo de la ópera.

De todos modos, se imponía una revisión más seria del repertorio; ello nada tenía de sacrílego, pues la mayoría de las piezas

no tienen versión definitiva: los manchúes eliminaban los elementos nacionalistas y revolucionarios, y acentuaban el carácter feudal; el nuevo regimen hasta cierto punto prolonga esta tradición cuando practica la operación inversa. El reproche que hoy se formula al teatro antiguo es que muestra la contradicción de la vieja sociedad sin superarla: la nueva versión propondrá al público una solución positiva. Por ejemplo, la ópera titulada *La copa de las mariposas* relata la siguiente historia: Un viejo pescador vende su hija al hijo de un general; pero cuando reclama el pago, se lo castiga hasta matarlo. Un joven, Tien Yu-chuan, indignado por este crimen, mata al hijo del general; gracias a la complicidad de la joven consigue huir; la muchacha huye con él, se enamoran y él le regala "la copa de las mariposas". Después, bajo un falso nombre, Tien salva la vida del general, que le concede a su hija en matrimonio. Un día se descubre su verdadera identidad: pero el general le está tan reconocido, que lejos de hacerle daño, lo autoriza a desposar a la hija del pescador. Los críticos chinos opinan que si bien esta obra denuncia la opresión, al mismo tiempo pacta con ella. Para superar esta contradicción, la nueva versión concluye de distinto modo: la hija del pescador rehusa casarse con Tien porque éste ha entrado en tratos con el enemigo. Se ha adaptado en el mismo sentido la *Revuelta en el reino del Cielo*[38] que fue representada en París. Bajo los manchúes la pieza se titulaba *Perturbaciones en el reino del Cielo*, y el Mono, en quien se encarna el espíritu de rebelión, recibía su castigo; los dioses conquistaban la victoria. Hoy, el Mono triunfa. Otras revisiones eran mucho más discutibles, y fueron condenadas: así, cierta compañía, al representar *La tejedora y el barquero*, imaginó reemplazar la vaca por un tractor, las urracas por palomas, y poner en escena los tanques y los aviones de Truman.

En 1954 se discutió nuevamente el problema de la reforma de la ópera. En la revista *Teatro*, el subdirector del Instituto de Ópera china, Ma Shao-po, publicó un artículo: *Nuevas reformas necesarias en el arte de la Ópera de Pekín*. En los meses siguientes, noviembre y diciembre, "la Unión de los autores y actores dramáticos" organizó cuatro discusiones entre autores, actores y escenógra-

[38] Extraída de la célebre novela titulada *El viaje hacia el Oeste*.

los conocidos. Hubo choques bastante apasionados, primero orales y luego a través de una serie de artículos. Todos admitían que la reforma era necesaria: había que planificar la puesta en escena, revisar los libretos, y mejorar la representación de los actores y la música de acompañamiento. Pero a partir de ese punto, dos grupos se enfrentaban. Lao Che sostenía que el arte de la ópera es una unidad, y que no es posible modificar analíticamente algunos elementos. Por ejemplo, me explicó, los decorados realistas chocarían con las ropas tradicionales: el actor tocado con esas altas plumas que caracterizan a los generales no puede pasar bajo una verdadera puerta. Por consiguiente, es necesario considerar a la ópera como un arte especial, caracterizado por su simbolismo, y representarlo de acuerdo con las reglas establecidas; habrá que crear paralelamente otro teatro, que responda a diferentes necesidades del público, y que estará liberado de las tradiciones. Por su parte, el segundo grupo reclamaba que se modificase aún la ópera clásica; los soliloquios con los que los personajes anuncian su propia presencia están pasados de moda; los decorados excesivamente abreviados, aburren: es necesario enriquecerlos y conferirles variedad; el maquillaje masivo, que convierte los rostros en máscara, impide la mímica matizada. Si se paliasen estos defectos, si se utilizasen hábilmente los decorados, las luces, y el maquillaje, y se diese mayor realismo al juego escénico de los actores, la Ópera de Pekín aún podría representar la vida de la gente moderna, y no sólo leyendas superadas.

Por el momento, la ópera perdura en su forma clásica. No he visto muchos ejemplos de la "Ópera de Pekín" propiamente dicha, porque en ese momento las compañías más importantes realizaban giras por el mundo. Sin embargo, la primera representación a la que asistí pertenecía a este estilo. Ya conocía algo del teatro chino. En San Francisco, la sala se asemejaba a las que fueron descritas a menudo por occidentales aterrorizados: durante interminables horas, los espectadores —todos chinos— entraban, salían, iban, venían, y algunos comían sandwiches; las mujeres amamantaban a sus bebés. En Pekín, otrora los espectadores escupían los granos de girasol y las semillas de melón. Ahora la atmósfera de un gran teatro pequinés es muy distinta; ante todo, como ya no existe una clase ociosa, los espectáculos tienen duración limitada: comienzan a las siete y media de la tarde, y concluyen antes de las once. Desde el siglo XIX se adoptó la cos-

tumbre de ofrecer un programa variado: generalmente una farsa, y otras piezas. Los interminables dramas que gozaban de preferencia otrora —por ejemplo, *La serpiente blanca*— aparecen divididos en fragmentos. El público escucha, silencioso, inmóvil, y se manifiesta con cierta reserva. Esa noche había muchas delegaciones extranjeras, reunidas en las primeras filas: españoles y portugueses de Irkutsk, daneses, rusos e hindúes. Tan pronto se alzó el telón, los intérpretes comenzaron a cuchichear todos juntos: despertó mi admiración la benevolencia de los chinos, que soportaban sin protestar esa molestia.

El telón se alzó sobre una escena de *La serpiente blanca*. Luego, se ofreció la ópera Hu-pei: una breve comedia de costumbres que recuerda lejanamente las farsas de Molière. El viejo Ma To le ha prometido su hija a un estudiante pobre, se enriquece y quiere anular el compromiso: un criado, Ko Ma, que es primo del joven, utiliza diferentes estratagemas para auxiliarlo: es una suerte de Scapin, pero el resorte psicológico que sirve de base a sus ardides es específicamente chino: cuanto más rico un hombre, más debe tratar de "salvar la cara". Por temor de "perder cara", Mao To se ve inducido a ofrecer una comida al estudiante, prestarle ropas, y paulatinamente a consentir en el matrimonio. El público ríe mucho; pero como no comprendo el texto, yo me divierto a medias, pues se trata de una pieza con mucho diálogo.

La segunda parte del programa es un drama heroicocómico que me agrada mucho más. Ha sido extraído de una antigua novela, pero adaptada, al gusto actual. El héroe de esta aventura es una suerte de Falstaff, bebedor y bravucón, pero leal y valeroso, que pertenece a un ejército de guerrilleros atrincherados en la montaña y amenazado por el hambre. Se ofrece para descender a la llanura, con el fin de buscar abastecimientos: el jefe acepta, pero exige al bravo soldado jure no beber una gota de vino; el soldado lo promete; mientras desciende alegremente la colina, en la aldea se desarrolla un drama: el señor feudal codicia a la bella hija del posadero; ayudado por sus esbirros, la rapta brutalmente y, para desviar la sospecha, se presenta como el jefe de los guerrilleros ante el infortunado padre. De modo que el posadero recibe a su amigo el soldado con el rostro bañado en lágrimas y profiriendo maldiciones; al principio, el soldado no puede creer que su jefe sea culpable; pero convencido al fin, en represalia bebe varios cuencos de vino, y retorna al cuartel general, decidido

a matar al criminal con su gran cuchillo. Sus compañeros lo desarman. Expone sus agravios. Para explicarse, el jefe desciende con él a la aldea. El posadero comprende que se le ha engañado: el terrateniente es el culpable. Acompañado de algunos camaradas, el soldado se dirige a matar al tirano y devuelve la joven a su padre. Se demuestra una vez más que los guerrilleros son amigos sinceros del pueblo, y que jamás incurren en actos de pillaje ni en violencias. Desesperado por haber dudado, el héroe se arroja a los pies de su jefe y pide que lo maten: el jefe se limita a reprenderlo con dulzura; lo exhorta a corregir sus defectos personales: mal carácter, apresuramiento, excesivo gusto por la bebida; una vez concluida esta heterocrítica, lo perdona.

A pesar de lo evidente de las alusiones, en ningún momento la pieza tiene carácter edificante; cómica, poética, dramática, me mantuvo en un hilo del principio al final. El papel del jefe estaba representado por una mujer. La antigua tradición de la ópera clásica exigía que todos los actores fuesen hombres; se la ha abolido, pero ocurre a menudo que los intérpretes representan personajes del sexo contrario. En este caso, esa actitud me pareció un tanto discutible. Al lado de sus soldados robustos, de sus soberbios ayudantes, este capitán-mujer era excesivamente pequeño y frágil, y en realidad le faltaba prestancia. "¿Por qué se eligió a una mujer?" pregunté a Tsai: "Porque para una mujer es más difícil representar un papel masculino", me respondió. Algunos delegados italianos manifestaron el mismo asombro que yo, y se les ofreció otra explicación: el jefe de los guerrilleros es un jefe político, y domina a sus compañeros por la inteligencia, no por el vigor físico. Al confiar su papel a una mujer, se destaca esta diferencia. De todos modos, aquí llama la atención el rechazo del realismo. En efecto, hay cierta analogía entre la Ópera de Pekín y el arte del Brecht: los chinos buscan lo que éste llama un "efecto de perspectiva". También es indudable que gustan del virtuosismo. Observo que cuando baja el telón el público aplaude poco; pero a menudo, durante el desarrollo del espectáculo, una inflexión de la voz, un sollozo, una mímica, un gesto inédito provoca un rumor aprobatorio. Los verdaderos aficionados conocen de memoria casi todo el repertorio: les interesan los matices de la interpretación; acechan ciertos pasajes como otrora, en el público italiano, los conocedores esperaban el *do* de un tenor famoso. "Para gozar realmente del teatro, hay que estar iniciado", me dice Tsai. "Por eso nosotros, los jóvenes, preferimos el cine". Es

raro que sus camaradas vayan al teatro, agrega, y él mismo más bien se aburre durante las representaciones.

Esta confidencia me dejó perpleja. En el debate acerca de la ópera clásica, me siento tentada de dar la razón a Lao Che. Vi interpretada de dos modos la escena en la que la "Serpiente blanca" recoge en la montaña la hierba mágica que salvará a su marido. En el estilo clásico era muy hermosa. La versión moderna utilizaba un decorado pintado y armado, los guardianes de la planta apenas estaban maquillados; y bajo la influencia de Occidente, la música ocupaba un lugar más importante, sacrificando la melodía en beneficio del ritmo. Hubiéramos podido creer que estábamos en el Châtelet. Al renunciar a las convenciones clásicas —que tienen su propio fundamento estético— el juego escénico de los actores no había adquirido mayor verdad: más bien se hundía en el academismo.

Sin embargo, pienso en las palabras de Tsai: "Es necesario estar iniciado". Al conservar su pureza, la ópera ¿no corre el riesgo de convertirse en curiosidad arcaica, que sólo interesa a una pequeña *élite*? Su suerte no está decidida, ni mucho menos: depende menos de la iniciativa de los productores que de la evolución cultural del público.

En todo caso, es indudable que paralelamente a la ópera clásica se manifiesta una profunda preocupación por desarrollar las óperas locales cuyo carácter es más francamente popular, porque la clase dirigente jamás la incorporó a su propio acervo: más aún, a menudo prohibió que fueran representadas en Pekín, en Shanghai y en los grandes centros. Se han catalogado más de cien tipos. En 1952 se celebró en Pekín un festival nacional, y en él triunfaron entre otras la ópera de Seu-tchuan y la de Shanghai (llamada Chaocheng). En 1954, durante un segundo festival, se representaron óperas clásicas, pero también óperas *chin chiang*, de la provincia de Chen-si, y piezas *ping chu* y *chu chu*: este último género fue creado hace cuatro años, pero el *ping chu* deriva de los *Cuentos del loto*, que los campesinos de Chan-tong cantaban, bajo los manchúes, acompañándose con castañuelas de bambú, y que se difundieron en toda China septentrional. Estos dúos se han transformado en espectáculo en los que participan numerosos actores. Cuando aparecieron en Pekín, hace cincuenta años, los viejos aficionados al teatro se escandalizaron: afirmaron que el *ping chu* era provinciano y vulgar. Como no rehusaba, ni mucho menos,

ocuparse de los problemas contemporáneos, fue perseguido por el Kuomintang, hoy es una de las formas más vivaces del teatro chino.

He visto muchas óperas "locales". Se realizaba el estreno en un teatrito de la ciudad china; esa noche el público estaba formado por miembros de las "minorías nacionales". Sin duda formaban parte de algunas delegaciones, pues los autobuses los esperaban en la gran avenida vecina. De ese modo conocí las largas túnicas de seda de vivos colores que usan los mongoles, los grandes sombreros de piel de los tibetanos, los gorros cuadrados de los uzbecos. Los rostros exhibían una extraña diversidad: ásperos rostros tártaros de pómulos salientes, rostros semitas adornados con una larga barba afilada, delgados y delicados rostros de Asia del Sur, en los que las características de la raza amarilla apenas se manifiestan. La pieza había sido tomada de una leyenda muy popular en China septentrional: el estilo de la representación difería considerablemente del estilo clásico: había decorados, muy bellos, que cambiaban con cada cuadro; los actores no estaban más maquillados que en Occidente; utilizaban un juego escénico relativamente realista, y la música era más melodiosa, menos brutalmente patética que en la ópera clásica: el conjunto se aproximaba mucho más a la ópera según la entendemos en Occidente; las palabras y los cantos se alternaban. Los héroes llevaban atavíos coreanos; era una melodramática historia de amor, que conmovía gracias a la representación escénica y a la belleza de los cantos.

En un teatro bastante pobre de la ciudad china vi una versión local de una pieza interpretada a menudo en estilo clásico: *La tejedora y el vaquero*. Estas dos estrellas que el cielo reúne sólo una vez por año, el séptimo día del séptimo mes, simbolizan a los ojos de los chinos de dos sexos, separados otrora por los tabúes tradicionales: la mujer que hila y teje en la casa, el hombre que trabaja en el campo. La noche en que la pareja se une, otrora las mujeres hacían flotar en el agua figurillas de niño, con el fin de obtener de la Tejedora muchos y felices embarazos. Se le ofrecían flores y frutos; así, hallamos su imagen sobre las paredes de muchas cámaras funerarias. Se veneraba en ella un ideal de pureza femenina y de vida laboriosa. La leyenda cuenta que los dos amantes eran otrora servidores de la Reina celeste; distraídos por su amor, en el curso de un banquete que la Reina ofrecía a los dioses del cielo, dejaron caer y rompieron una preciosa copa de jade.

Irritada, la diosa exilió a la Tejedora a una región intermedia entre el cielo y la tierra, y la condenó a tejer incesantemente nubes; el joven se convirtió sobre la tierra en un pobre Vaquero cuyo único tesoro era una vaca; pero ésta era la encarnación de un dios, castigado por la Reina celeste porque había apoyado a los dos enamorados. Este dios llevó al Vaquero a orillas del Río Celeste,[39] una tarde en que la Tejedora se bañaba allí con sus compañeras, y le aconsejó robar las ropas de la muchacha: de ese modo, la joven se vio obligada a desposar al Vaquero, a quien después amó profundamente. Tuvieron dos hijos y fueron muy felices: la Tejedora ganó mucho dinero confeccionando admirables atavíos. Sus compañeras protegían su felicidad, tejiendo en lugar de ella las nubes del cielo. Al cabo de un año, la Reina advirtió el engaño: mandó soldados que capturaron a la Tejedora y la llevaron al cielo. Desesperado, el Vaquero partió en busca de su mujer, llevando a los niños acostados en dos canastos, sobre los dos extremos de una caña de bambú. Pero no pudo atravesar el Río; y habrían permanecido eternamente separados si unas urracas no se hubiesen compadecido: las aves combatieron a los guardianes del cielo y lograron construir un puente que atravesó el río. La Reina permitió que la Tejedora y el Vaquero volviesen a encontrarse una vez por año.

La más interesante de las óperas locales es la ópera Chao-cheng. Hace cuarenta años era una forma operística puramente campesina, hallada sólo en la campiña de Chekiang. Los cantos se inspiraban en baladas y canciones campesinas; a menudo la orquesta estaba reducida a un solo ejecutante, provisto de un tambor y castañuelas de bambú. Los propios campesinos eran los actores y todos los papeles estaban representados por hombres. Del campo esta diversión popular pasó a las ciudades, y llegó a Shanghai; en 1923 una compañía de actrices se especializó en el teatro Chao-cheng, y ahora la representación está exclusivamente a cargo de mujeres. Durante la guerra contra los japoneses, se difundió con éxito en todas las regiones libres, y desde la liberación está desarrollándose. En 1953 un equipo de músicos comenzó a buscar antiguas melodías en Chenghsien, la región de Chekiang donde se originó el Chao-cheng. Su estilo está a medio camino entre las convenciones de la ópera clásica y el realismo. Se utiliza un ma-

[39] Que corresponde a nuestra Vía Láctea.

quillaje intenso pero natural, de modo que los actores pueden manifestar varias fisonomías. Se utilizan decorados e iluminación. A este género pertenece la ópera filmada *Los enamorados*, que fue proyectada en París. Ya he dicho que me interesaba particularmente la adaptación del teatro chino a los temas modernos. Se la ha realizado de distintos modos. Durante la guerra chinojaponesa se llevaron a escena libretos originales en un estilo y con música occidentalizados; así nació la más célebre de las óperas chinas contemporáneas: *La muchacha de los cabellos blancos*. Estas obras tuvieron mucho éxito, y a partir de la liberación los compositores y libretistas crearon muchas otras semejantes. Durante mi segunda estaba en Pekín vi *La canción de la estepa*, visiblemente influida por las grandes óperas rusas. Los decorados y los trajes tenían el esplendor de los que vemos en *Boris Godunov* y en *Príncipe Igor*. La música recordaba a menudo a *Madame Butterfly*, pero algunos aires tomados del folklore tibetano eran muy gratos.

En efecto, la historia ocurre en Tibet, en vísperas de la caída del Kuomintang. Para mantener su dominio sobre la región, los reaccionarios procuran oponer entre sí a dos tribus poderosas; un joven y una muchacha, que pertenecen a los dos clanes rivales y que se aman, procuran en vano impedir la guerra; en el teatro chino el amor aparece como un valor estrechamente vinculado con los valores revolucionarios; aquí, ayuda a los héroes a descubrir el absurdo de las luchas fratricidas; observo que, contrariamente a la tradición clásica —en lo más hondo de la pasión, los enamorados clásicos no se tocan ni con la punta de los dedos— aquí se abrazan con el ardor que las óperas occidentales atribuyen a las Julietas y los Romeos. Llega el Ejército Rojo; uno de los oficiales es precisamente el hermano de la heroína: coincidencia verosímil. porque cuando se liberaba una región ocupada por una minoría nacional, se tendía a reclutar a los oficiales del mismo origen. Mediante una política hábil, este hombre restablece la armonía entre las tribus; se liquida al traidor; todo el mundo festeja en coro la paz, y los enamorados se casan. Este feliz desenlace simboliza el que terminó con las disputas del Dalai y el Pantchen Lama, reconciliados por el nuevo gobierno. La elección de este tema indica la importancia atribuida al problema de las minorías nacionales, y sobre todo al del Tibet.

Una ópera de gran espectáculo, *La canción de la estepa* rara vez aparece en la escena china. Mucho más difundido está el *ping*

chu, que permite tratar problemas de actualidad. Uno de sus mayores éxitos es el "pequeño yerno", sobre el tema de las niñas-prometidas. Aparece una joven vendida como nuera a una familia cuyo hijo tiene sólo once años; la primera noche, el recién casado moja el lecho. Gracias a la ley de matrimonio, la heroína obtiene el divorcio y se casa con el hombre a quien ama. Más de 300.000 espectadores presenciaron esta comedia.

El chu chu, creado hace sólo cuatro años, se relaciona con la opereta y la comedia; se ha representado en este estilo *La delegada*, que ganó en 1953 el concurso de piezas en un acto, y que gira alrededor del problema de la emancipación de las mujeres. Se había organizado este concurso para alentar a los autores a componer comedias breves. Se enviaron 667 piezas; el 40 % acerca de la vida campesina, el 19 % de la vida urbana, el 17 % en relación con la condición de los obreros, el 6 % sobre los soldados, el 0,5 % respecto de las minorías nacionales, y el resto acerca de temas diversos. Sólo el 3,6 % de estas piezas era obras de profesionales.

Breves o extensas, muchas piezas se representan sin acompañamiento musical. Se vinculan con el "teatro hablado" propiamente dicho, y en ellas, como en la mayoría de los dramas y comedias occidentales, el diálogo absorbe todo el desarrollo. El decorado, la escenografía y el juego escénico de los actores sólo aspiran a una cualidad: el realismo. He visto varios ejemplos de este género. El más interesante era una epopeya titulada *A través de llanuras y montañas*. Describe, en muchos cuadros, la célebre *Larga marcha* que en 1934 llevó al Ejército Rojo de Kiangsi a Shensi. Era evidente que la pieza tenía carácter didáctico, y procuraba edificar a los espectadores; pero estaba tan bien representada que aún el "héroe positivo" lograba conmover. En general, la evocación de esta gran aventura participaba de la riqueza del hecho rememorado: hablaba a la imaginación, lo que no es poco decir. En compensación, la historia verídica de la joven campesina Lieu Lu-han, que ayudó a las guerrillas y lo pagó con su vida, me pareció el más lamentable de los melodramas.

Los chinos son los primeros en confesar que, a pesar de la colaboración de los escritores veteranos, y de la aparición de nuevos dramaturgos, el repertorio es insuficiente comparado con las necesidades del público, y que su calidad deja mucho que desear. Cuando yo imaginaba un teatro que, al mismo tiempo que apli-

caba a los temas contemporáneos la estética de la ópera antigua, superaba al realismo, me hallaba muy lejos de la realidad. Por el momento, se observa una yuxtaposición de las formas antiguas y las modernas; también hay mezcla de diferentes estilos; pero en ninguna se advierte la síntesis creadora que hubiera originado un arte realmente nuevo. Es un hecho normal, y en realidad mi sueño carecía de validez. El "teatro hablado" es una conquista reciente en China; se ha difundido ampliamente, pero no ha tenido tiempo para hallarse a sí mismo. Los escenógrafos chinos aún no han asimilado la estética realista, en la forma en que ésta triunfa en ciertos escenarios de la Unión Soviética —precisamente lo que permite a los rusos apartarse de esa posición en ciertas ocasiones. Durante cierto tiempo sus búsquedas continuarán orientándose en este sentido. Podemos superar sólo lo que ya poseemos: Se trata de una verdad que es necesario tener presente, si queremos juzgar equilibradamente las realizaciones culturales de China. Cuando hayan alcanzado a Occidente, podrán tratar de superarlo. Una gran tradición, excelentes actores y un público apasionado,[40] permiten anticipar que la coexistencia de la ópera clásica y el teatro dialogado finalmente producirán resultados fecundos.

LAS ARTES PLÁSTICAS

Vi a más de un delegado regresar entristecido de su visita al Instituto de Bellas Artes. En vista de la gran tradición pictórica de China, ¿es necesario que marche a remolque de Guerasimov? Pero a veces las tradiciones pesan más que ayudan. La belleza de la ópera clásica no permitió que China crease inmediatamente un teatro moderno. En el caso de la pintura, la situación es análoga.

También en esta esfera los chinos están muy interesados en difundir el conocimiento de sus antiguas riquezas. Los frescos de Tuen Huang representan uno de los principales y más antiguos tesoros de la civilización china. En formatos grandes y pequeños se venden en todas las librerías —también en el vestíbulo del hotel—

[40] Las reticencias de Tsai sólo se referían a la ópera clásica. En Pekín, para asistir a un espectáculo nuevo es necesario reservar asiento con varios días de anticipación. Y a veces el número de lugares concedido a cada familia es limitado.

series de tarjetas postales, rollos y estampas con reproducciones. Tuen Huang, puesto exterior de la frontera de la región de Tarim, era el lugar de llegada de las caravanas que venían por los caminos norte y sur de la ruta de la seda; por ese punto penetraron en China la influencia de Asia central y las tradiciones grecobudistas. En Asia central muchos taludes fueron convertidos en grutas budistas, a semejanza de los que aparecen en el talud Bamiyan, en Afghanistán, y que fueron prototipo de todos los restantes. En el año 366 de nuestra era, se excavaron grutas análogas a quince kilómetros de Tuen Huang; destruidas y reconstruidas a partir de 453, sus paredes y cielo rasos están cubiertos de frescos, y tienen muchas estatuas. El valor artístico de estas obras no es extraordinario, pero todas las épocas de la civilización dejaron allí sus huellas. En las grutas más antiguas prevalece el estilo indio puro; luego las imágenes adquieren formas más características de la cultura china: bajo la dinastía T'ang, el arte y la literatura chinos tendían a lo épico y la tradición budista fue modificada en este sentido. Entonces aparecen las figuras legendarias que, perpetuadas de siglo en siglo, todavía pueblan los templos, inspiran las "imágenes de año nuevo" que los campesinos pegan en las puertas de sus casas y se encarnan en las óperas: barbudos, tocados con casco, espada en mano, el rostro indómito, los dioses se han convertido en guerreros temibles. Sin embargo, persisten los temas hindúes. En el cielo raso de las grutas, remolinean entre colgaduras flotantes esos *asparas* que decoran las linternas y los techos del Hotel de Pekín. Sobre las paredes se despliegan amplios paisajes: los caballeros escalan las montañas milagrosas donde viven animales salvajes. Muchos frescos representan el paraíso de Amida, o "paraíso del Oeste". Estos jardines de delicias obedecen en parte a las convenciones indias; pero algunas escenas episódicas evocan la vida cotidiana de los antiguos chinos: por las escenas que reproducen situaciones de la caza, el trabajo de los campos, las residencias, los carros, los caballos, los historiadores consideran a estas pinturas como un documento notable.

Hacia el final de mi viaje, se realizó en el Palacio Imperial una gran exposición de las esculturas y los frescos de Tuen Huang; la visité con cierto malhumor. Lamenté que no exhibiesen amplias y fieles reproducciones fotográficas, en lugar de estas copias de valor incierto. Pero esta reacción de ciudadana de un país rico era muy injusta. Los chinos carecen de material fotográfico; su pobreza se

manifiesta en el plano cultural tanto como en otras esferas, y también en este caso el ingenio atenúa las deficiencias. Se envió un equipo de dibujantes para que obtuviese las copias más fieles que fuese posible de los frescos de Tuen Huang. En esta exposición se ofrecen al público los resultados de ese trabajo. Es difícil saber cuáles son las dimensiones de los originales, y si el dibujo y los colores son exactos; pero es conmovedor que, disponiendo de medios tan precarios, de todos modos, el régimen se esfuerce con tanto cuidado por familiarizar al pueblo con su herencia nacional.

No es frecuente que se expongan las colecciones de pintura del Museo Imperial: las frágiles sedas sufren cuando las toca la luz del sol; se las muestra únicamente algunas semanas cada año. Se procura compensar esta carencia concediendo gran importancia al arte de la reproducción. Las copias de cuadros de Ts'i Pai-che, de Jupeon, y de antiguas obras maestras adornaban todos los interiores acomodados que visité. Algunos álbumes forrados de seda recamada incluyen series de reproducciones de un pintor o de una época: los chinos compran muchos materiales de este tipo. La técnica utilizada es la cromoxilografía, cuyo origen es el grabado sobre madera, ejecutado en negro y blanco, y que tiene más de mil años de antigüedad. Los chinos lo habían inventado alrededor de 868, es decir 540 años antes de que apareciese en Europa el primer grabado sobre madera. Esa técnica se desarrolló bajo los Yuan y los Ming, y a fines del siglo XVI el grado en color ya estaba muy difundido en China. Se utilizaba sobre todo para decorar el papel de cartas, y también las hojas sobre las cuales los poetas caligrafiaban sus versos. A fines de la dinastía manchú había en Pekín más de quince librerías especializadas en la venta de estas imágenes. La más célebre era el "Estudio del Pino y el Bambú", fundado hace doscientos años; después de un breve eclipse, alrededor de 1900, el Estudio reabrió sus puertas. En 1952 se convirtió en empresa estatal, bajo el nombre de "Estudio de la prosperidad abundante".

Desde hace veinte años, por consejo de Lu Sin, el Estudio ha reproducido muchas obras de artistas contemporáneos. Se presentan las reproducciones en rollos o en álbumes. Las que se preparan hoy, me dijo el director del Estudio el día que lo visité, tienen dimensiones mayores que antes, y son mucho más perfectas. Ni el fotograbado ni cualquier otro procedimiento mecánico

permiten resultados tan exactos. En este género es posible utilizar el mismo papel, la misma tinta y la misma sustancia colorante que el artista cuyas obras se imitan; de modo que sólo un experto puede distinguir la copia del original.

En un primer taller algunos hombres y mujeres, sentados frente a sus pupitres, estudian cuidadosamente las imágenes desplegadas ante ellos. El éxito de la operación depende esencialmente de estos copistas. Deben descomponer el cuadro original en diferentes zonas de color; por ejemplo, trazan sobre un papel transparente los contornos de las hojas, los tallos, las hierbas verdes; en otro, los contornos de todos los detalles coloreados de rosa, etc. Se pega cada papel sobre un bloque de madera, y se graba con pincel el dibujo indicado. Ocurre a veces que se utilizan hasta doce o aún quince bloques para ciertos cuadros que representan flores. Puede realizarse esta copia analítica en tamaño natural; o en un formato distinto, sobre la base de una fotografía ampliada o disminuida del original.

La segunda operación es la impresión. Se emplean los colores utilizados por los propios acuarelistas chinos: colores minerales, mezclados con cierta proporción de una resina del melocotonero, que es soluble en agua; también se elige con cuidado el papel: es idéntico al que utilizaron los acuarelistas. Con un pincel se recubre cada plancha con el color correspondiente al dibujo que fue aislado: verde, rosa, etc.; se aplica al papel, y se lo frota con una especie de tapón de tela; luego se apoya el papel sucesivamente sobre cada bloque, de modo que el conjunto de los colores depositados reconstituye el cuadro primitivo; es un trabajo delicado: se necesita un cálculo minucioso para que el resultado no exhiba discrepancias. Según parece, también es muy importante el orden de impresión de los colores: algunos deben estar secos, otros todavía fluidos cuando se aplica el siguiente. Según que se haya pintado el original con tal o cual tipo de pincel, se mezcla mayor o menor cantidad de agua con la materia colorante, y se mide cuidadosamente la presión ejercida sobre el papel. Es posible graduar con un pincel el color aplicado, y utilizar la plancha de modo que se reproduzcan los menores matices del original.

Alrededor del 1º de octubre pude ver los cuadros conservados en el Museo de Pekín. Uniendo la preocupación por la economía con el respeto a su pasado, los chinos no han construido salones de exposición, y utilizan los pabellones del Palacio Imperial: éstos

se encuentran mal iluminados, y los armazones de madera recubiertos de papel de arroz disimulaban en parte las ventanas. No había cuadros muy antiguos. Ya los escritores del período T'ang deploraban la pérdida de las obras de la primera época, a causa de las guerras y los incendios; del mismo período T'ang queda poca cosa. Las pinturas más antiguas databan de la época de los Song. Eran largos rollos horizontales de tela, extendidos en las vitrinas: uno de ellos media por lo menos doce metros; representaban panoramas recorridos de derecha a izquierda; contemplarlos equivalía a realizar un verdadero paseo: el ojo viaja. Se detiene en una aldea, se demora al borde de un río, contempla personajes tan pequeños como los de la "Torre de Babel" de Breughel, pintados con el mismo movimiento e idéntica verdad. El realismo de estas obras antiguas nos recuerda a menudo a Holanda y Flandes. Aquí tenemos un camino con carros, peatones, mulas y mozos de cuerda; bajo los muros de la ciudad, algunos hombres beben, frente a las mesas de las tabernas; franqueamos las puertas y un puente: se trata de un mundo absolutamente terrestre. Me gustó sobre todo un paisaje de azules y verdes ácidos, obra de un pintor joven que murió a los veinte años. El lirismo de los tonos era específicamente chino; no excluía el realismo del dibujo: esta campiña de colores encantados estaba poblada de barcas auténticas, y casas y hombres verdaderos. Muchos cuadros representan caballos: los países de Asia central enviaban como tributo tropillas enteras al emperador; afírmase que Ming Huang tenía más de cuarenta mil, algunos de ellos ejercitados en las pruebas circenses. Muchos pintores se especializaron en la pintura de caballos, y entre ellos Ts'ao Pa, inmortalizado por el poeta Tu Fu, y su alumno Han Kan, a quien se atribuyó abusivamente la mayoría de los cuadros de caballos.

El realismo se esfuma rápidamente. El cuadro aparece siempre como un panorama. Pero en lugar del mundo terrestre, el artista intenta expresar la metafísica de su tiempo; ya no se ingresa en el paisaje, se lo sobrevuela; es el sueño cósmico del taoísta, el juego de apariencias en que se diluye el universo budista. Los hombres, el agua y las montañas que los antiguos pintores procuraban expresar en toda su verdad cobran un sentido simbólico. La bruma manifiesta la irrealidad del ser; el agua y las montañas constituyen las arterias y el esqueleto de este gran organismo que es el universo. De todo ello resulta que paradójicamente este país

de llanuras que es China, este país continental que ignora el mar, aparece en las estampas como si estuviese recubierto por montañas y agua. Ya no se trata a los hombres por su valor particular, y por el contrario aparecen perdidos en el seno de una naturaleza que los sobrepasa; éste sueña al pie de un árbol, aquél recorre las orillas de un río: aparecen solitarios, insignificantes y aplastados. En el curso de los siglos los cuadros cobran carácter cada vez más literario. Una de las singularidades del arte chino es que el mismo instrumento, el pincel, servía para escribir y pintar: se apreciaba la caligrafía tanto como el dibujo; de modo que se la mezcló con la pintura, y a menudo extensos poemas comentan el paisaje, cuyos rasgos están reducidos a simples signos. La mayor parte de la exposición estaba consagrada a cuadros de las épocas Ming y Ts'ing, en los que ya no se advierte ninguna originalidad. Las mismas imitaciones se repiten de vitrina en vitrina.

Confieso que, salvo las primeras obras, este arte me parece a menudo agradable, pero sin la más mínima profundidad. Padece la pobreza de las religiones y las mitologías chinas. El cristianismo, con su Dios encarnado y torturado, la Virgen-madre, los santos y las santas, invitaba a exaltar con pretexto sagrado la figura humana y todos los dramas humanos; el mundo se ordenaba alrededor de los grandes temas del nacimiento, el dolor, la muerte y la alegría; durante un período prolongado, los artistas fueron hombres surgidos del pueblo y que hablaban al pueblo. A partir de ese momento, los desarrollos técnicos aportados por la pintura al óleo determinaron la aparición de grandes obras plenas de significado. En China, el arte del pincel —trátese de la pintura o de la caligrafía— estaba reservado a los letrados; de modo que, con raras excepciones, el arte no fue más que un entretenimiento de mandarín; muy a menudo debía satisfacer los encargos imperiales, y los propios emperadores no desdeñaban practicarlo. Por eso muy pronto adquirió un carácter académico, se preocupó sólo de la perfección formal, y repitió indefinidamente el mismo contenido. Comparados con la pintura occidental, el sentido de los cuadros chinos parece magro, y su plástica es monótona. Y después de una breve época creadora, se prolongaron largos y áridos siglos durante los cuales proliferaron artesanos que no son más que copistas.

Si se tiene en cuenta este prolongado estancamiento de la pin-

tura china, se juzgará con menos severidad su esfuerzo actual. Los chinos dispensan una admiración al mismo tiempo oficial y sincera al viejo pintor Ts'i Pai-che a quien se denomina, a mi juicio impropiamente, el Matisse chino; estiman al pintor Jupeon, fallecido hace algunos años, y que se había especializado en cuadros de caballos. Pero es evidente que los jóvenes artistas no pueden limitarse a imitar a estos herederos de la antigua tradición que, a pesar de todo su talento, a menudo se limitan a imitar otras imitaciones de varios siglos de antigüedad. No podría decir cuántas veces vi en la exposición del Palacio Imperial los camarones y los cangrejos de Ts'i Pai-che, idénticos siglo tras siglo. Es indudable la necesidad de hacer otra cosa. Los pintores se orientan hoy en dos direcciones. Algunos estudian las técnicas de la pintura al óleo, y se inspiran en el realismo socialista soviético. Otros procuran conciliar la tradición china y la búsqueda de una expresión nueva. "Todavía pintamos con el pincel tradicional, sobre papel absorbente, utilizando el rasgo para expresar la plástica y evocando la profundidad mediante el contorno", explica uno de ellos. "Pero introducimos elementos de la técnica moderna: sombra y luz, perspectiva, colores más variados. Pero con esta técnica es difícil alcanzar dominio del color".

La búsqueda de una conciliación entre el arte alusivo de la antigua China y el realismo a veces ofrece resultados felices: algunos paisajes tienen la frescura de un Dufy. En cambio, la pintura al óleo todavía no ha producido —por lo que sé— más que cosas muy feas. Pero conviene repetirlo aquí: es imposible superar el realismo antes de haberlo conquistado. Cuando los chinos hayan asimilado la técnica del óleo, cuando posean un conocimiento técnico adecuado a sus nuevas ambiciones, se suscitarán los problemas estéticos propiamente dichos. Entretanto, no es posible comparar con disgusto la riqueza del pasado y la pobreza actual. El pasado fue rico sólo durante un breve período. Luego, por haberse dejado fascinar excesivamente por las antiguas maravillas, los artistas acabaron por no hacer más que repetirlas empequeñeciéndolas. La novedad del mundo que se quiere expresar exige una renovación del arte; pintar con encanto flores y pájaros, como aún lo hacen algunos chinos, es meterse en un callejón sin salida: es necesario romper francamente con el pasado, aunque ello implique atravesar un período de desconcierto.

El gobierno alienta activamente el movimiento artesanal. Se exponen oficialmente porcelanas, lacas trabajadas, objetos de cobre esmaltado, jades esculpidos, sedas bordadas; se les consagran importantes secciones en las tiendas estatales, y muchos negocios se dedican a ese comercio; las revistas y los folletos de propaganda destinados a los extranjeros elogian sus cualidades. Desde el punto de vista técnico la mayoría de estos objetos son notables, y allí donde la técnica ha alcanzado un nivel adecuado, es posible elogiar su belleza: es el caso evidente, entre otras cosas, de las sedas. Pero una cosa muy distinta es que pretenda perpetuar el "arte popular". Salvo las siluetas utilizadas en los teatros de sombras, recortadas en pergamino y pintadas de acuerdo con modelos antiguos, casi todo lo que he visto en este dominio era feo. Al adquirir carácter realista, las figuritas de barro han perdido todo su encanto; las tapicerías de seda, en lugar de evocar paisajes, con harta frecuencia representan el rostro de Carlos Marx o simbólicamente la amistad que une a Pekín y Moscú. Los papeles recortados, los grabados sobre madera tratan temas edificantes. Se han reemplazado las bellas "imágenes de año nuevo", decoradas con genios de casco y colores impetuosos, por cromos donde aparecen niños excesivamente rosados.

¿Podemos afirmar que el comunismo es responsable de esta decadencia? Es indudable que no. He comprobado la misma degradación en las "escuelas artesanales" inauguradas en África por colonos presuntamente respetuosos del arte indígena. Que el régimen sea capitalista, colonialista o socialista, lo contradictorio está en la idea de un "arte popular dirigido". El interés de una obra folklórica consiste en que el grupo que se encarna en ella expresa espontáneamente su particularidad; la segregación cultural ha determinado en China un rico folklore que inevitablemente se ve destruido por la universalización de la cultura; se realizan esfuerzos para conservar algunos restos; pero el artesanado dirigido ya no expresa a las masas: sólo manifiesta la idea abstracta que se forjan de ellas los dirigentes; nada más académico que la imitación artificial de la espontaneidad. En realidad, si los chinos rehusan confesar que la decadencia de su arte popular es inevitable ello responde a razones económicas; el 80 % de los objetos adquiridos por los campesinos se fabrican a mano: Se asigna valor

a lo que se utiliza obligadamente. Pero cuando se haya desarrollado la industria liviana, el arte industrial deberá reemplazar al artesanado; sólo él puede producir los muebles y los utensilios adaptados a una sociedad industrializada. Lenin afirma que es necesario tomar del capitalismo todo lo que éste tiene de válido, y los intelectuales chinos han retomado esta consigna en junio de 1956; podemos aplicarlas a esta esfera: al servicio de un mundo socialista, el arte industrial se hará socialista. Los pasatistas lamentarán que los objetos "hechos a mano" queden relegados a los museos; de todos modos, son conmovedores únicamente en la medida en que, al expresar un momento de la vida de un pueblo, la superan. Si se los produce en serie, y niegan el verdadero movimiento de la historia, fijan el presente y traicionan el pasado. Jamás he lamentado que Nueva York no perpetuase las artes precolombinas; tampoco lamentaré que Pekín olvide el cobre esmaltado Song o los recamados Ming.

LA MEDICINA CHINA

Cuando abordamos el dominio de las ciencias, evidentemente no podemos abrigar la esperanza de hallar una tradición "nacional". Sin embargo, existe en un dominio: la medicina. Cuando nos paseamos por las calles de Pekín nos asombra la coexistencia de dos tipos de farmacia: unas proveen medicinas occidentales, y otras drogas "tradicionales". En el gran hospital para niños inaugurado poco antes, estos dos sectores aparecían curiosamente yuxtapuestos; uno se asemejaba exactamente a nuestros laboratorios modernos; en el otro había inmensos armarios con los cajones colmados de plantas; precisamente, un médico se disponía a combinar una mezcla de hierbas secas para un niño que vomitaba sangre. Chiang Kai-shek había querido imponer a los chinos exclusivamente la medicina occidental, importada a Cantón y luego a Shanghai, después de la guerra del opio; esta rama comenzó a interesar a los chinos a partir de 1867, cuando la utilización del éter como anestésico y antiséptico abrió nuevos rumbos a la cirugía; de todos modos, le desconfiaban, porque venía de Occidente. La revolución burguesa de principios del siglo XX se dedicó a difundirla. Chiang llegó al extremo de declarar ilegal la medicina tradicional; debió retractarse como consecuencia de una protesta de trescientos médicos de Nankin, pero lo hizo de mala

gana. Por el contrario, el régimen actual protege a esta ciencia denominada "china" por la posición a su forma moderna y universal.

El interés que despertó en los chinos el estudio del cuerpo humano, la idea de la interdependencia del organismo y el mundo, la búsqueda de una inmortalidad material explican el desarrollo notable de la medicina hace más de tres mil años. Sus dos pilares eran el *tchen* (acupuntura) y el *kieu* (cauterización o moxibustión). Este último procedimiento consistía en quemar un bastoncillo de moxa (suerte de madera llamada en latín *artemesia vulgaris*) sobre cierto punto del cuerpo, de modo que la quemadura, sin afectar la piel, estimule los nervios. En el curso de los siglos se utilizaron varias clases de combustibles: se secaban las hojas de cierta planta llamada ai, se las arrollaba formando un pequeño cono, del tamaño de la mitad de una semilla de dátil; se aplicaba la base sobre la piel y se encendía la punta; actualmente se utilizan bastoncillos de ai del tamaño de un cigarrillo.

En una compilación del año 200 a.C., hallamos descripciones de estas formas de medicación. En 1023 d.C., bajo el reinado de los Song, se redactó un tratado que explicaba, sobre la base de una reproducción en bronce del cuerpo humano, en qué lugares podía utilizarse con provecho el tchen kieu: se indican setecientos puntos, así como los efectos obtenidos en cada caso mediante el tratamiento. En el siglo XIII se fabricaban figuras de bronce que representaban el cuerpo humano, y que estaban acribilladas de agujeros, correspondientes a los puntos en que debía practicarse la acupuntura; se recubrían de cera estas figuras, y los estudiantes se ejercitaban buscando el lugar exacto en que debían clavar la aguja. Había cinco clases, agrupadas en tres categorías de acuerdo con sus diversos usos: arañar la piel, penetrarla, alcanzar los nervios. Actualmente se fabrican agujas con una aleación de plata o de acero; hay gran variedad de formas, y el tamaño varía entre 1 y 9 centímetros.

Entre los descubrimientos notables de la antigua medicina, corresponde citar, desde el siglo V a.C., la utilización del pulso para la determinación del diagnóstico, el empleo bajo los Han de anestésicos que permitían realizar importantes operaciones abdominales, la idea de la medicina preventiva y la adaptación del cuerpo a su medio, la hidroterapia, la gimnasia realizada en el "boxeo chino", la cura de las enfermedades de la piel mediante el mer-

curia y el azufre. Entre los años 600 y 1000, China poseía el centro médico más avanzado del mundo. El "Instituto Imperial de Medicina" fue creado en 700 d.C., es decir 200 años antes que la escuela italiana de Salerno. La existencia de los primeros hospitales se remonta al año 301 d.C. Los budistas y los taoistas rivalizaban en el arte de curar a los enfermos.

El rasgo más notable de esta medicina, fue su farmacopea. Durante dos mil años se sucedieron en China los catálogos de remedios, de recetas y tratamientos. Entre las medicaciones utilizadas bajo los Han —cien años antes de nuestra era— 80 todavía son comunes hoy. En el siglo XVI fue editado el *Compendio de Medicina*, que trae 1.892 remedios, y permite preparar con ellos alrededor de 10.000 recetas. En esta misma época se descubrió la vacuna contra la viruela. A partir de los manchúes se interrumpieron estos progresos. Pero el acervo acumulado en el curso de los siglos era considerable.

Poco después de la liberación, en 1950, la "Primera conferencia nacional de la salud pública" estudió los problemas determinados por su reorganización. Se reconoció oficialmente su valor. La Asociación de medicina abrió sus puertas a los médicos "chinos"; están autorizados a ejercer privadamente su profesión, y en su placa exhiben la calificación de "médico chino"; algunos hospitales y también los centros de acupuntura están reservados exclusivamente a estos médicos; en otros establecimientos colaboran con los "occidentales".[41] Hay una academia nacional que realiza investigaciones en la línea "tradicional", y en el ministerio de Salud Pública se ha organizado una sección china. Se ha fundado también un instituto experimental para el estudio de la acupuntura y la moxibustión; uno de sus objetivos es aportar las bases teóricas de estos sistemas. Hasta estos últimos tiempos, el Instituto los fundó en las teorías de Pavlov: al estimular los nervios, se provocarían en ciertas regiones del cuerpo humano reacciones cuyos reflejos actuarían sobre el sistema central. Por eso el punto de aplicación de la aguja o la quemadura puede estar muy alejado de las regiones afectadas por la enfermedad: así, se curan ciertas enfermedades de la cabeza mediante la excitación de los dedos del pie, etc.

La acupuntura obtiene buenos resultados cuando se trata de

[41] Es decir, los chinos que practican la medicina occidental.

corregir desórdenes nerviosos, motores y digestivos. Pero sobre todo se ha confirmado el valor de la farmacopea. Entre 1951 y 1954 se aplicó el tratamiento tradicional a 9.503 enfermos —es decir, a más de 200 clases de enfermedades: se obtuvo un 90 % de mejorías y un 40 % de curaciones. Sobre todo, se obtuvieron éxitos en perturbaciones de los nervios, la locomoción y el sistema digestivo; pero también en casos de reumatismo, neuralgia, malaria, corea, hipertensión y algunas formas de eccema y tuberculosis.

En junio de 1955 la medicina china obtuvo un verdadero triunfo; los periódicos anunciaron que en 37 casos de disentería tratados de acuerdo con una fórmula de dos mil años de antigüedad (sólo se habían variado ligeramente las dosis), hubo 37 curaciones. Los remedios chinos a menudo curan enfermedades gastrointestinales ante las cuales la medicina occidental es impotente. Los chinos también han logrado curar la encefalitis. Sobre todo, la medicina occidental es impotente ante la encefalitis de tipo B, enfermedad aguda provocada por un virus neurotrópico transmitido por un mosquito. Sin embargo, el *Tratado de las epidemias* de Wu Yeu-sing, publicado en 1642 bajo la dinastía Ming, y el libro *Análisis clínico de las enfermedades febriles*, publicado en 1813 por Wu Tang, que resume la experiencia secular de los médicos chinos, contiene remedios eficaces contra la encefalitis. Entre 1954 y 1955 hubo 54 casos de encefalitis tratados, y 51 curaciones. Los principales ingredientes utilizados son el yeso, el cuerno de rinocerontes y de venado, el escorpión, la escolopendra, la corteza de canela, el ginseng y el asfodelo medicinal. Tsai nos dice que estuvo enfermo de tifoidea, y que se curó con los procedimientos chinos. Por otra parte, se extraen muchos remedios "occidentales" de las plantas utilizadas en la medicina china. El "sarpagan", vendido en Francia para combatir la hipertensión, se fabrica sobre la base de hierbas recogidas en las montañas tibetanas. El santorin es un alcaloide utilizado en farmacia, y se lo extrae del moxa. La gran diferencia consiste en el hecho de que en su forma "china" se administran los remedios en grandes dosis: el enfermo toma cuencos de caldo, en lugar de absorber una píldora. El resultado es que si un médico "occidental" actúa en una región remota, habituada exclusivamente a la medicina tradicional, debe realizar grandes esfuerzos para convencer a sus enfermos de que utilicen con moderación los remedios que les indica: el paciente traga de una vez el tubo de aspirinas, convencido de que un com-

primido no puede producirle el menor efecto. La sociedad farmacéutica se propone estandarizar en el curso de los cinco años próximos centenares de remedios tradicionales.

También se alienta a los médicos chinos a adquirir una cultura occidental; pero en junio de 1956, en el curso de la reunión de intelectuales en la que se decidió "liberalizar" el pensamiento, Lu Ting-yi defendió nuevamente la medicina tradicional contra quienes la consideran antimarxista y desprovista de contenido científico; censuró a los "sectarios" que tachan de feudal a la medicina china, y de capitalista a la medicina occidental, reservando el epíteto de "socialista" a las teorías de Pavlov y de Mitchurin. No se trata de rechazar las teorías de Mendel sobre la herencia. En general, "debemos tomar de los capitalistas todo lo válido que produzcan en el dominio de la ciencia y la técnica".

Hasta ahora, la Unión Soviética era la principal promotora de la medicina occidental en China; pese a todo, esta rama del saber ocupa el primer lugar; la mayoría de los médicos "occidentales" está agrupada en "dispensarios unificados", pero cierto número se mantiene al margen de la organización.

En las operaciones de reducida y mediana gravedad, se adopta el método soviético de la anestesia local. Se enseña a las mujeres el "parto sin dolor". En general, los cirujanos y los médicos toman como modelos a sus colegas soviéticos.

LAS CIENCIAS

Con excepción de la medicina, las ciencias de la naturaleza no tienen carácter nacional, y ninguna exhibe carácter de clase. Por consiguiente, en esta esfera China no necesita resolver ningún problema doctrinario, y sí únicamente una cuestión de orden práctico: como acrecentar sus posibilidades y elevar su nivel. El visitante que llega a China se interesa sobre todo en las formas singulares de su cultura; pero por su parte, los chinos se preocupan esencialmente de desarrollar el saber universal que necesitan para equipararse en todos los terrenos a las demás naciones.

El Estado sostiene a los estudiantes chinos, y les proporciona alojamiento, alimentación y mantenimiento gratuito;[42] los estu-

[42] En setiembre de 1955 se disponían a discutir este tipo de organización; la mayoría de los estudiantes creía que los hijos de padres acomodados debían pagar su alimentación, de modo que pudiese elevarse el bienestar general.

dios superiores generalmente duran cuatro años, y concluyen con exámenes, que no son concursos y que implican sobre todo pruebas orales; los alumnos de la escuela politécnica deben presentar un proyecto original, sometido a la aprobación de expertos; pero, en general, en China como en la Unión Soviética se cree que los interrogatorios orales expresan mejor que las pruebas escritas el nivel de un candidato. La enseñanza reproduce el sistema de las universidades soviéticas. Varios profesores llegaron de la Unión Soviética para ayudar a los chinos a reorganizar sus establecimientos superiores y formar cuadros. Visité la Universidad de Pekín,[43] una escuela normal, el Instituto Politécnico: hay pocos dominios en los que "ver" sea tan inútil. Lo único que el visitante puede comprobar es el gran número de obras en construcción, en los parques que rodean a los edificios principales: se construyen sin máquinas dormitorios, salas de clase, laboratorios. Los locales son insuficientes en todas partes, porque el número de alumnos aumenta año tras año.

Entre 1950 y 1956 217.000 estudiantes obtuvieron diplomas superiores; es poco, comparado con las necesidades del país, que son inmensas; el desarrollo de la industria y los grandes proyectos exigen multitud de ingenieros, de químicos, de geólogos y también de profesores que puedan formar a estos cuadros. En enero de 1956 se calculaba que el número total de intelectuales era de 3.840.000; pero sólo a 100.000 de ellos puede considerárselos como "grandes intelectuales" —es decir, personas especializadas seriamente.

Esta carencia obliga a asignar puestos importantes a los jóvenes salidos hace poco de las universidades. Así, del total de 42.000 miembros del personal docente de los establecimientos superiores, sólo el 17,8 % está formado por profesores; el 24 % son adjuntos, y el número de encargados de curso sin título se eleva al 58,2 %. Asimismo, sólo hay 31.000 ingenieros, y un total de 63.000 ayudantes técnicos que asumen las mismas responsabilidades de los primeros. Como ya se ha visto, la utilización apre-

[43] Algunos diarios publicaron que Sartre había sido recibido como "mandarín" (!) en la Universidad; y Rousset, siempre bien informado, escribió que "había aceptado los honores". ¿Es concebible que en China perdure el régimen de los mandarines, o que se celebren mascaradas tradicionales como en Oxford o Cambridge? La Universidad es un lugar donde se trabaja, y no un centro de distribución de honores.

surada de cuadros insuficientemente formados acarrea graves inconvenientes. "Las ciencias y la técnica de nuestro país aún sufren un retraso considerable", dijo Chu En-lai en su informe de enero de 1956. Insiste sobre la necesidad de recuperar el terreno perdido: China no puede apoyarse indefinidamente en los expertos soviéticos. Pero no disimula las dificultades de la tarea: "Es necesario no olvidar que, mientras nos esforzamos por avanzar, los otros continúan progresando a grandes pasos". En lugar de limitarse a formar muchos intelectuales de segundo orden, sugiere elevar el nivel de una pequeña minoría que pueda realizar un trabajo realmente "avanzado". Con ese fin, se procederá a enviar sabios chinos a la Unión Soviética, y se invitará a China a los sabios soviéticos para crear las bases de la investigación científica que permitan alcanzar el nivel de los soviéticos. Se ha encargado a la comisión nacional de planificación que trace un plan a largo plazo para el desarrollo de la ciencia entre 1956 y 1957. Se espera que en las ramas científicas más esenciales, el nivel alcanzado se acercará a la norma internacional hacia fines del tercer quinquenio. Es imposible prever en qué plazo la ciencia china en general llegará al nivel mundial. En la "alocución" de mayo de 1956, Lu Ting-yi ha señalado que la ciencia china no sólo debe inspirarse en la Unión Soviética y en las restantes democracias populares, sino aun tomar de las sociedades capitalistas lo que pueda asimilar con provecho.

CONCLUSIÓN

Actualmente, en China el problema de la *difusión* de la cultura todavía tiene prioridad sobre el de su *elevación*: y con razón. El valor de un escritor, un artista o un sabio depende estrechamente de la calidad de la masa de la que emerge, y que constituye su público. Sólo cuando el saber y la facultad de juzgar se hayan difundido ampliamente, China podrá convertirse, como lo ha prometido Mao Tse-tung, en "un país de gran cultura".

¿En qué consistirá esa cultura? China rechaza "la occidentalización integral". Sin embargo, en los aspectos concretos y a pesar de la supervivencia de algunas formas arcaicas —sobre todo en el dominio del teatro y la pintura— la tradición llamada "nacional y popular" de ningún modo ejerce influencia sobre el desarrollo del arte, el pensamiento y la literatura moderna. Ello no significa que los chinos se hayan "barbarizado" en exceso, de modo

que ahora no pueden integrar su antigua civilización: si a pesar de las consignas oficiales fracasan en la empresa, ello responde, a mi juicio, al hecho de que esa civilización está muerta desde hace demasiado tiempo. El gran momento del arte y el pensamiento chino corresponde a lo que nosotros denominamos en Occidente la Antigüedad y los comienzos de la Edad Media. La herencia de esta época lejana ha permanecido viva en Francia y en Italia únicamente gracias a la mediación del Renacimiento y los siglos posteriores. Roma y Atenas han alimentado concepciones relativamente cercanas a la nuestra: un complejo total de sentimientos y de ideas que podemos calificar de "modernas" han enriquecido a nuestros ojos la figura de Homero y la Acrópolis. Es notable el hecho de que, dada la ausencia de una continuidad de la tradición, Grecia contemporánea, por el contrario, se beneficie poco con su patrimonio. Circunstancias históricas distintas han provocado en China una ruptura análoga: los reinados de los Ming y los manchúes representaron épocas de estancamiento artístico e ideológico; el pasado cercano no ha asumido la carga del pasado lejano, que está separado del presente por amplios y áridos espacios. La literatura ha florecido más tardíamente; pero como se ha visto, en vista de la falta de una fusión entre las corrientes clásicas y populares, no ha producido esas grandes obras que conservan actualidad a través de los tiempos; los chinos pueden admirar y amar sus antiguas novelas, pero lo hacen retrospectivamente. En cuanto al aspecto folklórico de su cultura, una vez realizada la unidad de la nación, está condenado a perecer.

¿Por consiguiente, China está condenada, quiéralo o no, a copiar a Occidente? En concreto, gran parte de su inspiración de allí le viene. Se ha transformado social y económicamente gracias a las ciencias y las técnicas occidentales: para expresar su nueva realidad, se ve obligada a tomar elementos de los países que están más adelantados que ella. Muchos occidentales civilizados lo lamentan; convencidos de su definitiva superioridad, les agradaría que China continuase siendo "diferente". Aseguran que este país adquirirá "un carácter superficial". Ignoran todo lo que se refiere a su idioma y su literatura, casi todo lo que tiene que ver con su pensamiento y su arte: pero precisamente este misterio cobra a sus ojos la apariencia del infinito; les complace soñar que en alguna región del mundo se perpetúan maravillas insondables. Los chinos no sueñan su cultura: la viven y experimentan sus lí-

mites: pero también saben que es posible sobrepasar a estos últimos; rehusan dejarse encerrar en el dominio que pretende atribuirles la admiración ignorante, y en realidad despectiva de algunos occidentales. El día en que se haya equiparado con las naciones más avanzadas del mundo, no habrá razón para oponer China a Occidente: todos participarán de la cultura universal. Esta última reviste en cada nación formas particulares: no cabe duda de que China la señalará con su impronta; pero su originalidad está en el futuro, no en el pasado; se forjará en el curso de un porvenir vivo: no está definida ni contenida por un pasado muerto.

6

LA LUCHA DEFENSIVA

Cuando el régimen inició la reconstrucción del país, aún no se había realizado totalmente la unidad en su territorio, y el enemigo rechazado más allá de las fronteras rehusaba reconocer su derrota. Los dirigentes procuraron asegurar la cohesión nacional; inevitablemente esta actividad positiva tuvo su contraparte en una acción defensiva.

Para unificar a China, era necesario integrar sólidamente las llamadas "minorías nacionales"; de los 600 millones de habitantes que pueblan el territorio, la inmensa mayoría pertenece a la raza de los Han; 35 millones descienden de los indígenas rechazados hacia las regiones más áridas y menos accesibles por los Han en el curso de su expansión. Desde hace siglos, estas hordas viven en las tierras altas, en general habitan en tiendas y crían ovejas. Otrora se los trataba con desprecio. En efecto, los Han creían que hay tres clases de seres vivos: los Han, los bárbaros y los animales. A sus ojos, los mongoles, los uighures, los miao y los tibetanos eran bárbaros. Como reacción contra la opresión de la que eran víctimas, estas minorías en todos los regímenes configuraron centros de oposición. En la actualidad hay 44 grupos, que hablan 13 lenguas, de los que solo 4 tienen escritura. Hay 18 en el Noroeste: 12 de ellos habitan Sikiang; hay 20 en el Noreste, con unos 21 millones de individuos. Los restantes están dispersos en todo el territorio chino. En total, ocupan más de la mitad de la superficie de la nación; algunos habitan la región de origen, otros emigraron y están mezclados con poblaciones Han. Los dialectos utilizados por las minorías del Norte pertenecen a la familia altai y los del Sur se vinculan con el chino-tibetano. La mayoría de estos pueblos viven aún bajo un régimen feudal o

semifeudal; algunos están divididos en tribus de tipo primitivo, y todavía no han eliminado totalmente la esclavitud.

Si Chiang Kai-shek los mantuvo separados de la comunidad china, el nuevo régimen comprendió la necesidad de incorporarlos. Sus terratenientes fueron sometidos pacíficamente. Entre los Han se ha realizado y continúa desarrollándose una campaña de propaganda para eliminar todo prejuicio racista. Los Lo-lo, cuyo nombre escrito incluía un carácter que significa "perro", se llaman ahora Yi. Dos de las obras teatrales cuya representación presencié giraban, una totalmente, y la otra en parte alrededor del problema de las minorías; he leído en inglés muchos cuentos y relatos acerca de este tema. Por otra parte, el gobierno procura demostrar a las minorías que respeta sus costumbres, su lengua, y su religión, y que se propone garantizarles cierta autonomía. Confía obtener su adhesión sobre todo elevando el nivel social y aportándoles ayuda económica.

Una de las principales regiones pobladas por las minorías es el Sikiang, al Noroeste, donde viven sobre todo uighures y mongoles. En 1944 Sikiang se rebeló contra Chiang Kai-shek y constituyó una república independiente, "la república oriental de Turquestán", gobernada hasta 1950 por Sai Fadin. Este último adhirió a China comunista, y después que el territorio fue ocupado pacíficamente por el Ejército Rojo, Sai Fadin fue puesto a la cabeza de esta región, que tiene 4.780.000 habitantes, y cuya superficie equivale a tres veces la extensión de Francia. Se realizó un inmenso esfuerzo para desarrollar la economía agrícola de Sikiang entre otras cosas, se le ha suministrado un número relativamente considerable de tractores; se proyectan importantes centros industriales, y el sector uighur de Sikiang acaba de obtener una autonomía de la que ya gozaban los 600 mil tibetanos que habitan la zona.

La nueva China también procura consolidar su autoridad sobre Tibet. Esta región de elevadas mesetas está poblada en parte por agricultores sedentarios, y en parte por nómades y seminómades que crían ovejas. Sus relaciones con China datan del siglo VII: en esa época un rey del Tibet casó con una princesa de la dinastía T'ang. Los emperadores mongoles entraron en relación con los lamas tibetanos. En efecto, la autoridad política estaba en manos de los sacerdotes, reunidos en lamaserías grandes y ricas. La religión lamaísta —mezcla del *bon po* indígena y del budismo—

fue reformada en el siglo xv por la "Secta Amarilla" cuyo fundador encargó a sus dos discípulos principales, el Dalai-Lama y el Pantchen-Lama, que prosiguieran su obra. Debían gobernar de acuerdo, y el mayor debía instruir al menor en el curso de sus sucesivas reencarnaciones: ambos eran "Budas vivientes" de hecho elegidos por el clero. Reinaban sobre una alta sociedad muy jerarquizada, que incluía letrados versados en el conocimiento de los Sutras, y sobre una población nómade, que vivía en una especie de anarquía. Los emperadores manchúes quisieron anexar el Tibet. K'ang-hi envió a Lhassa un ejército, y en 1720 entronizó a un dalai-lama pro-chino, vigilado por dos funcionarios chinos. Después de una revuelta antichina, K'ien-long ordenó ocupar militarmente Lhassa, en 1751. Los dos comisarios chinos asumieron todo el poder político y designaron a los dalai-lamas. En compensación, el Dalai-Lama recibió el título de rey del Tibet. Pero se designó rey de Chigatsé al Pantchen-Lama, y se alimentó cuidadosamente la rivalidad entre ambos: en adelante, fueron enemigos. En 1904 los ingleses quisieron hacer pie en este país, situado a las puertas de India; ese mismo año entraron en Lhassa. El Dalai-Lama, decimotercero en ese cargo, decidió huir; y luego vivió en la ciudad santa, y hasta 1934 aceptó la influencia inglesa. Ese año, el gobierno de Nankin se esforzó por establecer una comisión, pero sin éxito. El Pantchen-Lama salió de Tibet en 1924 y murió en 1937. Como sus sucesores eran niños, los sacerdotes reinaron en lugar de ellos. En 1945, los norteamericanos enviaron una misión militar a Lhassa. El Pantchen-Lama, refugiado en el Kukunor, en territorio chino, adhirió inmediatamente al régimen comunista, y volvió a Tibet con el Ejército Rojo, que ocupó pacíficamente el territorio. El Dalai-Lama ofreció mayor resistencia, pero al fin cedió. Reconciliados, los dos Budas vivientes acudieron juntos a Pekín para celebrar la fiesta nacional del 1º de octubre de 1954. Se los acogió suntuosamente, en cámaras tapizadas con seda amarilla, predicaron en la catedral del culto lama —el templo Yong-lo-kong— que el emperador K'ien-long había regalado a los lamas tibetanos y que ha sido restaurado hace poco por el régimen. Asimismo, asistieron al desfile al lado de Mao Tse-tung. Ahora, los 2.800.000 habitantes del Tibet están representados en el "comité permanente de la primera asamblea nacional" por el Dalai-Lama, que es uno de los vicepresidentes. Se han creado escuelas primarias, fundado un banco popular que

presta dinero sin interés a los agricultores, y con interés a los comerciantes y los artesanos; la compañía estatal adquiere la lana de los tibetanos. Pero la principal empresa destinada a vincular concretamente al Tibet con China, es la construcción de dos nuevos caminos: Sining-Lhassa, con una longitud de 2.100 kilómetros; y Yanan-Lhassa, cuya longitud es de 2.755 kilómetros. Este último fue inaugurado en la Navidad de 1954, y con razón los chinos están orgullosos de la obra: he visto fotografías en todas las revistas ilustradas, y leído innumerables relatos, estadísticas o anécdotas acerca de su construcción; además, ha inspirado a los pintores. Corre a lo largo de una vieja ruta de caravanas, y franquea catorce desfiladeros de 3.000 a 5.000 metros de altura; bordear precipios y atraviesa ríos; los tibetanos lo llaman "el arco iris milagroso" o "el puente de oro", porque les permite al fin recibir en cantidad suficiente té, sal, tejidos, máquinas, y medicinas, y exportar los productos locales: lana, cuero, pieles y plantas medicinales.

Así como se respeta el budismo, por consideración al Tibet, los musulmanes tienen derecho a practicar su religión, pues es el credo de un número bastante elevado de minorías nacionales, entre otras los uighures del Sikiang, y los huei, que viven en varias regiones; en total, son unos 10 millones de mahometanos. Antaño a menudo se los persiguió, sobre todo bajo los manchúes y el Kuomintang: las mezquitas fueron saqueadas, y aún hubo masacres. A partir de 1952 se agruparon para formar la Asociación Islámica de China. Muchas mezquitas fueron restauradas, y entre otras en Cantón una antigua mezquita que data de la época T'an, y otra muy antigua, en Hang-tcheu. Tienen escuelas religiosas anexas, pero se sobreentiende que todas las escuelas están abiertas a los musulmanes. En la misma Pekín, 2.800 familias huei que practican el culto musulmán viven alrededor de la calle Nicukai. Poseen una mezquita que se remonta a la dinastía de los Song; hay otras mezquitas menos antiguas en distintos lugares de Pekín. En las festividades musulmanas, las fábricas dan asueto a las personas de este credo; donde hay grupos numerosos, se organizan cantinas especiales para ellos, o se les concede una subvención para que puedan tomar sus comidas fuera de la empresa. Algunos grupos de peregrinos chinos acuden todos los años a La Meca.

Todas las minorías nacionales eligen representantes. La representación es proporcional a la cifra de la población: pero a partir

de los 70.000 miembros, tienen derecho por lo menos a un diputado. Ocupan 177 bancas de un total de 1.226 —es decir el 14 %, aunque representan menos del 7 % de la población total. A causa de las condiciones económicas y geográficas en que viven, tienen un nivel de civilización inferior, y no todas pueden administrarse por sí mismas: pero tan pronto alcanzan cierto desarrollo, se les concede autonomía.[1] Se prevé que muy pronto se reconocerá la autonomía de Tibet. La primera condición para que estas regiones todavía atrasadas puedan administrarse por sí mismas es que posean cuadros. Se ha creado en Pekín un Instituto que procura formarlos. Los miembros de las diferentes minorías acuden aquí para completar sus estudios secundarios o proseguir estudios superiores. Se enseña el chino a quienes lo ignoran; pero, lejos de intentar que olviden su propia lengua, los especialistas se esfuerzan por crear escrituras para las minorías que no las tienen. Se trata de un intento difícil, pero en dos o tres casos se ha logrado establecer un alfabeto fonético. Se dan las clases en chino, pero con la ayuda de un traductor. Asistí a un curso de geografía cuyos alumnos eran tibetanos: un intérprete traducía al tibetano las palabras del profesor. Me impresionó la profunda atención que se leía en todos los rostros, la mayoría ya señalados por la edad.

Se han concebido los menores detalles del Instituto de manera que los estudiantes no se sientan en un ambiente extraño; se respetan sus costumbres y su religión. Hay varios refectorios: uno para los musulmanes y otro para los tibetanos; en el refectorio principal también se tienen en cuenta los hábitos y los gustos de cada uno. En un gran pizarrón negro están inscritos los nombres de los estudiantes: en cada columna se indica el género de alimento que les conviene. La primera columna corresponde a los omnívoros; luego viene una categoría que dice "ni ave ni pescado"; en otra lista se lee "nada de cerdo"; y en otra: vegetarianos. Aquí trabajan cocineros tibetanos que confeccionan platos regionales para los estudiantes de esa región. También vi los lugares consagrados a los diferentes cultos religiosos. Hay una capilla del culto de los lamas, con las clásicas imágenes de Buda, los pebeteros, el incienso y las ofrendas. Una gran habitación desnuda cumple la función de mezquita.

[1] Se trata de una autonomía administrativa: se sobreentiende que desde el punto de vista político continúan dependiendo del gobierno de Pekín.

Esta política ha dado sus frutos. En 1956 hubo algunos desórdenes en Tibet, pues ciertas tribus nómades se esfuerzan por perpetuar sus tradiciones anárquicas. Pero en general, las "minorías nacionales" han adherido sólidamente al régimen.

Los dirigentes han debido afrontar otro problema interior: cuando asumieron el poder, en la sociedad china propiamente dicha reinaba la corrupción y el desorden. Aún sus enemigos reconocen que milagrosamente lograron vencerlos; en China, otrora país de bandidos y tramposos, reina la honestidad. En la parte "positiva" de su "balance" los Gosset anotan: "Ya no hay mendigos ni prostitutas. Un número infinitamente más reducido de opiómanos y jugadores. Desaparición de los ladrones". También Guillain ha comprobado esta "moralización" de la sociedad. Sin embargo, es tan acentuada su parcialidad que llega al extremo de reprochar al régimen este éxito: si despoja a la gente de la posibilidad de conducirse mal, le arrebata su libertad. En este punto es interesante comparar la actitud de Indonesia —liberada hace poco de los holandeses— con la de China. En Djakarta se admite implícitamente el robo; las bandas organizadas despojan sobre todo a los extranjeros, bajo la mirada indolente de la policía: "Para nosotros la libertad es cosa tan nueva", ha dicho en esencia uno de los responsables a Tibor Mende[2]... "hay que dejar que la gente aproveche". Es que en ese país perdura el capitalismo extranjero, y el gobierno ve en el robo una suerte de recuperación. Su conducta es lógica. Como no impide el robo, tampoco lo castiga. Pero los chinos ya no tienen que ver con extranjeros: sólo con ellos mismos. El gobierno no puede tolerar el robo: la única política sana es imposibilitarlo. De ahí que, del rico comerciante al conductor de rickshaw, todos estén sometidos a un control severo. Por otra parte, parece que hoy las consignas de honestidad se han introyectado.

En el plano de las relaciones exteriores, no se ha aceptado a China en las Naciones Unidas, la mayoría de los países de Occidente rehusan reconocerla, soporta un bloqueo, y la guerra contra el Kuomintang aún no ha concluido. Apoyado por una simpatía que Eisenhower y Nixon acaban de renovarle, y por las fuer-

[2] Véase su libro titulado *L'Asie du Sud-Est.*

zas armadas norteamericanas. Chiang Kai-shek, instalado frente a la costa china en la isla de Taiwan,[3] prolonga sordamente la lucha. En 1950 había anunciado que triunfaría en el curso del año 1955; en el verano de 1955 confesó que se había equivocado en cinco años: pero profetizó que en 1960 sería el amo de la nación. En China nadie toma en serio estas fanfarronadas; de todos modos, los aviones nacionalistas bombardean a menudo las fábricas y los lugares estratégicos de la costa, y la presencia agresiva de Taiwan provoca vivo resentimiento en los chinos. Cuando se entra en un parque de Pekín, apenas se franquea el portón se ve un gran mapa de Formosa, y en la parte superior, escrito en caracteres chinos: "Liberemos a Formosa". Sobre los paneles se fijan caricaturas de Chiang Kai-shek; por ejemplo, aparece un general norteamericano, de pie sobre un islote —Formosa— al lado de un enorme saco de dólares; arroja monedas de plata al mar; para atraparlas en sus fauces, Chiang, a quien el dibujante ha dado una cabeza de perro, nada vigorosamente hacia el continente: "El entrenamiento del perro", dice la leyenda. Otro dibujo representa un espantajo, de la cintura para arriba, que tiene la cabeza de Chiang: al extremo de los dos brazos monstruosamente alargados, las manos aferran por un lado a Taiwan, y por el otro un barco de Estados Unidos: en el barco y en la aisla hay cañones que apuntan hacia la costa china, mientras Chiang blande un sable ridículo. Bajo la imagen aparece la palabra "Piratería".

Además, hay un grupo bastante importante de tropas nacionalistas, en parte armada por Estados Unidos, y que —a pesar del gobierno birmano— guerrean en la frontera chino-birmana. Hong-Kong,[4] a algunos kilómetros de Cantón, es el centro de un gran número de partidarios del Kuomintang. De allí sale toda la propaganda anticomunista. Por lo tanto, la República China está rodeada parcialmente por un enemigo que no ha querido reconocer su derrota; en sí mismo es débil, pero su poder puede multiplicarse de la noche a la mañana por un giro de la incierta política norteamericana. Es natural que China considere inaceptable esta situación. El 11 de abril de 1954, al regresar de Nueva Delhi, Chu En-lai ha declarado que, por tratarse de un territorio chino,

[3] Nombre chino de Formosa.

[4] Los desórdenes de Cholon —barrio chino de Hong-Kong— en octubre de 1956 demostraron el grado de tensión existente entre los comunistas y los nacionalistas chinos.

Formosa debía reintegrarse a China; desde entonces, la consigna "Liberemos a Formosa" aparece en las paredes de Pekín; la radio la difunde. No se contradice con la otra consigna: "Viva la paz"; China ciertamente no se propone representar el papel de agresor; y exige esta restitución precisamente en nombre de la paz: "La lucha por la paz y la lucha por la liberación de Formosa están indisolublemente vinculadas", ha declarado Chu En-lai. La presencia de Chiang Kai-shek a la entrada de China representa para ésta una amenaza permanente; la guerra no habrá concluido realmente sino cuando se haya unificado toda China —es decir, una vez liberada Formosa.

En el curso del año 1956 Chu En-lai multiplicó sus aperturas para obtener la incorporación pacífica de Formosa; pero aunque espera poder resolver de ese modo el problema, China quiere llegar a ser tan fuerte que pueda intimidar a sus adversarios. Asigna gran importancia a su ejército. Este último se ha convertido en ejército regular a partir de 1955. El 16 de julio de 1955 P'ong Tö-huai presentó un proyecto de ley que establecía la sustitución del servicio voluntario por el servicio obligatorio. El ejército de voluntarios era muy numeroso y carecía de la solidez necesaria. El ejército reclutado regularmente tendrá menor número de efectivos, pero permitirá organizar una numerosa reserva de soldados entrenados; al mismo tiempo, la reducción del número de tropas permitirá obtener economías.[5]

Desde la liberación y hasta 1954 fueron desmovilizados 4.520.000 soldados. En noviembre de 1954, cuando la nueva ley sólo era un proyecto discutido por toda la nación, se realizó un ensayo de conscripción en 25 provincias y en Mongolia interior: se inscribieron 10.032.000 jóvenes, y sólo fueron enrolados 830.000. Después se realizó una nueva desmovilización que afectó a 1.570.000 soldados. El servicio "obligatorio" no será un régimen severo: pues el número de conscriptos posibles supera con exceso el de los reclutas que el gobierno puede y quiere enrolar. En cada aldea, una vez eliminados los enfermos, los que son único sostén de la familia, etc., quedarán muchos más jóvenes válidos que el número de los que serán llamados a filas: los que no desean partir no

[5] El presupuesto de la defensa nacional representaba en 1954 el 23,6 % del presupuesto total (es decir, 24.632.444.000 yens); en 1955 es el 24,19 % (31.192.520.000 yens). El aumento responde al hecho de que las tropas soviéticas han abandonado Dairén, defendido ahora por guarniciones chinas.

serán incorporados; por el contrario, muchos de los que desean prestar servicio no podrán hacerlo.

Leí en *China Reconstructs* el *Diario de un joven recluta*. El autor, de diecinueve años, describe su alegría cuando el 21 de febrero de 1955 fue "incorporado", y la tristeza de su hermano, que se vio rechazado. El texto tenía un carácter tan visiblemente edificante que dudé de su autenticidad. Pero la señora Cheng me asegura que, por lo menos en cuanto al fondo, dice la verdad. El error de muchos de estos periódicos de propaganda es presentar como motivadas por "el entusiasmo de la construcción del socialismo" formas de conducta cuyas razones son mucho más concretas: por su parte, los dirigentes saben y repiten que pueden suscitar "entusiasmo" sólo a través de motivaciones concretas.[6] En realidad, el joven campesino desea intensamente ser soldado, no porque tenga la cabeza saturada de consignas, sino porque a sus ojos esta condición es deseable desde varios puntos de vista. Ahora que lee los periódicos, frecuenta los centros culturales, y posee cierta formación política, el joven campesino se ha adelantado a las viejas generaciones; la aldea le parece estrecha, y le molesta el trabajo primitivo que se le impone; las cosas cambiarán cuando se mecanice la agricultura; mientras tanto, basta que se le ofrezca la posibilidad de conducir un camión, o más modestamente de manejar un aparato mecánico, aunque se trate nada más que de un fusil-ametralladora, para que se precipite sobre la ocasión; además tiene avidez de ver mundo. Cuando retorne a la aldea, sabrá mucho más que los camaradas que no abandonaron su agujero. Y espera poder alcanzar la jerarquía de cuadro. Además, el nivel de vida del soldado es superior al que se observa en el promedio de los campesinos; está mejor vestido y mejor alimentado. En uno de los boletines anticomunistas más venenosos, publicado en Hong-Kong —*China News Analysis*— encuentro la siguiente confesión: "Hace cinco años, las tropas del Kuomintang, mal pagadas, mal alimentadas y vestidas, eran un sector más o menos despreciado de la población. Hoy, el ejército es el orgullo del gobierno. Los soldados están bien alimentados y vestidos; a las escuelas mili-

[6] He comprobado con numerosos recortes que los *hechos* informados por estas revistas son auténticos; suministran informes de inestimable valor; la "propaganda" depende de la *explicación* mucho más virtuosa y simplista que se ofrece de ellos, y que contrasta extrañamente con la áspera lucidez de los textos oficiales.

tares asiste la crema de las nuevas generaciones". Es suficiente ver a los jóvenes reclutas pasearse en los parques y los templos para comprender que el soldado chino es feliz, y que tiene el afecto de toda la población. "Antes, me dijo la señora Lo Ta-kang, yo era antimilitarista, como todos los intelectuales: los soldados del Kuomintang eran bandidos, y se los detestaba. Estos se comportan tan bien, son tan cordiales y amables que todo el mundo los quiere". En realidad, se reclutan, lo mismo que antaño, entre los jóvenes campesinos: lo que ha cambiado es la institución. También el significado es distinto; antes el ejército servía los intereses de un orden detestado; hoy su misión es proteger a la nación. Ya nadie es antimilitarista, porque todos son nacionalistas y la nación necesita de sus soldados.

Después de conferir al ejército carácter de organización regular, el gobierno decidió, en setiembre de 1955, establecer en adelante una distinción más definida entre los oficiales y los soldados. El 27 de setiembre, en el curso de una ceremonia solemne, Mao Tse-tung otorgó el título de mariscal a varios generales: entre otros, a Tchu Tö, vicepresidente de la república, y al viceministro Tch'en Yi; y otorgó a diferentes oficiales los grados de general, coronel general, etc, al mismo tiempo que distribuyó varias condecoraciones.

El principal temor de los dirigentes es la alianza de los adversarios exteriores con los enemigos interiores; se trata de una guerra civil, en la cual se enfrentan conciudadanos; de este modo se facilita la infiltración de espías, saboteadores y agitadores que se mezclan fácilmente con la masa de chinos. En muchos lugares hallarán un terreno favorable; pues también en el territorio mismo de China la situación es difícil. Las clases que antes gozaban de privilegios no se han incorporado totalmente al régimen; cierto número de capitalistas, de intelectuales y sobre todo de terratenientes adoptan actitudes irreductibles: estos últimos —apoyándose especialmente en los antiguos sacerdotes y hechiceros taoístas— procuran agrupar alrededor de sí a los elementos más retrógrados de la población rural. Según parece, durante la primavera y el verano de 1955 su oposición adoptó una forma particularmente activa. Según me informaron, esta recrudescencia obedece a dos causas principales: muchos contrarrevolucionarios solo fueron condenados a algunos años de prisión; cumplida la pena, e imbuidos de resentimiento, recomienzan la lucha. Pero sobre todo

la aceleración rápida de la socialización crea a los anticomunistas una situación urgente; se juegan la última carta, antes de que se complete la colectivización agrícola y se proceda a la liquidación del sector privado de la economía. Esta situación ha sido explicada muchas veces por los dirigentes. En abril de 1955, el Comité Central declaró en el curso de su quinta sesión plenaria: "Paralelamente al desarrollo de la causa socialista en nuestro país, los restos de los elementos contrarrevolucionarios, y los elementos reaccionarios, de la burguesía que se oponen resueltamente a la transformación socialista activan en este momento su conspiración, con el fin de promover una restauración contrarrevolucionaria". El ministro de Control, Chien Ying, volvió a abordar este tema el 25 de julio: "En nuestro país la lucha de clases no ha disminuido, y por el contrario es más aguda y compleja. Los actos de resistencia y de sabotaje cometidos por los contrarrevolucionarios de todo tipo contra la transformación socialista son cada vez más numerosos y violentos". A su vez, Lo Juei-k'ing, ministro de Seguridad Pública, decía el 29 de julio: "Es necesario recordar que aún estamos en el período transitorio de la lucha de clases. Entre los elementos contrarrevolucionarios hay terratenientes y otros criminales, y muchos de ellos liberados después de haber purgado su pena, piensan vengarse".

La característica de la fase actual de la lucha "es que las actividades de sabotaje del enemigo son más malignas y disimuladas que antes", ha señalado Lo Juei-k'ing. De ahí que el gobierno aconsejara una vigilancia extrema. El Jen-min je-pao escribía el 27 de julio: "Que los contrarrevolucionarios puedan ocultarse en nuestros organismos oficiales, en el ejército, el partido, los grupos democráticos y las organizaciones populares, y que allí puedan desarrollar sus diversas actividades subversivas, es resultado en gran parte de nuestro escaso grado de vigilancia... Se han desarrollado en nuestro medio una letargia y una despreocupación extremadamente peligrosas y erróneas, y esta crítica vale también para los cuadros y los miembros del Partido Comunista". Lo Juei-k'ing lanzó la consigna: "Acentuemos nuestra vigilancia, rechacemos la despreocupación". En ese mes de setiembre de 1955 aún el extranjero podía advertir que la lucha defensiva atravesaba una fase aguda. El tema que Lao Che se proponía abordar en un próximo artículo era la Vigilancia. La señora Cheng y Tsai se quejaban de que hasta ese momento el régimen había sido excesiva-

mente tolerante; hablaban de espías llegados de Taiwan en barco, o descendidos en paracaídas, o que atravesaban la frontera de Hong-Kong; relataban los casos de sabotaje e incendio informados a menudo en los periódicos. Sobre todo en Cantón podía percibirse la tensión.

De acuerdo con la teoría que desean demostrar en el momento dado, Rousset y sus amigos sostienen sucesivamente que: 1º Estos atentados existen realmente en gran escala, y anuncian el próximo derrumbe del régimen. 2º Se trata de una campaña totalmente prefabricada para permitir a los dirigentes, instaurar el reinado del terror. A mi juicio, para apreciar adecuadamente la situación, es necesario compararla con la de otras naciones de Asia. Sea cual fuere su matiz político, un gobierno jamás puede transformar un país atrasado en país relativamente avanzado sin provocar perturbaciones. Como las poblaciones asiáticas son extremadamente miserables y al mismo tiempo muy numerosas, estos desórdenes deben ser en su caso particularmente violentos: en Birmania, Indonesia y Pakistán la lucha por la independencia y la modernización de la sociedad acarreó sangrientos disturbios. A pesar de su centralización y su disciplina muy superiores, China no podía ser excepción. De todos modos, al mismo tiempo que realizaba la más radical metamorfosis, ha sabido evitar las convulsiones que sacudieron a los países vecinos. Ya se vio que una prudente política agraria le ahorró la tragedia representada en la Unión Soviética por las grandes insurrecciones campesinas. A partir de 1949 fueron sofocadas las diferentes formas del fanatismo religioso y el bandidismo militar. En ningún momento el régimen se vio conmovido.

No debe deducirse de ello que la "campaña de vigilancia" ha sido orquestada gratuitamente. Un país que se ve obligado a quemar etapas no puede aceptar que se pongan obstáculos en su camino; los sabotajes, las depredaciones y las distintas formas del despilfarro frenan su avance: es razón suficiente para que se los combata con vigor. Además, una de las constantes de la política china es su carácter preventivo: del mismo modo que ha evitado el retorno del capitalismo agrario antes de que se convirtiera en auténtico peligro, sofoca la contrarrevolución antes de que su desarrollo haya alcanzado un punto crítico. No se trata de elegir el Terror, sino por el contrario de seguir el único camino que permite evitarlo.

Dos reglamentos provisorios han organizado la lucha destinada a sofocar a los contrarrevolucionarios: las "Directivas para la supresión de las actividades contrarrevolucionarias", que datan del 23 de julio de 1950, y el "Reglamento sobre la represión de las actividades contrarrevolucionarias", promulgado el 21 de febrero de 1951. A partir de setiembre de 1954 la justicia se basa en dos leyes orgánicas, una relacionada con el Ministerio público, y la otra con los tribunales populares. Lo Juei-king, ministro de Seguridad, indicó nuevamente en junio de 1956 cuál debía ser el espíritu de la represión: "Es absolutamente necesario impedir los interrogatorios acompañados de torturas, y las confesiones arrancadas mediante la fuerza; es necesario cumplir bien el trabajo de examen y de investigación, atribuir importancia a las pruebas, y no creer a la ligera en las declaraciones; es necesario distinguir clara y conscientemente lo verdadero de lo falso, lo importante de lo secundario, distinguir las formas de tratamiento, limitar rigurosamente el tiempo de arresto, detener únicamente a los elementos cuyo caso está contemplado explícitamente en la ley, no detener a nadie si ello no es necesario". En suma, la consigna "reforzar la vigilancia, suprimir los agentes especiales" debe complementarse con la consigna: "evitar la parcialidad, no cometer injusticias con los buenos ciudadanos".[7]

Aunque está justificada teóricamente, y desde el punto de vista concreto se desarrolla con prudencia y moderación, la represión de las actividades contrarrevolucionarias es el hecho que suscita la más viva indignación de los contrarrevolucionarios. Denuncian su alcance y se alzan contra sus métodos. Con respecto al primer punto, sus afirmaciones son escandalosamente gratuitas. Por ejemplo, se basan en discursos oficiales que afirman que el 90 % de los capitalistas y los campesinos han adherido al régimen. Y extraen la conclusión: el 10 % está formado por contrarrevolucionarios peligrosos. Un poco más y ya los tenemos a todos arrestados; si descontamos los niños, sobre un total 600 millones de individuos, tenemos más de 20 millones de forzados. Es evidente que esta cifra es fruto de la más exaltada fantasía. Por su parte, el gobierno chino declara que hay 600.000 detenidos políticos, y que la ma-

[7] La existencia misma de la institución policial acarrea necesariamente y por doquier la comisión de abusos; también los hubo en China. Pero no debe subestimarse el hecho de que hoy se procura reprimirlos.

yoría de ellos purgan penas menores de diez años. No es posible controlar esta afirmación. Como lo ha reconocido Rousset, es imposible examinar el aspecto cuantitativo del problema. De todos modos, los anticomunistas atacan el principio mismo de la represión, y el problema consiste en saber si ella responde a razones legítimas.

Para negarlo, los anticomunistas recurren a un sofisma extraordinariamente grosero. En Francia, la actividad política de los ciudadanos se limita, en la inmensa mayoría de los casos, a expresar sus opiniones; la opinión debe ser libre; si en China se reprime la oposición política, se coarta dicha libertad. Así concluye Rosenthal la "requisitoria" que pronunció en Bruselas, afirmando: "En China Popular existe un régimen de trabajo forzado destinado a *corregir las opiniones políticas de las personas que no aceptan la ideología del gobierno*". Omite señalar que se las detiene únicamente si han manifestado su desacuerdo mediante sabotajes, incendios de bosques o graneros, asesinatos —en resumen, de delitos que ningún gobierno dejaría impunes— o por lo menos mediante una agitación y una propaganda que amenazan a la seguridad del estado —delitos que en todos los países también son reprimidos por la ley.[8] En China no se molesta a ningún ciudadano por sus "opiniones"; los anticomunistas lo reconocen cuando señalan con satisfacción algunos textos oficiales que indican la existencia —entre los intelectuales o los campesinos— de ciudadanos que no han adherido a la ideología del régimen.

Otro sofisma sostenido por Rousset es que los atentados de los contrarrevolucionarios están dirigidos únicamente contra el gobierno, no contra el país. A menudo los dirigentes chinos han procurado demostrar lo contrario, y con razón: si en el curso de las luchas contra las inundaciones alguien sabotea los diques, quienes se perjudican son los campesinos. Rosenthal se indigna porque "la intención política" agrava un crimen en lugar de atenuarlo, cuando en los regímenes burgueses se reserva la mayor severidad para los delitos comunes. Me asombra que alguien pretenda invocar, como norma absoluta, la justicia de clase que reina en nuestras

[8] Sobre todo en Francia, las leyes acerca de la "desmoralización del ejército" y de la "desmoralización de la nación" permiten practicar los más arbitrarios arrestos. Fue el caso en el "asunto Henri Martin", en el caso de Claude Bourdet y más recientemente en el de Marrou, acusado de "desmoralización del ejército", a causa de un artículo publicado en *Le Monde*.

democracias. La indulgencia de los chinos con respecto a los delitos comunes es uno de los rasgos asignados sin vacilar a su activo. Y las circunstancias explican con suficiente claridad que, por el contrario, procuran reprimir vigorosamente la agitación de sus enemigos políticos.

Rousset, Rosenthal y la comisión sectaria que agruparon alrededor de ellos en Bruselas pretenden que los condenados no fueron sometidos a procedimientos regulares: se trata de una flagrante mentira, refutada por toda la organización de la justicia china.

La revolución china ha abolido el antiguo código, y descalificado a los anteriores jueces y abogados; aún no ha organizado una nueva estructura legal, que abarque toda la superficie del cuerpo social. Ni siquiera la comisión inspirada por Rousset se ha atrevido a formular este cargo: es harto evidente la necesidad de un nuevo código, y que su elaboración exige el trabajo de varios años. Sin embargo, aparte la Constitución, que es una base legal importante, a partir de 1950 se promulgó cierto número de leyes. Sobre todo la ley del 21 de setiembre de 1954 acerca de la "Organización judicial" y la del 20 de diciembre de 1954 en relación con los arrestos y las detenciones protegen al ciudadano de todo arresto arbitrario. Este artículo reproduce el artículo 89 de la Constitución, y declara: "La libertad individual de los ciudadanos de la República Popular de China es inviolable. Nadie puede ser arrestado sin orden del tribunal popular o sin un mandato emanado de un oficial del ministerio público". La policía sólo puede arrestar en caso de delito flagrante, y debe justificar el hecho en un plazo de veinticuatro horas. En China no existe ninguna forma equivalente de la "detención administrativa", que en la Unión Soviética permite aplicar condenas arbitrarias: [9] únicamente los tribunales pueden ordenar la detención.

[9] En Bruselas, Gérard Rosenthal intentó suscitar dudas acerca de este punto. Se basa en el artículo 36 del "Reglamento sobre la reforma mediante el trabajo". "Para encarcelar a un criminal, es necesario apoyarse en los siguientes documentos: un acta de juicio, un acta administrativa (mandato ejecutivo) o una orden de detención. Si no se dispone de uno de los documentos mencionados, no es posible encarcelar a un delincuente." Un mandato ejecutivo es un acto administrativo que exige la ejecución de un fallo anterior, y por consiguiente el artículo 36 significa que el encarcelamiento sigue inevitablemente al fallo de un tribunal. Sin embargo, Rosenthal juega con la palabra "administrativo" y declara: "Es *inquietante* el hecho de que este artículo esté calcado sobre el artículo del Reglamento ruso". Sin embargo confiesa: "Es imposible formular una afirmación categórica".

Esos tribunales son juntas populares locales escalonadas en tres categorías: inferior, intermediaria y superior. En última instancia actúa el Tribunal Popular Supremo. Se trata de organismos colegiados, con la participación de magistrados especializados y asesores populares. Las asambleas legislativas locales eligen a los jueces presidentes; la Asamblea Nacional elige al presidente de la Corte Suprema. Los restantes jueces son designados por los organismos gubernamentales. El pueblo elige a los asesores: se trata de obreros, campesinos, artesanos y también intelectuales, industriales y comerciantes. "Los asesores provienen de las masas, conocen bien los deseos de éstas y pueden reflejar y expresar la opinión de las masas en los tribunales populares. Los jueces cuentan con la ayuda y la supervisión de los asesores populares, y de este modo es posible evitar los juicios parciales y las especulaciones subjetivas", señaló el 28 de enero de 1956 un editorial de Kuang-ming je-pao.

El artículo 78 de la Constitución establece que "en el ejercicio de sus funciones judiciales, los tribunales populares son independientes y sólo obedecen a la ley". Es verdad que los jueces son responsables, y que no son inamovibles; como todos los funcionarios, tienen que rendir cuenta de sus actos al gobierno. La Corte Suprema es responsable ante la Asamblea Nacional. Por lo tanto, la Justicia no posee una autonomía radical, y coordina sus actividades con el gobierno. Ello no significa que los tribunales sean meros instrumentos en las manos del régimen. Los veredictos de los tribunales de ningún modo pueden ser revisados por un organismo político; la Asamblea no puede modificar las sentencias dictadas por la Corte Suprema. Se remueve a los jueces sólo cuando son culpables de inconducta calificada, hecho que ocurre rara vez. En realidad, los tribunales gozan de gran independencia, al extremo de que Che Leang, ministra de Justicia, a veces les ha reprochado el exceso de indulgencia: "Cierto tribunal popular juzgó el caso de un contrarrevolucionario que siete veces había escrito temas reaccionarios, y que fue sorprendido en flagrante delito; pese a todo, reconoció que este hombre no tenía antecedentes reaccionarios, y lo absolvió", informa la ministra en actitud reprobadora. En general la imparcialidad y la independencia de los tribunales es un hecho que enorgullece a los chinos, y que los observadores extranjeros admiran. El gran jurista italiano Cala-

mandrei ha escrito: [10] "Los contactos personales que sostuve con los magistrados de Pekín y de Shanghai, la seriedad de las audiencias, los testimonios coincidentes de los observadores europeos que residieron en China y pueden comparar el régimen actual de la justicia con el que reinaba otrora, todo me ha convencido de que en China se administra justicia con rigurosa imparcialidad".

El principio del "derecho de defensa" figura en el Reglamento General de 1950, y reaparece en la ley de 1954. En su "requisitoria", Rosenthal invoca la escasez de abogados especializados para afirmar que no se los respeta: pero nada autoriza a formular semejante afirmación. El número de abogados del antiguo régimen —algunos de ellos descalificados— y el de los estudiantes de derecho no permitía satisfacer las necesidades de la nueva China: y aunque se instruyen nuevos abogados con la mayor rapidez posible, aún escasean. Pero el régimen procura resolver esta rapidez posible, aún escasean. Pero el régimen procura resolver esta dificultad. Por excepción, las partes interesadas se defienden por sí mismas: pero esto ocurre sólo en las causas civiles, por ejemplo en los procesos de divorcio. El acusado siempre tiene derecho a elegir defensor; si no lo encuentra, el tribunal provee un abogado. Generalmente se apela a los miembros de las asociaciones populares: entre otros, a los abogados de la Asociación de mujeres. También se procura establecer el sistema del "foro popular". Además, en su requisitoria el fiscal está obligado a destacar todos los puntos que pueden favorecer al acusado. Como ha dicho el agogado inglés Pritt, que ha estudiado detenidamente el problema: "Ningún país puede crear de la nada una corporación de abogados profesionales. Mientras tanto, China hace todo lo posible para crear un foro, y para paliar las deficiencias de este período de transición". Es simple mala fe confundir la insuficiencia actual e inevitable del foro chino con la denegación del derecho de defensa.

Es importante señalar que en China la confesión carece de valor legal, y no se le atribuye carácter de prueba. El proceso se desarrolla en público, y en los casos graves ante una gran asamblea popular. El fallo, pronunciado oralmente y puesto por escrito dentro de los tres días, debe ser fundado. El condenado puede apelar: si hay sentencia de muerte, cuenta con dos instancias superiores.

[10] Poco antes de su muerte, en la revista *Il Ponte*, número de abril de 1956. China de hoy.

Es muy reducido el número de condenas a muerte. En este aspecto, la "requisitoria" de Rosenthal presenta una notable contradicción. Afirma que en la ley de 1951, acerca de las actividades contrarrevolucionarias "en la casi totalidad de los casos la pena prevista fue la de muerte". Sin embargo, su tesis fundamental es que el trabajo forzado representa un papel importante en la economía nacional: ¿quizá se obliga a trabajar a los cadáveres?

En realidad, las penas establecidas son generalmente períodos de cárcel: "Los que participen en un complot o una insurrección, serán condenados a un máximo de diez años de prisión".[11] ("Artículo 4º de los Reglamentos"). No es frecuente que es establezca la pena de muerte, y se la aplica con menor frecuencia aún. Aunque el tribunal de apelación y la Corte Suprema la hayan confirmado, la ejecución es inmediata sólo en casos excepcionales. En general, se concede al terminar un plazo de dos años, y si al cabo de este tiempo se ha corregido, se conmuta la pena.[12] El castigo infligido habitualmente al culpable —delincuente común o político —es la detención en las cárceles o los campos de trabajo. La idea fundamental de todo el sistema penitenciario es la reeducación mediante el trabajo. Fue expuesta oficialmente en el "Programa común", que preconizó la "reforma mediante el trabajo", en los "Reglamentos acerca de los campos de reeducación" y en las "medidas acerca de la liberación de los criminales", instrumentos promulgados el 26 de abril de 1954. Afírmase que es necesario enseñar a los delincuentes a reconocer sus faltas y respetar la ley, ponerlos al corriente de las novedades políticas, enseñarles a trabajar para la producción, impartirles una educación cultural con el fin de descubrir las raíces del delito, destruir el pensamiento criminal, implantar en ellos un nuevo concepto de virtud". Agrégase que "la reeducación mediante el trabajo debe servir a la reconstrucción económica nacional".

En esta tesis se apoya Rousset para denunciar lo que denomina "el terror concentracional en China". La expresión "trabajo forzado" le permite las más ingeniosas combinaciones. En las cárceles se realizan trabajos productivos: eso basta para afirmar que

[11] El artículo agrega: "Podrán aplicarse penas más severas si se atribuye mayor gravedad al caso", pero ello no significa que se solicite a la Corte que dicte condenas a muerte.

[12] La parcialidad de Rosenthal es tal que aun esta medida provoca su indignación.

en China se repiten los peores excesos del stalinismo. Rousset olvida que en Francia los prisioneros también trabajan. La diferencia consiste en que se les imponen tareas estúpidas y embrutecedoras; se los obliga a fabricar bolsas de papel, a pintar soldados de plomo o a coser zapatillas. China no ve con buenos ojos el despilfarro: todos los trabajos deben ser productivos. Cree también que se envilece más a un hombre si se le obliga a realizar la inútil tarea de partir piedras, cavar y tapar absurdamente un foso, que si se le enseña un oficio. Una vez liberado, el prisionero chino se ha convertido en un artesano, en obrero calificado o por lo menos especializado: por su parte, el francés nada aprendió. ¿Dónde está la superioridad?

Se dirá quizá que el principio del trabajo productivo es peligroso: induciría a obtener mano de obra barata mediante condenas arbitrarias. Pero ocurre que lo que menos falta en China es la mano de obra. Cuando el gobierno inicia grandes obras —caminos, diques, vías férreas— solicita voluntarios a las campiñas vecinas; casi todos los campesinos quieren convertirse en obreros; si desempeñan el oficio de albañil o de cavador durante una temporada, abrigan la esperanza de continuar en esa tarea; acogen con entusiasmo la ocasión de ganar un poco más de dinero: de manera que afluyen en elevado número. Cuando se reclaman brazos para desmontar las tierras vírgenes, muchos desocupados responden a la convocación. Y ocurre que, precisamente, el principal objetivo de muchas de esas empresas es reducir el desempleo; y en momentos en que China realiza un inmenso esfuerzo en ese sentido, no tiene el menor interés en concentrar deliberadamente en los campos una mano de obra servil. Por otra parte, es sabido que el rendimiento del trabajo forzado es muy inferior al del trabajo libre: es una de las razones esenciales que determinó, hacia el final del mundo antiguo, la desaparición de la esclavitud. La economía obtenida cuando se emplea en elevada proporción una mano de obra no asalariada produciría las consecuencias más negativas. Es real que en China se utiliza la fuerza de trabajo de los detenidos: pero todo demuestra que no se los encarcela para aprovechar su fuerza de trabajo.[18]

[18] Ahora que se ha hecho luz sobre los campos de trabajo soviéticos, se sabe que no tenían la importancia que Rousset-Rosenthal les atribuían. No eran la base indispensable de la reconstrucción socialista de la Unión Soviética; la represión tenía carácter político.

En cuanto a las condiciones de detención, es obvio que en ningún país del mundo las cárceles y las prisiones son lugares de placer. Y la única alternativa que le resta al visitante es declarar que "la sopa es buena". En todo caso, la situación del detenido siempre es muy ingrata. Lo que debemos aclarar es si en China se encuentra en mejor o en peor situación que en otros países.

No he visto personalmente los campos de trabajo. Pero poseo el testimonio directo de un amigo francés que asistió a la construcción de una vía férrea. Trabajaban 70.000 obreros y 40.000 forzados. Las barracas y los alimentos, así como las condiciones de trabajo, eran los mismos para todos. Los forzados no estaban remunerados. Las tareas más calificadas —es decir, a menudo las más ingratas y peligrosas— estaban reservadas a los obreros libres.

En cambio, vi con mis propios ojos una cárcel. Hace algunos años, en Chicago, visité una prisión modelo. La de Pekín no era modelo; era la única existente en la ciudad y la provincia, y todas las restantes de China son idénticas. ¡Qué diferencia con el sistema norteamericano! En Chicago, cuando llegué a la alcaidía, me quitaron el bolso para que no pudiese entregar cigarrillos o mi lápiz labial a los detenidos; mientras recorría la cárcel, fui acompañada por guardias de uniforme, revólver al cinto; los corredores y las celdas estaban protegidos por rejas sólidamente atrancadas: a través de los barrotes vi el taller donde trabajaban los detenidos. En China, la prisión está al fondo de una especie de parque; frente a la puerta de salida hay una guardia de dos soldados; pero una vez que ingresamos en la cárcel, no hay alcaidía, ni guía ni guardianes; solamente celadores que no llevan uniformes y que, hecho muy importante, no están armados. Cumplen funciones de capataces y de instructores culturales y políticos. Los detenidos no tienen uniforme, están vestidos como todo el mundo, y no se distinguen de los empleados que controlan su trabajo. Los talleres se levantan en medio de un gran jardín sembrado de girasoles: de no ser por el mirador, por otra parte vacío, que domina el conjunto de construcciones, uno creería estar en una fábrica común. Se confeccionan artículos de algodón y elementos de bonetería, con una jornada de nueve horas por equipo; hay un día de descanso semanal. Se consagran ocho horas al descanso, y tres horas a los cursos: dos horas de instrucción ideológica y una hora de cultura general. Si se descuenta el tiempo dedicados a las comidas y a la limpieza personal, cabe afirmar que los detenidos disponen

de bastante ocio. Tienen un terreno para practicar deportes, un gran jardín y un teatro donde una vez por semana hay una sesión cinematográfica o un espectáculo; en ese momento estaban organizando una pieza teatral. También hay una sala de lectura, donde pueden retirar revistas y libros o quedarse a leer. Visitamos esta biblioteca, y luego las cocinas y el taller de lavado. Entramos en un largo corredor, cubierto de cuadros estadísticos que indican la producción de cada taller, y donde se fijan los periódicos de la tarde y algunos textos educativos. Por una puerta entreabierta vemos algunos hombres acostados sobre tablas, durmiendo: uno de los dos equipos descansa durante el día. La prisión fue construida por el Kuomintang; en esa época cada celda era un calabozo individual, con las ventanas enrejadas; se derribaron las divisiones, y ahora ocho o nueve detenidos están agrupados en habitaciones relativamente espaciosas y claras, que por un lado miran hacia el jardín, y por el otro a este corredor, cerrado por una reja sólo durante la noche.

El director me ofrece algunos detalles. Hay cuatro clases de cárceles: las "casas de control", donde los prevenidos esperan el fallo del tribunal y los condenados a muerte la ejecución de la sentencia; las prisiones como ésta, donde los detenidos purgan su delito; los campos de reeducación mediante el trabajo, por ejemplo las granjas estatales; y los centros de reeducación para los delincuentes jóvenes de trece a dieciocho años. En Pekín hay una "casa de control"; y algunos condenados son remitidos a una "granja de reeducación" en Ch'ing Ho, que ahora ajola a unas 4.000 personas. La prisión que estamos visitando —la única de la ciudad— alberga a 1.800 detenidos, entre ellos 120 mujeres. Dos terceras partes son políticos, y el resto delincuentes comunes (en el caso de las mujeres se observa la proporción inversa). La mayoría de los detenidos cumplen penas que varían entre tres y diez años; hay un reducido número condenado a prisión perpetua. Ciento cincuenta empleados se ocupan de la vigilancia. Están rigurosamente prohibidos los golpes, las amenazas, las lesiones y toda forma de humillación.[14] Se utilizan como castigos la censura o el

[14] Los malos tratos sufridos por algunos misioneros se relacionan con los métodos habituales en todas las policías del mundo. Sin duda es lamentable que en este aspecto China utilice todavía el género de procedimientos em-

calabozo, de acuerdo con la gravedad de la falta. En compensación, los condenados que por sus actitudes y su desempeño en el trabajo son motivo de satisfacción reciben elogios públicos y primas que pueden llegar a 150 yens; y a veces se les reduce la pena. A ciertas horas pueden comprar diversos productos en un pequeño puesto anexo a los talleres, adonde acuden también los empleados; en todo caso, está prohibido venderles fósforos y cigarrillos. El director afirma que la idea de la reeducación es eficaz en el tratamiento de los delincuentes comunes; se los considera víctimas de la antigua sociedad; la miseria, una educación deficiente y la desocupación los impulsaron al delito; si se les enseña un oficio, es posible recuperarlos. En cambio, es muy difícil modificar la mentalidad de los contrarrevolucionarios.

Se me ocurre que debe ser sumamente fastidioso soportar dos horas de adoctrinamiento político después de una jornada de trabajo. Pero impresiona sobre todo la ingenuidad del procedimiento, y no su crueldad. Rosenthal habla de los "medios técnicos físicos y morales utilizados exclusivamente para lograr un nuevo condicionamiento del individuo en condiciones que llegan a la tortura". Confunde intencionadamente los abusos cometidos a veces por la policía china con el sistema aplicado en los centros de internación, en los que no se ejerce sobre el detenido ningún tipo de presión "física", y donde dos horas de clase, por irritantes que puedan ser, no representan una tortura. Por otra parte, el hecho de que este método fracasa puede recluirse tanto en el activo como en el pasivo de la reeducación. El delincuente común se reintegra a la sociedad, no por obra del adoctrinamiento, sino gracias al aprendizaje de un oficio; con respecto al detenido político, tan poco se viola su "fuero íntimo" y su "integridad personal" que sale de la cárcel exactamente como ingresó. El método de reeducación me parece quimérico, no atroz: por otra parte, se aplican sistemas semejantes en todos los centros occidentales de "reeducación".

Una vez liberado, el ex penado puede buscar trabajo por sus propios medios, o dirigirse a la oficina de empleo, o continuar en los talleres de la cárcel, en la condición de obrero libre: en ese caso residirá en la ciudad o en los edificios de la administración. En

---

pleados aún en Francia. Pero estos abusos nada tienen que ver con el régimen aplicado por la administración penitenciaria en las cárceles y los campos de trabajo.

el momento de mi visita hay 200 personas en esas condiciones, que exteriormente en nada se distinguen del resto, pero que sólo trabajan ocho horas, y naturalmente reciben un salario normal. A veces las "granjas de reeducación" distribuyen tierras entre los antiguos penados. En un período de cuatro años, 1.455 liberados —de un total de 5.380— del penal de Ch'ing Ho permanecieron en el lugar, en la condición de trabajadores libres.

Este último hecho indigna a Rousset. Hace algunas semanas conocí en un camino de Bretaña a un carrero que tres meses antes había salido de la cárcel de Puy, donde se le había recluido por vagancia. Desprovisto de instrucción y de especialidad, hacía tres meses que buscaba trabajo; pero apenas conocían su prontuario se negaban a tomarlo. Su obsesión era trepar a una torre y tocar los cables de alta tensión. "Ahora sería necesario que *ellos* hicieran algo conmigo", decía. Y agregaba: "Ya les dije: no me gusta ser vagabundo; consíganme trabajo. Pero no me dan trabajo, ¡y me mandan a la cárcel porque no trabajo!" Seguramente lo han detenido de nuevo; o consiguió trepar a una torre de alta tensión: es el tipo de noticias que leemos a menudo en los diarios. Todos los sofismas de Rousset no conseguirán convencerme de que es mejor reventar en los caminos que trabajar, aunque sea en las cercanías de una cárcel.

Si se examina con atención la "requisitoria" de Rosenthal, que sirvió de base al *Libro Blanco* sobre China, impresiona la fragilidad de sus afirmaciones; descansan sobre un postulado que debe ser demostrado: que el sistema penitenciario chino reproduce exactamente el de la Unión Soviética. Ya señalé que es necesario abstenerse de interpretar la Revolución China según el modelo de la Revolución Rusa: los chinos han estudiado cuidadosamente esta última para evitar sus errores; poseen acentuada conciencia de las necesidades y las posibilidades concretas de su país; se inspiran en el ejemplo de la Unión Soviética, pero no lo copian. No es posible limitarse a suponer la identidad de los dos sistemas. Rosenthal deforma deliberadamente el sentido de las leyes chinas cuando las descifra a través de la mira soviética. Basándose exclusivamente en una supuesta analogía con la Unión Soviética llega a la conclusión de que en China "el trabajo forzado puede adquirir las características de un régimen concentracional". Es evidente la ambigüedad de la fórmula: pues en definitiva, ¿las adquiere o no? Era preciso adoptar de antemano una actitud, para que

la "comisión" formulase un fallo condenatorio. Es evidente la diferencia con el régimen staliniano, pues en China no existe la detención administrativa. En todos los países del mundo se aplica el método de los trabajos forzados, y si en China tienen carácter calificado y productivo, se trata de un factor de superioridad y no de un defecto. En la actualidad ninguna sociedad puede prescindir de la policía y las cárceles: de modo que es imposible imputar a China lo que estas instituciones tienen de odioso.

Se reprocha a China un rasgo que sería característico de ese país: incita a los ciudadanos a practicar la delación. Esta crítica desborda fariseísmo. En efecto, cuando el gobierno exhorta a la vigilancia su actitud implica reclamar a los chinos que denuncien las actividades contrarrevolucionarias que llegan a su conocimiento; pero no debemos olvidar que se trata de incendios, sabotajes de puentes y diques, y asesinatos: también en Francia quien permitiese la comisión de tales crímenes sería acusado de complicidad; y si un pobre infeliz roba una caja de conservas de un estante, la multitud se apresura a gritar "¡Al ladrón!" [15] Esta colaboración con la policía me parece tanto más chocante cuando se trata de una justicia de clase que en el caso de una justicia popular. Por otra parte China cree, y con buenas razones, que aún está en guerra: en todos los países se atribuye carácter de deber patriótico a la captura de los espías; recuerdo que, entre 1914 y 1918, leí en Francia relatos muy edificantes acerca de este asunto.

Además, conviene no olvidar que el civismo de ningún modo es un sentimiento natural de los chinos. Antaño vivían en el ámbito, no del país, sino de la *Kia*. Como la solidaridad familiar incluía a toda la aldea, garantizaba al individuo que se alzaba contra el Estado la complicidad de toda la comunidad: es inevitable que un gobierno que intenta realizar la reconstrucción nacional luche contra esta mentalidad; y también debe oponerse a esa mentalidad de *laissez faire* con que los chinos reaccionaron durante siglos ante la situación sin esperanza en que vivían. Los políticos

[15] Ayer me paseaba por el bulevar Montparnasse; dos agentes de policía echan a correr en pos de un hombre. "¡Deténganlo!" aúlla una portera. Le pregunto: "¿Qué hizo?" "No lo sé". Un comerciante interviene, derriba de una zancadilla al que huía y retorna orgulloso a su tienda. También a él le pregunto: "¿Qué hizo?" Nada sabía. Había intervenido porque sí. Este "civismo" bien vale el que se reprocha a los chinos.

y los pensadores que creían en la posibilidad de una solución lucharon siempre contra esta pasividad. Le Mo Tseu, que predica contra el confucianismo el "amor universal", destaca la supremacía de la humanidad sobre la familia; afirma que todos los individuos son solidarios en el bien como en el mal, y responsables unos de otros ante el país: "Quien sepa que otro daña a su país, deberá señalarlo, pues de lo contrario se le castigará como si él mismo fuese autor del delito". Cierto tiempo después, los "legistas" o "realistas" que procuraban asegurar el buen funcionamiento del Estado reclamaban la organización de grupos de ciudadanos, "mutuamente responsables y comprometidos a denunciarse mutuamente si cometían delitos". La repetición insistente de una consigna no significa que se la cumple rigurosamente, sino por el contrario que es difícil incorporarla a las costumbres.[16]

Aclarado este punto, es indudable que el principio "de intervención" puede engendrar muchos excesos, y que la suspicacia es el reverso de la "vigilancia". Todas las sociedades revolucionarias han padecido este flagelo: la desconfianza. Se necesita mucha fuerza espiritual para renegar del pasado, y la novedad parece siempre cargada de oscuras amenazas; el temor se introyecta bajo la forma de sentimiento de culpa: los campesinos que continuaban pagando la renta a los terratenientes expropiados temían al retorno del viejo régimen y al mismo tiempo los rayos del cielo. Es sabido que todos sufrimos la tentación del maniqueísmo: cada uno proyecta sobre el otro su inquietud y sus remordimientos. Mientras la revolución no haya triunfado definitivamente, mi vecino se me aparece en la forma de un contrarrevolucionario en potencia, y siento que sospechan de mí mismo, hecho que acentúa mi temor y mis propias sospechas. Era inevitable que China conociese esta enfermedad. Llegó al paroxismo durante la guerra de Corea. Pero a medida que este país adquiera seguridad exterior e interior, se disipará la desconfianza y se consolidarán las relaciones humanas. En el curso de 1956 ya mejoró mucho la situación. En los discursos pronunciados durante el VIII Congreso del Partido Comunista, los dirigentes han afirmado muchas veces que la reacción está vencida definitivamente, y formularon consignas liberales en todos los dominios. Tuvo particular importan-

[16] En Francia una ley que merece el apoyo general exige que si los padres martirizan al hijo, los vecinos denuncien el hecho.

cia el discurso pronunciado por Lo Juei-king, ministro de Justicia, en la tercera sesión de la Asamblea Nacional, en junio de 1956. "La victoria obtenida en la lucha por la represión de los contrarrevolucionarios ha debilitado el poder de la contrarrevolución. A partir del segundo semestre de 1955 la tendencia a la división y la vacilación se manifiesta cada vez más claramente en las fuerzas que los contrarrevolucionarios aún conservan. Este fenómeno no es fortuito: está vinculado estrechamente con el hecho de que la situación política y económica de nuestro país ha sufrido un cambio radical". La lucha concluirá sólo con la victoria total del socialismo; pero si un año antes Lo Juei-king denunciaba la virulencia de esa lucha, aquí insiste en el aislamiento actual de los elementos contrarrevolucionarios y en su impotencia. Como consecuencia de la transformación socialista realizada en el curso del invierno, "el fundamento social que servía de apoyo a los contrarrevolucionarios se ha debilitado considerablemente, y en gran parte dejaron de existir los pretextos que los contrarrevolucionarios podían utilizar. Las ilusiones y los ardides de los contrarrevolucionarios quedaron reducidos a nada... Y en todos los que aún tenían ciertas esperanzas en Chiang Kai-shek, ¿cómo es posible que no acabarán convirtiéndose en total desesperación? De ahí que muchos contrarrevolucionarios quieran repensar su futuro y modificar su actitud hostil frente al pueblo".

A esta conversión originada en los éxitos del régimen, se responde con una política indulgente. Los culpables decididos a adherir al régimen, que confiesan sinceramente sus faltas, no serán perseguidos si ellas fueron leves, y en los casos graves se adoptará una actitud clemente: aún los grandes criminales podrán arreglar su situación si han demostrado méritos importantes. En el campo, aparte un reducido número que continúa desarrollando actividades de sabotaje, los restantes elementos contrarrevolucionarios serán incorporados a las cooperativas en calidad de miembros, o de candidatos a miembros, o como encargados de controlar la producción. Las estadísticas de Honan, Kuang-tong, demuestran que la casi totalidad de los antiguos contrarrevolucionarios ha ingresado en las cooperativas. También en las ciudades se promete "un porvenir brillante y feliz" a todos los contrarrevolucionarios que modifican su actitud.

Lo Juei-king concluye: "Si procedemos de este modo, lo hacemos porque la situación concreta de nuestro país ya ha sufrido un

cambio radical... Necesitamos más personas que participen en la construcción socialista de la patria, y somos perfectamente capaces de reeducar y agrupar mediante el trabajo y la educación política a la mayoría de los elementos que aún mantienen una posición contrarrevolucionaria. Esperamos que quienes todavía se mantienen apartados de la tarea socialista de la patria, que antaño adoptaron actitudes negativas o se entregaron al sabotaje resuelvan marchar por el camino recto y adopten una actitud positiva".

La lucha para sofocar la contrarrevolución no ha determinado en China grandes procesos análogos a los de Moscú o Praga. Después de un cambio de la línea, algunos dirigentes fueron desplazados de la escena política: así, Li Li-san fue destituido en 1953: un cambio en sentido contrario determinó su reaparición. Sólo uno de los grandes dirigentes fue censurado públicamente y excluido del partido: Kao Kang. Es posible que, de no haber elegido el suicidio, se lo hubiese encarcelado: pero en este punto sólo podemos formular conjeturas. Para Rousset, la moderación del régimen está preñada de amenazas. "Salvo el caso de Kao Kang", escribe, "pocas [17] grandes cabezas han caído ya: ¡el poder se muestra cauteloso!" Tenemos derecho a considerar poco convincente esta dialéctica abortada que demuestra la sustancia apoyándose en el vacío.

A falta de grandes procesos políticos, hubo un "asunto", el único en seis años: el asunto Hu Fong. Aún no ha concluido, y por lo mismo es más desconcertante. Comenzó con una controversia literaria y se prolongó como una presunta conspiración contrarrevolucionaria que sirvió de pretexto a la iniciación de una amplia campaña contra los intelectuales desviacionistas. La oportunidad del descubrimiento mueve a dudar de su autenticidad. Pero la hipótesis de una "amalgama" tampoco explicá satisfactoriamente los hechos.

El asunto se injertó en la polémica acerca de *El sueño de la cámara roja*. Después de la intervención de Kuo Mo-jo, que destacó la importancia de un debate que enfrentaba al idealismo y el mar-

[17] Mediante este hábil giro estilístico: "Salvo... pocas..." Rousset quiere decir exactamente que *sólo* Kao Kang perdió la vida en una disputa política. Además, en realidad se la quitó él mismo.

xismo. Hu Fong entró en escena. Era un escritor conocido, prestigiado sobre todo por sus trabajos críticos; al principio de la guerra contra los japoneses había sido uno de los directores de la "Sociedad de julio", que reunía a escritores de la Resistencia, y que había publicado muchas revistas culturales. Era miembro del Partido Comunista desde 1937, diputado en la Asamblea Nacional, afiliado a la Federación de escritores, y durante un tiempo integrante del comité de dirección de la *Gaceta Literaria*. Como era una figura estimada, su intervención llamó la atención. Pronunció dos discursos, atacando a Hu Che y Yu P'ing-po. Pero también criticó violentamente a "los que hacen del marxismo un arma de combate". Criticó despiadadamente a la *Gaceta*; afirmó que había creado una suerte de red secreta, cuyos miembros eran los únicos que conseguían publicar sus artículos; y afirmó que la revista favorecía a los viejos escritores de ideas anticuadas, y se oponía a los jóvenes talentos, auténticamente "progresistas". También le reprochó haber calificado de contrarrevolucionario a su amigo, el poeta Ah Lung.

Tchu Yang, que por lo demás no se había mostrado benévolo con el comité de dirección de la *Gaceta*, refutó estas acusaciones, y dirigió varias críticas a Hu Fong. Recordó que en 1944, dos años después del movimiento "tchen fong" lanzado por Mao Tse-tung en Yenan "para corregir las malas tendencias", Hu Fong había publicado en su revista *Esperanza* el libro de Su Wu titulado *De lo subjetivo*, que exalta el subjetivismo y el idealismo. Con respecto a Ah Lun, afirmó que en su libro *Poesía y realidad* había desfigurado el marxismo. Tchu Yang reprochaba también a un amigo de Hu Fong, un escritor llamado Lieu Sing, autor de un buen relato —"Primera nieve", publicado en *Literatura popular* — que hubiese escrito, bajo la influencia de Hu Fong, una obra detestable — "Guerra en los pantanos", publicada en la misma revista en marzo de 1954; aseguraba que era un insulto al heroísmo de los voluntarios que habían luchado en Corea.

Después de estas discusiones, Hu Fong envió al Comité Central del Partido Comunista un memorándum de 300.000 palabras, en el que protestaba contra *los cinco puñales clavados en el cráneo de los escritores* —es decir, contra: la necesidad de adoptar una visión marxista del mundo— la fusión de los escritores con los obreros y los campesinos —la reestructuración del pensamiento— el empleo de un estilo nacional en las letras y las artes —la utili-

zación de la literatura con fines políticos. Reclamaba que se disolviera la Asociación de escritores, y que el Estado se abstuviese de manejar las cuestiones culturales. No sólo se publicó este folleto de doscientas páginas, sino que fue distribuido gratuitamente como suplemento del quincenario Wen Yi Pao (Literatura y Arte).

Esa actitud demostraba mucho liberalismo, y por eso mismo lo que siguió fue más confuso: si se creían nocivas esas tesis, ¿por qué se las difundió tan ampliamente? Sea como fuere, el 5 de febrero de 1955, en la sesión inaugural del Congreso de la Unión de escritores, Tcheu Yang criticó ásperamente el libelo. El congreso reprochó a Hu Fong su condición de "idealista burgués" que prefería la "espontaneidad" —es decir, el "espíritu subjetivo"— antes que la realidad objetiva: en suma, la posición de Hu Fong contradecía las tesis de Yenan. Se le acusó también de haber creado un grupo opuesto a los principios culturales del Partido, y la Unión inició una campaña contra el idealismo burgués de Hu Che y de Hu Fong. El departamento de propaganda del Comité Central del Partido Comunista decidió organizar conferencias de crítica de las tesis de Hu Che y Hu Fong. El movimiento se extendió a toda la nación.

El 13 de mayo de 1955, el *Diario del Pueblo* publicó la autocrítica que Hu Fong había esbozado a fines de enero, y completado en febrero y marzo. Reconoció que se había equivocado al "subestimar el papel de la visión marxista del mundo". De todos modos, no abandonó todas sus posiciones, y la autocrítica apareció precedida de un prefacio que la calificaba de hipócrita e incompleta.

En ese momento el "asunto" comenzó a adquirir un nuevo sesgo. Chu Wu, antiguo amigo de Hu Fong, publicó en ese número del *Diario del Pueblo* algunas cartas que Hu Fong le había dirigido, y que tendían a demostrar que éste era un contrarrevolucionario. El 24 de mayo, con el título "Segunda serie de hechos acerca de la camarilla de Hu Fong" aparecieron otras cartas, dirigidas por Hu Fong entre 1949 y 1955 a varios contrarrevolucionarios, y más comprometedoras aún que las primeras. También se publicaron algunas cartas de su mujer. Ya no se vio en Hu Fong sólo a un adversario ideológico, sino también a un enemigo político. Fue acusado de conspiración y arrestado. La autenticidad de algunas cartas parece dudosa. Por otra parte, los pasajes que leí en *People's China*, cuyos redactores tradujeron al inglés algunos frag-

mentos, demuestran que Hu Fong se oponía violentamente a la política cultural de Mao Tse-tung, pero no que estaba complicado en una conspiración contrarrevolucionaria.

¿Quizás porque se creyó que para destruir las tesis literarias de Hu Fong era necesario desacreditarlo radicalmente?, ¿no fue pura y simplemente víctima de una maquinación policial? ¿O se vinculó tan estrechamente con los grupos contrarrevolucionarios que había derecho a atribuir un sentido político a su oposición? Sea como fuere, todo este asunto fue llevado de manera poco grata, pues se publicaron cartas privadas, y quienes lo hicieron fueron sus propios destinatarios.

En el discurso pronunciado en febrero de 1956 ante el Congreso de escritores, Tcheu Yang volvió a abordar el asunto: "La lucha contra la camarilla contrarrevolucionaria de Hu Fong ha sido la más agitada y compleja que nuestra historia literaria haya conocido jamás. Todo el mundo intelectual participó en los debates que ella provocó. Reflejó la lucha de clases que todavía se libra en nuestro país. Fue un combate entre el principio de que la literatura debe servir al pueblo, y la línea reaccionaria, que se opone al pueblo, al socialismo y al realismo. Fue un conflicto entre la estética marxista y el idealismo burgués. Políticamente, fue una batalla entre la revolución y la contrarrevolución...

...Las teorías de Hu Fong eran reaccionarias, no porque se fundasen en una concepción burguesa del mundo, sino porque servían para disimular sus actividades contrarrevolucionarias".

El hecho de que Tcheu Yang salte de ese modo de la *tendencia* contrarrevolucionaria al *hecho* contrarrevolucionario da mucho que pensar. Tcheu Yang ataca en su discurso las ideas de sinceridad y subjetividad, el lado "negativo" de los héroes descritos por los amigos de Hu Fong. Llama la atención que en el mes de junio de 1956 el mismo "departamento de propaganda" que inició un año antes la campaña contra Hu Fong haya convalidado parcialmente y por su cuenta las mismas tesis: el realismo socialista ya no es la única corriente autorizada, todos tienen derecho de inventar *su propio* método, y por lo tanto el escritor puede cultivar la "espontaneidad" y la "sinceridad"; se le otorga una nueva libertad. Sin embargo, Lu Ting-yi confirma la culpabilidad de Hu Fong; según afirma, precisamente porque se ha reducido a la impotencia a su camarilla hoy podemos considerar la posibilidad de liberalizar la cultura. Si se hubieran desmentido brutalmente las

acusaciones dirigidas contra Hu Fong, mucha gente habría "perdido cara"; de modo que no es posible extraer conclusiones de esta reiteración. El hecho de que aún no se ha realizado el proceso sugiere la posibilidad de que se eche tierra sobre el asunto: mucha gente afirma que hace tiempo que Hu Fong fue liberado oficiosamente. Sería deseable que después de haber modificado tan felizmente su política cultural, el partido decida esclarecer francamente a la opinión sobre uno de los más ruidosos episodios de su historia ideológica.

A propósito de la "difusión de la cultura" me referí a la lucha del gobierno contra las fuerzas reaccionarias, que por su parte utilizan a las religiones taoísta y budista. La complicidad de la ideología cristiana con el imperialismo occidental inevitablemente debía provocar difíciles problemas a los dirigentes y los cristianos chinos. Para comprender exactamente el problema, es necesario comenzar por el principio.

El cristianismo se infiltró en China desde temprano. La iglesia cristiana de Mesopotamia, que estaba bajo la influencia de Nestorio, y separada de Roma extendió su influencia sobre Bagdad y Asia central. En 635 llegó a Tch'ang-ngan, capital del Imperio T'ang, un monje llamado en chino A-lo-pen;[18] construyó una iglesia que, bajo la protección de T'ai-tsong el Grande, agrupó alrededor de sí a los tributarios llegados de Asia central: en esta época formaban un grupo numeroso en China.

Una inscripción, grabada sobre piedra en 781 en Tch-ang-ngan, resume, en siriaco y en chino, "la Luminosa enseñanza de Ta' Tsin",[19] y relata la historia de la comunidad nestoriense, a la que los emperadores T'ang concedieron numerosos privilegios. Sin embargo, en 845 el nestorianismo desapareció, afectado por la persecución que se desencadenó entonces contra el budismo. Perduró sólo entre los turcos federados de las regiones fronterizas. Volvemos a encontrarlo en el siglo XIII entre los ongutes, los kereites y otros pueblos del Gobi. La madre Kubilai era nestoriense practicante, y su hijo protegió esta religión. Un príncipe mongol llamado Hayan, nestoriense, que se rebeló contra Kubilai, dibujó la

[18] Es una transcripción del título siriaco de Rabban.

[19] Con este nombre que significaba "la Gran China", los chinos designaban al Imperio Romano.

cruz en sus estandartes; como fue vencido, Kubilai pensó que el Dios de los cristianos había manifestado su sabiduría negándose a protegerlo; y según cuenta Marco Polo, en las Pascuas siguientes besó y exaltó en público el Evangelio. En Pekín se creó un arzobispado nestoriense. En Yang-tcheu y Hang-tcheu se edificaron algunas iglesias nestorienses. El emperador creó en 1289 una oficina especial para ocuparse del culto cristiano, y se designó comisario a un nestoriense sirio, elevado a la jerarquía de ministro.

Al enterarse de la existencia de estos grupos cristianos, el papa Nicolás IV envió a China al franciscano Juan de Montecorvino, que construyó dos iglesias y bautizó a cuarenta esclavos comprados con ese fin. Luego, convirtió "a más de diez mil tártaros". Siguieron otros tres franciscanos, y luego Odorico de Pordennone, que escribió un extenso relato de su viaje a China. La misión prosperó durante tres cuartos de siglo, pero una vez derrocada la dinastía, los cristianos no tuvieron el apoyo de los emperadores chinos, que proscribieron todas las "doctrinas extranjeras".

Tres siglos después los jesuitas desencadenaron una ofensiva; Francisco Javier murió en una isla cercana Cantón, después de haber logrado convertir sólo a un chino, su servidor Antonio. Pero en 1582 Valignani y Ruggieri desembarcaron en Cantón, disfrazados de monjes budistas, con los brazos cargados de relojes y otros regalos; pudieron construir una iglesia; después, se los confinó en la pequeña localidad de Tchao-tchen. Matteo Ricci se unió a ellos, y decidió viajar a Pekín, adonde llegó en 1598, llevando consigo un surtido completo de relojes e instrumentos científicos; en 1600 obtuvo permiso de residencia en Pekín, donde vivió diez años. Algunos jesuitas alemanes y españoles vinieron a reforzar el grupo. La política que aplicaban consistía en difundir el cristianismo sin atacar de frente al confucianismo; no creían que los dos sistemas fuesen inconciliables, pues según pensaban era posible considerar el culto de los antepasados como un rito laico y no religioso. Esta actitud y su cultura científica les valieron la amistad de los chinos. Schall von Bell, designado astrólogo del emperador, recibió el encargo de reformar el calendario, y durante cien años los jesuitas mantuvieron la dirección de la oficina astrológica. Schall aceptó también fabricar cañones, bautizados con nombres de santos. Fue nombrado vicepresidente de la oficina de Sacrificios imperiales, superintendente de dos haras y copero mayor de los banquetes. Atacados por un letrado chino. Yang Kuang-sien, durante la regencia

de K'ang Hi los jesuitas fueron encarcelados, y en 1666 Schall murió. Cuando ascendió al trono, K'ang Hi ordenó cesar las persecuciones, pero prohibió las conversiones; el jesuita Verbiest se ocupó principalmente de fabricar y bautizar cañones. A su muerte, Francia envió dos sacerdotes, Gerbillon y Bouvet, que en 1692 convencieron al emperador de la necesidad de firmar un edicto de tolerancia: los jesuitas tuvieron derecho a desplazarse por todo el país; se convirtieron en médicos del emperador, y construyeron una iglesia al lado del Palacio Imperial. Pero entonces las cosas comenzaron a tomar mal sesgo. Los dominicanos instalados en Fukien, entre otros Moralès, superior de la orden en China, venían denunciando desde hacía mucho tiempo en Roma la política de los jesuitas y acusándolos de alentar la observación de los ritos paganos; esta "querella de los ritos" ya había durado mucho tiempo, y desencadenado una guerra de libelos reanudada una y otra vez; el papa tomaba partido a veces por un bando, y a veces por el otro. En 1693 un vicario apostólico, Charles Maigrot, fue a comunicar a los jesuitas de Pekín que Roma los condenaba. Los jesuitas apelaron al emperador, proponiéndole una interpretación de los ritos chinos que éste ratificó. El papa envió un nuevo legado, monseñor de Tournon, que llegó a Pekín en 1706. Fue bien recibido. Pero como se opuso frontalmente al emperador, se lo expulsó; desde Cantón, condenó la actitud de los jesuitas. K'ang Hi declaró que no aceptaba la intervención de ninguna autoridad extranjera, aunque fuese de orden espiritual, y el legado fue devuelto a los portugueses. La querella se prolongó, y los jesuitas llegaron a ser impopulares. El hijo de K'ang Hi los persiguió: "¿Qué dirían ustedes si yo enviase bonzos y lamas a predicar en su país?" objetó a los jesuitas. En 1724 todos los misioneros extranjeros, con excepción de los que prestaban importantes servicios a la corte, fueron remitidos a Cantón. Algunos jesuitas permanecieron en Pekín, y trabajaron para K'ien-long como arquitectos y pintores, pero las misiones desaparecieron. En 1742 una bula de Benedicto XIV confirmó la sanción de Inocencio XIII: bajo pena de excomunión se prohibía la política de los jesuitas.

En adelante, en China se consideró al cristianismo una doctrina perniciosa, la ley prohibió el culto. Por otra parte, la actitud de los misioneros instalados en la zona de influencia portuguesa no sugería una elevada idea de esta religión. En 1667 monseñor Lambert de la Motte escribía acerca de ellos: "Sólo piensan en su in-

terés: todos aplican máximas tan contrarias al espíritu del Evangelio que es imposible que jamás logren convertir almas. Para difundir el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo y para lograr que se le ame sólo conocen medios humanos. ¿No es extraño que los padres jesuitas de estos lugares tengan en sus casas de Macao tiendas colmadas de toda suerte de mercancías, y naves en el mar, y que todos dediquen sus existencias al tráfico?"

Cuando a principios del siglo XIX algunas compañías comerciales se instalaron en ciertos puertos chinos, los misioneros aprovecharon la ocasión. Un protestante, Robert Morrison, llegó a Cantón en 1807; obtuvo un puesto de intérprete en la Compañía de Indias Orientales, y durante los veintisiete años que permaneció en la ciudad, si bien tradujo al chino muchos libros cristianos, sólo bautizó a diez chinos. Un inglés, Gutzlaff, reunió a grupos de chinos que, presuntamente, debían evangelizar la provincia, pero que jamás salieron de los fumadores de opio de Hong-Kong.

El tratado de Nankin abrió los grandes puertos chinos tanto a los comerciantes y los especuladores occidentales como a los misioneros. Aunque les estaba prohibido pasar a otras regiones del país, se infiltraron clandestinamente en el campo, de modo que se los consideró como una suerte de contrabandistas. Se los sospechaba de colaboración con los secuestradores que se apoderaban de los niños y los vendían a las fábricas y los prostíbulos. Aún se llegó a creer que los orfelinatos traficaban con los ojos de los niños chinos, que según se decía eran utilizados por los alquimistas para trocar el plomo en plata.

Por absurdas que fuesen estas invenciones, expresaban una verdad de la que los chinos siempre tuvieron profunda conciencia. No es una lamentable casualidad que los occidentales importaran al mismo tiempo el opio y la Biblia; apelando a todos los medios perseguían un mismo objetivo: la ganancia. El cristianismo era en manos de estos hombres un instrumento de opresión; debía servir para justificar espiritualmente un orden impuesto por la violencia. Cuando los tratados de 1858 permitieron a los misioneros viajar por todo el territorio chino e invocar la ayuda de sus cónsules para defender los intereses religiosos de los convertidos chinos, el ministro británico destacó "el absurdo que consiste en injertar en un tratado de comercio una agencia de conversión"; pero en realidad, este "absurdo" tenía una lógica irrefutable. El imperialismo occidental era una totalidad; no era posible disociar las estructuras

y las superestructuras. Era necesario lograr que los chinos aceptaran en bloque un sistema económico y su sublimación ideológica. De ahí que no se tuviesen escrúpulos de introducir el Evangelio en China bajo la protección de los tratados políticos, y cuando era necesario mediante la fuerza de las armas. En 1867, la población de Yang-tcheu incendió los locales de la misión: el cónsul británico acudió a Nankin escoltado por cuatro navíos de guerra, para exigir la dimisión de los magistrados responsables del desorden. Asimismo, el encargado de negocios francés obtuvo la colaboración de dos cañoneras para conseguir del virrey de Nankin indemnizaciones a causa del saqueo de dos misiones. Hubo muchos otros incidentes análogos. Eran inevitables; una vez creadas las misiones, correspondía defenderlas: pero el hecho demuestra que su instalación era en sí misma una forma de violencia. La obra del canónigo Leclerq titulada *La vie du père Lebbe* [20] aclara notablemente este problema. Demuestra que a fines del siglo XIX "la confusión entre la religión cristiana y la política europea llegó a ser inextricable. Los misioneros aprovechan la fuerza de Europa, y reciben también el odio que ella inspira". Las misiones se alimentaban en gran parte con las indemnizaciones de guerras arrancadas a China. En un libelo titulado *La France au Chekiang*, monseñor Reynaud, obispo de Ning po, defiende los derechos de las misiones francesas en Chekiang contra las pretensiones de otros países, recordando con orgullo las intervenciones de los militares franceses en esta provincia. "¿Cómo asombrarse entonces", comenta el canónigo Leclerq "de que para los chinos los misioneros no fuesen muy distintos de los invasores occidentales, y de que los cristianos sean puntos de apoyo, no sólo del extranjero, sino de extranjeros bárbaros, brutales e invasores?"

Los misioneros acogieron inicialmente con cierta simpatía la revuelta de los Taiping. Hong Sieu-ts'iuan, convertido por un bautista y convencido de que era un nuevo Mesías, pretendía gobernar el mundo en nombre de Dios. Los misioneros creyeron llegada su hora: al fin se lograría difundir en toda China las enseñanzas de la Biblia. Pero muy pronto se desilucionaron. El Mesías, hermano menor de Jesús, no aceptaba que otros predicasen la

[20] Todos los católicos que deseen forjarse una idea amparcial del problema deben leer este libro, escrito por un sacerdote a quien no puede sospecharse de simpatía hacia el comunismo, y que constituye una aplastante requisitoria contra las misiones.

palabra divina; es decir, se proponía eliminar a los sacerdotes extranjeros. Su objetivo era realizar inmediatamente, en la tierra, el reinado de Dios: quería abolir las clases y distribuir las tierras entre los pobres. Sus partidarios mostraban al pueblo imágenes de Cristo en la cruz: este hombre desnudo y herido es vuestra imagen, decía a los campesinos y los culíes; los ricos os llevan a la muerte. Contra esos cristianos que alentaban la criminal locura de querer aplicar el Evangelio, se hizo un llamado al gran cristiano inglés Charles Gordon, que los aplastó con las armas. La amplitud y el rigor de la represión ahondaron aún más el odio que provocaron los occidentales y sus sacerdotes.

Sin embargo, esa represión permitió un rápido desarrollo de las misiones. Inglaterra envió elevado número de predicadores, con el fin explícito de occidentalizar el país. Entre 1860 y 1900 se fundaron 498 misiones protestantes. Los católicos, protegidos por Francia, después de instalarse en Zika-Wei, que habría de convertirse en barrio de Shanghai, invadieron el interior del país. Unos y otros adquirieron propiedades, y fundaron orfelinatos, hospitales y colegios. En T'ien-tsin, los franceses levantaron en 1869 una catedral sobre el lugar ocupado por un templo, sin haber pedido autorización. "La nación francesa y los misioneros católicos eran objeto del mismo odio irreductible en T'ien-tsin", escribe el historiador norteamericano Morse. Este odio se concentró particularmente en el orfelinato. Las religiosas no secuestraban a los niños, como afirmaba el rumor público: pero los compraban, y esa práctica alentaba los secuestros. También entregaban una pequeña suma a quien les llevaba un niño que corría peligro de muerte, para bautizarlo. Además, estalló una epidemia, y los niños morían como moscas. El cónsul francés rehusó aceptar que una comisión china inspeccionase el orfelinato. El 21 de junio de 1870 la multitud masacró a varios católicos franceses, entre ellos al cónsul —que había tirado sobre la gente— y a diez religiosas. Por supuesto, se desencadenó una severa represión.

Casi todos los años estallaban desórdenes. Los misioneros, detestados por el pueblo, también provocaban la hostilidad de los funcionarios, porque interferían en sus atribuciones. Un memorándum enviado en 1871 por el gobierno chino a los representantes de Francia en Pekín dice lo siguiente: "Abusando de su fuerza, los cristianos oprimen a los no cristianos. De ahí los rencores y las riñas entre cristianos y no cristianos, y un fermento de discordia

que provoca innumerables litigios". Cuando el tribunal citaba a un converso, los misioneros tomaban automáticamente su defensa, pretendían que se lo había molestado a causa de su religión, y que por lo tanto tenían derecho a una indemnización; mucha gente, "individuos, familias y a veces aldeas enteras" [21] se convertían para gozar de esta inmunidad. Las conversiones respondían también a otro motivo: cuando un chino aceptaba el bautismo, la misión le concedía inicialmente cierta cantidad de arroz, y más tarde una suma de dinero. Los convertidos rehusaban pagar a la comunidad china los óbolos que ésta reclamaba a sus miembros en ocasión de las fiestas religiosas; sin embargo, so pretexto de los servicios prestados al Estado, los misioneros exigían constantemente que se les pagaran contribuciones. Las fricciones cotidianas exasperaban el odio, cuya razón profunda residía en la complicidad del Evangelio con las fuerzas opresoras. Al referirse a este período, el canónigo Leclerq llega a la siguiente conclusión: "Las misiones están siempre profundamente vinculadas con el bandidismo internacional". Era inevitable que, al estallar la revuelta de los boxers, los misioneros y los "demonios inferiores" —es decir los conversos— fueran exterminados. Entre las víctimas hubo 186 protestantes y 50 católicos extranjeros, pero también una cantidad mucho más considerable de cristianos chinos, a quienes sus compatriotas consideraban vendidos y traidores.

Después de la represión, dice Leclerq, "más que nunca las misiones se unen a los ejércitos y las legaciones". Su desarrollo alcanza renovado impulso; pero no por ello el cristianismo llegó a ser más popular. El congreso misionero celebrado en 1910 en Edinburgo reconoció que la existencia de los "tratados desiguales" y las condiciones políticas en general habían introducido hábitos lamentables en el mundo de las misiones cristianas. Por su parte, un canónigo católico, en un libro titulado *Le christianisme en Extrême-Orient*, que provocó un gran escándalo, explicó que la evangelización de China había sido un fracaso, porque los misioneros carecían absolutamente de espíritu cristiano. "Estamos aquí, no para desarrollar los recursos del país, ni para impulsar la prosperidad del comercio, ni siquiera en beneficio del progreso de la civilización, sino para combatir las potencias de las tinieblas", de-

[21] Latourette: *Historie des missions.*

cía uno de ellos.[22] En su vocabulario, llamaban "paganos" a los chinos, y los consideraba sicarios del diablo. Querían salvar almas para mayor gloria de Dios: pero no amaban a los hombres a quienes esas almas pertenecían. Un protestante norteamericano, Wells William, escribía en 1850: "Es mucho más fácil amar las almas de los paganos desde lejos, cuando uno se encuentra en Estados Unidos, que cuando se los ve de cerca, bajo la forma de individuos muy sucios, que hablan un lenguaje innoble, reflejo de su baja naturaleza". Otro afirmaba que ese pueblo estaba formado "por hombres ignorantes, inclinados a las drogas y grandes pecadores". Un número muy reducido de misioneros —entre otros Timothy Richard— conquistaron el corazón de los chinos hablando su lengua, adoptando sus costumbres y cuidando su bienestar. Pero en general no ocultaban el desprecio que los chinos les inspiraban. "Eran europeos, y creían realmente en la superioridad de todo lo europeo", dice el canónigo Leclerq a propósito de los sacerdotes franceses, ingleses y alemanes. Cuando el padre Lebbe llegó a Pekín, descubrió estupefacto que la misión practicaba una auténtica segregación: los sacerdotes blancos y los chinos comían en mesas separadas, y únicamente los blancos podían sentarse a la mesa de honor: a todos se les servían alimentos europeos. Un sacerdote, amigo del joven misionero, acostumbraba golpear a su criado: "¿Tu también?" le dijo escandalizado el padre Lebbe: "¿Qué quieres? Me han dicho que es el único idioma que entienden", respondió su interlocutor. Los superiores le prohibieron intimar con los colegas chinos; los seminaristas "indígenas" recibían apenas una enseñanza muy elemental, pues era preciso mantenerlos en cargos inferiores. El obispo de Pekín le formuló vivos reproches, porque trataba como iguales a los chinos. También contristó al padre Lebbe la comprobación de que existía una "prima por bautismo", y de que la población despreciaba a estos conversos, que acudían, no a Jesucristo, sino a la "pitanza".

Después del movimiento de 4 de mayo, cuando se manifestó en toda China una gran corriente nacionalista, los misioneros comprendieron la necesidad de realizar reformas. Se les aconsejó que manifestaran un poco más de respeto a los "indígenas". El 24 de octubre de 1926 fueron consagrados los seis primeros obispos chinos en la basílica de San Pedro, y se resolvió favorecer el desarro-

[22] Citado por E. R. Hughes: *L'invasion de la Chine par l'occident.*

llo de un clero nacional. Ello no impidió el desencadenamiento de un movimiento ideológico anticristiano de suma violencia. La asociación Joven China exigía a sus adherentes una declaración de ateísmo. En 1922 se fundó en Shanghai una federación anticristiana, que denunciaba en el cristianismo a un aliado del capitalismo y el imperialismo. En Pekín se creó una federación antirreligiosa de estudiantes, orientada particularmente contra el cristianismo. "Un centenar de folletos recordaban las indemnizaciones arrancadas por los misioneros, y sus intervenciones judiciales y políticas, y los denunciaban como lacayos de la explotación capitalista".[23] Sobre todo la juventud se alzó contra las escuelas cristianas. En 1924 la asociación Joven China declaró: "Nos oponemos firmemente a la educación cristiana, que destruye el espíritu nacional y propaga una cultura destinada a socavar interiormente la civilización china". En noviembre de 1925 el gobierno de Pekín estableció el control de las escuelas extranjeras, y el de Cantón promulgó un reglamento severo.

Sin embargo, en el plano material la expansión del capitalismo occidental determinó el desarrollo de las actividades misioneras. Las misiones compraban terreno y explotaban fundos agrícolas. La Iglesia católica se convirtió en importante terrateniente, en Shanghai poseía considerable cantidad de bienes inmuebles, y aún controlaba —con la ayuda de intermediarios— casas de juegos y burdeles. Las escuelas y los hospitales eran organizaciones que arrojaban muy elevados beneficios. En 1922 los protestantes tenían 6.000 misioneros de sexo masculino, 1.110 mujeres, 1.745 pastores chinos, 402.599 cristianos bautizados y 400.000 catecúmenes. En 1925 el número de misioneros se elevaba a 8.158. La Iglesia católica tenía 2.650 sacerdotes extranjeros, 1.100 chinos y 2 millones de conversos. Chiang Kai-shek manifestó mucha simpatía al cristianismo. No impuso rigurosamente en las escuelas la norma de neutralidad religiosa: los alumnos que salían de las instituciones cristianas, se quejaban amargamente de que se los había obligado a practicar la religión de sus maestros y a soportar su adoctrinamiento. En todos los chinos "progresistas" una forma de violencia que dejó un indeleble sentimiento de rencor fue la que practicaron los sacerdotes con respecto a los activistas políticos condenados a muerte; por una pequeña suma adquirían el derecho de

[23] K. M. Panikkar: *L'Asie et la domination occidentale.*

bautizar *in extremis* a las víctimas: precisamente, los hombres que pagaban con su vida su rebelión contra el imperialismo, a cuyos agentes temporales y espirituales odiaban.

La actitud de los misioneros durante la guerra contra los japoneses originó nuevos agravios. "En los territorios ocupados por los japoneses, varios obispos colaboraron, con una inocencia que se asemeja a la inconciencia; otros prohibieron a los sacerdotes chinos que interviniesen en el conflicto", reconoce el canónigo Leclerq. Los chinos extrajeron nuevamente la conclusión de que para ellos el catolicismo era incompatible con el patrimonio.

Esta serie de hechos explica por qué, a pesar de la semicolonización de China por Occidente, las religiones occidentales tuvieron tan escaso resultado en ese país. En 1941, a pesar del desarrollo del clero nacional, y de la existencia de 40 obispos chinos, solo había 700.000 protestantes, y 3 millones de católicos en un país de 600 millones de habitantes.

En su prefacio al libro de M. K. Panikkar, Béguin defiende las misiones. Su argumento más serio es que ayudaron a los occidentales a descubrir Extremo Oriente; como puede comprenderse, ese hecho no las hace acreedoras al reconocimiento de los chinos. Este autor se refiere también, de modo más impreciso, a los aspectos positivos de la obra de las misiones; sin duda, ningún balance puede ser radicalmente negativo; también las violencias japonesas y occidentales tuvieron ciertos aspectos positivos: lo cual no las justifica. Por otra parte, si los protestantes —como la Asociación Cristiana de Jóvenes— intentaron tímidamente luchar contra ciertos detalles de las plagas sociales creadas por un régimen al que en general apoyaban —el capitalismo y el semicolonialismo— aparentemente la única preocupación de los católicos fue multiplicar el número de bautismos. A menos que se crea —cosa que pocos cristianos admiten hoy— que toda alma no bautizada gemirá eternamente en el infierno o en el limbo, no se ve qué servicio prestaron a los "indígenas". Béguin recuerda que "consagraron sin reservas su vida y su esfuerzo"; pero nadie les había pedido esa ofrenda: de muy buena gana los chinos hubiesen prescindido de de ella. Pearl Buck, que conoció bien a los chinos y a los misioneros, pues era hija de un pastor, se ha expresado acerca de este punto con mucho buen sentido.[24] "Mi intuición me decía que no

[24] *Los mundos que conocí.*

habían ido a China sobre todo por amor al pueblo chino. No, estos misioneros estaban allí para satisfacer una necesidad espiritual... Noble necesidad... Pero recuerdo haber leído en Thoreau, que sin duda recibió la idea de Confucio, que si un hombre quiere vuestro bien al mismo tiempo que el suyo, es necesario huir de él como de la peste". En su niñez, recordaba al padre los beneficios aportados por las misiones, y él mismo le respondió: "No debemos olvidar que los misioneros fueron a China sin haber sido invitados, impulsados únicamente por el sentimiento de su deber. Por consiguiente, los chinos nada nos deben". Pearl Buck resume sobriamente la situación cuando escribe: "Como conocía la obra que habían realizado en Asia, no podía soportar la predicación de los blancos".

Es necesario no perder de vista este conjunto de hechos si se quiere comprender la actitud del gobierno chino con respecto al catolicismo. El régimen anunció inmediatamente su decisión —expresada en un artículo de la Constitución— de tolerar todas las confesiones religiosas. En China tres millones no es gran cosa, y a los ojos de un marxista chino el culto de la Virgen es tan "retrógrado" como el de la diosa Kuan Yin. Si en el caso del cristianismo se ha subordinado la tolerancia a ciertas condiciones, debe verse la causa en el hecho de que el gobierno tenía buenas razones para desconfiar políticamente. En el terreno del nacionalismo esta religión, cómplice del imperialismo occidental, chocaba desde hacía ochenta años los sentimientos de los chinos; a partir de 1920 había sido denunciada violentamente por su carácter antichino. Por otra parte, es radicalmente anticomunista. El padre Lebbe, que para ser un misionero era notablemente amplio, llegaba a admitir que se fuera chino: pero no comunista. Poco antes de su muerte repetía: "Los comunistas chinos no son chinos. Los comunistas chinos no son hombres. Los comunistas son demonios encarnados". Es sabido que desde su mismo nacimiento la Iglesia Católica manifestó la más decidida hostilidad al comunismo. El 9 de noviembre de 1846, en un texto reproducido por *Syllabus*, Pío IX condenó "esta doctrina nefasta llamada comunismo, radicalmente contraria al propio derecho natural; una vez aceptada, esta doctrina sería la ruina total de todos los derechos, las instituciones, las propiedades y la sociedad humana misma". Más tarde, León XIII, en la encíclica *Quod apostolici numeris* la llama "una peste mor-

habían ido a China sobre todo por amor al pueblo chino. No, estos misioneros estaban allí para satisfacer una necesidad espiritual... Noble necesidad... Pero recuerdo haber leído en Thoreau, que sin duda recibió la idea de Confucio, que si un hombre quiere vuestro bien al mismo tiempo que el suyo, es necesario huir de él como de la peste". En su niñez, recordaba al padre los beneficios aportados por las misiones, y él mismo le respondió: "No debemos olvidar que los misioneros fueron a China sin haber sido invitados, impulsados únicamente por el sentimiento de su deber. Por consiguiente, los chinos nada nos deben". Pearl Buck resume sobriamente la situación cuando escribe: "Como conocía la obra que habían realizado en Asia, no podía soportar la predicación de los blancos".

Es necesario no perder de vista este conjunto de hechos si se quiere comprender la actitud del gobierno chino con respecto al catolicismo. El régimen anunció inmediatamente su decisión —expresada en un artículo de la Constitución— de tolerar todas las confesiones religiosas. En China tres millones no es gran cosa, y a los ojos de un marxista chino el culto de la Virgen es tan "retrógrado" como el de la diosa Kuan Yin. Si en el caso del cristianismo se ha subordinado la tolerancia a ciertas condiciones, debe verse la causa en el hecho de que el gobierno tenía buenas razones para desconfiar políticamente. En el terreno del nacionalismo esta religión, cómplice del imperialismo occidental, chocaba desde hacía ochenta años los sentimientos de los chinos; a partir de 1920 había sido denunciada violentamente por su carácter antichino. Por otra parte, es radicalmente anticomunista. El padre Lebbe, que para ser un misionero era notablemente amplio, llegaba a admitir que se fuera chino; pero no comunista. Poco antes de su muerte repetía: "Los comunistas chinos no son chinos. Los comunistas chinos no son hombres. Los comunistas son demonios encarnados". Es sabido que desde su mismo nacimiento la Iglesia Católica manifestó la más decidida hostilidad al comunismo. El 9 de noviembre de 1846, en un texto reproducido por *Syllabus*, Pío IX condenó "esta doctrina nefasta llamada comunismo, radicalmente contraria al propio derecho natural; una vez aceptada, esta doctrina sería la ruina total de todos los derechos, las instituciones, las propiedades y la sociedad humana misma". Más tarde, León XIII, en la encíclica *Quod apostolici numeris* la llama "una peste mor-

tal que ataca la médula de la sociedad humana y que la aniquilará". Pío XI lo condenó en una alocución dirigida en 1924 a todo el mundo; y luego, en una serie de cinco encíclicas, del 8 de mayo de 1928 al 3 de junio de 1933. En 1939, en la encíclica *Divine redemptoris*, convocó a todos los católicos a luchar enérgicamente contra el comunismo: la cruzada anticomunista moviliza sobre todo a los sacerdotes, y a las organizaciones auxiliares de la acción católica —entre otras las "Congregaciones marianas". El decreto del 1º de julio de 1949, promulgado por Pío XII, incluye la "prohibición de apoyar al comunismo, so pena de denegación de los sacramentos". "Prohibición de profesar el comunismo, so pena de excomunión". El *Osservatore romano* comentaba oficialmente: "Toda adhesión, toda ayuda concebida a los comunistas es, quiéraselo o no, una colaboración con su actividad antirreligiosa".

Es decir, que, cuando el gobierno presidido por Mao Tse-tung ocupa el poder, la Iglesia está en guerra franca con el régimen que aquél encarna. Es natural que antes de autorizar al clero de China a mantener su influencia sobre una parte de la población, el gobierno haya tratado de adoptar ciertas precauciones. Su actitud se expresa inequívocamente en un artículo publicado el 24 de noviembre de 1950 por el *Diario del Pueblo*: "El problema del catolicismo y del protestantismo en China presenta dos aspectos: el problema de la fe, y el problema de la explotación de estas dos creencias por los imperialistas, con fines de agresión contra China... En su obra *La nueva democracia*, el presidente Mao ha destacado que los comunistas pueden crear un frente unido anti imperialista con ciertos espiritualistas, y aún con los creyentes, aunque no apoyemos su espiritualismo ni sus sectas. Por consiguiente, los patriotas chinos deben gozar de libertad de cultos, con la condición de que el catolicismo y el protestantismo se sustraigan a la influencia imperialista".

En este espíritu el gobierno chino exigió a las diferentes iglesias que suscribiesen el principio de las "Tres autonomías": administrativa, financiera y apostólica. La Iglesia china, protestante o católica, debe ser administrada y financiada por chinos, y debe difundir el Evangelio de acuerdo con directivas emanadas del clero chino. Los protestantes aceptaron estas condiciones. El doctor Tchao Tseu-tcheng, decano de la Facultad de Teología de la Universidad Yen King, de Pekín, había preconizado en 1949 "una colaboración con los comunistas para crear un nuevo cielo y una

tierra nueva"; según afirmó, era necesario cooperar con el nuevo régimen con el fin de mantener la presencia del cristiano en el mundo comunista. Reunidos bajo la presencia de Wu Yao-tsong, miembro desde hace treinta años de la Asociación Cristiana de Jóvenes, los protestantes realizaron en 1951 y 1954 la Reforma que liberaba de la influencia occidental a las iglesias y asociaciones protestantes. "Para conquistar una auténtica autonomía del apostolado, los cristianos chinos deben descubrir por sí mismos los tesoros del Evangelio de Cristo", declaró Wu Yao-tsong en nombre de los protestantes chinos.

La cuestión tenía otro carácter en el caso de los católicos. Los dirigentes chinos se proponían distinguir lo temporal de lo espiritual; aceptaban que los católicos reconociesen la autoridad doctrinaria del papa: pero le negaban todo derecho de intervención en el terreno político. Chu En-lai definió muy exactamente esta posición en una conversación con los católicos chinos: "El Vaticano es el corazón de los católicos. Podemos mantener relaciones con él. Pero si se entrega a actividades políticas y ayuda al imperialismo norteamericano a perjudicar a la República Popular de China, nos opondremos a él... Si el papa define el dogma de la Inmaculada Concepción, ustedes los católicos tienen el deber de creerle. Pero si apoya a Estados Unidos contra China, en su carácter de ciudadanos chinos ustedes deben preferir a su patria".

Varios católicos aceptaron esta distinción. Agrupados alrededor del abate Li Wei-kuang, vicario general de Nankin, de Hu Wen-yao, director de la Universidad Católica Aurora, y del obispo de Pekín, formaron la Iglesia llamada "reformada", cuyos miembros actuales en China celebran el culto católico. Su punto de vista fue expuesto entre otros por un médico de Shanghai llamado Yang Che-ta, antiguo alumno de la Universidad Aurora (es decir, de los jesuitas), que escribía en setiembre de 1955:

"Se ha decidido que el pueblo chino goce de libertad religiosa, y esta decisión es ley. Por ejemplo, en Shanghai hay más de cincuenta mil católicos atendidos por más de veinte iglesias. Asistimos a misa, a la bendición, a la confesión exactamente como antes. Se observan rigurosamente todas las ceremonias del año litúrgico. En las festividades es corriente ver a tres o cuatro mil personas que asisten a la misa mayor de la catedral de Zikawei. Los seminarios continúan educando a los jóvenes sacerdotes: año tras año ingresan quienes sienten la vocación sacerdotal. Algunos representantes

de la Iglesia Católica intervinieron el año pasado en la elaboración de la Constitución... Muchos obispos y sacerdotes fueron elegidos diputados al Congreso; yo también participé en las deliberaciones... En nuestra universidad hay ciento veintisiete alumnos católicos a quienes se facilita su culto: los viernes no se sirve carne en el comedor de estos alumnos... Tenemos periódicos católicos. Como cristiano, presto todo mi apoyo al gobierno, porque se ha consagrado a mejorar la vida del pueblo; como chino, lo apoyo porque al fin ha conquistado la independencia en mi país. No vemos que haya contradicción entre nuestro patriotismo y nuestra fe".

Sin embargo, otros católicos creen que los "católicos patriotas" son cismáticos; de acuerdo con esta opinión, reconocer la autoridad doctrinaria y espiritual del papa no es suficiente: es necesario que la jerarquía de los obispos le esté subordinada en el plano administrativo y temporal. Es el punto de vista expresado en 1951 por el nuncio monseñor Riberi, que escribió al clero chino: "Ustedes no deben colaborar con el diablo, deben luchar. Deben utilizar todos los medios para derribar al demonio". El gobierno lo expulsó. Luego, el papa excomulgó: primero, a los católicos que adhieren al Partido Comunista y a todos los organismos que dependen rigurosamente de él; segundo, a los que pretenden reemplazar la jerarquía con otro poder de dirección; tercero, se lanzó una excomunión personal contra el jefe de los católicos patriotas, el vicario general de Nankin, abate Li Wei-kuang.

La actitud del papa equivale a una franca declaración de guerra. Por su parte, los católicos no reformados desde su punto de vista tienen perfecto derecho de luchar contra el gobierno chino; pero cuando se resuelve "emplear todos los medios para abatir al demonio" y el demonio es precisamente el régimen actual, nadie debe indignarse porque se lo tache de contrarrevolucionario. No hay razón para que, en el curso de las diferentes campañas destinadas a sofocar la acción de los contrarrevolucionarios, los católicos deban gozar de particular inmunidad. Entre otras cosas, han protestado con vehemencia contra la disolución de la "Legión de María". Era una de esas congregaciones marianas dedicadas especialmente, de acuerdo con Pío XI, a combatir al comunismo. El padre Lefeuvre [25] reconoce que este organismo "mantenía la coor-

[25] *Les enfants dans la ville.*

dinación de los católicos influyentes y activos"; es decir, que se trataba de un centro de resistencia al régimen. Sobre todo, combatía en el campo la reforma agraria y la ley de matrimonio. Cuando la guerra de Corea amenazaba al país, los católicos no reformados rehusaron participar en la campaña antiimperialista. No puede asombrar que la mayoría de los misioneros extranjeros fuese expulsada, y que se detuviese a varios sacerdotes chinos, acusados de actividades contrarrevolucionarias. Una vez más, por intermedio de Tch'eng Yi, el gobierno explicó su actitud: "La política del gobierno es clara y precisa: dentro de los límites de la ley, se garantiza la protección absoluta de la libertad religiosa del pueblo... Pero se reprime categóricamente a los imperialistas que utilizan la religión para practicar el sabotaje".

Sin embargo, los dirigentes realizaron nuevos intentos de conciliación. El congreso patriótico reunido en Nankin en agosto de 1953 propuso a los católicos la aprobación de "Diez artículos", en los que ni siquiera se mencionaba la triple autonomía; en ellos se reconocía la autoridad del papa en asuntos relativos al dogma. Todos los sacerdotes asistentes firmaron la declaración; varios se retractaron, pero luego se retractaron de su retractación. Se organizaron algunos comités reformistas locales en todo el territorio de China, y ellos agruparon a la mayoría de los católicos alrededor de este principio: el poder espiritual y dogmático pertenece a Roma, el poder temporal a Pekín.

El más importante centro de resistencia era la iglesia de Shanghai. En la noche del 8 al 9 de setiembre de 1955 se detuvo al obispo Kiung P'in-mei, así como a sacerdotes, jesuitas y religiosos. El editorial del Hsin-wen pao anunció el 9 de setiembre por la mañana que el objetivo de estos arrestos era "destruir integralmente el grupo contrarrevolucionario Kiung P'in-mei y eliminar a todos los elementos contrarrevolucionarios ocultos en la Iglesia Católica". En el momento actual ha desaparecido en China la Iglesia Católica no reformada.

Es indudable que el papa habría podido elegir, en lugar de esta destrucción, el camino de la conciliación. La subordinación de la "jerarquía" a la Santa Sede es asunto de dogma; entre "nombrar" a los obispos e "instituirlos" hay una diferencia que permite dar a César lo que es de César, y sobre ella se fundó en el curso de los siglos más de un concordato. En realidad, aquí no faltó el ingenio de los casuistas, sino más bien buena voluntad de la Iglesia

Romana. El papa quiso demostrar que no deseaba ninguna complicidad entre el comunismo y la Iglesia; si el cristianismo perdura en el centro de un mundo marxista, tendrá que hacerlo en una forma cismática. Se trata de una actitud visiblemente política, que afirma la unión indisoluble de la Iglesia y el capitalismo. Los católicos manifiestan con particular claridad la fuerza de esta alianza cuando se indignan porque los comunistas la denuncian. El argumento más serio de los católicos es que al aceptar los compromisos propuestos por el régimen exponían al catolicismo al riesgo de ser destruido "desde adentro". En otras palabras, pensaban con espíritu derrotista que en definitiva la ideología marxista se impondría a la ideología cristiana: antes que una muerte lenta, prefirieron un martirio espectacular,[26] lo que a los ojos del mundo cristiano sin duda es mucho más edificante. Estaban en su derecho. Pero comienza su mala fe cuando, al explotar en beneficio de la salvación de las almas este martirio voluntario, dirigen contra sus perseguidores requisitorias escandalizadas. A decir verdad, la mejor confirmación de las acusaciones formuladas contra ellos está representada por los libros en los que estas víctimas agresivas manifiestan su odio ciego hacia el régimen comunista. Es imposible que convicciones tan ardientes no se expresen en palabras o en actos, que a su vez justifican las medidas adoptadas por el gobierno.[27]

Entre las acusaciones dirigidas contra las misiones, las más graves son las que se refieren a los orfelinatos. Las religiosas siempre se habían preocupado de salvar las almas más que de alimentar los cuerpos —y como se ha visto, su caridad fue siempre sospechosa para la población china. Algunas estadísticas, cuya objetividad los afectados se esfuerzan vanamente por recusar, demuestran que esa desconfianza era fundada. De acuerdo con los bienpensantes, la enormidad misma de los hechos afirmados les qui-

[26] El padre Lefeuvre reconoce que si el arresto de monseñor Kiung fue tan tardío, debe buscarse la razón en el hecho de que el régimen prefiere persuadir antes que obligar: con la mayor paciencia durante años procuró establecer un *modus vivendi*. Los católicos que se rehusaron obstinadamente a toda forma de conciliación no dejaron al gobierno otra salida que la represión.

[27] Me refiero a los arrestos y las expulsiones. En cuanto a los métodos policiales, ya he señalado que considero lamentable que la revolución no haya modificado las tradiciones de ese organismo.

taría toda verosimilitud: deberían recordar que en Francia la suerte de los huérfanos recogidos en instituciones piadosas generalmente es abominable. He conocido personalmente algunas huérfanas, que me hablaron de su infancia como de una interminable pesadilla. Levantarse a las cinco y media en dormitorios que en invierno eran tan fríos que se necesitaba romper el hielo de la jarra de agua; diez horas de trabajo diario, inclinadas sobre bordados destinados a la venta, sin recibir el más mínimo salario; como entretenimientos la misma, la bendición, las vísperas; casi ninguna instrucción; como alimento sopas claras, a menudo con cucarachas: sólo los días de inspección distribuían leche y carne; la que se atrevía a formular quejas era llevada al encierro, y los castigos corporales llovían sobre estas niñas subalimentadas; no había higiene. De ahí que la mitad de las niñas enfermasen de tuberculosis. Esas historias son bastante antiguas, y sin duda existe hoy un control sanitario más serio. Pero si las cosas tenían ese cariz en Francia hace unos treinta años, podemos imaginar fácilmente cómo se trataba a los niños chinos. Las religiosas están muy dispuestas a considerar la suciedad y la falta de higiene como virtudes cristianas, que reflejan el desprecio del cuerpo y la sumisión a la voluntad de Dios: en China, dadas las circunstancias, esta piadosa negligencia debía acarrear las más terribles consecuencias. Se veía reforzada por el escaso valor que los blancos, aún los misioneros, atribuían a la vida de un chino: era loable salvar sus almas, pero con respecto a su existencia terrestre, se creía que ya eran excesivamente numerosos. Ciertamente, las hermanas no asesinaban deliberadamente a sus pupilas —por otra parte, dicho acto hubiese sido pecado— pero lo menos que puede decirse es que veían con indiferencia la muerte de esos seres: un ángel más en el cielo, y en la tierra una boca menos para alimentar. Ese estado de espíritu explica el escándalo de los orfelinatos, revelado por investigaciones serias —realizadas, entre otras, por las Asociaciones de mujeres— y por muchos testimonios. Aquí reproduciré solamente algunos.[28]

Con respecto al hospital Tze-Ai, de Nankin (Hospital del Amor Materno), el secretario de asuntos generales Tsui Tien-pei trazó el siguiente balance: "El registro demuestra que del 1º de julio al 31

[28] Recopilados en un folleto por el Comité de Higiene y publicados en inglés, en la ciudad de Shanghai, con el título "Children's tears" ("Lágrimas de niños").

de diciembre de 1949 murieron 54 de un total de 60 niños ingresados en el orfelinato. Al año siguiente, la tasa de mortalidad aumentó mes tras mes. En enero de 1950 alcanzaba al 61 %, y en mayo al 83 %. A veces morían 3 a 5 niños en un día. Las religiosas sostuvieron que estaban afectados por enfermedades prenatales y sífilis. Pero se procedió a examinar a los 58 niños que estaban en el orfelinato en el momento en que se lo clausuró: sólo el 2 % estaba enfermo de sífilis. Por otra parte, las propias religiosas anotaban en los registros la causa del fallecimiento: en el 98 % de los casos habían escrito que la debilidad era la causa de la muerte del niño... De los 58 niños examinados, el 97 % estaba afectado de subalimentación, y un tercio a tal extremo que no fue posible salvarles la vida; el 98 % tenía enfermedades de la piel, y el 81 % tracoma. Casi todos estaban tuberculosos... Se les daba un poco de arroz y gachas de harina, y sólo un cuarto litro de leche por día: leche descremada. Con la crema las hermanas fabricaban manteca para su consumo personal. Los niños mayores no recibían una gota de leche: sólo arroz hervido y algunas hojas de col... Todos los niños usaban las mismas palanganas y vasijas, de modo que las enfermedades de la piel pasaban de unos a otros". Sin embargo, la hospitalización de estos niños no era gratuita. Los padres debían pagar tres a cinco tus[20] de arroz todos los meses. Si no pagaban sus deudas, el niño desaparecía: lo vendían por 133 libras de arroz.

En todas las actas de acusación reaparecen los mismos reproches: no se alimentaba a los niños. Apenas se los lavaba. No los cambiaban casi nunca, y los cuerpos estaban cubiertos de llagas. Liu Tsui-ying, que fue nodriza en el orfelinato de las Hermanas de San José entre 1949 y 1951, afirma que se "hambreaba deliberadamente a los niños. Dos veces por día les suministraban leche en polvo en mal estado. Vivían amontonados en dos piecitas que olían a orina y excrementos. Casi nunca los lavaban, casi nunca los cambiaban... En verano los mosquitos los devoraban. La UNRRA entregó al orfelinato unas 4.000 yardas de tela de mosquitero: el obispo Kowaski las vendió... Casi todos los niños estaban sanos y se mostraban alegres al llegar, pero se debilitaban en unas pocas semanas".

Afírmase que en esta institución fueron hospitalizados 57.817

[20] Un tu: 13,3 libras.

bebés desde 1923, y que sólo 126 vivieron más de unos meses: la Asociación de mujeres preparó esta estadística. Por otra parte, en una carta dirigida al papa, el obispo Schneider, que dirigía el orfelinato con el obispo Kowaski, confesó que la tasa de mortalidad entre 1946 y 1950 alcanzaba al 94 %.

Los registros son aún más elocuentes que los testimonios. En el registro del Hogar de niños del Sagrado Corazón de Nankin, constan en trece meses 192 ingresos y 118 muertes. Al lado del nombre del niño aparece la palabra "bautizado" y una fecha. En una fecha muy próxima está inscripta la palabra "Fallecido". Ni siquiera se indica la razón de la muerte.

Cuando los niños hospitalizados tenían más edad, se los obligaba a trabajar duramente, desde la edad de cinco años. El régimen habitual era la subalimentación, los castigos y los malos tratos que a veces provocaban la muerte. Los que consiguieron salvarse ofrecieron relatos terribles. No los cito, porque los casos más extremos evidentemente son excepcionales. Pero era práctica general vender las huérfanas, cuando tenían diecisiete o dieciocho años, a maridos que muy a menudo eran degenerados. Un reportaje del *Periódico de la Liberación*, de Shanghai, acerca del Senmuyeu, relata: "No sé cuántas jóvenes fueron casadas por la fuerza con *minus habens*, vagabundos, inútiles y desequilibrados. Después de su matrimonio, muchas enloquecieron". Una huérfana, Lin Wutsui, escribe: "Nos casaban con toda clase de hombres: ciegos, viejos, y yo fui entregada a un idiota".

En el Penn Tse T'ang de Pekín, de 25.680 niños recogidos en ochenta y ocho años, 23.403 murieron prematuramente.

De los cinco a los seis años comenzaban a trabajar; a partir de los catorce años, trabajaban catorce horas diarias. Comían sorgo, en muy reducida cantidad. No recibían ninguna educación. Cuando el gobierno chino asumió el control del orfelinato, del 95 al 98 % de los niños eran deficientes, y 80 debieron ser enviados al hospital.

Rewi Alley me confirmó estos hechos. En los talleres de Shanghai vio niños muy pequeños, suministrados por los orfelinatos. También vio los registros donde estaban anotadas las listas fúnebres de los bautismos y los fallecimientos de los bebés hospitalizados; me relató que había recogido en Sandan muchos niños abandonados, y que en diez años sólo murieron dos, cuando padecían por centenares en las manos de las religiosas. Por otra

parte, estas últimas no niegan la cifra de muertos que se les imputan. Las hermanas expulsadas por el gobierno chino alegan que los niños hospitalizados ya estaban moribundos. Los exámenes médicos han demostrado que las deficiencias de los sobrevivientes no provenían de taras hereditarias, sino de la falta de alimentos y cuidados; y en los orfelinatos intervenidos por el régimen el índice de mortalidad descendió de manera fulminante. Es indudable que las protestas de las religiosas en parte son sinceras: ellas se han conducido de acuerdo con su propio sistema de valores, que atribuye muy escasa importancia a la envoltura carnal. Para ellas lo importante era salvar las almas, bautizando al mayor número posible de pequeños paganos.[30] No comprenden que esta actitud sea criminal en un país donde la vida humana es la medida del bien y del mal. Su expulsión era un episodio necesario de la campaña de higiene desarrollada por el gobierno.

[30] Una hermana canadiense, al deplorar en una conmovedora poesía la ingratitud de los chinos que la expulsaron, insiste sobre todo en los placeres del paraíso, abierto a los bebés chinos gracias a los cuidados que ella les prodigó.

7

EL 1º DE OCTUBRE

Los visitantes que habitualmente están dispersos en el norte y el sur de China acuden todos a Pekín para las fiestas del 1º de octubre. También yo regreso, hacia fines de setiembre, después de un viaje a Manchuria. La fisonomía de la ciudad ha cambiado. Ha concluido la construcción de la nueva ala del hotel, y desaparecieron los andamios. En el salón de la construcción antigua se ha inaugurado un puesto donde se venden sombrillas, sedas bordadas, lacas, porcelanas y toda clase de adornos. La fachada del hotel y el frente de los edificios públicos están decorados con banderas rojo y oro, y grandes linternas rojas, gruesas como calabazas; sobre los techos flotan banderas rojas. Las ciudades chinas siempre gustaron de realzar su lisura con adornos escarlatas. El rojo es hoy el color del régimen, pero siempre fue el de la felicidad. Las calles —que poco a poco habían llegado a serme tan familiares que concluí por no verlas más— me asombran nuevamente; a los ojos de los propios chinos han adquirido carácter exótico; la gente se vuelve para mirar a los tibetanos de largas túnicas amarillas, con un anillo de cobre colgando de una oreja; a los mongoles, cuyas túnicas están ajustadas al cuerpo por cinturones de colores vivos; a los musulmanes con sus casquetes blancos; y a los montañeses de Sikiang, con sus grandes sombreros cornudos y forrados de piel. Hay aquí alrededor de 1.700 delegados extranjeros. Durante las jornadas que preceden y siguen al 1º de octubre, los viajeros van y vienen incesantemente. En un número de *New Day Release* tomado al azar, veo los siguientes títulos: *Chu En-lai recibe a los delegados japoneses* —se festeja a la compañía de los *Kabuki*— *Entrevista al ministro de Higiene hindú* — La prensa comenta calurosamente la visita de Nenni — La delegación budista birmana

adora el diente de Buda — La delegación de mujeres italianas parte de China — *Llegada de la delegación de sordomudos yugoslavos.* Este cosmopolitismo tiene un carácter muy particular. Entre las personas a las cuales el azar de las respectivas historias individuales lleva a codearse en el salón de un gran hotel neoyorquino, no hay nada de común, salvo el suelo que pisan. Aquí, cuando me cruzo con un español, un portugués, un checo o un sudafricano, siento con él una complicidad inmediata; sabemos que en los diferentes idiomas las palabras tienen para todos el mismo sentido. Por eso parece natural que todos se hablen sin ceremonias. Como yo empiezo a ser una "veterana", informo con buena voluntad a los recién llegados. Como me había ocurrido al principio, tienen cierta dificultad para situarse en la realidad. Antes de poner el pie en el aeródromo de Pekín, uno sueña. Yo escalaba las mesetas del Tibet, el historiador alemán exploraba a su gusto las grutas de Tuen Huang, el pintor italiano se instalaba un mes en una aldea del sur y pintaba; otros dormían bajo los yurtes mongoles. De pronto, se respira realmente el olor agrio de la tierra china; uno percibe alrededor el movimiento de seiscientos millones de personas, China se extiende al norte y al sur, al este y al oeste sobre millares de *lis*. Uno se interroga con cierta ansiedad sobre las fronteras de lo posible y lo imposible. No estuve en Lhassa, y no iré. Los periodistas que partieron hace dos meses para Tibet, por el camino nuevo, y que viajaron en camión y a lomo de mula, no volverán antes de mediados de noviembre. Para llegar a las rutas de Tuen Huang, es necesario viajar varios días en caravana a partir de Lang-tcheu: el historiador tendrá que contentarse con ver las reproducciones. En compensación, es fácil llegar a Cantón...

Al mismo tiempo que intercambio informaciones, observo las reacciones de los visitantes. He comprendido que más que en cualquier otro país, en China es preciso evitar un error: es el que consiste en juzgar las cosas como si se hubiesen *detenido*. En este país que se transforma incesantemente, el presente extrae su sentido del pasado, al que sobrepasa, y del porvenir al que prefigura. Denigrar al régimen con el pretexto de que el nivel de vida aún es bajo o porque todavía perdura el capitalismo, implica desconocer su situación: la transformación de China debe realizarse a partir de lo que era. Pero sobre todo me desconcierta esta benevolencia a priori

que induce a ciertos viajeros a admirar de modo absoluto realizaciones que sólo tienen sentido consideradas en su devenir. Es falso que una aldea china sea más cómoda y más rica que una francesa: lo notable es el progreso que ella representa comparada con las de antaño. Es falso que la mujer china sea en general la más emancipada del mundo. Y es ingenuo maravillarse porque el arzobispo de Pekín aprueba explícitamente el régimen: si se opusiera, dejaría de ser arzobispo. Este entusiasmo me choca no sólo por los errores que implica, sino porque China merece ser reconocida en su verdad; no percibir las dificultades de la situación implica menospreciar sus esfuerzos. Temo que la propaganda de estos celosos defensores se vuelva contra ellos: será demasiado evidente que han tomado posición de antemano. Es lástima. Este momento de la historia china es conmovedor precisamente por el carácter aún incompleto de las victorias obtenidas, por la magnitud de los obstáculos que es preciso vencer y por la dificultad de la lucha iniciada.

29 *de setiembre.* Esta noche Chu En-lai ofrece un banquete en honor del cuerpo diplomático y los delegados extranjeros; hay 2.200 invitados. La mitad de ellos se reúne en la inmensa sala de fiestas construida estos últimos meses en el ala nueva del hotel de Pekín. El resto se distribuye entre los salones y las habitaciones vecinas: se ha invadido toda la planta baja.

Entre la puerta principal de la sala de fiestas y el teatrito que se alza al fondo, se ha tendido una larga mesa de cien cubiertos; a derecha y a izquierda hay un centenar de mesas redondas, cada una con nueve cubiertos. He tenido tiempo para examinar minuciosamente el decorado: cincuenta columnas, veinticinco descubiertas y otras tantas a medias empotradas en los muros, de unos cincuenta centímetros de diámetro, pintadas de rojo, sostienen las vigas de color verde, azul, dorado, o rojo; el lugar está iluminado por tres grandes arañas, cada una de veinticinco lámparas, y por lámparas aisladas: un total de trescientos globos. El cielo raso está a unos quince metros del suelo; alrededor de las paredes corre un balcón, forrado de tela gris. La cortina roja del teatrito protege el escenario.

La mesa está cubierta de alimentos fríos. A cada lado de la puerta de entrada se ha instalado una orquesta: tocan sucesivamente, una de ellas música china, y la otra música occidental. A las

siete entonan el himno nacional: Chu En-lai se sienta en el extremo de la mesa, cerca de la escena; en el otro extremo ocupa su lugar uno de los mariscales, ataviados con un brillante uniforme nuevo, azul oscuro y oro. Los servidores comienzan a verter en nuestros vasos vino de arroz, vino de uva silvestre, limonada, cerveza y vino espumante, mientras Chu En-lai iluminado por los proyectores, pronuncia un discurso agradeciendo nuestra visita a China: concluye con un brindis por la amistad de los pueblos y la paz. Se sienta, nuevamente se pone de pie, brinda una vez tras otra, en honor de cada grupo de invitados, y finalmente en honor de todos; en cada ocasión los proyectores se encienden y lo iluminan con luz cruda. A su vez el embajador de Birmania pronuncia un discurso en nombre del cuerpo diplomático. La orquesta arranca: "Toreador, toreador, en guardia..." Y Chu En-lai recorre las mesas, bebiendo con cada invitado, cambiando algunas palabras amables con algunos: sobre todo saluda a la madre de Zoya, la célebre heroína soviética, cuya historia conocen todos los niños de China.

"¿Quién es este Chu En-lai?" preguntaba un día Mr. Dulles. Hoy ya no es posible fingir ignorancia; todo el mundo conoce el nombre de Chu En-lai. Edgard Snow[1] elogiaba hace veinte años su gracia de álamo, y puede afirmarse que no la ha perdido; y es legendario el encanto de su sonrisa al estilo de George Raft. Su rostro exhibe una característica que es raro hallar en China: no se trata de cinismo ni de ironía, sino de un sentido agudo de la duda. Suscita la impresión de un hombre que, al mismo tiempo que se compromete a fondo en lo que hace, pese a todo permanece un poco al margen. Por el momento, va de una mesa a otra, envuelto en la tonada de "Toreador..."; su andar y sus gestos son lánguidos, y su mirada aguda parece reconocer exactamente a todas estas personas a las que no conoce: realmente uno diría que le complace beber con ellos. Cuando pasa a las habitaciones vecinas, donde se han reunido las delegaciones juveniles, y también los actores, los bailarines, los deportistas, se oyen gritos vivándolo: lo rodean, lo abrazan, lo abruman de regalos; los aplausos y las aclamaciones se prolongan hasta el final del banquete.

La comida no dura mucho: los chinos tienen sentido de la mesura, y ya he dicho que les desagrada demorarse en la mesa. Una

[1] *Red Star over China.*

vez concluido el banquete, la juventud baila en el salón vecino; hay soldados albaneses y polacos de uniforme, y delegados de las minorías nacionales en sus atuendos tradicionales. Salimos, y me sobresalto: ¡Pekín está iluminado! La luz de los farolillos dibuja los perfiles y las cornisas de los techos, y destaca las fachadas; las siluetas de los monumentos públicos y las puertas fortificadas se elevan, centelleantes y chatas sobre el fondo del cielo oscuro; esta ausencia de relieve, este dibujo exacto suscita la impresión de un decorado ficticio: uno creería ver brillar, no una auténtica ciudad, sino los pabellones de una gran exposición. Sin embargo, Pekín es muy real; sus efímeros adornos crean una suerte de espejismo a la inversa.

Hay una multitud sobre la avenida, generalmente desierta por la noche. Algunos se pasean ociosamente; los comerciantes han instalado puestos contra la muralla roja del palacio, o al borde de la calzada; venden té hirviente, salchichas calientes, frutas, y algunos han llegado a improvisar verdaderos restaurantes. Les basta una mesa, un banco, y una cocina portátil sobre un carrito. La gente come; otros miran y esperan. Los altoparlantes fijos a los postes de iluminación de la avenida difunden música militar, canciones populares, discursos y consignas. Grupos de mongoles, de miaos, de tibetanos y uighures con ropas de fiesta, pioneros de camisa blanca y corbata roja, están inmóviles al borde de la calzada, o marchan al paso; los músicos están sentados en el suelo, con un tamborcito chino sobre las rodillas: esta noche se hará el ensayo general del desfile. Mañana será feriado para todo el mundo. Pasamos frente a T'ien An Men, cuya célebre silueta resplandece: grandes linternas rojas decoran su fachada.

Las pequeñas calles vecinas están llenas de gente; niños y adultos llevan en la mano ramilletes de flores artificiales; las consiguieron en los centros a los que asisten: talleres, oficinas o escuelas. Por primera vez me cruzo con personas que pasan entre agentes de policía: no llevan esposas en las muñecas y nadie comete la indiscreción de mirarlos pasar; son tres: quizá borrachos, o rateros. Por doquier se come y bebe. En las calles más alejadas veo una suerte de carros de carnaval: a veces se trata de simples pedestales cuadrados, armados con paños; algunos llevan estatuas, decorados y cuadros vivos. De regreso en el hotel, me asomo al balcón: bajo el claro de la luna toda la ciudad brilla, con un aire curiosamente engañoso. De pronto, aparece una gran estatua de un blanco crudo,

puesta sobre un pedestal rojo: se diría que el carromato avanza por sí mismo. Pasan algunos hombres sosteniendo paneles que son retratos de Marx y de Mao Tse-tung; un dragón, de más de cien metros, transportado por una hilera de jóvenes semiocultos bajo la caparazón. Estos fragmentos desordenados del episodio festivo producen extraño efecto. Sin embargo, decido acostarme. Pero hacia las dos y media de la madrugada me despierto sobresaltada, tanto por la curiosidad como por el ruido: los altoparlantes continúan transmitiendo canciones. Ahora casi hace frío; la avenida está cubierta de camisas blancas y banderas rojas: grupos de jóvenes formados en apretados cuadros enarbolan las insignias; otros están reclinados en el terraplén del hotel, y las banderas yacen al lado. El ensayo se prolongará hasta entrada la noche, pero mañana todos dormirán a placer, para abordar frescos el gran día que se avecina.

30 de setiembre. Esta mañana Pekín duerme. Todo el mundo goza del feriado: no hay programa de festejos. El tiempo es levemente desagradable, y vamos a pasearnos solos por un rincón de Pekín que a todos nos gusta, detrás del Palacio Imperial; aquí la muralla del palacio es negra, y está flanqueada por dos torres de vigilancia de techos dorados, bañadas por las aguas de un canal; grandes girasoles alzan sus cabezas negras y doradas. La muralla vira en ángulo recto, lo mismo que el canal; sobre la otra orilla, está rodeado de casitas bajas, que vuelven hacia él los muros sin ventanas, cubiertos de un enjalbegado negruzco y escamoso; esta larga vía de agua, en la que se refleja la muralla sombría y el fondo de una pobre callejuela, tiene un encanto desolado.

El hotel de Pekín está revuelto; el gran salón está ocupado por minúsculas bailarinas birmanas, hindúes y mongoles. Los delegados asiáticos son mucho más numerosos que los occidentales: hay equipos deportivos, asociaciones religiosas y sobre todo grupos culturales y conjuntos artísticos. Durante mi estada en Pekín se realizó una exhibición de arte hindú, y un festival del filme hindú; asistí a una muestra de danzas indonesas y birmanas, y de ballets ofrecidos por el Viet Minh, y por su parte la compañía de los Kabuki se prepara para ofrecer una serie de representaciones. Chu En-lai lanzó su llamado —"Vengan a ver"— especialmente a los

pueblos asiáticos, en concordancia con la elevada idea que China tiene de su misión en el continente.

Esta noche, Chu En-lai ofrece un banquete en honor del ejército de liberación y los delegados de las minorías nacionales: hay tres mil invitados. No podemos cenar aquí, y emigramos al hotel Sin Kiao, que antes de que se completara la nueva ala de nuestra residencia era el principal hotel de la ciudad; los chinos estaban tan orgullosos de él que todavía el año pasado organizaban visitas de extranjeros a este edificio. Fue construido con capitales suministrados por los chinos de ultramar. El comedor está colmado. Paseamos por las calles con algunos amigos, y subimos a la terraza de nuestro hotel, para ver la iluminación de Pekín. La noche es clara. Y nos decimos lo mismo que se dicen todos en Pekín esta noche: ¡Ojalá que mañana haga buen tiempo!

1º de octubre. No hace muy buen tiempo. De pronto, durante la noche, el termómetro bajó diez grados, y el cielo está encapotado. Me pongo el abrigo y aseguro la insignia que Tsai me entregó ayer con aire solemne; es un broche rojo, con las armas de la República China, y una cinta roja impresa con caracteres negros: me permitirá ingresar en las tribunas levantadas contra el muro de T'ien An Men.

Aunque T'ien An Men está tan cerca, cuando abandonamos el hotel, a las nueve de la mañana, tomamos un auto: llegamos al sitio siguiendo un desvío, pues los vehículos no pueden entrar en la avenida; rodeamos el Palacio Imperial; en las callejuelas vemos carromatos que llevan reproducciones de máquinas, estatuas y paneles; también hay grupos de personas que esperan: estamos entre las bambalinas de este gran teatro que es hoy el centro de Pekín. Entramos en la Ciudad Prohibida por la puerta norte, y atravesamos de un extremo a otro el parque. El servicio de vigilancia nos dirige hacia la tribuna de la izquierda. Bajo las gradas hay pequeños salones donde se sirve té, limonada y sanwiches: la gente puede bajar allí durante el desfile para fumar, beber y descansar. El gobierno no atiende sólo a los invitados: a lo largo del trayecto del desfile se han instalado cañerías de agua potable y grifos, para que los espectadores puedan calmar la sed durante esas horas prolongadas.

Ocupamos un lugar en la primera fila, hemos llegado temprano y la tribuna todavía está medio vacía. Detrás, un poco a la de-

recha, el pabellón, levantado sobre la terraza, nos domina; el retrato de Mao Tse-tung está colgado exactamente encima del arco de entrada. Sobre los muros rojos aparecen, escritos con enormes caracteres chinos, los lemas: "Viva la República de China — Viva la unidad de todos los pueblos — Viva el marxismo-leninismo — Viva la paz". A nuestros pies, la avenida está desierta: pero más lejos, sobre la inmensa Plaza Roja, hay un despliegue de soldados con sus correajes y sus uniformes pardos, marinos, pioneros de camisa blanca que sostienen en la mano ramas y flores artificiales, rosas y rojas. Algunas banderas rojas, y otras de colores vivos o suaves, flotan sobre los canteros: en las primeras filas, a lo largo de la avenida, están instaladas las bandas militares. Hace mucho frío, y para calentarse los soldados saltan en su lugar en grupos ordenados: de lejos parece un desfile de soldaditos de madera. La armoniosa combinación de las camisas blancas con el pardo de los uniformes, y los vivos matices aportados por las banderas y los ramilletes demuestra que los chinos son admirables escenógrafos.

La tribuna está llenándose; hay doce mil personas en las gradas dispuestas alrededor de la plaza; hallamos a varios amigos, y conocemos gente: aquí está Nenni, llegado hace tres días a Pekín, y el físico polaco Infeld, que fue colaborador de Einstein, y el historiador alemán Matthias, que llegó ayer a la noche con una delegación de mujeres francesas. Se intercambian impresiones. "Los chinos son el único pueblo del mundo que ignora absolutamente el cinismo", dice Infeld, que por su parte es muy dado a formular frases de acre sinceridad.

A las diez, la orquesta comienza a tocar el himno nacional; estallan aplausos: Mao Tse-tung, acompañado de Tchu Tö, Lieu Chaa-ki, Chu En-lai, Soon Chin-ling —la viuda de Sun Yat-sen— y otros ministros y mariscales, aparecen bajo la columnata que corre a lo largo de la terraza; se sitúa exactamente debajo de su retrato. Viste el clásico atavío de lana gris verdosa, y una gorra, que se quitará durante el desfile, provocando las aclamaciones de la multitud. De lejos no se lo distingue de los restantes funcionarios: nada lo señala particularmente a las miradas. El año pasado las ceremonias en Pekín tuvieron carácter nacional: había delegados de toda China, y cerca de Mao estaban entre otros el Dalai-Lama y el Pantchen-Lama. Este año todas las ciudades de China celebran el 1º de octubre, y la fiesta que aquí vemos tiene

un carácter exclusivamente pequinés. Desfilarán los habitantes de Pekín; y el alcalde de Pekín se aproxima al micrófono para decir en pocas palabras que ha comenzado la festividad.

Truena el cañón, ignoro cuántas veces, con terrible estrépito: se diría que el cielo va a estallar; el lugar se cubre de humo. Luego, reina un gran silencio; dos grandes autos descubiertos, que vienen de ambos lados de la avenida, se cruzan lentamente frente a T'ien An Men; en cada uno hay un hombre de pie: el mariscal P'ong Tö-huai, ministro de Defensa Nacional, vestido con un uniforme azul y oro, y el comandante en jefe del ejército se saludan solemnemente. P'ong Tö-huai pasa revista rápidamente a las tropas, y luego sube a la terraza de T'ien An Men, y lee una orden del día. Entonces el automóvil del comandante en jefe avanza sin apresuramiento, seguido por los soldados, los tanques y los cañones: ha comenzado el desfile.

Afírmase que los delegados cuáqueros que están de visita en China rehusaron asistir a la ceremonia, como protesta contra este desfile militar; sin embargo, dura muy poco. Algunos aviones a reacción surcan ruidosamente el cielo, e inmediatamente comienza el desfile de los civiles. Al principio avanza una formación de guardias de honor, perteneciente a las diferentes minorías: llevan inmensos estandartes rojos, sobre los cuales se destacan en letras de oro las consignas: "Viva el primer plan quinquenal — Liberemos a Formosa — Viva la Paz". Luego vienen los paneles, semejantes a los que vemos en los desfiles de Moscú. Los retratos de Mao Tse-tung, Chu En-lai, Sun Yat-sen, Marx, Engels, Lenin, Stalin, y también los de Molotov, Malenkov, Bulganin y Jrushov se alzan sobre las cabezas oscuras. Las consignas y los retratos reaparecen muchas veces durante estas cuatro horas. De pronto, se diría que el inmenso jardín avanza hacia nosotros: millares de niños agitan sobre las cabezas su ramillete, del color de los espinos en flor; llegan frente a T'ien An Men, y bruscamente sueltan bandadas de palomas que parecen salir del sombrero de un prestidigitador; las aves se elevan rápidamente; grupos de globos multicolores se alzan sobre la multitud, llevando ramilletes, banderas y estandartes rojos que despliegan las consignas: Plan quinquenal — Formosa — Paz. El cielo se transforma en una suerte de gran campamento festivo.

Los niños marchan seguidos por mil quinientas activistas que

acaban de clausurar su congreso. Entonces comienza la parte principal del desfile: en hileras de ochenta personas, divididas cada una en seis o siete grupos, que ocupan todo el ancho de la avenida, durante tres horas fluye una corriente ininterrumpida de hombres vestidos de telas de algodón azul oscuro: los obreros, los empleados, los estudiantes, los artesanos, los comerciantes de Pekín y los campesinos de los alrededores. Llevan ramilletes, banderas, estandartes, ramos de olivos, palomas de papel pintado, o madera recortada (?); rodean los carros motorizados que vi en las callejuelas y que ahora están completamente equipados. Cada grupo presenta un símbolo de su trabajo: maquetas de locomotoras, de ruedas dentadas, de generadores, de una cosechadora-agavilladora, de un alto horno, de una turbina de 6.000 kilovatios, de una gavilla de trigo, de un canasto de frutas, de un retazo de tela de algodón. Sobre los paneles están escritos los índices de producción y de aumento de la producción. Todos los manifestantes tienen un aire radiante. Cuando llegan frente a la tribuna oficial, se detienen, saltan y golpean el suelo con los pies, al mismo tiempo que agitan los ramilletes y ríen a mandíbula batiente. "¿Es posible imaginar que esto carece de espontaneidad?" me dice Rewi Alley. No, no es posible. La alegría que ilumina estos quinientos mil rostros constituye una prueba definitiva. Me impresiona el carácter tan personal y directo de la relación de esta gente con Mao Tse-tung. Aquí no hay nada de lo que se llama "histeria colectiva" o "mística del jefe". Ante todo, ninguno de estos hombres está absorbido en la multitud: aquí hay quinientos mil individuos, y cada uno se afirma por su cuenta; además, lo que se lee en los ojos no es servilismo, ni fascinación, sino muy exactamente afecto. Durante un instante este obrero o aquel artesano se encuentra con Mao en una conversación personal, y agitando su ramillete y sonriéndole, le agradece de hombre a hombre.

Aquí abro un paréntesis. En la primavera de 1956 la prensa burguesa inventó que la "desestalinización" molestaba considerablemente a Mao, que practica en beneficio propio el "culto de la personalidad". Esa misma prensa, que bruscamente denuncia en Mao al Stalin chino, difundía algunos meses antes ciertos rumores sobre su salud quebrantada, sus ausencias frecuentes y su alejamiento. Se insinuaba que el verdadero amo de China era Lieu Cao-ki, secretario del partido comunista: como puede suponerse, esta actitud determinaba ingeniosos comentarios. Todos se asombra-

ron cuando Mao abandonó su reserva para pronunciar en julio el famoso discurso sobre las cooperativas: ¡ciertamente la situación era desesperada! Cuando regresé a París, mucha gente se asombró de que yo lo hubiera visto varias veces en carne y hueso: se le creía definitivamente reducido a la impotencia. ¿Cómo conciliar esta discreción tan sospechosa con el "culto de la personalidad"? Sería necesario que los diarios se pusiesen de acuerdo: Mao, ¿es un títere moribundo o un déspota? Aún el más ciego de los lectores de Rousset se verá en dificultades para armonizar estas dos imágenes.

En realidad, la función oficial de Mao Tse-tung es la de Presidente de la república, y sólo implica atribuciones muy limitadas. Sin embargo, el prestigio personal de Mao, sus cualidades y su competencia le garantiza un papel preponderante; sobre todo, después de 1927 es el especialista indiscutido en los problemas campesinos. Pero el poder que ejerce no es más dictatorial que el que detenta, por ejemplo, un Roosevelt. La Constitución de la nueva China impide la concentración de autoridad en manos de una persona: el país está dirigido por un equipo, cuyos miembros se han unificado en una estrecha camaradería en el curso de una prolongada lucha en común. Por otra parte, la extrema sencillez de Mao Tse-tung, la tranquila confianza con que va y viene, sin ninguna protección policial, lo asemejan, no a Stalin, sino a Lenin. En China hay muchos retratos de él, y la gente gusta cantar una o dos canciones en su honor: indudablemente es popular y se le quiere. ¿Son éstas las características de los tiranos?

Prosigue el desfile. Al mismo tiempo que miramos, nos observamos unos a otros; aquí hay polacos, franceses e italianos, y todos tenemos la ironía pronta y la firme voluntad de no dejarnos engañar; y cada uno se pregunta si es el único que se siente conmovido por la grave alegría de esta multitud en marcha. Nos alivia oír el murmullo de Infeld: "Cuando uno ve esto, ya no desea ser cínico". Y aún experimentamos un poco de vergüenza: ¿por qué estos falsos pudores, estas consignas de escepticismo? A su vez, Nenni expresa el remordimiento general cuando dice con una suerte de nostalgia: "Imposible imaginar nada semejante en Roma o en París: carecemos de la frescura de alma indispensable". Sí. Es quizá lo que China tiene de más conmovedor: esta frescura que por momentos confiere a la vida humana el brillo de un cielo despejado.

Los alumnos de la escuela de aeronáutica lanzan planeadores y aviocitos de motor que surcan el aire como una flecha y vuelven a descender en espirales hacia el techo dorado de T'ien An Men o hacia la multitud; algunos se elevan a gran altura, y al fin no es posible seguirlos con los ojos. Detrás vienen los trabajadores del sector cultural. Ocho mil actores y bailarines. Es lo más destacado del espectáculo: aquí tenemos el "teatro en la calle" con que soñaban los surrealistas. En primer lugar, sobre carros cuyas ruedas y conductores son invisibles, varios cuadros vivos evocan las obras representadas ahora en Pekín: reconocemos escenas de *La canción de la estepa*, de *A través de llanuras y montañas*. Luego, docenas de artistas disfrazados de leones, de monos, de guerreros de ópera saltan, bailan, se baten de acuerdo con las tradiciones clásicas; inmensos dragones nadan entre olas azules: los paños agitados por invisibles maquinistas figuran las ondulaciones del mar; los dragones extienden en una longitud de unos cien metros sus cuerpos sinuosos; es un ballet gigantesco y maravillosamente dispuesto. Los saltimbanquis pasan haciendo cabriolas, avanzan las pirámides humanas en equilibrio sobre bicicletas o sobre una rueda, los acróbatas dan vueltas y saltos. Las asociaciones deportivas cierran el desfile: las mujeres jóvenes saltan al unísono sobre aros, los hombres levantan rítmicamente las pesas; cada grupo ejecuta un número distinto. Han transcurrido cuatro horas; todos hemos permanecido de pie; y no sentimos el tiempo ni la fatiga, tan fascinante es este desfile que comenzó con una exhibición militar y concluyó con un espectáculo circense.

Ahora los soldados y los pioneros reunidos en la Plaza Roja acuden hacia T'ien An Men, agitando banderas y flores, y ocupan toda la avenida. Mao Tse-tung avanza lentamente hacia un extremo de la terraza, y luego hacia el otro, saludando a los invitados extranjeros y agitando su gorro. Son las dos de la tarde, y la multitud comienza a dispersarse.

Durante el día el cielo se ha aclarado; de modo que a las siete y media, cuando subimos la escalera que conduce a la terraza de T'ien An Men, la noche es fresca pero clara: un centenar de delegados fueron invitados para ver desde aquí los fuegos artificiales. Nos acercamos a la balaustrada. En la plaza y la avenida se han reunido unas cuatrocientas mil personas: "una fuente de caviar", dice Sartre al contemplar esas cabezas oscuras apretadas

una contra otra. También hay gente en los parques. En medio de la multitud innumerables banderas: alrededor se forman círculos donde la gente baila; casi todos están agrupados por escuelas, fábricas, talleres; pero algunos pasan de un círculo a otro. Bailan rondas, farándulas, un especie de *blue*, y también el yangko nacional, que se asemeja un poco a la *bourrée*; otros juegan a la gallina ciega; los actores visten sus atuendos teatrales, y se divierten ejecutando pantomimas. Pekín brilla con toda sus luces: millares de farolillos centellean y las luces iluminan la avenida. Nos sentamos todos frente a mesitas cubiertas de tazas de té, cigarrillos, frutas y bombones; mientras converso con Mao Tuen y su mujer, Chu En-lai pasa entre los invitados, estrechando las manos con amable desenvoltura; luego, sin ceremonia ni escolta, Mao Tse-tung se pasea de mesa en mesa. Lo que tienen de simpático todos los dirigentes chinos es que ninguno de ellos representa el papel de personaje; están vestidos como todo el mundo, y no llevan el rostro deformado por gestos peculiares de clase, los que tan a menudo son resultado del ejercicio del poder o de la preocupación de representar; nada de eso; son rostros unánime y plenamente humanos. Es la primera vez que veo a individuos que cumplen funciones oficiales y que no están separados por una distancia del resto del mundo. Esta perfecta sencillez no es demagogia; por ejemplo, los norteamericanos [2] Truman y Eisenhower son demagogos: representan con mayor o menor eficacia la cordialidad y la bonhomía. Mao Tse-tung y Chu En-lai no representan. Tienen esa inimitable naturalidad que sólo se encuentra en los chinos —que proviene quizá de sus profundas raíces campesinas— y la serena modestia de hombres demasiado comprometidos en el mundo para ocuparse de su fisonomía. Sin embargo, no es posible equivocarse: poderoso o sutil, el rostro de estos hombres manifiesta una personalidad particular. No sólo seducen, sino que inspiran un sentimiento excepcional: respeto.

Estallan los fuegos de artificio. Según creo fueron inventados por los chinos; desde hace siglos en China se encienden petardos con cualquier pretexto, y sobre todo frente a los altares o sobre las tumbas de los antepasados. No es asombroso que esta fiesta nocturna supere de lejos a las celebraciones del 14 de julio en

[2] Creo que Roosevelt era una excepción, y quizá pueda afirmarse lo mismo de unos pocos más; pero se trata de un caso raro.

Francia. Soles innumerables iluminan los cuatro rincones del cielo, cataratas de fuego y torbellinos que engendran efímeras galaxias, y todos los espectadores abren desmesuradamente los ojos. Los cohetes sueltan paracaídas que pasean en el espacio estrellas, burbujas y racimos de luces de colores maravillosos. Los proyectores barren el cielo con pinceladas azules, amarillas y violáceas: un ballet de colores puros.

Cuando estamos fatigados de mirar, vamos a sentarnos al interior del pabellón. Está totalmente decorado con flores: es un descanso para la vista. También allí hay mesas, con tazas de té, y delegados de todos los países conversan animadamente. Descendemos a la calle, y nos abrimos camino a través de la multitud. Jamás vi una muchedumbre tan decente. Ante todo, nadie bebe; en Francia y en Italia no es posible concebir un baile público sin un bar próximo; así, cuando la gente está cansada de bailar, se acurruca al borde del círculo y mira a los demás. Y luego se diría que para estos jóvenes la sexualidad no existe. Los bailarines se mantienen por lo menos a setenta sentímetros uno del otro. Y las muchachas y los varones danzan indiferentemente con varones o con muchachas: en ningún caso las parejas tienen un aire equívoco. No hay gritos, ni risas ruidosas, ni desorden, sino por doquier amplias sonrisas. Se disponen a bailar hasta la madrugada.

Durante la semana que sigue al 1º de octubre casi todas las noches se invita a los delegados extranjeros a distintas fiestas. Oí cantar *Los barqueros del Volga* por un primer premio del conservatorio chino, *Rigoletto* por un soldado albanés de uniforme, y la gran aria de *Carmen* por una cantante soviética. Vi al célebre Mei Lan-fang en un papel de muchacha: lo cual me recordó esas exhibiciones un tanto especiales que presenta, por ejemplo, el Carrousel. Asistí a la "première" del teatro japonés, ocasión que atrajo a lo más granado de Pekín: Las mujeres habían cambiado la chaqueta y el pantalón por vestidos de estilo occidental; los hombres vestían trajes de paño.

Comienzo a familiarizarme con las costumbres y los modales de los chinos. Al principio me desconcertaban, porque me parecían al mismo tiempo mucho más naturales y al mismo tiempo mucho más afectados que los occidentales. Paulatinamente los comprendí; exhiben una gran sencillez en su relación con ellos mismos: con su cuerpo y sus necesidades; y suma reserva en

todo lo que se refiere a la comunicación con otros. La señora Cheng me sedujo inmediatamente por su naturalidad. "Tengo sueño", dijo un día en An-chan hacia el final de un almuerzo oficial. Y dejándonos beber el té con nuestros huéspedes en la ocasión, se extendió tranquilamente sobre un canapé y durmió un cuarto de hora. Tsai me confió que se sentía incómodo en Occidente. "En Checoslovaquia o en Francia hay que cuidarse constantemente. Por ejemplo, en China no es descortés hacer ruido cuando se ingiere un cocido o se bebe té: en Praga y en París es signo de mala educación. Cuando viajo con mis camaradas, nos observamos unos a otros, y siempre tememos incurrir en falta". Sobre todo, los chinos siempre tuvieron la costumbre de escupir, y consideran normal hacerlo en público, aún en el curso de una conversación un tanto ceremoniosa: tan normal como entre los occidentales sonarse la nariz. Si hubiese querido traer de Pekín objetos realmente típicos, habría elegido una escupidera y una botella termos; es lo primero que se ve al entrar en una tienda: estancos cargados con estos dos utensilios ambos pintados de flores y pájaros. Hay escupideras en los departamentos, las oficinas, los trenes, los parques, por doquier. En cuanto a las botellas termos, las hallamos en todas las casas, en las tiendas y las oficinas; los chinos no pasan una hora sin beber té. Hay "puestos de té" en las salas de espera de las estaciones, en el vestíbulo de los teatros: son grandes tanques, y basta abrir el grifo. Eliminar lo que se ha bebido no parece a los chinos más vergonzoso que beber; ciertamente, en Pekín las mujeres no buscan fingiendo un aire de excusa la puerta del baño. En China se acepta tranquilamente el cuerpo, salvo en sus funciones sexuales, afectadas por graves tabúes. Los chinos deben probablemente a su profundo arraigo en el campesino una sencillez que no implica ninguna forma de vulgaridad.

Por el contrario, hay artificio en las relaciones con otros. La gentileza de los chinos es profunda, y sus consideraciones muy delicadas; y hoy exteriorizan de buena gana su cordialidad hacia los visitantes mediante aplausos, y entre las mujeres con abrazos. Pero la intimidad es difícil. La que tuve con la señora Cheng me parece absolutamente excepcional. Una antigua tradición ha enseñado a los chinos a disimular sus sentimientos, a no expresar sus convicciones, y evitar las preguntas personales y las confidencias. Nuestro amigo sudafricano formuló la siguiente pregunta al de-

legado que lo recibía en Nankín: "¿Usted está casado? ¿Tiene hijos?" pero el intérprete sonrió y se negó a traducir la pregunta. "Es indiscreto", explicó. Un francés, de unos cincuenta y tantos años, preguntó a la joven que era su intérprete: "¿Usted está casada?" Ella respondió con altivez: "¿Qué diría usted si yo le hiciese la misma pregunta? —Diría que estoy casado y que tengo dos hijos", respondió el hombre riendo. La joven vaciló y se suavizó. "Tengo un novio en el Sur". Después de dos o tres semanas Tsai comenzó a hablarme con soltura; pero al principio era muy reservado. Cuando almorcé en casa de Tin Ling vi sobre su mesa de trabajo algunos pinceles; y le pregunté si pintaba: pero ella sonrió sin responder. La gente del Norte es todavía más afectada; en Mukden era notable el contraste entre la señora Cheng y Tsai por una parte, ambos originarios del Sur, pequeños y vivaces, y los grandes manchúes de rostro inmóvil. Al final de la comida, en el momento de formular el último brindis, el escritor que nos había escoltado silenciosamente todo el día, nos dijo sonriendo: "Tengo un grave defecto: no sé exteriorizar los sentimientos que experimento en mi corazón". Después de haber traducido esta breve autocrítica, Tsai la aprobó "Sí, dijo, afírmase a menudo que nosotros los chinos nos asemejamos a botellas termos: frío por fuera, pero cálidos por dentro". En realidad, a falta de espontaneidad, algunos chinos tienen tan delicada gentileza que lograban crear una auténtica relación humana entre esos desconocidos que éramos unos para otros.

8

LAS CIUDADES CHINAS

Recuerdo un antiguo filme soviético, *El tren mongol*. Los occidentales y algunos "compradores" viajaban cómodamente en pullman, mientras una masa miserable se ahogaba de calor, fatiga y suciedad en los estrechos vagones de tercera clase. Tenía curiosidad de ver los trenes chinos modernos. Se necesitan veinte horas para ir de Pekín a Mukden, treinta horas de Pekín a Nankín, tres días de Nankín a Cantón: de modo que pude verlos.

Los ferrocarriles chinos tienen clases; los asientos, dispuestos a ambos lados de un corredor central, son de madera dura o están tapizados. En los trenes nocturnos hay también diferentes categorías de coches dormitorios. Yo dormía en un compartimiento de cuatro cuchetas, dos a cada lado; cada viajero arregla personalmente la ropa de cama que la compañía le provee: una manta que cumple la función de colchón, y un cobertor de lana, protegido por una funda blanca. Otros vagones no están divididos en compartimientos, y son vastos dormitorios donde las cuchetas se superponen en tres hileras; una cortinilla verde aisla a cada durmiente: éste provee sus propias mantas; a lo largo del corredor corre un estrecho banco donde los pasajeros se sientan para leer o beber té. En todos los casos los baños colectivos están instalados en medio del vagón. Cada viajero, tiene su propio lugar, acostado o sentado. En los dormitorios hay cuadernos para anotar las quejas. Leí uno de ellos: un usuario sugería que se fijase en los vagones el horario de los trenes; otro se quejaba a lo largo de una página entera: "Llegué a medianoche, no había nadie que me entregase las mantas. Tomé frío y me resfrié". Los vagones restaurantes están decorados con plantas verdes e imágenes po-

pulares; como son frecuentados por muchos técnicos rusos, sirven una cocina internacional; observo también que el té se sirve a la moda rusa, azucarado, y en vasos.

No es fácil leer en un tren chino. Los transmisores no se silencian ni un minuto; transmiten arias de ópera o música folklórica, anuncian la próxima estación, ofrecen consejos de higiene. Varios empleados armados de escobas y trapos se pasean constantemente por los corredores, uno de ellos visita cada hora nuestro compartimiento; lleva su celo al extremo de levantar la pila de libros que deposité sobre una mesita para repasar las superficies ocultas. Otro pasea una enorme regadera cubierta de tela: vierte agua hirviendo alternativamente en las escupideras alineadas a lo largo del corredor y en las tazas de té. Al partir nos entregaron recipientes de loza, provistos de tapa y agarradera, que tienen la forma y el tamaño de ciertos vasos de cerveza. Nos venden saquitos de té verde y arrojamos el contenido en las tazas que el hombre de la regadera llena tan pronto se vacían. Después de cinco tazas el té es demasiado flojo: de modo que compramos otro saquito.

Parto para Nankín alrededor de las seis de la tarde, y atravieso de noche el río Amarillo. Me despierto temprano, en medio de una llanura bordeaba a derecha e izquierda por montañas de escasa altura. El tren corre todo el día, el horizonte se aleja indefinidamente, y se despliega el mismo paisaje: se me antoja al mismo tiempo familiar e insólito. Ni páramos, ni bosques ni roquedales: ni una pulgada de naturaleza salvaje; casi no hay árboles; el suelo, liso como en un polder holandés, está dividido en una multitud de parcelas en las que se cultivan legumbres, soya habas y maní; cada propiedad tiene aproximadamente la dimensión de una cancha de tenis, y exhibe colores abigarrados como los de un huerto. Estos rasgos —pequeña propiedad y policultura— aparecen en muchas campiñas francesas: pero siempre en pequeña escala; las vastas llanuras de Francia están cubiertas uniformemente de remolacha, de trigo y viñedos; así, en Manchuria, me parecía natural ver ondular hasta el horizonte el kaoliang. Lo que aquí me desconcierta es que desde la mañana hasta la noche, sobre centenares de kilómetros se repiten en su monótona diversidad los huertos de los alrededores de París. En ningún país vi jamás tantos campesinos trabajando la tierra; la cuidan con la misma atención que se dispensa a un jardín, y utilizando instrumentos de jardinería: escardillos, cuchillos, palas, azadas y azadi-

llas. Sin embargo, de tanto en tanto uno de ellos ara; el arado del cual tira un buey rechoncho es idéntico a los que figuran en los frescos de Tuen Huang. Cuando el campesino lleva —como fue el caso dos o tres veces en el curso del día— una larga túnica negra, de estilo antiguo, los viejos clisés adquieren una verdad insólita: uno se creía transportado cuarenta siglos atrás. Sin embargo, la mayoría está vestida con la habitual túnica de algodón azul; todos tienen un aspecto decente, no hay harapos.[1] Entre los campos observo piedras rectas y grises que representan los límites. El suelo está erizado de ellas, y atraen las miradas sobre todo, porque, salvo las siluetas humanas, ninguna línea vertical corta el horizonte. La región es tan escasa en árboles como la que sobrevolé en avión. Durante dos o tres horas desfilan jóvenes álamos plantados desde la liberación, y luego nuevamente desaparecen los árboles. Para calentarse, los campesinos queman arbustos recogidos en las montañas, o tallos de kaoliang.

Las montañas que se alzan a derecha y a izquierda son tan monótonas como la llanura. Sin embargo, la señora Cheng me indica una altura famosa: el monte T'ai Chan, en el centro de Chantong, es la montaña del Este, la más célebre de las cuatro montañas sagradas de China. Su cima, a 1.543 metros, está coronada con templos adonde los peregrinos acudían otrora a orar, por centenares de millares. Sólo cinco emperadores se atrevieron a celebrar allí, en el período histórico, el sacrificio *Fong*, el más solemne de todos, que imponía tener manos absolutamente puras. Es el centro de innumerable cantidad de leyendas.

Hacia el anochecer, manchas de color intenso brillan sobre el fondo gris verdoso de los campos; algunos arbolillos tienen frutos anaranjados; son caquis; los arbustos de color rojo violáceo son una especie de retama, con la que se fabrican escobas.

La noche oscurece los vidrios. A las once llegamon a las orillas del Yang-tzé; no lo atraviesa ningún puente. Cuando se concluya el que está construyéndose en Hankeu, se transformará la fisonomía del tránsito ferroviario entre el Norte y el Sur. Por el momento, es necesario franquear el río en ferry, lo cual exige prolongadas maniobras.

[1] El señor Guillain se ve obligado a reconocer que se trata de un cambio radical y bastante notable.

Nankín

Nankín se alza sobre la orilla derecha del Yang-tzé; durante tres siglos, de 318 a 589, fue la capital de esa suerte de Bajo Imperio en que se convirtió China del Sur cuando la dinastía Tsin abandonó el Norte a las ordas turco-mongoles. Reconquistada por el primer empleador Suei, tuvo un nuevo período de gloria cuando Tchu Yuan-tchang, fundador de la dinastía Ming, la adoptó en 1356 como capital. La rodeó con una muralla de 96 lis y allí residió hasta su muerte. Destruida por los Taiping, y mal reconstruida cuando Chiang Kai-shek la adoptó como capital, Nankín carece de carácter. En 1937 los japoneses la saquearon: en esa ocasión mataron por lo menos a 42.000 personas. Los niños fueron masacrados, y violadas todas las mujeres de diez a setenta años.[2] Edgar Snow[3] relata que las jóvenes de Nankín habían adoptado la costumbre de caminar con la cabeza baja, sin mirar a nadie, y que no podían soportar la presencia de un hombre. Muchas casas fueron quemadas; la orgía y el pillaje duraron días y noches. La zona internacional de seguridad, donde se habían refugiado 250 mil personas, se convirtió en un auténtico campo de concentración: millares de hombres y mujeres fueron capturados allí por los japoneses y asesinados.

Nankín tiene 1.400.000 habitantes; está poco industrializada. Las casas no se asemejan a las de Pekín. En lugar de ocultarse tras los muros, exhiben sus fachadas, de dos o tres pisos, abiertas por ventanas. En la periferia trabajan muchos artesanos; forjan el hierro o asierran la madera en grandes barracas de planchas; detrás hay un indefinido terreno que sirve de patio, y una casa habitación construida también en madera.

En los alrededores hay muchos monumentos pero no despiertan mayor interés en mí; me parece hermosa la avenida funeraria que conduce a la tumba a los Ming, bordeada de estatuas de piedra dos veces mayores que el natural, que representan a hombres y animales. También me agradó, detrás de una muralla negra, el lago que hasta donde la vista alcanza es un inmenso campo de lotos. Esta planta, cuyas raíces se hunden en el barro, y cuya flor

[2] Los hechos y las cifras fueron establecidos por el Comité de Socorro Internacional de Nankín.

[3] *Scorched earth.*

se abre al sol, maravillosamente blanca y pura, no sólo abunda en símbolos y tiene carácter sagrado: además, es nutritiva. Se comen los frutos y la raíz. Se utilizan las hojas para envolver la carne y otros artículos comestibles: es impermeable a las sustancias aceitosas, y confiere a los alimentos un gusto suave que la gente del Sur aprecia. Ahora, las flores y los frutos están pasados; el tallo del loto remata en una roseta de regadera, de alvéolos vacíos. Pero las hojas son verdes y están frescas, y es precisamente el momento de recogerlas. Algunas mujeres calzadas con botas, las piernas hundidas hasta la rodilla en el barro del lago, están recogiéndolas; cargan las hojas en embarcaciones que las transportan a las colinas artificiales creadas en medio del parque; se las extiende sobre las vertientes expuestas al sol, para secarlas. Así, los jardines acuáticos han invadido la tierra, y por todas partes aparecen las plantas del loto. Otras mujeres recogen las hojas secas y las reúnen con un hilo.

Mientras bebemos té en medio de un prado cubierto de césped, al fondo de una avenida aparece una delegación de japoneses. Todos tienen bigotes, anteojos de montura de carey, visten hermosos trajes occidentales, y sostienen en la mano camperas de cuero. Recuerdo el saqueo de Nankín, y me pregunto si los chinos no experimentan frente a sus huéspedes japoneses sentimientos análogos a los que nos inspiraban los primeros turistas alemanes. Formulo la pregunta a la señora Cheng: "Es necesario que aprendamos a olvidar", me dice con una sonrisita que demuestra que ella no olvida.

A media noche tomamos el tren. Según parece, de Nankín a Shanghai atravesamos ciento sesenta y cuatro puentes. No lo advierto, porque duermo. Pero por la mañana temprano, me asomo a la ventanilla y veo que, en efecto, estamos atravesando muchos ríos y canales. La vía férrea está bordeada de algodonales. Los campesinos están mejor vestidos que en el Norte. Las mujeres llevan chaquetas de algodón floreadas, de colores vivos. Nos acercamos; los canales, colmados de barcazas, se multiplican. Los barrios son pobres y parecen sobrepoblados: hay un rumoreo gigantesco en estas calles cuyas calzadas están construidas con pequeños adoquines, y bordeadas de cabañas de suelo apisonado y techos de paja. A lo lejos se dibujan las chimeneas de las fábricas y los rascacielos: imagen que al llegar de Pekín parece absolutamente insólita. El tren se detiene: entramos en Shanghai.

Al principio, Shanghai, que se llamaba entonces Hua-ting, era, en medio del delta del Yang-tzé, nada más que una pequeña aldea de pescadores; cuando los aluviones obstruyeron el puerto de Su-tcheu, en la desembocadura del río del mismo nombre, las embarcaciones comenzaron a echar el ancla en Hua-ting; en el siglo XI se instaló allí un comisario de comercio, encargado de cobrar los impuestos; más tarde se estableció un servicio de aduana; en 1279 Hua-ting se independiza de Su-tcheu, y en adelante pagó directamente sus impuestos en Pekín. La ciudad era un hsien —es decir, una localidad de segundo orden, equivalente a una subprefectura— y tenía tan escasa importancia que ni siquiera Marco Polo la señala. Los corsarios japoneses realizaban frecuentes incursiones; a principios del siglo XVI la saquearon, y entonces los emperadores Ming la rodearon con una muralla de cinco kilómetros y medio. El terreno pantanoso sobre el cual estaba construida, y donde no brotaba un árbol, era tan liso y desolado que un viajero francés escribía hacia 1850: "Al lado de este paisaje, la región de Camargue y las orillas del Charente son pintorescas". Pero desde el punto de vista económico su situación era interesante. Se alzaba en la confluencia del Su-tcheu y de un canal que unía a éste con una rama del Yang-tzé: ensanchado en 1403 por los Ming, este canal anexó el curso inferior del río, cuya parte superior fue desde entonces un simple afluente del gran río semiartificial, el Whangpu, que desciende desde Shanghai hasta el mar. Gracias a esta vasta red de canales y cursos de agua, la ciudad se comunica con regiones que están entre las más ricas del mundo: el valle del Yang-tzé, las fértiles planicies de Seu-tchuan, y la gran llanura del Norte. Está barrida por los vientos secos y fríos que soplan de Asia Central, pero también por los alisios del Pacífico: su clima es semitropical un tercio del año, y moderado los otros dos tercios. Al abrigo de los tifones y las mareas altas, las aguas del Whangpu ofrecen protección segura a las embarcaciones. Shanghai se convirtió paulatinamente en centro del tráfico entre el norte y el sur de China. Los ingleses, descontentos de la situación que se les había impuesto en Cantón, apreciaron las ventajas de su posición. En 1832, Lindsay, enviado por la Compañía de Indias Orientales para negociar con el gobierno chino, celebró en Shanghai una entrevista con el intendente del circuito.

Descubrió que el movimiento del puerto era más importante que en Cantón: en una semana contó 400 juncos que recalaban en los muelles del Whangpu, transportando 10 a 400 toneladas de mercancías. Señaló el hecho en un informe que explicaba las diversas circunstancias gracias a las cuales Shanghai era particularmente propicia para las actividades comerciales. Algunos misioneros norteamericanos confirmaron sus observaciones. Por lo tanto, el 11 de junio de 1842 el crucero inglés *Nemesis* remontó el río hasta la ciudad, mientras dos mil soldados ingleses la atacaban por tierra. Después de diecinueve días de combate, Shanghai cayó, y el general Hugh Gough estableció su cuartel general en el templo del genio protector de la ciudad. El tratado de Nankín, firmado en octubre de 1842, ratificó este golpe de fuerza. Shanghai se convirtió en puerto abierto, y sobre una longitud de ocho kilómetros, los terrenos que bordean el río fueron, sino vendidos, por lo menos —lo que venía a ser exactamente lo mismo— arrendados a perpetuidad a los ingleses, a quienes se reconoció el privilegio de extraterritorialidad. Los ingleses crearon un comité municipal, que en 1869 promulgó las *Land Regulations*: de acuerdo con esta supuesta "carta espontánea", el Comité se arrogaba el derecho de recaudar impuestos, establecer gravámenes, y asegurar los servicios policiales y de control sanitario. Después de abolido el monopolio de la Compañía de Indias, en 1836, hubo una avalancha de comerciantes ingleses y norteamericanos que se entendieron para crear conjuntamente la "Concesión internacional", mientras que los franceses se instalaron en las cercanías de la ciudad china. De modo que, precisamente cuando aparecían a orillas del lago Michigan las primeras callejas de Chicago, y algunos aventureros construían a orillas del Pacífico las primeras barracas de San Francisco, los chinos vieron aparecer sobre la orilla izquierda del Whangpu los primeros "hongs".

A lo largo del río corría un camino de sirga, que los culíes semidesnudos recorrían arrastrando los pesados juncos cargados de granos; sobre el suelo esponjoso que se extendía detrás de esta estrecha banda de tierra, los arquitectos chinos construyeron, con ladrillos importados de Inglaterra, y siguiendo las directivas inglesas, casas de dos pisos, rodeadas de terrazas con galerías: de un extremo al otro de la gran avenida llamada Bund se sucedían las arcadas de ladrillos; las cuatro habitaciones de la planta baja eran oficinas; los habitantes vivían en el piso superior. El estilo de los

"hongs" fue bautizado "estilo comprador", porque era, lo mismo que el comprador un compromiso bastardo entre China y Occidente. Alrededor de las casas se extendían jardines privados y parques públicos, que conferían entonces a la ciudad un aspecto aristocrático: decíase que los *taipan* [4] vivían en palacios.

Sólo en un punto los comerciantes de Shanghai se hallaban en peor situación que los de Cantón: para ellos no era fácil comunicarse con el resto del mundo. Las naves que transportaban el correo se detenían en Woosong, a distancia bastante considerable de la ciudad. Los correos, montados en caballitos rápidos, llevaban al galope, hasta el Bund, los sacos postales, y sin descender de la silla los arrojaban en el umbral de las firmas. En 1871 el telégrafo permitió comunicarse con Londres a través de Siberia. El primer tren apareció en 1908; vinculaba a Shanghai con Nankín; al año siguiente se inauguró la línea Shanghai-Hang-tcheu. Pero los correspondientes caminos se inauguraron sólo en 1932. Encerrados en sus concesiones, los occidentales vivían en un aislamiento casi total. Por otra parte, aunque muy protegido, el puerto no era totalmente satisfactorio. El Whangpu tenía quince pies de profundidad, pero en 1905 los depósitos aluvionales elevaron el lecho en unos cinco pies. Fue necesario realizar importantes trabajos para obtener en 1928, durante algunas horas diarias, una profundidad de 32 pies; y era necesario dragar constantemente el río. Sobre todo, a la entrada del estuario había una barra de limo, llamada *Fairy Flats* por los ingleses, que obligaba a las grandes embarcaciones a esperar la marea alta; y cuando el tonelaje era excesivo, los buques no podían pasar. En 1936 Shanghai era el menos profundo y el más estrecho y reducido de los grandes puertos orientales.

A pesar de estos inconvenientes, Shanghai se desarrolló más rápidamente que Chicago, San Francisco o Sydney. Debió su desarrollo a un hecho que se renovó a lo largo de su historia, y que es una de sus características esenciales: se pobló de refugiados. Alrededor de trescientos mil chinos expulsados de sus ciudades y sus aldeas por la sangrienta rebelión de los Taiping, fueron a buscar refugio en la ciudad. La antigua ciudad china, rodeada de murallas y ya sobrepoblada, no podía acogerlos: reclamaron a los occidentales que cedieran una parte de los terrenos que habían

[4] Era el nombre que se aplicaba a los comerciantes occidentales.

acaparado casi por nada. Los franceses, los norteamericanos y los ingleses se apresuraron a satisfacer el pedido: lotearon jardines y explanadas, y los vendieron a precio de oro a los chinos que no tenían casas ni refugio; o bien mandaron construir apresuradamente casas, y las otorgaron con alquileres elevados; el cónsul inglés llegó al extremo de abandonar la mitad de su parque de magnolias, tan provechosa era esta especulación. La ciudad perdió su encanto aristocrático; se cubrió de alojamientos baratos y las calles se poblaron de multitudes indígenas. Estas no tenían más derecho que el de pagar el alquiler y los impuestos. En caso de delito un tribunal mixto juzgaba a los chinos, y en los casos graves intervenían tribunales chinos. Una vez sofocada la rebelión de los Taiping, muchos volvieron a sus hogares. Pero hubo una nueva inmigración cuando a fines de siglo Shanghai se convirtió en ciudad industrial.

Al principio, la ciudad se dedicaba exclusivamente a los negocios; los occidentales compraban y vendían té, seda y sobre todo opio, que importaban de India y cuyo cultivo también habían enseñado a los chinos; abolido oficialmente en 1917, este comercio prosiguió clandestinamente. Las primeras manufacturas, establecidas al norte de la ciudad, fueron construidas por los japoneses; los ingleses siguieron el ejemplo; crearon una fábrica de artículos textiles, la Ewo Mill. Muy pronto, sin renunciar a su provechoso tráfico, la ciudad se pobló de fábricas: en general, fábricas de artículos textiles, pertenecientes a japoneses. Todos los campesinos miserables expulsados de sus hogares por las inundaciones, el hambre y la guerra acudían a buscar trabajo a la ciudad, de modo que era posible contratar a hombres, mujeres y niños por salarios irrisorios; así nació un proletariado que se desarrolló rápidamente. En 1925 hubo un nuevo aflujo de doscientos cincuenta mil chinos; Shanghai tenía entonces tres millones de habitantes. Se formaron barrios inmensos y miserables, principalmente al norte de la ciudad.

Mientras se multiplicaba el proletariado indígena, crecía la población blanca, se acumulaban capitales y la ciudad se agrandaba y embellecía. La rebelión de los boxers provocó una depresión, pero de escasa duración. Se abrió la avenida de Nankín, ancha arteria perpendicular al Bund y bordeada de lujosas tiendas: muy pronto los inmuebles alcanzaron alturas de cuatro a cinco pisos. Allende la aglomeración en la que residían los chinos, a ambos

lados de una calle que llevaba a un lugar llamado "la Fuente centellante", se construyó un barrio residencial: se elevaron grandes villas en medio de jardines llenos de mosquitos. Los antiguos "hongs" fueron reemplazados por grandes oficinas modernas. Se trazaron parques "prohibidos a los chinos y los perros", donde la buena sociedad se reunía para tomar fresco. A principio del siglo aparecieron los primeros tranvías, que eran entonces monopolios de una compañía británica; en los muelles del Whangpu desembarcaron los primeros autos —dos Oldsmobile— seguidos muy pronto por muchos otros; la gente circulaba también en rickshaw, pues hacia 1874 un francés tuvo la idea de introducir este vehículo, que ya era utilizado en Japón. En 1923 los occidentales vieron llegar a Shanghai a trescientos rusos blancos, y ciertamente el hecho les desagradó; también acudieron de Manchuria. Desprovistos de recursos, trabajaban como peones, o entraban al servicio de chinos ricos, hecho que los ingleses, los franceses y los norteamericanos juzgaban perjudicial para el prestigio de la raza blanca.

A pesar de sus esplendores, en más de un aspecto Shanghai era sórdida; tenía soberbias villas y jardines floridos, pero faltaba el agua. Al principio se bebió el agua del Whangpu, a la que era preciso filtrar y hervir. En 1883 una compañía se ocupó de instalar tomas de agua río arriba, y de llevarla a Shanghai por cañerías, después de filtrarla y desinfectarla con alumbre y cloro: tenía mal gusto y continuaba siendo sospechosa. Una compañía francesa y dos compañías chinas instalaron otras tomas de agua; pero la purificación fue siempre insuficiente: la mala calidad del agua provocó en 1926 una epidemia de cólera que asoló los barrios obreros de Chapei, al norte de la ciudad. En 1936 se calculó que Shanghai consumía diariamente cien millones de galones de agua,[5] cantidad que no hubiera bastado para alimentar durante dos horas y media a la población de Nueva York, apenas dos veces más numerosa. Esta carencia acarreaba lamentables consecuencias. En los albañales, excavados al descubierto, y que infestaban la ciudad con sus olores, la corriente no alcanzaba a arrastrar los desechos, que se pudrían en el fondo de los fosos. Hasta 1923 no hubo descarga de agua en las letrinas. Los restos domés-

[5] La estadística no tuvo en cuenta los pozos de agua; pero éstos eran muy raros.

ticos y los desechos de los habitantes eran adquiridos por concesionarios que los cargaban en toneles y los transportaban sobre barcazas para revenderlos como abono a los campesinos de los alrededores. En 1934 había un sistema de cloacas y dos incineradores: pero este comercio continuaba prosperando.

Sin embargo, Shanghai se modernizada. En 1925 la acaudalada familia de los Sassoon construyó el primer rascacielo; dada la naturaleza del suelo, la empresa parecía imposible; de todos modos, se consiguió edificar "Sassoon House" inmueble de quince pisos, blanco y rechoncho, coronado por una suerte de campanario negro; muy pronto se elevó una línea completa de rascacielos, cuya fealdad recuerda la de la avenida Michigan, en Chicago; descansan sobre verdaderas balsas de cemento armado, que flotan en el barro del pantano original. Hacia 1933 el precio del dinero aumentó vertiginosamente: Washington compraba; los banqueros vendían todo lo que podían obtener: se cargaban con dólares barcos enteros. El resultado fue una inflación catastrófica; pero durante un breve período Shanghai vivió una prosperidad sin igual; de la nada surgieron inmuebles, hoteles, tiendas y nuevos bancos.

Las carreras de caballos y de perros eran las distracción favorita de la sociedad elegante. En la primera semana de mayo y la primera semana de noviembre, todas las oficinas cerraban tres días, y los occidentales se reunían en el hipódromo que estaba en el centro de la ciudad y que era propiedad de los ingleses. Cada taipan mantenía una caballeriza: la más famosa era la del rico y célebre Jardine. No había jockeys: la mayoría de estos señores montaba personalmente. En el canódromo corrían lebreles, dopados tan brutalmente que a menudo uno de ellos caía muerto en medio de la prueba.

Los aventureros ricos y los marineros pobres que poblaban las calles de la ciudad necesitaban otros placeres: a fines de siglo, un predicador inglés afirmaba que Shanghai era "un abismo de iniquidades". Al mismo tiempo que el lujoso "Shanghai Club", que poseía el bar más largo del mundo, prosperaban cafés, dancings, cabarets, casas de juego de todas las categorías y también fumaderos de opio y prostíbulos. Aunque en principio era ilícita, la venta de opio se realizaba a la luz del día en la concesión francesa: los paquetes tenían una etiqueta con el nombre y la dirección del proveedor. En cuanto a los prostíbulos, Shanghai tenía

la proporción más elevada de prostitutas en el mundo: en 1934 había una cada ciento treinta habitantes, mientras que en París la proporción era sólo de una cada cuatrocientos ochenta y un habitantes; entre ellas había algunas occidentales; pero en general eran chinas, compradas en la infancia a familias pobres por dos a tres dólares, o raptadas impunemente y puestas a trabajar en ese comercio desde la edad de trece años.

La ciudad estaba infestada de mendigos, agrupados bajo la dirección de un jefe poderoso; desvalijaban a los transeúntes, y sobre todo a los viajeros que acababan de desembarcar; muchas pandillas aterrorizaban a la población con la complicidad de la policía. A menudo los hombres eran raptados y obligados a trabajar como marineros; se les arrancaba una firma mientras estaban borrachos; esta práctica existe en todos los puertos, pero en Shanghai estaba tan difundida que para designar los norteamericanos crearon el verbo *to shanghai*.

Bombardeada en 1932 por los japoneses, y ocupada por ellos a partir de 1937, Shanghai retornó a poder de Chiang Kai-shek en 1945. Durante cuatro años fue presa de la corrupción y la anarquía. Los oficiales nacionalistas habían jurado que Shanghai "sería un nuevo Verdún". Pero cuando el Ejército Rojo avanzó, se desbandaron y los soldados se pasaron en masa a los comunistas. Estos entraron en la ciudad el 25 de mayo de 1949, casi sin disparar un tiro.

Ya he señalado que, después de haber proyectado la despoblación de Shanghai, el gobierno renunció a este proyecto. La ciudad tiene hoy seis millones de habitantes, pertenecientes casi todos a familias obreras.

En la confluencia de los ríos Whangpu y Soochow se alza un hotel de más de diez pisos, que entre 1945 y 1949 sirvió de burdel a los soldados norteamericanos; hoy está ocupado por los técnicos soviéticos y sus familias. Desde su terraza se tiene una visión de toda la ciudad; inmensa, erizada de rascacielos, tiene la tristeza de una ciudad del Medio Oeste. Se distinguen los campanarios puntiagudos de una iglesia católica, las cúpulas azuladas de una iglesia ortodoxa, falsos palacios con columnatas, y una estructura que parece cubierta de crema de vainilla, y que es el pabellón de la exposición soviética. Sólo el río y su afluente consuelan la mirada, atónita ante tanta fealdad.

Los rascacielos del Bund, levantados sobre invisibles cimientos, son ahora la sede de los bancos populares y de distintos organismos; la calzada abunda en tranvías y automóviles: casi nos creeríamos en Occidente. El río pertenece a otro mundo; barcazas, juncos y sampanes se deslizan silenciosamente: no hay motores; el viento hincha las velas de fibras de palma, sostenidas por una suerte de nervaduras; los hombres reman; a veces, en la parte delantera de una pesada embarcación, una familia íntegra rema con espadilla. La circulación es muy intensa en el afluente; un agente, apostado en la confluencia de los cursos de agua, la dirige con un altavoz: las barcas recogen las velas para disminuir la velocidad y evitar los choques. Pocas se dirigen al mar. El tráfico se realiza sobre todo hacia el interior de las tierras; hay 50.000 kilómetros de canales que unen a Shanghai con las campiñas chinas, y que sirven a más de 200 millones de personas. En el delta todas las comunicaciones se realizan por agua. Los barcos no se ocupan sólo del transporte de mercancías: algunos están fondeados permanentemente y forman verdaderas aldeas en el río y los canales; allí vive una parte de la población. El puerto que se extiende a lo largo del Whangpu hoy tiene escasa actividad, a causa del bloqueo de que es víctima China. Sólo vi un gran navío extranjero; enarbolaba el pabellón inglés, y su tripulación era asiática. Los hombres descargaban balas de algodón y sacos de arroz traídos por los juntos; mientras trabajaban, cantaban una especie de queja, de ritmo áspero.

Detrás del Bund se extiende la antigua concesión internacional, donde se ha concentrado todo el mal gusto de Occidente. Es difícil decir si la peor fealdad está en los rascacielos de estilo norteamericano, en los cottages ingleses, o en las villas que recuerdan las peores construcciones de mampostería de Deauville. Muchas de estas casas se ocultan en jardines rodeados de empalizadas de bambú grisáceo, de hojas muy apretadas. Aquí está el antiguo hipódromo; los japoneses lo habían transformado en campamento militar, y los norteamericanos en cantina de los soldados. Hoy es una especie de Campo de Marte, donde se realizan las demostraciones y los desfiles. El canódromo fue durante un tiempo sede de un tribunal popular: aquí se realizaron numerosas asambleas de acusación. Hoy se lo ha convertido en gran teatro al aire libre.

El corazón de la antigua concesión está ocupado por un amplio

barrio comercial cuyo edificio más alto es una gran tienda estatal. Tiene cuarenta y tres metros de altura, color ocre claro, y es fea como todas las construcciones que el capitalismo occidental legó a Shanghai. Pero el interior está admirablemente organizado: está bien ventilado, el calor no es excesivo y dispone de muchos ascensores y escaleras mecánicas. Hallamos aquí una oficina bancaria, una central telefónica, puestos de distribución gratuita de té, y salas de descanso —una de ellas reservada para las mujeres que tienen niños. Se atiende a unos cien mil clientes diarios; pero el domingo ese número se duplica holgadamente. En efecto, la tarde que visitamos el edificio había una multitud. Más que una tienda, se hubiera dicho que estábamos en un parque de diversiones: los niños corren entre los mostradores, y se deslizan sobre los pisos encerados. Los adultos se pasean ociosamente. Hay tanto que mirar: por ejemplo, la enorme cantidad de botellas termo, que por su capacidad podrían abastecer de té a una familia durante una jornada entera; están pintadas con flores y pájaros; también hay cobertores de tela color amarillo intenso, rosa, o verde claro; o retazos de seda cosidos, o bordados con maravillosos gustos, con dibujos de árboles, pagodas y discretos motivos geométricos; también hay batas de seda recamada, chaquetas acolchadas, de seda negra y oro, kimonos, peinadores de colores vivos. En la sección peletería se venden algunos abrigos, pero sobre todo pieles de cordero sin trabajar que servirán para forrar los vestidos de invierno. Muchas secciones venden productos de artesanía: porcelanas, cobre esmaltado, bambú trenzado, cestería. La gente admira los artículos y sonríe. La mayoría de estos hombres y estas mujeres de atuendo modesto jamás había penetrado, antes de estos últimos años, en un lugar tan lujoso: las tiendas ricas otrora estaban reservadas a los ricos; pero esta gente es pobre, y sin embargo se siente cómoda aquí; la elegancia de las vitrinas, la luz, los colores, el olor agradable de la cera, todo está destinado a ellos. Se vende la mayoría de estas mercancías a precios aceptables para los clientes. Compran mucho: sobre todo, telas de lana y aún de seda, artículo del que los obreros de antaño jamás habrían soñado poseer ni siquiera un retazo. En las secciones dedicadas a los juguetes y a los instrumentos musicales, hay muchos clientes. Y más aún en la sección calzado, del que la tienda vende novecientas variedades.

En las calles comerciales, las casas, de dos o tres pisos, son de

madera; en el primer piso generalmente hay un balcón, que avanza sobre la tienda instalada en la planta baja: ésta es un simple agujero sin puertas ni vidrieras, cerrado por la noche mediante un enrejado que se desliza sobre un riel. Un cartel rojo o blanco une oblicuamente la caída del balcón con la fachada, que es lisa y que encierra un techo invisible. En estas tiendas se venden muchos objetos manufacturados, y también los productos del artesanado chino: muebles, ataúdes, utensilios, ropas, tejidos. Muchas pieles, y vestidos y casacas de seda o de lana, forradas interiormente. Una calle es una feria de pájaros: contra las fachadas y alrededor de las puertas están colgadas las jaulas donde cantan los canarios y otros pajarillos de distintas clases. En otro sector se venden ropas y accesorios de ópera: vestidos de seda bordada, con la amplia cintura adornada con una cabeza de dragón, túnicas, coturnos, espadas, pelucas y barbas postizas, diademas, cascos y tiaras. En otro lugar, las tiendas se especializan en instrumentos de música: violines chinos, tambores y tamborines. Los restaurantes al aire libre son más numerosos aún que en Pekín; ocupan las estrechas calzadas, pero aquí no vemos a los cocineros estirando los hilos de masa: la gente come sobre todo arroz.

En general, las mercancías son más variadas y lujosas que en Pekín; sobre todo las sedas bordadas son suntuosas: cada matiz corresponde a un espesor de la trama; la avenida de Nanking está bordeada de elegantes tiendas que tienen vitrinas y estanterías al modo de Occidente.

La gente humilde de Shanghai y los campesinos de los alrededores realizan sus compras en un barrio muy distinto: el que ocupa el emplazamiento de la antigua Hua-ting. Los muros fueron derribados en 1911; sin embargo, la antigua "ciudad china" constituye todavía una pequeña aglomeración cerrada; algunos mojones impiden la entrada de los coches, los rickshaw y aún las bicicletas; la circulación se realiza únicamente a pie: es uno de los rasgos que establecen un incongruente vínculo entre esta pequeña ciudad y Venecia; el otro, que está construido sobre canales, en la forma de puentes, muelles e islas. En estas calles colmadas como mercados árabes hay mil cosas para ver. Todo es más barato que en otros lugares: perfumería, bonetería, mercería, utensilios domésticos, espejos; aquí tenemos el brillante papel de estaño que suele quemarse en honor de los antepasados, bastoncillos de incienso, imágenes de año nuevo de estilo antiguo, y

otras de estilo moderno, grandes espejos con imágenes de héroes, dioses y personajes de ópera. En los muelles, los vendedores ambulantes ofrecen camarones, cangrejos, pulpos, aves, tortugas, grillos encerrados en minúsculas jaulas. Muchas distracciones llaman la atención de los transeúntes: entre otras las exhibiciones de animales; los afiches de color anuncian que en el interior de la tienda hay monos y serpientes. También hay muchas casas de té. La más importante es un pabellón de tres pisos levantado en una isla, en medio de los canales. El interior es oscuro; las paredes son de madera, y las ventanas están cubiertas a medias por enrejados de madera; está amueblada con mesas y sillas de madera que brillan suavemente en la penumbra verdosa. En el piso superior se juega a las cartas, al billar chino, al ajedrez chino, juegos más difundidos hoy porque se ha prohibido el mah-jong. Todos los clientes son hombres. Según parece, en todas las ciudades de China la mujer permanece en la casa.

Las calles estrechas son limpias y carecen de olor. También Shanghai ha sido objeto de una rigurosa campaña de higiene. Se han cubierto los albañales abiertos. Se elevó el nivel de las calzadas, que estaban amenazadas por las crecientes. Ya he explicado cómo se mejoraron los barrios obreros. Sin embargo, en el viejo Shanghai la población parece menos cuidada que en Pekín. Es mucho más densa. Los niños no parecen tan limpios, y son más delgados; se diría que la gente es más pobre; los pequeños buhoneros venden cintas, encaje, trozos de jabón; casi mendigan. El escritor que nos acompaña me dice que en Shanghai todavía hay verdaderos mendigos. Y la señora Cheng me aconseja: "Guarde bien su cartera. En esta ciudad había tantos ladrones que seguramente quedan algunos".

Sin embargo, en general los comunistas han limpiado a fondo este "abismo de iniquidades" que era Sanghai. Cuando liberaron la ciudad, el número de burdeles alcanzaba a ochocientos; en 1950 sólo quedaban setenta y uno, clausurados a fines de ese año. Las prostitutas fueron "reeducadas" en centros destinados a ese fin; algunas, sobre todo las más viejas, se muestran refractarias a todas las tentativas de reforma; pero la mayoría aprendió oficios, y muchas fueron devueltas al campo. Nuestro guía nos informa que perdura la prostitución clandestina: pero la policía la persigue. Las pandillas y los pistoleros han desaparecido. Debían su impunidad a la corrupción de la policía y del régimen

en general. Los jefes de las bandas fueron encarcelados, y sus organizaciones liquidadas. Se procedió a clausurar los fumaderos de opio, y se prohibió eficazmente el comercio de la droga; se ha prohibido no sólo la importación, sino también el cultivo de la adormidera. Es indudable que todavía se la cultiva en algunos campos, en regiones alejadas de China; pero los grandes centros, y sobre todo Shanghai, están estrechamente vigilados: al fin se ha ganado la guerra del opio.

Uno de los lugares donde ésta transformación es más visible para quienes conocieron a Shanghai *antes*, es esa suerte de Luna Park célebre otrora bajo la denominación de "Gran Mundo". Es un horrible edificio de cemento armado, con una especie de minarete de cinco pisos. "*Antes*, yo no habría puesto los pies allí", dice la señora Cheng. Tsai, que es originario de Shanghai, se aventuró una vez pero sus padres no lo habían autorizado a pasar de la planta baja. Inaugurado en 1916 en medio de la concesión francesa, este "Shanghai en miniatura" era la expresión concentrada de todos los vicios y las taras de la ciudad; en 1949, antes de la liberación, muchas prostitutas conseguían allí a sus clientes; los rateros y toda clase de ladrones ejercían en ese lugar su talento; se representaban obras obscenas, y se presentaban atracciones de gusto dudoso o innoble. Un periodista francés relataba en 1936 que había visto allí una niñita de seis años, y el empresario exhibía con aire complaciente el vientre hinchado de la pequeña: era una niña embarazada.

Hoy, el lugar se denomina "Centro de recreación popular". La multitud es allí tan densa como otrora, pero no hallamos prostitutas, ni rufianes ni aventureros: la gente viene a distraerse en grupos familiares. En el salón de entrada está inscrito en ocho gigantes caracteres la máxima de Mao Tse-tung: "Que florezcan todas las flores; desechad las que se amustian y que se abran las nuevas". Algunos espejos deformadores entretienen al visitante a lo largo del vestíbulo. Se sale a un patio, donde está instalado un teatro al aire libre; arriba, hay cuatro galerías. En el entresuelo se ha instalado un restaurante —sala de té donde se come y bebe al aire libre; sobre la galería se abren muchas salas. Una de ellas es una kermese: stands de tiro, juegos de ping-pong, billar chino, etc. Casi todas son salas de espectáculos; encontramos lo mismo en los pisos superiores. Hay por lo menos once teatros donde diecisiete compañías representan óperas antiguas y piezas modernas.

Podemos hallar aquí una muestra resumida de todos los estilos, o poco menos. Hemos asistido sucesivamente a una ópera clásica, una ópera Chao-cheng cuyo argumento había sido extraído del *Sueño de la cámara roja*, una ópera representada en el antiguo estilo Kuen-K'iu, y dos piezas modernas. Una de ellas relataba la historia de un espía del Kuomintang, originario de un pequeño puerto de la costa, frente a Formosa, que volvía a su hogar animado por sombríos propósitos. La esposa y el padre lo acogen al principio con alegría, pero luego descubren que ha regresado para organizar un sabotaje. El padre lo castiga y lo maniata: luego, la esposa se une a él para explicar al criminal la gravedad de su falta; convencido, implora el perdón de su mujer.

También hay narradores de cuentos; su estilo es distinto del que hallamos en Pekín. Dos mujeres y un hombre están sentados sobre altas sillas de raído respaldo, y cojinetes rojos. Los pies descansan sobre banquitos redondos. A la derecha, una bella muchacha, de chaqueta verde; en medio, una mujer no tan joven ni bella; a la izquierda, el hombre: su rostro fatigado está afeado por los tics. Todos tienen una especie de cítara, y tocan el instrumento al mismo tiempo que hablan y cantan: los diálogos y las tonadillas se alternan. Frente a la mujer de más edad hay un micrófono, y ella lo entrega al compañero que habla. Según me explica Tsai, el texto es a medias cómico, a medias didáctico; una madre da consejos a su hija, que parte de viaje. Según parece, este género agrada mucho al público: hay tanta gente como en las salas que representan óperas y dramas.

Para un extranjero no es agradable pasearse por las calles de Shanghai. La gente es mucho menos cortés que en Pekín: se vuelve para mirarnos, se detiene con la boca abierta en nuestro camino, y algunos nos siguen. Durante cinco minutos una niñita caminó para atrás frente a mí, y el extremo de sus zapatos tocaba los míos. "¡Sin embargo, están acostumbrados a ver occidentales!" digo a la señora Cheng. "Sí", me contesta. "Pero Shanghai fue siempre una ciudad con mucha gente ociosa; cuando yo me paseaba con algunos amigos, bastaba que nos detuviésemos en un extremo de la calle para discutir, y toda la gente formaba círculo alrededor de nosotros".

Esta multitud indiscreta no es homogénea como la de Pekín. Aquí, es muy visible la desigualdad de las condiciones. Los barrios obreros son muy pobres, y las bellas residencias de las anti-

guas concesiones pertenecen casi todas a burgueses ricos. Se percibe que el antiguo hampa no ha sido absorbido del todo, y que la totalidad de los desocupados no ha encontrado trabajo. Los rickshaws son numerosos, a pesar de que se ha enviado a muchos de los hombres a sus regiones de origen; y cuando veo las largas filas de vehículos que esperan, tengo la impresión de que apenas se ganan la vida. Muchos trabajos parecen penosos. Sobre los puentes en escarpa, de pendiente muy acentuada, los hombres con el torso desnudo tiran y empujan carretillas de ruedas con neumáticos, cargadas de sacos, listones de madera, tubos metálicos: la falta de camiones y de animales de tiro se hace sentir muy duramente. Sin embargo, en los barrios elegantes, las mujeres con los cabellos cortados y ondulados, los labios maquillados, llevan elegantes trajes sastre de lana, o chaquetas de lanilla, o de ratina, y pantalones de paño, bien cortados; sus tricotas, sus casacas de seda y las polleras exhiben un gusto rebuscado. Muchos hombres visten cómodos trajes occidentales. Las pieles, las telas y las ropas lujosas que venden en Nankin Road indican la existencia de una clase adinerada.

No es de extrañar que la lucha de clases continúe siendo en Shanghai una realidad actual y viva. Una exposición organizada durante mi estada en el Palacio de la Cultura recordaba la historia de las antiguas luchas obreras: fotografías amarillentas, recortes de periódicos, y cartas evocaban los disturbios y las represiones sangrientas. Se veía allí la puerta del local donde en 1921 se celebraron las primeras reuniones del Partido Comunista, y los retratos de los jefes sindicalistas asesinados por el Kuomintang; una manifestación obrera; cadáveres desfigurados; un joven marchando con serena sonrisa hacia el lugar de la ejecución; otra manifestación; otros cadáveres. Estos recuerdos y muchos otros viven en la memoria de los obreros de Shanghai. Estos últimos encarnan la tendencia más extrema del comunismo chino: desean la rápida liquidación del capitalismo, e impulsan al gobierno a abreviar el período de "transición". Nada más absurdo que insinuar, como lo ha hecho Guillain, que Shanghai es una ciudad contrarrevolucionaria; el misterioso amigo comunista que le susurró amablemente al oído: "Aquí sólo el 20 % de la población está con nosotros", se relaciona con esos occidentales amargados, de los que conocí algunos ejemplares, y que confunden sus deseos con realidades. Por el contrario, Shanghai es la ciudad donde los obre-

ros afirman las exigencias revolucionarias más radicales e inmediatas; están peor pagados que los obreros de la industria pesada, y ciertamente alientan sentimientos de descontento; pero también es indudable que no desean retroceder: por el contrario, creen que la socialización no se realiza con rapidez suficiente. La virulencia con que se prolonga la lucha de clases se refleja en los carteles de propaganda; en Pekín, se trata de caricaturas bastante benignas: por ejemplo, hay un capitalista de rostro verdoso, aplastado bajo el peso de un gran saco de dinero. Aquí las imágenes son realistas y violentas: un contrarrevolucionario sale del albañal donde se había ocultado, y un soldado lo golpea, mientras una multitud hostil forma círculo alrededor de él y le muestra el puño.

La población obrera de Shanghai se interesa profundamente en los progresos de la industria. El horrible pabellón construido por la Unión Soviética estaba ocupado, durante mi estada, por una exposición checoslovaca: tractores, discos del tipo microsurco, etc. El domingo por la mañana, una inmensa cola serpenteaba en la calle: no se trata de grupos organizados, sino de parejas y de familias impulsadas por la curiosidad. La multitud era aún más densa que la que adquiría entradas para el encuentro de básquetbol de la tarde. En el curso de la primera semana hubo doscientos mil visitantes. Es falso afirmar que los chinos carecen de interés en el resto del mundo. Les apasiona lo que ocurre en la Unión Soviética y en las democracias populares. En general, se muestran ávidos de conocer. En todas las exposiciones económicas y artísticas de Pekín el número de visitantes era elevado.

Todavía hay en Shanghai una minúscula colonia de capitalistas extranjeros; algunos continúan allí por propia voluntad, y a otros los retiene el gobierno hasta que hayan concluido la liquidación de la empresa que regentean. Siempre que pueden apoderarse de un visitante occidental, le explican sus infortunios. De ese modo conocí, poco antes de su partida, al señor Fano, que algunos meses después publicó en el *Fígaro* un relato de sus desdichas; a pesar de la amable acogida que me dispensaron la señora y el señor Fano, creo necesario corregir algunos detalles de este testimonio.[6]

[6] ¡Este reportaje apareció ilustrado con fotografías tomadas *antes* de la liberación de Shanghai por Cartier-Bresson, que fueron presentadas por el

El hotel donde yo vivía en Shanghai era un rascacielo lamentable, en el límite de la concesión francesa. En la puerta de cada habitación hay un minúsculo aparato óptico que permite observar a los visitantes sin ser visto por ellos: la existencia de ese dispositivo dice mucho sobre el sentimiento de inseguridad que prevalecía en los occidentales. Una tarde, Tsai golpea y me anuncia que algunos franceses quieren vernos; se retira discretamente, después de introducir a la señora Fano y a un meridional nervioso cuyo nombre no recuerdo. Están muy asombrados porque se les permitió entrar en el hotel y conversar con nosotros sin testigos; este hecho perjudica su teoría, y echa a perder el placer que pensaban derivar de su "exposición de quejas"; por otra parte, la esbozan con gran prudencia, al mismo tiempo que inspeccionan las paredes con la mirada: sospechan que en algún sitio se esconde un micrófono. "Vengan a nuestra casa: allí podremos conversar", dice la señora Fano. Al partir, propone revelarnos aspectos inéditos de Shanghai. ¿De qué se trata? De dos bares donde se emborrachan algunos rusos blancos, y donde dos o tres mujeres están a la pesca de hombres. No me entusiasma la perspectiva. Pero aceptamos almorzar mañana en casa de los Fano.

El *Fígaro* presenta el señor Fano como un hombre perseguido que debió "huir" abandonando todos sus bienes. Cuando nos recibió aún vivía —y nunca fue desalojado— en una amplia casa de estilo colonial, en medio de un gran jardín. Por otra parte, sus muebles, sus adornos y todas sus propiedades personales ya habían sido enviadas a Francia. Sólo se discutían los derechos del "capitalista", no los de la persona privada. La señora Fano, que no era más que una persona privada, podía salir de China cuando quisiera; únicamente su marido tenía la obligación de permanecer en este país hasta que hubiera arreglado sus asuntos. El gobierno niega al director de una empresa el derecho de poner brutalmente en la calle a un personal cuyo número a menudo es muy elevado; como carece de cuadros, no puede reemplazarlo de la noche a la mañana por un administrador chino competente: de ahí que se exija que el patrón extranjero continúe ejerciendo sus

---

Fígaro como imágenes de China actual! En 1949 los niños chinos hambrientos hacían cola para conseguir un cuenco de arroz. Las fotografías habían aparecido fechadas en *D'une Chine a l'autre*. Por lo tanto, no se trata de un error de los redactores, sino de un abuso de confianza, por otra parte no imputable al señor Fano.

funciones durante cierto tiempo. Esta política sin duda es irritante para quienes la sufren: pero a fuerza de imparciales, debemos reconocer que es normal que el gobierno ponga el interés de la nación antes que el de estas personas.

"Cuando regresemos, ofreceremos nuestro testimonio: ¡seremos los testigos de la acusación!" decían apasionadamente Fano y sus amigos. Sin embargo, parecen curiosamente poco advertidos de la situación general. Fano relata en el *Figaro* que en Hong-Kong algunos de sus amigos se rieron a mandíbula batiente al escuchar el informe de un delegado que había visitado China sin saber chino. Pero cuando se refirió al descontento del pueblo común, y a la confianza con que éste se expresaba, le pregunté: "¿Usted sabe chino? —No", me contestó.

En realidad, aparte el hombre que maneja su rickshaw [7] y de su cocinero, desde hace cinco años no mantiene ningún contacto con los chinos; a lo sumo, abandona su casa para ir a la oficina. El meridional que almuerza con nosotros sin duda se encuentra en la misma situación: incurren en tan evidentes contradicciones que aún el *Figaro* se ha negado a reproducir algunas, o las ha suavizado. "El nivel de vida de los obreros de Shanghai era muy elevado antaño", dice Fano. "Nada se ha hecho por el bienestar obrero", dice el meridional. ¿No se ha mejorado la higiene? O, por ejemplo, ¿no se ha eliminado el cólera? "Sí", me dice el meridional. "¡Pero se ha *obligado* a la gente a vacunarse! Son métodos fascistas". Me abruman con hechos minúsculos cuya falsedad comprobé después. Por ejemplo, de acuerdo con la opinión de mis interlocutores nadie puede sacar de China un periódico chino. Por mi parte, me llevé un paquete entero bajo la mirada indiferente de los aduaneros. La requisitoria contra el autoritarismo del régimen ha girado sobre todo alrededor de dos temas: la prostitución y la religión; estas dos palabras parecen resumir, a los ojos de nuestros huéspedes, las libertades más esenciales de Occidente. Padecen tal confusión espiritual que Fano nos explica que el movimiento de los "cinco anti" —movimiento dirigido contra los capitalistas y los funcionarios— ha apartado del régimen a la

[7] El papel de los hombres de los rickshaws en las crónicas de los adversarios de la nueva China es aún más amplio que el de los choferes de taxímetro en la prensa antisoviética. Según parece todos estos hombres hablan inglés y son una fuente inagotable de información. Así ocurre en el caso de la señora F. Rais, el señor Guillain, y la señora Gosset.

clase obrera; ofrece detalle: el 80 % [8] de la población de Shanghai se opone al gobierno. ¿Cómo lo sabe? Pues lo sabe. ¿Y qué espera el proletariado? "Una tercera guerra que cambie la situación". Esta respuesta me corta el aliento. Pero al reflexionar sobre ella, la encuentro muy alentadora. Demuestra que los peores enemigos del régimen son incapaces de oponerle ni siquiera la sombra de un programa constructivo, y sólo pueden apelar a sueños de devastación.

Una vez aclarado lo anterior, diré que sin duda los capitalistas extranjeros vivieron situaciones bastante ingratas en Shanghai; pero me asombra que, en lugar de partir en el momento oportuno, se hayan atrevido a imaginar que el nuevo régimen respetaría sus "derechos". Los dirigentes chinos jamás ocultaron que consideraban ilegales los beneficios obtenidos por los occidentales de la "semicolonización" de China; ni que uno de sus primeros objetivos era suprimir el capitalismo extranjero. ¿El señor Fano y sus amigos creyeron que podrían "arreglarse" como lo habían hecho hasta entonces en China? En ese caso, solo pueden culparse a sí mismos de ese error de cálculo.

Hang-tcheu

Desde mi llegada a China, todo el mundo me había elogiado las bellezas de Hang-tcheu. Fue la capital de los Song, cuyo reinado coincidió con el momento más bello de la civilización china; y se la considera la Atenas de China. Su lago, el "Mar del Oeste", inspiró a muchos pintores y poetas. Sobre sus orillas los chinos sitúan la más célebre de sus leyendas: la leyenda de la Serpiente blanca. En la "isla solitaria" bañada por sus aguas, algunos ermitaños cultivaban la "dorada mediocridad", cara tanto a la tradición taoísta como a la tradición latina. En realidad, el lago del bosque de Boulogne me gusta más. En cuanto a los monumentos y las esculturas que vi en los campos vecinos, todos estaban desprovistos de valor artístico.

Visité varios templos budistas. Me asombraron por la barbarie de sus estatuas. En el salón que se abre antes de la sala de ple-

[8] Volvemos a hallar aquí la cifra citada por Guillain. ¿Se trata de una coincidencia? ¿O el informante "comunista" de Guillain tenía en realidad una posición muy distinta?

garras hay un enorme P'u-sa, de vientre desnudo y prominente, que sonríe maliciosamente. Todos conocen las reproducciones en modelo reducido. Es un P'u-sa específicamente chino, que los bonzos del siglo X, impulsados por su nacionalismo, utilizaron para reemplazar el tradicional buda importado. Al mismo tiempo cínico, glotón y apartado de todos los bienes de este mundo, la figura de este mendigo predicador se vincula con las de Diógenes y Eulenspiegel. Está rodeado por cuatro gigantes, coronados y pintarrajeados, figuras de aire terrible que montan la guardia del templo. En el salón central se yergue habitualmente la estatua de la diosa Kuan Yin; está de pie sobre un enorme pez, cuyas convulsiones hubiesen transtornado el mundo, si ella no lo hubiera domado. Alrededor de la diosa, algunos paneles de madera esculpida relatan aventuras extraordinarias: recuerdan los retablos españoles, y también esos vastos pesebres del siglo XVIII, en los que se resumía el mundo entero. Relata la vida de Sakiamuni, y el viaje del famoso peregrino Hiuan-tsang, que en 629 atravesó el desierto de Gobi, la cuenca del Tarim, el Turquestán, y Afghanistán, para buscar en India los libros budistas. Las esculturas lo muestran luchando con elefantes, monos, serpientes y diablos; atraviesa las selvas, se encuentra con monjes y ermitaños, y franquea vías de agua.

Los bonzos no parecen tomar muy en serio su religión. Después de pagar una limosna, nos autorizaron a interrogar al oráculo. Es un bocal cilíndrico lleno de bastoncillos de madera; se sacude el recipiente y se extrae uno de los bastoncillos: en él está escrita una cifra. Entonces, un bonzo nos entrega una hoja impresa, que corresponde al número. Estos horóscopos se dividen en diferentes categoría muy buena, buena, mediocre, mala, muy mala. ¿Será la suerte que nos está destinada? Todas nuestras hojas llevan la indicación: muy buena. La señora Cheng me traduce la predicción referida a mí: "En otoño, las carpas salen del agua. Los cinco cereales estarán entrojados. Se llevará la cosecha al emperador, quien se regocijará de ello. La familia se siente feliz y permanecerá unida, pues en su granero nada falta".

En Hang-tcheu visité también un templo taoísta. En el vestíbulo de entrada se encuentra en su trono Lao tseu, el emperador de jade, y el Futuro salvador del mundo; esta trinidad fue inventada bajo la influencia del budismo; las estatuas, las ofrendas y el incienso están dispuestos más o menos del mismo modo que

en los templos budistas. Pero percibimos muy pronto que estamos ante una religión más supersticiosa y más grosera. En el jardín abundan las rocas, las grutas y los recodos. De pronto, al pasar por un puente, me encuentro de manos a boca con un dragón de rostro multicolor, los ojos desorbitados, las fauces abiertas: se diría que es uno de esos espantajos que asustan, en las ferias, a los pasajeros de los "trenes fantasmas". El templo es muy pobre: los gallardetes están gastados, la piel que cubre los tambores a medias arrancada. No he visto ningún sacerdote. Los visitantes toman té, dan alimento a los peces rojos, o comen entre las rocas. Tengo la impresión de que estos templos ya no son más que centros recreativos y lugares de excursión.

La ciudad misma de Hang-tcheu me parece provinciana y un poco árida. Es una ciudad de "pequeña burguesía", con unos 600.000 habitantes. Vendedores instalados al aire libre, a la sombra de los arbolillos, venden bombones, nueces, maníes azucarados, castañas de agua, peines, jabones, alhajas de fantasía. Todavía hay algunos rickshaws en las calles, y me parece lamentable ver a los hombres correr entre las varas de los vehículos.[9] El único lujo de la ciudad son las sedas, que abundan en todas las tiendas.

La señora Cheng me invitó a tomar el té con ella. Su casa —habitada antes por un funcionario de Kuomintang que huyó— pertenece al Estado, que se la alquila. Está bastante lejos de la ciudad, al borde de un caserío donde se alzan un templo abandonado, algunos *p'ai-leu* medio arruinados, y varias casas campesinas rodeadas de huertos de legumbres. Un "campesino rico" ha regresado a la aldea después de dos años de "reeducación". Afirma sonriendo: "Ahora, soy progresista"; los campesinos lo consideran "orgulloso" y no simpatizan con él. A mi juicio, este episodio demuestra que la reeducación no obtiene resultados inmediatos, y que la gente mira con desconfianza a los "reeducados".

El recuerdo más impresionante que conservo de China, es el de esta campiña que atravesé durante cuarenta horas, entre Hang-tcheu y Cantón.

Cuando asciendo al tren, son las cuatro; el sol se pone a las

[9] En el momento de la liberación había en Shanghai 5.000 rickshaws y 7.000 hombres dedicados a ese trabajo. En 1955 quedaban algunos. Los dos últimos fueron ofrecidos en febrero de 1956 a un museo de la ciudad.

seis. Entretanto, se repite indefinidamente el mismo paisaje. Algunas montañas lejanas lo cierran por ambos lados; la llanura es un inmenso arrozal dorado, cortado por ríos estrechos y planos, por los que se deslizan barcas y sampanes, las velas sostenidas por un tejido de nervaduras; las aldeas están protegidas por bosquecillos, y todas tienen algún estanque; las casas poseen techos de tejas, y muros de ladrillo, pintados con cal: ese blanco que es crudo, pero no luminoso, y la áspera negrura de las tejas me recuerdan participaciones de duelo; a la luz del crepúsculo, también el agua del estanque parece oscura; en medio del agua, un hombre inclinado sobre un balde recoge castañas de agua; o una mujer, sentada en una piedra, se lava los pies. Esas montañas en el horizonte, la tenue hojarasca sobre los techos, el agua, la luz apagada componen al fin una China semejante a la que vemos en las estampas: muchos pintores de la época Song se han inspirado en estos paisajes. Pero lo que me impresiona particularmente, es cómo se encierra en sí mismo cada uno, y sin embargo es semejante a todos los demás. Siempre la misma aldea, la misma mujer, lavando en el mismo estanque idénticas ropas; y todos se ignoran entre sí; sólo yo, durante un instante, los reúno en un mismo espectáculo; su verdad, es la separación; la monótona repetición de estas soledades tiene cierto matiz doloroso.

Cae la noche. Me aparto del vidrio, y recojo un libro. Frente a mí, Tsai lee la traducción francesa de una novela rusa. El otro día, después de comprar un aparato fotográfico, estudió algunos manuales sobre el asunto. Pero entonces nos dijo: "Tanto oírles hablar de literatura, al fin el tema me ha interesado". La señora Cheng hojea algunas revistas para niños. Le preocupa el asunto, pues cree que es muy difícil escribir para los pequeños.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, el paisaje ha cambiado. Los arrozales alternan con cultivos de cereales, y los campesinos se disponen a arar la tierra; en esta región de cultivos intensivos, a menudo, una vez cosechado el arroz, se siembra avena, legumbre o habas. En muchos lugares se ha cosechado el arroz, y los campos están erizados de pequeñas gavillas amarillas y secas. En las aldeas, se trilla el grano en las eras. Aquí las casas son de tierra rojiza, con techos de paja. Entre los campos, casi todos minúsculos, corren pequeños taludes de tierra amarillenta. Muchos hombres están trabajando; hay muy pocos animales. Veo por primera vez búfalos de agua, de largos pelos gri-

ses y cuernos graciosos; parecen fruto de la cruza entre un toro y una gacela. Se los utiliza para tirar de los antiguos arados. Pero no hay muchos. Y en toda la jornada no vea un asno ni una mula. Se realizan todos los transportes sobre las espaldas de los hombres. Hoy es domingo, y los campesinos llevan a la ciudad el grano que deben entregar al Estado. Largas caravanas marchan sobre los estrechos caminos de tierra, a través de los campos; casi todos empujan carretillas formadas simplemente por una rueda y una lanza: no hay carros; los sacos cuelgan a cada lado de la rueda. Observo en medio de los campos gran número de túmulos cubiertos de hierba: son tumbas; es tan elevado su número, que confieren un aspecto muy particular al paisaje: se diría que la llanura soporta una erupción de enormes lobanillos. Los estudiantes de la Universidad de Nankín han calculado que ocupan el 6 % y a veces hasta el 9 % de las tierras cultivadas. El tren se detiene con bastante frecuencia. Los vendedores ambulantes venden panes, tortas, frutas y productos locales. En Manchuria vendían manzanas. En una de las estaciones nos ofrecen pollos: los más baratos de toda China. Hacia el final del día aparecen las bananas y las naranjas. El crepúsculo es menos melancólico que ayer por la tarde: es realmente el Sur; al caer la tarde, los campesinos se reúnen bajo un alero, en el umbral de las casas; cenan al aire libre, y sonríen cuando el tren pasa.

Otra noche. Al despertar, el paisaje es realmente bello. La bruma asciende desde el río Perle, y envuelve las montañas, como en los cuadros. Sobre la tierra rojiza brota una hierba áspera, de un verde intenso; está sembrada de telas de araña, y cubierta de gotas de rocío. Sin embargo, el cielo azul anuncia una jornada ardiente. Algunas balsas cargadas de madera, y flotillas de tronco de agua descienden por el río. Nuevamente arrozales hasta el horizonte; ahora no se ve una aldea, ni una casa, ni un árbol; el arroz invade los valles, corre entre las colinas, ocupa los cañones más estrechos: prolifera con el ardor de una pradera salvaje; es verde como la hierba de los prados: alrededor de Hang-tcheu había madurado hace poco; pero aquí se recogen tres cosechas anuales, y ahora la última está brotando de la tierra. Cuando los brotes verdes rompen al pie de las montañas rodeadas de bruma, uno creería hallarse en una pradera alta de Suiza.

Las tierras ya no están irrigadas por arroyos. Se trae el agua por canales dotados de compuertas; para elevarla hasta las ace-

quias que surcan los campos, se utiliza un antiguo dispositivo: pedaleando a contracorriente sobre una suerte de paletas, los campesinos mueven un árbol de transmisión que desplaza una cadena de cubos; éstos se elevan sobre un plano inclinado, se vuelcan y descienden nuevamente; la tarea ocupa sobre todo a las mujeres y los jóvenes, agrupados en equipos de cuatro a cinco personas, protegidas a menudo por una gran sombrilla. Muchos hombres chapotean en el barro de los canales, buscando no *sé qué*. Todos llevan inmensos sombreros planos, de paja negra que uno diría barnizada: los de Pekín ya me parecían amplios; pero éstos son parasoles más que sombreros. La gente está mejor vestida que en el Norte, las ropas de algodón presentan mejor aspecto, y las mujeres visten a menudo chaquetas de colores vivos: sin embargo, cuanto más avanzamos hacia el Sur, más numerosos son los que van descalzos. Prescinden del calzado porque trabajan en el barro de los arrozales, y también a causa del calor.

Las montañas han desaparecido, y el río se alejó; el arroz lo ha devorado todo. Seguramente aquí la tierra está colectivizada, pues no hay divisorias entre los campos. También vemos un tipo diferente de pozo; el gobierno mandó perforarlos, y comparados con los antiguos representan un gran progreso; en el suelo se clava un mástil vertical, muy alto; en el extremo tiene un brazo, que termina, a un lado en un pesado contrapeso, y en el otro en una cuerda que sostiene un recipiente de madera. El campesino tira de la cuerda para que el recipiente descienda al fondo del pozo; una vez lleno, suelta la cuerda y el cubo asciende solo: basta un movimiento para volcar el contenido en la canaleta. Una mujer puede hacerlo, mientras que el sistema anterior exigía un equipo, y aquí el trabajo es poco fatigoso porque se limitan a bajar el cubo, y no es necesario hacer esfuerzos para levantarlo nuevamente. Además, mientras que en caso de sequía los canales, poco profundos, se vacían, estos pozos tienen tres a cuatro metros de profundidad, y el agua subterránea no se agota nunca. Es un paisaje extraño: el arrozal verde, erizado de estas altas pértigas cortadas oblicuamente por los brazos casi horizontales; se diría que son viejos semáforos que transmiten mensajes de un extremo al otro de la llanura. Un alero de paja, o de tela descolorida protege al hombre o a la mujer encargados de la irrigación. Las mujeres son mucho más numerosas que en el Norte. En el Sur generalmente han evitado la servidumbre de los pies vendados, y

siempre trabajaron en el campo. Además, aquí el paisaje y los gestos se repiten hasta el infinito: pero en lugar de una soledad siempre repetida, se despliega una colectividad; esta gente tiene intereses comunes, han discutido en conjunto los planes de trabajo y compartirán los beneficios. En suma, no veo una mera yuxtaposición, sino una organización, hecho que todavía es raro en China.

El Sur se afirma en el brillo cada vez más acentuado del cielo, en las palmeras, los bananeros y los ramilletes de bambúes vigorosos. Las colinas están desnudas; los campesinos ascienden a ellas para buscar arbustos y hierbas secas; y si otrora crecían árboles, los han arrancado: ahora se les ha enseñado a respetarlos, pero aún no se ha reforestado este rincón. Sólo las tierras bajas han sido cultivadas: la laterita roja de las montañas es árida; en cambio, la llanura está formada por fecundos aluviones. Se enriquece el suelo con los desechos humanos. Gracias a su fertilidad, esta región casi nunca ha conocido el hambre, a pesar de la densidad de la población: en 1939 había casi 1.340 personas por kilómetro cuadrado, y la cifra se eleva en algunos lugares a 1.550. Además del arroz, se cultivan legumbres, tabaco, caña de azúcar, té, cítricos, bananas y esa liquea en la que tanto se complacía la bella concubina imperial Yang.

Nos acercamos a Cantón. Las tumbas funerarias se multiplican. Las colinas están cubiertas de estelas y de tumbas, algunas imponentes; de tanto en tanto se alza un altar colectivo, donde se celebran sacrificios.

Hemos llegado a Cantón. Pero durante mucho tiempo no olvidaré esta llanura donde millones de hombres, sin instrumentos mecánicos, sin bestias de tiro, arrancan al suelo, con las manos desnudas, las riquezas que permiten a China construir el porvenir.

Cantón

En oposición a la malévola consigna que imputa a la nueva China una sombría uniformidad, he comprobado que las ciudades chinas —Pekín, Nankín, Shanghai, Mukden, Hang-tcheu— se distinguían unas de otras tanto como las ciudades de Francia o de Italia. Pero al llegar a Cantón casi tengo la sensación de haber pasado a otro país, a tal extremo es singular la fisonomía de este gran puerto tropical.

Situado a 35 kilómetros al sur del trópico de Cáncer, sobre el río Perle, que desemboca en el mar a 60 kilómetros de allí, Cantón se incorporó a China en época relativamente tardía. Celosa de su independencia, la ciudad resistió a todos los conquistadores, y especialmente a los manchúes. Abierta en 1685 al comercio occidental por un decreto imperial, ofreció a los europeos una acogida muy reservada. Se los relegó al barrio de Shameen —un banco de arena donde se construyeron casas nuevas, sobre una superficie de mil cien pies por setecientos, y donde no podían entrar las mujeres. "Todavía en 1830, el virrey amenazó cerrar las factorías si las damas inglesas de Macar continuaban visitando el lugar", informa sir John Pratt. También se impusieron a los extranjeros otras condiciones muy severas: no podían introducir en el puerto navíos de guerra, ni armas, ni mujeres, ni familia, y sólo tenían derecho a un número limitado de servidores. Se les prohibía tener sillas de mano o embarcaciones de placer; les estaba prohibido pasearse; tres veces por mes podían ir en grupo de diez personas, y bajo vigilancia, a la isla de Honan: en ese caso, debían volver a sus casas antes de que cayera la noche. Podían permanecer en Shameen sólo de setiembre a abril: en general, pasaban el resto del año en la colonia portuguesa de Macao, a 100 kilómetros de Cantón. Lo que les irritaba particularmente era la obligación de realizar todas sus transacciones por intermedio de la corporación comercial del Co-Hong, creada expresamente para controlarlos.

La guerra del opio estalló en Cantón. Vencida, la ciudad no se resignó jamás a su derrota. Por otra parte, el puerto cosmopolita adonde afluían los comerciantes de todos los países fue también el punto de partida de una importante emigración: muchos cantoneses pasaban temporadas en Indochina, en Siam, y en Malasia; otros se establecían en esos lugares, pero conservaban relaciones estrechas con la región de origen. Próxima a Hong-Kong y a Macao, Cantón se mostró accesible a la civilización occidental más rápidamente que otras ciudades de China; eliminó los antiguos muros; los cantoneses adoptaron una arquitectura moderna, y construyeron por sí mismos el Bund que bordea el río Perle. Al mismo tiempo, las nuevas ideas se infiltraron en la población. El carácter "avanzado" de Cantón, y su voluntad de autonomía explica que fuese llamada a representar un papel revolucionario de primer plano. En los alrededores de la ciudad nació Hong Sieu-

ts'iuan, instigador de la revuelta de los Taiping. El reformador de los "cien días", K'ang Yeu-wei, era originario de Cantón. En general, quienes fomentaron la revolución burguesa fueron los chinos de ultramar originarios de Cantón. A fines del siglo XIX, el joven Sun Yat-sen y su amigo Luke Ho-tong se instalaron en Cantón y celebraron reuniones secretas; allí se realizó en 1895 la primera tentativa de insurrección, reprimida duramente; Sun Yat-sen huyó, pero cuatro de sus camaradas, entre ellos Luke, fueron ejecutados, y el quinto murió en la prisión. En 1964 se realizó otra tentativa: las sociedades secretas esperaban la ayuda de 3.000 hombres armados y de 700 culíes; los primeros faltaron a la cita, nadie fue a recibir a los 700 culíes que desembarcaron en la ciudad, y caminaron al azar por las calles; una caja destinada a los rebeldes se había abierto mientras la desembarcaban, y se comprobó que contenía revólveres; se descubrió la conspiración, y la mayoría de los culíes fueron arrestados, torturados y ejecutados. Dieciséis personas, casi todas inocentes, detenidas en las proximidades del cuartel general del gobierno, fueron decapitadas. Otras tres veces Cantón fue el centro de la revuelta: se intentó inútilmente ocupar el Yamen, sede del gobierno.

En 1911, después del triunfo de la revolución, Sun Yat-sen cedió a Yan Che-kai la presidencia de la República. En 1916 Yuan se arrogó la jerarquía de emperador, y Cantón se incorporó a la confederación de provincias meridionales que se separaron de él. Sun Yat-sen fue a instalarse en la ciudad y organizó un gobierno de oposición. Salió de Cantón en 1918, pero en 1921 fue elegido presidente de la República por el parlamento del Sur. Expulsado por Tch'en Kiong-ming, comandante en jefe del ejército del Sur, recuperó el poder en 1923 e instaló su capital en Cantón. Allí recibió la visita y la ayuda de Borodín, y también la colaboración de 34 expertos soviéticos, de los cuales 30 eran especialistas militares. Fundó la Academia militar de Whampu. La ciudad conserva piadosamente su recuerdo. Sobre una colina, encima de un estadio nuevo con capacidad para 50.000 espectadores, se ha erigido un monumento en su honor. Un poco más abajo se alza una construcción conmemorativa, concebida por el mismo arquitecto que edificó la tumba de Sun Yat-sen en Nankín. Es un auditorio; cuando lo visité, algunos bailarines soviéticos ensayaban un ballet.

Durante los años en que el Kuomintang y el Partido Comunista colaboraron, Cantón fue el centro del movimiento proleta-

rio; allí se celebraron los congresos de la Federación del Trabajo. En julio de 1924, cuando los ingleses quisieron prohibir la entrada en la concesión a los chinos que no tuviesen salvoconducto, los obreros de Shameen desencadenaron una huelga que determinó la anulación de la nueva reglamentación policial. En el centro de la ciudad había una escuela donde Mao Tse-tung, Chu En-lai y otros comunistas famosos instruían a los jóvenes cuadros: se la ha transformado en museo, y pude visitarlas. Se realizaban los cursos en un templo abandonado. Las camas, las mesas, los escritorios y las habitaciones eran de una pobreza extrema. En una galería están los retratos de los profesores. La mayoría se hallaban, el 1º de octubre, al lado de Mao Tse-tung, en la tribuna de T'ien an Men.

Cantón opuso resistencia a la traición de Chiang Kai-shek. El 17 de noviembre de 1937 un general del Kuomintang Tchang Fakuei, ocupó la ciudad, y el Partido Comunista trazó un plan de insurrección. Ye T'ing asumió la dirección de un comité militar revolucionario de cinco miembros, y el partido designó un estado mayor de la guardia roja. Estos hombres movilizaron un millar de comunistas y formaron grupos armados. El 7 de diciembre el comité de Kuangtong impartió las órdenes, y el 11 de diciembre a las tres de la madrugada se inició el lanzamiento. Los revolucionarios invadieron el cuartel del regimiento de instrucción, y salvo algunos oficiales los efectivos de esta ciudad se incorporaron a los rojos; se apoderaron de los vehículos del ejército nacionalista, y el presidente del comité revolucionario de Cantón, Chiang Tai-lai y un puñado de partidarios recorrieron la ciudad en estos coches. La guardia roja desarmó a otras unidades: fue posible reunir 30 cañones, 1.500 fusiles y ametralladoras; se distribuyeron armas y municiones. A las 15 horas, los insurrectos ocupaban todos los puestos policiales y los servicios gubernamentales: es decir, toda la ciudad, con excepción de las concesiones extranjeras de Tong Chan y Shameen. Pero los comerciantes de Cantón se asustaron ante la revuelta, y el sindicato de marineros no la apoyó; por otra parte, los insurgentes no estaban bien armados. Las tropas nacionalistas recuperaron la ciudad el 13 de diciembre: la comuna de Cantón no había durado tres días. Fue la última tentativa insurreccional de los comunistas.

A poca distancia de la ciudad, un mausoleo conmemora a las víctimas de la represión; la mayoría está enterrada allí. De los

chinos de ultramar, que habían apoyado la revolución de 1911, seis millones eran de origen cantonés; este grupo ha contribuido generosamente a la erección del monumento; en cada una de las piedras se lee un nombre: San Francisco, Chicago, Malacca; es decir, que esa piedra fue ofrecida por las comunidades chinas instaladas en dichas ciudades.

Entre 1911 y 1927 Cantón marchó a la vanguardia de la revolución. Sin embargo, hoy la "marcha hacia el socialismo" es aquí mucho menos sensible que en el resto de China. Liberada tardíamente, casi desprovista de industria y de proletariado, separada de la capital por cerca de dos mil kilómetros, esta ciudad de pequeños comerciantes y pequeños artesanos aún no ha sido transformada profundamente por el régimen. Cuando desembarca en Cantón, el viajero que llega de Hong-Kong tiene la sensación de que ha abandonado el mundo capitalista; y si viene de Pekín y de Shanghai, se diría que ha retrocedido hacia la antigua sociedad semifeudal.

Mi hotel tiene catorce pisos; es el principal rascacielo de la ciudad; es grisáceo, ancho y feo; pero domina el "Muelle Largo", y desde mi ventana veo un gran sector del río; en este viaje es la primera vez que la imagen se ajusta inmediatamente a las promesas de las palabras: Extremo Oriente, Sur, gran puerto meridional, todo se me ofrece de una ojeada. El río está cubierto literalmente de embarcaciones que ascienden y descienden; inmensas balsas cargadas de troncos de árboles se deslizan suavemente hacia el mar; los juncos con las velas hinchadas navegan hacia el interior de la región. Hay sampanes, cuyos techos abovedados parecen construidos con una especie de rafia: quizá es un trenzado de bambú; tienen un color grisáceo y forman diferentes niveles; la parte más elevada protege la popa. Me gustan las grandes embarcaciones de ruedas [10] que transportan pasajeros y mercancías en dirección al mar, pero sobre todo río arriba. Son de madera, pintadas de hermosos colores verde y oro; tienen dos puentes en popa: en medio, sólo uno; la popa es cuadrada, chata y acribillada de ventanas, se asemeja a la fachada de una casa;

[10] Cuando los europeos descubrieron estas embarcaciones, creyeron que eran imitación de las suyas. Pero en realidad, este tipo de barco apareció en China a lo sumo en el siglo VIII d. C., y sin duda antes.

una especie de cornisa, pintada de amarillo, separa los dos niveles. En la parte superior hay una inscripción en caracteres chinos. En general, nos recuerdan las carabelas de Colón. En el muelle se cargan y descargan cajas y bultos. Una red de afluentes y canales une el río con el resto del país; todos los días millares de embarcaciones llegan o parten; transportan mensualmente 300.000 toneladas de carga y 200.000 pasajeros. El tráfico apenas disminuye durante la noche. Entonces el río se cubre de pequeñas luces rojas: lámparas y linternas se encienden en los juncos, donde viven permanentemente alrededor de 60.000 cantoneses. Desde mi ventana, al alba, vi bajar de una embarcación una tropilla de búfalos grises; en el muelle la circulación ya era intensa. Todo el día hay un desfile de peatones, bicicletas, rickshaws y carretillas de mano.

Cuando nos paseamos por las calles, esta impresión multitudinaria se confirma; la población es menos numerosa, pero más densa que en Pekín y aún que en Shanghai. Hay amplias calles comerciales, bordeadas por casas de dos a tres pisos: el primero avanza sobre la vereda, sostenido por pilares blancos, amarillos, azules o rojos; a cada lado de la calzada corre una galería cubierta. Las columnas están decoradas con caracteres rojos y negros que indican el nombre de las tiendas, y éstas tienen también, a modo de insignias, gallardetes de seda roja; la mayoría de los negocios no tiene puertas; son espacios que se abren directamente sobre la calle, o que están precedidos por un corredor oscuro, iluminado a veces con tubos de neón.

Me interno en una estrecha callejuela lateral, cerrada a los vehículos, que no tiene columnatas; están protegidas por telas análogas a los toldos de Sevilla; tienen forma triangular, y ligeramente convexa, y están aseguradas por cuerdas que se entrecruzan, al nivel del primer piso, de un lado al otro de la calle: en algunos sitios este cordaje deja pasar el sol y proyecta sobre el suelo una luz interrumpida por un retículo de sombras, como en los mercados árabes de Marrakech y de Túnez. Las fachadas de tres pisos rematan en una suerte de almenas de fantasiosos dibujos. Aquí hay un mercado adonde acuden sobre todo los campesinos de los alrededores. Se venden los artículos comunes, pero también ciertas mercaderías características: muchos zuecos de madera, barnizados y pintados, como los que usan las japonesas; como ya he dicho, en el Sur la gente no tiene simpatía por

el calzado, y las mujeres caminan con los pies desnudos en estos zuecos. Como se hace todavía en Japón, las jóvenes madres llevan al hijo en la espalda; el niño va sentado en una especie de saco sostenido por tirantes que se cruzan y aseguran adelante; del saco emergen la cabeza del bebé y los pies, apoyados contra la espalda de la madre: en las tiendas se venden muchos de estos sacos de tela de algodón estampado, de colores vivos; también hay mucha ropa para niños: mantillas de seda y de algodón, sombreros multicolores provistos de visera. Hay profusión de telas, y algunas lujosas. Una de las especialidades de Cantón es una seda negra, inarrugable, que no es necesario planchar después del lavado; cuando se la usa, adquiere feos reflejos marrones, toma brillo y pierde toda su belleza: cuando es nueva, resplandece como la antracita; antaño, sólo la usaban las mujeres de mala vida; hoy se la ve sobre la espalda de muchos hombres y mujeres.

"Voy a mostrarle una calle reaccionaria", me dice la señora Cheng. Alude al hecho de que antes los extranjeros formaban la clientela de las tiendas de lujo. A ambos lados está bordeada por galerías cubiertas. Perpendicularmente a los pilares, y por lo tanto sobre la cabeza de los transeúntes y solicitando de tramo en tramo su mirada, hay anuncios un poco descoloridos, que evocan ingenuamente los tiempos idos: una rubia elegante, encaramada sobre altos tacos, desciende de un "tren azul", sosteniendo en la mano una soberbia valija de cuero.

He recorrido muchas otras calles, casi siempre sola. En la calle del bambú, las tiendas sólo vendían sillas, mesas, cañas de pescar, mamparas, cestos y jaulas de bambú. Otra calle estaba colmada de imágenes: espejos pintados con "imágenes de Año Nuevo" que representan bailarinas, escenas de ópera, escenas familiares, retratos de guerreros, de genios y de héroes, todo ejecutado en estilo antiguo. Quise comprar una de estas imágenes, de hermosos e intensos colores. Cruzo el umbral de un negocio, donde un joven está reproduciendo la efigie de uno de los personajes que decoran la pared del fondo; ni siquiera levanta la cabeza, de modo que me retiro desalentada. Diez metros más allá, en otro negocio gesticulan los mismos genios; también aquí un hombre copia con cuidado una antigua imagen, pero otro parece dispuesto a recibir a los clientes; entro, extraigo dinero de mi bolso y muestro las imágenes: el comerciante se echa a reír, y menea la cabeza; pero yo insisto: el hombre escribe algo en un papel; es

evidente que esas pinturas no están en venta. Según me explicó esa noche la señora Cheng eran esas efigies sagradas que se fijan en la puerta de las casas, o se queman sobre las tumbas de los antepasados; se las fabrica por encargo de las familias creyentes. Sería impío cederlas a un extranjero.

La abundancia de estas pinturas parece indicar que las antiguas supersticiones aún son fuertes en Cantón. Otro hecho confirma esta impresión: el número de tiendas de quiromancia; se trata siempre de pequeños locales, cerrados por puertas en las que hay manos y rostros dibujados, divididos en sectores y señalados con marcas, de acuerdo con las leyes de una ciencia mágica. Veo también aquí y allá vendedores de "libros huevo" de antiguo estilo. Y pequeños teatros de acróbatas, que se abren directamente sobre la calle: algunos bancos y una plataforma; si estos trovadores cuentan historias, se trata seguramente de relatos escasamente politizados.

Me impresionan el número y el lujo de las casas de té; en el Sur se bebe mucho té, porque la gente necesita calmar la sed, pero también porque le gusta reunirse en lugares públicos. Estos salones a menudo son tan espaciosos que ocupan todo el ancho de una manzana de casas: vemos las mesas de madera oscura, una escalera interior que da acceso a un primer piso, y a lo lejos una ventana que se abre sobre otra calle. También hay heladerías que venden, sobre mesas de mármol, toda clase de cremas heladas: vainilla, ananá, banana. He almorzado en un restaurante cantonés. En lugar de los compartimientos que aislan cada mesa en los establecimientos de Pekín, aquí hay grandes salas donde se codean muchos comensales; ocupan tres pisos; los comensales, ataviados modestamente, y algunos de apariencia bastante pobre, sentados frente a las mesitas redondas, toman lo que se llama "un té cantonés"; en realidad, es una comida abundante, pero formada sólo de masitas, pastas y buñuelos. En el cuarto piso hay una sala, más elegante que las otras tres, y varios compartimientos reservados. Las ventanas se abren sobre el río; los muebles, de caoba negra, están cubiertos con una especie de goma rosada. Me sirvieron buñuelos, pastel de pato, pechuga de pollo envuenta en pan pulce, bocaditos, hojaldre, panecillos rellenos, empanadas, panes de leche del tamaño del pulgar con trozos de cerdo confitado, natillas cuya circunferencia enmantecada rodea una espesa capa de crema blanca. Las masas de Cantón tienen fama, y hay mu-

chas pastelerías. También vemos gran número de tabernas, con los mostradores de piedra y ladrillo, donde se sirve té y confituras. Por la noche, están llenas de gente que fuma, bebe y come. En lugar de volverse hacia la calle, como en Pekín, miran al cielo, y saborean el crepúsculo. Entrada la noche, algunos grupos continúan charlando en las tabernas iluminadas con tubos de neón.

Las calles de los barrios de residencia están a nivel más bajo, y se llega a ellas descendiendo algunos escalones; el suelo está enlozado, y son tan estrechas que puede recorrérselas únicamente a pie. Los vendedores ambulantes, sentados al pie de los muros, ofrecen legumbres, frutas y pescado. Las ventanas entreabiertas dejan ver el interior de las casas: están menos desnudas que las de Pekín; hay imágenes en las paredes, y vasos y adornos sobre los aparadores.

En general, el espectáculo de la calle es mucho más animado y colorido que en Pekín o Shanghai. Las mujeres son muy distintas: infinitamente más coquetas. Llevan pantalones de seda negra que les moldean el cuerpo, y camisillas de algodón ajustadas al cuerpo con un cinturón; no vemos chaquetas; más bien casacas, de cuellito alto, que dejan desnudos los brazos: el hecho me parece insólito, pues de acuerdo con una tradición de muchos siglos, las chinas del Norte no muestran ni un centímetro de su piel; durante los días más cálidos, en Pekín y en Shanghai todas ocultaban los pies en el calzado; las cantonesas van con los pies desnudos en sus zuecos, y muestran sus brazos encantadores parcial o totalmente desnudos. Son pequeñas, están bien constituidas, y exhiben extremada gracia. Su feminidad no les impide realizar los trabajos más duros. En el Norte jamás vi a una mujer *transportar* fardos pesados. Aquí, por el contrario, de acuerdo con una tradición que también tiene muchos siglos, arrastran carritos y llevan sobre los hombros varas de las que cuelgan pesados cubos. Sobre todo, en el río y los canales ellas son las que realizan la dura tarea de impulsar con la espadilla las pesadas embarcaciones.

Al mismo tiempo más lánguidos y más vivaces que los pequineses, los cantoneses también son más sociables, y pese a ello más individualistas. Su tipo es menos puramente chino que en las restantes ciudades. La mezcla de razas, el hecho de que hallemos aquí muchas costumbres idénticas a las del Japón, suscita en el visitante una impresión de cosmopolitismo: es Extremo Oriente, pero apenas China. Del mismo modo, el extranjero que llega de

París puede percibir en Marsella la presencia de la cuenca mediterránea más que la de Francia.

Otrora había en Cantón dos tipos de segregación. Los hakka, minoría nacional que vive en las montañas vecinas, no tenían derecho de entrar en la ciudad. Y los habitantes de los "barrios sobre el agua" no debían mezclarse con la población urbana.

La existencia de estas aldeas flotantes se remonta a los Yuan. Los campesinos expulsados por el hambre, los pescadores sin recursos, los vagabundos, los fugitivos de la justicia, y toda clase de individuos sin refugio ni hogar venían en sus embarcaciones a buscar fortuna en la ciudad. Los habitantes se defendieron de estos inmigrantes miserables; les prohibieron instalarse en tierra firme, y los trataban como a parias. Sus descendientes sufrieron la misma suerte; formaron una casta maldita; se los despreciaba y se les aplicaba motes insultantes. Entre ellos había marineros, barqueros, estibadores, y también un hampa numerosa. Los viajeros del siglo XIX han descrito muchas veces las "embarcaciones de recreo" situadas entre Whampu y Cantón, que en realidad eran prostíbulos flotantes. Desde la borda de las altas barcazas floridas sonreían las mujeres vestidas de seda y cubiertas de alhajas. Los occidentales no se aventuraban en esos lugares: uno de ellos quiso entrar, y no reapareció jamás. Los habitantes de los "barrios sobre el agua" no querían a los extranjeros: al pasar de buena gana los bombardean con piedras o naranjas podridas.

Chiang Kai-shek nada hizo para modificar su condición. Tuvieron que continuar viviendo en sus embarcaciones; no podían ejercer el comercio, ni aprobar los exámenes oficiales, ni siquiera concurrir a la escuela; debían casarse entre ellos, y cuando se paseaban por la ciudad marchar con los pies desnudos, para mostrar que no pertenecían a la comunidad.

El nuevo régimen eliminó la segregación, explicó a los cantoneses que los habitantes del río eran ciudadanos chinos como el resto, y prohibió aplicarles motes. También organizó la construcción de algunas casas. He recorrido un canal cubierto de embarcaciones de recreo que se pasean, sobre todo los domingos, con habitantes de Cantón; son tan numerosas que los bordes se tocan. Se diría que forman una colección de pequeños cuartos: las correderas son de madera pintada, a menudo de color celeste, con un ramillete de flores rojas; adentro hay bancos contra la pared,

y un banco perpendicular con almohadones, cuyo respaldo es un gran espejo en forma de abanico, con flores y aves pintadas. Las barqueras, sentadas al frente, vestidas de negro, los brazos musculosos, a menudo jóvenes y de aire coqueto, llaman insistentemente a los transeúntes. Sobre la orilla se han construido algunas hileras de casas: son de bambú y tierra apisonada —es decir, frágiles; en todo caso, descansan en tierra firme. Forman una auténtica aldea.

Se proyecta edificar otras. Pero por el momento, sesenta mil personas viven todavía sobre el agua. Un vaporcito me ha llevado a ver, sobre el río, una de estas aglomeraciones. Hay hileras de sampanes separadas por una suerte de escolleras a mayor nivel, de madera, a las que se llega desde la embarcación mediante escalas que forman verdaderas calles; cada una tiene su propio nombre, y cada embarcación su número. A menudo, estas casas flotantes están adornadas con veletas que giran impulsadas por el viento. Otras están anexadas a un pontón, donde brotan algunas flores. Asciendo a una de las escolleras, y desciendo a una embarcación. La proa es una primera habitación, cerrada a medias por un papel de madera y por un estante donde están dispuestos los utensilios domésticos; detrás, hay un compartimiento simétrico; en la popa, un estrecho espacio se divide en cocina y baño. Los asientos son banquitos de madera, de diez centímetros de altura. Las ropas y los utensilios están dispuestos bajo el piso encerado, de planchas móviles. El barco está rodeado de paneles de madera: de día se los quita; por la noche, puede cerrarse herméticamente la habitación. Al partir, echo una ojeada a las barcas vecinas; son análogas a ésta. En una de ellas veo a un muchacho joven en pantaloncito corto, el torso desnudo, que lee extendido sobre el piso.

Los barrios flotantes forman ahora un distrito exactamente igual a los demás. Tiene su municipalidad, y está representado en la asamblea popular. Se han creado ocho escuelas primarias; en 1949 tenían sólo 27 alumnos, y ahora concurren a ella 2.000 niños; este año 70 ingresaron en las escuelas secundarias. Organizadas al principio sobre el agua, luego se instalaron en tierra firme. Hay un club cultural, cursos nocturnos y conferencias políticas. Las embarcaciones están sometidas a un control sanitario, y se han organizado dispensarios. Hay cooperativas de consumo, y los pescadores están agrupados en cooperativas de producción. Se han

realizado esfuerzos para suprimir los elementos dudosos, y se ha logrado reducir la prostitución. Pero no se ha conseguido eliminarla del todo. Por la noche, sobre el "Muelle Largo", las mujeres proponen a los transeúntes la realización de excursiones en el río, y sus gestos son poco equívocos. Un francés me relató que cierta noche, impulsado por la curiosidad, subió con dos amigos a la embarcación de una de estas sospechosas barqueras. Durante media hora se pasearon en el agua; fatigados y decepcionados, comenzaban a convencerse de la virtud cantonesa cuando vieron aparecer algunos farolillos: varias mujeres estaban sentadas en la proa de unos juncos alegremente iluminados; los hombres circulaban sobre las escolleras, como en las callejuelas de los barrios bajos. La barquera les propuso descender; siempre aguijoneados por el amor a la ciencia, los tres franceses entraron cada uno en una de esas cámaras acuáticas: sus experiencias fueron idénticas. La anfitriona los invitó a acostarse, totalmente vestidos, sobre el piso, y les infligió en la espalda, el torso y las piernas masajes y golpecitos que les aportaban un dudoso placer. Mediante una suma suplementaria, quienes lo deseaban obtuvieron caricias de un erotismo más internacional. Este relato me confirmó que en Cantón la mentalidad progresista aún no había triunfado definitivamente.

Revolucionaria y supersticiosa, cosmopolita, individualista, meridional, Cantón tiene también otra característica: emplazada sobre la costa, a sólo unos cincuenta kilómetros de Hong-Kong, es una ciudad de fronteras. En el tren, a la llegada, un empleado me pidió de pronto que cerrara la ventanilla: "Vamos a cruzar un puente". Tsai comentó: "Sin duda lo hace para asegurarse de que nadie arroje una bomba". Todos los puentes de China están vigilados por soldados, pero era la primera vez que veía adoptar esta precaución en un tren. En Cantón, Tsai, quiso tomar una fotografía en medio de una plaza; un transeúnte vestido con un traje de seda negra, se aproximó y le dijo algunas palabras. Discutieron, y el hombre se alejó. "Está demostrando su celo"; dijo Tsai con cierto fastidio. El transeúnte le había dicho que estábamos cerca de un puente, y que se había prohibido fotografiarlo. Se trataba del puente Hai tchu, destruido en 1949, reconstruido después, y que es el más largo de toda China meridional: doscientas yardas. Une las dos orillas del río Perle. De todos modos,

Tsai tomó fotos en las que, por otra parte, no estaba el puente. Observé también que el monumento a Sun Yat-sen tiene una guardia de soldados.

La tercera noche después de mi llegada, contemplaba desde la ventana las tímidas lucecillas distribuidas sobre el río, y los anuncios de neón del Bund. De pronto, oigo sirenas: un ruido olvidado, completamente fuera de lugar. Se apagan las luces de neón; bocas invisibles extinguen todas las bujías; en la calle la gente echa a correr, y se diría que es una auténtica alerta: lo es, en efecto. La señora Cheng golpea a mi puerta. Hay que bajar, si no a los sótanos, por lo menos a los corredores del primer piso. Todos los clientes del hotel se han reunido allí, en la oscuridad. Hay una delegación de atletas hindúes, conducidos por un intérprete que es amigo de Tsai: se le ilumina el rostro cuando encuentra a su amigo y comienzan a charlar alegremente. La señora Cheng me explica que Formosa no está lejos; en la costa los bombardeos de fábricas y centros industriales son frecuentes: cuando se indica la presencia de un avión enemigo en la zona, se da la alerta de Cantón. Por otra parte, no hay peligro: la defensa aérea no permitiría el paso de los aviones. Creo que, de todos modos, Chiang Kai-shek no cometería la torpeza de bombardear una ciudad abierta. Presumo que la alerta es una forma de ejercitarse para afrontar coyunturas más graves; se desea recordar también a los chinos, de modo convincente, que el problema de Formosa no está resuelto, y que es necesario liquidarlo definitivamente.

El conjunto de estos incidentes se explica por la proximidad de los contrarrevolucionarios. La consigna de "vigilancia" es más rigurosa aquí que en ningún otro lugar. En marzo de 1954 el cotidiano cantonés *Hang Fang* anunció el arresto de cuarenta dirigentes de una organización secreta llamada "La lanza verde"; según decía el periódico, estaba formada por agentes norteamericanos y del Kuomintang, llegados de Hong-Kong para organizar sabotaje en trenes y puentes, provocar incidencios y cometer asesinatos. Trabajaban sobre la línea Hankeu-Cantón; el cuartel general era una peluquería de Cantón. Algunos eran funcionarios estatales, y una mujer era criada de un oficial. Apoyándose en la ley del 29 de enero de 1951 sobre las actividades contrarrevolucionarias, el tribunal pronunció trece condenas a muerte; los restantes miembros de la sociedad fueron encarcelados. Afírmase

que hubo una conspiración análoga en octubre. De ahí la tensión que se percibe en esta ciudad y que no se manifiesta en Pekín ni en Shanghai.

Doce horas de vuelo, sobre las grandes llanuras húmedas, y estamos nuevamente en Pekín. Ha llegado el otoño. Los árboles han adquirido el color de los techos imperiales. En las esquinas se asan castañas, mezcladas con un fino polvo de carbón. A lo largo de las avenidas serenas vuelvo a encontrar los azules de Cézanne. Cuando vuelvo a ver Pekín, comprendo cuánto lo amo. Es menos animado que Shanghai, menos colorido que Cantón. Pero nada hay en China que pueda compararse con la belleza de un hutong gris bajo una luna fría como un banco de hielo, y estrellas punzantes como agujas de hielo. La voz de un vendedor de tallarines resuena entre los muros ciegos; a lo lejos, de una aldaba golpea la madera de una puerta; no hay otros ruidos; el olor agrio de la tierra llena la noche. Pekín es uno de los escasos lugares del mundo donde ciertos instantes son perfectos.

CONCLUSIÓN

Algunos sinólogos han llegado a una conclusión definitiva; a partir de 1949, China ha dejado de ser China. Los anticomunistas afirman a quien quiera escucharlos que la "barbarie" socialista ha enterrado una de las más antiguas y bellas civilizaciones del mundo. Y si finge respetarla, dicen, es para destruirla mejor. Etiemble declara que es necesario tomar o dejar en bloque el pasado chino; y si se renuncia a él, es necesario no fingir que se lo acepta. Soberbia intransigencia: ¿Acaso nosotros hemos conservado nuestra herencia judeocristiana y el pasado francés? Los aspectos más válidos de la vieja China continúan ocupando su lugar: en las bibliotecas y los museos; [1] además, se realiza un gran esfuerzo para divulgar el conocimiento del acervo cultural. En cuanto al clima en que vivieron los chinos durante estos últimos siglos, no me inspira la menor añoranza. De buena gana hago mía la opinión de Pearl Buck: [2] "Si algo reprocho a las bellezas de China, es su carácter exclusivo. No irradian en todas las casas del pueblo al que pertenecen; han sido durante demasiado tiempo privilegio de ciertas clases sociales y religiosas". No sólo estaban reservadas a algunos privilegiados, sino que manifestaban esencialmente la opresión y la mutilación del hombre por el hombre.

Hasta estos últimos años la condición de los chinos se ha mantenido en un estado horriblemente natural. El campesino ni siquiera utilizaba la fuerza de trabajo y el abono de los animales; entre el suelo y él no había intermediarios; como bestia de tiro, sólo se explotaba a sí mismo. Trataba a su progenitura como si fuese la camada de un animal; ahogaba a algunos hijos, a veces

[1] Sobre todo en los museos de Occidente, pero ello no es culpa del régimen.

[2] *Los mundos que conocí.*

vendía otros, y aquellos que recibían alimento del grupo productor le pertenecían en cuerpo y alma. La familia apenas se distinguía del campo que cultivaba, y el individuo no se aislaba de la familia: en la clase trabajadora, el hombre no adquiría configuración humana. El ocio y la fortuna permitían que los mandarines se opusieran a la masa y a la naturaleza. Pero vinculado también con la tierra, porque la base de su riqueza era el campo, prisioneros de un mundo que esencialmente carecía de antimaterialidad, fueron incapaces de superar positivamente lo dado: se limitaban a deformarlo. Los roquedales, los arbustos enanos, los peces monstruosos expresaban su amor a las "cosas" torturadas; ese gusto inspiró las esculturas, las estatuillas y estilos arquitectónicos de la época baja; infligió a ese objeto natural que es el cuerpo humano refinamientos imperiosos: los pies atrofiados de las mujeres, los eunucos, el erotismo pueril y extravagante descrito en las antiguas novelas, la difusión de la homosexualidad, el arte del suplicio se relacionan con una antinaturalidad que no supo hallar más salida que la perversión. Bajo estos refinamientos, apenas se disimula la monotonía de una civilización de la inmanencia. La rigidez de las instituciones, la paralización del progreso técnico que inmovilizó al imperio en un presente eterno, apartaron al hombre de su trascendencia: en lugar de orientarse hacia el infinito del porvenir, el arte fue diversión de seres ociosos. Las auténticas creaciones realizadas por China en los momentos dinámicos de su historia fueron olvidadas, o imitadas incansablemente. Los jardines, los cuadros, los monumentos, la multiplicidad de las variantes, lejos de promover un cambio, confirman este inmovilismo. El paso del templo griego a la bóveda, de la basílica a la iglesia romana, del románico al gótico carece de equivalente en China. ¿Cómo puede pretenderse que la nueva civilización prolongue el movimiento de la cultura paralizada desde hace mucho tiempo? El hiato que separa el presente del pasado es imputable al pasado mismo. No puede acusarse al comunismo: cualquier régimen que se hubiese consagrado a la modernización de China se hubiera visto obligado a renovar todo el panorama artístico e intelectual. Y aún puede afirmarse que, dada su posición nacionalista, los dirigentes respetan al antiguo patrimonio mucho más cuidadosamente que la burguesía del 4 de mayo. Reprocharles que aún no hayan creado una nueva civilización, implica mucha mala fe: una sociedad que se dispone a organizar su propia estructura

no encuentra inmediatamente los medios de expresión. La relación entre las consignas de "difusión" y "elevación" de la cultura es compleja: de acuerdo con los momentos, se contradicen o armonizan. Es indudable que el nivel cultural de la masa ha mejorado considerablemente; en cuanto al desarrollo de las formas superiores del arte, la literatura, tanto el optimismo como el pesimismo hoy son prematuros. Es el único interrogante —y era inevitable— que yo trazaría en este balance. A pesar de las vacilaciones, los excesos y los errores que ya he señalado, el esfuerzo y las realizaciones de China me parecen admirables.

Sin embargo, a partir del invierno de 1955 los ataques contra China se multiplicaron; muchas democracias burguesas están tentadas de reconocerla y de votar su ingreso en las Naciones Unidas. Se trata de demostrarles que esa actitud es inoportuna. Esta campaña bien orquestada inquieta algunos espíritus: un hombre tan honesto como Ricoeur llega a preguntarse si realmente ha visto lo que vio. Por lo tanto, me propongo examinar comparándolos con los resultados de mi propia investigación, el contenido y el alcance de estas requisitorias.

"El viajero que visita superficialmente China se siente impresionado por la limpieza de las calles, la puntualidad de los trenes, la escrupulosa honestidad de los funcionarios, la energía y el ardor demostrados en la administración del país: en una palabra, por la presencia de una disciplina que hubiera sido inconcebible en China hace cinco años.

Antes del advenimiento del régimen actual, la mentalidad dominante era la libertad desordenada del "dejar hacer". El código confucianista de la familia ejercía todavía gran influencia, pero en los puertos modernos se observaba una acumulación no disimulada de riquezas, mientras en el campo proseguía la rutina inmemorial del trabajo. En esta época, el país estaba desgarrado por las divisiones políticas y militares, y por el caos intelectual que era consecuencia de la intromisión de costumbres e ideologías occidentales contradictorias.

Todo eso ha cambiado. El país se unificó, sometiéndose a un gobierno central único, y adquiriendo de ese modo prestigio y po-

der mucho mayores. No sólo se ha unificado políticamente: también lo ha hecho económica y culturalmente".

¿Quién habla de este modo? ¿Un propagandista del régimen? No. Es la más ponzoñosa de las revistas dedicadas a calumniar a China Popular. Nos referimos a *China News Analysis*, publicada en Hong-Kong por encarnizados conservadores.

Por mucha mala fe que manifieste, la gente que vivió antes en China, y la que conoce algo del mundo asiático no puede dejar de sentirse impresionado por las realizaciones de China moderna. "Notables resultados materiales", dice en conclusión Guillain. Los periodistas Renée y Pierre Gosset señalan en el activo de su balance: "La batalla por la salud y la higiene ha sido ganada... La lucha contra los flagelos sociales —desaparición de los rateros— el colosal esfuerzo de reforestación, el nacimiento de una industria, la reforma agraria, el control de los ríos... China está convirtiéndose en gran país industrial. Eliminación del hambre... La gente está bien vestida, aparentemente bien alimentada. Hay orden general. El nacimiento de un patriotismo, de un ejército nacional. Estabilidad de la moneda, finanzas saneadas. Honestidad del gobierno. El inmenso esfuerzo por la eliminación del analfabetismo".

Seguramente los anticomunistas oponen una severa contraparte a esta confesión arrancada por la evidencia: ¿cuál es?

Los capitalistas occidentales que aún residen en Shanghai, los misioneros expulsados, los partidarios de Chiang Kai-shek, los contrarrevolucionarios refugiados en Formosa o en Hong-Kong, los que todavía guerrean sobre la frontera china, y algunos norteamericanos afiliados a la "camarilla china" forman el ala más fanática de la oposición. Su odio los precipita en la profesía cataclísmica; Chiang recuperará el poder, o estallará una tercera guerra mundial: de todos modos, la revolución no habrá sido más que un fuego de artificio. Subraya con aire complaciente las analogías del estatismo actual con el antiguo imperio centralizado; el tao es inmutable, y se manifiesta en la fatal alternación del yin y el yang: en el aparente triunfo del comunismo chino, estos videntes descubren la prenda de su próxima destrucción.

Es muy cierto que, lejos de contradecir el pasado chino, la revolución comunista continúa la serie de brutales rupturas que lo caracterizan. Sobre las ruinas del feudalismo, abatido 300 años

antes de nuestra era por Che Huang-ti, se sucedieron varias dinastías que una tras otra entraron en decadencia; su caída desencanenaba la anarquía, de la que surgía una nueva autoridad que reconstruía el país. Así, la descomposición del Kuomintang ha provocado la guerra civil, que permitió el triunfo del Partido Comunista. Algunos de los problemas afrontados entonces por los dirigentes actuales ya habían reclamado la atención de los unificadores del Imperio, y habían recibido de ellos soluciones similares. Cuando realizó por primera vez la unidad política y administrativa que acaba de obtener nuevamente Mao Tse-tung, Che Huang-ti se dedicó a desarrollar las vías de comunicación; estandarizó la escritura, del mismo modo que hoy se estandariza el lenguaje hablado. El control de los ríos es una empresa que se remonta al legendario Yao, y que fue continuada por muchos emperadores. La inmensidad del territorio, así como el carácter hidráulico de la civilización siempre impusieron un dirigismo económico; sólo un poder muy centralizado puede realizar los grandes trabajos públicos —caminos y diques—, atenuar las crisis provocadas por los cataclismos naturales y derribar las barreras que aislan a los mercados cerrados que, en conjunto, constituyen el territorio de China. Muchas veces en el curso de la historia china los funcionarios asumieron la tarea de fijar los precios, y acopiar y redistribuir el trigo y el arroz. El monopolio de los granos instaurados en 1953 tiene antecedentes en los "graneros reguladores" de los Song. A menudo, después de haber conquistado el poder, el nuevo amo de China realizaba una reforma agraria, aboliendo los latifundios en beneficio de la pequeña propiedad. Muchas otras semejanzas son significativas. La misma actitud de rechazo de las injerencias extranjeras determinó que K'ang-hi expulsara al legado del papa, que fue a China para poner término al problema de los ritos, y fue el factor que incitó al gobierno popular a expulsar al nuncio Riberi. Para consolidar su autoridad sobre el Tibet, y en su condición de protector de la religión de los lamas, K'ien-long dio a los bonzos el templo Yong-ho-kong, el mismo que Mao Tsé-tung restauró hace poco.

De estas analogías los conservadores deducen que es inevitable que la rueda vuelva a dar una vuelta, y que los comunistas sean derrocados, como ocurrió con los Han, los T'ang, los Ming, los Ts'ing. Olvidan un hecho esencial. Si la historia de China no fue hasta aquí más que una serie de repeticiones, debe verse la

causa en su estancamiento económico. En la época en que se desarrolló la industria del hierro, el desmantelamiento de los estados feudales por Che Huang-ti determinó una transformación duradera de China: el país se convirtió en un imperio centralizado. Pero pronto el impulso del comercio y la industria fue sofocado, el progreso técnico contenido por los burócratas imperiales, y China comenzó a inmovilizarse. Los hombres que detentaban el poder se renovaban: pero en presencia de una situación idéntica, sólo disponían de los mismos instrumentos que habían utilizado sus predecesores. Esta "circulación de las *élites*", a la que Burnham pretende reducir las revoluciones, no basta ciertamente para desencadenarlas. La "circulación" fue particularmente intensa en China; un equipo reemplazaba a otro, los bárbaros relevaban a los chinos en el trono, un hombre del pueblo alcanzaba con métodos brutales las dignidades supremas: de todos modos, la historia seguía repitiendo el mismo círculo. Por el contrario, la transformación realizada por el Partido Comunista se apoya en cambios económicos y técnicos. Hoy, existe una clase obrera, y ha comenzado la industrialización de China; no volverán a reconstituirse los latifundios, porque muy pronto los tractores consolidarán la colectivización. Esta vez se trata realmente de una revolución: las antiguas estructuras fueron destruidas irreversiblemente; la ruptura iniciada no esboza un ciclo, sino un progreso. La historia ha comenzado su marcha. China ha dejado de vivir al día y de soñar en una antigua y mística edad de oro: vuelve el rostro hacia el futuro.

Por sí sólo, este hecho constituye un cambio radical. Antes, el porvenir sólo configuraba una amenaza; dependía de los caprichos de la naturaleza, los azares de la guerra, las manipulaciones de la política: nadie tenía control sobre él. Una implacable ley de granito, forjada por los grandes y los pequeños aprovechadores del régimen, imponía que aportase la miseria, pero jamás la prosperidad; si la cosecha era mala, los campesinos y los obreros sufrían las consecuencias; si era buena, sólo los especuladores se llenaban los bolsillos. La inflación precipitaba la ruina y los artesanos, los comerciantes y aún los pequeños capitalistas: nadie se beneficiaba. El *tao* era inmutable, pero la rueda del yin y el yang no giraba: siempre sombras, jamás la luz del sol. Ante una situación sin salida, los chinos reaccionaban con una entristecida apatía que agobiaba a los intelectuales revolucionarios —entre otros a

Lu Sin— actitud que, según pretendían los occidentales era un rasgo del "carácter oriental".

Las concepciones reflejaban este sombrío quietismo. El confucianismo predicaba la obediencia y la resignación; el taoísmo y el budismo exhortaban a la pasividad. ¿Qué podemos hacer hoy, cuando no alienta en nosotros la perspectiva de un futuro? "Antes, sólo había desesperación, reconoce Robert Guillain. Ello no ha impedido que Renée y Pierre Gosset afirmaran: "Antaño, los chinos estaban famélicos y vestían harapos".[3]

En verdad, algunos clisés se resisten a morir: el clisé del hambriento feliz ha resistido a la Revolución China, a la guerra de Indochina y a la de Argelia. Es sabido que el lazzarone napolitano es el espécimen privilegiado; pero el hindú moribundo tiene su serenidad; hasta hace poco, el peón de África del Norte se contentaba con nada: carecía de necesidades. Acepto que, mirada desde muy alto, la desesperación se asemeja a la despreocupación; pero quien las confunda demuestra que ignora totalmente el mundo humano: por lo mismo, debería tener la prudencia de no referirse a él.

Una vida limitada a un amargo presente, sin dominio sobre el mañana, no merece que se la llame humana. El primer aporte del régimen —sus peores detractores convienen en ello— es que confirió estabilidad y seguridad a la sociedad china; de ese modo, restituyó a la existencia de los chinos la dimensión que le faltaba: ahora tienen futuro; ya no son peones de una fatalidad: tienen algo que hacer. En las afueras donde se edifica el "Nuevo Pekín", en las fábricas de Manchuria, sobre el puente aún inconcluso que franquea el Yang-tzé, sobre la represa que controla el río Huai, el porvenir absorbe al presente. Ni ensueños ni autopía, su lugar está delimitado exactamente, se lo mide con cifras precisas, y se ha fijado la fecha de su realización. Si a veces desmiente las previsiones, ello es resultado de la rapidez con que se hace realidad. Para considerar el mundo, los chinos ya no se instalan, como pretendían los sabios taoístas en "el carro del sol", sino al cabo del primer o del tercer plan quinquenal. La realidad actual de China es su futuro.

Si, dice el anticomunista, el país se ha creado un porvenir, pero sus habitantes nada han ganado con ello. La mayoría de los ad-

[3] *China Rouge*. An VII.

versarios del régimen concentran sus ataques en este punto. Demasiado realistas para predecir una caída inminente, procuran desacreditarlo. Las realizaciones alcanzadas son innegables: pero, ¿qué valor podemos atribuirles, si a nadie benefician? El señor Guillain afirma que el sistema es "bueno para China, pero malo para los chinos"; el señor Fano se pregunta angustiado a quién y para qué se sacrifican 600 millones de hombres: en efecto, se trata de un misterio insondable. Particularmente porque a los ojos de los anticomunistas todos los chinos aparecen como seres desposeídos. Los campesinos son los parias del régimen; pero no hay suerte peor que la de los obreros; y los comerciantes, y los artesanos capitalistas no se ven menos perjudicados. ¿Por quién? Aún los más encarnizados anticomunistas reconocen, rechinando los dientes, *"la escrupulosa honestidad de los funcionarios"*: Nadie acusa a los dirigentes de regodearse en un lujo pagado con el sudor popular. ¿Cómo se pretende que una parte de la comunidad está siendo "sacrificada" al conjunto, si todos se sacrifican? Recordamos al cortesano de la fábula, que cojeaba de los dos pies: en suma, caminaba perfectamente. Sea, afirmarán los opositores; y esgrimirán el lema: "Las generaciones actuales están siendo sacrificadas al futuro". Esto último implica olvidar que la idea de sacrificio incluye por definición un renunciamiento: ¿de qué se ha despojado a los chinos? La condición de los obreros, los campesinos, los artesanos y los pequeños comerciantes era abominable, y la de los burgueses apenas tolerable. "Antes", reconoce Guillain "prevalecía una situación espantosa; primera verdad. La pobreza, la corrupción, la ineficacia, la miseria, el menosprecio al pueblo y al bien público, formaban un conjunto —lo comprobé personalmente— el más miserable de los países". Y agrega que, cualquier régimen inevitablemente debía valer más que aquél. Ni él ni nadie se atreven a afirmar que el pueblo chino haya perdido con el cambio. Los Gosset reconocen que "el pueblo chino... probablemente es más feliz que nunca". Entonces, ¿cómo se habla de sacrificio? La condición de los chinos es austera comparada con lo de las naciones más afortunadas, y con la que se promete a sus hijos: de acuerdo y el gobierno es el primero en reconocerlo; pero indignarse ante este estado de cosas, equivale a indignarse porque alguien pueda ser chino hoy. Es necesario recordar que, con Indonesia, China era el país más pobre del mundo, y que el nivel de vida de sus obreros era inferior al de los trabajadores de Egipto

e India. ¿Se pretende quizá que los comunistas hubieran debido asegurar de la noche a la mañana a 600 millones de hombres miserables una condición equivalente a la de un obrero occidental? Como la Antígona de Anouilh, pero con menos gastos, los especialistas del anticomunismo exigen "todo e inmediatamente": lo absoluto está al alcance de todas las plumas. Pero cuando se reconstruye un país en la vida real y no sobre el papel, es necesario distinguir entre lo posible lo imposible, y el tiempo cuenta.

Se afirmará que no es verdad que todos se sacrifiquen igualmente. Los Gosset se indignan ante las supervivencias del capitalismo y "la estridente desigualdad de esta sociedad futura, con sus cuadros comunistas y su burocracia en la cima, su clase obrera privilegiada, y sus campesinos en la base de la escala". La derecha se complace en afirmar el carácter utópico del comunismo, y en oponerle un realismo "maquiavélico"; sin enmbargo cuando en su realización el comunismo demuestra que no es una idea pura, le critica acremente su realismo. La desigualdad se justifica en China por las necesidades de la producción. Los trabajos más calificados y más difíciles reciben los más elevados salarios. Pero las diferencias no son muy considerables, ante todo porque la gama de salarios no es amplia, y luego porque toda ventaja se paga. El trabajo suministrado por los responsables es abrumador, y si, por ejemplo, se les suministran autos, no es para que se paseen. Cada uno de sus minutos cuenta. Los obreros son "privilegiados" en la medida en que poseen mayor influencia política, y porque en términos monetarios ganan más que el campesino: generalmente éste se encuentra mejor alojado, produce personalmente lo que consume, y sobre todo tiene que aportar un esfuerzo mucho menos duro que el obrero. Por el contrario, lo que me impresionó en China es el grado en que las desigualdades están compensadas rigurosamente.

La principal objeción de los que censuran la línea seguida por el gobierno es que éste debería consagrar al bienestar del pueblo los capitales invertidos en la industria pesada. Supongo que preconizan este programa porque saben que si lo aplicase la República China iría a la destrucción. En cinco años China no ha eliminado la pobreza. En 1954 los ríos desbordaron; las enfermedades y las epidemias amenazaron el país; estas amenazas pueden reaparecer; y de todos modos, la población crece en una proporción del 2 % anual. Es imposible hallar un estado de equilibrio

en una situación tan precaria; si se prolongase, recaería inevitablemente en el ciclo infernal: superpoblación, subalimentación, marasmo; consumir inmediatamente sus magros recursos en lugar de explotarlos es una política que no sólo hipotecaría el futuro de las próximas generaciones, sino que arrojaría a la miseria más profunda a los hombres actuales. Cuando se los sacrifica a la industria pesada, en realidad ese sacrificio los beneficia. Los objetivos presuntamente "humanitarios" de los contrarrevolucionarios son tanto más absurdos cuanto que China está segura de alcanzar sus objetivos; en vista de sus inmensos recursos naturales, el desarrollo de la producción le abrirá posibilidades casi ilimitadas y permitirá un mejoramiento extraordinario del nivel de vida chino.

¿Se repetirá que este enriquecimiento será aprovechado por China y no por los chinos? Ello equivaldría a demostrar que no se ha comprendido absolutamente el sentido del sistema; la oportunidad de los chinos actuales reside en que el interés de cada uno concuerda de modo muy preciso con el interés general. Entre los campesinos ricos y los capitalistas hay un puñado de aprovechadores que explotan por cuenta propia la actual economía de transición; pero cerca de 600 millones de hombres saben que su prosperidad está vinculada indisolublemente con la del Estado, e inversamente: vale la pena destacar este último punto, y Mao Tse-tung lo subrayó en su discurso de julio de 1955. Cuando gracias a la colectivización la producción agrícola haya aumentado, de ningún modo se procurará arrebatar el excedente con impuestos que privarían de sus beneficios al campesino; los ingresos estatales provienen en gran parte de la venta de los productos de la industria liviana: para que el Estado se enriquezca es necesario que el mercado se amplíe —es decir, que los campesinos se conviertan en consumidores, y por lo tanto que su nivel de vida se eleve. Lejos de descuidar su bienestar actual en nombre de una utópica prosperidad futura, sólo se alcanzará esta última si desde ya mejora la existencia de las masas.

Por consiguiente, la productividad en escala nacional es sinónimo del enriquecimiento de cada individuo. Lejos de ser inhumana, la consigna "Ante todo de producción" significa por el contrario que la felicidad del hombre es la suprema medida de los valores. Es una de las características que impresionan al visitante; así como no se lo sacrifica a una entidad, o a un futuro convertido en categoría extraña, tampoco se sacrifica al hombre en holo-

causto a los principios. Nada sería más erróneo que suponer a los chinos víctimas de un fanatismo teórico. Los dirigentes jamás seguían por conceptos abstractos, sino por la situación concreta: la eficacia prevalece sobre cualquier otra consideración. No se ha repudiado el capitalismo ni la propiedad privada en nombre del ideal socialista: se los ha integrado en la nueva economía en la medida en que podían serle útiles. No se han esgrimido estandartes con la divisa de la igualdad. Se distribuyeron las tierras, y se organizó la gama de salarios con arreglo a los intereses de la productividad. Jamás se suprime un oficio en nombre de la dignidad humana si ello amenaza arrojar a la desocupación a quien lo ejerce, y privar al país de un recurso. Es necesario conquistar la prosperidad en medio de la indigencia: de modo que todo recurso es bueno y el menor detalle importa. Recuperar las fajas de terreno que sirven de límite a los diferentes campos representa un importante beneficio para una cooperativa. El taller que reduce la cantidad de algodón en bruto necesario para la fabricación de un retazo de tela realiza obra patriótica y meritoria.

Ahora bien, en el momento actual la fuente principal de energía es la mano de obra humana; esta preocupación por el detalle se aplicará a los hombres. Para obtener de ellos el máximo rendimiento es necesario ofrecerles condiciones materiales satisfactorias: cada individuo cuenta. Uno de los puntos que impresionan al visitante es la minuciosa solicitud que el gobierno demuestra a los trabajadores; saneamiento de los barrios pobres, destrucción de los cuchitriles, casas cuna, licencias por embarazo, dispensarios, distribución de mantas: con un presupuesto sumamente limitado, el régimen garantiza a todos condiciones de higiene y un nivel de vida que hace diez años hubieran sido inconcecibles. Estas medidas no están destinadas a "salvar la cara", y por el contrario persiguen resultados concretos. Suprimir la mortalidad infantil, vencer las epidemias y las enfermedades, ofrecer a cada individuo un alimento conveniente, es el único medio de asegurar a la nación la fuerza motriz que necesita: brazos robustos. Los moralistas de la intención afirmarán que la actitud del gobierno es "interesada"; lo es, en efecto; y los trabajadores chinos deben felicitarse de ello. Nada más sospechoso que una "benevolencia" que mantiene entre el otro y yo una separación: porque en ese caso está a merced de mi conciencia, mis escrúpulos y mis caprichos.

Los anticomunistas afirmarán que el trabajador chino paga caro

estas ventajas: renuncia a su libertad. El clisé se ha abierto camino: los chinos se habrían convertido en hormigas. La metáfora no es nueva. Interesada en afirmar la solidaridad de los explotados con sus explotadores, el pensamiento conservador siempre fue organicista; por eso es extraño que, al mismo tiempo que se presenta a la colmena como un ejemplo que las sociedades humanas deben imitar, la comparación con el hormiguero tenga un sentido peyorativo; Grousset ya la ha utilizado a propósito de Asia. Guillain la acarició mucho tiempo, con un vivo sentimiento de originalidad. Los Gosset afirman que es el más cabal resumen de la situación. Sin embargo, en pocos países es menos adecuada. Implica una sociedad rigurosamente planificada y racionalizada, en la cual se practicaría una muy precisa subdivisión de las empresas en tareas especializadas. Por el contrario, China es el mundo de la repetición. Su campiña recuerda las huertas de los alrededores de París; lejos de correr de un lado para el otro, de acuerdo con trayectorias impuestas y como partes de una red compleja, los campesinos cultivan, con gestos idénticos, las parcelas a las que están atados; las familias y las aldeas se yuxtaponen: practican una economía autárquica. En cuanto a las ciudades, no poseen como en Europa una unidad orgánica, y por el contrario se asemejan a loteos; las tiendas y los talleres de los artesanos se repiten por millares, y cada negocio se basta a sí mismo. Los pasatistas a menudo elogiaron la "calidad humana" del laboreo de la tierra y del trabajo artesanal, que incorporan el individuo entero a la totalidad de su producto: es extraño que un país que tiene más de 500 millones de campesinos, donde más de 75 millones de personas viven del artesanado, y donde los obreros no pasan de 3 millones, les parezca de pronto una colonia de insectos. De todos modos, el hombre es humano por doquier; pero si se quiere jugar con una imagen grosera, debemos pensar en las hormigas gigantes cuando se trata de Pittsburg, o de Detroit: pero seguramente no en el caso de Pekín.

Se afirmará que ello es consecuencia de que el régimen aún no ha alcanzado sus fines: en la medida en que industrializa el país, en que colectiviza los campos, ha comenzado a transformar a los hombres en autómatas. La economía china sería una máquina de precisión, en la que cada trabajador ocuparía su lugar, y que produciría bajo la presión de fuerzas inexorables una cantidad de trabajo definida matemáticamente. Así, los campesinos y los

obreros se habrían convertido en esclavos del sistema. Es necesario ser muy ignorante para imaginar que en ningún caso el trabajo servil es el que ofrece el mejor rendimiento; su valor es muy inferior al del trabajo libre. Suponer que el terror es el método más seguro de gobierno, equivale a manifestar ese desprecio a los hombres que es habitual en nuestros "humanistas". Los chinos, que son realistas, saben que la fuerza no podrá obtener jamás del trabajador las realizaciones que él puede ejecutar espontáneamente. De todos modos, en cietras etapas económicas estas consideraciones son ociosas; el estado rudimentario o el estado muy avanzado de las técnicas reduce casi a cero el factor humano. Pero en China representa, por el contrario, un papel fundamental. Las técnicas se encuentran en un nivel en que la iniciativa del trabajador ejerce influencia directa sobre ellas. Prueba de esta afirmación es el hecho de que ciertas cooperativas progresan, otras se estancan, y algunas retroceden. Un obrero negligente arruina las piezas que fabrica; si es ingenioso, inventa un dispositivo que aumenta el rendimiento o mejora la calidad. Algunos talleres suministran en tiempo récord productos de excelente calidad, en otros no se cumplen la cuotas y hay muchos rechazos. Las diferencias de competencia y de celo de los grupos determinan este margen de variación. Es indudable que la propaganda amplifica el alcance de las mejoras propuestas por los simples obreros: pero no cabe duda de que su papel no es despreciable, ni mucho menos, en un país que todavía padece una grave deficiencia de personal técnico. A falta de cuadros, es necesario echar mano de los obreros modelos y los "héroes del trabajo". El heroísmo no puede reducirse a la obediencia pasiva, y presupone una participación activa del trabajador. Nada más absurdo que imaginar a la economía china utilizando el trabajo de hombres reducidos a servidumbre: por el contrario, su marcha depende del factor humano. Es verdad que los trabajadores aún no tienen suficiente autonomía; no están en condiciones de defender por sí mismos sus intereses; pero los dirigentes se ven obligados a tenerlos en cuenta. El descontento de los obreros frenaría la producción. La inercia hostil de los campesinos bastaría para socavar la base de todo el sistema.

Por eso el gobierno evita siempre apelar a las imposiciones. No las condena por respeto abstracto a una libertad abstracta; sabe que la colaboración de la población es eficaz únicamente si tiene

carácter voluntario. De ahí que China atribuya tanta importancia a la educación, la explicación y la persuasión.

El mejor modo de obtener rápidamente un resultado es iniciar lo que se ha dado en llamar un "movimiento". La "cadena" es uno de los sueños nostálgicos de los individuos aislados en el mundo capitalista: que cada individuo establezca contacto con otros cuatro, y podrá realizar una fortuna, formar una coalición, transformar la faz de la tierra; en realidad, jamás ocurre nada por el estilo; las divisiones sociales limitan a un grupo ínfimo la propagación de la consigna, y la cadena se cierra sobre sí misma.

En China no hay este tipo de división; la comunidad de intereses, la solidaridad económica de todos los individuos convierte a la colectividad en realidad homogénea y concreta: atravesando ciudades, aldeas y campañas, una consigna parte de Pekín y se difunde sin perder fuerza hasta las fronteras más lejanas. La "bola de nieve" crece paulatinamente y en definitiva agrupa toda la nación. Uno de los éxitos más notable coronó la campaña en favor de la higiene. Hacia 1940 un observador —Robert Payne— escribía: "En un país en que las ratas muertas se pudren en las calles, las cloacas están taponadas y en las residencias más elegantes el contenido de las letrinas se vuelca en una acequia que corre a menos de diez metros del pozo de agua, es milagroso que todavía haya sobrevivientes. Cuando concluya la guerra, China necesitará ante todo ingenieros ferroviarios, pero luego, y de un modo más general, buenos ingenieros sanitarios". De acuerdo con la perspectiva de los países capitalistas, parecía necesario contar con un ejército de ingenieros y créditos fabulosos: nadie podía anticipar que todos los adultos, todos los ancianos y todos los niños serían movilizados para destruir las moscas y eliminar los desechos.[4] Hoy, las Casandra de Hong-Kong declaran que será imposible superar el analfabetismo antes de muchos años: ¿Dónde están los maestros? ¿Y el dinero para pagarlos? La respuesta es que, demostrando buena voluntad, cada campesino que sabe leer instruirá a otros cuatro; en siete años todos los chinos habrán aprendido. Asi-

[4] Desconcierta la mezquindad de los adversarios del régimen y la estrechez de sus opiniones. El señor Fano opone a esta inmensa victoria el hecho de que, atraídos por la prima, algunos rateros de menor cuantía criaban ratas para presentar los cadáveres. Ese abuso era previsible estadísticamente. ¿Es posible comparar los escasos yens robados al Estado con la amplitud de los resultados obtenidos?

mismo, es indudable que se logrará en muy poco tiempo la unificación del idioma hablado. Con respecto al "movimiento de colectivización", puede afirmarse que ha superado todos los cálculos: el ejemplo y la emulación en el nivel de la base producen resultados que jamás habrían sido posibles con métodos autoritarios. Cuando los cuadros han querido avanzar más rápidamente que la masa —entre otros aspectos, en relación con la "ley de matrimonio"— se cosecharon fracasos. Es un error que los dirigentes actuales evitan cuidadosamente.

El éxito de estos movimientos, la adhesión voluntaria de los chinos parecen un hecho lamentable a los liberales burgueses: no hay peor esclavo que el que se cree libre; las infortunadas hormigas azules han introyectado la imposición que pesa sobre ellas. Ciertas oscuras maniobras explicarían el dominio ejercido por el régimen: se ha reducido a la gente a la imposibilidad de querer nada diferente de lo que desea, explica Guillain. Una terrible brujería impone la concordancia del país y el gobierno: este último es aún más tiránico precisamente porque se lo acepta de buen grado. Como se ve, la voluntad de negar la evidencia conduce a refinadas sutilezas. En realidad, si uno cree en estos extraños misterios subjetivos, la razón es que ha comenzado por prescindir de la objetividad; una vez que se la ha recuperado, todo es sencillo. Si preguntamos a los hambrientos: "¿Desean comer?", todos responderán afirmativamente, sin que sea necesario invocar ningún tipo de maquinación. Lo que indigna al señor Guillain, es que esta opción no se base en esa libertad de indiferencia que mató al asno de Buridan. Ciertamente, si el joven campesino desea hacer el servicio militar, o ser albañil, sus razones tiene. Pero, precisamente, si otrora los chinos no tenían motivo para desear nada, y arrastraban de un día para el otro su terror del futuro, ocurre que hoy se les ofrecen objetivos y soluciones. Su número es limitado; pero, ¿acaso se cree que en Occidente el hijo de un obrero o de un campesino tiene tantas posibilidades? Sin duda, será preciso que el río Amarillo arrastre mucho limo antes de que el cultivador chino pueda elegir entre muy diversos caminos. Lo esencial es que a partir de ahora ha podido superar su mísera existencia animal, y que se le ofrece la posibilidad de ser un hombre: no es asombroso que la aproveche premiosamente. Por otra parte, no responde con ciega docilidad, ni mucho menos, a los llamados que se le dirigen. Durante un prolongado período, la colectivización tropezó con

dificultades. En 1950 el gobierno trató de descongestionar a Shanghai; se pidió a la población que se dirigiese voluntariamente al campo; la mayoría de los habitantes rehusó, y el gobierno abandonó este proyecto.

Cuando fracasa, no pasa de la presión a la coerción: modifica su política. Este es el aspecto esencial que los reaccionarios asombrados descuidan: el pueblo quiere lo que desea el régimen, en la medida en que éste desea lo que el pueblo quiere; por ejemplo, que todo el mundo se enriquezca. Lo que Sartre dice a propósito del Partido Comunista en *Los comunistas y la paz* se aplica particularmente aquí: los dirigentes conducen a la masa siempre que la dirijan hacia donde ella se propone ir. Si en China el éxito suele coronar sus "campañas", debe verse la causa en el hecho de que se esfuerzan cuidadosamente por trazar sus programas, no de acuerdo con principios teóricos, sino inspirándose en una experiencia concreta. En el curso de la extensa gira por el campo, Mao Tse-tung se ha convencido de que los campesinos estaban maduros para la colectivización, y de que los cuadros se mostraban excesivamente tímidos; en ese momento pronunció el discurso de julio de 1955, y en octubre inició el movimiento en favor de la aceleración del movimiento de las cooperativas. Se discuten los proyectos de ley en todo el país, y a veces se los aplica provisoriamente antes de adoptarlos: por ejemplo, la ley del servicio militar. También se practica un sondeo de la opinión y se realizan ciertas experiencias. Si a pesar de todo se cometen errores, se los corrige. Es difícil concebir un dirigismo controlado más estrechamente por la base. Durante estos siete años la táctica del gobierno ha sido sumamente flexible; su política agraria adopta la forma de una serie de flujos y reflujos, de aceleraciones y contenciones. Gracias a esta constante autocrítica, la línea general ha conservado una notable continuidad: no hay virajes bruscos. Hubo un drama personal: la actitud frente a Kao Kang, el "Stalin de Manchuria"; pero no influyó sobre la política general. Durante algunos períodos, se acentúa una tendencia: así, la lucha contra la corrupción, en el momento de la campaña de los "cinco anti"; pero ya se la había esbozado anteriormente, y después continuó aplicándosela de modo atenuado. No hemos presenciado ni una de estas "crisis" que Estados Unidos y Formosa esperan ansiosamente.

Esta hábil política nada tiene de maquiavélica: por la fuerza misma de las cosas, representa una forma de humanismo. En el

sentido corriente de la palabra, el maquiavelismo implica una maniobra que reemplaza ilusoriamente un fin oculto por un fin aparente. La actividad del Partido Comunista, como las obras encaminadas a obtener el control del río Amarillo, tienen "fines múltiples": todos son igualmente visibles, e igualmente válidos. Los dirigentes impulsan la colectivización porque la industria pesada exige el aumento de la producción agrícola: y lo manifiestan francamente. Pero los cuadros no mienten cuando explican a los campesinos que este desarrollo elevará su nivel de vida. En China moderna, los beneficios concedidos a cada uno aprovechan a todos: hay en ello una feliz armonía que mejora la situación individual. En realidad, en China moderna llama la atención el hecho de que, como la producción depende de las cualidades y la buena voluntad de cada uno, la nación prosperará únicamente si el nivel de vida individual se eleva en todos los planos. No hay razón para comparar las realizaciones de China con un "costo humano": dichas realizaciones benefician a los individuos, y son posibles únicamente si desde ya se mejora su suerte.

En estas condiciones, los intentos de los derechistas por oponer a un balance "material" positivo un balance "espiritual" negativo se fundan en sofismas. Conviene examinarlos más de cerca.

La nueva China, declara Guillain, manifiesta un odioso "menosprecio de la persona humana"; entre las taras del antiguo régimen, cuya supresión por el nuevo Guillain aprueba, éste observa, sin embargo, el "desprecio al pueblo". Seguramente no hay en esto contradicción, si se adopta la moral de la *élite*, pues ella profesa que "las personas humanas" no se reclutan en la masa. Pero Guillain debería aclarar que por "bienes espirituales" entiende las ventajas que benefician a los privilegiados, y por "bienes materiales" las que interesan a la masa. Quien rechace este punto de vista tiene derecho a pensar que, si dejó de tratar al pueblo con desprecio, el nuevo régimen ha restituido una dignidad humana a 600 millones de hombres, y que esta conquista no es "material" ni mucho menos.

Los anticomunistas afirman que el respeto del régimen al pueblo es una actitud fingida: se le ha arrebatado la libertad y condenado a la uniformidad. Ya he señalado el error de la famosa teoría del autómata. Y por otra parte, ¿quién se atrevería a afirmar que las masas chinas jamás hayan sido libres? Se explotaba a los campesinos, además se los abandonaba a los caprichos de la

naturaleza. Semejante abandono nada tiene que ver con la libertad. Ahora, el régimen se ocupa de ellos: la organización no es esclavitud, pues en ese caso también Occidente sería un mundo de esclavos. Me complace mucho este diálogo informado por los Gosset. Preguntaron a un obrero comunista:

—Para usted, Sin, ¿qué significa ser libre?

Sin reflexiona:

—Soy libre de jugar al básquetbol.

—Pero antes, ¿usted no era libre de jugar al básquetbol?

—Ustedes no comprenden —dice con paciencia—. Siempre jugué al básquetbol. Y un día las zapatillas se rompieron. Siempre fui pobre, y jamás pude comprar un par nuevo. Por lo tanto, no era libre de jugar al básquetbol. Hoy, tengo dos pares. ¿Comprenden ahora? Soy libre de jugar al basquetbol.

Sin ha definido claramente el punto de vista de 600 millones de chinos: ser libres de comer carne, es tener dinero para comprarla. Uno no es libre de jugar al sol si está agobiado por la preocupación del mañana. Antaño todos los caminos estaban cerrados. Ciertamente, por ahora el futuro se entreabre parsimoniosamente; en las fábricas no hay lugar para todos los campesinos jóvenes ávidos de convertirse en obreros; las posibilidades de ocio son escasas. Pero cada uno cuenta desde ya con algunas posibilidades nuevas; el individuo no se ve sacrificado a la familia, el matrimonio es libre, las parejas jóvenes pueden dirigir su propia vida; como el país necesita cuadros, se promueve la educación de todos los que desean progresar. Sobre todo para las jóvenes generaciones, la libertad es una realidad muy concreta.

Pero, objeta Guillain, esta libertad carece de valor espiritual. Partidario de una rigurosa moral de la intención, se indigna ante una frase del novelista Pa Kin: "Nadie puede seguir el mal camino: está cerrado". China está liberada de los antiguos flagelos sociales, y en ella reina la honestidad. Sea. Pero de acuerdo con Guillain, esta virtud no es auténtica, pues no implica una conversión interior; el hombre no tiene ningún mérito si hace el bien pero no afronta la tentación del mal: por consiguiente, es necesario dejarle la posibilidad de robar, y aún encarcelarlo. Mencio reprochaba severamente esta actitud a los príncipes; les demostraba que "dejar incurrir (a sus súbditos) en el delito, para infli-

girles luego castigos, es tenderles trampas, como se hace con las bestias salvajes". El Evangelio enseña que el más irreparable de los pecados es inducir en tentación a otros. Me pregunto en qué principios se apoya el señor Guillain para reprochar al régimen que haya impedido a los ciudadanos seguir el camino del mal.

La actitud de Guillain es interesante porque demuestra el modo en que muchos franceses entienden la libertad. Un concurso reciente de *France-Soir* indica que la cualidad más apreciada por los franceses, después de la habilidad para resolver situaciones, es la capacidad de oposición. El individualismo burgués confunde la negatividad con la simple negación. La verdadera libertad niega superando: en China actual, esta superación es constructiva. Al comerciante ni siquiera se le ocurre engañar en sus transacciones: ejercer su libertad en otras esferas.

A los ojos de los periodistas burgueses, como los chinos carecen de libertad, no poseen ninguna individualidad, porque de acuerdo con el credo del individuo civilizado de Occidente, ser libre es ante todo discrepar. Guillain afirma que hoy todos los chinos se asemejan. Los Gosset insisten; han comprobado lo siguiente: "La aniquilación feroz, suave e implacable del individuo. Se ha realizado la unidad de clase. Es la unidad de las castañas en el puré de castañas". La prueba ofrecida es que en China todos están vestidos del mismo modo. Ahora bien, "la libertad comienza en la vestimenta" afirmaba, comentando a Guillian un redactor de *Figaro*. Agregaba también con aire desenvuelto: "Es verdad que a menudo allí termina", lo que incitaba al lector a preguntarse si el capricho en el vestir expresa la medida exacta de la libertad humana. Por mi parte, creo que la *élite* francesa, modelada uniformemente en su lenguaje, sus modales y aún la voz por la buena educación me parece terriblemente monótona; la preocupación de afirmar la personalidad, común a todos, acentúa la semejanza; por el contrario, el chino evita este conformismo: le tiene sin ciudado ser o no semejante a los demás; sus actitudes son naturales, y por lo tanto, imprevistas como la vida misma. Quien afirme que todos los chinos son idénticos demuestra con esa actitud que usa anteojos defectuosos.

"Todos los chinos tocan el mismo disco, afirman Guillain y los Gosset. En realidad, estos autores sólo han tenido contacto con los cuadros encargados de las relaciones con los visitantes extranjeros; la función de estos cuadros no es omitir opiniones perso-

nales, sino informar. No veo por qué debían apartarse de su función y abrir el corazón a desconocidos cuya benevolencia no estaba garantizada. Agregaré que, en todos los países que visité, oí siempre a los funcionarios franceses y extranjeros repetir con fastidiosa cortesía las lecciones que habían aprendido. Francia no se limita a los agregados de las embajadas, ni Estados Unidos al personal del Departamento de Estado. Extraer la conclusión de que "todos los chinos son conformistas" es lo mismo que afirmar que todos los franceses son policías. La gente con la que me crucé en las calles, los campesinos con quienes hablé en las aldeas, por el contrario me parecieron tener personalidades bien definidas. En cuanto a los intelectuales, afirmo que en este plano Lao Che, Ts'ao Yu, Cheng Hieu-tchao, Lo Ta-kang, entre otros, nada tienen que envidiar al señor Guillain. A propósito del lema de "socialización de los cerebros", propuesto por este último, Locquin [5] ha señalado cuán reducido era el número de chinos que antaño podían darse el lujo de pensar por sí mismos. En este sentido me asombra el hecho de que, puesto que tanto aprecian el sentido crítico y el espíritu de oposición, los periodistas occidentales lo utilicen apenas. Como desconocen los datos elementales —la situación anterior y las condiciones actuales— que les permitirían comprender sintéticamente y en su desarrollo la realidad china, y dado que utilizan como coordenadas absolutas las costumbres, los valores y los prejuicios de la burguesía francesa, se muestran aún más ingenuos que los parisienses de Montesquieu, pues en el propio territorio de China se preguntan cómo es posible ser chino. Ni por un instante ponen en duda su propia superioridad. Fano no concibe siquiera que pueda examinarse a China desde un punto de vista distinto al de un capitalista occidental. Guillain cree que toda civilización incapaz de producir un Guillain pertenece a una categoría inferior. Los Gosset, más tolerantes, admiten en la última línea de su balance que experimentaron la "angustiosa sensación de no estar absolutamente seguros de su verdad". Pero la línea general de su crónica, y el tono tajante que adoptan desmiente esta vacilación.

Sin embargo, un factor debería inducirlos a todos a reflexionar: ninguno de los detractores del régimen puede aportar la más mínima crítica positiva. Se burlan, se indignan y se lamentan, y aún

[5] *Temps Modernes*, mayo de 1956.

condenan; pero pregunté al señor Fano: en su opinión ¿qué esperan los obreros? Y me respondió, proyectando sobre ellos sus propias esperanzas: Una tercera guerra. Eso es lo que, en efecto, esperan los fanáticos de Formosa y de Hong-Kong, y de ese modo demuestran cuán negativa es su actitud. Sin duda, otros procuran disimular su indigencia. Afirman que era necesario reconstruir la agricultura en lugar de distribuir las tierras, que la ayuda norteamericana habría permitido —en el marco de una democracia burguesa— desarrollar la economía china. El estudio de lo que ocurre en el resto de Asia desmiente radicalmente tales afirmaciones. Aunque hostil al comunismo, Tibor Mende, después de haber estudiado la experiencia de las Filipinas llega a la siguiente conclusión: [6] "Con una economía fundada rigurosamente en la libre empresa y faltando todo tipo de planeamiento, la ayuda en dólares, por generosa que haya sido, sólo logró acentuar la crisis social existente... Liberar a los pueblos colonizados [7] al mismo tiempo que se deja el poder en manos de una pequeña minoría de comerciantes y terratenientes, y luego mantener mediante inyecciones de dólares estos regímenes, en los cuales con frencuencia reinan la corrupción y la incompetencia, equivale a promover la acentuación del conflicto social y la violencia de la rebelión". Es precisamente lo que ocurrió cuando Estados Unidos intentó sostener a Chiang Kai-shek con inyecciones de dólares. No es menos concluyente la experiencia que hoy vive Indonesia: Estados Unidos proyecta interrumpir la ayuda prestada, a tal extremo se siente desalentado ante su inutilidad; se han obtenido resultados únicamente en las zonas comunistas del país. Si la ayuda soviética obtiene en China resultados tan impresionantes, debe verse la razón en el hecho de que se la ha utilizado en beneficio de todo el país, de acuerdo con una planificación exacta. Ya lo habían advertido los antiguos emperadores de China: para los países subdesarrollados de Asia la "planificación" es una necesidad vital; carecen de ese margen de prosperidad que permite acomodarse bien o mal a una economía anárquica. Ahora bien, sólo el comunismo puede proponer e imponer la "planificación"; por consiguiente, a los ojos de los pueblos asiáticos aparece como la única salvación posible.

[6] *La révolte de l'Asie.*

[7] La observación es válida para los pueblos semicoloniales.

Ese vínculo no es accidental: la planificación exige suprimir la libre empresa y la ganancia, y por lo tanto determina la liquidación del capitalismo, proceso inevitablemente signado por la violencia. Imaginar que sería posible realizar una tarea sin la otra, como aparentemente sueñan algunos blandos idealistas norteamericanos —por ejemplo, Pearl Buck— es una utopía. Ayer la reforma agraria, hoy la dictadura popular son momentos rigurosamente necesarios de esta larga marcha que hará de China una gran potencia.

La evidencia de esta necesidad confiere a la revolución china un matiz muy particular; jamás pareció o parece obedecer a una actitud marxista de carácter sectario; muchos observadores se sienten impresionados ante el hecho de que el programa aplicado por el régimen es el que habría adoptado cualquier gobierno moderno y esclarecido, deseoso de impulsar el progreso de su país: el carácter "nacionalista" de la empresa es en cierto sentido más evidente que su carácter comunista. En realidad, a partir de 1927 Mao Tse-tung ha desarrollado un "comunismo chino" admirablemente adaptado a las necesidades concretas de la nación; y por otra parte, el programa comunista que él elaboró era la única solución posible. En el lugar de los comunistas, cualquier régimen habría actuado del mismo modo: pero ellos fueron los únicos que pudieron y que pueden ocupar ese lugar. Ciertamente, China no es un paraíso; necesita producir riquezas y liberalizarse; pero si se considera con imparcialidad de dónde viene y adónde va, se comprueba que encarna un momento parcularmente conmovedor de la historia: el momento en que el hombre se desprende de su inmanencia para conquistar la condición humana. Trabajando para comer, comiendo para trabajar, abonando con sus propios excrementos los cereales que lo alimentaban, el campesino chino giraba en el ciclo sin esperanza de una existencia animal. La revolución ha roto este círculo; ha liberado una parcela de energía aún ínfima, pero que ha comenzado a multiplicarse en cadena. La vida soporta todavía la carga de sus propias necesidades y sus raíces son visibles: si se secan, todo perecerá; pero ya comienza a esbozarse un futuro ilimitado.

INDICE

	Pág.
Preliminares	9
1. Descubrimiento de Pekín	32
2. Los campesinos	80
3. La familia	125
4. La industria	162
5. La cultura	222
6. La lucha defensiva	353
7. El 1º de octubre	403
8. Las ciudades chinas	419
Conclusión	461

Este libro se terminó de imprimir el 20 de marzo de 1970, en los Talleres El Gráfico Impresores Nicaragua 4462. Bs. As.